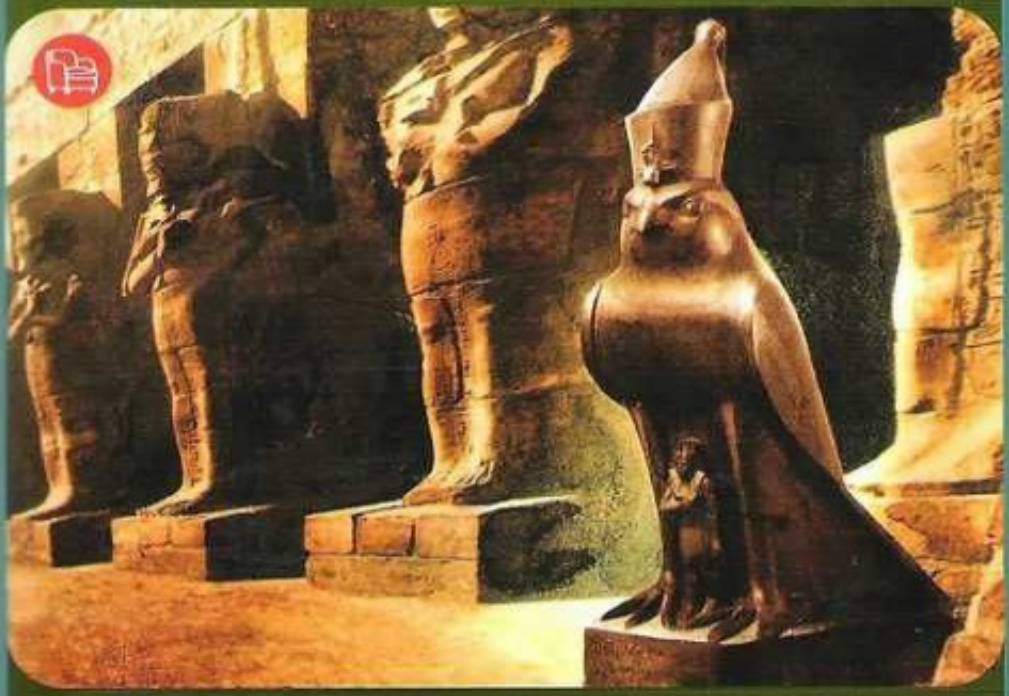
ELIZABETH PETERS



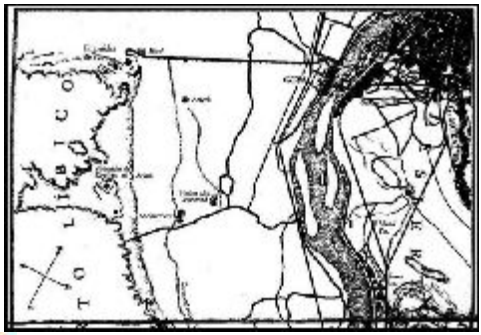
El halcón en la puerta

«Entre Amelia Peabody e Indiana Jones es Amelia quien, por su ingenio y osadía, sale victoriosa.»
The New York Times Book Review

Elizabeth Peters
El halcón en la puerta

Argumento

Amelia Peabody y su familia regresan a Egipto para verse de nuevo envueltos en mil y un problemas. Esta vez, su joven amigo David es acusado de vender antigüedades falsas. Cuando están buscando al culpable, aparece el cadáver de una americana en unas excavaciones y una niña con misteriosos antecedentes amenaza con provocar una crisis familiar. La arqueóloga no se echará atrás, empleando siempre sus poderes de deducción, pero alguien la tiene en el punto de mira…



Pre

fac

io

El lector advertirá que hay un salto de varios años entre la fecha de publicación del último volumen de las memorias de la señora Emerson y el presente libro. Hasta ahora, la búsqueda de los manuscritos perdidos ha resultado infructuosa a pesar de lo cual, el editor no ha abandonado la esperanza de encontrarlos. Como en el anterior volumen, la señora Emerson ha incluido fragmentos del Manuscrito H y cartas de la Colección B, intercalándolos.

Las citas que aparecen al principio de cada capítulo han sido extraídas de *Cautivo de los Árabes,* de Percival Peabody, Esquire (publicación particular, Londres, 1911). Tuvimos la fortuna de conseguir una copia de este volumen, de extraordinaria rareza, gracias al buen hacer de un amigo de Londres, quien lo encontró en un carretón en el Covent Garden (precio 50 p.) El texto es una asombrosa mezcla de lo peor de dos formas literarias: las jactanciosas novelas, tan populares en aquella época, y las memorias de viajeros y oficiales del ejército de entonces. Las opiniones manifestadas por el señor Peabody no son mucho más fanáticas e ignorantes que las de muchos de sus contemporáneos; sin embargo, el paralelismo entre su obra y otras memorias es tan exacto, que deja entrever la posibilidad de que el autor los copiara

libre y directamente. A pesar de ello, y dado que la palabra plagio podría ser motivo de querella, este editor no hará uso de ella.

Como siempre, estoy en deuda con mis amigos egiptólogos por sus consejos, sugerencias y por haber aportado material difícil de obtener. Denis Forbes (cuya magna obra, *Tumbas. Tesoros. Momias* se encuentra disponible), George B. Johnson, W. Raymond Johnson, director de la Casa de Chicago, Luxor y, especialmente, Peter Dormán del Instituto Oriental, quien leyó el voluminoso manuscrito en su totalidad y corrigió un buen número de errores.

Me encuentro también en deuda con el genial, eficiente y entusiasta equipo de Avon Books, que ha puesto a los Emerson bajo su protección: Mike Greenstein y Lou Aronica, presidente y editora; Joan Schulhafer y Linda Johns, super publicistas; y, en particular, a la que ha sido siempre mi editora favorita, Trish Graden. Gracias, amigos. Seríais capaces de conseguir que Amelia reconsiderara sus duros comentarios sobre el «mundillo editorial».

Capítulo 1

Atacaron al amanecer. Me desperté de inmediato con el martilleo de los cascos; sabía lo que significaba. ¡Los beduinos estaban en pie de guerra!

- ¿Qué es lo que encuentras tan divertido, querida? -pregunté. Nefret levantó la vista de su libro.

- Siento haberte molestado, tía Amelia, pero no he podido contener la risa. ¿Sabía usted que los beduinos estaban en pie de guerra? Con penachos en la cabeza y blandiendo sus tomahawks, ¡por supuesto!

La biblioteca de nuestra casa en Kent debería ser el refugio privado de mi marido, pero es una habitación tan agradable que a todos los miembros de la familia nos gusta reunimos allí, especialmente si hace buen tiempo. En aquella encantadora mañana de otoño nos encontrábamos todos allí, con la única excepción de mi hijo Ramsés; una fresca brisa soplaba a través de las ventanas que daban a la rosaleda y la luz del sol iluminaba la cabellera cobriza de Nefret.

Reclinada confortablemente sobre el sofá, vestía una falda pantalón y una blusa, en lugar de un vestido. Desde que la rescatamos del lejano desierto de Nubia, donde había pasado los trece primeros años de su vida, había llegado a convertirse en una auténtica hija para nosotros, aun a pesar de que mis esfuerzos por erradicar algunas de las peculiares ideas adquiridas en aquel remoto lugar no hubieran servido para nada. Emerson afirmaba que había sido yo quien le había inculcado algunas de ellas. La verdad es que no creo que la aversión por el corsé o la firme creencia en la igualdad de sexos puedan ser consideradas como rarezas, pero no

puedo por menos que admitir que la costumbre de Nefret de dormir con un largo cuchillo bajo la almohada es algo inusual. Aunque lo cierto es que no debería lamentarme por ello, ya que nuestra familia tiene la costumbre de toparse con individuos peligrosos más a menudo de lo que suele ser habitual.

Inclinado sobre su mesa, Emerson, cual oso soñoliento al que han pinchado con un palo, dejó escapar un gruñido. Mi distinguido marido, el mayor egiptólogo de todos los tiempos, parecía realmente un oso en aquel momento: una horrorosa y poco favorecedora chaqueta de áspero *tweed* marrón (que se compró un día que yo no iba con él) cubría sus anchas espaldas y su abundante cabello negro estaba salvajemente despeinado. Trabajaba en el informe de las excavaciones de la temporada anterior y estaba de mal humor: como era habitual en él, había dejado todo para el último momento y ahora llevaba un gran retraso.

- ¿Estás leyendo ese maldito libro de Percy? -preguntó-. Pensaba que había arrojado esa condenada cosa al fuego.

- Lo hizo -Nefret le dirigió una sonrisa llena de descaro.

A Emerson le llaman el Padre de las Maldiciones sus trabajadores egipcios, quienes le consideran objeto de adoración; su fiero temperamento y su estructura hercúlea han hecho que sea temido a lo largo y a lo ancho de Egipto. (Principalmente lo primero ya que, como cualquier persona con una cierta cultura sabe, Egipto es un país muy largo y estrecho.) No obstante, ninguno de los que lo conocen bien se deja intimidar por sus gruñidos; Nefret, en particular, ha sido siempre capaz de conseguir de él todo lo que se propone.

- Pedí otro ejemplar a Londres -continuó con calma-. ¿No siente curiosidad por saber lo que dice? Después de todo, lo ha escrito su sobrino.

- No es *mi* sobrino -Emerson se inclinó hacia atrás en su silla-. Su padre es el hermano de tu tía Amelia, no el mío. James es un imbécil hipócrita, mojigato y embustero, y su hijo es aún peor.

Nefret soltó una risita,

- ¡Qué retahíla de epítetos! Percy no podría salir peor parado.

- Ja! -dijo Emerson.

Los ojos de mi marido son de un azul brillante como el zafiro; brillo que no hace sino aumentar cuando se enoja. Por lo general,

cualquier mención a un miembro de mi familia lo saca de sus casillas pero, en esta ocasión, estaba segura de que no le molestaba que lo hubieran interrumpido. Acariciándose su prominente barbilla, adornada con un hoyuelo particularmente atractivo, me miró.

O, quizá, como escritora más bien propensa a los clichés debería decir que nuestros ojos se encontraron. Lo hacen a menudo: mi querido Emerson y yo hemos compartido nuestros pensamientos desde aquel feliz día en que acordamos unir nuestros corazones, manos y vidas en aras de la egiptología. Me sentía reflejada en aquellas órbitas zafíreas y no (gracias a Dios) tal y como realmente soy, sino como Emerson me ve: el amor transformaba mi áspero pelo negro, mis ojos gris acero y mis formas un tanto excesivamente redondas en su ideal de belleza femenina. Junto a la afectuosa admiración que reflejaban sus ojos, pude ver una especie de súplica. Necesitaba que *yo* aprobara que hiciera un alto en su trabajo.

La verdad es que a mí tampoco me importaba hacer una pausa. Había estado muy ocupada garabateando durante algunas horas, haciendo listas de Cosas Pendientes y escribiendo breves mensajes a los comerciantes. Aquel año íbamos a estar mucho más ocupados de lo habitual: a las usuales disposiciones para la temporada anual de excavaciones en Egipto había que añadir los preparativos para los invitados y para la boda de dos personas muy cercanas y queridas por todos nosotros. Tenía calambres en los dedos y, si he de ser franca, me sentía molesta con Emerson por haber quemado el libro de Percy antes de que hubiera podido echarle una ojeada.

El único otro miembro de la familia presente era David. Aunque en realidad no formara parte de ella todavía, lo haría en poco tiempo ya que su matrimonio con mi sobrina Lía iba a celebrarse en pocas semanas. El anuncio de este acontecimiento había provocado poco menos que un escándalo. David era un egipcio de pura raza, el nieto de nuestro ya fallecido y llorado *Rais* Abdullah; Lía era la hija de Walter, el hermano de Emerson, uno de los egiptólogos más reputados de Inglaterra, y de mi querida amiga Evelyn, nieta del Conde de Chalfont. El hecho de que David fuera un artista de talento y un experto egiptólogo carecía de importancia para aquéllos que consideraban inferiores a los miembros de las «razas» de tez más oscura. Afortunadamente, ninguno de nosotros prestaba

demasiada atención a la manera de pensar de esa gente.

En ese momento, David estaba asomado a la ventana, sus largas y espesas pestañas velaban sus ojos y sus labios se curvaban en una sonrisa distraída. Era un joven atractivo, de rasgos delicados y de cuerpo alto y robusto; de hecho, su piel no era más oscura que la de Ramsés a quien, por otra parte, se parecía mucho (por pura coincidencia).

- ¿Puedo leer un rato en voz alta? -preguntó Nefret-. Habéis trabajado tanto que reíros un poco no os vendrá mal y, además, David no escucha una palabra de lo que digo. Sueña despierto con Lía.

La mención de su nombre sacó a David de su romántica ensoñación.

- Te estaba escuchando -protestó, en tanto que enrojecía levemente.

- No le tomes el pelo, Nefret -dije, a pesar de que no creía que él se pudiera molestar, ya que se querían como hermanos y ella era, además, la mejor amiga de Lía-. Lee un poco si quieres. Siento calambres en los dedos.

- Mmm -dijo Emerson. Interpretando este gruñido como el consentimiento que, efectivamente era, Nefret carraspeó y empezó a leer.

«Atacaron al amanecer. Me desperté de inmediato con el martilleo de los cascos; sabía lo que significaba. ¡Los beduinos estaban en pie de guerra!

Me habían advertido que las tribus estaban inquietas. Mis queridos tíos, a quienes había estado ayudando aquel invierno en sus excavaciones arqueológicas, trataron de impedirme que afrontara solo los peligros del desierto pero estaba decidido a emprender una vida más noble y sencilla, lejos de los artificios de la civilización.»

- ¡Caramba! -exclamé-. ¡Pero si no ayudaba lo más mínimo y era casi imposible quitárselo de encima!

- Se pasó la mayor parte del tiempo sumergido en la artificial civilización de los cafés y clubes de El Cairo-dijo Emerson-. Y acabó resultando una condenada molestia.

- No hables así -dije, consciente de que la observación no serviría para nada. Había intentado, durante años, que Emerson

dejara de usar aquel lenguaje y que los niños no lo imitaran; ambas cosas con idénticos escasos resultados.

- ¿Quieres que siga? -inquirió Nefret.

- Perdona querida. Me he dejado llevar por la indignación.

- Me saltaré algunos párrafos -dijo Nefret-. Hay mucha palabrería sobre cómo odiaba El Cairo y suspiraba por los austeros silencios del desierto. Ahora vuelve a los beduinos:

«Cogiendo la pistola que tenía preparada junto a mi pequeña cama, salí fuera de la tienda y disparé a quemarropa a la forma oscura que se dirigía hacia mí. Un grito agudo me hizo comprender que había dado en el blanco. Aún pude abatir a otro, pero eran demasiados: su superioridad numérica me venció. Me asieron entre dos hombres y un tercero me arrancó la pistola de la mano. Al clarear pude ver el cuerpo de mi fiel sirviente. La empuñadura de un gran cuchillo sobresalía de la túnica desgarrada y manchada de sangre de Alí; pobre muchacho, había muerto intentado defenderme. El líder, un criminal moreno de negra barba, se acercó a mí resueltamente.

»-Bueno, *inglizi* -masculló-. Dado que has matado a cinco de mis hombres, pagarás por ello.

»-Mátame entonces -repliqué-. Pero no esperes que suplique tu perdón. No sería propio de un inglés.

»Una sonrisa diabólica deformó su horrible cara llena de cicatrices.

»-Una muerte rápida sería algo demasiado bueno para ti. Lleváoslo de aquí».

Emerson alzó las manos.

- ¡Para! ¡Basta! La prosa de Percy es tan paralizante como su profunda ignorancia, pero no llega a ser tan mala como su espantoso engreimiento. ¿Puedo arrojar ese ejemplar al fuego, Nefret?

Nefret rió entre dientes mientras apretaba el volumen en peligro contra su pecho.

- No, señor, es mío y no se lo daré. Estoy deseando escuchar lo que Ramsés opina sobre él.

- ¿Qué es lo que tiene usted contra Percy, señor? -inquirió David-. Quizá no debería llamarlo así…

- Llámalo como quieras -masculló Emerson.

- ¿No te ha contado Ramsés sus encuentros con Percy? -pregunté, sabiendo de antemano que lo había hecho; David era el mejor amigo y confidente de mi hijo.

- Presencié alguno de ellos -me recordó David-, cuando Percy estuvo en Egipto hace tres años. No puedo decir que Ramsés estuviera… muy orgulloso de su primo pero no habló mucho sobre ello. Ya sabéis cómo es.

- Sí -dije-. Lo sé. Se guarda demasiadas cosas para sí mismo. Lo ha hecho siempre. La relación entre Percy y él dejó de ser buena aquel verano en que Percy y su hermana Violet pasaron unos meses con nosotros. Percy tenía tan sólo diez años pero era ya un soplón y un mentiroso y «la pequeña Violet» no era mucho mejor. Se burlaban cruelmente de Ramsés e incluso le chantajeaban. A aquella temprana edad, era ya vulnerable al chantaje -tuve que admitir-, pues a menudo hacía cosas que no quería que supiéramos ni su padre ni yo. Sus pecados eran, sin embargo, relativamente inofensivos comparados con las cosas que hacía su primo. La verdad es que nunca he sido tan ingenua como para creer en la inocencia de los niños pequeños, pero jamás he conocido a un niño tan taimado y carente de principios como Percy.

- Pero eso fue hace años -dijo David-. Cuando yo lo conocí se mostró bastante cordial.

- Con el profesor y con la tía Amelia -le corrigió Nefret-. Con Ramsés fue desdeñosamente condescendiente y contigo, David, simplemente educado. Y, además, no dejó de pedirme que me casara con él.

Estas últimas palabras atrajeron por completo la atención de Emerson, quien, levantándose de su silla, arrojó su pluma a través de la habitación. La tinta salpicó el marmóreo rostro de Sócrates: no era la primera vez que éste recibía un bautizo semejante.

- ¿Qué? -rugió (Emerson, para ser más precisa)-. ¿Te pidió que te casaras con él? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

- Porque se hubiera enfadado y le habría hecho algo terrible a Percy -fue su fría respuesta.

No dudaba sobre lo que Emerson hubiera querido y podido hacer. Ni las magníficas dotes físicas de mi esposo, ni su temperamento se habían debilitado con el paso de los años.

- Cálmate Emerson -dije-. No puedes defenestrar a todo aquel

que pida la mano de Nefret.

- Le llevaría mucho tiempo -dijo David, riéndose-. Seguirán haciéndolo, ¿no es así Nefret?

Nefret frunció sus bonitos labios.

- Tengo mucho dinero y también, gracias al profesor, la posibilidad de disponer de él como quiera. Creo que eso lo explica todo.

No era la única razón. Se trataba de una bella joven al estilo inglés: ojos azules, pelo dorado con apenas un toque rojizo y un cutis tan hermoso… Lo cierto es que, si consintiera en ponerse sombrero para salir, estaría tan bella como una azucena.

Dejando a un lado el libro, Nefret se levantó.

- Voy a montar un poco a caballo antes de comer. ¿Vienes, David?

- Me gustaría echar un vistazo al libro de Percy si has acabado con él.

- ¡Qué perezoso eres! ¿Dónde está Ramsés? Quizá él quiera acompañarme.

Estaría de más decir que no fui yo la que dio aquel nombre pagano a mi hijo. Su verdadero nombre era Walter, como el de su tío, pero nadie le llamaba de ese modo; ya de niño era tan moreno como un egipcio y tan arrogante como un faraón, así que su padre había acabado por ponerle aquel apodo. Educar a Ramsés estuvo a punto de acabar con mis nervios, pero mis arduos esfuerzos dieron finalmente su fruto; ya no era tan inquieto y descarado como antes y su talento natural para los idiomas se había desarrollado hasta tal punto que, a pesar de su relativa juventud, era muy respetado como experto en lingüística del antiguo Egipto. Tal y como David había dicho a Nefret, estaba en su habitación trabajando en el texto de un volumen de próxima aparición sobre los templos de Karnak.

- Me ha dicho que lo dejara tranquilo -añadió David con énfasis-. Y más vale que tú hagas lo mismo.

- Bah -dijo Nefret, pero salió por la puerta del jardín, en lugar de ir hacia las escaleras de la entrada. David cogió el libro y se sentó en su silla. Yo regresé a mis listas y Emerson a su manuscrito aunque no por mucho tiempo. Gargery, el mayordomo, nos interrumpió de nuevo al anunciar que había una persona que quería ver a Emerson.

Mi marido extendió la mano. Gargery, envarado y con aire de desaprobación, negó con la cabeza.

- No tiene tarjeta de visita, señor. No me ha querido dar su nombre ni tampoco decirme lo que quiere, sólo que se trata de algo sobre una antigüedad. He querido deshacerme de él, señor, sólo que… bueno, señor, dice que si no lo recibe, lo lamentará.

- Lo lamentaré, ¿eh? -Emerson frunció sus negras y espesas cejas. No hay nada que le haga perder tanto los estribos como la amenaza, ya sea explícita o velada-. ¿Dónde lo has acomodado, Gargery? ¿En el recibidor?

Gargery se estiró todo lo que pudo tratando de parecer superior pero, dado que su altura no alcanza el metro setenta y que su cara chata no es la más adecuada para el desprecio, su intento fue un completo fracaso.

- Le he hecho pasar al comedor, señor.

La ira de Emerson dio paso al buen humor; sus ojos azul zafiro chispearon. Carente por completo de esnobismo, la demostración snob que acababa de hacer Gargery le divirtió.

- Supongo que una «persona» sin tarjeta de visita no merece que le ofrezcan ni tan siquiera una silla pero, ¿el comedor? ¿No tienes miedo de que se lleve la vajilla de plata?

- Bob está apostado fuera junto a la puerta, señor.

- Caramba. Esa «persona» debe tener la apariencia de un auténtico criminal. Has despertado mi curiosidad, Gargery. Dile… no, será mejor que vaya a verlo yo mismo ya que pone tanto empeño en mantener su identidad en secreto.

No podía dejar de ir con él, así que eso fue precisamente lo que hice, tras desechar las débiles objeciones que puso mi marido.

El comedor no es una de las habitaciones más atractivas de la casa. El techo, algo bajo, y la escasez de ventanas le dan un aire sombrío que el mobiliario de estilo jacobino, pesado y oscurecido por el tiempo, y las máscaras de momias que cuelgan de las paredes no hacen sino acentuar. Con las manos detrás de la espalda, nuestro invitado estaba observando una de las máscaras. En lugar del individuo siniestro que Gargery me había hecho imaginar, me encontré con un hombre de pelo gris y ancho de espaldas. Llevaba puestos un viejo traje y unas botas desgastadas pero, no obstante, su apariencia era bastante respetable. Y, además, Emerson lo conocía.

- ¡Renfrew! ¿Qué demonios te propones con este comportamiento tan teatral? ¿Por qué no…?

- ¡Chissstt! -el sujeto se llevó un dedo a los labios-. Tengo mis razones y estoy seguro de que las aprobará cuando las conozca. Despida al mayordomo. ¿Es su mujer? No me la presente, sabe que no tengo paciencia para esas cosas. Imagino que será inútil intentar que nos deje solos y, de todos modos, supongo que acabará por contárselo. Usted decide. Siéntese si quiere, señora Emerson. Yo me quedaré de pie. No tomaré nada. Quisiera coger el tren de mediodía. No puedo perder más tiempo con este asunto. Ya he desperdiciado demasiado. Si he hecho esta excepción ha sido por consideración a ustedes. Ahora.

Las palabras llegaban en ráfagas cortas y separadas, sin apenas una pausa para respirar y, a pesar de que colocaba correctamente las haches y no cometía ningún error gramatical, había restos de acento del este de Londres en su forma de hablar. Tanto su ropa como sus botas necesitaban un cepillado, y hasta su rostro se encontraba cubierto por una fina película de polvo. Uno casi esperaba ver telarañas adornando sus orejas. Sin embargo, los ojos grisáceos que se entreveían bajo sus cejas casi negras eran afilados como puntas de cuchillos. Podía entender que Gargery lo hubiera etiquetado erróneamente pero yo no cometí el mismo error. Emerson me había hablado de él: un hombre que se había hecho y educado a sí mismo, misógino y solitario, que coleccionaba antigüedades chinas y egipcias, miniaturas persas y todo aquello que pudiera satisfacer su excéntrico gusto.

Emerson hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

- Vayamos al grano, entonces. ¿Alguna nueva adquisición que quiere que le autentifique?

Renfrew sonrió abiertamente. Sus dientes tenían el mismo color marrón grisáceo de su piel.

- Por eso me gusta usted, Emerson. Porque tampoco le van los rodeos. Mire.

Se trataba de un escarabajo*, uno de los más grandes que había visto nunca, realizado con la pasta de vidrio azul verdosa que se usaba frecuentemente en tiempos antiguos. El lomo era redondo como el caparazón de estos animales, la forma de la cabeza y del resto de los miembros, algo más estilizada.

Los escarabajos pequeños eran amuletos muy populares que, tanto los vivos como los muertos, se ponían para atraer la buena suerte. Las variedades más grandes, como el famoso «escarabajo matrimonial» de Amenhotep III, se usaban para conmemorar los acontecimientos importantes. Obviamente, éste pertenecía al segundo tipo; cuando Emerson lo cogió y le dio la vuelta pude ver, cubriendo su base lisa, líneas de jeroglíficos en relieve.

- ¿Qué dice? -le pregunté.

Emerson se tocó el hoyuelo de su barbilla, tal y como solía hacer cuando se encontraba perplejo o pensativo.

* El escarabajo era un animal venerado en Egipto. Uno de sus dioses, Kepri, era representado con figura humana y un escarabajo pelotero en lugar de cabeza. Este animal hace rodar una pelota de excrementos en los que pone sus huevos: de este modo, las larvas encuentran enseguida alimento. El nacimiento de nuevos escarabajos en el estiércol «inanimado» era considerado como prodigioso, divino. Es por ello que el nombre del dios significa «venir al mundo»; la pelota, al rodar, imita al sol en su recorrido, de este a oeste. *(N. de la T.)*

- Por lo que veo se trata de un relato de la circunnavegación de África, llevada a cabo en el año doce de Sesostris III.

- ¡Qué! Es un documento histórico de importancia extraordinaria, Emerson.

- Mmm -dijo mi marido-. ¿Y bien, Renfrew?

- Bueno, señor -Renfrew mostró de nuevo sus manchados dientes-. Se lo dejo por el mismo precio que pagué yo por él. Sin añadir nada por mí silencio.

- ¿Silencio? -repetí. Había algo raro en su modo de comportarse… y en el de Emerson. Mi alarma iba en aumento-. ¿De qué está hablando, Emerson?

- Es una falsificación -dijo mi marido lacónico-. Y él lo sabe. Evidentemente, no se dio cuenta al comprarlo. ¿A quién ha consultado, Renfrew?

De los labios separados de este último salió un sonido seco y susurrante: su versión de una risa, supongo.

- Estaba seguro de que lo notaría, Emerson. Tiene razón. No sospeché que se trataba de una falsificación; quería una traducción precisa del texto así que mandé un calco de la inscripción a Frank

Griffith. Junto a su hermano y su hijo, es uno de los mejores traductores del egipcio antiguo. Su dictamen fue el mismo que el suyo.

- Ah -Emerson dejó el escarabajo sobre la mesa-. Entonces no necesita una segunda opinión.

- Un hombre prudente siempre pide una segunda opinión. ¿Quiere el escarabajo sí o no? No tengo la intención de salir perdiendo con él. Se lo venderé a otro; sin mencionar el juicio de Griffith, claro está. Tarde o temprano alguien descubrirá que no es auténtico y querrá seguir la pista hasta encontrar al vendedor tal y como hice yo y, entonces, descubrirá su nombre. No creo que quiera que eso ocurra, profesor Emerson. Tiene una buena opinión del chico, ¿no? Creo que está a punto de casarse con un miembro de su familia. Como poco, resultaría embarazoso que fuera detenido por falsificar antigüedades.

- Viejo miserable… y malvado -grité-. ¿Cómo se atreve a mezclar a David en una cosa semejante?

- Yo no estoy mezclando a nadie en nada, señora. Vaya al comerciante al que se lo compré y pregúntele por la persona que se lo vendió a él.

DEL MANUSCRITO H:

Ramsés hizo girar su silla, dejó caer la pluma y…

- He llamado -dijo David desde la puerta-. ¿No me has oído?

- Estoy intentando acabar esto.

- Es casi la hora del té. Has estado trabajando todo el día. Y ni tan siquiera has tocado la bandeja con la comida.

- No empieces, David. Ya tengo bastante con que mamá y Nefret se dediquen a acosarme sin parar.

Frunciendo el ceño, examinó los signos jeroglíficos meticulosamente trazados. La pluma había resbalado cuando David abrió la puerta, convirtiendo una lechuza en un monstruo con cola de serpiente. Tras coger un trozo de papel secante, decidió que lo mejor sería esperar a que la tinta se acabara de secar antes de remediar el daño.

- Estabas muy enfermo -David entró y cerró la puerta-. Todos estábamos preocupados.

- Eso fue hace meses. Ahora estoy perfectamente así que ya no necesito que me recuerden que tengo que comerme la papilla e irme

pronto a la cama como si fuera un niño.

- Nefret es médico -dijo David apaciguador.

- Y no deja nunca de practicar ni por un momento -Ramsés se restregó los ojos-Lo siento. No quería decirlo en ese modo. Admiro su perseverancia en los estudios de medicina, más teniendo en cuenta las restricciones que sufren las mujeres. ¡Sólo que me gustaría que no se empeñara en practicar conmigo! -cogiendo un vaso de la bandeja, le dio un sorbo e hizo una mueca. La leche está cortada.

- ¿Una cerveza, en su lugar? Acabo de sacarlas del cajón del hielo.

El frío hacía que aquellas botellas de color marrón gotearan. Ramsés relajó la rígida postura de sus hombros, al asentir a su amigo, agradecido.

- Has tenido una idea feliz, David. Perdona por lo que te dije esta mañana.

- Los amigos no necesitan estar siempre de acuerdo. No importa.

- No es que no esté de acuerdo con tus puntos de vista. Es que no creo…

- Lo sé. Ya te he dicho que no importa.

Ofreció a Ramsés un cigarrillo y se lo encendió antes de hacer lo propio con el suyo. Era como en los viejos tiempos, cuando se escabullían de la madre de Ramsés para dejarse llevar por placeres prohibidos como fumar o beber cerveza. Ramsés se preguntó si David no habría montado aquella escena a propósito.

No habían estado tan a gusto juntos desde que David se había adherido a una causa que Ramsés consideraba tan peligrosa como fútil. Aunque simpatizaba con el deseo de independencia de las nuevas generaciones egipcias, estaba seguro de que no tenían ninguna posibilidad de conseguir en aquel momento lo que querían. Egipto era un protectorado británico en todos los aspectos menos en el nombre y, con una situación política tan inestable en Oriente Medio, Inglaterra no podía permitirse perder el control en un país tan cercano al Canal de Suez. El reciente nombramiento del temible Kitchener de Jartum como cónsul general indicaba, sin lugar a dudas, un endurecimiento político contra el movimiento nacionalista. David tenía una brillante carrera y un feliz matrimonio a la vista. Sería una locura arriesgarlo todo a cambio del exilio o la

cárcel.

- Me preguntaba si habrías visto esto -David sacó un delgado volumen del bolsillo de su chaqueta.

Ramsés aceptó el cambio de tema con alivio.

- ¿La obra maestra de Percy? Sabía que Nefret lo tenía pero no lo he leído.

- Echa un vistazo a este capítulo. Lees muy rápido, así que no te llevará mucho tiempo -David había señalado el lugar exacto con un trozo de papel.

- Has tenido una buena idea al traer la cerveza -dijo Ramsés mientras cogía el libro-. Sospecho que para leer la prosa de Percy hacen falta los efectos adormecedores del alcohol.

«Hacía dos semanas que me habían hecho prisionero. Zaal me visitaba a diario. En un primer momento, lo hacía para amenazarme y burlarse de mí pero, a medida que pasaba el tiempo, fue desarrollando una extraña predilección por mi persona. Pasábamos muchas horas discutiendo sobre el Corán y las enseñanzas del Profeta. "Tienes un corazón valeroso, inglés", dijo un día. "Espero que tus amigos paguen el rescate; me entristecería mucho tener que cortarte la garganta."»

»Naturalmente, no tenía ninguna intención de esperar a que mi desdichado padre y mis queridos amigos vinieran a buscarme. Tras haberme recobrado de las heridas que me hicieron durante mi captura, pasaba varias horas al día practicando los ejercicios que los reducidos límites de mi celda me permitían: boxeando con adversarios imaginarios, corriendo en el sitio y ejecutando vigorosos ejercicios de calistenia, no tardé mucho en recuperar mis fuerzas. Oculté a Zaal estas actividades; cuando entraba en mi celda me encontraba siempre tumbado en el catre. Esperaba que mi supuesta debilidad y su natural arrogancia lo condujeran a confiarse demasiado. Un día llegaría solo, sin sus guardias, y entonces… ¡entonces estaría en mis manos!

»Una tarde, mientras esperaba su visita habitual, la puerta se abrió de golpe para dar paso a dos de sus esbirros que sostenían a un tercer hombre. Exceptuando un par de holgados calzoncillos, le habían quitado todos sus vestidos; su piel marrón y su pelo negro y despeinado revelaban su raza. Tenía la cabeza gacha y arrastraba sus pies desnudos cuando lo empujaron dentro de la habitación y lo

arrojaron sobre el catre.

»Zaal se asomó a la puerta, luciendo una amplia sonrisa.

Tú tienes tus medicinas, inglés. Úsalas. Es el hijo de mi mayor enemigo y no quiero que muera demasiado pronto.

»La puerta se cerró bruscamente y pude oír el traqueteo de cerrojos y cadenas.

»Me volví para mirar al inesperado huésped. Se había resbalado del catre, cayendo sobre su espalda. Una barba negra y un bigote enmarcaban unos rasgos típicamente árabes: labios finos, prominente nariz aguileña y cejas oscuras y espesas. Tenía algunas magulladuras en el pecho y en los brazos, pero no estaba seriamente herido. El miedo debía de haberlo empujado a fingir.

»Le hice volver en sí, mas al sentarlo e intentar que bebiera un poco de brandy escupió.

»-Está prohibido -dijo en un árabe gutural, farfullando de nuevo la frase en inglés. Era más joven de lo que había creído, alto para ser árabe pero de complexión delgada.

»-Hablo tu idioma -dije-. Dime quién eres y por qué te han hecho prisionero.

»-Mi padre es el jeque Mohammed y yo soy Feisal, su hijo mayor. Mi padre y Zaal se odian.

»-Entonces, quizás busque simplemente una recompensa.

»El joven se estremeció convulsivamente.

»-No. Zaal me torturará y enviará mi cabeza, entre otras partes de mi cuerpo, a mi padre.

»-Entonces debemos escapar lo antes posible.

»-¿Nosotros? -me miró sorprendido-.¿Por qué quieres arriesgarte? Zaal no te hará daño y, con toda probabilidad, tus amigos pagarán el rescate.

»No me molesté en explicárselo ya que tan sólo un caballero inglés hubiera podido entenderlo.

»Planeé la fuga para esa noche, antes de que Zaal pudiera empezar a descuartizarlo pero, desgraciadamente, a este último se le ocurrió visitarnos de nuevo aquella misma tarde. Estaba algo borracho y buscaba diversión. Por decencia no puedo repetir la canallada que le propuso a mi compañero, ni tampoco las palabras con que Feisal (por su reputación) le respondió. El único comentario de Zaal fue: "En ese caso, ¿prefieres una paliza?", tras lo cual ordenó

a cuatro de sus hombres que cogieran al esbelto muchacho y que lo sujetaran.

»No fue sólo una cuestión de *noblesse oblige* lo que me hizo ofrecerme para recibir los golpes en lugar de Feisal. Mi plan de fuga se hubiera visto seriamente obstaculizado si hubiera tenido que cargar con un individuo inconsciente y malherido; y abandonarlo, por otra parte, me resultaba completamente inconcebible. Yo sabía que podía resistir la tortura mejor que un árabe.

»Zaal estaba demasiado henchido de pasión, alcohol y ansia de sangre como para resistir la tentación, el placer de oír a un caballero inglés suplicando piedad. Entre mis planes no se encontraba, desde luego, el hacer una cosa semejante. Feisal intentó acercarse a mí. Tras ordenarle que no opusiera resistencia, apreté los labios con la firme determinación de no dejar salir ningún otro sonido de ellos. Me arrancaron la camisa y me arrojaron sobre el catre. Dos de los hombres asieron mis tobillos y otros dos torcieron mis muñecas y las sujetaron. Zaal dejó caer el palo con gran estrépito sobre mi espalda. Apreté los dientes para soportar el dolor que lamía mi espalda como si fuera fuego…»

Con una manga, Ramsés limpió el charco de cerveza derramada, antes de que pudiera manchar la página a la que había dedicado la mayor parte del día. Temblaba todavía de risa cuando tiró el libro a David.

- Todo tuyo, a mí me supera.

- Te has perdido la mejor parte -dijo David pasando algunas páginas-. Cuando ambos os juráis fraternidad de sangre antes de que él te devuelva sano y salvo a la tienda de tu padre y se aleje solo en la noche.

- Sobre su fiel caballo blanco, bajo la fría luz de las lejanas estrellas, sin duda alguna. Le encantan los adjetivos banales, yo… -con algo de retraso, el significado de algunos pronombres surtió su efecto, interrumpiendo su risa-. ¿De qué estás hablando?

David arrojó el libro al suelo.

- Puede que sea un poco lento, Ramsés, pero no soy estúpido. Aquella primavera, Percy se había adentrado, haciendo el tonto, en el desierto mientras los demás estábamos a punto de partir hacia Inglaterra, cuando el profesor y la tía Amelia recibieron la petición de rescate que Zaal les había mandado. Tú habías efectuado ya los

preparativos para pasar el verano trabajando con Reisner en Samaría. Cuando decidiste empezar algunos días antes de lo planeado no sospeché nada pero, cuando Percy volvió a aparecer, algo entrado en carnes, ufano e indemne, no mucho después de que tú partieras de El Cairo, empecé a hacerme algunas preguntas. Ahora lo sé. La mayor parte de lo que ha escrito es basura, pero lo cierto es que él no hubiera podido escapar sin ayuda y, ¿quién otro podía ser el «delgado» príncipe árabe sino tú mismo? Desde luego no era Feisal. Te matará cuando descubra que has usado su nombre de una forma tan poco respetuosa.

- Le diré que fuiste tú.

David sonrió pero negó con la cabeza. -Yo no arriesgaría el pellejo por Percy. ¿Por qué lo hiciste tú?

- ¡Maldito sea si lo sé!

David parecía exasperado.

- ¿Cuánto de este… de este sinsentido es verdad?

- Bueno… -Ramsés apuró su cerveza y se pasó la otra manga por la boca-. Bueno, si realmente quieres saberlo… no mucho.

* * *

Nada más recibir la nota de rescate, Ramsés supo lo que tenía que hacer. No había duda alguna sobre su autenticidad; Percy había añadido una frenética súplica de su propio puño y letra. Incluso su padre admitió que no podían abandonarlo a la tierna compasión de Zaal; era un renegado y un borracho y sólo Dios sabía de lo que era capaz cuando tenía uno de sus arranques de cólera.

- En ese caso -dijo Emerson lóbregamente-, Inglaterra se vería obligada a vengar a ese condenado idiota y moriría gente inocente por ello. ¡Maldita sea! Supongo que tendremos que reunir el dinero.

- El tío James nunca te lo devolverá -dijo Ramsés-. Sería capaz de estafar a una criada muerta de hambre hasta el último céntimo.

Nadie se molestó en negar el comentario, ni siquiera su madre. Conocía bien a su hermano y lo detestaba mucho más que el propio Emerson. No obstante, el honor de la familia requería que se pusieran manos a la obra; fue en ese preciso momento cuando Ramsés salió para Palestina unos días antes de lo previsto.

Sabía dónde podía encontrar a Zaal. Había oído hablar mucho sobre él el año anterior, cuando se encontraba excavando en Palestina con Reisner. Se trataba de un bandido al viejo estilo, que

robaba a árabes y europeos por igual y que, tras cada incursión, solía retirarse a la fortaleza arruinada donde había fijado su cuartel general. A pesar de que sus seguidores eran una colección de piojosos, tan cobardes y corruptos como él mismo, tanto la posición de la fortaleza, como los restos de construcción aún existentes, hacían que el ataque directo al mismo constituyera una empresa realmente peligrosa. Los antiguos Cruzados sabían muy bien cómo construir una plaza fuerte.

Ramsés había planeado, sin embargo, algo bien distinto. Dado que tenía amigos en numerosos sitios, no le llevó mucho tiempo hacer los preparativos pertinentes. El pequeño oasis que había elegido estaba cerca de la fortaleza. Tras dejarse crecer la barba y vestirse con la majestuosidad de los caballeros locales, se dispuso a esperar, seguro de que su presencia llegaría pronto a oídos de Zaal. Un viajero solitario, suntuosamente vestido y acompañado de camellos abundantemente cargados, era un objetivo irresistible.

Cuando la abigarrada multitud de jinetes llegó hasta él opuso tan sólo una aparente resistencia. Maniatado torpemente por dos de los bandidos, soportó unas cuantas patadas y golpes con el tradicional estoicismo de los árabes, hasta que el alarido de alegría, lanzado por los hombres que hurgaban en el cargamento de los camellos, distrajo a sus torturadores. A aquella codiciosa canalla no se le había ocurrido preguntarle por la desgracia que lo había retenido en aquel lugar durante ese tiempo, o por la razón de que el noble y piadoso príncipe Feisal se encontrara sentado junto a un camello cargado de whisky.

Vaciaron varias botellas, pasándoselas de mano en mano, antes de montarlo sobre un caballo y atarle los pies a los estribos. Ramsés sólo esperaba que no se detuvieran. Uno de aquellos desalmados le había arrebatado sus elegantes vestidos y sus botas de cuero y el sol empezó a abrasaba su piel desnuda. Más que una sorpresa, era casi un placer ver cómo descargaban el whisky y se lo repartían antes de subir a sus caballos. Aunque Zaal no les hiciera partícipes del licor que reservaba para sí mismo y sus favoritos, sus hombres no dejaban por ello de compartir con él su indiferencia por las leyes islámicas. Las ruinas de las murallas del castillo se elevaban hacía el cielo, como queriendo alcanzarlo, serpenteando por un escarpado sendero entre salientes rocosos. Al grito de saludo del hombre que

dirigía la procesión, la puerta se abrió de repente y Ramsés pudo tomar nota detallada de la disposición interna de la fortaleza: un patio abierto, unas pocas y rudimentarias construcciones para abrigar a hombres y caballos, una pesada tranca en la parte interior del portón… No, no tendría por qué ser difícil, siempre y cuando Percy estuviera allí.

Estaba deseando reunirse con su primo pero antes tendría que vérselas cara a cara con Zaal. El encuentro no dejó de resultar interesante y apenas un poco más desagradable de lo que había esperado. El liderazgo de Zaal no podía deberse sino a su absoluta crueldad: sus dotes físicas no resultaban particularmente impresionantes. De estatura mediana, tenía el pelo y la barba algo canosos, y estaba tan gordo que, al acercarse contoneándose como un pavo real hacia él, le recordó al obeso y patizambo dios egipcio Bes.

- ¿Quién es este campesino? -preguntó-. ¿Por qué lo habéis traído hasta aquí?

- Se trata de alguien importante -recalcó el jefe de la banda-. Viste ropas de seda guarnecidas con oro…

- ¿Ah sí? ¿Y dónde están?

Los dos criminales se enzarzaron entonces en una acalorada discusión sobre el reparto de los vestidos que Ramsés cortó tajantemente, cruzando los brazos alrededor de su pecho, bajó la mirada hacia Zaal y le anunció la identidad que había adoptado.

- Vaya -los pequeños ojos de cerdo del bandido centelleaban-. ¿El hijo del jeque Mohammed?

- El hijo mayor -le corrigió Ramsés con la apropiada *hauteur*.

- Aja. Seguramente estará dispuesto a pagar un precio muy alto por recuperarte.

- Por recuperarme indemne sí. Ramsés puso especial énfasis en esta palabra. Había oído hablar de las costumbres de Zaal y no le hacía gracia la mirada furtiva con la que éste recorría su cuerpo. Zaal se rió y se rascó en un costado.

- Por supuesto. Quisiera estar en buenos términos con tu honorable padre. Siéntate y hablemos, bebe un poco de té conmigo.

«Me conviene seguir representando mi papel», pensó Ramsés, «sobre todo porque me va como anillo al dedo».

- El hijo de mi padre no se sienta con renegados y bandidos -dijo

entonces.

Zaal soltó una carcajada aún más fuerte.

- Eso no es muy cortés, mi joven amigo. Shakir, dale una lección de buenos modales.

Dos de los hombres lo sostuvieron, mientras Shakir complacía a su señor. Después de unos cuantos golpes, Ramsés decidió que era suficiente y se dejó caer, aunque quizá tardó demasiado en hacerlo: medio inconsciente sintió cómo lo arrastraban fuera de la habitación y lo llevaban escaleras arriba. La habitación en la que le metieron tenía muy poco que ver con una celda: a través de sus ojos semiabiertos, pudo entrever la luz del sol y un suelo alfombrado… y a su primo arrellanado cómodamente sobre un montón de almohadones. Sus guardianes lo arrojaron entonces boca abajo sobre un catre y él concluyó que, tal vez, lo mejor sería quedarse allí.

Fue una sabia decisión. El diálogo entre Percy y Zaal, que siguió a continuación, fue revelador.

- ¿Quién demonios es éste? -fue la primera pregunta de su primo.

- Un joven que, espero, se convertirá en un gran amigo mío.

- ¿Qué hay del rescate? -inquirió Percy-. ¿Has sabido algo?

- No, Es pronto todavía. ¿De qué te quejas? Vives como un pacha. ¿Quieres algo más de coñac? ¿Hachís? ¿Una mujer? No tienes más que pedirlo.

- Sí, bueno…

- Sé amable con mi nuevo amigo -ronroneó Zaal-. Cuéntale lo a gusto que puede llegar a estar si coopera tan bien como tú.

Después de que Zaal abandonara la habitación, Percy se paseó por ella murmurando para sus adentros durante un buen rato. Ramsés oyó una especie de gorgoteo. Se dio entonces la vuelta y se sentó. Percy lo estudiaba con acritud por encima de su vaso.

- Coñac -explicó-. ¿Quieres un poco?

Ramsés negó con la cabeza.

- Está prohibido.

- Tú te lo pierdes -Percy arrojó al suelo el resto del licor, Era obvio que no había reconocido a Ramsés quien, en ese momento, se levantó y se dirigió hacia la ventana abierta y sin rejas. La ventana daba al patio y, apenas dos metros más abajo, se podía ver el tejado

de otra construcción.

A pesar de ello, Percy no se mostró entusiasta con el plan de fuga que le propuso «Feisal».

- ¿Por qué demonios debo arriesgarme? Mis queridos parientes mandarán el rescate.

- Lo mismo hará mi padre pero yo no estoy dispuesto a sentarme aquí a esperar a que lo haga, como si fuera una mujer o un niño pequeño.

La necesidad los empujaba a hablar inglés entre ellos: el árabe de Percy era prácticamente inexistente. A Percy le interesaba tan poco su compañero que ni tan siquiera se molestó en preguntarle dónde había aprendido su idioma. Su respuesta a las sugerencias de Ramsés siguió siendo hosca, por lo que éste empezó a pensar que tendría que golpearlo y dejarlo inconsciente para poder sacarlo de allí. En ese preciso momento intervino el Destino, bajo la desagradable apariencia de Zaal.

Se estaba haciendo de noche. Percy había encendido una de las lámparas y se disponía a sentarse sobre los almohadones, refunfuñando porque se estaban retrasando con la cena. Cuando la puerta se abrió, levantó la vista, ceñudo.

Zaal rodó dentro. Estaba muy borracho y en disposición amorosa pero aun así, no era tan tonto como para venir solo. Dos de sus hombres más robustos lo acompañaban. Cuando formuló su interesante proposición a los prisioneros Percy se limitó a emitir un balido de protesta.

- ¡Déjame solo! ¡Oh, Dios… por favor, cógelo a él! -con el brazo extendido, señaló a su compañero al mismo tiempo que escapaba hacia el rincón más alejado de la habitación.

- Con gran placer -dijo Zaal-. Te incluí tan sólo como muestra de cortesía hacia mi huésped.

Alargando los brazos y tambaleándose de un lado a otro, se dirigió con cautela hacia Ramsés, quien lo eludió sin dificultad mientras sacudía la cabeza.

- No.

- ¿No? -Zaal parecía, sobre todo, complacido-. El desafío te favorece, querido, pero no sería sabio resistir.

- Abraza a uno de tu propia especie -sugirió Ramsés empleando un verbo algo más explícito-. Siempre suele haber perros junto a los

montones de excrementos.

Los guardias se dirigieron entonces hacia él mientras Zaal balbuceaba y seguía tambaleándose. A Ramsés le bastó con mirar a su primo para darse cuenta de que no iba a obtener ayuda alguna por su parte. Si Percy hubiera tenido el valor suficiente para pelear hubieran podido enfrentarse a Zaal y sus guardias y se habrían podido fugar tomando a aquél como rehén.

Lo único que podía hacer era evitar que Zaal le hiciera algún daño a su primo e intentar minimizar los que le pudieran causar a él. La primera parte no resultó difícil; Zaal no se había mostrado interesado por Percy hasta que la idea de un encuentro *a trois* se le pasó por la cabeza. *Noblesse oblige* tiene sus límites y él no estaba dispuesto a someterse a los deseos de Zaal. Una patada cuidadosamente calculada puso punto final a la situación que el licor había creado y dejó a Zaal incapacitado para aquella particular actividad. Los golpes que le propinaron sus sumisos secuaces le resultaron soportables y, en cualquier caso, preferibles a la posible alternativa.

Cuando, horas más tarde, declaró que había llegado el momento de marcharse, Percy no se resistió.

- Había un tejado plano justo debajo de la ventana de Percy y apenas un salto hasta el suelo -finalizó Ramsés-. Él mismo podía haber escapado en cualquier momento si no hubiera sido tan… bueno, tan precavido. Sabía que los hombres de Zaal se emborracharían aquella noche, así que esperamos a que el ruido del jolgorio diera paso a los ronquidos y nos pusimos en marcha. Lo más difícil fue tratar de no caer sobre los cuerpos que yacían en el suelo.

- Así que fuiste tú el que recibió la paliza.

Ramsés se encogió de hombros.

- Quería salir aquella misma noche de allí y tenía miedo de que Percy sufriera un colapso si alguien lo tocaba. No fue tan terrible. Zaal me reservaba para… Oh, al diablo con él. Me has pillado, aunque confío en que no se lo dirás a nadie. Sobre todo a Percy.

- ¿Por qué no? Supongo que humillarlo en público iría contra las buenas formas pero, ¿qué hay de malo en hacerle sentirse avergonzado de sí mismo?

- Dios mío, David, ¿de verdad eres tan ingenuo con la naturaleza

humana? Percy me guarda rencor desde que éramos niños. ¿Cómo crees que se sentiría si supiese que yo fui el único testigo de su despreciable actuación? -Ramsés se levantó y estiró sus agarrotados músculos-. Será mejor que me cambie de camisa antes de bajar; me temo que he derramado una buena cantidad de cerveza sobre la que llevo puesta.

David no estaba dispuesto a cejar tan pronto.

- ¿Qué es lo que piensas hacer al respecto?

- ¿Sobre qué? Oh, las interesantes invenciones de Percy. Nada. Y tú harás lo mismo. Si dejas escapar una palabra…

- ¿Ni siquiera a Nefret?

- Especialmente a Nefret.

- Ya estamos otra vez -exclamó David-. ¿Por qué te niegas a mostrar tu lado bueno a una mujer a la que quieres impresionar? Has estado enamorado de ella durante años. No me digas ahora que ha dejado de interesarte.

- Digamos tan sólo que he decidido dejar de darme contra el muro de piedra de su indiferencia. Si a estas alturas no ha aprendido a apreciar mi excelente carácter y mi físico espectacular, no es probable que lo haga en un futuro.

- Pero ella está muy…

- ¿Encariñada conmigo? -Ramsés se dejó llevar por la infantil necesidad de arrojar su camisa a David-. Ya sé que lo está. Precisamente por ello no debes decirle una palabra. Incluso si ahora te jura mantener el secreto, un día su condenado carácter podrá con ella y entonces será inevitable que se burle de Percy o que revele la verdad al primero que haga un comentario desagradable sobre mi persona. La historia llegará a oídos de Percy y éste me odiará aún más. Y la verdad es que me sobran enemigos.

- No lo pongo en duda -David cogió el despreciado volumen del suelo y se levantó-. Lo que no entiendo es el daño que puede causarte tu primo. Es demasiado cobarde como para enfrentarse contigo cara a cara y, por otra parte, un caballero inglés no acuchillaría a un enemigo por la espalda, ¿no?

Ramsés se dio la vuelta y empezó a revolver en el guardarropa. Le había resultado difícil contenerse mientras David se mofaba sobre la corrección, *noblesse oblige* y la conducta propia de un caballero inglés. Todo ese esnobismo le disgustaba tanto como a él

y David lo sabía. Controlando su irritación, cogió una camisa limpia y miró a su amigo.

- Dile a mi madre que bajo enseguida.

Antes de salir de la habitación, David dirigió a Ramsés una mirada larga y serena. «Es como verse reflejado en un espejo», pensó Ramsés. Un observador concienzudo no los hubiera confundido, pero a los dos se les podía describir superficialmente con los mismos rasgos: un metro ochenta de estatura, ojos y pelo negros, cara alargada, piel olivácea, nariz prominente, complexión… ¿esbelta?

Sonriendo, se enfundó la camisa y empezó a abotonarla. Percy era una broma, una broma de mal gusto, un fanfarrón, un cobarde y un soplón. No, clavarle un cuchillo en el pecho no era su estilo pero había otros medios de perjudicar a un enemigo; métodos que un hombre decente como David no podría entender nunca. La sonrisa de Ramsés se borró mientras lo atravesaba un ligero estremecimiento, como si alguien hubiera caminado sobre el lugar donde un día estaría su tumba.

El resto de nosotros nos encontrábamos ya desayunando cuando Ramsés entró en la habitación. Al constatar que los inequívocos (para una madre) síntomas de fatiga eran ya más que evidentes, la noche anterior me había parecido oportuno sermonearle un poco sobre el exceso de trabajo y la falta de sueño. Por eso me alegraba ahora al ver que, al menos aparentemente, se lo había tomado en serio; algo con lo que no siempre podía contar. Como los egipcios, a los que se parece tanto, Ramsés tiene los ojos negros y las pestañas largas y espesas. Cuando está cansado, sus párpados caídos cubren las órbitas de sus ojos, realzadas por unos círculos oscuros. Fingiendo no darse cuenta de mi atenta mirada, empezó a comer huevos, tocino, tostadas y panecillos.

Los otros habían estado discutiendo sobre quién iría a recibir a nuestros amigos egipcios, cuyo barco atracaría en Londres aquel mismo día. Hubiera sido impensable celebrar la boda sin los miembros más cercanos de la familia de David. Ahora que nuestro querido Abdullah nos había dejado, quedaban tan sólo tres. Selim, el hijo más joven de Abdullah, había ocupado el puesto de su padre

como nuestro *Rais;* Daoud, uno de los innumerables primos de David, estaba profundamente unido a Lía, y ella a él; y, por último, Fátima, que cuidaba de nuestra casa en Egipto y había llegado a convertirse en una fiel amiga.

Todos querían ir a buscarlos, incluido Gargery. El ruido de las voces se iba haciendo más y más fuerte. El lenguaje de Emerson perdía moderación. Rose, nuestra devota ama de llaves, untaba mantequilla en los panecillos para Ramsés mientras le pedía que se quedara en casa y descansara. Cada vez más exasperada, empecé a pensar que sería realmente difícil encontrar una casa donde tanta gente se sintiera libre de manifestar una opinión que a nadie interesaba. Tengo que confesar que nuestra relación con algunos de nuestros sirvientes es algo inusual, y en ello han tenido mucho que ver los encuentros con criminales que tan a menudo han turbado nuestra vida doméstica. Un mayordomo que maneja la porra con la misma habilidad con la que trincha un asado tiene derecho a ciertos privilegios, y Rose había sido la leal defensora de Ramsés desde que éste tenía tres años; su afecto había resistido ratones momificados, explosiones químicas y hectáreas de pisadas de fango en casa.

- Rose tiene razón Ramsés -dije, asintiendo con la cabeza en dirección a ella-. El tiempo parece bastante variable y no deberías arriesgarte a coger un resfriado.

Mi hijo alzó los ojos de su plato.

- Como quiera, madre.

- ¿Qué es lo que estás haciendo ahora? -le pregunté.

- No alcanzo a imaginar -dijo mi hijo-, qué es lo que le hace suponer que el que haya obedecido sin perder tiempo a sus amables sugerencias deba ser interpretado como una señal de…

- Está bien -le cortó Emerson, sabiendo que Ramsés era capaz de seguir adelante con su frase hasta que sujeto y verbo se vieran enterrados por una avalancha de frases subordinadas-. Yo iré en tu lugar.

Temía que dijera precisamente eso: que Emerson acompañara al comité de bienvenida era una cosa, pero que fuera él el que insistiera en conducir, era otra muy distinta. Aunque nuestros vecinos hubieran acabado por acostumbrarse a él y se apresuraran a despejar la carretera cada vez que lo veían coger el coche, era poco probable que los habitantes de Londres se mostraran tan

comprensivos.

Tras dejar que todos manifestaran su parecer, lo que no deja de ser el derecho inalienable de cualquier ciudadano en una democracia, les di a conocer mi decisión.

- Nefret debe ir; Fátima se encontrará más a gusto con otra mujer en el grupo. David también ya que se trata de su familia. En el coche no cabe nadie más. Los dos conocéis de sobra las dimensiones de Daoud. Entonces, arreglado. Será mejor que os pongáis en marcha. Llamad por teléfono si el barco tarda en atracar o se retrasa por cualquier otro motivo. Conducid con cuidado. Abrigaos bien. Hasta luego.

* * *

A última hora de la tarde había empezado a llover y el cielo, cubierto de nubes, adelantaba el crepúsculo. Nefret había hecho una breve llamada por teléfono, después del mediodía, para decir que el barco llevaba retraso y que no entraría en puerto hasta pasadas unas horas. Todo estaba preparado; había mandado que encendieran un agradable fuego en cada habitación y las luces de bienvenida brillaban en el anochecer. Apostada junto a la ventana del salón, miraba fuera cuando una voz me sobresaltó.

- Tardarán todavía una hora por lo menos, madre. No está preocupada, ¿verdad? David conduce muy bien.

- No conduce él, Ramsés. Nefret quería presumir y él no tuvo el sentido común de impedírselo -me di la vuelta. A pesar de que no le había oído acercarse, se encontraba muy cerca de mí. Nunca me ha gustado ese modo silenciosamente felino de caminar al que es tan aficionado pero, cuando vi que además la humedad oscurecía su abrigo, y que en su pelo brillaban gotas de lluvia, me irrité hasta el punto de hacérselo notar.

- Has salido de nuevo fuera con la que está cayendo y sin sombrero. Cuántas veces te tengo que decir que…

- Agradezco su preocupación pero es innecesaria, madre. ¿Por qué no se sienta junto al fuego y me deja pedir el té? Nefret dijo que no la esperáramos.

Tenía razón, así que cogí la silla que me ofrecía. Tras sonar la campanilla, se reclinó contra la chimenea.

- Quiero que me hable de esto -empezó a decir, mientras se metía la mano en el bolsillo.

No pude dejar de mirar con sorpresa el objeto que sacó del bolsillo. Estaba hecho un ovillo en la palma de su mano y sus ojos azules y redondos parpadeaban mientras sus minúsculos bigotes se movían, presos de una especie de tic. Tan relajado estaba, que habría rodado hasta el suelo si los largos dedos de Ramsés no se hubieran cerrado sobre su cuerpo. Mi hijo se mostraba tan sorprendido como yo.

- Es un gato, querido -dije, riendo-. Un gatito, mejor dicho. Así es que es ahí donde fuiste, al establo, a inspeccionar la nueva camada de Hathor.

- Olvidé que estaba ahí -dijo Ramsés con timidez-. Se metió dentro y se quedó dormido así que yo… bueno, pero esto no es lo que quería enseñarle, madre.

El tintineo de la vajilla anunció la llegada de Gargery y de una de las doncellas con la bandeja del té. Emerson les pisaba los talones: la camisa arrugada, despeinado, las manos manchadas de tinta y la cara radiante.

- ¿No han llegado todavía? -inquirió, a la vez que inspeccionaba la habitación, como si esperara encontrarse con Fátima escondida tras una silla o con Daoud oculto tras las cortinas-. Ramsés, ¿qué haces ahí de pie con un gato en las manos? Ponlo en el suelo, muchacho, y siéntate. Hola, Peabody, querida. Hola Gargery. Hola… ¿quién es ella?

- Sara, señor -le respondió Gargery-. Empezó con nosotros la semana pasada y creo que está ya suficientemente preparada para servir en el salón.

- Por supuesto. Hola, Sara -diciendo esto, se acercó hacia la pobre muchacha con la clara intención de darle la mano.

Emerson no sabe comportarse con el servicio. Los trata como si fueran sus iguales y eso les desconcierta.

Aquellos que se quedan con nosotros acaban por acostumbrarse, pero la chica en cuestión era joven y bastante bonita y, a pesar de que Gargery debía de haberle puesto en antecedentes sobre mi marido, lanzó un pequeño grito de alarma al vislumbrar, por encima de ella, su atractiva cara, iluminada por un afectuoso interés.

Ramsés salió en su ayuda: tras dejar al gatito sobre la mano extendida de Emerson, cogió la pesada bandeja que la muchacha

sostenía entre sus manos y la depositó sobre una mesa cercana. Los ojos de la joven le siguieron, llenos de admiración perruna, mientras yo dejaba escapar un silencioso suspiro. Así que le había tocado a Ramsés esta vez. Ocurría a menudo que las nuevas sirvientas se enamoraran de mi marido, de mi hijo, o de ambos al mismo tiempo. Normalmente se trataba de un incidente sin importancia, ya que Emerson no se enteraba nunca y Ramsés era demasiado educado como para comportarse incorrectamente (¡no en mi casa, por lo menos!), pero yo estaba harta de tropezarme con los ojos de aquellas mujeres empañados por las lágrimas.

Tras indicarle a Gargery que nos serviríamos solos, él y Sara abandonaron la habitación. Emerson se sentó con el gatito sobre sus rodillas. La mayor parte de nuestra cosecha de gatos eran descendientes de dos ejemplares de felinos egipcios y reproducían fielmente el original: pelaje a manchas marrones y tostadas, grandes orejas y un nivel muy alto de inteligencia. Si este pequeño se parecería o no a ellos era algo imposible de prever, pero su cara guardaba un enorme parecido con su bisabuela Bastet -o, quizá, tatarabuela, había perdido ya la cuenta-, quien había sido la compañera favorita de Ramsés. Completamente despierto y lleno de curiosidad, trepó por la camisa de Emerson hasta conseguir posarse sobre su hombro.

Mi marido dejó escapar una pequeña risa.

- ¿Cómo se llama?

- Tiene sólo seis semanas -le contestó Ramsés-. Nefret todavía no ha elegido nombres para esta camada, estaba a punto de preguntarle a mamá…

- Es una suerte que el panteón egipcio sea tan extenso -comentó Emerson-. Hemos recurrido ya a los nombres más comunes, Hathor, *Horus*, Anubis, Sejmet, pero todavía queda un buen número de oscuras deidades. Cógelo, Ramsés, se dirige hacia el jarro de crema.

Casi volando, el animal saltó desde su hombro hasta la mesa del té. Ramsés se apresuró a cogerlo y lo sostuvo, soportando sus agudos chillidos y sus arañazos, mientras yo le vertía un poco de nata en un plato y se lo colocaba en el suelo. Emerson se divertía viendo cómo el gatito intentaba beber y ronronear al mismo tiempo. A mí, en cambio, empezaban a preocuparme las manchas de nata que se iban formando sobre la alfombra persa.

- Madre -dijo Ramsés, mientras se secaba distraído la sangre de los dedos que había manchado la pechera de su camisa-, quería preguntarle…

- No hagas eso -exclamé-. Usa una servilleta. ¡Por Dios!, eres como tu padre; es imposible que os dure una camisa limpia. Ya veremos lo que dice Rose…

- ¿Por qué nos regañas tanto, Peabody? -inquirió Emerson-. Espero que no tengas una de tus famosas premoniciones. Si es así, prefiero no saber nada.

Que hubiera hecho uso de aquella palabra daba a entender que, a pesar de su leve queja, su estado de humor era afable. La primera vez que Emerson y yo nos vimos, mi marido se valió de mi apellido para dirigirse a mí de igual a igual, como si fuera un hombre, en pocas palabras: con el pasar del tiempo, este modo de hacer se había llegado a convertir en un signo de afecto y aprobación. Yo, en cambio, y dado que no le gusta, nunca le he llamado Radcliff.

- En absoluto, querido -dije con una sonrisa-. Mis preocupaciones de esta noche son las propias de una anfitriona y una amiga afectuosa. ¡Quiero que todo salga bien! No me inquieta Selim, ha estado antes en Inglaterra y se cree casi un hombre de mundo, pero se trata del primer viaje de Daoud al extranjero y Fátima ha sido la mayor parte de su vida una esposa musulmana convencional: lleva velo, es casi analfabeta y muy servil. Me pregunto si las nuevas experiencias a las que tendrá que hacer frente no serán demasiado fuertes para ella. ¿Y cómo se llevará con Rose?

- No entiendo -dijo Emerson-, por qué das tanto peso a la opinión de Rose. ¡Maldita sea, Peabody! Estás imaginando problemas donde no los hay. Fátima tuvo la valentía de dirigirse a ti para pedirte el puesto de ama de llaves cuando murió su marido; ha demostrado tener la inteligencia e iniciativa necesarias para aprender a leer y escribir y a hablar inglés. Apuesto lo que quieras a que ha saboreado cada momento de este viaje.

- ¡Oh, está bien Emerson, lo admito! Tengo los nervios de punta. No me gusta que Nefret vaya por ahí conduciendo en una noche de lluvia y niebla como ésta. No quisiera que nuestros amigos pillaran un resfriado: no están acostumbrados a un clima tan duro y húmedo como el nuestro. Me preocupa la boda. ¿Y si no son felices?

La cara de Emerson se despejó.

- Ah, así que se trata sólo de eso. Las mujeres entran siempre en ese estado antes de una boda -le explicó a Ramsés-. No sé por qué son tan tremendamente aficionadas a casar a la gente, luego resulta que, cuando todo parece estar arreglado, empiezan a apurarse y a preocuparse. ¿Por qué Lía y David no tendrían que ser felices?

- ¡Deberán enfrentarse a tantos problemas, Emerson! Serán rechazados e insultados por europeos ignorantes que no tienen nada mejor que hacer y si se llega a sospechar que David falsificaba antigüedades…

La exclamación ahogada de Ramsés me detuvo.

- Oh, querido -dije-. No debería de haber dicho eso.

- ¿Por qué demonios no? -preguntó Emerson-. Sabes perfectamente que es algo que no queríamos ocultar a Ramsés. Esperábamos, simplemente, a que llegara el momento oportuno, eso es todo. Deja de fruncir el ceño, muchacho.

Las cejas de Ramsés, tan espesas y negras como las de su padre, volvieron a su posición habitual.

- ¿Es éste el momento adecuado, señor?

- Eso parece -admitió Emerson-. David es el único que debe permanecer en la ignorancia, al menos por el momento. Peabody, ¿puedo pedirte que cojas el… objeto de mi mesa mientras le cuento todo a Ramsés?

- No se moleste, madre -dijo Ramsés-. Imagino que éste es el objeto al que se refiere.

Diciendo esto, sacó el escarabajo del bolsillo que no había sido ocupado por el gato.

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson-. ¡Es imposible mantener un secreto en esta casa! Me imagino que lo encontraste casualmente mientras buscabas un sobre o un sello.

- Una pluma -dijo Ramsés temeroso-. El cajón no estaba cerrado. Y, de todos modos, querían consultármelo…

Mientras Emerson contaba la historia, el gatito se dedicaba a subir por la pierna del pantalón de Ramsés, dejando tras de sí un rastro de hebras sueltas y nudos. Al llegar a su rodilla, se instaló allí y empezó a lavarse la cara con tanta energía como ineficacia.

- ¿Has hablado con el comerciante? -preguntó Ramsés.

- No ha habido tiempo -Emerson sacó su pipa y su petaca-.

Debemos tratar este asunto con mucho cuidado, muchacho. Si se descubre que el escarabajo es una falsificación, David será la primera persona de la que se sospechará: todos conocen su historia. Cuando lo conocí era un aprendiz de Abd el Hamed, uno de los mejores falsificadores de antigüedades que Luxor ha dado al mundo. Desde entonces, se ha convertido en un experto egiptólogo, con un completo conocimiento del idioma, y se ha ganado una reputación como escultor. El escarabajo es algo más que la tosca reproducción de costumbre; fue realizado por alguien muy familiarizado con la lengua y las técnicas antiguas de fabricación. ¡Qué demonios!, si no fuera porque lo conozco tan bien, yo mismo sospecharía de él.

- Padre… -empezó a decir Ramsés.

- Gracias a tu habilidad podremos mantener el asunto en secreto durante algún tiempo -reflexioné-. Al comprar el escarabajo al señor Renfrew, compraste también su silencio. Lo más probable es que al comerciante que se lo vendió no le quepa duda alguna sobre su autenticidad y, por su parte, Griffith lo único que ha visto ha sido la copia de la inscripción. A veces me cuesta creer que se trate de verdad de una falsificación.

- ¿Estás poniendo en duda mis conocimientos, Peabody? -Emerson me sonrió-. Soy el primero en reconocer que no soy una autoridad en lo referente a la lengua, pero no por ello he dejado de desarrollar un cierto instinto. ¡La condenada cosa no encaja! Además, no me podrás convencer de que los egipcios de aquella época tenían los barcos y los marineros que un viaje de esas características exige.

- Señor… -dijo Ramsés, elevando la voz.

- Imagino que has traducido la inscripción.

- Sí, señor.

- ¿Y bien? No seas tan condenadamente formal.

- Se trata de una recopilación de diversas fuentes, incluyendo las inscripciones Punt de Hatshepsut y un texto griego más bien oscuro del siglo II a. C. Hay algunas anomalías…

- Los detalles no importan -dije, mientras me levantaba y me precipitaba hacia la ventana. Ni rastro del coche, el ruido que había oído debía de haberlo causado una ráfaga de viento-. La conclusión parece irrefutable. ¿Qué vamos a hacer con todo esto?

- Alguien tendría que hablar con el comerciante -dijo Emerson-. Tendremos que llevar a cabo nuestras averiguaciones con mucho cuidado si queremos que nadie sospeche nada. Deberíamos, además, intentar localizar el resto de las falsificaciones.

- ¿El resto? -debía de tener la cabeza ocupada con demasiadas cosas si no había sido capaz de llegar yo sola a la misma conclusión-. ¡Dios mío, sí! Es muy probable que haya otras, ¿no es así?

- Falsificar antigüedades es un negocio muy rentable, por lo que supongo que un artesano tan habilidoso como éste no se conformará con un solo ejemplar -dijo Emerson, mordiendo pensativo la boquilla de su pipa-. Sólo que si los otros están tan bien hechos como el escarabajo no serán fáciles de detectar.

- Entonces tampoco lo será para nosotros -dije-. ¿Cómo demonios vamos a hacer para localizarlos? No nos interesa que la gente empiece a sospechar que un nuevo y habilidoso falsificador se encuentra manos a la obra.

Ramsés se puso de pie y colocó el gatito sobre su hombro.

- ¿Puedo decir algo?

- Inténtalo -le contestó Emerson, al mismo tiempo que me dirigía una mirada cargada de reproche.

- Entonces, con todo respeto -dijo Ramsés-, pienso que estamos cargando demasiado sobre nuestras espaldas. No creo que David les agradezca, nos, quiero decir, que lo mantengamos fuera de todo esto. A fin de cuentas no es un niño y es su reputación la que se encuentra en juego.

- No sólo su reputación -dijo Emerson tocándose el hoyuelo de la barbilla-. ¿Os acordáis del caso del joven Bouriant? Acabó en la cárcel por vender antigüedades falsificadas. En el caso de David sería aún más serio. Es un egipcio y lo juzgarán como tal.

Era una conclusión acertada pero, de todos modos, intenté infundirles ánimo.

- Los casos son diferentes, Emerson. ¡David es inocente y lo probaremos! Por supuesto que habrá que decírselo tarde o temprano pero, en este momento, está muy nervioso; ahora tiene que disfrutar de su boda y… bueno, y lo mismo debemos hacer los demás. Podemos aclarar este pequeño asunto cuando pasen unas semanas.

- ¿Cómo? -preguntó Ramsés con una vehemencia poco usual en él-. ¿Cómo vamos a localizar el resto de las falsificaciones sin reconocer que es eso, precisamente, lo que estamos buscando? ¿Os importaría considerar cuántas antigüedades egipcias pueden haber aparecido en el mercado en los últimos tiempos? ¡Ni tan siquiera sabemos desde cuándo está en marcha todo este asunto! Si las otras falsificaciones (y debemos asumir que hay otras) son tan buenas como ésta, no se sospechará de ellas jamás.

- El escarabajo resulta algo excesivo -hizo notar Emerson.

Ramsés asintió con la cabeza.

- Es una pieza de artesanía espléndida, pero el texto es tan intrínsecamente ridículo que uno no puede evitar preguntarse si se tratará de una especie de broma privada o de algún tipo de desafío lleno de arrogancia. Puede que el resto de las piezas no sean tan fáciles de descubrir.

Había estado paseando de un lado a otro de la habitación. Al llegar a un cierto punto, se paró junto a la chimenea y se quedó mirando uno de los objetos que había en su repisa, protegido del calor y del humo por una especie de nicho. La pequeña cabeza de alabastro de Nefret era una de las primeras esculturas que había hecho David después de unirse a nuestra familia. Comparada con el trabajo realizado después, resultaba algo tosca pero, en aquel momento, no dejaba de constituir una temible muestra del excepcional talento del joven.

La luz del fuego avivaba el delgado e impasible rostro moreno de Ramsés. Iluminaba también las manchas de sangre de su camisa, las rasgaduras que las garras del pequeño gato habían dejado en su pantalón y en su chaqueta, y los mechones rizados que caían en desorden sobre su frente. Su pelo se rizaba siempre con la humedad y el gatito había estado muy ocupado intentando secárselo.

- Por piedad, ve a cambiarte, Ramsés -dije-. Y lleva al gato al sitio donde lo cogiste.

Emerson se puso de pie de un salto.

- No hay tiempo. Aquí están. Hablaremos de todo esto más tarde. Ni una palabra a los demás por el momento, ¿de acuerdo?

Un rayo de luz atravesó la ventana y una serie de triunfantes bocinazos indicaron la llegada del coche y de sus ocupantes sanos y salvos. Emerson se dirigió hacia la puerta en tanto que Ramsés se

metía al gatito en el bolsillo.

- Dame el escarabajo -dije rápidamente-. Lo colocaré de nuevo en la mesa de tu padre.

Mientras abandonaba apresuradamente la habitación, pude oír cómo se abría la puerta principal, el ruido de risas y de voces alegres y, por encima de todas ellas, el cordial grito de saludo de Emerson: *«¡Asalamu Alatkum! Marhaban».*

Capítulo 2

Al hombre oriental le entusiasma la mujer blanca. No obstante, si llega a casarse con ella, sus reglas son tales que ésta se ve de inmediato degradada; por eso no podemos permitir que nuestras viudas, hermanas o novias se relacionen con ellos.

- ¡Gracias a Dios que todo ha terminado!

Me abstuve de pronunciar estas palabras en voz alta ya que la ceremonia no había acabado y un silencio reverencial llenaba la antigua capilla del castillo de Chalfont. El fatal desafío había pasado sin contratiempos y los dos eran ya marido y mujer ante los ojos de Dios.

No soy una persona sentimental. Mi mejor pañuelo de encaje seguía en aquel momento bastante seco, pero cuando sonaron los primeros acordes del himno y David se encaminó por el pasillo con su mujer cogida del brazo, no pude evitar que se me humedecieran los ojos. Lía llevaba un sencillo ramo de helechos y rosas y el velo de su abuela; el antiguo encaje de Bruselas, de valor incalculable, caía como copos de nieve sobre su hermosa cabellera. Al pasar con un revoloteo de blanca y dulce fragancia, David volvió su cabeza y me sonrió.

Les seguían Ramsés y Nefret, los únicos acompañantes. Nefret parecía la personificación de la primavera. Su cuello blanco y su corona de pelo cobrizo brotaban del suave tejido verde de su vestido como lo haría una flor sobre su tallo. Supuse que había sido ella la que había podido evitar que Ramsés se aflojara la corbata, se despeinara o manchara su ropa; yo había estado demasiado ocupada con los preparativos como para poder pensar también en él. Con un orgullo maternal que, espero, se me podrá perdonar,

concluí que mi hijo nos dejaba, tanto a su padre como a mí, en un buen lugar. En mi opinión, al menos, la apariencia de Ramsés no es tan impresionante como la de Emerson, pero sabía sacar partido de su esbeltez y sus rasgos eran agradables. Al igual que había hecho David, me miró al pasar. A pesar de que no solía ser pródigo en sonrisas, su solemne rostro se iluminó un poco cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Todas aquellas miradas reconocían que, sin mi apoyo e intervención, aquel matrimonio no se hubiera celebrado jamás. En un principio, la oposición de los padres de Lía había sido muy fuerte. Tal y como me permití hacerles ver, esto se debía únicamente a los inconscientes e injustos prejuicios de su casta. Como suele ser habitual, mis argumentos acabaron por prevalecer. ¿Quizá era por esto que, en los últimos tiempos, había sentido aquel extraño malestar… el motivo de que hubiese contenido la respiración cuando se formulaba la pregunta decisiva? ¿Había temido realmente que alguien se levantara y «manifestara la causa» que impediría que aquel enlace se pudiera celebrar? ¡Ridículo! No existía razón moral o legal que pudiera impedir aquel matrimonio, y lo que pudieran pensar unos intolerantes de mente estrecha era algo que no tenía ninguna importancia. Con todo, si no eran felices juntos o si sobrevenía una desgracia, la responsabilidad sería mía.

Emerson, que es muy sentimental a pesar de que no lo reconozca, había vuelto la cabeza y buscaba algo en su bolsillo. No me sorprendió que no fuera capaz de encontrar su pañuelo: no lo encuentra nunca. Deslicé el mío en su mano. Mirando todavía hacia otro lado, se sonó ruidosamente.

- Gracias a Dios que se ha acabado -declaró.

- ¿Por qué dices eso? -le pregunté.

- Oh, ha sido muy bonito, sin duda alguna, pero tanto rezo acaba siempre por aburrirme. ¿Por qué no se limitará la gente a abandonar su casa y… a fundar un nuevo hogar como se hacía en el antiguo Egipto?

* * *

Chalfont Castle, el hogar de los antepasados de Evelyn, es un lóbrego, viejo e imponente edificio y el Gran Salón, la parte más vieja y lóbrega del mismo. Fue construido en el siglo XIV, pero el temprano gusto victoriano por el gótico había dejado su huella en

algunos desgraciados añadidos y restauraciones, entre los que se incluían varias y horribles arañas de roble tallado. Aunque las nubes de lluvia oscurecieran las vidrieras, el fuego ardía en la chimenea, las lámparas y los candelabros centelleaban por todas partes y un sinfín de flores y plantas alegraban los viejos muros de piedra. El suelo estaba cubierto con alfombras orientales. La larga mesa de comedor estaba llena de comida y una melodía llegaba desde la galería del ala norte, donde se encontraban los músicos.

Katherine Vandergelt se unió a mí en la mesa y aceptó la copa de champán que le ofrecía el camarero.

- Tiene amigos poco comunes, señora Emerson -comentó con amigable ironía-. Egipcios con su traje nativo, sirvientes que se mezclan con sus amos como si fueran sus iguales y una antigua médium a quien tan sólo su amable intervención pudo salvar de la cárcel.

Se refería a ella misma, exagerando con una cierta dosis de sentido del humor. Las necesidades financieras y el deseo de sacar adelante a sus hijos, huérfanos de padre, la habían empujado a emprender una profesión algo discutible que después se alegró de poder abandonar. La atracción mutua y una insignificante intervención por mi parte la habían llevado a contraer matrimonio con Cyrus, un amigo nuestro, rico y americano. Si hay algo de lo que no me he arrepentido nunca es, precisamente, de esa pequeña intervención, ya que ambos son ahora tremendamente felices juntos. Como nosotros, los Vandergelt estaban a punto de partir para Egipto, donde solían pasar los inviernos, acompañados unas veces sí y otras no, por los niños que Katherine había tenido en su primer y desgraciado matrimonio.

- Sin mencionar al tío y la tía de la novia, de cuyos encuentros con momias ambulantes y maestros del crimen se ha hecho eco demasiado a menudo la prensa sensacionalista -repliqué con una sonrisa.

- No veo a ninguno de tus parientes por aquí.

- Caramba, Katherine, has oído lo suficiente sobre mis hermanos como para poder imaginarte que ellos son, precisamente, las últimas personas a las que me gustaría ver por aquí en un día como hoy. Mi sobrino Percy, a quien conociste hace unos años, es una buena muestra de lo que te digo. Supongo que habrás leído su

pequeño y horrible libro. Ha mandado copias a todo el mundo.

- Es tremendamente divertido -dijo Katherine con una sonrisa que redondeaba sus mejillas y estrechaba sus ojos rasgados. La primera vez que la vi pensé que me recordaba a un gato mofletudo y atigrado; la misma sonrisa y el mismo toque de cinismo que suelen estar presentes en el semblante de un felino, la mayor parte de los cuales son cínicos por naturaleza pero también por experiencia.

- Eso me han dicho. No he tenido tanto tiempo como para poder desperdiciarlo en tonterías. Por lo que respecta a la familia de Emerson, queda sólo Walter con quien, por lo visto, mi marido se enemistó hace ya algún tiempo. Cuando sugerí que, quizás, esta sería una buena ocasión para limar diferencias, Emerson se limitó a responderme que, dado que sus padres estaban ya muertos, era ya un poco tarde para reconciliaciones. Y a mí no me gusta insistir sobre aquello que apena a mi querido esposo.

- Es natural.

Evelyn y Walter no solían mezclarse nunca con la sociedad local pero en aquella ocasión, además, estaban al corriente de lo que sus remilgados vecinos pensaban de la boda. Por desgracia, dicha opinión era compartida por la mayoría de nuestros conocidos del mundo de la arqueología, quienes consideraban inferiores a los egipcios con los que trabajaban y convivían. Ciertos miembros de ambos grupos hubieran estado dispuestos a asistir al enlace en el caso de que hubieran sido invitados, pero lo hubieran hecho movidos, tan sólo, por vulgar curiosidad. Por esa razón decidimos no hacerles partícipes. Tan sólo nuestros amigos más cercanos y nuestros parientes se encontraban presentes y a Katherine no le faltaba razón sobre el carácter poco convencional de la lista de invitados.

Gargery charlaba en ese momento con Kevin O'Conell y su mujer. Los burlones ojos azules de Kevin iban de Daoud, que alcanzaba casi los dos metros de altura con su imponente turbante, a Rose, tocada con un sombrero cargado de flores de seda que aleteaban como si fueran a salir volando de su cabeza. Imagino que, mientras tanto, se dedicaba a componer mentalmente la historia que le hubiera gustado escribir para su maldito periódico. En el alma de Kevin, el caballero y el periodista estaban siempre

enfrentados; en aquella ocasión, sin embargo, estaba segura de que el caballero mantendría su palabra por varias razones pero, sobre todo, porque Emerson lo había amenazado con perpetrar algún ultraje sobre su persona en el supuesto de que se atreviera a publicar algo.

Las risas de los niños aumentaban de volumen, ahogando el tono más sosegado de los mayores. Aunque siguiera refiriéndome a ellos como si todavía fueran unos niños, lo cierto era que, en su mayor parte, eran ya unos jóvenes. «Qué deprisa pasa el tiempo», pensé con dulce melancolía. Raddie, el más joven de los sobrinos mayores de Emerson, se acababa de graduar en Oxford; era un hombre apacible y erudito como su padre que, en ese mismo momento, charlaba con Nefret escuchándola atentamente mientras se la comía con sus dulces ojos azules. Los gemelos, Johnny y Willy, estaban en una esquina con Ramsés. Johnny, el cómico de la familia, debía estar contando alguna de sus disparatadas historias ya que la risa de Ramsés se podía oír con toda claridad, lo que no dejaba de ser un acontecimiento. Margaret, la hermana pequeña de Lía, jugaba con Bertie y Anna, los hijos de Katherine. Evelyn estaba hablando con Fátima quien, haciendo honor a la ocasión, se había quitado el velo y la ropa de color negro. Emerson se había unido a Walter y Cyrus Vandergelt y gesticulaba con gran animación. No me hacía muchas ilusiones sobre el contenido de su conversación.

Katherine se echó a reír.

- No podría ser más típico: los hombres haciendo corrillo para hablar de arqueología y las mujeres hablando de… Frename, Amelia; creo que me están entrando ganas de casar a alguien.

- No deja de ser normal en una ocasión como ésta -dije-. ¿Quién será el siguiente? Ninguno de tus hijos, supongo, son demasiado jóvenes todavía.

- No tan jóvenes como para no sentir las primeras punzadas. Me temo que Anna se lo hizo pasar mal a Ramsés el año pasado. Pienso que él llevó la cosa con mucha delicadeza.

- No le falta experiencia -respondí secamente-. No puedo imaginarme por qué lo hacen.

Katherine me dio un codazo en las costillas: Ramsés se encontraba junto a nosotras.

- Pido perdón -dijo-. ¿He interrumpido una conversación

privada?

- No hay nada de privado en ella -declaró Katherine con ojos risueños-. Especulábamos sobre cuestiones amorosas. ¿Qué piensas de Nefret y Raddie, Amelia? Parecen entusiasmados.

- Él está como hipnotizado -dije, tras observar la mirada aturdida y la sonrisa llena de sentimentalismo de Raddie-. Y ella coquetea escandalosamente con él.

- Practica, tan sólo -dijo Ramsés tolerante-. Sin embargo, Raddie no es la pareja adecuada para ella. Será mejor que vaya a rescatar al pobre muchacho.

Los músicos, que hasta el momento se habían limitado a tocar una suave melodía de fondo, irrumpieron con un vals y los novios se dispusieron a abrir el baile. Walter y Evelyn se les unieron enseguida. Ramsés había alejado a Nefret de su víctima; su falda verde manzana se acampanaba ahora mientras él le hacía dar una amplia vuelta. Johnny bailaba con una joven dama llamada Curtis o Curtin, compañera de Lía en Saint Hilda.

No pude ver nada más ya que, en ese momento, Emerson me asió imperiosamente y me llevó (o, para ser más exactos, me arrastró) hasta la pista de baile. Si uno quiere bailar el vals con Emerson tiene que concentrarse totalmente en ello: es el único baile que conoce y lo ejecuta con la misma energía que suele imprimir a todas sus actividades. Por fortuna, mi querida Evelyn había pedido a los músicos que tocaran un gran número de esas piezas.

Dado que en la sala había muchos más hombres que mujeres, estábamos muy solicitadas. A lo largo de la tarde pude bailar con la mayor parte de los hombres, incluyendo a Gargery y, para mi sorpresa y diversión, con Selim, quien se mostraba muy ufano y muy atractivo, a pesar de la barba que se había dejado crecer con el fin de imponer más respeto a sus hombres. Mientras bailábamos, me explicó que Margaret había sido su maestra de baile y que tenía la intención de practicar lo máximo posible durante su estancia en Inglaterra ya que le gustaba mucho aquella nueva actividad y pensaba enseñársela a sus mujeres.

Me es imposible recordar un día más feliz. Con el tiempo, me he llegado a preguntar si, aquel día, no sentimos todos una especie de oscura premonición que nos empujó a disfrutar con mayor alegría del presente a la vez que tratábamos de alejar el dolor por la

pérdida futura. Como si intuyéramos que era la última vez que íbamos a estar todos juntos.

Hacia el final de la tarde los recién casados se retiraron para cambiar sus vestidos por otros más apropiados para el viaje, después de lo cual, los dejamos marchar con más lágrimas que risas y con el usual ceremonial de despedida. Cuando el coche se adentró en la nebulosa oscuridad hacia «un destino desconocido», volvimos todos al salón.

- Parece casi un funeral, ¿no? -dijo Emerson-. Tan pronto uno se deshace del cuerpo o de los cuerpos empieza a divertirse.

La única persona que oyó el inconveniente comentario de Emerson fue Cyrus Vandergelt, quien conocía demasiado bien a mi marido como para sorprenderse de las cosas que decía. Su rostro, curtido y arrugado, se estiró en una amplia sonrisa.

- Yo me lo he pasado muy bien. ¡No he estado nunca en una boda que fuera tan condenadamente divertida! Nunca podré olvidar el baile egipcio de Selim, mientras el novio golpeaba una olla, el padrino soplaba un silbato de juguete y el resto de nosotros los rodeaba, aplaudiendo con las manos.

- Ni yo tampoco -dije tristemente-. Quizá hayamos bebido demasiado champán.

- Bebamos un poco más, entonces -dijo Cyrus-. Y acabemos la fiesta lo mejor posible. ¡Que la banda toque de nuevo! ¡Vamos!

DEL MANUSCRITO H:

A Ramsés no le resultó difícil convencer a sus padres de que no dijeran nada a Nefret del escarabajo hasta que no hubiera pasado la boda. De hecho, dejaron que fuera él mismo quien le pusiera al corriente de la noticia: Selim, Daoud y Fátima habían regresado con ellos a Amarna House, y sus padres tenían ahora mucho que hacer ocupándose de los huéspedes y ultimando los preparativos para la partida. O, al menos, ésa era su excusa. Sabían perfectamente cómo reaccionaría Nefret a una acusación contra su amigo; Ramsés lo sabía también así que, dado que era probable que se echara a gritar, decidió que lo mejor sería alejarla de la casa cuando se lo dijera; por tal razón, le sugirió que salieran juntos a dar una vuelta a caballo.

Era un día gris y ventoso; el viento daba pinceladas de color a las mejillas de Nefret, que se incendiaron cuando escuchó lo que

Ramsés tenía que decirle.

A pesar de que empleó algunas de las maldiciones que había aprendido de Emerson y otras que ni él mismo podía imaginar que supiera, la explosión de Nefret fue menos intensa de lo esperado. Sus ojos se estrecharon en una mirada que él había aprendido a temer aún más que sus ataques de mal genio.

- ¿Has hablado con el maldito comerciante?

- No ha habido tiempo. Creo que iré a Londres mañana.

- Mañana no. Le prometí a Fátima que la llevaría de tiendas.

- Pero…

- No vas a ir a Londres sin mí, Ramsés. Iremos pasado mañana.

* * *

Salieron a última hora de la mañana. Nefret no se quejó ni una sola vez de lo lento que conducía. Era una mala señal, como también su entrecejo fruncido y sus manos fuertemente apretadas. Había iniciado una de sus cruzadas y, cuando lo hacía, podía ser tan apasionadamente ilógica e irracional como su madre adoptiva. Una vez en la ciudad, mientras atravesaban el puente en dirección a Bond Street, Ramsés se vio en la obligación de recordarle algo que, sin duda alguna, no iba a ser de su agrado.

- Me has prometido que me dejarás hablar la mayor parte del tiempo.

- Lo hice -sus ojos azules lanzaron chispas-. Pero me gustaría volver a recordarte que no estoy de acuerdo con el método que has decidido seguir.

- Ya lo has hecho -dijo Ramsés-. Varias veces y por extenso. Mira, Nefret, a mí tampoco me gusta. Traté de convencer a papá y mamá de que lo mejor era decírselo a David enseguida y, a falta de esto, confrontar a Esdaile con la verdad. Pero ya sabes cómo son.

- Intentan protegernos todavía -suspiró la joven-. Es de agradecer por su parte pero, ¡resulta enloquecedor!

- No son tan terribles como antes.

- No. Antes no nos hubieran dicho nada sobre el escarabajo. Está bien, lo intentaremos a su modo, sólo que me pregunto cómo demonios vamos a conseguir alguna información útil sin admitir que fue David quien vendió el objeto.

- Ya veremos.

La tienda era pretenciosa, su mercancía demasiado cara y, por si

fuera poco, el propietario los aduló como lo hubiera hecho Uriah Heep* con su tono más zalamero.

* Uriah Heep. Personaje de la novela de Charles Dickens, *David Copperfield.* Símbolo de la mezquindad y de la hipocresía, encarna por excelencia el «héroe negativo» del mundo literario de Dickens. *(N. de la T)*

Que miembros de la «distinguida familia de egiptólogos» compraran en su establecimiento era un honor que él jamás se hubiera atrevido a esperar. Todos sabían hasta qué punto «el profesor» desaprobaba a los vendedores de antigüedades.

Por supuesto, él no era como los demás. Nadie había puesto nunca en duda la integridad de la firma…

Obtener la información que querían sin mostrar sus verdaderas intenciones fue una cuestión larga y delicada. Tras examinar casi todos los objetos que había en la tienda, Ramsés consiguió la descripción del hombre que había vendido el escarabajo a Esdaile; aunque resultó tremendamente vaga, ya que Ramsés no se atrevió a preguntar por detalles como la estatura o el color del pelo; siendo como era un buen amigo del señor Todros, se suponía que debía estar al corriente de los mismos. Al final, Esdaile les ofreció una considerable rebaja en el precio de un collar de amatistas y oro que Nefret había admirado -«como muestra de mi buena voluntad, mis queridos y jóvenes amigos»- y Ramsés pensó que, tal vez, deberían comprarlo.

- ¿Ha encontrado ya un cliente para el escarabajo del señor Todros? -preguntó, mientras contaba el dinero.

- Y para el resto de las antigüedades -Esdaile sonrió satisfecho y se frotó las manos-. Son de una delicadeza inusual, ya saben.

Nefret abrió la boca. Ramsés le dio un codazo en las costillas.

- Las otras, sí -murmuró dándose cuenta de que debería de habérselo imaginado-. Espero que hayan acabado en manos de coleccionistas que las sepan apreciar.

- Sí, por supuesto -Esdaile dudó, pero sólo por un momento-. La ética profesional me impide darles a conocer sus nombres, por supuesto. Se trata, sin embargo, de un viejo amigo de su padre y no me cabe duda alguna de que ya habrá…

- ¿Quién? -preguntó bruscamente Nefret, con una sonrisa nauseabunda que hizo que Esdaile la mirara sorprendido.

- No debería… Pero como los *ushabtis* serán expuestos muy pronto.

- ¿En el Museo Británico? -preguntó Ramsés, con un hilo de voz.

- Justo allí, estaba seguro de que lo sabrían ya. Sí, los adquirió el señor Budge en persona. No es frecuente que compre a comerciantes británicos, ya saben, normalmente trata directamente con los egipcios, pero yo siempre le informo cuando cae en mis manos algo inusual así que, cuando le expliqué el origen de los *ushabtis,* dijo que no se podía resistir.

Ramsés lo miró fijamente. Sabía que debía de parecer un idiota.

- El origen… -repitió.

- Sí, la colección del amigo de su abuelo. El viejo era su capataz, ¿no? Tal y como afirmó Budge, ¿qué mejor fuente que él, *Rais* durante tantos años del distinguido profesor Emerson? El señor Budge estaba tan encantado que se reía entusiasmado al abandonar la tienda. Él… ¿Pero…, señorita Forth, qué le pasa? ¿Se siente usted mal? Aquí… ¿una silla?

Ramsés rodeó con su brazo los rígidos hombros de Nefret.

- Aire fresco -dijo-. Está como ida. Todo lo que necesita es un poco de aire fresco.

Cogió el paquete con el collar que había preparado Esdaile y, tras metérselo en el bolsillo, asió firmemente con las dos manos a su muda «hermana» y la sacó de allí. Tuvo que arrastrarla hacia la siguiente esquina, sin atreverse a soltarla hasta que llegó al interior de un edificio.

- ¿Pensabas que me iba a desmayar? -le preguntó ella con un destello en los ojos.

- ¿Tú? Pensaba que ibas a saltar sobre Esdaile negándolo todo. Y entonces se habría organizado una buena.

- No hubiera cometido una estupidez tan grande. Pero atribuir algo así a un hombre que era la honestidad en persona y que, además, está muerto y no puede defenderse de una acusación tan despreciable como ésa…

- No seas tan trágica -Ramsés la cogió por los hombros. Ella retrocedió y él no se lo impidió.

- ¿Qué pasa?

- Estoy llena de magulladuras -dijo Nefret con malévola satisfacción-. ¿Hacía falta ser tan bruto?

- ¡Oh, Dios mío, Nefret, cuánto lo siento!

- Quizá no tuviste más remedio -en uno de sus encantadores y desconcertantes cambios de humor se acercó a él y lo cogió por las solapas mientras sonreía a su cara llena de remordimiento-. Tú también estabas algo enfadado, confiésalo.

- A lo mejor lo estaba. Pero la verdad es que la mayor parte de la gente no criticaría a Abdullah por haber coleccionado antigüedades. Todos lo hacen; todos excepto mi padre, claro está. El Museo de El Cairo compra a comerciantes cuyas existencias provienen de excavaciones ilegales. Budge mismo compra incluso a los ladrones de tumbas…

- No me sorprende que Budge estuviera tan contento -le rechinaron los dientes.

- Sí. Padre le ha criticado privada y públicamente por hacer precisamente lo que Budge supone que hizo Abdullah. Dios mío, la mitad de los ladrones de tumbas de Luxor eran amigos suyos y la otra mitad conocidos. Y si Abdullah lo hizo a espaldas de mi padre, éste se sentirá herido y furioso.

Nefret inclinó su cabeza sin responder. «Se lo está tomando muy a pecho», pensó el joven cogiéndola de la mano.

- Vamos a casa, querida. Hemos descubierto ya lo que queríamos saber.

- Mmm… -un instante después, ella levantó la mirada, tomó su brazo y dijo, serena-: Nos hemos perdido la comida. Vamos a tomar un té en alguna parte antes de ponernos en camino.

- Está bien.

- Ha sido una bendición que la tía Amelia no estuviera con nosotros -dijo Nefret mientras se dirigían hacia el coche-. Sabes lo que sentía por Abdullah. ¡Explotará cuando oiga esto!

- Me temo que tienes razón. Sentía una gran devoción por su viejo y querido compañero.

- Sueña con él, ¿lo sabías?

- No tenía ni idea -Ramsés le abrió la puerta.

- Quizá no debería de habértelo dicho. No le gusta que la tomen por una sentimental.

- No diré nada. Es realmente conmovedor. ¿Te has preguntado alguna vez…? -Ramsés dio la vuelta al coche y se metió dentro-, ¿te has preguntado alguna vez qué fue lo que le susurró al oído

momentos antes de morir?

Nefret prorrumpió en uno de sus encantadores gorjeos.

- Vaya, Ramsés, ¡no sabía que los hombres sintieran curiosidad por ese tipo de cosas! Por supuesto que me lo he preguntado. Ella no lo ha contado nunca y no creo que lo haga jamás. Todos le echamos de menos pero lo que había entre ellos era algo muy especial.

- Sí. Bueno, ¿dónde quieres que vayamos a tomar el té?

Le sorprendió que eligiera el Savoy, normalmente prefería ambientes con menos pretensiones, pero siguió sin sospechar nada cuando ella se excusó para levantarse de la mesa, tan pronto el camarero les acomodó. Volvió antes de lo que Ramsés esperaba e incluso para un ojo masculino como el suyo, carente por completo de sentido crítico, era evidente que no había estado maquillándose o arreglándose el pelo que el viento había despeinado.

- ¿Qué te traes entre manos? -le preguntó retirándole la silla y sentándose él a su vez.

Nefret se quitó los guantes.

- Recordé que estaban en la ciudad esta semana. No los conoces.

- ¿A quiénes?

- Aquí están -Nefret se levantó e hizo una señal con la mano.

Eran dos, hombre y mujer; jóvenes, bien vestidos y obviamente americanos. Ramsés no conocía a ninguno de ellos pero cuando Nefret se los presentó, sus nombres le sonaron. Jack Reynolds había estado en Giza con Reisner el año anterior. Guardaba un cierto parecido con su mentor, lo que no dejaba de ser divertido, y otro aún mayor con el anterior presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, con el que compartía el mismo cuerpo rechoncho, espeso bigote y dientes más bien prominentes. Faltaban tan sólo las gafas, aunque quizá éstas llegarían con el tiempo, ya que no parecía haber cumplido todavía los treinta.

La muchacha era su hermana; tenía el pelo oscuro, las mejillas sonrosadas, unas agradables formas redondeadas, y se comportaba de un modo alegremente informal. Ofreció su mano a Ramsés y sacudió la cabeza, sonriendo, cuando éste se dirigió a ella llamándola señorita Reynolds.

- ¡Caramba! Nefret y nosotros nos tuteamos, y ella nos ha hablado tanto de ti que no puedo dejar de considerarte ya como un

viejo amigo. Me llamo Maude. ¿Puedo llamarte Ramsés? Encuentro que es un nombre monísimo.

- Calla y siéntate, Maude -dijo su hermano con una amigable sonrisa-. Espero que podáis perdonarla, amigos, no está muy bien educada aunque estoy seguro de que no te importará pasar por alto las formalidades con nosotros, Ramsés. Es un verdadero honor conocerte. He leído todos tus artículos y tu libro sobre gramática egipcia; el señor Reisner piensa que eres la persona de tu generación más competente en la materia.

- Oh, ¿es eso cierto? -un poco avasallado por tanta cordialidad, Ramsés se dio cuenta de que su respuesta había sonado estirada y pomposa. Esbozando una sonrisa, prosiguió-: El mejor cumplido que me hizo fue decirme que, si seguía trabajando así durante otros diez años, quizá llegaría a ser la mitad de buen arqueólogo de lo que es mi padre.

Maude lo miró fijamente con la boca abierta. Su hermano soltó una carcajada.

- Eso es, desde luego, un cumplido. Espero, compañeros, que nos podamos ver esta temporada. ¿Dónde vais a trabajar?

- El profesor no nos lo dice nunca hasta el último minuto -dijo Nefret con una graciosa mueca-. Pero, cuéntame ahora, Maudie, ¿qué habéis estado haciendo en Londres? Espero que Jack no te haya hecho pasar la mayor parte del tiempo en ese viejo y polvoriento Museo Británico.

A pesar de que parodiaba escandalosamente el modo de hablar y las maneras de la pobre Maude, su víctima no se dio cuenta y le respondió con igual vivacidad. En tanto las mujeres discutían sobre tiendas y cotilleaban sobre amigos comunes, Jack hablaba de arqueología y Ramsés intentaba prestar atención a los tres mientras se preguntaba qué demonios intentaba hacer Nefret (además de comerse la mayor parte de los sándwiches y poner en ridículo a su amiga). Finalmente, la joven apartó su plato y pidió un cigarrillo.

- No pretendíamos ignorarles, señoras -dijo Jack con otra de sus risas campechanas-. Imagino que estaréis cansadas de toda esta cháchara sobre egiptología.

Nefret le miró como si estuviera a punto de decir una grosería. Ramsés se apresuró a buscar algo en su bolsillo de donde sacó poco después sus cigarrillos y un paquete envuelto en papel de seda.

Ofreció la cajetilla a Nefret y encendió una cerilla. Con la prisa, había dejado caer el paquete sobre la mesa. Su contenido se desparramó en una maraña de púrpura y oro.

Maude contuvo la respiración.

- Caramba, es precioso. ¿Es auténtico?

Nefret dejó escapar una nube de humo, sonrió a Maude y dijo dulcemente: «¿quieres decir que si es genuino? Ramsés me lo acaba de comprar, ¿no es una monada? En Esdaile. ¿Conocéis el sitio? El collar es auténtico pero tened cuidado si compráis algo allí; nosotros… bueno, nosotros adquirimos allí algo hace poco, que luego resultó ser una excelente falsificación».

- ¿Por qué lo comprasteis, entonces? -preguntó Jack.

- Tenemos nuestras razones -dijo Nefret misteriosa.

Ramsés consideró que había llegado el momento de cambiar de tema.

Cuando abandonaron el Savoy era ya de noche. Uno de los sirvientes les trajo el coche y encendió los faros. Nefret se sentó en el asiento del conductor mientras Ramsés ofrecía una propina.

- ¿Y bien? -le preguntó ella entrando en la corriente de tráfico nocturno que circulaba por el Strand.

Ramsés abrió los ojos. A pesar de que nunca se había dado ningún golpe, verla conducir era una experiencia que ponía los nervios de punta.

- Bien, ¿qué? Nefret ese autobús…

- Me puede ver.

- ¿Qué estás haciendo ahora?

- Poniéndome el casco de conducir. El pelo se me va de un lado para otro.

- Lo he notado. ¿Por qué no cambiamos de sitio? A menos que su alteza real se decida a conducir con las dos manos.

Nefret le puso mala cara, pero hizo lo que le pedía parándose en seco en medio de la calzada. Conducía como un egipcio mientras que David, uno de ellos, lo hacía como una pequeña y vieja dama. «Hay demasiados estereotipos», pensó Ramsés, mientras se apresuraba a dar la vuelta al coche perseguido por los bocinazos y alaridos de los frustrados conductores de otros vehículos.

- ¿Qué piensas de los Reynolds? -preguntó ella mientras escondía su pelo bajo una gorra.

- Espero que no sospeches que *él* es nuestro falsificador.

- Sospecho de todo el mundo. Déjame que te resuma lo que sabemos de ese canalla hasta la fecha -Nefret se volvió hacia él y empezó a contar con los dedos-. Primero, se trata de un experto egiptólogo; tú mismo has dicho que un aficionado no podría elaborar un texto así. Dos, debe ser nuevo en la especialidad…

- Probable, pero no seguro. Esdaile compró los objetos el pasado mes de abril pero no sabemos si los otros fueron vendidos antes.

- Es una posibilidad razonable -dijo Nefret con firmeza-. Tres, es joven, un viejo lleno de arrugas no podría hacerse pasar por David. Cuatro, y cito textualmente al señor Esdaile, habla inglés como un nativo…

- Eso deja a Jack fuera de toda sospecha -dijo Ramsés.

Ella dejó escapar una melodiosa carcajada.

- ¿Quién es ahora el intolerante?

- No quería decir eso -protestó Ramsés-. Tan sólo quería decir que el acento americano es, bueno, distintivo.

- No si lo disimula una gruesa capa de falso acento egipcio -dijo Nefret triunfante-. Cinco, sabe mucho sobre nosotros: el nombre y la apariencia de David, su relación con la familia, lo mismo que de Abdullah. Eso confirma la hipótesis de que se trata de un egiptólogo y, muy probablemente, de uno con el que tenemos algún tipo de relación.

- Puede haber obtenido toda esa información de los periódicos. Padre y madre han sido a menudo protagonistas de los titulares, especialmente gracias a su amigo O'Conell.

- ¡Maldita sea, Ramsés, hemos de empezar por algún sitio! Si vas a quitarme la razón en todo lo que digo…

- Está bien, está bien. Podría haber algo de cierto en todos esos puntos pero no puedo tomar en serio a Reynolds. Por una sola razón: carece de motivos para ello. Los Reynolds deben de tener sus recursos. Un arqueólogo que vive de su salario no frecuenta el Savoy.

- Desconocemos el móvil -arguyó Nefret-. Podría tratarse de uno extraño y perverso. ¡No te rías! Los móviles de la gente no siempre son racionales.

- Indudablemente.

- ¿Qué piensas de Maude?

- Pienso que fuiste muy grosera con ella.

- Lo fui, ¿no? -Nefret soltó una risita-. Si quieres saberlo, fue *ella* la que se comportó groseramente con David el año pasado. No le trató *exactamente* como se trata a un sirviente pero estuvo muy cerca. Maudie y yo no tenemos muchas cosas en común, pero Jack insiste en empujarnos a una en brazos de la otra. No lo tiene nada fácil si cree que a las mujeres les interesa sólo la moda y el coqueteo.

- Les guardas rencor, ¿no es así?

- Cuando se trata de mis amigos, sí. ¿Viste cómo dio un salto cuando mencioné a Esdaile?

- Ella no saltó, fui yo el que lo hizo. ¿No habíamos quedado en que no mencionaríamos las falsificaciones?

- Relacionándolas con David pero yo no *lo* mencioné. De todos modos, si los Reynolds son tan inocentes como crees, lo que dije debería carecer de sentido para ellos.

Los chicos volvieron tarde y, aunque estaba deseando que me pusieran al corriente de lo que habían descubierto, tuve que esperar un poco porque la cena estaba en la mesa y, según lo que Ramsés me había adelantado en un susurro, eran muchas las cosas que tenían que contarnos. Por fortuna, aquella noche nuestros huéspedes se retiraron pronto, tal y como solían tener por costumbre. Serían alrededor de las once, cuando Emerson y yo abandonamos sigilosamente nuestra habitación y nos dirigimos a la de Ramsés.

A pesar de haber alcanzado el digno status de ama de llaves, Rose insistía en seguir limpiando la habitación de mi hijo con sus propias manos. Tarea inútil; apenas diez minutos después de que ella hubiera salido del cuarto, ropa, libros, papeles y demás objetos usados por Ramsés en sus investigaciones cubrían de nuevo cualquier superficie que fuera susceptible de acogerlos, y tras haber sido abandonados por su dueño. Tengo que reconocer, sin embargo, que había intentado ordenarla un poco antes de que llegáramos y que hasta había encendido el fuego que ahora ardía, alegremente, bajo la repisa de la chimenea.

Nefret estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra

junto a la chimenea, con *Horus* arrellanado en su regazo. *Horus* era el más grande, y también el menos afectuoso de nuestra actual cosecha de gatos; el apego que Nefret sentía por él era algo que me resultaba completamente inexplicable. Y eso que el gato parecía corresponderle, aunque fuera a su manera, un tanto adusta, pues las suyas eran las únicas caricias que aceptaba. A Emerson y a mí se limitaba a tolerarnos, David, sencillamente, no le gustaba y detestaba a Ramsés, sentimiento que este último compartía plenamente.

- Me siento como un maldito espía -refunfuñó Emerson dejándose caer sobre una butaca-. Mantengo la opinión de que deberíamos hacer partícipe a Selim de todo este asunto. Es un joven muy listo y conoce bien a muchos falsificadores.

- Mmm -dije-. Qué collar tan bonito, Nefret. ¿Es nuevo?

- Me lo ha comprado Ramsés.

Mi hijo también se había sentado en el suelo con la espalda apoyada contra una caja de libros y con el gatito en su regazo; lo seguía a todas partes como un perrito. Las numerosas manchas de grasa que habían aparecido últimamente en los bolsillos de varios abrigos de Ramsés, junto al entusiasmo que todos nuestros gatos sentían por el pollo, me hacían suponer que aquella devoción no debía de ser completamente altruista. A pesar de ello, no me opuse, me gustaba ver cómo Ramsés se encariñaba con uno de nuestros gatos; había estado muy unido a nuestra querida y difunta Bastet, progenitora de la tribu, y cuando ella murió se había negado por completo a que la reemplazáramos por otra. Bastet había viajado con nosotros a lo largo y ancho de Egipto, al igual que *Horus* ahora; Ramsés, sin embargo, pensaba que el gatito era todavía demasiado pequeño para viajar aquel año.

Mirándonos a su padre y a mí, dijo:

- Las cuentas son auténticas pero han sido ensartadas de nuevo, probablemente sin respetar el orden original. Creí que era aconsejable comprar algo, padre, para ocultar…

- Sí, sí -gruñó Emerson-. ¿Y bien?

Ramsés repitió la descripción que había conseguido sonsacar (¡según él!) al vendedor. Emerson dejó escapar un gemido:

- ¡Maldita sea! Esperaba que el parecido no fuera tan grande.

- Lo cierto es que fue muy poco preciso, padre. Un tipo joven y

de apariencia atractiva; menos oscuro de piel que la mayor parte de los egipcios (me pregunto cuántos egipcios habrá conocido), de estatura y figura similares a la mía.

- Lo del turbante fue un error -dijo Nefret-. David nunca lleva.

- La gente supone que todos los egipcios llevan turbante o fez -dijo Ramsés mientras acariciaba al gatito-. Forma parte del vestido. Y, además, un turbante puede servir para disimular la verdadera estatura de una persona.

- Eso no es todo, ¿no es así? -pregunté-. Suéltalo de una vez, Ramsés.

A medida que la historia avanzaba, apenas podía contener mi indignación. La primera vez que Abdullah y yo nos encontramos él me miró con profunda desconfianza y con un cierto resentimiento. Siendo como era, tan sólo una mujer, no sólo había osado manifestar mi opinión en voz alta sino que, además, me había interpuesto entre él y el hombre que admiraba por encima de todos. Con el paso de los años, sin embargo, nuestra extraña amistad creció y se hizo más profunda por lo que, antes incluso de su heroica muerte, había conseguido ganarse mi más sincera consideración. La calidad profesional de Abdullah era tan alta como la de cualquier arqueólogo europeo; sí, ¡incluso superior a la de la mayor parte de ellos!

- Él hubiera sido incapaz de hacer una cosa así -dije-. Nunca. Hubiera pensado que con ello traicionaba nuestra amistad.

Al verme incapaz de controlar mi cólera, Emerson controló la suya. Cogiéndome la mano, me dio una palmadita y empezó a hablar con esa voz suave y susurrante que el mismo ayudante del demonio teme más que sus propios gritos.

- Nuestro desconocido contrincante es un bastardo muy inteligente, ¿no es así? Abdullah conocía a todos y cada uno de los comerciantes y ladrones de tumbas que había en Egipto. Si hubiera querido formar su propia colección de antigüedades, ésta hubiera sido de una calidad espléndida. La mera mención de su nombre bastaba para atribuir a las antigüedades falsas un origen creíble, lo que automáticamente aumentaba su precio. El muy canalla no podía imaginarse que seríamos precisamente nosotros los que acabaríamos por descubrir el fraude pero, ¡caramba!, ¡podía haber previsto incluso esta posibilidad! Estaréis de acuerdo conmigo en

que nos ha colocado en una situación muy delicada. Si queremos proteger a David, lo único que podemos hacer es seguir adelante con el engaño. Nadie pone en duda su derecho a disponer de la colección de su abuelo pero, si al final resulta que los objetos son falsos…

- Alguien lo descubrirá -dije-. Tarde o temprano.

- Hay una alta probabilidad de que sea más bien tarde que temprano -dijo Emerson-. Si es que llega a descubrirse alguna vez. No es tan fácil identificar una falsificación bien hecha, ya lo sabéis; en la actualidad, hay varias expuestas en diversos museos, ¡incluido nuestro querido Museo Británico! Budge es incapaz de detectarlas a menos que lleven estampado en la base «Made in Birmingham».

Nadie replicó a esta afirmación (ligeramente) exagerada. Todos conocíamos el aborrecimiento que Emerson sentía por el Conservador de Antigüedades Egipcias. Para ser justa con mi marido, debería añadir que aquélla era una opinión que compartían muchos egiptólogos aunque quizás con un grado de intensidad algo menor. Aun en el caso de que Budge descubriera que los *ushabtis* eran simples imitaciones, no era probable que reconociera abiertamente que había sido engañado; y, por otra parte, era una deshonra seguir sosteniendo el fraude con nuestro silencio, por muy grande que fuera el peligro que corriera David.

El crepitar de las llamas y los agudos chillidos somnolientos del gatito fueron, durante un buen rato, los únicos ruidos que rompieron el silencio.

- Al menos, ahora sabemos lo que estamos buscando -dijo Ramsés con un tono tranquilo e impasible-. Cualquier objeto susceptible de haber sido vendido por David o de haber pertenecido a Abdullah.

Cuantos más podamos localizar, mayor será la posibilidad de dar con la pista que nos ayude a identificar al individuo en cuestión.

- De acuerdo -dijo Nefret-. Pero, ¿qué es lo que vamos a hacer? No podemos preguntar directamente a los comerciantes si, últimamente, han comprado antigüedades a David; se preguntarían por qué no nos lo ha dicho a nosotros.

- ¡Caramba, es verdad! -exclamé-. No podemos levantar la sospecha de que la transacción no fue legítima. Entonces cómo…

No acabé la frase. No fue necesario, todos sabíamos la respuesta.

Se me encogió el corazón cuando vi la cara de Emerson. Tenía los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

- Ocultando nuestra verdadera identidad -dijo, feliz-. Así es como lo haremos. ¡Haciéndonos pasar por ricos coleccionistas!, diré que he oído rumores de que una excepcional partida de antigüedades ha entrado recientemente en el mercado…

- No, Emerson -dije-. No, querido. Tú, no.

- ¿Por qué demonios yo no? Confío -dijo Emerson frunciendo el ceño-, en que no querrás decir que no soy capaz de organizar una mascarada de este tipo tan bien como… como cualquiera.

Su enfurecida mirada cayó sobre Ramsés. El buen hacer de Ramsés en el dudoso arte del disfraz era una fuente de irritación y, al mismo tiempo, de orgullo para su padre; no sólo porque hubiera sido adiestrado por un individuo al que mi marido aborrecía particularmente sino, también, porque se trataba de un mundo en el que, en su fuero interno, le hubiera gustado poder destacar. Sentía una gran afición por el teatro y una verdadera pasión por la barba, con toda probabilidad porque yo le había privado de ella y ¡no en una, sino en dos ocasiones! Por desgracia, se trata de una habilidad en la que Emerson no triunfará nunca. No sólo su magnífico físico es casi imposible de enmascarar sino que, además, tiene un carácter terrible que explota a la mínima provocación.

Ramsés mantuvo un prudente silencio. En cambio, yo dije:

- No estoy dando a entender nada, Emerson, te lo diré sin rodeos. No existe modo alguno de ocultar el color zafíreo de tus ojos, o la fuerza de tu barbilla y boca o tu imponente estatura e impresionante musculatura.

Los adjetivos consiguieron mitigar el efecto de mis palabras, pero Emerson estaba tan empeñado en seguir adelante con su idea que no podía abandonarla sin probar con un último argumento.

- Una barba -sugirió.

- No, Emerson. Sé lo mucho que te gustan las barbas pero no es lo más adecuado en este caso.

- Una barba y acento ruso -sugirió Emerson-. *Niet tovarich.*

Ramsés se estremeció, los labios de Nefret temblaban intentando contener la risa.

- Oh, muy bien -dije-. Me disfrazaré contigo. ¿Tu mujer? De eso nada, tu amante. Francesa. Una peluca a lo Tiziano y una buena

mano de colorete y polvos; satén color champán con un escote justo por encima de… eh, y enormes cantidades de joyas. Topacios o, quizá… cuarzo.

Emerson me miró. Su expresión delataba que me imaginaba vestida en ese modo.

- Ummm -dijo.

- Padre -exclamó Ramsés-. No puede permitir que nuestra madre se presente en público vestida como una… una…

Emerson soltó una carcajada.

- ¡Caramba! -dijo entre risas-, qué remilgado eres, muchacho. Ella no quería decir eso. Al menos no creo… Está bien, Peabody, renuncio. Dejaremos que sea Ramsés el que lo haga, ¿eh?

- Gracias, padre.

- La idea de la amante francesa es excelente, sin embargo -dijo Nefret pensativa-. Y yo ni tan siquiera necesitaría la peluca. Un poco de henna bastaría.

CARTAS DE LA COLECCIÓN B:

Queridísima Lía:

Debería añadir «y David» pues sé perfectamente que, viviendo como estarás los primeros momentos de embriagadora plenitud de afecto matrimonial, querrás compartirlo todo con él. A pesar de ello, espero, querida, que no le harás partícipe de todas mis confidencias. ¿Sabes (deberías saberlo) que eres la única mujer amiga que he tenido nunca? La tía Amelia y yo estamos muy unidas pero hay cosas que ella no entendería nunca. Por eso es mejor que te prepares, querida Lía, para un auténtico aluvión de cartas. A causa de tus continuos viajes algunas, quizá, ni tan siquiera lleguen a tus manos, pero el simple hecho de escribirlas me servirá como sustituto, débil a pesar de todo, de las largas conversaciones que manteníamos cuando estábamos juntas.

Nunca adivinarás con quién nos encontramos Ramsés y yo en Londres la semana pasada: Maude Reynolds y su hermano Jack, te acordarás de ellos, los americanos que estaban con Reisner el año pasado. Tras los habituales «¡qué sorpresa!» y «¿qué estáis haciendo en Londres?», presenté a todo el mundo como es debido.

Ramsés adoptó enseguida el aire cabizbajo con el que intenta siempre parecer modesto e inofensivo. Absolutamente inútil, por supuesto, al menos cuando se trata de mujeres. Maude no tardó en empezar a parlotear y a sonreírle. Tal vez su habitual solemnidad sea la

razón de que su sonrisa cause tanto impacto. Si Maude no hubiera estado sentada, se habría tambaleado al verle.

Jack es un tipo bastante agradable, aunque a su estilo, un tanto obtuso. ¿Si, al menos, no tratara a las mujeres como trata a la descerebrada de su hermana, con esa mezcla de afecto y condescendencia. Jack nos explicó que Maude y él habían estado «haciendo» un viaje por Europa, antes de volver a El Cairo para la temporada invernal.

Tomamos el té con ellos en el Savoy, donde estaban alojados. Maude estuvo tan adorable como sólo ella puede estarlo, abundantes rizos negros, grandes ojos marrones y mejillas regordetas y sonrosadas. «¡Miau!», dirás. Está bien, lo admito, he envidiado siempre a las chicas que tienen ese intenso color otoñal y el talle maduro y redondeado; ¡no es justo que Maude tenga esos mofletes! Yo estoy demasiado delgada, apenas tengo pecho y no sé comportarme de modo adorable.

Preguntaron por ti y por David, por supuesto.

* * *

Las revelaciones de Esdaile habían complicado la búsqueda del falsificador. Ramsés seguía insistiendo en que debíamos de hacer público el asunto aunque, al mismo tiempo, reconocía que podía resultar muy cruel que, a través de terceras personas, el asunto llegase a oídos de David; y eso era, precisamente, lo que podía suceder una vez hubiera empezado a correr la voz. Nefret, quien en un principio había compartido la opinión de Ramsés, se dejó convencer por este argumento, lo que no dejaba de ir en contra de su naturaleza, y se puso de nuestra parte.

Era necesario llevar a cabo algunas averiguaciones preliminares; no podíamos llamar personalmente a todos y cada uno de los comerciantes y coleccionistas de Europa. Mientras que Emerson y yo discutíamos sobre cuál sería el mejor modo de proceder, Ramsés desapareció de repente de casa. Al preguntar por él a Nefret, ésta admitió que sabía dónde había ido y nos aseguró que no se trataba de nada ilegal y peligroso tras lo cual, se negó cortésmente a contestar cualquier otra pregunta al respecto.

Ramsés reapareció dos días después, del mismo modo inesperado en el que había desaparecido, y respondió a nuestras ansiosas preguntas entregándonos un fajo de telegramas. Una simple mirada a uno de ellos nos bastó para comprenderlo todo.

Había sido enviado al señor Hiram Applegarth desde el Savoy, y en él se podía leer, ADQUIRIDOS DOS ESPLÉNDIDOS ESCARABAJOS DE FUENTE INTACHABLE STOP QUEDO A LA ESPERA DE SU VISITA.

Mientras hojeaba los mensajes, Emerson dejó escapar una retahíla de maldiciones que finalizó con un enfático:

- ¡Maldita sea! ¿Has mandado telegramas a todos los comerciantes de Europa? Debe de haberte costado una fortuna. ¿Y era absolutamente necesario alojarse en el Savoy?

- Sí, si quería dar una cierta imagen de riqueza -explicó Ramsés-. Tenía que ponerles un remite y no podía usar nuestra dirección.

- Visto que no pides nunca dinero ni a tu padre ni a mí, espero que no hayas usado el de Nefret -dije.

- No es *mi* dinero -replico ésta con brusquedad antes de que Ramsés pudiera contestar-. Es *nuestro,* de Ramsés, vuestro, de David, de Lía. Somos una familia, ¿no? Me parece haberlo dicho ya…

- Sí, querida, lo has hecho -repliqué sin dejar de observar a mi hijo, quien me devolvió la mirada acompañada de una enigmática expresión. Cuando Nefret había dicho, «el dinero no es mío sino nuestro», lo había hecho con la mano en el corazón; a algunas personas les resulta más fácil dar que recibir, pero que Ramsés aceptase algún tipo de ayuda era algo realmente inaudito. Al hacerlo, no sólo había reconocido a Nefret como su igual sino que, al mismo tiempo, había conseguido doblegar por una vez su elevado orgullo. Le dediqué una sonrisa llena de aprobación-. Bien, creo que es mejor que lo dejemos estar ya que el procedimiento parece haber resultado eficaz.

- En cualquier caso, deja abiertas diversas posibilidades -dijo Ramsés-. Visto que nos marchamos dentro de una semana, Nefret y yo, queríamos actuar sin demora.

Nos marchábamos, era cierto, y todos lo estábamos deseando. Los tristes y aburridos días de otoño se cernían sobre nosotros; tan sólo unas pocas y amarillentas hojas colgaban todavía de las ramas vacías y las últimas rosas habían perecido a causa de una temprana helada. Las horas de oscuridad se habían alargado, y el viento soplaba frío y húmedo.

En pocas palabras un tiempo más que propicio para sufrir una

tentativa criminal. Aquella noche, el guarda y su familia se habían encerrado cómodamente en su casa, con las cortinas corridas para protegerse de la lluvia y de la oscuridad. Nuestros mimados y perezosos perros no hubieran abandonado su caseta bajo ningún concepto en una noche como aquella. Nosotros habíamos pasado el día fuera, de excursión, y yo había sugerido que nos retiráramos pronto.

Al menos, *pensé* que nos habíamos retirado todos temprano. Debería haber imaginado que Ramsés haría caso omiso de mi consejo maternal. No he dejado de preguntarme por qué no estaría dormido a aquella hora de la madrugada (las dos, para ser más precisos). Su habitación se encuentra encima de la biblioteca y la ventana estaba abierta (creo firmemente en los beneficios del aire fresco), pero, aun así, pienso que nadie más hubiera podido oír el ruido, amortiguado por la lluvia y el viento, que produjeron los cristales al romperse. Como dicen los egipcios, mi hijo sería capaz de oír un susurro al otro lado del Nilo.

Ramsés no pedía nunca ayuda así que, él solo, se dirigió hacia el piso de abajo para investigar.

El estruendo que se produjo tras su encuentro con los ladrones hubiera despertado a un muerto. Incluso Emerson, que duerme profundamente y tenía buenas razones para estar cansado esa noche, saltó de la cama. Al hacerlo, se dio de bruces contra una silla, lo que me permitió alcanzar la puerta antes que él; mientras corría por el vestíbulo podía oírlo maldecir, jadeante. No había tiempo que perder, ni siquiera para ponerse una bata; el ruido que nos había despertado había sido producido por el disparo de un arma de fuego.

No hubiera podido decir de dónde provenía con exactitud, si no hubiera sido porque una forma blanca pasó delante de mí. Con un brillo tenue y fantasmagórico atravesó el vestíbulo, escasamente iluminado, hasta llegar a lo alto de las escaleras y, entonces… Durante un instante, sumida en el desconcierto, llegué a pensar que había echado a volar. El fuerte golpe y el grito «¡Maldición!», me hicieron comprender que la figura era humana, la de Nefret, en concreto, y que ésta se había deslizado por la barandilla para ganar unos segundos que podían resultar preciosos. Levantándose sin perder tiempo, echó a correr por el pasillo que conducía a la

biblioteca.

Por necesidad, mi descenso fue menos precipitado. Emerson, quien, una vez despierto, puede recorrer una gran distancia con gran rapidez, me alcanzó justo al final de las escaleras. Estrechándome contra él mientras me tambaleaba, bramó: «¿Qué demonios…?».

La respuesta era clara; el estrépito que causaban la lucha y la destrucción de muebles provenía de la biblioteca, cuyas luces encendidas se podían ver desde el pasillo. Emerson soltó una palabrota y se dirigió hacia allí, arrastrándome con él.

Al llegar contemplamos una escena desastrosa. La lluvia entraba a ráfagas, a través de las ventanas rotas, y había trozos de cristal esparcidos por el suelo. Habían volcado las sillas y tirado los libros de las estanterías. Un cuerpo inmóvil yacía boca abajo junto al escritorio, algunos de cuyos cajones aparecían abiertos y su contenido desparramado por la alfombra. Sobre ésta forcejeaban también dos hombres, rodando de un lado a otro. Uno de ellos era un individuo corpulento que vestía ropa tosca y oscura; su mano derecha empuñaba una pistola, mientras su adversario lo asía por esa misma muñeca. El lector ya habrá adivinado que tal adversario no era otro que mi hijo, ataviado con el amplio pantalón de algodón que suele usar de pijama. Ligera, como una hoja mecida por el viento, Nefret bailaba alrededor de ellos blandiendo un cuchillo y esperando el momento propicio para atacar. Saltó sobre ellos, maldiciendo, cuando el ladrón hizo caer a Ramsés sobre su espalda… y sobre los cristales rotos. A pesar de todo, siguió sin soltar a su presa, y la maldición que salió de sus labios demostró que era un digno hijo de su padre.

- Quítate de en medio, Nefret -dijo Emerson. Cogiendo al ladrón por el cuello de su chaqueta, lo alzó por los aires y le arrancó la pistola que aferraba débilmente. Ramsés se puso de pie poco a poco, sangrando y respirando con dificultad. Cuando consiguió recuperarse, dirigió sus primeras palabras a Nefret.

- ¡Maldita sea! ¿Por qué no le has seguido? -inquirió.

La mirada de Emerson pasó del cuerpo inmóvil que se encontraba en el suelo a aquél que él mismo sostenía, retorciéndose, a una cierta distancia.

- ¿Había otro? -preguntó.

- Sí -murmuró Nefret a través de sus pequeños y blancos dientes-. Si no corrí detrás de él fue porque pensé que Ramsés podría necesitar mi ayuda con los otros dos. ¡Tonta de mí! ¡Perdóname!

- Se llevó el escarabajo, ¡maldito sea!

- ¿Estás seguro? -pregunté, mientras Emerson seguía sacudiendo al ladrón sin darse cuenta y Nefret miraba a su hermano.

- Sí -dijo Ramsés-. Cuando encendí las luces ese tipo lo tenía ya en sus manos. Al dirigirme hacia él se lo lanzó al tercer hombre, quien estuvo a punto de romperse la cabeza, creo, porque atravesó la puerta de cristal sin ni siquiera abrirla.

- ¿Qué es lo que hacía éste? -inquirió Emerson interesado, refiriéndose al hombre que se encontraba tendido en el suelo.

- Trató de intervenir -dijo su hijo.

- Según veo, tenía también una pistola -dijo Emerson-. Deberías cogerla, Peabody, querida; no creo que esté en condiciones de usarla pero no está de más ser precavidos. Ramsés, pide perdón a tu hermana.

- Lo siento -murmuró Ramsés.

- Ahora que lo pienso, me siento halagada -dijo Nefret, con uno de sus inesperados cambios de humor que algunas personas encuentran encantadores (y otras un tanto exasperantes). Al dirigirse hacia Ramsés pisó sin querer algunos cristales, lo que le hizo soltar un pequeño grito.

Emerson la cogió con el brazo que aún tenía libre y la acercó hasta una silla.

- Mira bien por donde pisas, Ramsés, tú también vas descalzo. Bueno, creo que es demasiado tarde para tratar de alcanzar al hombre que salió huyendo, pero me apuesto lo que queráis a que este caballero nos contará con mucho gusto todo lo que sabe.

Diciendo esto, sonrió afablemente al ladrón, un tipo fornido al que sostenía todavía con una mano como si se tratase de un niño. A esas alturas, todos los ocupantes de la casa se habían levantado y un buen número de ellos se había unido a nosotros, preguntando a voz en grito y blandiendo diversos instrumentos mortales. El ladrón miró ferozmente a Emerson, desnudo hasta la cintura y con los músculos en tensión, a Gargery con su porra, a Selim, con un cuchillo aún mayor que el de Nefret, a un variado grupo de lacayos

armados con atizadores, azadas y cuchillos de carnicero, y a la gigantesca figura de Daoud avanzando directamente hacia él.

- ¡Es un condenado ejército! -gorjeó-. ¡Ese bastardo mentiroso dijo que usted era una especie de profesor!

Amanecía cuando acabamos de arreglarlo todo. Sacar los trozos de cristal de la espalda de Ramsés y de los pies de Nefret me costó unos buenos veinte minutos, y empezaba a temerme que sería imposible eliminar por completo las manchas de sangre que había sobre la alfombra. La policía local se llevó a los ladrones. El que yacía en el suelo había acabado por recuperar el conocimiento, mas al insistir entre gemidos que no podía caminar, hubo que transportarlo en una camilla. Parecía bastante malherido.

Aunque el otro ladrón se había mostrado dispuesto a cooperar, le resultó imposible, sin embargo, describirnos al hombre que los había contratado ya que éste los había contactado en una de esas horribles tiendas de *grog* de Londres donde es posible, según tengo entendido, encontrar criminales de poca monta como ellos. Disfrazado con un turbante y con la piel oscura, el malvado les había pagado una pequeña cantidad, prometiéndoles una mayor tras la entrega. Tras describirles el objeto que deseaba con todo lujo de detalles, les había enseñado una tarjeta postal con la fotografía de un escarabajo con el fin de que pudieran identificarlo sin grandes problemas. Hasta les había dado un plano aproximado de la casa, indicándoles el estudio de Emerson y el lugar donde era más probable que estuviera escondido el objeto.

Después de rebuscar en sus bolsillos, Bert (el ladrón) sacó de ellos el papel; no fue una sorpresa comprobar que en él no había nada escrito, tan sólo una enérgica X indicaba el lugar exacto donde se encontraba la habitación. El muy sinvergüenza no había querido correr ningún riesgo. En lugar de organizar un *rendez-vous* en Londres, les dijo que los esperaría al otro lado de la verja del parque, donde les daría el resto del dinero a cambio del escarabajo.

Era inútil salir en su búsqueda. Debía de haber escuchado el disparo y visto las luces encendidas en toda la casa, comprendiendo con ello que su plan había fallado. ¿Habría osado esperar, de todos modos, el tiempo suficiente para poder recibir el escarabajo de manos del tercer ladrón? Quizá no llegaríamos a saberlo nunca. Al clarear, inspeccionamos con detenimiento el jardín pero no había ni

rastro de ladrón, escarabajo o canalla alguno. La lluvia había borrado todas las pisadas y las huellas de cualquier tipo de coche, carruaje, carro o bicicleta.

Tras asegurarme de que quienes nos habían ayudado a buscarlo se pusieran ropa seca, nos dirigimos hacia el comedor, donde nos esperaba un tardío y abundante desayuno. Gargery seguía molesto por no haber llegado a tiempo de golpear a alguno de los ladrones con su porra.

- Tenían que habernos dicho, a mí a Bob y a Jerry, que tenían problemas -dijo en tono de reproche-. Hubiéramos hecho guardia.

- -No había nada que decir, Gargery -le aseguré-. No podíamos prever una cosa así. Todavía no me lo explico. ¿Por qué, quienquiera que sea, se arriesgaría tanto para recuperar el escarabajo?

- Obviamente -dijo Ramsés-, porque hay algo en él que podría traicionar su identidad. Pero, ¿qué?

- ¿No notaste nada? -pregunté.

- No -dijo Ramsés visiblemente apenado.

- Es casi más importante -dijo Nefret-, aclarar cómo pudo saber que lo teníamos nosotros.

- Mirad -Emerson se frotaba la barba algo crecida, haciendo un sonido similar al de una lima al raspar un trozo de metal-. Podemos discutir las posibles ramificaciones de este punto después -dijo. Selim y Daoud escuchaban con amable interés. Aunque estaban acostumbrados a que nos sucedieran este tipo de cosas, tarde o temprano uno de ellos, probablemente Selim, acabaría por pedirnos más detalles. En circunstancias normales, no hubiéramos tenido problema alguno en hacerles partícipes de nuestro secreto. Pero en este caso, era mejor dejarlo para más tarde.

- Todo se resolverá en el momento adecuado -continué-. Dormid un poco más si podéis o, al menos, descansad un rato.

- Inglaterra es un país peligroso -comentó Selim-. Deberíamos volver a Egipto para ponernos a salvo.

CARTAS DE LA COLECCIÓN B:

Queridos Lía y David:

Creo que la tía Amelia os ha escrito ya para poneros al corriente de nuestro pequeño robo, así que me apresuraré a tranquilizaros. La tía Amelia llamó por teléfono al pobre señor O'Conelly, le riñó terriblemente

por haber publicado la historia; aunque la verdad es que apareció en todos los periódicos. ¡Me temo que a cualquier periodista inglés le resulte ya más que familiar el apellido Emerson! El relato de lo sucedido era exagerado, como, por otra parte, suele ser habitual; la única verdadera desgracia fue que una bala hizo añicos el busto de Sócrates, que el profesor estimaba tanto. Nadie resultó herido, tan sólo uno de los ladrones.

En caso de que la tía Amelia no os lo haya mencionado, os informo de que pronto seguiremos vuestro rastro, al menos hasta Italia. El pobre Daoud ha reconocido, con su timidez habitual, que sufrió mucho durante la última travesía, así que esta vez hemos decidido viajar en tren hasta Brindisi y embarcarnos allí en lugar de hacerlo directamente en Londres. El profesor ha aceptado amablemente parar durante el recorrido con el fin de enseñar a nuestros amigos algún que otro sitio de interés. Conociendo al profesor, no os sorprenderá que el itinerario incluya tan sólo ciudades con museos y tiendas de antigüedades egipcias…

* * *

Cuando llegamos a Brindisi, no era el único miembro de la familia contento de abandonar Europa por el sol de Egipto. Había llovido en París, en Berlín había nevado y una vez llegados a Turín salió a recibirnos una horrible mezcla de aguanieve y nieve, que a Daoud le causó un gran estupor; se quedó contemplándola con la boca abierta en Wilhemstrasse hasta que su rostro adquirió un tono azulado y casi se le quedan congelados los pies. Acabó por coger un terrible resfriado y se mostraba tan abatido como no había visto nunca a nadie. (Exceptuando a Emerson, quien nunca está enfermo y quien suele comportarse de un modo diabólico cuando lo está.)

Tan pronto como subimos al barco metí a Daoud en la cama, le di unas friegas, lo envolví en una manta y lo atiborré de medicamentos para dormir. El tiempo era tempestuoso y el mar estaba encrespado; Fátima se quedó en su litera y Selim, quien compartía cabina con Daoud, dijo que no tenía intención de salir de ella hasta que llegáramos a Alejandría. No fueron los únicos que sufrieron; tan sólo un puñado de pasajeros se dejó ver a la hora de cenar aquella noche. Ni siquiera los manteles mojados podían impedir que los platos resbalaran y que los vasos cayeran al suelo. Gracias a los efectos calmantes del whisky con soda (una auténtica

panacea para muchos achaques, incluido el *mal de mer),* el resto de nosotros se encontraba perfectamente. Aprovechando que la indisposición de nuestros pobres amigos nos procuraba una buena oportunidad para llevar a cabo un consejo de guerra, nos reunimos en el camarote de Emerson y mío después de una excelente aunque poco animada cena.

Resultaba realmente acogedor, con el agua golpeando en la portilla y la lámpara de aceite balanceándose de un lado a otro y arrojando fascinantes sombras retorcidas por la minúscula habitación. La sólida y hosca masa de *Horus* anclaba a Nefret a una de las literas. El fuerte brazo de Emerson me sostenía en otra de ellas, mientras que Ramsés había preferido sentarse en el suelo con los pies apoyados contra la pared.

- Entonces, ¿cuántos hemos identificado? -inquirí.

Ramsés sacó una manoseada lista de su bolsillo.

- Siete, incluyendo el escarabajo. Desgraciadamente, tan sólo hemos podido comprar tres de los seis restantes: dos escarabajos con adornos reales y una pequeña estatua del dios Ptah. Los otros han sido vendidos. He examinado los tres que se encuentran a nuestra disposición y son perfectos. Cuando lleguemos a El Cairo intentaré llevar a cabo alguna prueba química.

- Si todavía se encuentran en nuestro poder cuando lleguemos a El Cairo -murmuró Emerson, quien se tomaba los robos realizados en su casa como algo personal.

- Tonterías, Emerson -dije-. Es imposible que el falsificador sepa que los tenemos. Nadie podría haber reconocido al señor Appelgarth o a su… amigo.

Ni tan siquiera yo hubiera reconocido a Ramsés en su papel de acaudalado coleccionista americano de mediana edad; incluso su acento era una imitación casi perfecta del modo de hablar de nuestro amigo Cyrus. Nefret le acompañaba sin vestir, por descontado, de satén color champán y amarillo, aunque el conjunto carmesí que había elegido resultase igualmente llamativo. La única cosa que se podía decir en su favor era que, efectivamente, conseguía ocultar su identidad. Era evidente, al menos para mis ojos lo era, que había rellenado con pañuelos el interior de su corpiño y que en su rostro había maquillaje suficiente como para disfrazar a tres mujeres.

- Todavía no sabemos cómo descubrió que el primer escarabajo se encontraba en nuestras manos -dijo Ramsés.

- Podemos probar a adivinarlo, ¿no? -preguntó Nefret-. La indicación que di aquel día en el Savoy a Jack Reynolds no dejaba lugar a dudas.

- Sí, pero eso no excluye otras muchas posibilidades -dijo su hermano irritado-. Jack pudo haber pasado la información a otra persona. El señor Renfrew pudo haber roto su voto de silencio. El culpable pudo haber vuelto a la tienda de Esdaile y haber sabido allí que estábamos haciendo preguntas acerca del señor «Todros». Alguien más pudo haberse comportado indiscretamente.

- Yo no -dijo Nefret indignada-. Siempre me estás echando en cara que hablo cuando no me toca. No es justo.

Ramsés lanzó a su hermana una agria mirada, pero asintió con la cabeza.

- A pesar de todo, nos estamos haciendo una idea aproximada de ese individuo, ¿no es así? Puede que no sea un auténtico egiptólogo, pero lo que sí que es cierto es que se trata de alguien que tiene una amplia formación en la materia; quizá no sea un artista pero, seguramente, estará relacionado con alguien que sí que lo es. Está muy bien informado, hasta el punto de resultar casi molesto, sobre nuestras costumbres, nuestra forma de vida y nuestro círculo de relaciones. Ninguno de los comerciantes con los que ha tratado conoce a David personalmente, pero *él* conoce a David lo suficiente como para poder imitarlo en algunos de sus aspectos más característicos, incluyendo el hecho de que prefiera el inglés por encima de cualquier otro idioma y a pesar de que sea, también, capaz de hablar alemán, francés y algo de árabe.

- Es experto en el arte del disfraz -añadió Nefret.

- No tanto -dijo Ramsés-. No es necesario ser un experto para saber oscurecerse la piel y ponerse una barba falsa y un turbante.

Una sacudida particularmente violenta de la vajilla paralizó el balanceo de la lámpara de aceite. El juego de luces y sombras, que hasta entonces había tenido lugar sobre la ceñuda cara de Emerson, se transformó en una máscara diabólica. Podía imaginar en qué, o mejor dicho, en quién, estaba pensando. Sólo el Maestro del Crimen podía provocar en mi marido una ira semejante.

Nunca habíamos sabido cuáles eran su verdadero nombre y

apariencia. Era un experto del disfraz y el criminal más inteligente que habíamos conocido nunca. Siendo como era, un auténtico genio del crimen, había dominado durante años el perverso mundo del contrabando y fraude de antigüedades. Junto a las cualidades que Ramsés había mencionado, tenía otras también evidentes: un sardónico sentido del humor y, como él mismo me había reconocido una vez, a los mejores falsificadores del mundo a su servicio.

- Suéltalo ya, Emerson -le insté-. Sospechas de Sethos, ¿verdad?

- No -dijo Emerson.

- Siempre sospechas de él. Admítelo. No reprimas tus sentimientos, sólo conseguirás enconarlos y…

- No sospecho de él. ¿Y tú?

- No en este caso. Me juró que nunca me haría daño ni a mí ni a aquellos a los que amo…

- No seas sentimental -gruñó Emerson-. Puede que estés tan loca como para creerte las declaraciones de pasión noble y desinteresada realizadas por un bastardo como ése, pero yo le conozco algo mejor. ¡Maldita sea, Peabody! ¿Por qué has tenido que sacarlo a colación? Él no puede estar detrás de este asunto.

- Estoy de acuerdo con usted, señor -dijo Ramsés.

- Oh, lo estás, ¿no es así? ¿puedo preguntarte por qué? Y -añadió Emerson-, te ruego que no repitas las ligeras e inexactas afirmaciones de tu madre sobre ese canalla.

- No, señor. Un hombre capaz de suplantar a una vieja dama americana o a un presumido y joven noble inglés no adoptaría nunca un disfraz tan torpe como éste. Se hubiera hecho pasar por Howard Carter o Wallis Budge, o incluso por usted.

Capítulo 3

Desenvainé mi espada y atravesé con ella el brazo de mi adversario, quien huyó chillando y goteando sangre. La muchacha se arrodilló a mis pies. «Alá te bendiga, effendi», susurró mientras apretaba sus labios contra mis botas polvorientas. La levanté gentilmente…

Llegamos a Alejandría antes del amanecer aunque, debido a los retrasos que imperan en Oriente, no desembarcamos hasta después del almuerzo. El muelle estaba abarrotado de mercaderes locales que empujaban, dando codazos y gritando a pleno pulmón. Incluso los más latosos abrían paso a Emerson, quien avanzaba resuelto como un faraón. Creo que no se me puede acusar de presunción si afirmo que, en aquel momento, la mayor parte de los egipcios presentes sabían quienes éramos y, los que no nos conocían todavía aprendían nuestros nombres al escuchar los gritos de bienvenida: *¡Marhaba, Sitt Hakim! ¡Asalamu Alatkum,* Padre de las Maldiciones! ¡*Nur Misur,* la Luz de Egipto ha regresado! Bienvenido, Hermano de los Demonios…

Lamento tener que decir que este último apelativo era el apodo de mi hijo, a quien saludaban con gran familiaridad mendigos, rateros y alcahuetes a quienes él, por su parte, parecía conocer también personalmente.

Al tener abierto mi paraguas para protegerme de los rayos de sol, no pude ver cómo alguien se acercaba a nosotros; fue la delicada palabrota que lanzó en ese momento Ramsés lo que me hizo alzar la vista. A pesar de que el individuo en cuestión era de estatura mediana, su resplandeciente uniforme de oficial del Ejército Egipcio (que había sido cruelmente comparado con el de director de banda de música vienes) y su arrogante modo de

caminar dando zancadas, le hacían parecer más alto. Los rasgos de su rostro, que en un tiempo pensé que guardaban un cierto parecido con los míos, quedaban parcialmente escondidos bajo las exageradas dimensiones de su bigote militar. Bigote, pelo y cejas habían sido decolorados hasta alcanzar el pálido marrón que tenían en la actualidad, y su cara estaba roja por el sol.

Emerson lo vio cuando se encontraba ya casi junto a nosotros. La sorpresa le dejó sin habla durante unos estratégicos momentos.

- ¡Vaya, Percy! -dije-. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

El menos estimado de mis sobrinos se quitó el fez e hizo una reverencia. Con una sonrisa atractiva señaló los galones de oro, las charreteras, la espada, el fajín y las hileras de botones dorados.

- Como puede ver, querida tía Amelia, me he incorporado al Ejército Egipcio. Espero que nadie se lo haya contado porque quería darle una sorpresa.

* * *

El tren expreso que une Alejandría con El Cairo tarda casi tres horas en efectuar su recorrido; a pesar de ello, Emerson seguía maldiciendo todavía cuando hizo su entrada en la Estación Central. Percy no nos había retenido mucho tiempo; nos explicó que había sido trasladado temporalmente a «Alex», donde debía llevar a cabo una misión de la máxima importancia, y que no había podido resistir la tentación de ser uno de los primeros en darnos la bienvenida. Aunque saltaba a la vista que estaba deseando que le preguntáramos por la naturaleza de su misión para poder mostrarse misterioso y darse importancia, ninguno de nosotros quiso darle el gusto.

- Me pregunto si habrá sido asignado a la policía de Alejandría o al CID durante un cierto tiempo -fue la reflexión de Ramsés-. Russell ha recibido la orden de impedir toda importación de hachís y marihuana y para conseguirlo necesitará aumentar su personal.

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson. El comentario de Ramsés, sin embargo, había conseguido atraer su atención, por lo que abandonó los exabruptos por una observación más concreta-. Mmm… El refuerzo de hombres no servirá para nada, hay que cubrir demasiados kilómetros de costa. Lo que necesita es un informador que trabaje para uno de los grandes traficantes como Abd el-Quadir el-Galiani y que le avise de antemano cuando vaya a producirse una

entrega.

- Obviamente -dijo Ramsés.

Su padre le lanzó una mirada crítica.

- Te lo prohíbo totalmente, Ramsés. Te necesito en las excavaciones.

- No era mi intención… -empezó a decir Ramsés.

- ¡Espero que no! -exclamó Nefret-. Nuestro principal objetivo es encontrar a ese maldito falsificador. Deja que Percy juegue a los espías y se ponga en ridículo él solo. Me pregunto si dejará de pavonearse cuando duerme.

- Basta ya con Percy -dije con firmeza-. No tengo intención de frecuentar su compañía y estoy harta de hablar de él. Hemos llegado; Emerson, te ruego que te pongas la chaqueta, la corbata y el sombrero. Tú también, Ramsés. Nefret, ponle la correa a *Horus*.

Dado que era necesario que Nefret se sentara entre Ramsés y el gato, como una mamá entre dos niños que se pelean, Ramsés ocupó el asiento de la esquina, con Nefret a su lado, en tanto que *Horus* se repantingaba en el espacio sobrante. *Horus* armó un buen lío a causa de la correa; siempre había sido tratado como un pachá y no entendía por qué debía caminar ahora cuando podía obligar a alguien a que lo llevara en brazos. A pesar de sus esfuerzos, ninguno de nosotros se ofreció, ni tan siquiera Emerson.

Un buen número de hombres leales, miembros de la extensa familia de Abdullah que habían trabajado con nosotros durante muchos años, esperaban para recibirnos. Algunos de ellos residían en Luxor, otros en Atiyah, al sur de El Cairo. Los gritos de bienvenida iban dirigidos a todos nosotros, pero la atención se centraba, esta vez, en aquellos que regresaban. Era evidente que Selim y Daoud estaban deseando llegar a casa, donde debían de estar esperándoles para oírles contar sus aventuras, así que metimos nuestros equipajes en un taxi y nos despedimos de ellos.

El tráfico empeoraba cada año; automóviles, carros, carretones tirados por caballos, camellos y burros se disputaban el derecho de circular, por no hablar de los peatones que arriesgaban su vida y su cuerpo al atravesar la calle. Nos llevó casi media hora el trayecto desde la estación hasta el embarcadero, pero ni siquiera mi impaciente marido se quejó por el retraso. Era estupendo estar de vuelta, respirar el aire seco y caliente, ver rosas y buganvillas

florecer en diciembre, oír otra vez el familiar estrépito de El Cairo, el triste coro de *«La ilah Ha Alá»* que precedía a las procesiones fúnebres y los gritos de los vendedores de agua de regaliz y limonada. Y ver, al finalizar el breve día, la familiar silueta de mi querida *dahabiyya,* donde había pasado tantas horas felices.

Fue Emerson quien compró el barco y le puso mi nombre. A pesar de que se había quedado pequeño para nuestra familia, cada vez más grande, y para nuestra biblioteca, siempre en aumento (por no mencionar el guardarropa de Nefret), no podía soportar la idea de tener que renunciar a él.

Una vez en su país, vestida ya con velo y ropa adecuada y dispuesta a asumir de nuevo sus deberes como ama de llaves, Fátima se sumió en un estado de ansioso remordimiento. No tendría que haber viajado a Inglaterra. Debería haberse quedado en El Cairo para asegurarse de que la *dahabiyya* estuviera preparada para nuestro regreso. Nadie sabía hacer las cosas como ella. Su sobrina Karima no tenía dos dedos de frente. Su sobrino, el marido de Karima, era un perezoso y un inútil y, lo peor de todo, un hombre. Los suelos estaban sucios, las camas por hacer, la comida no se podía probar…

A mi modo de ver, Karima había hecho un trabajo mucho mejor que el que solía realizar Abdullah cuando se ocupaba de todo aquello; pero, pese a todo, Fátima la criticó sin descanso mientras pasábamos de una habitación a otra. Tras anunciar que tendría que hacerlo otra vez todo de nuevo, atusándose el vestido, se dirigió a su habitación para cambiarse mientras yo despedía a Karima entre agradecimientos y cumplidos. Karima se mostró contenta de poder marcharse.

Supongo que, al madurar, nos volvemos caprichosos y perdemos el entusiasmo. Los preparativos para el baño, que tanto me habían impresionado durante mi primera inspección del *Philae* (tal y como se llamaba entonces) me parecían ahora fastidiosamente inadecuados. Dado que fui la última en poder disfrutar de ellos, fui también la última en reunirme con los demás en el salón. Situado en la proa del barco, el salón era una habitación muy espaciosa, con grandes ventanas y, bajo ellas, un amplio diván. Ramsés y Emerson habían empezado a desembalar ya las cajas de libros que habíamos traído con nosotros pero, tal y como suelen hacer los hombres,

habían dejado el trabajo a la mitad y ahora los libros estaban tirados por el suelo, las sillas y las mesas. Nefret estaba tumbada en el sofá con *Horus* sobre sus pies; el gato gruñía y se entretenía rompiendo trozos de papel que parecían ser restos de sobres y cartas. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, Ramsés leía muy concentrado un voluminoso tomo en alemán, mientras Emerson revolvía en las cajas que se encontraban bajo el diván lleno de almohadones.

- No empieces a reñirnos, Peabody -comentó al ver mi expresión-. No podemos hacer nada con los libros, las estanterías están todas llenas. Necesitamos más espacio, ¡maldita sea!

- En eso estamos de acuerdo, Emerson. E imagino que esperas que te encuentre una casa y que te la ponga a punto: reparaciones, muebles, sirvientes…

- ¿Quién ha dicho nada sobre una casa? -preguntó Emerson-. Bastaría con deshacernos de unas cuantas mesas y sillas…

- ¿Y por qué no de las camas? Podemos dormir en el suelo y sentarnos también en él, supongo. Emerson, hemos tenido ya esta conversación docenas de veces. Sabes perfectamente que prometimos a Lía y David que les dejaríamos el *Amelia* cuando se unieran a nosotros; los recién casados necesitan intimidad. Si pones tantas pegas ahora es porque te molesta perder unas pocas horas del precioso tiempo que dedicas a tus excavaciones en ayudarme en un proyecto que no puede sino beneficiar a todos nosotros. Y, además…

- Siéntese y tómese un whisky, madre -me interrumpió Ramsés.

- ¿Sentarme dónde? No, gracias, Nefret, prefiero no codearme con *Horus*, parece estar de un humor de mil demonios esta noche.

Horus me mostró sus colmillos. Ramsés despejó la más confortable de las sillas, que estaba atiborrada de libros, y los colocó en el suelo.

- Aquí tiene, madre. Ahora le traigo su whisky y sus mensajes.

La deliciosa bebida ejerció de inmediato su efecto calmante. Al coger el montón de cartas que me tendía mi hijo, le dije:

- ¿Todas para mí? Presumo ya que habrás leído atentamente las tuyas. ¿Algo interesante?

Ramsés me contestó con una negativa. Siendo ésta la respuesta que me esperaba de él, me concentré en mi correspondencia. Había

una carta muy voluminosa de Evelyn, que aparté para disfrutarla a solas. Las otras eran mensajes de bienvenida. Era un auténtico placer volver a leer nombres tan familiares, pensar en que pronto podríamos ver de nuevo a amigos tan queridos como Katherine y Cyrus, Howard Carter, el señor y la señora Quibell y todos los demás. Una de las cartas tenía un remite inesperado; al leerla atentamente dejé escapar una pequeña exclamación de sorpresa.

- ¡Casi no puedo creerlo! La señorita Reynolds nos invita a almorzar. ¿Te acuerdas de ella y de su hermano, Emerson? Los conocimos el año pasado.

- Me acuerdo perfectamente, pero no veo por qué tenemos que cultivar nuestra relación con ellos -dijo Emerson-. Tenemos ya demasiados amigos que lo único que hacen es interrumpir nuestro trabajo.

- No nuestros colegas de profesión, Emerson. El señor Reisner siente una gran estima por el señor Reynolds, y su hermana es bastante agradable para ser americana. Dice que ha sabido que estamos buscando una casa más adecuada…

- ¿Y quién se lo ha dicho? -preguntó Emerson.

- Yo no, Emerson, te lo aseguro.

Nefret carraspeó.

- Os conté que Ramsés y yo estuvimos con ellos en Londres. Puede que, al hablar con ella, se me escapara.

- Ah, ahora lo entiendo. Eso lo explica todo. ¿Sois tan buenas amigas, Nefret?

- No -dijo Nefret. Momentos después añadió-: La amabilidad de Maude no se debe a su interés por *mí*.

- ¿Qué? ¡Oh! Ramsés, ¿hiciste…?

- Sí, madre -dijo mi hijo, arrastrando las palabras como suele hacer cuando trata de irritarme-. Tomé su mano, la miré profundamente a los ojos y murmuré en sus oídos frases llenas de pasión aprovechando que su hermano no nos estaba escuchando. Se derretía en mis manos. Algo más tarde me aparté y le pedí que nos buscara una casa.

- ¡Ramsés! -exclamé.

Nefret sacudió la cabeza.

- La verdad es que ya no resulta divertido tomarte el pelo, Ramsés.

- ¿Es eso lo que estabas haciendo? -inquirió mi hijo.

- Basta -dije, severa-. Sois demasiado mayores para reíros de una pobre y joven dama como ella. Aceptaré su invitación, y espero que vosotros dos sepáis comportaros.

- ¡Qué demonios, Amelia! -exclamó mi marido-. No he venido hasta Egipto para almorzar con jóvenes damas. Hemos venido aquí para excavar y eso es lo que tengo intención de hacer desde mañana por la mañana. Naturalmente, confío en que me acompañéis.

- ¿Acompañarte, dónde? Ni tan siquiera te has dignado a decirnos dónde vamos a excavar este año. La verdad, Emerson, es que has llevado tu habitual reserva a un extremo tal que resultaría inaceptable para cualquier persona con un poco de carácter. ¿Esperas, acaso, que nos arrastremos dócilmente detrás de ti a través de todos los cementerios de Menfis? No daré ni un solo paso hasta que no me digas dónde vamos a ir.

Emerson me dirigió una sonrisa particularmente desesperante y cogió su pipa.

- Adivina -dijo.

Durante los últimos años no habíamos dejado de ir de aquí para allá; Emerson había reñido con *Monsieur* Maspero y con el señor Theodore Davis, quien tenía la concesión para el Valle de los Reyes en Tebas, el lugar donde trabajábamos en ese preciso momento. Maspero le había ofrecido entonces a Emerson la posibilidad de excavar en cualquier otro sitio de Tebas que no fuera aquél pero Emerson, maldiciendo en modo formidable, declaró que aceptaría el Valle de los Reyes o nada.

Nada fue, precisamente, lo que obtuvo. En uno de sus típicos arranques de cólera decidió, expresándose con la extravagancia que le caracterizaba, que se sacudiría el polvo de Tebas de los pies para siempre. Cuatrocientas millas al norte, cerca de la moderna ciudad de El Cairo pero del otro lado del río, se extienden las ruinas de Menfis, la antigua capital, y de los que fueron sus cementerios durante miles de años; ésa era la región elegida por Emerson para reemprender nuestras actividades.

Yo me sentía un poco molesta ya que acababa de arreglar a mi gusto la casa que habíamos comprado en Luxor. De todos modos, no dejaba de haber alguna compensación. Me refiero, por supuesto, a las pirámides. Una de las bromas favoritas de Emerson es insistir en

mi pasión por ellas, aunque yo soy la primera en admitir que son mis monumentos favoritos.

- ¿Cuál prefieres, Peabody? -inquirió Emerson la primera vez que discutimos el asunto-. ¿La Gran Pirámide o alguna de las de Giza?

Con más o menos éxito, hice esfuerzos por ocultar mi exasperación.

- No me ofrezcas la pirámide que yo quiero de una forma tan poco seria. Sabes perfectamente que la concesión de Giza ha sido dividida entre los americanos, los alemanes y los italianos. No creo que Maspero deje de lado a uno de ellos en tu favor.

- Mmm -dijo Emerson-. Muy bien, Peabody, si insistes en mantener esa actitud…

- ¿Qué actitud? Lo único que he dicho es que…

Sería inútil repetir aquí el resto de la conversación. Por supuesto, yo tenía razón; no se nos había permitido trabajar en Giza y no teníamos motivo alguno para pensar que nos dejarían hacerlo aquella temporada.

- ¿Adivina? -repetí-. ¡Qué absurdo! Me niego a entrar en esta infantil e irresponsable…

- Lo haré yo, entonces -dijo Nefret rápidamente-. ¿Es Abusir, profesor?

Emerson negó con la cabeza.

- ¿Abu Roash? -sugirió Ramsés.

- Aún mejor -dijo Emerson con aire satisfecho.

Por naturaleza, soy una persona optimista. La esperanza resurgió de las cenizas del resentimiento.

- ¿Dashur, Emerson? -grité, ilusionada-. ¡No me digas que has conseguido Dashur!

La sonrisa de satisfacción de Emerson se borró de su rostro y cerró los ojos, pero en lugar de admitir que se sentía avergonzado y que lo lamentaba empezó a lanzar imprecaciones.

- ¡Demonios, maldición, Peabody! Sabes cuánto me gustaría volver a Dashur; ¿o crees que no? Sus pirámides son mucho más interesantes que las de Giza, y en los cementerios que hay alrededor no se ha investigado nunca a fondo. Daría diez años de mi vida…

- No digas tonterías, Emerson -dije.

El rostro de Emerson se ensombreció.

- Quiere decir -dijo Nefret-, que no cambiaríamos diez años de su compañía ni por todas las pirámides de Egipto. ¿No es así, tía Amelia?

- Desde luego. ¿Qué habías imaginado?

- Mmm -dijo Emerson-. Maspero se ha reservado Dashur para él mismo, maldito sea.

- Todo el mundo quiere Dashur -dijo Ramsés-. Petrie y Reisner lo han pedido y tampoco lo han conseguido. Pero entonces, si no es a Dashur, ¿adónde vamos?, ¿a Lisht?

Emerson sacudió su cabeza.

- Supongo que os lo tendré que decir de todos modos. Las noticias no podrían ser mejores y sé que os alegraréis tanto como yo. Es Zawaiet el'Aryan. Pirámides. Dos.

- ¡Maldita sea!

- Me sorprende oírte hablar así, Peabody. Tú misma me has dicho alguna vez que suspirabas por poder excavar en Zawaiet el'Aryan.

- ¿No fue el señor Barsanti el que investigó en esas pirámides en 1905? -preguntó Ramsés mientras yo trataba de serenarme. Sin atreverse a mirarme, Emerson empezó a hablar muy deprisa y elevando la voz.

- Barsanti es un arquitecto y un restaurador, no un excavador, así que los informes que publicó eran una vergüenza. Las pirámides de Zawaiet el'Aryan pueden no parecer muy…

- Ja! -dije.

- … pero presentan un buen número de elementos interesantes. Basta recordar el sarcófago sellado y vacío y el…

- ¿Has conseguido el permiso de *Monsieur* Maspero? -le interrumpí.

Emerson me dirigió una mirada fría y azul.

- Me duele mucho que lo preguntes, Peabody. ¿Me has oído alguna vez decir algo que no fuera verdad?

Preferí no enumerar los ejemplos que me venían a la cabeza.

- No estaba poniendo en duda tu palabra sólo tu… bueno, tu interpretación de lo que Maspero pudiera haber dicho. *Es* un francés, ya sabes.

- Pero Reisner no lo es -dijo Emerson en tono triunfante e irrefutable-. Es un tipo franco y sencillo, como cualquier americano.

Estuvo durante un tiempo en Zawaiet el'Aryan el año pasado pero ahora está muy ocupado con la concesión en Sudán y sus trabajos en Samaría, por no mencionar Giza. Fue él quien convenció a Maspero para que nos concediera Zawaiet el'Aryan.

- Qué amable -murmuré. El señor Reisner era un amigo y un admirable erudito pero si hubiera estado presente en aquel momento le habría dicho cuatro cosas. Estaba muy ocupado, desde luego, en algunos de los emplazamientos más interesantes del Oriente Medio. Se limitaba, pues, a dejarnos las sobras.

Sabedor de cuáles eran mis sentimientos, Emerson añadió:

- El sitio está a pocas millas de Giza, ya sabes, así que tendríamos que encontrar una casa.

- Me alegra que estés de acuerdo -dije, más afable-. Después de almorzar con la señorita Reynolds y su hermano iremos a ver el lugar que ella nos indicó.

Diré a Fátima que te planche el traje de *tweed* y te podrías poner la corbata azul zafiro que te regalé las Navidades pasadas. La misma que pierdes continuamente.

El hoyuelo (o la hendidura, como prefiere llamarla él) de la prominente barbilla de Emerson, tembló.

- Me olvidé de meter esa particular prenda de vestir en el equipaje, Peabody.

- Imaginé que se te olvidaría, así que la metí yo.

Durante algunos minutos, el humor de Emerson estuvo pendiente de un hilo. Finalmente, la mirada risueña desplazó a la anterior, enrarecida.

- Muy bien, Peabody. Hagamos un pacto, ¿eh? No me presentaré en público con esa condenada corbata pero iré a almorzar y echaré un vistazo a esa maldita casa… el miércoles. Mañana visitaremos el lugar de las excavaciones.

- Mañana tenemos un compromiso con la señorita Reynolds, Emerson.

Momentos después, Nefret dijo que se retiraba y salió de la habitación llevando a *Horus* en brazos. Consciente de que no tenía nada que añadir, Ramsés la siguió dejándonos a Emerson y a mí solos para poder discutir a nuestras anchas. El final fue el esperado, Emerson me pidió perdón por haberme llamado tirana irracional y demostró que, al menos en un aspecto, era el amo en su propia

casa. Sus atenciones son especialmente irresistibles cuando se encuentra en uno de sus momentos de ira.

Antes de retirarnos, Emerson quemó la corbata azul zafiro y tiró los restos brillantes de la misma por la borda.

* * *

Hace años, nos hubiera llevado casi una hora llegar hasta las pirámides desde el centro de El Cairo. El viaje era lento y polvoriento, pero yo recuerdo con cariño el parsimonioso avanzar del Victoria descapotable, atravesando el puente sobre un río todavía no contaminado por los barcos de vapor para turistas del señor Cook, y siguiendo el camino que, entre sombras de palmeras y campos verdes, conducía a la llanura donde se encontraban las pirámides.

Ahora, los coches se mezclaban peligrosamente con burros, camellos y carros, y un tren eléctrico transportaba pasajeros desde el final del Gran Puente sobre el Nilo hasta el Hotel Mena House, cerca de las pirámides. El suburbio de Giza, al que no hay que confundir con el pueblo del mismo nombre, se había puesto de moda en los últimos años y estaba creciendo rápidamente. Tal y como Emerson repite con frecuencia, no todas las comodidades modernas suponen un adelanto respecto a los viejos tiempos.

La casa que ocupaban los Reynolds era una de las villas nuevas, con vistas sobre el río y los jardines zoológicos. No éramos los únicos huéspedes; la señorita Maude había invitado a varias personas pertenecientes a lo que debería llamar la nueva generación de egiptólogos. Comprendí que se trataba de un gesto de delicadeza hacia mi marido a quien, se sabía, aburrían los actos sociales. Según me habían dicho, el «grupo» habitual de la señorita Maude estaba integrado por el tipo de personas cuyo trato procurábamos evitar: frívolas muchachas y jóvenes oficiales llenos de arrogancia.

La mayor parte del resto de los invitados eran viejos conocidos. Jack Reynolds, por supuesto, y otro de los asistentes de Reisner, Geoffrey Godwin, Rex Engelbach y Ernst Wallestein, un nuevo y tímido miembro de la expedición alemana en Giza, a quien dejó paralizado el hecho de encontrarse en presencia de mi marido, razón por la cual fue incapaz de abrir la boca durante toda la comida. Se encontraba también allí un joven erudito en lenguas clásicas, llamado Lawrence, que había realizado algunas

excavaciones en Siria y que, en ese momento, pasaba un mes con Petrie en Kafr Ammar. Las únicas mujeres presentes éramos Nefret, yo, la señorita Maude y una despistada, menuda y anciana señora, una tía o prima que ejercía de acompañante de los dos hermanos. Los Reynolds la trataban casi como si fuese un paquete frágil, quitándola de un sitio para colocarla en otro, donde permanecía, sonriendo tímidamente, hasta que la desplazaban a un nuevo lugar. No la creí capaz de impedir que la señorita Maude hiciera, exactamente, lo que le viniera en gana.

Al principio, los jóvenes trataron con gran deferencia a Emerson, lo que deprimió un poco a mi marido. Fue el señor Lawrence el encargado de romper el hielo o, mejor dicho, de saltar en el agujero que Emerson había abierto al criticar al señor Petrie.

- Considero un honor poder trabajar con el profesor Petrie esta temporada -dijo, con gran frialdad-. Él habla de *usted* con respeto y admiración, señor.

- Demonios si lo hace -dijo Emerson, con el mejor de los humores-. Hemos, mantenido una amistosa enemistad durante años y sé con exactitud lo que piensa de mí. Le enseñará a usted una o dos cosas sobre excavaciones, si usted no muere antes de un envenenamiento tomaínico. La razón de por qué no ha fallecido ya después de tantos años es un misterio para mí; deja abiertas latas de comida sin acabar hasta que se ponen verdes, y espera que su gente se coma esa porquería. Peabody, ¿recuerdas cuando Quibell llegó tambaleándose a nuestro campamento en Mazghuna pidiendo ipecacuana?

Lo frené antes de que siguiera adelante, la descripción de trastornos digestivos no resulta muy adecuada mientras se come, pero su jovialidad había hecho que los jóvenes se sintieran como en su casa así que se inició una animada discusión sobre arqueología en la que Emerson, por descontado, llevó la voz cantante. Cuando dio a conocer el lugar donde íbamos a excavar ese año, Jack Reynolds, que estaba sentado a mi derecha, exclamó sorprendido.

- ¿Zawaiet el'Aryan? Sabía que el señor Reisner no quería pasar otra temporada en esa zona, pero no consigo imaginar por qué está usted interesado en excavar allí. Es de escaso interés. ¿No es así, Geoff?

Sería difícil encontrar dos hombres más distintos: Jack,

campechano, de mejillas sonrosadas y complexión robusta y Geoffrey, tan hermoso como una descolorida acuarela y con el mismo grado de timidez que Jack tenía de franqueza. Al sentir la intensa mirada de Emerson, de efectos devastadores sobre personas con una cierta sensibilidad, un delicado rubor puso una pincelada de color en sus pálidas mejillas.

- Estoy de acuerdo -murmuró-. El emplazamiento no está a la altura de su talento, profesor.

- Bah -dijo Emerson resuelto-. Carece usted de la actitud adecuada hacia la arqueología, señor Godwin -dijo, y se dispuso a explicar a Geoffrey cómo debería de ser, en su opinión, esta actitud. Nefret, sentada junto al joven, sintió compasión por él y distrajo la atención de Emerson con una pregunta burlona.

Al darme cuenta de que apenas se había oído hablar a Ramsés, circunstancia realmente inusual, me dispuse a buscarlo y lo encontré abrumado por las atenciones de la señorita Maude, quien lo había sentado a su lado. A pesar de que conocía el modo de comportarse libre y natural de las jóvenes americanas, no tardé en darme cuenta de que las insinuaciones de Nefret sobre el interés de la señorita Maude por mi hijo eran, para mi desgracia, correctas. En ese momento le daba la espalda al señor Lawrence, sentado al otro lado, y parloteaba sin descanso y sin dar a Ramsés la más mínima posibilidad de decir algo. Yo le hubiera podido explicar muy bien que ése no era, desde luego, el mejor modo de conquistarlo.

Una vez finalizado el almuerzo, las señoras nos retiramos a la sala de estar mientras los caballeros se dirigieron al estudio de Jack Reynolds. A pesar de que nunca permito que esta absurda segregación se produzca en mi propia casa, he de decir que, en esta ocasión, la acepté de buen grado pues estaba ansiosa por conocer mejor a la señorita Maude. Un examen más detenido de su persona no hizo sino confirmar mi primera impresión: vestía ropa cara e incómoda a la última moda, la falda de su vestido, por ejemplo, era tan estrecha que se veía obligada a caminar arrastrando los pies como hacen las damas chinas que los llevan vendados. Saltaba a la vista que deseaba congraciarse conmigo y con Nefret, cuyo sencillo pero elegante vestido estudiaba con gran interés. Su conversación, sin embargo, era muy sosa y giraba, exclusivamente, en torno a dos únicos argumentos: puro chismorreo sobre sus amigos y Ramsés.

Nefret, tan aburrida como yo, dejó que su sentido del humor mostrara lo mejor de sí mismo. Llegó un momento en que las historias sobre su hermano con las que regalaba a la señorita Maude se habían vuelto tan atroces, que me vi obligada a ponerles punto final.

- Si queremos ver la casa esta tarde deberíamos ponernos en marcha -anuncié-. ¿Qué estarán haciendo los hombres ahí dentro?

Lo que estaban haciendo era beber coñac y fumar. Me alegré de que Ramsés apenas hubiera tocado su copa y de que Emerson ni tan siquiera tuviera una en sus manos. Mi marido se agitaba nervioso; la conversación había dejado a un lado la egiptología para centrarse en una materia que le interesaba muy poco: las armas de fuego. Jack mostraba en ese momento su colección de pistolas, que normalmente guardaba bajo llave en un armario que había junto a la pared.

- ¿Para qué necesita todas esas armas? -le pregunté mientras contemplaba con los labios fruncidos la hilera de armas mortales.

Era evidente que Jack no estaba acostumbrado a que las mujeres invadieran su sagrado dominio masculino y, mucho menos, a que le hicieran preguntas absurdas.

- ¡Cómo! Pues para cazar, señora Emerson. Y para protegernos, por supuesto. Serpientes, ya sabe.

- Mi marido usa una tetera -dije-. ¿Nos vamos, Emerson?

Sonriendo, Emerson se dirigió hacia mí. Con una mirada glacial y muy serio, Ramsés le siguió. Desaprobaba la caza como deporte.

Todos insistieron en acompañarnos a inspeccionar la casa que la señorita Maude había encontrado. Fue un agradable paseo de algo más de un kilómetro, por un camino sobre el que daban sombra los *lebbak* y a cuya izquierda corrían las aguas rizadas del río, aunque no creo que la señorita Maude lo disfrutara demasiado. La falda estrecha y los zapatos de correa la obligaban a caminar cogida del brazo de alguien, aunque tuvo que contentarse con el de su hermano ya que Nefret había tomado posesión del de Ramsés. Si Nefret se comportaba así era por pura malicia: su falda larga hasta los tobillos y sus zapatillas sin tacón le permitían desplazarse con la facilidad de un muchacho.

El guardián de la casa fue el encargado de enseñárnosla; un individuo triste y vestido con una polvorienta *galabbiyya.* Por su

tamaño y emplazamiento, la casa era perfecta. Situada al norte del pueblo y a una cierta distancia al sur del nuevo barrio, se encontraba rodeada por amplios jardines. Había sido construida por un antiguo ministro del Estado cuya fortuna había sufrido un repentino revés. Un hombre previsor, que había abandonado el país con la cabeza todavía sobre sus hombros y con una fortuna en joyas cosida a sus ropas. La mansión, pues éste era el nombre que le correspondía, era fiel testigo, sino de su prudencia, sí de su buen gusto. Debía de haberle costado una fortuna ya que se trataba de una construcción sólida y con un atractivo diseño que sabía mezclar el antiguo encanto con las comodidades modernas. Las tres alas del edificio, de dos pisos cada una, rodeaban un patio con una fuente de azulejos en el centro, al que se accedía desde la calle a través de un amplio y elegantemente decorado *takhtabosh,* a uno de cuyos lados se abría un recibidor. Preciosos paneles de *mashrabiyya* ocultaban las ventanas de lo que, en un tiempo, había sido el harén y había, asimismo, varios cuartos de baño al estilo europeo. Por si fuera poco se encontraba, además, muy próxima a la carretera principal y al tranvía eléctrico que conducía de El Cairo a las pirámides.

Después de visitar todas y cada una de las habitaciones, me reuní con los demás (cansados de hurgar en los armarios y de inspeccionar las cañerías) en el patio y les di a conocer mi decisión.

- La casa nos viene como anillo al dedo. Nos instalaremos en ella antes del día de Navidad, fecha que, espero podamos celebrar juntos como merece.

La señorita Maude abrió de par en par sus grandes ojos marrones.

- ¿Tan pronto? Mi querida señora Emerson, ¡pero si a mí me llevó casi tres semanas acabar con todas las arañas que había en la casa!

- Tengo ya experiencia en estas cuestiones -dije-. Esta tarde me daré una vuelta por la oficina del agente y arreglaré el asunto. Nuestra gente de Atiyah estará aquí mañana por la mañana; Selim se encargará, él puede encontrar…

- ¿Selim? -Emerson, que hablaba en ese momento con Jack Reynolds, se dio la vuelta-. Necesito a Selim, Peabody. Quiero que mañana esté conmigo en las excavaciones.

- No puedes empezar a excavar mañana, Emerson.

- ¿Por qué demonios no? Eso es precisamente lo que he venido a hacer aquí -dijo Emerson, mostrando sus dientes y frunciendo las cejas-. A excavar y no a barrer o a ayudarte a elegir cortinas, cacerolas, sartenes y muebles.

Contemplar a Emerson durante uno de sus enfados, con los hombros hacia atrás, sus azules ojos enfurecidos y el hoyuelo de la barbilla temblando, no deja nunca de estremecerme pero, a pesar de todo, le contesté:

- No espero que hagas nada de eso, querido. Puedes poner el lugar patas arriba si te parece, pero lo harás sin él, porque a Selim lo necesito yo -volviéndome hacia Geoffrey quien, como los demás, había seguido la conversación con gran interés, le expliqué-: Selim es nuestro *Rais,* ¿sabe? Los miembros de su familia han trabajado para nosotros durante muchos años. La mayor parte de ellos reside en Atiyah, un pueblo que se encuentra algo más al sur.

- Oh, sí -dijo Geoffrey asintiendo con la cabeza-. Los hombres adiestrados por el profesor Emerson son la envidia de los demás excavadores. David Todros, a quien conocí el año pasado, es uno de ellos, según tengo entendido.

- No exactamente -dijo Ramsés-. David es un arqueólogo muy cualificado, que ahora forma parte también de nuestra familia dado que se acaba de casar con mi prima.

- Entonces, arreglado -anuncié.

- No, nada de arreglado -dijo Emerson-. Te diré lo que vamos a hacer, Peabody; llegaremos a un acuerdo, ¿eh? Los acuerdos -explicó a los más jóvenes-, son esenciales tanto para la paz doméstica como para la internacional. La señora Emerson y yo somos, casi siempre, de la misma opinión pero, de vez en cuando, se producen pequeñas diferencias que los acuerdos, precisamente, ayudan a limar. Mañana echaremos un vistazo al sitio y después puedes limpiar y fregar a tu gusto. ¿Qué te parece, querida?

Es imposible defenderse de Emerson cuando piensa que se está comportando de un modo sensato y, en cualquier caso, es mejor no hacer públicas las discusiones domésticas.

- Muy bien -dije-. Ahora, será mejor que nos vayamos. Estoy en deuda con usted, señorita Reynolds, por la ayuda que nos ha prestado y por el maravilloso almuerzo.

Nos despedimos en los mejores términos así que, cuando estábamos cogiendo el tranvía, dije a los demás:

- Será agradable tener como vecinos a gente tan encantadora.

- Espero que no pretenderá que me pase el tiempo bebiendo té y chismorreando con Maude -dijo Nefret-. ¡Dios mío, qué aburrida es! Fue muy brusca con el señor Lawrence, y vosotros también, Ramsés, ¿por qué?, ¿acaso no te gusta?

- Creo que es un terrible producto de escuela privada, pero no lo conozco lo suficiente como para saber si me gusta o no. Lo vi por primera vez cuando estaba en Palestina con Reisner. Había estado trabajando en Karkemish.

- ¿No es egiptólogo? -preguntó Nefret.

- No.

- Puede ser un sospechoso, entonces.

- El menos probable de los sospechosos, diría yo -replicó Ramsés con una tenue sonrisa.

- ¿De qué estáis hablando? -preguntó Emerson.

- Del falsificador, de quién sino -dijo Nefret-. Seguramente no habrá olvidado esa pequeña cuestión, profesor. Si tenemos que averiguar su paradero…

- Seguramente no lo conseguiremos sospechando de todos los egiptólogos con los que nos encontremos -dijo Emerson exasperado-. Orden y método…

- No parecen llevarnos a ninguna parte -declaró Nefret-. ¿Vamos a ir al *suk* esta noche, tía Amelia?

- Sí. Deberíamos empezar a comprar -miré a Emerson-: cortinas, cacerolas, sartenes y muebles.

Los bien delineados labios de Emerson se curvaron en una expresión que estaba lejos de ser una sonrisa.

- No creas que me puedes engañar, Peabody, conozco demasiado bien esa manera tuya de actuar bajo cuerda. Comprar cacerolas y sartenes no es lo que tienes en mente, lo que estás planeando es hacer averiguaciones entre los vendedores de antigüedades… interrogarlos, atormentarlos e intimidarlos. No sin mí, querida. Tienes la fea costumbre de molestar a la gente equivocada.

- Olfato para el crimen, más bien -dijo Nefret sonriendo-. Quería que fuera con usted, ¿no es así, tía Amelia?

- Claro que sí. Necesito que me ayudes a elegir las cortinas.

Nos reímos muy a gusto con esta pequeña broma. Nefret y yo, al menos.

De vuelta a la *dahabiyya,* puse al corriente a Fátima sobre la nueva casa y la dejé, muy contenta, mientras recogía cubos, trapos, escobas y todo lo necesario para limpiar. Más tarde, fuimos a la oficina inmobiliaria y firmamos los papeles. Los egipcios saben que es inútil intentar regatear con Emerson, así que no nos llevó demasiado tiempo.

El Cairo cuenta en la actualidad con muchos establecimientos modernos que venden una gran variedad de objetos europeos e incluso el ensanche de ciertas calles es prácticamente idéntico al de cualquier otra ciudad; pero el Khan el Khalil ha sabido conservar una atmósfera oriental y misteriosa, que se acrecienta al atardecer. Sus estrechas callejuelas, cubiertas por esteras, y sus mercaderes, sentados sobre los bancos, en cuclillas frente a sus tiendas, evocan ciertas imágenes de las *Mil y una noches.*

Los primeros en recibir nuestra visita fueron los vendedores de telas, en cuyas tiendas las abigarradas piezas de seda y damasco, entretejidas con hilos de oro y plata, resplandecían con la luz difusa de las lámparas de cobre. Sabía perfectamente tanto lo que quería (me sucede siempre) como lo que me podía gastar, de modo que no me costó mucho elegir la tela de las cortinas. A pesar de ello y por su modo de mirar de un lado para otro y de refunfuñar, comprendí que Emerson se estaba impacientando así que decidí dejar los muebles para otra ocasión. Tendríamos que arreglárnoslas con las mesas, arcones y camas de la *dahabiyya* hasta que llegara el mobiliario nuevo.

Mientras nos acercábamos al establecimiento del primer comerciante de antigüedades que habíamos decidido hacer objeto de nuestras averiguaciones, me asaltó una extraña sensación, ajena por completo a posibles premoniciones sobre el futuro y que guardaba relación, más bien, con el recuerdo de un hecho pasado: tiempo atrás, en ese mismo lugar y alrededor de la embrujada hora de la medianoche, Emerson y yo habíamos descubierto el cadáver del anterior propietario colgando del techo de la tienda. A pesar de que, con el paso del tiempo, me he endurecido ante el crimen, la visión del grueso cuerpo y de su horrible e hinchado rostro me causó una terrible impresión. El propietario de la tienda era ahora

el hijo de Abd el Atti, inferior a su padre en todos los aspectos. Aziz Aslimi había llegado a tener una tienda en el Muski, en el barrio europeo, pero siendo como era un mal hombre de negocios, había tenido que renunciar a ella para volver de nuevo a Khan el Khalil. Era más que probable que los recuerdos que me atormentaban en ese momento no causaran la más mínima molestia a Aziz. No era un hombre que se dejara impresionar, a pesar de que no pensaba que fuese un criminal; al menos no en el amplio sentido de la palabra, susceptible de aplicarse a cualquier comerciante de antigüedades de El Cairo. Ninguno de ellos puede permitirse tener demasiados escrúpulos sobre el origen de las mercancías con las que tratan.

El lugar era pequeño y su puerta estrecha; tuvimos que hacernos a un lado para dejar salir a un cliente, un hombre de pelo gris y ancho de espaldas que vestía una levita pasada de moda y un pañuelo algo suelto al cuello de color blanco. Lanzándonos una furtiva mirada de miope, se llevó la mano al sombrero y murmuró: *«Ver-zeihen Sie mir, guten Abend»* y* se marchó cojeando.

* «Perdonen, buenas tardes».

- Le estamos pisando los talones -susurró Emerson cogiéndome del brazo-. Espera un momento, Peabody.

No entendía dónde estaba el problema, ya que ni su propia madre hubiera reconocido a Ramsés a menos que hubiera asistido, tal y como había hecho yo, a la transformación; no obstante, esperamos unos minutos antes de entrar. El señor Aslimi se mostró encantado de vernos e insistió para que nos bebiéramos un café con él.

El mismo ceremonial tuvo lugar en el resto de establecimientos que visitamos, así que cuando regresamos al *Amelia,* era ya algo tarde. Ramsés, sin el disfraz, se encontraba ya allí esperándonos en el salón.

- ¿Hubo suerte? -inquirió.

- Ninguna -contesté-. No debería haber permitido que tu padre me acompañara. No tiene ni la paciencia ni el temperamento que este tipo de asuntos tan delicados requiere. Uno no consigue información gritando y asustando a la gente…

- En ningún momento he levantado la voz -exclamó Emerson indignado-. Y, en cuanto a lo de asustar a la gente, fuiste tú la que le dijo a Aslimi…

- Vamos, querido profesor, no se altere -Nefret se acomodó en el brazo de su butaca y puso una mano sobre su hombro-. Dudo que fuera posible sacar algo en claro. Tú tampoco conseguiste nada, ¿no es así, Ramsés?

Ramsés negó con la cabeza.

- Contaba con eso. Recuerda que ese tipo ha sido lo suficientemente cuidadoso como para evitar a aquellos comerciantes que pudieran conocer a David de vista o que pudieran darse cuenta de que no era un egipcio.

- A menos que *sea* un egipcio -dije.

- Bah -dijo Emerson-. No empieces a complicar las cosas, Peabody. Ahora podemos estar casi seguros de que el muy canalla no ha tenido ningún contacto con los comerciantes de El Cairo.

- Y eso no hace sino corroborar lo que acabamos de decir -dijo Ramsés-. Se trata de un inglés o de un europeo. O -y al decir esto miró a Nefret-, de un americano. ¿Por qué malvender aquí sus falsificaciones cuando puede conseguir mejores precios y mayor seguridad en Europa? Sabemos que estaba en Europa e Inglaterra el verano pasado; fue entonces cuando se vendieron todos los objetos, y ninguno de ellos salió al mercado antes del mes de abril, todo ello indica que se trata de una operación reciente.

- Lo que ayuda mucho -gruñó Nefret, animándose un instante después-. Hagamos una lista de sospechosos.

- Precipitado -dijo Ramsés, mirándola con altivez.

- No estoy de acuerdo -dije-. Hemos sacado ya el máximo partido de la escasa información que tenemos. ¿Por qué no especular, teorizar, más bien, un poco? No puede perjudicarnos y quizá nos lleve a alguna parte.

- Imagino que tienes preparada una de tus terribles listas -dijo Emerson resignado.

- He hecho una lista, sí. Y, en cuanto a lo de terrible…

- Yo también he hecho una -dijo Nefret con premura-. ¿Quién es el primero de la tuya, tía Amelia?

- Creo que podría intentar adivinarlo -murmuró Ramsés.

- Hazlo, te lo ruego -le dije, mirándolo con recelo.

- Howard Carter.

Nefret se quedó sin respiración, Emerson maldijo de nuevo y yo dije, severa:

- ¿Has estado fisgoneando en mis papeles otra vez, Ramsés?

- No, madre. Conozco su modo de razonar, eso es todo. Carter tiene tres cosas en su contra. Es un artista, un egiptólogo y carece de ingresos propios. Ha pasado tres años sin empleo, buscándose la vida como podía y dependiendo todavía de los caprichos de patrones como *Lord* Carnavon. La tentación de hacerse con unos ahorros sería más que comprensible.

- ¿Quieres decir que el motivo de todo esto puede ser la codicia? -dije.

- Una suposición lógica, ¿no? Puede que haya extrañas y perversas razones que no alcanzo a ver… -diciendo esto, miró a Nefret mientras una de sus raras sonrisas suavizaba sus austeros rasgos-. Aunque la verdad es que el único motivo de este tipo que se me ocurre es el resentimiento hacia David y hacia nuestra familia en general, y eso es inverosímil. Hay modos mucho más simples y directos de vengarse.

- ¡Silencio! -gruñó Emerson-. Me niego a discutir sobre extrañas perversiones. La razón más obvia es la necesidad o el deseo de dinero y lo cierto es que ambos se podrían aplicar muy bien a Carter, pero describirlo como un artista es una tontería que carece de fundamento. El tipo que estamos buscando es un escultor y no un pintor.

- Las dos categorías no se excluyen -se defendió Ramsés antes de que pudiera expresar mi opinión-. Y, por otra parte, el falsificador y el experto no han de ser necesariamente la misma persona.

- Eso constituye otro argumento en contra de Carter -admitió Emerson-. Ha trabajado durante años en Luxor como inspector del Departamento de Antigüedades, como comerciante y como excavador. Por todo ello, es más que posible que sus relaciones con los falsificadores de Gurneh sean excelentes.

- Desde el momento en que él mismo es un artista, podría no necesitar un falsificador -observé-. Lo mismo se puede decir de los otros integrantes de mi lista.

- Vamos, vamos, Peabody. ¿Cuántos tienes? -preguntó Emerson.

- Te sorprenderías, Emerson. ¿Qué hay del señor Barsanti?

- Ridículo, Peabody. Tiene cincuenta años y no hay nada que ponga en duda su buena reputación. Creo que el sospechoso era un sujeto algo más joven.

- Sólo estamos haciendo suposiciones, Emerson. Un cambio en sus circunstancias puede conducir a un hombre honesto al crimen. El señor Barsanti trabajó en un principio como conservador y restaurador. Un hombre que sabe restaurar un objeto de arte sabe también imitarlo. Luego están el señor Quibell y su mujer. No sé sí recordarás que Annie copiaba relieves en Sakkara cuando la conocí; me apuesto lo que quieras a que sabe lo suficiente sobre la lengua como para poder llevar a cabo la falsificación con una sola mano. El señor y la señora De Garis Davies han realizado copias de las pinturas de las tumbas de Tebas, que son casi idénticas a las de nuestra querida Evelyn, y…

- ¿Por qué, en nombre del cielo, tendrían que hacer ellos, cualquiera de ellos, algo así? -explotó Emerson; al sentir mi mirada añadió-: Está bien, Peabody, está bien. Dejaremos el motivo aparte por el momento. ¿Quién más?

- Karl von Bork. No es que crea que marido y mujer deban ser considerados como un todo indisoluble, pero he de reconocer que Karl y Mary entran dentro de esta categoría. Ella era una artista, y de las buenas, cuando él, y nosotros, la conocimos. A ello habría que añadir que ahora dependen única y exclusivamente de los ingresos de Karl y que tienen varios hijos. Entre una cosa y otra, los niños suponen un gasto considerable; un hombre que por sí solo no cometería un crimen podría hacerlo, en cambio, movido por la necesidad de asistir a aquellos a quienes ama.

- Tal y como von Bork hizo ya una vez -asintió Emerson con gravedad-. Maldita sea, Peabody, he de reconocer que tus argumentos son convincentes.

- ¡Pero estamos hablando de un amigo nuestro! -exclamó Nefret.

- También lo es el señor Carter -dijo Ramsés-. ¿No os dais cuenta de que si el culpable es un egiptólogo estará relacionado de una manera u otra con nosotros?

- No, pero escucha -exclamó Emerson-. No podemos eliminar la posibilidad de que haya dos personas involucradas en el asunto y de que al menos el artista sea un egipcio. El único que he conocido con la habilidad suficiente para hacer una cosa así es Abd el Hamed, pero ya está muerto y, si me permitís decirlo, no creo que nadie lamente mucho su pérdida. Podría tratarse, también, de una persona desconocida para nosotros, un falsificador con un talento

poco común, que haya sido descubierto y adiestrado por nuestro hipotético… ¡Oh, por Dios! No hay nada consistente en todo esto, es como intentar atrapar a un fantasma.

- Es cierto -dije-. ¡Es hora de que pasemos a la ofensiva! Podríamos tratar de insinuar algo a algunos de los posibles sospechosos…

Emerson se puso en pie con un bramido.

- ¡Lo sabía! ¡Sabía que llegarías a esto! ¡Te prohibo que te dediques a ir por El Cairo acusando al azar a la gente de haber cometido un delito! Creía que a estas alturas ya habrías aprendido que no hace falta ponerse bajo la hoja de la guillotina para poder echarle un vistazo al verdugo. Concéntrate en la condenada casa: tienes lo bastante que hacer como para mantenerte alejada de ese tipo de maniobras.

- La verdad es que hay mucho que hacer -contesté contenta-. Y será más fácil y rápido llevarlo a cabo si puedo contar con vuestra entusiasta colaboración. Me refiero a vosotros tres. No sería justo que vosotros disfrutarais de nuestras pirámides mientras yo me dedico a limpiar y a hacer la mudanza. Imagino, por supuesto, que estaréis de acuerdo.

- Por supuesto -exclamó Nefret.

- Ninguna persona razonable podría negar tu premisa -dijo Ramsés.

- Bah -dijo Emerson.

- Entonces, asunto concluido -dije, con algo más de optimismo que de confianza-. Es mejor que nos retiremos ahora si queremos visitar el emplazamiento mañana.

- ¿Os molestaría mucho si mañana no os acompaño? -preguntó Nefret-. Tengo que hacer una visita. Me estarán esperando.

Miré a Emerson. La gravedad que reflejaban sus ojos y sus labios apretados me dio a entender que la idea no le gustaba mucho más que a mí, y que era consciente, como yo, de que era inútil oponerse a ella.

- Debes hacer lo que consideres que es mejor, Nefret -dije.

- Lo hará, de todos modos -dijo Ramsés-. ¿Te importa que vaya contigo, Nefret? -sus ojos azules centellearon.

- ¿Como carabina o como guardaespaldas?

- Como amigo.

- La verdad es que sabes cómo persuadir a una mujer, ¿no es así? -Nefret sonrió y le ofreció su mano. Cuando la cogió, *Horus* le mordió un dedo.

DEL MANUSCRITO H:

- ¿Queda mucho? -preguntó Ramsés.

- Ya casi hemos llegado -Nefret tomó su brazo y saltó decidida por encima de un humeante montón de excrementos de camello. Siguió adelante sin mirarlo. Mantener los ojos fijos en el suelo era imprescindible en las callejuelas del Was'a, donde los montones y charcos de desechos le obligaban a uno a caminar como si estuviera saltando a la pata coja.

Los estrechos y sinuosos callejones estaban llenos de gente, aunque no tanto como solían estarlo algo más tarde, cuando los postigos que cubrían las ventanas de las plantas bajas se abrían y las mujeres ocupaban sus puestos tras las rejas de hierro, gesticulando y tratando de atraer a los hombres que se paraban a inspeccionarlas como si se tratara de animales en un zoo. La zona de la ciudad que se encontraba entre Ezbekieh y la Estación Central era tan conocida que había acabado por ser incluida en ciertas visitas turísticas, entre las que no se encontraban las que organizaba el respetable señor Cook.

En aquel momento eran los únicos extranjeros a la vista y Nefret pasaba casi tan desapercibida como lo hubiera hecho una tigresa, vestida con botas y pantalones y con su dorado pelo al descubierto. La gente los miraba fijamente y susurraba cosas, pero les abría paso al verlos llegar. Ramsés empujó a Nefret hacia un lado; un carro pasaba con gran estruendo y, al hacerlo, salpicó de barro sus botas o, al menos, ése fue su deseo, que fuera realmente barro.

- ¿No podías haber buscado un sitio algo más saludable? -preguntó.

- Sabes perfectamente que jamás hubieran venido hasta mí, era yo la que tenía que acercarme a ellas.

La casa era una de las altas y estrechas viviendas medievales de fachada blanca de El Cairo. Carecía de signo o indicación alguna de nombre; después de que Nefret hubiera llamado y de que hubieran sido cuidadosamente escudriñados a través de una hendidura en la puerta, ésta se abrió con un repiqueteo de cadenas y el chirrido de los cerrojos; sonidos que iban acompañados de unos aullidos

extremadamente agudos que muchos europeos hubieran interpretado como una señal de tristeza. Ramsés sabía de qué se trataba; por eso no le sorprendió cuando la puerta se abrió de sopetón y Nefret fue rodeada por un grupo de mujeres que gritaban de alegría y que trataban de abrazarla todas a la vez.

Una de ellas, de mediana edad, vestida con una bata de médico sobre su largo *tob,* se acercó resuelta a Ramsés con la mano extendida. Su abundante pelo negro mostraba ya algunas canas y hablaba árabe con un fuerte acento sirio.

- *Marhaba,* Emerson *Effendi.* Honras nuestra casa.

- Llámalo simplemente Hermano de los Demonios -dijo Nefret riendo-. Ramsés, ésta es la doctora Sophia.

Ramsés no la conocía, pero había oído hablar de ella a Nefret y a su madre con respeto y admiración. Se había ganado ambas cosas: los sirios cristianos son algo más liberales que la mayor parte de la gente del Medio Oriente, lo que no evitó que Sophia Hanem tuviera que enfrentarse durante años con su familia y su gobierno para poder graduarse en medicina en la Universidad de Zurich.

Ramsés tuvo que esperar en el despacho mientras Nefret acompañaba a la doctora a visitar a las enfermas. Era una habitación alegre y soleada, iluminada por amplias ventanas que daban a un patio interior; el suelo barrido y las paredes encaladas contrastaban fuertemente con la suciedad del exterior. Una niña, que no podía tener más de trece años, le trajo un poco de té; Ramsés se preguntó si no se trataría de una de las pobres criaturas que la clínica había conseguido liberar de la degradación y de una auténtica esclavitud. Algunas de ellas eran incluso más jóvenes. Pasó un rato antes de que Nefret estuviera de vuelta y no se entretuvo demasiado con la despedida. La doctora no se ofendió por su brusquedad; sonrió algo triste a Ramsés y movió la cabeza. Él asintió, haciéndole ver que la comprendía.

Su madre lo había prevenido:

- Se siente siempre muy abatida después de visitar la clínica. No te sorprendas si se muestra arisca. No está enfadada contigo sino con…

- Con la contemplación de tanta miseria y con su incapacidad para acabar con ella. No se preocupe, madre, estoy acostumbrado a que Nefret me trate con malos modos.

La puerta se cerró detrás de ellos. Nefret dejó que él le cogiera la mano mientras ella pasaba su brazo por el suyo. Él no sabía qué decirle. En el estado de ánimo en el que se encontraba, expresarle su admiración o su simpatía hubiera podido ofenderla. Casi estaba decidido a arriesgarse de todos modos, cuando notó que ella se ponía rígida y miraba fijamente a dos hombres vestidos a la europea y con *tarbushes* a juego. Los dos fumaban puros. Al percibir la mirada de Nefret, el más alto se detuvo, cruzó dos palabras con su compañero y se dirigió hacia ellos. La multitud se apartó como el Mar Rojo ante Moisés. Un oficial, incluso de paisano, producía ese efecto entre la gente del Was'a.

- ¡Cielos, señorita Nefret! ¿Qué está usted haciendo aquí? -Percy arrojó su puro y se quitó el fez-. Permita que la escolte hasta un lugar seguro.

- Estoy sana y salva -dijo Nefret-. Y sé perfectamente lo que estoy haciendo teniente pero, ¿qué hace usted aquí? A los ingleses les suelen gustar más los burdeles de Wagh-el-Birka.

Una dama no debería conocer esa palabra y, menos aún, estar familiarizada con el entretenimiento que proporcionan ese tipo de locales en El Cairo. Percy se puso rojo como un tomate y miró enfurecido a Ramsés, quien apenas podía contener la risa.

- ¡Caramba! La verdad, Ramsés, es que la culpa es tuya. Traerla aquí… mostrarle… todo esto…

- Yo en tu lugar no seguiría por ahí -dijo Ramsés, muy serio.

Demasiado tarde. La cara de Nefret estaba casi tan roja como la de Percy.

- Ramsés no me ha enseñado nada sobre burdeles -gritó-. ¿Cree que volvería a dirigirle la palabra, o que dejaría que cogiera mi mano, si supiera que frecuenta sitios como ésos? En mi opinión, un hombre que se aprovecha de unas pobres mujeres como éstas no puede caer más bajo. ¿Y usted, teniente Peabody? Todavía no me ha dicho lo que hace aquí.

A Ramsés, la situación había dejado de parecerle divertida. Nefret temblaba de rabia, a Percy se le había puesto un color muy feo y, mientras tanto, la gente había empezado a rodearles y les miraba con curiosidad. Dar una escena en público, en ese momento, carecía por completo de sentido.

- Cumpliendo con tu deber, ¿no es así viejo amigo? -sugirió,

saliendo en su ayuda y con apenas un leve toque de sarcasmo en su voz.

- Sí -una pequeña indicación era lo único que necesitaba Percy. Ramsés casi lo admiró por recuperarse tan rápido-. Algunos de nuestros hombres vienen a veces por aquí y nosotros hacemos lo que podemos por desanimarlos, por supuesto.

Ramsés asintió con la cabeza, alentándolo.

- Bien hecho. ¿Le dejamos que siga con ello, Nefret? Padre y madre nos estarán esperando en el Shepheard.

- Faltaría más. Lo siento, Percy, le he juzgado mal -al decir esto, Nefret le sonrió.

Aquél era el problema de Nefret, uno de sus problemas al menos, se corrigió Ramsés. Era tan variable como un día de primavera en Inglaterra: huracanada un momento, soleada y resplandeciente instantes después. Algunas personas cometían el error de pensar que si sus emociones eran tan volubles era porque no eran sinceras e incondicionales. Ramsés la conocía mejor; sabía que era perfectamente capaz de golpear de lleno a alguien en la espalda y, minutos después, empezar a vendarle las heridas de la cabeza.

- Usted también ha juzgado mal a Ramsés -continuó Nefret-. Venir hasta aquí fue idea mía. Creí que sabía que había abierto una clínica para prostitutas; tienen verdadera necesidad de asistencia médica y apenas pueden disponer de ella.

- Ah. Ah, sí. Algo he oído, pero… ¡pero la verdad es que nunca me hubiera podido imaginar que osaría venir usted misma por aquí! -sobre la mirada de Nefret se cernían de nuevo nubarrones de tormenta por lo que Percy se apresuró a añadir con vehemencia-: No tengo palabras para expresar mi admiración por su valor y compasión. Pero, mi queridísima Nefret, me resultara difícil perdonarle el que me haya creído capaz de un comportamiento tan despreciable. El único modo en que puede hacerlo es permitiendo que la devuelva sana y salva al hotel.

- Creo que me las podré arreglar solo -dijo Ramsés sumiso-. No queremos interferir en el cumplimiento de vuestro deber.

Percy se quedó sonriendo satisfecho y acariciándose el bigote, mientras ellos embocaban de nuevo el callejón.

- Enderézate -murmuró Nefret-. ¿A qué viene tanto servilismo?

- ¿Yo?

- Parecías un perfecto idiota.

- ¿De verdad?

Nefret se echó a reír mientras le apretaba el brazo.

Se encontraban muy cerca del Shepheard. Para los visitantes de El Cairo resulta irónica la escasa distancia que hay entre el barrio de mala vida y los mejores hoteles de la ciudad.

- Me alegra que estés de vuelta -dijo Nefret con timidez.

¿Con timidez? ¿Nefret? Ramsés bajo la mirada hacia ella sorprendido.

- Nunca me he marchado -le hizo notar.

- El verano pasado no, pero hace ya varios años que no pasas toda la temporada de excavaciones con nosotros.

Ramsés aceptó el implícito reproche mientras buscaba el modo de responder sin tener que admitirlo.

- La verdad es que trataba de evitar que nuestra madre acabara por encontrar su querida *dahabiyya* demasiado pequeña.

Nefret se rió.

- Sé a qué te refieres. Más que la estrechez del sitio, lo que molesta es la sensación de que la tía Amelia está al corriente de todo lo que uno hace o dice.

- La nueva casa mejorará las cosas. Madre ha dicho que tiene la intención de dejarnos un ala entera para nosotros, aunque sospecho que, más bien, se trata de una idea de padre.

- Son realmente encantadores -dijo Nefret con afectuosa condescendencia-. Ella todavía se ruboriza como una doncella victoriana cuando él la mira de una determinada manera, y él sigue inventando excusas totalmente pueriles cuando quiere quedarse a solas con ella. ¡Como si no supiéramos de sobra lo que sienten el uno por el otro!

- A lo mejor les divierte el juego. Me pregunto si podremos convencer a madre para que nos deje las llaves de nuestras habitaciones.

- Insistiré en ello -dijo Nefret con firmeza-. Confiésalo Ramsés: ella sabía de antemano que yo quería visitar la clínica y te ordenó que me acompañaras.

- No. De verdad.

Había sido su padre, aunque no era necesario: Ramsés hubiera

ido de todos modos.

De hecho, era muy probable que no hubiera zona en El Cairo por la que Nefret no pudiese caminar sin sufrir riesgo alguno. Un sentimental diría que sus esfuerzos en favor de los sectores más bajos y desfavorecidos de la sociedad la habían convertido en un auténtico objeto de veneración. Ramsés, que no tenía nada de sentimental, sospechaba que si algo había de cierto en todo ello era, precisamente, lo contrario. Muchos hombres egipcios desprecian a las mujeres y, en particular, a las prostitutas. Aunque no habían puesto objeción a la apertura de la clínica para las mujeres de mala vida, seguramente tampoco admiraban a Nefret por ello. No; la inmunidad de Nefret se debía en buena parte a su nacionalidad y, acaso aún más, a las directas insinuaciones que tanto él como David habían dejado caer en ciertos barrios; aunque, quizá, la mayor parte del mérito la tuviese el hecho de encontrarse bajo la protección del famoso y temido Padre de las Maldiciones.

Pasaron por delante de la iglesia copta, otra de las yuxtaposiciones tan apreciadas por los moralistas, y siguieron camino del Ezbekieh y Sharia el Kamal. Ramsés miró su reloj.

- Llegamos tarde. Deben de estar esperándonos.

Pero no lo estaban. A medida que pasaba el tiempo, la inquietud de Nefret iba en aumento.

- Ha pasado algo -declaró.

- No pueden haberse metido en líos tan pronto -razonó Ramsés tratando de convencer no sólo a Nefret sino también a sí mismo. Conocía a su madre-. Selim está con ellos…

- La *tía* Amelia se mete en líos en cualquier momento y lugar -al considerar una nueva idea, entrecerró los ojos-. ¿Crees que nos ha engañado? Quizá no fueron a Zawaiet el'Aryan. ¡Quizá están tratando de encontrar al falsificador! -al decir esto, empujó su silla hacia atrás-. Será mejor que vayamos a buscarlos.

- ¿Dónde? Sé sensata, Nefret. Lo más probable es que nuestro padre diese con algo interesante y haya perdido la noción del tiempo. Ya sabes cómo es cuando se pone a trabajar, y nuestra madre es casi peor que él. Él no permitirá que a ella le suceda nada.

Capítulo 4

Un inglés que muestra su cobardía en Oriente defrauda la confianza de los suyos y pone en peligro al resto de los ingleses. Nuestra innata superioridad moral es nuestra única defensa contra la turbamulta de salvajes vociferantes.

Saber que Ramsés se encontraba con ella disminuyó mi ansiedad sobre la suerte que podía correr Nefret en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad; aunque tal vez estuviera más segura en cualquier parte de El Cairo de lo que lo hubiera estado en Londres o en París. No había sinvergüenza en El Cairo que no temiera la cólera del Padre de las Maldiciones, ni granuja que no supiera que la mujer y la hija de Emerson eran sacrosantas. Tal y como Emerson había señalado una vez con el tono poético que le es característico: «Si alguien osa tocarles tan sólo un pelo de la ropa le arrancaré el hígado».

Arreglado este asunto, y sin tener que preocuparme ya por Nefret, me levanté antes del amanecer con el fin de poder partir hacia Zawaiet el'Aryan tan pronto como saliera el sol.

Sentí de nuevo la vieja fiebre por la arqueología, mientras me ponía la ropa de trabajo, que consistía en botas, pantalones y sahariana, y me ajustaba el cinturón con sus útiles accesorios: una pequeña botella de coñac, otra de agua, cerillas y velas, tijeras y bramante, por mencionar sólo unas cuantas cosas. Emerson se queja siempre del carácter superfluo, según él, de la mayor parte de estas cosas, y del ruido que hacen al chocar unas con otras, pero yo sé que tan sólo intenta burlarse de mí. ¡En cuántas ocasiones estos preciosos objetos nos han salvado de un terrible destino!

Metí mi pequeña pistola en un bolsillo, un bonito y limpio

pañuelo blanco en el otro y cogí mi paraguas. ¡Estaba lista!

Emerson estaba desayunando en compañía de Ramsés, quien con una de sus manos sostenía una taza de café y con la otra un libro.

- ¿De qué se trata? -pregunté, aun a pesar de haber reconocido el libro.

- *Anuales des Service* -dijo Ramsés sin levantar la vista.

- ¿El informe del *Signor* Barsanti sobre Zawaiet el'Aryan?

- Uno de ellos.

- ¿Y bien?

- Y bien, ¿qué? Oh, aporta algunos datos interesantes.

- ¿Qué datos?

- Acaba tu desayuno, Peabody -dijo Emerson.

- Ni tan siquiera he empezado…

- Entonces hazlo, estoy deseando salir. Deberías leer el informe tú misma.

- Lo hubiera hecho si me hubieras puesto al corriente de tus intenciones.

Emerson hizo como si no hubiera oído.

- ¿Dónde está Nefret? -preguntó.

Ramsés cerró el libro y lo puso a un lado.

- Vistiéndose, supongo. No hay prisa, tenemos tiempo antes de salir.

- De manera que sigue insistiendo en ir a visitar la clínica.

- Sí, señor, creo que sí. Todo irá bien, padre.

- Umm -dijo Emerson, acariciándose la barbilla-. Bien. En ese caso, nos vemos para almorzar en el Shepheard. No os retraséis.

Uno de nuestros hombres nos ayudó a cruzar el río, Selim nos esperaba en el otro lado con los caballos que dejábamos a su cuidado cada verano. El jeque Mohamed había regalado a David y Ramsés una pareja de purasangres árabes que, con el correr del tiempo, habían tenido una descendencia de igual belleza. En esta ocasión, Selim nos había traído a *Risha* y a *Asfur*, mientras que él montaba a *Moonlight*, la yegua de Nefret. Tanto nuestro joven *Rais* como mi marido estaban un tanto ojerosos.

- No ha sido muy considerado por tu parte, Emerson, hacer venir a Selim tan pronto. Probablemente, estas últimas noches habrá estado celebrando su regreso con sus amigos hasta altas horas…

- Y con sus mujeres -dijo Emerson-. Me pregunto si les habrá

enseñado a bailar el vals.

Me pareció oportuno pasar por alto el comentario.

La inundación empezaba a retroceder, pero los campos todavía se encontraban cubiertos por el agua, donde se reflejaba el cielo con un resplandor luminoso. Los búfalos pacían entre los juncos y blancas garzas reales flotaban en los remansos. En la distancia, las formas majestuosas de las pirámides de Giza coronaban la palidez de piedra caliza de la meseta del desierto.

Podíamos tomar dos caminos. Creo que ya he dicho (y cualquier lector informado debería saberlo) que una banda de suelo fértil bordea ambos lados del río; dado que la tierra cultivable era de gran valor (y, en determinados momentos del año, se encontraba bajo las aguas) los antiguos egipcios construyeron sus tumbas en el desierto. De este modo, podíamos seguir la carretera de la costa y, después, adentrarnos en el interior hacia Zawaiet el'Aryan o, subir las laderas del altiplano en Giza y dirigirnos hacia el sur a través del desierto. Le dije a Emerson que, como no nos alejaría mucho de nuestro camino, me gustaría hacer una breve visita a las pirámides. Emerson estuvo de acuerdo, con la condición de que se tratase realmente de echar un vistazo y no de una larga parada.

Habíamos dejado ya atrás la Gran Pirámide y nos encontrábamos rodeando la de Kefrén, cuando una exclamación de Emerson atrajo mi atención sobre la silueta que se acercaba hacia nosotros, moviendo los brazos y llamándonos, tratando de hacer que nos detuviéramos.

- Vaya, Karl -dije, cuando llegó hasta nosotros jadeando-. Qué alegría verle de nuevo. No sabía que iba a venir este año.

Karl von Bork se quitó rápidamente el casco mojado y se limpió el sudor del rostro, tras lo cual nos dedicó una formal inclinación al estilo alemán. Había engordado un poco desde que lo conocimos pero tanto su amplia sonrisa, como su exuberante bigote y su efusivo discurso no habían cambiado lo más mínimo.

- *Guten mor gen, Frau Professor, Herr Professorl* ¡Un placer y un honor verlos de nuevo! *Aberja,* estoy con el distinguido profesor Junker, asistiéndole en su trabajo en los archivos del Instituto Alemán de El Cairo y supervisando las excavaciones del Cementerio del Oeste, que, como ustedes saben…

- Sí, lo sabemos -dijo Emerson-. Hola, Von Bork. He leído su

artículo en la *Zeitschrift.* Maldito sinsentido, ya sabe, cuando afirma que las tumbas reales de las primeras dinastías se encuentran en Sakkara.

- *Ach so? Aber Herr Professor,* los monumentos de Abydos…

Interrumpí a Emerson cuando se disponía a contradecirlo con gran énfasis.

- Karl, no debería estar con la cabeza descubierta al sol; póngase de nuevo el sombrero. ¿Cómo está Mary? ¿Y los niños? Tienen ya tres, ¿no es así? ¿O son cuatro?

Hubiera sido mejor saberlo para no tener que preguntárselo: Karl sacó de inmediato un grueso fajo de fotografías del bolsillo de su chaqueta. Nos llevó un buen rato verlas todas, ya que cada imagen iba acompañada de un detallado comentario sobre la belleza, inteligencia e historial médico del sujeto retratado. Al saber que Mary se había recuperado de la enfermedad que había padecido unos años antes me alegré mucho. Siempre había sentido un gran afecto por ella; había trabajado para nosotros como artista durante el caso Baskerville y su matrimonio con Karl fue uno de los pocos resultados agradables de aquel desgraciado asunto.

Por educación, Emerson trató, durante un rato, de ocultar su aburrimiento, como a la mayoría de los hombres y con la única excepción de los propios, no le interesan en absoluto los niños, pero acabó por interrumpirlo con una pregunta sobre la temporada de trabajo. Karl quiso saber dónde íbamos a estar excavando y, al decírselo, se quedó muy sorprendido de que no hubiéramos elegido un sitio más interesante y se ofreció a enseñarnos su nueva mastaba.

- Hoy no -dije firmemente-. No, Emerson, lo digo en serio. Tenemos que irnos ya si queremos llegar a tiempo de encontrarnos con Nefret y Ramsés.

- *Ach ja, entschuldigen Sie, ich habe* preguntar olvidado. *Sind sie gesund, das schone Madchen und der kleine Ramsés**

- Ya no es *so kleine*** -dije riéndome-. Gracias por preguntar de todos modos, Karl, están bastante bien. Tenemos que organizamos para vernos pronto de nuevo. Vamos, Emerson. ¡Enseguida, Emerson!

Las pirámides se podían ver a una distancia de varias millas; mientras nos encaminábamos hacia el sur las seguía pensativa con

la mirada hasta que Emerson, que conocía perfectamente mis sentimientos, me ordenó que dejara de mirar atrás y que me concentrara en el lugar al que nos dirigíamos.

- Ya casi hemos llegado -gritó, mientras lo señalaba con el dedo.

Me pregunté qué diablos estaría señalando.

En aquel tiempo, Zawaiet el'Aryan era uno de los emplazamientos arqueológicos más desconocidos de Egipto. Y cuando digo desconocido léase «aburrido». Las dos palabras son, a menudo, sinónimas en este contexto ya que los lugares interesantes son los que visitan los turistas y ninguno venía nunca a Zawaiet el'Aryan.

Sospecho que ésta fue una de las razones que empujaron a Emerson a elegir el lugar. Mi estimado esposo es admirablemente indiscriminado en lo que a sus antipatías se refiere, pero si hay una categoría que aborrece de verdad es la de los turistas, con la única excepción, quizá, de algunos de sus compañeros del mundo de la arqueología. No sirve de nada repetirle, tal y como hago con frecuencia, que la mayor parte de ellos se mueven por un auténtico e ignorante interés por las antigüedades y que se les debe compadecer, y no condenar, por su ignorancia. La respuesta de Emerson es sencilla y va directa al grano: «Se cruzan en mi camino, malditos sean».

Con toda probabilidad, en Zawaiet el'Aryan no se cruzarían en su camino.

* -¡Pero perdóneme! He olvidado preguntar qué tal están su preciosa hija y el pequeño Ramsés.

** Tan pequeño.

- Aquí está -dijo en voz alta-. La pirámide escalonada.

Creo que puedo afirmar, sin miedo a contradecirme, que sería difícil encontrar a una mujer viva que esté más unida a su marido de lo que yo estoy al mío. Personal y profesionalmente, Emerson es magnífico. Tan sólo en aquel momento, cuando mis ojos percibieron el informe montón de escombros que tenía frente a mí, tuve que morderme los labios para no empezar a insultarlo. En algunas zonas se podían ver algunos estratos de piedras alineadas. El resto de aquella maldita cosa consistía en una pequeña colina redondeada, de unos siete metros de altura en su punto más alto.

- ¿Tiene una infraestructura? -le pregunté esperanzada.

- ¿Umm? Ah, sí. Un túnel, varias galerías, una cámara funeraria. Vacía. Umm. Me pregunto…

La última palabra llegó flotando hasta mí mientras Emerson se alejaba a caballo.

- ¿Dónde vas? -le grité.

- Quiero echar un vistazo a la otra pirámide que se encuentra al noroeste.

Por naturaleza, soy una persona optimista; cojo siempre las cosas por el lado bueno, espero siempre lo mejor y encuentro siempre el rayo de luz en medio de los más negros nubarrones. Pero aquel día, mi buen ánimo me abandonó y mi humor pasó de la acritud a la indignación extrema cuando vi que Emerson se complacía en llamar a aquello «la otra pirámide». Ni tan siquiera una pila de cascotes indicaba su emplazamiento. Nunca había habido infraestructura de ningún tipo, tan sólo una enorme zanja que conducía directamente al lecho de roca, prácticamente cubierto por la arena amontonada.

Emerson bajó del caballo. Acompañado de Selim, se dispuso a dar vueltas alrededor del hoyo alargado que marcaba la zanja y le oí comentar:

- Se necesitarán cincuenta hombres y el mismo número de personas para transportar los cestos al principio. ¡Una vez que el reconocimiento haya acabado… Peabody! ¿No quieres venir a ver?

Diciendo esto, se precipitó hacia mí y me tiró de la silla de montar con un entusiasmo tan impetuoso que mi pie quedó atrapado en uno de los estribos y caí en sus brazos.

- ¿Un poco duro, este primer día fuera? -me preguntó.

Apretada contra su ancho pecho, atrapada entre sus fuertes brazos, lo miré y, al ver su sonrisa y la calidez de sus ojos azules, sentí cómo mi cólera se evaporaba igual que las gotas de lluvia con la luz del sol. ¡Estaba tan contento con sus miserables ruinas y tan insaciable (e inoportunamente) romántico!

- Veo que sigues en forma, aunque sin perder tus bonitas curvas -murmuró, abrazando la zona a la que se refería y escondiendo un mechón de pelo suelto bajo mi sombrero-. Estás siempre igual, mi querida Peabody. Tu cuerpo sigue guardando sus proporciones y esos mechones azabache siguen sin una sola cana, tal y como cuando te vi por primera vez en el Museo de Boulaq. ¿Has vendido

tu alma al diablo a cambio de la eterna juventud?

No creí necesario mencionar el pequeño frasco de tinte para el pelo que guardaba en uno de los cajones de mi tocador. Mejor no hacer añicos la ilusión de un marido y, de todos modos, tampoco hacía uso de él tan a menudo como para que fuera relevante.

- Yo también podría hacerte la misma pregunta, querido Emerson -contesté-. Pero quizás no sea este el momento adecuado…

- Cualquier momento es adecuado. ¡Maldita sea! -añadió, al mismo tiempo que su nariz rozaba el ala de mi salacot.

- Selim…

- Al diablo con Selim -dijo Emerson quitándome el sombrero y echándolo a un lado.

El interludio fue breve pero refrescante, y dejó a Emerson en un estado de ánimo conciliador. Llegó hasta el punto de preguntarme por qué «pirámide» deberíamos, en mi opinión, empezar a trabajar; mi buen humor hizo que me abstuviera de comentar sarcásticamente aquella palabra.

Mi voto fue en favor de la pirámide escalonada. Emerson sonrió.

- Estás deseando andar a gatas por esa maldita infraestructura. La verdad, Peabody, es que tu atracción por los túneles oscuros, calurosos y sucios hace que me pregunte algunas cosas sobre ti.

- Ah -dije, sintiendo revivir mi interés-. ¿Hay túneles oscuros, calurosos y sucios en la infraestructura?

Emerson rió entre dientes.

- Muy oscuros y muy sucios. ¿Quieres que les echemos un vistazo?

Selim, a quien la discreción había hecho desaparecer tras unos montículos, regresó justo en el momento en el que yo decía:

- Deberíamos de volver ya, Emerson; prometimos encontrarnos con los chicos a las dos.

- Sobra tiempo -dijo Emerson, como era de esperar.

De este modo, nos pusimos en marcha hacia la otra estructura (la palabra «pirámide» se me atragantaba) que se encontraba algo más al sur, cercana a los campos cultivados. El aire claro y seco permite ver a una cierta distancia (siempre y cuando se haya dispersado la niebla matutina y el viento no levante nubes de arena). No podía resistir la tentación de mirar de vez en cuando hacia Giza; la absoluta perfección de sus siluetas triangulares atraía

mi mirada como un imán. No habíamos avanzado mucho cuando me di cuenta de que unas sombras se dirigían a nosotros y llamé a Emerson para que se detuviera.

- Hay tres individuos a caballo que se dirigen hacia nosotros, Emerson. Creo, sí, son la señorita Maude, su hermano y el señor Godwin. Imagino que nos estarán buscando.

- ¿Por qué? -preguntó Emerson.

- Ayer mencionamos que pensábamos visitar las excavaciones. Es una delicadeza por su parte.

- Tú y tus delicadezas -gruñó Emerson-. Curiosidad ociosa, más bien. ¿No tienen nada mejor que hacer que molestarnos?

- Probablemente no. El señor Reisner se encuentra todavía en Sudán, y sus excavaciones no empiezan hasta enero. Estoy segura de que lo único que pretenden es compartir con nosotros sus conocimientos sobre este lugar.

Los jóvenes no tardaron en llegar hasta nosotros. La señorita Maude parecía una mujer de negocios con su falda-pantalón con chaqueta a juego y un par de impecables botas con borlas. No pensaba que realmente hubiera venido hasta allí para ofrecernos *su* experiencia, ya que carecía por completo de ella; pronto se vio confirmada la razón que yo imaginaba, cuando al enterarse de que Ramsés no se encontraba allí, su ingenuo rostro cambió de expresión.

Geoffrey mantuvo un discreto silencio, permitiendo que Jack llevase la voz cantante. Había pasado varias semanas excavando en los cementerios cercanos a la pirámide (tal y como la llamaba él), y se ofrecía para mostrarnos los alrededores.

Emerson aceptó encantado, por lo que nos pusimos en marcha todos juntos, con una desconsolada señorita Maude a la cola. Al oír los comentarios de Jack, mi respeto por su competencia fue en aumento a pesar de que, tal y como él mismo admitía, no habían pasado el suficiente tiempo en el lugar como para poder responder a muchas de las agudas preguntas que le hacía mi marido.

Según Jack, el monumento había sido construido en su totalidad. Se trataba de una pirámide escalonada, como la magnífica tumba de Zoser en Sakkara, con catorce gradas. Su altura original era imposible de calcular ya que los estratos superiores se habían desintegrado en una masa informe de escombros que ahora

lo cubrían por completo, excepto por el lado este y la zona norte, que el señor Reisner había despejado durante sus investigaciones. En el lado norte se abría una brecha que dejaba ver unas empinadas escaleras de piedra que descendían hasta desaparecer en la oscuridad que había debajo. En el corto espacio de tiempo que pasó desde que el señor Reisner estuvo allí, la arena había vuelto a cubrir casi la mitad de la apertura.

- ¿Es la entrada a la infraestructura? -inquirí, mientras me inclinaba para poder mirarla más de cerca.

- Sí, señora. Tenga cuidado, señora Emerson, si pierde el equilibrio rodaría durante un buen trecho -Geoffrey me asió el brazo con amabilidad, pero también con firmeza.

- Diez metros hasta el final de las escaleras -dijo Emerson-, Después viene una larga galería que gira a la derecha hacia otra escalera, a partir de la que se abren varios pasillos; uno conduce a una cámara funeraria. El plano indica que existe también un pozo que sube hasta la superficie desde el final de la primera galería. Su entrada superior debe estar… -y haciendo sombra sobre sus ojos con la mano, se alejó corriendo a pasos cortos.

Seguimos a Emerson hacia el oeste, donde una gran concavidad sugería la existencia de un hoyo debajo.

- Aquí está el pozo que llega hasta la superficie -dijo Emerson dogmático-. ¿Qué es lo que hay dentro?

- ¿Dentro? -Jack repetía sus palabras lleno de asombro.

- Debe de haber algo -dijo Emerson despacio y lleno de paciencia-, o, de otro modo, deberíamos de poder ver el final. Está claro que los primeros hombres que lo construyeron no lo dejaron abierto; hubiera sido como invitar directamente a entrar a los ladrones de tumbas. ¿Me sigues?

- Sí, señor, me parece obvio -dijo Jack.

- Ah. Me agrada que estés de acuerdo conmigo. Entonces, los que construyeron el pozo debieron de haberlo llenado con algo, ¿eh? Barsanti indica la existencia de mampostería en la parte superior. El informe de Reisner no dice nada al respecto. Lo que intento descubrir, con algo de torpeza -dijo Emerson-, es si ese material está todavía ahí; de qué se trata; qué extensión ocupa y si el pozo contiene algo más: ofrendas, depósitos funerarios u otros enterramientos.

Jack había empezado, creo, a intuir algo extraño en el modo de comportarse de Emerson pero, dado su escaso sentido del humor, no podía determinar exactamente de qué se trataba. La arruga sobre la fina barbilla de Geoffrey se había ahondado hasta convertirse en un hoyuelo pero, por delicadeza, reprimió la risa.

- Por lo que sé, profesor, nadie hasta ahora ha excavado el pozo -dijo-. Nuestro equipo, desde luego, no lo hizo.

- ¡Por Dios! -exclamó Emerson-. ¡Cómo admiro vuestro valor! Si el material que se encuentra en el pozo hubiera caído en el pasadizo, habríais acabado enterrados vivos.

- Pasamos la mayor parte del tiempo en las tumbas que se encuentran fuera de la pirámide -explicó Jack. El sarcasmo de Emerson era ahora tan evidente que no se podía ignorar; el joven se mordía el bigote al mismo tiempo que fruncía el ceño.

- Oh, bah -dijo Emerson, cansado del juego-. Los informes publicados son absolutamente insuficientes. ¿Dónde están las notas que Reisner tomó sobre el terreno?

Estaba claro que Jack había sido cogido de improviso.

- No sé qué decirle, señor. Estoy seguro de que él estaría encantado de poder enseñárselas, pero sin su permiso yo no puedo, eh, incluso en el supuesto de que supiera donde se encuentran.

- No importa -refunfuñó Emerson-. En cualquier caso, tendré que volver a hacerlo todo desde el principio.

- Emerson -intervine-. Se está haciendo tarde.

- Sí, sí. Sólo un minuto, Peabody.

Y, sin más, empezó a trepar por la cuesta de escombros, subiendo con agilidad y provocando una minúscula avalancha de guijarros y piedras rotas.

- ¡Dios mío, mirad cómo va! -exclamó Jack, sin poder apartar la vista-. Nunca me habría imaginado que una persona de su tamaño pudiera moverse tan deprisa.

- Supera su propia leyenda -dijo Geoffrey Godwin con una pequeña y extraña sonrisa-. ¿Sabe usted, señora Emerson, que hasta que conocí al profesor, dudaba de todas las historias que había oído sobre él?

- Las únicas historias apócrifas son las que hablan de sus poderes mágicos -dije con una carcajada-. A pesar de ello, es capaz de realizar un exorcismo si se le pide que lo haga. Sobre todo lo demás,

es imposible exagerar cuando se trata de Emerson.

- Lo mismo se puede decir del resto de ustedes -dijo Geoffrey con galantería-. Usted también se ha convertido en una leyenda en Egipto, señora Emerson, y Ramsés no tardará mucho en serlo.

- No tengo ni idea de lo que le hace pensar así -repliqué. Lo sabía, en cambio. Maude debía de haberle repetido alguna de las absurdas historias que Nefret le había contado.

En equilibrio sobre la cima, protegiéndose los ojos con la mano, Emerson examinaba el terreno que había a su alrededor. Su espléndido físico se destacaba contra el cielo y su pelo negro brillaba como el ala de un cuervo. Me pregunté qué diablos habría hecho con su sombrero.

- ¿Qué es lo que está haciendo? -preguntó Maude.

Su hermano rió con indulgencia.

- No hay espacio para la arqueología en esa cabecita tuya, ¿no es así? Si hubieras prestado más atención a mis lecciones fraternales no tendrías que preguntar ahora. En ocasiones las sombras indican donde hay un hundimiento o una extensión del muro. A esta hora del día, sin embargo, no podrá ver mucho. El sol está demasiado alto.

Emerson debía de haber llegado a la misma conclusión, ya que había empezado a bajar de nuevo.

- ¡Ten cuidado! -grité, cuando una piedra rodó bajo su pie y golpeó contra el suelo. Geoffrey le dijo algo a Jack en voz baja, quien chilló-: Es mejor ir por el otro lado, profesor.

Estaba a punto de decir lo mismo. El descenso era más peligroso que la ascensión, ya que un paso en falso bastaba para que el escalador bajara rodando, y con pocas esperanzas de poder detenerse por sí mismo si el suelo rocoso no se lo permitía. En el lado este, la mayor parte de las piedras estaban al descubierto formando una especie de burda escalera. Emerson hizo caso de la sugerencia de Jack y avanzó horizontalmente por la pendiente antes de continuar el descenso. Se encontraba ya a unos siete metros del final, moviéndose con la misma agilidad con la que había ascendido, cuando se paró de repente, se inclinó y perdió el equilibrio. Oscilando y tambaleándose, agitó violentamente los brazos en un intento por recuperarlo. Llegó un momento en que su cuerpo se encontraba totalmente perpendicular a la pendiente y

pensé que se caía, pero con un poderoso impulso recuperó sus fuerzas y se tiró de nuevo hacia atrás con un estruendo que hacía presagiar lo peor para sus costillas.

Yo corría ya hacia el lugar donde había esperado verlo caer con un estruendo aún mayor. Empecé a trepar y no me sorprendió ver a Selim, quien hasta el momento se había mantenido a una cierta distancia, hacer lo propio a mi lado.

Emerson se apoyaba sobre la pared inclinada, dándome la espalda y con una mano, llena de rasguños y sangre, apoyada sobre una roca.

- ¡Demonios! ¿Qué estáis haciendo aquí arriba? Quítate de en medio, Selim, y llévatela a rastras de aquí.

- ¿A quién se tiene que llevar a rastras? -grité. Se debía de haber golpeado contra la roca un lado de su cabeza. La sangre se enmarañaba en el pelo, a la altura de la sien, y bajaba goteando por su mejilla.

- ¿A quién? -corrigió Emerson con una sonrisa furiosa pero, al mismo tiempo, tranquilizadora-. Para ser más precisos, a ti, Peabody. Un leve golpe en el cráneo no produce amnesia por necesidad. Maldita sea -añadió- todo el condenado grupo está subiendo hasta aquí.

Exageraba ligeramente; Maude se había quedado abajo, retorciéndose las manos y balando como una oveja. Los juramentos de Emerson detuvieron al grupo antes de que éste hubiera llegado muy lejos; volvieron sobre sus pasos, con Selim detrás de ellos y Emerson a mi lado, ayudándome a bajar dándome útiles indicaciones.

- Esa piedra está suelta, prueba con aquella sobre… ¿qué demonios crees que estás haciendo?… casi allí… si me llego a caer te hubiera arrastrado conmigo. Puede que tengas un buen corazón, aunque tengo mis dudas al respecto, pero lo que desde luego no tienes es la fuerza de dos y, mucho menos, la de diez. ¿Cómo se te ocurre meterte en estos líos, adorable idiota?

Estas últimas palabras las musitó apenas, ya que habíamos llegado al suelo donde enseguida nos rodearon nuestros ansiosos compañeros. Maude chilló y se tapó los ojos con las manos cuando vio la cara de Emerson.

Manchada de sangre, polvo y sudor, presentaba un aspecto

terrorífico. Geoffrey rodeó a la muchacha con el brazo, intentando tranquilizarla.

- Traté de advertirle, señor -exclamó-. Yo mismo estuve a punto de caerme en el mismo sitio el año pasado; es una zona muy insegura.

- Me he dado cuenta -dijo Emerson-. Lo conseguí, sin embargo.

Y, al decir esto, sacó de su bolsillo un gran fragmento de vasija de color marrón. Sobre él, pintada en negro, había una hilera de signos jeroglíficos.

* * *

Era ya terriblemente tarde, así que rechazamos la amable invitación de la señorita Maude quien insistía en que nos detuviéramos en su casa para llevar a cabo las oportunas curas médicas y las reparaciones de costura que procedían. El agua de mi cantimplora y mi pequeño botiquín bastaron para devolver a Emerson una apariencia relativamente respetable. Tenía muchos cortes y rasguños, aunque todos ellos eran superficiales; las heridas en la cabeza y en la cara, sin embargo, seguían sangrando bastante. Fuimos directos a la estación de tranvías de Mena House, donde dejamos a Selim con los caballos y nos despedimos de nuestros jóvenes amigos. Dado que sus excavaciones no comenzaban hasta unas semanas más tarde, Jack Reynolds se ofreció a echarnos una mano en las nuestras; siempre y cuando necesitáramos ayuda.

Una vez en El Cairo, tomamos un taxi hasta el hotel. Durante el trayecto, hice que Emerson se pusiera la corbata que le había traído, se alisara el pelo con mi peine plegable y se sacudiera la arena de su chaqueta. Sufrió todas estas atenciones con hosca resignación, limitándose a comentar:

- ¿Por qué no me lavas también la cara y me cepillas los dientes?

Sacudí la cabeza.

- He hecho lo que he podido, Emerson, pero me temo que los chicos se van a impresionar cuando te vean. Tienes un aspecto horrendo.

Los chicos no fueron los únicos que se mostraron consternados al ver el aspecto de Emerson. Todas las cabezas se volvieron para contemplar la entrada de mi imponente y desastrado marido en el salón comedor. Nefret, que había estado controlando la puerta, se puso de pie de un salto y corrió a nuestro encuentro.

- Querido profesor, ¿qué ha pasado? Volvamos a la *dahabiyya* enseguida y deje que le examine allí.

- ¿Qué, ahora? -Emerson puso la mano de Nefret sobre su brazo y la condujo de nuevo hasta la mesa-. Ahora lo que necesito es comida, y no aspavientos; hemos tenido una mañana muy animada.

- Eso parece -dijo Ramsés, que se había levantado y me ofrecía una silla para que me sentara-. ¿No está seriamente herido, padre?

- No, no, tan sólo un chichón en la cabeza. Os contaré todo tan pronto haya pedido la comida. Estoy hambriento. ¿Dónde está el maldito camarero?

El personal de Shepheard conoce bien a mi marido quien, según sospecho, forma parte de la formación que se da a los nuevos camareros: cómo doblar una servilleta, cómo escanciar el vino y cómo tratar al profesor Emerson. La respuesta a sus llamadas, desde luego, no se hizo esperar. Una vez que elegí mi comida, me dirigí a los chicos.

- ¿Qué tal la mañana, queridos? Supongo que no habrá sucedido nada extraordinario, ¿no es así?

- Si se refiere a ataques asesinos o a sucesos inexplicables, la respuesta es no -dijo Ramsés.

Nefret, que había abierto la boca, la cerró de nuevo. Emerson devolvió el menú al camarero, desplegó su servilleta y se dispuso a describir los interesantes aspectos de la pirámide escalonada. Ramsés le hizo unas cuantas preguntas, mientras mi marido empezaba a dibujar en el mantel.

- No hagas eso -dije-. ¿Dónde está tu cuaderno?

Emerson se metió la mano en el bolsillo pero, en lugar del cuaderno, sacó el trozo de vasija que había encontrado aquella mañana.

- ¿Qué es? -preguntó Ramsés tratando de alcanzarlo.

- La causa del pequeño accidente de tu padre -le contesté, a la vez que mi marido hurgaba en los otros bolsillos.

Les conté entonces, ordenadamente, lo que había sucedido aquella mañana. El expresivo rostro de Nefret apenas podía ocultar lo divertida que le resultaba la descripción de nuestro encuentro con los Reynolds y Geoffrey.

- Pobre Maude -murmuró-. Hacer todo ese camino para nada.

Ramsés, absorto en el fragmento de cerámica, ignoró

ostensiblemente el comentario.

- Nuestros jóvenes amigos parecían entusiasmados -dijo Emerson sin pensar-. Puede que la ayuda que nos han ofrecido durante las próximas semanas nos resulte útil. Ambos conocen bien el emplazamiento.

- Podían haberle advertido que las piedras estaban sueltas -dijo Ramsés.

- Dios mío, no era necesario; podía ver por mí mismo que la estructura entera se estaba desmoronando. No tuve cuidado, eso es todo -Emerson acabó su sopa e hizo una seña al camarero-. Lo que resulta extraño es encontrar un fragmento de ese tamaño sobre su superficie. Nuestro primer hallazgo, ¿eh? No he conseguido entender nada de la inscripción, sin embargo.

- Son jeroglíficos hechos al azar. Hieráticos, más bien, del Imperio Medio. Puede que se trate de los ejercicios de un aprendiz de escriba.

- Quita esa cosa sucia de la mesa y comete tu *pilaf* -le ordené.

- Sí, madre.

- ¿Qué vamos a hacer esta tarde? -preguntó Nefret.

- Iremos de compras.

Emerson lanzó un gemido.

- Tú no, Emerson. Lo único que haces es quejarte y mirar sin parar el reloj. Nefret y yo iremos a comprar los muebles que nos hacen falta. Tú y Ramsés, mientras tanto, podéis empezar a embalar los libros.

- No hay prisa -empezó a decir Emerson.

- Teniendo en cuenta la velocidad a la que lo haces, sí la hay. Me gustaría mudarme antes de Navidad. He dado instrucciones a Selim para que se encuentre mañana con nosotros en la casa con todo un equipo de carpinteros, albañiles, pintores y personal de limpieza.

- Le dije a Selim… -dijo Emerson frunciendo las cejas.

- Anulé tu orden.

CARTAS DE LA COLECCIÓN B:

Querida Lía:

Es muy poco considerado por tu parte no estar a mi lado cuando suspiro desesperadamente por hablar contigo. Una luna de miel no es una excusa. Esta tarde ha sucedido algo que me ha dejado un mal sabor de boca y necesito contárselo a alguien. A medida que lo vaya haciendo,

entenderás por qué no puedo decírselo a la tía Amelia, al profesor o a Ramsés. ¡Especialmente a este último!

Te conté en mi última carta que Percy había aparecido de nuevo. Me gustaría que hubieras estado presente cuando nos lo encontramos; supongo que él no se da cuenta de lo ridículo que resulta vestido con ese ostentoso uniforme, con la cara rosada y quemada por el sol y con su enorme bigote. La acogida que le dimos hubiera desanimado a un hombre menos seguro de sí mismo. La tía Amelia se quedó helada y sus ojos grises adquirieron el brillo del acero; el profesor dejó escapar uno de sus mejores juramentos y hubiera abundado en él si no llega a ser porque, haciendo como que perdía el equilibrio, le di un fuerte golpe sobre el pie. ¿Ramsés? Bien, querida, ¿qué esperabas? Se ha vuelto aún más hierático que un faraón de piedra. Antes conseguía romper su coraza burlándome de él, pero últimamente no importa lo que diga o haga, no se inmuta. Si entrara desnuda en su habitación se limitaría a pestañear y a preguntarme si no me preocupaba coger un resfriado.

Me parece que, como diría la tía Amelia, estoy perdiendo el hilo de la narración. En resumen: nunca pensé que tendríamos ocasión de ver mucho a Percy, y eso, aun a pesar de que hubiera regresado de Alejandría; los jóvenes oficiales pasan la mayor parte de su tiempo en el Turf Club, en hoteles socialmente aceptables o en fiestas privadas. Había subestimado su persistencia.

No nos visitó, creo que se había dado cuenta de que al profesor no le hubiera gustado verlo, pero me invitó a varias fiestas y a salir a bailar. Yo le rechacé una y otra vez, mandando de vuelta al mensajero y explicándole que no tenía tiempo para actividades sociales.

No era totalmente cierto ya que en alguna que otra ocasión, mucho más de lo que a mí me hubiera gustado en cualquier caso, nos habíamos visto con Maude Reynolds y su grupo. Ella y su hermano viven tan cerca de nosotros que resulta imposible rechazar todas sus invitaciones. Geoffrey y Jack no me molestan; ayudan mucho en las excavaciones y yo me he encariñado mucho con ellos, especialmente con Geoff. Figúrate que una mañana llegó a casa con una carretada de flores, rosas, flores de Pascua, limoneros, naranjos y parras, y que las plantó con sus propias manos por todo el patio. No podía haber hecho nada que le pudiera gustar más a la tía Amelia; los dos se pasan las mañanas cavando, abonando, regando y hablando de horticultura.

Ramsés y yo las hemos pasado moradas tratando de complacer al

profesor y a la tía Amelia al mismo tiempo; él quería que acudiéramos a las excavaciones todos los días, mientras que ella pretendía que la ayudáramos con la casa. ¡Era como bailar en la cuerda floja! Haremos la mudanza dentro de pocos días, ¡inshaalá!

Vuelvo a perder el hilo. Te puedes imaginar por qué. Debería prepararme para la lucha (¡en sentido figurado!, tal y como diría la tía Amelia) y acabar de una vez.

La mayor parte de los hombres desisten cuando sus invitaciones se ven rechazadas una y otra vez. Los jóvenes oficiales de El Cairo, sin embargo, suelen ser más insistentes; sus llamativos uniformes y su comportamiento fanfarrón impresionan a las muchachas recién llegadas de Inglaterra, y es precisamente por eso por lo que para algunos de ellos resulta difícil creer que exista una *mujer que se les pueda resistir. No podía ser una pura coincidencia que Percy se dejara caer justo cuando me encontraba sola en la dahabiyya. La tía Amelia había arrastrado a Ramsés y al profesor (que protestaba vivamente) para que la ayudaran en la casa y me había ordenado a mí que acabara de embalar las cosas; tengo que reconocer que era algo que había estado retrasando. Ahora me dirás que no tenía que haberlo recibido; pero lo cierto es que, cuando Mahmud me trajo su tarjeta, estaba ya a bordo, en el salón y pensé que me iba a resultar imposible librarme de él antes de que los demás regresaran.*

Un hombre menos engreído se habría dado cuenta de que no era bienvenido. Yo vestía la misma ropa que suelo ponerme durante las excavaciones: botas, pantalones y camisa. ¡Te reto a que me encuentres un atuendo menos seductor! Para evitar cualquier aproximación, me senté en una silla en lugar de hacerlo en el sofá. Le dije que estaba muy ocupada y le pregunté sin más preámbulos qué quería. He de decir en su favor que no perdió el tiempo. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba sucediendo, le tenía inclinado sobre mí, tan cerca que apenas podía distinguir los pelos de su bigote por separado.

El problema de las sillas de respaldo recto es que caen con una cierta facilidad. Se suele decir que cada acción tiene su reacción; mi miedo era que si la hacía volar por los aires con la mano o con el pie podía acabar tendida sobre mi espalda y enredada entre sus piernas: una posición vergonzosa y, dadas las circunstancias, vulnerable. Le miré a los ojos y le dije: «¡Señor! ¿Cómo se atreve?».

Sonó tan idiota que me resultaba difícil contener la risa. Y, sin

embargo, las mismas palabras habían dado resultado en otras ocasiones. Percy retrocedió, resultaba ridículo. Yo, por mi parte, me levanté de la silla y me puse de pie, detrás de ella.

- Usted declara ser un oficial y un caballero -dije-. Si no es capaz de comportarse como tal, será mejor que se vaya.

- Perdóneme -musitó-. No me he podido contener. Es usted tan encantadora, tan atractiva…

- ¿Entonces es culpa mía el que usted se haya comportado como un sinvergüenza? -Otra de esas palabras que suelen tener su efecto pero, ¡que me aspen si sé con exactitud lo que quieren decir!

- Usted no lo entiende. Quisiera casarme con usted.

Me eché a reír; y no con una risita de buen tono, propia de una dama, sino con una sincera carcajada. Era completamente espontánea pero no podía haber resultado más ofensiva. Su cara se ensombreció y yo conseguí controlarme, por el momento.

- No -dije-. De ningún modo. Ni aún en el caso de que fuera usted el último hombre sobre la tierra. O que la única alternativa fuese una lenta y dolorosa muerte bajo tortura.

- No habla usted en serio -dijo Percy.

Conseguí no perder los nervios y me sentí muy orgullosa por ello ya que, ¿puedes alcanzar a imaginar una afirmación más enloquecedora que ésa? Muy serena dije:

- Los demás no tardarán en llegar. Si usted todavía se encuentra aquí cuando el profesor vuelva, o Ramsés…

- Ah -dijo Percy, burlándose como un malvado de teatro-. ¿Va a permitir que la tía Amelia la case con su primo Ramsés? Creí que tenía usted más agallas. Ese hombre no es bastante para usted, Nefret.

Ahí fue cuando perdí la paciencia. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre ese interesante episodio del libro de Percy? Se suponía que David no debía contarte lo que Ramsés había admitido, y que tú no debías de decírmelo a mí tampoco; pero nosotras nos lo contamos todo, ¿no es así? Me hiciste jurar que mantendría el secreto, tal y como David te lo había hecho jurar a ti, Lía, pero, ¡no pude mantener mi palabra! No lo pude evitar. ¡Que se atreviera a burlarse de Ramsés! Informé al señor Percy de que no le llegaba ni a la suela del zapato, y lo insulté llamándolo soplón, mentiroso y cobarde… entre otras cosas. No fui muy coherente, pero cuando me quedé sin aliento la historia había salido ya de mi boca.

No me di cuenta de lo que había hecho hasta que vi la cara de Percy. Estaba llena de manchas rojas y blancas, como suele sucederle a la piel bronceada después de una fuerte impresión.

- No lo sabía -murmuró.

- Obviamente no lo sabía o, de otro modo, no hubiera escrito semejante basura, sabiendo que podíamos ponerla en duda.

- ¿Es verdad? -había caído en su propia trampa-. Quiero decir, ¿aceptaría antes su palabra que la mía?

- Realmente, Percy, ¡es usted demasiado ridículo! -no tenía ganas de reírme, sin embargo; empezaba a darme cuenta del lío que acababa de organizar-. Ramsés no me dijo nada. No quería que nadie lo supiera.

- Entonces, ¿cómo se enteró? Quiero decir, qué es lo que le hace a usted pensar…

- Él lo confirmó, pero sólo después de que algunos de nosotros lo averiguáramos por nuestra cuenta.

- Algunos de nosotros -repitió Percy.

- La tía Amelia y el profesor no, al menos no creo. Juramos que lo mantendríamos en secreto. Por favor… -me costaba pronunciar estas dos palabras, pero al final lo conseguí-. Por favor, no diga nada.

Percy echó los hombros hacia atrás y alzó la barbilla.

- Obedecería gustoso cualquier deseo suyo, Nefret, por pequeño que fuera, pero lo que me pide me coloca en una posición imposible. Ramsés me ha defraudado deliberadamente, por el mejor de los motivos, estoy seguro, pero ahora que sé la verdad, debo concederle el crédito que se merece. Un oficial y un caballero no podría actuar de otro modo.

Me estremezco todavía cuando pienso en los trillados clichés que tuve que utilizar para suplicarle que no se comportara como un oficial y un caballero. Sí, tuve que suplicarle. No puedo decir si él se sentía humillado o no; no es su estilo pero, de todos modos, no quise arriesgarme. Sabía que Ramsés se sentiría furioso si llegaba a darse cuenta de que lo había traicionado. Al final, Percy aceptó a regañadientes, como si me estuviera haciendo un favor.

Cuando se marchó, seguía temblando con tanta fuerza que tuve que sentarme. Ya conoces mi temible carácter, Lía, me enfadé con demasiada facilidad y cuando se me pasó, me sentí culpable y avergonzada. No de haber puesto en un aprieto a Percy; se lo merecía, aunque he de admitir que reaccionó sorprendentemente bien. Imaginaba que se enfurecería y que se echaría a gritar negándolo todo. No consigo

perdonarme por haber traicionado a Ramsés. La promesa era tácita pero debería de haberme sentido ligada por ella. No digas nada, ¿de acuerdo? Ni tan siquiera a David.

DEL MANUSCRITO H:

Era casi medianoche cuando Ramsés abandonó la *dahabiyya* vestido tan sólo con un par de calzoncillos de algodón. Tras sumergirse en el agua esperó un momento; viendo que el guardia situado al otro lado del bote no daba el quién vive, nadó resueltamente aguas abajo hasta el lugar donde había dejado su ropa. El chamizo abandonado, apenas una pila desordenada de ladrillos de adobe, había sido usado con tal fin por él y por David, cuando vagaban disfrazados por los *suk* y cafés. Ramsés lamentaba todavía haber tenido que abandonar su caracterización de *Alí el Rata;* le había sido útil durante varios años hasta que, por desgracia, uno de sus más desagradables adversarios había acabado por descubrir su verdadera identidad.

Aquella noche no se disfrazaría. De haberlo hecho, habría puesto en peligro el propósito que lo empujaba a realizar una interpretación tan aburrida como la de ser él mismo. Sabiendo que tendría que nadar, había dejado ropa para cambiarse en las ruinas. Era un fastidio pero no podía arriesgarse a que el vigilante nocturno, uno de los innumerables primos de Selim, contara a su padre que había estado en tierra cuando se suponía que debía estar durmiendo en la cama. Ahmed hubiera preferido cortarse la garganta antes que mentir al Padre de las Maldiciones.

Tras sacar un fardo de ropa de una grieta en el muro, se secó y se vistió mientras se preguntaba por qué tendría la desgracia de pertenecer a una familia con una energía tan ilimitada y una curiosidad tan bien intencionada. Le resultaba imposible alejarse de ellos sin tener que dar un sinfín de explicaciones. Si no se dejaba ver por las excavaciones, su padre quería saber dónde diablos había estado; si no se presentaba a las comidas, su madre lo sometía a uno de sus interminables interrogatorios; si no estaba disponible cuando ella lo buscaba, Nefret daba por sentado que había emprendido una misteriosa y, posiblemente, peligrosa misión sin decirle nada. Y ello hubiera constituido una violación de su Primera Ley, inventada por

David, y sobre la cual éste se mostraba siempre muy exigente; aunque la verdad es que, dado el tipo de situaciones en las que a menudo se veían involucrados, no dejaba de ser una sabia precaución, hasta tal punto que Ramsés hizo siempre todo lo posible por respetarla, sobre todo movido por la certeza de que si él no lo hacía, Nefret no lo haría tampoco. Con toda probabilidad, no consideraría la nota que le había dejado como un sustituto legítimo de una comunicación verbal, pero le consolaba pensar que si no llegaba a tiempo de retirarla antes de que ella la hubiera encontrado sería porque estaba muerto.

En la nota le decía dónde iba, pero no por qué. Odiaba tener que admitir sus razones, incluso a sí mismo; eran infundadas, desleales e injustas pero no por ello dejaban de constituir un silogismo desagradablemente convincente. David estaba comprometido con la causa nacionalista. Las causas necesitan dinero. David había dejado claro que no tocaría el dinero que los padres de Lía habían dejado a su mujer. ¿Tendría entonces algún tipo de escrúpulos en comerciar con antigüedades falsas si lo que pretendía con ello era financiar una causa en la que creía apasionadamente? No sería el primer hombre que se dejaba corromper por un noble ideal.

Una hora después de haber abandonado el bote, Ramsés se encontraba en el mismo café que había visitado en dos ocasiones, haciendo la misma pregunta y obteniendo, invariablemente, la misma respuesta. Nadie había visto al hombre que buscaba. Nadie sabía quién era.

Ramsés pagó al camarero y miró con melancolía la pequeña taza de café. Por descontado que no iba a tomarse aquella cosa; había estado bebiendo café a grandes tragos durante tres noches seguidas y ahora la cafeína le crispaba los nervios. Se puso de pie, llamando la atención deliberadamente con su traje europeo. Sabía que nadie lo conduciría hasta su víctima pero, a esas alturas, Wardani debía de estar ya al corriente, no sólo de que alguien preguntaba por él, sino también de la identidad de esa persona. Era Wardani el que tenía que decidir ahora si contactarlo o no.

En su camino de vuelta al río fue eligiendo las calles más oscuras mientras rechazaba a los taxistas que se le acercaban para ofrecerle sus servicios. Al dejar la avenida, encontró tan sólo una pocas personas con las caras cubiertas para protegerse del frío aire de la

noche. Le dieron ganas de gritar con alivio cuando una de ellas se dio la vuelta y le puso una mano en el brazo.

- No se mueva ni grite -le susurraron-. ¿Nota la punta del cuchillo?

- Sí -en realidad, se trataba apenas de una ligera molestia bajo el omóplato izquierdo.

Otra silueta oscura se le acercó por su derecha y pudo sentir cómo le vendaban los ojos con rapidez y eficacia.

- Juegos de niños -habló en árabe, como habían hecho ellos; uno de los dos hombres intentó sofocar la risa.

- Muy bien, Hermano de los Demonios, vamos a divertirnos con el juego que has elegido.

Se puso en marcha con ellos, dejando que sus otros sentidos compensaran la pérdida de la visión con una habilidad tal que, cuando finalmente se detuvieron, podría haber encontrado de nuevo el camino sin problemas y hasta pudo identificar el establecimiento donde entraron. El olor no dejaba lugar a dudas. Las autoridades británicas estaban intentando acabar con la importación de hachís con pocos resultados: hasta la fecha, lo único que habían conseguido era que éste escaseara y aumentara de precio. Antes de pasar a la acción, Ramsés esperó hasta que la puerta se cerró tras él y tras quienes lo escoltaban.

- Entonces -dijo a su guía, a quien había puesto ahora contra la pared, apuntando el cuchillo que le había arrebatado contra la garganta-. ¿Buscamos un lugar algo más cómodo donde podamos hablar?

Tal y como había sospechado, el guía era el mismo Wardani. Se había dejado crecer la barba, lo que desdibujaba el contorno de su arrogante barbilla y de su fuerte mandíbula. Tranquilo y sonriente, miró al hombre que gemía, tendido en el suelo.

- Más juegos de niños, amigo mío. Era innecesario y ha sido algo cruel por tu parte. Sabías que no corrías peligro alguno con nosotros.

- No me gusta que se me diga lo que tengo que hacer en estos casos.

- Querías hacer una exhibición -corrigió Wardani-. ¡Y con qué brío, *mon bravel* Si tienes la amabilidad de devolverme el cuchillo, te conduciré hasta mi humilde guarida.

Dirigiendo el grupo, los guió mientras subían los escalones rotos, situados al final del pasillo. El otro hombre se había puesto en pie con gran dificultad y los seguía, tan pegado a los tobillos de Ramsés que su respiración, áspera y desigual, se podía oír por encima del rechinar de las tablas sueltas. Parecía molesto, pero Ramsés no miró hacia atrás ni se movió más deprisa por ello. Mostrar inquietud hubiera sido como hacer un movimiento en falso en la miserable y estúpida partida que estaban jugando.

La habitación en la que entraron era pequeña y de aspecto pobre; la iluminaba tan sólo una humeante lámpara de aceite. Wardani se sentó en el sofá e hizo señas a Ramsés para que se sentara junto a él.

- ¿Café? ¿Té a la menta?

- No, hachís no, gracias -el olor no era tan fuerte, pero se podía sentir todavía. Ramsés arrugó la nariz-.

Éste no es el escondite que yo habría elegido. Asaltar guaridas de hachís se ha convertido en el deporte favorito de los jóvenes más sangrientos de la policía y, además, esa barba no cambia tu aspecto lo suficiente.

- Un conocido mío me ha prestado la habitación tan sólo para esta ocasión -dijo Wardani con calma-. Cambio de sitio a menudo.

- ¿Me estás diciendo que no has entrado en el negocio de la droga para enriquecerte?

Un destello de ira brilló en sus ojos oscuros.

- ¿Tratas de insultarme? La droga es la maldición de mi gente. Me gustaría acabar con ella tanto como a tu policía, sólo que ellos han tomado el camino equivocado. Educación…

Ramsés le dejó seguir adelante con su conferencia. A pesar de que le disgustaban profundamente los hombres que se referían a «su gente» en ese tono de propiedad, no puso en duda la sinceridad de Wardani. El tipo era un demagogo nato, con una voz resonante y flexible, un buen dominio de los más clamorosos clichés y un soberbio sentido teatral. Wardani no era su auténtico nombre; lo había adoptado como muestra de respeto hacia uno de los mártires de la causa: un joven estudiante que había asesinado al primer ministro moderado, Butiros Ghali Pacha, el año anterior. «Uno más de esos gestos llamativos pero inútiles, que ocasionan más daño que beneficios a la causa a la que dicen servir», pensó Ramsés

disgustado y abatido. El joven asesino había sido ejecutado y el suceso había traído como consecuencia el recrudecimiento del trato dado a los nacionalistas.

El otro hombre había abandonado la habitación y ahora regresaba con una bandeja sobre la que había colocado dos pequeñas copas de café turco. La simple visión del líquido oscuro hizo que a Ramsés se le alteraran de nuevo los nervios, pero rechazar el gesto de hospitalidad de Wardani hubiera constituido un grave error. Finalmente, parecía haber acabado con su perorata.

- Ya he oído hablar de todo eso.

- Sí, claro que habrás oído. ¿Cómo está el novio? -Wardani cruzó las piernas y sonrió.

- Bien, muy feliz.

- Como debe ser, después de haber arrancado una flor como ésa -su sonrisa se hizo aún más amplia-. Venga, amigo mío, no me mires con esa cara, sabes muy bien que no trataba de ofenderte. Respeto y venero a todas las mujeres. Son el futuro de Egipto, las madres de la nueva raza.

- Tonterías -dijo Ramsés con rudeza. Habían ido pasando de un idioma a otro, del francés al alemán y de éste al árabe; como si Wardani estuviera intentando poner a prueba los conocimientos de Ramsés o, simplemente, hacer gala de los suyos. Ramsés prosiguió en inglés-: Conozco la retórica. Simpatizo con vuestros fines, pero deploro vuestros métodos. Deja fuera de todo esto a David, Wardani.

- Ah, ahora entramos en materia; me preguntaba por qué te habrías tomado tantas molestias para buscarme.

- Cuando te cojan, y ten por seguro que lo harán ahora que Kitchener lleva las riendas, te mandarán a la cárcel o a los oasis… y David irá contigo. Creo que él podría trabajar por la causa de otra manera.

- ¿Cómo? -preguntó Wardani suavemente.

El aire se había vuelto denso con el humo de la lámpara y de los cigarrillos que Wardani no había dejado de fumar durante todo el tiempo, llegando hasta a encender uno con la colilla del anterior. Ramsés se encogió de hombros y aceptó un cigarrillo de la caja de hojalata que le tendía el otro hombre.

- Escribiendo artículos y pronunciando discursos -sugirió-.

Continuando con el trabajó que le ha hecho ganarse el respeto en una profesión en la que pocos egipcios han sido admitidos. Su éxito, y el de otros como él, hará que Inglaterra acabe por aceptar vuestras demandas de igualdad.

- Dentro de cien años, tal vez -dijo Wardani-. Pero, a lo mejor…

«Por el amor de Dios, vayamos al grano», pensó Ramsés. A pesar de que tenía un terrible dolor de cabeza, quería que fuera el otro el que abordara el tema.

- La señora Todros tiene, según creo, unos padres muy ricos - murmuró Wardani.

Aquí estaba, por fin. Ramsés encendió otro cigarrillo y empezó a hablar.

Al abandonar el lugar, su dolor de cabeza había alcanzado proporciones gigantescas, pero había conseguido lo que quería. Si bien Wardani no había abandonado la esperanza de hacerse con el dinero de Lía para la causa, se había mostrado menos insistente de lo que Ramsés había imaginado. Este asunto les había conducido, de manera más o menos directa, hasta aquél que verdaderamente preocupaba a Ramsés y sobre el que también esperaba haberlo convencido.

Decidido a pasar por alto el saludable ejercicio de la natación, tomó un taxi hasta el embarcadero. Ya no era necesario mantener el secreto. Al día siguiente tendría que contárselo todo a Nefret y a sus padres.

El vigilante nocturno se levantó de inmediato al oír el suave saludo de Ramsés y colocó una plancha sobre el hueco que había entre el embarcadero y la cubierta del barco; no mostró sorpresa ni curiosidad, los hombres a su servicio estaban acostumbrados a los peculiares hábitos de la familia Emerson.

Ramsés recorrió despacio el pasillo que llevaba a su habitación. Estaba muerto de cansancio y sus reflejos le habían abandonado tan pronto como se encontró sano y salvo a bordo; cuando abrió la puerta de su habitación y vio la delgada silueta que había tendida en su cama, se llevó tal impresión que casi se puso a gritar.

Ella había dejado una lámpara encendida. Por lo visto, debía recordar el incidente ocurrido años atrás cuando se le había aparecido sin advertirle y él casi la estrangula antes de darse cuenta de quién era. Tras sobreponerse, se dirigió silencioso hacia un lado

de la cama y se quedó allí de pie, mirándola.

Los postigos estaban cerrados y hacía calor en la habitación. Ella yacía de lado, de cara a la puerta y con una mano bajo la mejilla. La luz de la lámpara bruñía, llenando de reflejos cobrizos los bucles mojados que caían sobre su sien y, al mismo tiempo, rozaba, dorándolas, sus pestañas en reposo. Haciendo una concesión a las nociones que le había inculcado su madre sobre el decoro, se había puesto un salto de cama, si es que podía llamarse así; parecía más bien un traje nupcial: seda blanca e insinuante, volantes de encaje y lazos.

Un dolor agudo en su pecho le recordó que llevaba ya un buen rato sin respirar. Dejó que el aire saliera despacio de sus pulmones mientras le venía a la mente la estúpida afirmación que había oído una vez de boca de uno de los estúpidos oficiales jóvenes del Turf Club: «No hay que comportarse como un canalla con una dama». Las posibles combinaciones de esta aseveración lo entretuvieron durante algunos días. ¿Estaba, entonces, permitido comportarse como un sinvergüenza con una mujer que no fuese una dama? ¿Cuál era la exacta definición de una dama y, al respecto, la del comportamiento «canallesco»? Comportarse como un canalla con una dama que dormía debía de ser aún más reprensible. Sin embargo, considerando que era probable que recibiera una reprimenda completamente impropia de una dama cuando ella se despertara, tal vez pudiera permitirse cierto grado de indignidad. Inclinándose hacia ella, apoyó con delicadeza la palma de su mano sobre la curva de su mejilla, apartando los rizos cobrizos con toda la gentileza de que fueron capaces sus dedos.

Ella abrió los ojos de sopetón.

- Te he pillado *infraganti* -dijo.

- Tienes razón -admitió Ramsés.

Apartó la mano y la contempló mientras ella se sentaba.

- He tenido que venir hasta aquí para encontrar tu mensaje -le dijo, en tono recriminatorio-. Lo convenido era deslizado por debajo de mi puerta.

Era inútil preguntar por qué había ido a su habitación. Lo hacía continuamente: cada vez que le venía algo a la mente, se le ocurría una idea o estaba preocupada por algo.

- Ésta no ha sido tu primera expedición, ¿verdad? -preguntó.

- No.

- ¿Lo encontraste?

- Sí.

- Gracias a Dios. Pareces exhausto. ¿Por qué no te tumbas?

Y diciendo esto se movió, con blanca y diáfana agitación, para hacerle sitio junto a ella.

- No -dijo Ramsés-. Eres muy amable, pero… ¿Qué es lo que tratas de hacer, prepararme para el sacrificio? Déjalo ya, Nefret, así podré lamer mis heridas e irme a la cama.

- No voy a regañarte. Entiendo perfectamente por qué no me llevaste contigo.

- ¿De verdad?

- No te hagas el sorprendido. Tengo mis momentos de prudencia, ya sabes. Puedes ahorrarte los detalles hasta mañana; dime tan sólo si Wardani admitió… si dijo que fue David quien…

Sus grandes e implorantes ojos se encontraron con los suyos mientras esperaba el final de la frase. La fatiga física y otro tipo de distracciones confundían su pensamiento. Le llevó algunos segundos comprender.

- ¿Tú también dudas? Entonces no era el único que…

- Parecemos tontos -dijo Nefret con tristeza-. Querido mío, sabía que te sentías culpable, como siempre, y no deberías. Yo también quiero mucho a David y no por ello dejo de tener mis dudas. No habían surgido hasta la otra noche, cuando la tía Amelia discutía tranquilamente sobre sus sospechosos y tú dijiste que todos ellos eran amigos nuestros, gente en la que normalmente confiábamos y a la que admirábamos, y entonces yo me di cuenta de que David era el sospechoso más evidente de todos y que, a pesar de que sería incapaz de actuar deshonestamente por su propia cuenta, podría llegar a poner la causa por delante de sus principios y… me odié a mí misma, pero no podía quitarme la idea de la cabeza.

- Ni yo tampoco, pero creo que ahora sí podremos.

- ¿Ah sí? ¿De verdad?

Ramsés se echó a reír ante tanta pregunta pueril.

- He dicho tan sólo que lo creía, aunque la verdad es que Wardani insistió en que él no sabía nada de las falsificaciones; si mentía, lo hizo condenadamente bien.

- ¿Se lo preguntaste a quemarropa?

- Tuve que ser bastante directo, no tenía otra alternativa. Se quedó estupefacto. Espero no haberle dado algunas ideas al respecto aunque no creo, ya que se mostró de acuerdo conmigo cuando le hice ver que si David era acusado de comerciar con falsificaciones, no sería tan sólo su reputación la que saldría dañada sino la de todos los egipcios y, en particular, la del movimiento y su líder. A él le preocupa mucho el honor y ese tipo de cosas, así que pensé que tenía que contarle todo. Con la grandilocuencia que suele utilizar dijo que, al menos en este asunto, seremos aliados, y que hará todo lo posible por averiguar algo. Aunque te parezca ingenuo, yo le creo.

- No, hiciste lo correcto. ¿Se lo vas a contar al profesor y a la tía Amelia?

- Creo que será lo mejor, ¿no te parece? Puede que nuestra madre tenga también sus dudas; ya sabes que, en ocasiones, demuestra tener una gran sangre fría.

- Sangre fría para algunas cosas e irremediablemente sentimental para otras, entre las cuales se encuentra David; junto a nosotros dos y el profesor.

- ¿Yo? -repitió Ramsés sorprendido-. Caramba, durante años ha sospechado de mí como el autor de todos los crímenes imaginables; aunque tengo que admitir que no le faltaban razones de peso para hacerlo.

Moviéndose con su habitual desenvoltura, Nefret puso sus pies en el suelo y se levantó.

- Duerme un poco -le ordenó-. Y, Ramsés…

- ¿Sí?

Nefret puso ambas manos sobre los hombros de Ramsés y levantó su mirada hacia él.

- Sé cuánto echas de menos a David, como también que no puedes confiar en mí como en él, los hombres también tenéis vuestros secretos, ¡igual que las mujeres!, pero me gustaría que compartieras algunas de tus preocupaciones conmigo.

- Acabo de compartir una.

- Después de haberte cogido con las manos en la masa -a pesar de sus palabras, su sonrisa era muy dulce y su rostro todo amabilidad-. Sé perfectamente cuándo te preocupa algo. No seas tan duro contigo mismo y admite que te sientes mejor después de

habérmelo dicho.

- La verdad es que sí -le sonrió-. Gracias, mi niña.

Una extraña mirada cruzó su rostro.

- Tú también estás cansada -dijo Ramsés-. Les contaremos todo durante el desayuno, después de que nuestro padre se haya bebido el café.

Cuando ella se marchó, Ramsés se quitó la ropa, maldiciendo al ver el pequeño agujero y la mancha de sangre sobre la espalda de su camisa. Tal vez Fátima pudiese zurcírsela antes de que su madre se diera cuenta, aunque no confiaba mucho en ello: a ésta no se le escapaba nada y, probablemente, tendría algo que decir sobre el hecho de que hubiese echado a perder otra camisa.

Estaba cansado, pero permaneció despierto sobre la cama durante un rato mientras pensaba en Nefret, olvidando por un momento las dificultades de David. Aunque la deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer, había resistido la tentación de darle a conocer sus sentimientos con el fin de conservar lo que ella le había ofrecido aquella noche: una simpatía, un afecto y una comprensión tan absolutos que se sentía como si hubiera comunicado con una parte de sí mismo. De todos modos, no se podía forzar esa clase de amor, especialmente con alguien como Nefret. O llegaba o no llegaba, repentino como un rayo de luz, impredecible como el clima inglés.

Al cabo de un rato se quedó dormido.

Capítulo 5

Rodeado por un círculo de espadas, luché. Si no hubiera sido por la muchacha…

Mi decisión de encontrar una vivienda más grande no era, en modo alguno, prematura. El ambiente en la *dahabiyya* era tenso. Nosotros nos exasperábamos los unos a los otros, *Horus* exasperaba a todos y el encierro -Nefret no le permitía vagar por las sucias calles de El Cairo- lo exasperaba a él. Cuando le pedía que embalara sus libros, Emerson refunfuñaba y lo dejaba siempre para más tarde pero cuando, al final, conseguí que fuera Mahmud el que lo hiciera se quejó amargamente; Ramsés iba de un sitio para otro como un fantasma, con oscuras ojeras bajo los ojos; Nefret meditaba con aire triste: al preguntarle si le sucedía alguna cosa, se limitó a decirme que echaba de menos a Lía y a David.

Nos habíamos llevado una desilusión al saber que no se unirían a nosotros hasta después de Navidad. A David le habían ofrecido la maravillosa oportunidad de colaborar en la restauración de los frescos del palacio de Knosos en Creta. Siempre se había interesado por las influencias micénicas en el arte egipcio y, además, la invitación de *Sir* Arthur Evans, uno de los nombres más distinguidos de la arqueología, no dejaba de ser un reconocimiento a su creciente reputación como hábil copista. A Lía, por su parte, no le importaba el lugar donde se encontraran con tal de poder estar junto a su marido.

De todos modos, no creía que estas noticias fueran una razón suficiente para explicar el extraño comportamiento de Nefret. Su temperamento no era dado a sumergirse en melancólicas introspecciones. Siendo como era todavía una joven soltera, se me

ocurría una posible explicación a esas perturbaciones mentales, así que decidí averiguar si algún joven en particular podía ser el causante de ellas. Pensé que Jack Reynolds y Geoffrey Godwin eran los sospechosos con más puntos. Ambos eran atractivos, jóvenes, caballerosos, bien educados y formaban parte del mundo de la egiptología. Una madre afectuosa o, como en mi caso, una persona *in loco parentis,* no podía pedir más.

Observándola con atención, sin embargo, me di cuenta de que Nefret pedía más y de que no había encontrado lo que quería en ninguno de los dos. Su comportamiento con Geoffrey era más dulce que el intercambio de bromas con el vivaz joven americano, pero hay una cierta mirada… que yo no veía… y rara vez me equivoco sobre estas cosas.

Uno de los misterios se resolvió cuando Ramsés nos contó su encuentro con el líder del joven partido egipcio.

Estábamos desayunando en la cubierta de arriba, siguiendo nuestra costumbre, mientras Emerson, siguiendo la suya, se dedicaba a lanzar improperios contra el humo, el hedor y el creciente tráfico del río. Ramsés se reunió con nosotros algo más tarde. Sus ojeras eran particularmente acusadas aquella mañana así que, y aun a pesar de que permito que los jóvenes tengan un cierto grado de intimidad, me sentí obligada a preguntarle por lo que había estado haciendo.

Sería inexacto e injusto decir que Ramsés miente a menudo. Es difícil que tenga la necesidad: ya desde bien pequeño era todo un maestro en eludir respuestas, habilidad que se había afinado con el transcurrir de los años. En aquella ocasión me contestó que tenía la intención de ponernos al corriente de todo aquella misma mañana y que, si queríamos, podía hacerlo incluso en ese preciso momento. Tomando sus palabras con las habituales precauciones, le invité a que comenzara.

A pesar de que su relato tenía muchos puntos oscuros, le dejamos hablar sin interrumpirlo, yo porque sabía que era inútil hacerlo, Emerson porque todavía no se había tomado la segunda taza de café y, en consecuencia, no estaba todavía completamente despierto, y Nefret porque (según me informaron mis infalibles instintos) ya lo sabía todo.

- ¿Crees entonces que decía la verdad? -preguntó Emerson

cuando Ramsés acabó su relato-. Me tranquiliza oírlo pero me pregunto…

- ¿Usted también, profesor? -exclamó Nefret.

- La sospecha era dolorosamente inevitable -se justificó Emerson-. Sospecho que todos la compartíamos aunque no quisiéramos decirlo.

- Yo no -dije, mientras ayudaba a Ramsés con los huevos y el tocino-. No te reñiré por cansarte innecesariamente, Ramsés; si te has quedado tranquilo, el esfuerzo ha merecido la pena. Pero yo hubiera podido aconsejarte que no te molestaras.

- Supongo que se trata de otra de tus intuiciones -dedujo Emerson mientras sacaba su pipa.

- En mi caso, al menos, basada en una larga experiencia y en un profundo conocimiento de la naturaleza humana.

- ¡Bah! -dijo Emerson apacible-. Me apuesto lo que queráis a que no pensasteis que la causa nacionalista podía ser el motivo de que David necesitase dinero. Confieso que yo, al menos, no lo hice. Tengo que decir que todo esto me resulta terriblemente complicado. Kitchener está decidido a aplastar al movimiento nacionalista y Wardani es su objetivo principal. ¿Está David seriamente involucrado en el movimiento?

- No tanto como para que las autoridades sospechen de él -dijo Ramsés-. Al menos, eso creo. Espero haber convencido a Wardani para que mantenga a David al margen de todo. Puede que lo haya conseguido pero también puede ser que no.

- ¿No podrías hacer algo para que David entrara en razón? -preguntó Emerson-. A fin de cuentas, eres su mejor amigo.

- Lo he intentado ya -Ramsés no había tocado la comida. Siempre resultaba difícil saber lo que estaba pensando, al revés de lo que ocurría con lo que estaba diciendo, pero su voz tenía un grado de emoción inusual cuando volvió a hablar-: Fue un grave error por mi parte.

- ¿Por qué? -preguntó Nefret.

- Porque me comporté de forma arrogante y condescendiente. No era mi intención, pero es lo que debe de haber parecido: un afectuoso sermón, por su propio bien. Esa actitud es, precisamente, la que ofende a egipcios como David y Wardani. Y cuando se puso a hablar de Denshawai… Se ha obsesionado con ello pero, por otra

parte, ¿quién soy yo para decirle que no debería hacerlo?

Probablemente, la mayor parte de mis lectores desconocen este nombre. A pesar de que ocurrió hace tan sólo unos años y de que causó un gran revuelo, incluso en la prensa británica, el incidente fue olvidado enseguida. Nuestra memoria es muy corta cuando se trata de la injusticia que se comete con los demás, sobre todo si somos nosotros los responsables. El asunto había desacreditado gravemente a la administración británica y era motivo de vergüenza para cualquier inglés decente.

Las torres de ladrillo de los palomares son una imagen habitual del paisaje egipcio, dado que los campesinos suelen criar palomas para comérselas después. Cuando un grupo de oficiales británicos se puso a cazar estos animales en el pueblo de Denshawai, lógicamente sus habitantes se enfurecieron; como señaló un distinguido escritor británico fue como si un grupo de deportistas chinos se hubiera dedicado a disparar a los patos y a las ocas del estanque de una granja del Devonshire.

Se llegó a una tregua pero, un año después, los deportistas volvieron a Denshawai. Se encontraban a unos pocos cientos de metros del pueblo, cuando empezaron a disparar; los habitantes, encolerizados, los atacaron con piedras y palos de madera y no con pistolas, ya que carecían de ellas. Durante la lucha que siguió después, cuatro egipcios murieron a causa de los disparos y un oficial, que había sido golpeado, perdió la vida mientras huía precipitadamente en busca de ayuda. Desde un punto de vista médico, su fallecimiento se debió a una insolación y al agotamiento, mas las autoridades decidieron aprovechar el caso para dar una lección. Veintiún campesinos fueron condenados: cuatro de ellos a muerte, algunos a trabajos forzados y el resto a cincuenta latigazos.

Las ejecuciones y las flagelaciones se ejecutaron en el mismo lugar donde se habían producido los enfrentamientos, y los campesinos, incluidos los parientes de los condenados, fueron obligados a presenciarlo todo.

Emerson fue uno de los que dejó oír su voz para protestar contra el terrible asunto: mandó apasionadas cartas a los periódicos ingleses y se entrevistó personalmente con *Lord* Cromer.

Aún hoy en día, su rostro enrojece de indignación cuando lo recuerda.

- ¡Maldita sea! Hace que me entren ganas de unirme a Wardani -murmuró.

Ramsés había recuperado su compostura habitual.

- Tranquilo. Madre dice siempre que dos errores no corrigen nada, que el fin no justifica los medios, y todo lo demás; lo cierto es que las represalias sólo sirven para empeorar las cosas. En realidad, el movimiento está muerto. Y Wardani también lo estará muy pronto si averiguan su paradero y ofrece resistencia cuando intenten arrestarlo.

- Umm, sí -Emerson dio un golpe ligero a su pipa para hacer caer la ceniza-. Tal vez debería hablar con David.

- Te hará más caso a ti que a mí -admitió Ramsés.

- Lo tendremos muy ocupado para evitar que se meta en líos -dijo Nefret-. Estoy segura de que Lía querrá ayudarnos.

* * *

Con un esfuerzo considerable y obligando a mis ayudantes a hacer lo mismo, conseguí que la casa estuviera lista en un tiempo récord. Fátima estuvo dando vueltas por las habitaciones, como un pequeño tornado blanco, dirigiendo las actividades de los trabajadores que Selim nos había procurado. Todos eran amigos y conocidos de éste y de Fátima y trabajaban de modo diligente y hábil. Selim no quería estar allí; instigado y ayudado por Emerson, quien compartía su deseo, inventaba continuamente excusas para poder ausentarse. Nefret me ayudó poco, Ramsés nada, Daoud y su mujer Kadija, en cambio, mucho, mientras que Maude Reynolds, quien se dejaba caer por allí todas las mañanas ofreciendo su colaboración, no hizo sino entrometerse. Tan pronto como descubrió que Ramsés no estaba allí (no solía estar nunca), desapareció y no la volvimos a ver.

Un ala de la casa estuvo muy pronto lista para ser ocupada. Los suelos de baldosas relucían, las paredes encaladas brillaban e incluso habíamos persuadido a los insectos y roedores para que se buscaran otro alojamiento, mientras Fátima, muy ocupada, seguía cosiendo los dobladillos de las cortinas. Nos trasladamos un jueves y el viernes, día de reposo para los musulmanes, decidí que yo también me había merecido unas breves vacaciones. Los demás habían pasado en Zawaiet el'Aryan casi todo el tiempo (siempre que conseguían librarse de mí, para ser más exacta). Por si fuera poco,

luego, por la noche, me veía obligada a escuchar las entusiastas descripciones que hacía Emerson de las actividades que estaban llevando a cabo.

Me dirigí hacia el nuevo estudio de Emerson para anunciarle que me uniría a ellos aquel día, imaginando el placer que la noticia le procuraría. A pesar de que le había dejado unas estanterías para que fuera colocando los libros, éstos se encontraban todavía en las cajas, las estanterías seguían vacías y no había señales de vida de mi marido.

Después de buscar por toda la casa y de descubrir que los demás se habían marchado también, me encaminé hacia el establo. Buena parte de esta construcción estaba ya ocupada por lo que Ramsés llamaba la colección de fieras de Nefret, quien recogía animales abandonados y heridos del mismo modo en que cualquier otra joven coleccionaría joyas. En menos de una semana se había hecho con un perro amarillo, grande y nada elegante, con una gacela huérfana y con un halcón con el ala rota, que debía de ser puesto de nuevo en libertad apenas se hubiera curado, siempre y cuando no se hubiese encariñado tanto con Nefret que se negase a partir. Les sucedía a muchas de estas criaturas. El perro, uno de los especímenes de la raza canina menos atractivo que había visto nunca, tuvo que ser encerrado en el cobertizo cuando ella dejó la casa para impedir que la siguiera. Lo que íbamos a hacer con la gacela era algo que no podía imaginar.

El día anterior, Selim había traído los caballos de Atiyah pero, tal y como había pensado, los ejemplares árabes no estaban en el establo. Quedaba tan sólo uno de los animales alquilados, una yegua baya y asustadiza que permanecía junto a su pesebre y que me miró con ojo crítico cuando pedí a Mohammed que la ensillara. Éste también parecía dudar: «El Padre de las Maldiciones me dijo…».

- No me importa lo que te haya dicho. Se han ido a Zawaiet el'Aryan, ¿no es así? Bueno, pues ahí es donde voy a ir yo también. Por favor, haz lo que te he dicho.

- Pero, *Sitt Hakim,* el Padre de las Maldiciones me dijo que no debía dejarla ir sola.

- Tonterías. ¿Crees acaso que me puedo perder? Conozco cada palmo de esta tierra, de Abu Roash a Giza, de Sakkara a Abusir.

A pesar de que tiendo a exagerar un poco cuando hablo árabe, costumbre que Emerson me ha contagiado, lo que dije era más o menos cierto.

Mohammed sacudió la cabeza con tristeza. Sabía que Emerson le echaría un sermón si no me acompañaba, y que yo lo regañaría si insistía en hacerlo. El sermón estaba lejos, la regañina no: su decisión no me sorprendió.

- Al menos coja su sombrilla, *Sitt*.

Al pronunciar la palabra con acento inglés, me sonó de un modo extraño. Mi sombrilla había llegado a ser considerado una auténtica arma con poderes mágicos. En realidad, se trata de la herramienta más útil para cualquier eventualidad que uno pueda imaginar ya que, junto al efecto psicológico, puede servir como bastón para caminar, como quitasol y, dado que mis sombrillas están hechas con varillas de acero muy resistentes y con puntas muy afiladas, como arma. Aseguré a Mohammed que me iría convenientemente armada.

En ese momento oí un profundo gruñido y vi brillar en la oscuridad dos esferas verdes. Era normal que el pobre caballo estuviera nervioso. *Horus* debía de haber permanecido allí todo el tiempo, desconcertándolo con su insistente mirada y con su imitación del león.

- Luego hablaré *contigo* -hice saber al gato mientras sacaba a mi corcel fuera del establo antes de montarlo.

Era una mañana preciosa, clara y tranquila; un día perfecto para las pirámides. La irritación no es buena para el estilo literario; frases como «trabajé hasta caer extenuado» o «sacrifiqué mis propios deseos por el bien de los demás» dominaban mis pensamientos. No obstante, no soy el tipo de persona que permite que el dolor arruine el placer. Cuando encontrara a mi errante familia, les expresaría mis sentimientos con unas pocas, pero bien escogidas, palabras; hasta entonces, quería disfrutar tanto del momento presente como de los venideros.

Si hubiera sido el tipo de persona a la que le gusta hurgar en sus heridas, habría encontrado un motivo adicional de resentimiento en lo que había estado sucediendo en las excavaciones durante mi forzosa (deber obliga) ausencia. Después de nuestra primera visita había estado buscando los informes del señor Barsanti, que había visto por última vez en manos de Ramsés. No estaban ni en las

estanterías del salón, ni en el piso de arriba, ni en la mesa de trabajo que tenía Ramsés en su habitación. Finalmente los encontré bajo una silla del salón y me senté allí mismo para leerlos enseguida, antes de que alguien se los llevara y se perdieran otra vez.

La sinceridad me obliga a confesar que la pirámide parecía mucho más interesante de lo que había creído. Tal y como Emerson había dicho, con esa curiosa manera que tiene de hacerlo, si hay algo que me fascina de verdad es el interior de las pirámides; tal vez porque me recuerda mis fantasías infantiles sobre cuevas, pasajes subterráneos, criptas y tesoros enterrados. Él puede especular cuanto quiera sobre métodos de construcción, piedra caliza fosilífera, ángulos de inclinación y modos de disponer los ladrillos; yo, por mi parte, me pasaría los días dentro de largas, oscuras y complicadas infraestructuras. Ésta parecía ser una interesante y estaba segura de que el señor Barsanti no la había explorado como se merecía.

Antes de que hubiera podido avanzar apenas una milla me encontré, para mi sorpresa, con Geoffrey Godwin, que deambulaba por allí con las manos metidas en los bolsillos.

- Vaya, señora Emerson -exclamó quitándose su salacot-. ¡Qué inesperado placer!

- ¿De verdad?

Una tímida sonrisa se dibujó en su cara.

- Realmente un placer inesperado; aunque no del todo. Estuve con los demás hace un rato. Me dijeron que se dirigían hacia Zawaiet el'Aryan y que era probable que usted los siguiera tan pronto como…

- Descubriera que se habían marchado sin mí -acabé-. Imagino que fue Emerson el que lo dijo. Fue bastante correcto. Voy hacia allí ahora, señor Godwin.

- ¿Sola?

- Sí, ¿por qué no?

- Por ninguna razón en concreto -dijo con rapidez-. Sólo que su yegua parece un poco nerviosa.

- Puedo manejarla -le aseguré en tanto que cogía las riendas con mayor firmeza para evitar que la miserable bestia diera una coz a un burro que pasaba por allí en aquel momento.

- Por supuesto, señora Emerson, pero escuche, estoy pasando unos días con Jack y Maude; él está ahora trabajando en su artículo y ella se ha ido a El Cairo, así que puedo pedir prestado uno de sus caballos y regresar con usted en unos minutos.

- Muy amable por su parte, aunque no hace falta -le aseguré-. No soy una turista.

Dando unos pasos hacia detrás, sonrió y se encogió de hombros.

- Supongo que tiene la intención de pasar por las pirámides.

- Puede que me detenga un momento a hablar con Karl von Bork. Hoy debería estar allí, ¿no es así?

- Sí señora. La temporada del señor Junker empieza antes que la nuestra. Si usted está segura…

Mi despedida fue un tanto brusca; parecía deseoso de seguir hablando durante horas pero yo tenía prisa.

Karl estaba, de hecho, trabajando en una de las mastabas del Gran Cementerio del Oeste, una de las secciones que habían sido asignadas a los alemanes; aunque, para ser más exacta, debería decir «los austríacos». El señor Steindorff, el investigador original, había sido reemplazado por el señor Junker, de la Universidad de Viena. Ese día no estaba allí; fue Karl el que salió inesperadamente de la zona acotada con una alegre sonrisa y se ofreció a mostrarme la tumba. A pesar de que la cosa me tentaba (el enterramiento parecía ser de gran interés), decliné su invitación y le expliqué que me dirigía hacia nuestro emplazamiento y que lo que en realidad me había llevado hasta allí era invitarle, a cenar aquella noche. Karl aceptó sin inconvenientes y se ofreció a acompañarme insistiendo tanto sobre ello, que me vi forzada a despedirme de él con la misma brusquedad que había empleado con Geoffrey.

«¡Qué hombres!», pensé. «Parece como si una fuera incapaz de defenderse sola.»

Mi humor mejoraba a medida que avanzaba, siguiendo el sendero débilmente trazado que atravesaba el altiplano. ¡Soledad y sol, viento arenoso y silencio! ¡El cielo azul y vacío por encima, la tierra estéril y blanqueada por la luz a mis pies! Al recordar la preocupación de mis dos amigos me eché a reír. Aquél era mi hogar espiritual, la vida que amaba. Era imposible que me perdiera.

La yegua se había calmado y no me estaba resultando muy difícil controlarla; hasta que alguien empezó a disparar sobre

nosotros.

El primer disparo hizo que el animal se asustara y se echase a temblar; con el segundo, que golpeó en el suelo justo delante de nosotros, se encabritó. Yo no me caí, sino que desmonté, aunque he de admitir que me di prisa en hacerlo. Cuando alguien dispara sobre uno lo único que se desea es poder ponerse a cubierto.

Tendida detrás de unas rocas miré la nube de polvo, que había dejado tras de sí mi desleal corcel al huir, y me puse a pensar sobre lo que debería hacer a continuación. ¿Qué hacer, qué hacer? Había recorrido ya más de la mitad del trayecto y estaba, según podía calcular, a menos de una milla de mi destino, lo que no dejaba de ser un simple paseo para una mujer en buena forma como yo; el problema era que una figura vertical resultaría un blanco demasiado apetecible y yo no estaba dispuesta a arrastrarme el resto del camino. Quedarme donde estaba era, quizás, la alternativa más segura. El único inconveniente era que no había modo de saber durante cuánto tiempo tendría que permanecer allí antes de que alguien pasara por aquel lugar o que mi invisible adversario se decidiera a abandonar la caza. Unas cuantas horas bajo los ardientes rayos de la esfera solar y me cocería como un ladrillo secado al sol. Una vez metido en sus excavaciones, Emerson era capaz de quedarse allí todo el día y, además, cabía también la posibilidad de que se decidiera a volver a casa siguiendo el camino que bordeaba el río, en lugar del sendero a través del desierto.

Era inútil seguir dándole vueltas. A menos que pudiera luchar a brazo partido con aquel individuo, mi paraguas y mi cuchillo no me servían para nada. Quedaba, no obstante, mi pequeña pistola.

Levanté la cabeza y estudié mi posición.

Tras de mí, las siluetas de las pirámides de Giza se recortaban contra el cielo. A pesar de que, debido a mi falta de elevación, no pudiera verlo en aquel momento, sabía que el río se encontraba algo más abajo a mi izquierda. De hecho, no podía ver nada que no fuera el típico paisaje de la meseta: arena salpicada de guijarros y montones de áridas piedras. Tras uno de aquellos montones debía de estar escondido mi adversario. El sol estaba alto. Era más tarde de lo que había pensado. ¡Era hora de empezar a hacer algo!

Saqué la pistola del bolsillo y me quité el salacot, que coloqué sobre la punta de mi sombrilla multiuso, y lo alcé con cuidado. El

resultado fue alentador. Me senté sin perder tiempo y disparé hacia el lugar de donde (en mi opinión) había partido la bala. Estaba a punto de tumbarme de nuevo para esquivar la posible respuesta a mi disparo, cuando vi que un jinete a caballo se acercaba galopando hacia mí desde Giza. ¡Qué audacia mostró! Era un blanco perfecto o, al menos, lo hubiera sido si no se hubiera movido con tanta rapidez. Por esa razón no le había alcanzado mi primer disparo y también por eso, afortunadamente, pudo acercarse a mí lo suficiente como para que lo pudiera reconocer antes de disparar por segunda vez. Al verme, tiró de las riendas de su caballo, saltó de la silla y, precipitándose sobre mí, me arrojó al suelo. Era más fuerte de lo que su delgadez me había hecho esperar; el peso de su cuerpo se dejaba sentir sobre el mío.

- La verdad, señor Godwin -comenté, casi sin poder respirar-. Su ímpetu me desconcierta.

- Le pido perdón, señora -al decir esto se sonrojó y se movió un poco para colocar su cuerpo en una posición algo menos íntima que la anterior pero que siguiera impidiendo eficazmente que me moviera-. ¿Me he equivocado? Pensé que esos tiros iban dirigidos a usted.

- Yo también lo creo. Agradezco su valeroso intento de servirme de escudo, señor Godwin, pero debe de haber casi una docena de afiladas piedras presionando contra mi espalda. Espero que el tipo se haya ido ya.

Una rápida descarga de explosiones me interrumpió. Era obvio que el sonido, distorsionado y amortiguado, llegaba a nosotros desde una distancia considerable, pero los impulsos caballerescos del señor Godwin superaron su sentido común. Con un grito de alarma me aplastó de nuevo contra el suelo.

- ¡Maldita sea! -dije, intentando respirar-. El muy canalla se retira con rapidez, se lo dije; oigo el ruido de unos cascos… ¡Oh, Dios mío! Levántese, señor Godwin, antes de que algo realmente espantoso suceda.

Por desgracia, el aviso llegó demasiado tarde. El ruido de cascos se acercaba en lugar de alejarse; se detuvo y sobre el hombro del señor Godwin asomó un rostro con una horrible mueca, mostrando los dientes, con las mejillas oscurecidas por la cólera y los ojos lanzando chispas. El señor Godwin cambió la posición horizontal

por la vertical a gran velocidad.

- ¡No, Emerson! -chillé-. ¡No le golpees! Estás en un error.

- ¿De verdad? -sosteniendo al pobre joven por el cuello, Emerson detuvo el golpe que había estado a punto de propinarle. Permaneció, sin embargo, con el puño cerrado.

- El señor Godwin me estaba protegiendo, no me atacaba -me puse de pie. Otros jinetes se acercaban. Emerson, montando a *Risha*, les había tomado la delantera.

- Ah -dijo Emerson-. Le pido perdón, Godwin.

- Suéltalo ya, Emerson -le sugerí.

Emerson me obedeció. El joven se llevó la mano al cuello y sonrió valerosamente.

- No se preocupe, señor. No le culpo por haberse llevado una impresión equivocada. Alguien disparaba a la señora Emerson y yo…

- Sí, sí. Nosotros también oímos los tiros y vinimos a investigar. Creo que iban dirigidos a mi mujer. Suelen dispararle con una cierta frecuencia.

Los demás habían llegado hasta nosotros: Nefret sobre *Moonlight* y Ramsés montando la yegua de David, *Asfur*. Nefret desmontó y corrió hacia mí. Al verla, el señor Godwin recordó sus buenos modales y, disculpándose, se quitó el salacot.

- No te preocupes, Nefret. Estoy ilesa -le aseguré, mientras ella pasaba con ansiedad sus manos por mi cuerpo-. El señor Godwin, en cambio, parece herido. ¿No es acaso sangre lo que hay en su ceja?

- ¿Sangre? -al decir esto se llevó la mano a la ceja-. Ah, sí, ahora recuerdo; no llevaba puesto el sombrero mientras me dirigía hacía aquí a toda prisa. Supongo que usted vio al individuo, señora Emerson: un nativo con una barba negra y con aspecto sospechoso. Iba a caballo; lo noté cuando usted se detuvo a hablar conmigo y pensé que era extraño que se quedara allí parado todo el tiempo, y que luego la siguiese cuando usted se puso en marcha de nuevo. No me gustaron ni su mirada ni el modo en que la observaba…

A pesar de que Emerson intentó cogerlo cuando empezaba a tambalearse, acabó desmayándose en los brazos de Nefret. Su peso la hizo descender lenta, pero inexorablemente hacia el suelo, donde la joven le puso la cabeza en su regazo.

Ramsés no había desmontado, arrellanado en su silla,

contemplaba la escena con los labios ligeramente curvados.

- ¡Qué hermoso! -comentó.

- Vete al infierno, Ramsés -dijo Nefret.

El desmayo de Geoffrey duró apenas unos segundos. Ruborizado, se separó de los brazos de Nefret y le aseguró que su herida no era grave. Eso parecía; el arañazo que le había hecho un corte en el cuero cabelludo no era profundo. Sin embargo, insistí en que volviéramos a casa para poderlo limpiar adecuadamente. Mi caballo debía de haber desaparecido en la *Ewigkeit,* donde, por lo que a mí respecta, podía quedarse para siempre aquella condenada bestia; Emerson me hizo montar con él sobre *Risha* y dejamos que fueran los jóvenes los que abrieran la comitiva.

- ¿Qué es lo que has estado haciendo hasta ahora? -me preguntó mi marido.

- No entiendo lo que quieres decir, Emerson.

- Sí, sí que lo sabes. ¿Qué es lo que has dicho y a quién, para provocar una acción como ésta?

- Nada, te lo aseguro.

- ¿Ninguna insinuación velada? ¿Ninguna amenaza lanzada al azar?

- No, Emerson, de verdad. Al menos, no lo creo.

- Supongo que instigar un ataque puede ser una manera de identificar a un enemigo -dijo Emerson distraído-. Sin embargo, no es una de las que apruebo, Peabody.

- La verdad, Emerson, no te entiendo. Nuestras investigaciones han resultado ser un singular (vergonzoso, se podría decir) fracaso. Los únicos aspectos alentadores de este ataque…

- Sabía que encontrarías uno.

- Bueno, pero es que significa que el falsificador está aquí: ¡en Egipto, en El Cairo, tal vez en Giza! El disfraz que llevaba esta mañana era el mismo que usó antes en Europa.

- ¿Incluyendo la astuta mirada y la apariencia siniestra?

- No seas sarcástico, Emerson. Puede que Geoffrey haya exagerado un poco después del suceso; es un joven sensible e imaginativo. Fue el comportamiento de aquel hombre lo que provocó sus sospechas.

- Mmm -dijo Emerson-. ¡Quién sabe!

DEL MANUSCRITO H:

El viejo faquir deambulaba lentamente por las estrechas callejuelas del *suk*. Nefret le lanzó tan sólo una rápida mirada; a todas luces se trataba de un miembro de una de las órdenes de los derviches, un poco más alto y bastante más sucio que la mayoría de ellos. Daoud, quien se había mostrado orgulloso de poder escoltarla aquella noche, la apartó para que dejara pasar a un vendedor que llevaba en equilibrio una enorme bandeja de pan y le indicó la puerta abierta de una de las tiendas. Tenía estantes llenos de babuchas de todas clases y tamaños expuestos fuera; Nefret no se detuvo a inspeccionarlas, sino que entró en la pequeña habitación a cuya puerta se inclinaba y sonreía el comerciante. Cuando algo más tarde salió de la tienda, el viejo faquir se encontraba rodeado por un grupo de jóvenes gamberros que lo insultaban y se reían de él. Indignado, Daoud se dirigió hacia ellos. El faquir, sin embargo, no parecía necesitar su ayuda: de hecho, había empezado a dar golpes a diestro y siniestro con su gran bastón mientras lanzaba improperios con gran fluidez. Sus jóvenes atacantes se dispersaron y el faquir se sentó en medio del camino, refunfuñando entre dientes y babeando. No llevaba turbante; unas largas y desordenadas trenzas de pelo grisáceo caían sobre su rostro.

- No son buenos chicos -dijo Daoud en tono reprobatorio-. Es un hombre muy santo.

- Pero quizás no muy inteligente, ¿no? -sugirió con delicadeza Nefret.

- Su mente está en el cielo y sólo su cuerpo permanece en la tierra.

- Dios será bondadoso con él -murmuró Nefret. Algo en aquella extraña figura parecía interesarle. Se acercó a él con cautela-. Un atuendo de harapos bastante sugestivo. Una prenda de vestir hecha con jirones y retales, ¿o más bien un abrigo multicolor?

- Su nombre es *dilk* -dijo el poco imaginativo Daoud.

- Umm. ¡Uy!, casi lo olvido; vuelve a la tienda, por favor, y dile al señor el-Asmar que quiero otro par de babuchas iguales a las que le encargué pero negras y mucho más pequeñas -midió la distancia con los dedos-. Son para Lía, sus pies son más pequeños que los míos.

La cara de Daoud se ensanchó con una sonrisa.

- ¡Ah! Es una buena idea. Cuando regresen organizaremos una

gran fantasía, con regalos, música y muchas cosas para comer.

- Así haremos -Nefret le cogió del brazo con afecto-. Te espero aquí.

Cuando su enorme figura se introdujo por la puerta de la tienda, Nefret buscó en su bolso, sacando de él una cuantas monedas. Haciéndolas sonar en la mano se acercó al faquir, quien se había dejado caer, convirtiéndose en una masa informe, con el pelo sobre la cara.

- Si éste es el olor de santidad, prefiero la condenación eterna -dijo Nefret en voz baja-. ¿Por qué tus disfraces han de ser tan repugnantes?

- La inmundicia mantiene a las personas molestas a una cierta distancia -fue la escueta y audible respuesta-. No hace falta que te diga que tú no eres una de ellas. *Ruhi min hma,ya bint Shaitan* (Aléjate de aquí, hija de Satanás).

No se atrevió a alzar la vista, pero pudo oír su risa ahogada y su respuesta algo más fuerte: «¡Qué grosero!». Nefret dejó caer unas monedas a sus pies y se marchó.

A través de la espesa maraña de pelo, Ramsés vio cómo Daoud salía de la tienda. Ninguno de ellos miraba hacia él pero, aun así, esperó a que se hubieran alejado unos cuantos metros antes de ponerse en pie y seguirlos.

- Umm -dije, cuando Nefret acabó de describir el disfraz de Ramsés-. ¡Caramba!, muy pintoresco. ¿Por qué seguiste a Daoud y Nefret? Él es lo bastante grande y fiel como para protegerla.

Arrellanado en el diván, con los pies sobre el borde de la fuente, mi hijo replicó:

- Daría gustoso su vida por ella, pero en el momento en el que un suceso tan desagradable se produjese podría ser ya demasiado tarde para ella. Después de lo que te sucedió a ti esta mañana, cualquier precaución es poca.

- No necesito que me protejan -dijo Nefret, como era de esperar-. Tengo mi cuchillo.

Disfrutábamos por primera vez de los placeres del patio de nuestra nueva morada. Al contemplarlo, comprobé que había llevado a cabo un buen trabajo y ello me llenó de satisfacción.

Canapés y sillas de mimbre, mesas pequeñas y cojines habían sido dispuestos alrededor de la fuente, donde el chorro de agua caía con musical tintineo. Las plantas que Geoffrey había traído le daban el toque final; seleccionadas con el gusto de un artista y plantadas con amor, habían convertido un sencillo patio en un auténtico jardín. Las macetas con naranjos y limoneros, hibiscos y rosas, eran artesanía local; sus líneas simples y sus superficies brillantes y delicadas entonaban perfectamente con el ambiente y constituían una auténtica reminiscencia de sus antiguos homólogos. Algunos estilos de cerámica no han cambiado durante miles de años sus rasgos generales.

- Mi aventura de hoy tiene, por lo menos, un aspecto positivo -remarqué-. Si a alguno de vosotros le quedaba alguna duda sobre la culpabilidad de David, imagino que esto las habrá disipado.

- Estás dando por sentado que el ataque está relacionado con el otro asunto -dijo Emerson. La lámpara sobre la mesa cercana a él iluminaba su expresión ceñuda.

- Sería demasiada casualidad que no guardasen relación alguna -dijo Ramsés.

- En absoluto. Tu madre anda siempre metiéndose en situaciones desagradables. Es como si las fuera buscando. Las atrae. Disfruta con ellas.

- ¡Tonterías! -exclamé.

- De todas formas -dijo Ramsés mientras Nefret se tapaba la cara con las manos para ocultar la risa-, sólo hay dos posibilidades. O el reciente… incidente ocurrido a nuestra madre no tiene nada que ver con las averiguaciones que hemos estado haciendo hasta ahora o, por el contrario, está directamente relacionado con ellas. La segunda posibilidad es la más probable. Nuestra madre no puede tener *tantos* enemigos al acecho. Al menos… ¿Los tiene, madre?

- Umm -dije-. Déjame pensar. No, la verdad es que no. Alberto murió hace ya unos años, de un modo bastante pacífico, según me dijo su compañero de celda y no parece probable que Matilda…

- No sigas con la lista, nos llevaría demasiado tiempo -dijo Emerson-. Aceptaremos la segunda teoría como hipótesis de trabajo. ¿Tienes algo más que añadir, Ramsés?

Era una pregunta absurda: Ramsés siempre tenía algo que añadir.

- Sí, padre. De esa segunda alternativa se pueden derivar toda una serie de suposiciones nada descabelladas. Primero, el hombre que buscamos se encuentra en la zona de El Cairo. Segundo, ha decidido que nosotros, o nuestra madre, suponemos un peligro para él. Tercero, se trata de un asunto mucho más complicado de lo que nos habíamos imaginado en un principio, con mucho más en juego que un simple beneficio económico. Conocemos un buen número de falsificadores y de traficantes de antigüedades robadas. ¿Cuántos de ellos llegarían a cometer asesinato para evitar que se les desenmascarase?

- Varios -contestó Emerson malhumorado-. En particular… Cierra la boca, Peabody, y no hables de ese modo. Ya te he dicho que no creo que se trate de Sethos en esta ocasión. Estaba pensando en el bribón de Ricetti.

- Está en la cárcel desde el asunto del hipopótamo -señalé-. Si hubiera salido nos habríamos enterado.

- El premio, en aquella ocasión, era una tumba real en la que todavía no habían entrado los ladrones -dijo Ramsés-. Ese tipo de cosas provoca en los criminales una actividad desmesurada.

Los ojos de Nefret destellaban.

- No estarás diciendo…

- No se puede tener tanta suerte dos veces en la vida -dijo Emerson y suspiró-. Me temo que, en este caso, se trata de un vulgar caso de fraude.

- La palabra «vulgar» no es la más apropiada, padre -dijo Ramsés.

- No -convino Emerson-. Las falsificaciones no son, en modo alguno, una cosa corriente. La verdad es que no siento mucha simpatía hacia los compradores; se merecen que les estafen. No deberían de comprar antigüedades y punto. Si no fuera porque está en juego la reputación de David, estaría tentado de dejar escapar a ese individuo sin más.

Inclinándose hacia delante con las manos apretadas, Ramsés dijo con una pasión poco frecuente en él:

- Creo que ya es hora de que dejemos de ser tan delicados con los sentimientos de David y con su reputación. Incluso en el caso de que nos pudiéramos permitir ese lujo, cosa que no creo posible, resulta maldita y condenadamente estúpido.

- No… -empecé.

- Digas palabrotas -dijo Ramsés entre dientes-. Perdone, madre. ¿No se da cuenta de que David acabará por enterarse antes o después? El rumor se extenderá, como sucede siempre. Los coleccionistas se comunican entre sí, los comerciantes se ponen en contacto con sus clientes más apreciados. Dios sabe cuántas falsificaciones habrá todavía en las tiendas de antigüedades; tan sólo hemos localizado una pequeña parte de ellas. Me sorprende que alguno de nuestros conocidos no haya mencionado antes la «colección» de Abdullah. Creedme, David no nos agradecerá que no se lo hayamos contado. Es una maldita, y perdone, madre, excusa.

El silencio que vino a continuación tuvo el valor de un acuerdo tácito. Era evidente que no había sido el único en llegar a esa triste conclusión. Yo, al menos, ya lo había hecho.

- Has escrito a David, ¿no es así? -le pregunté.

- De vez en cuando aunque, de todos modos, no tan a menudo como Nefret escribe a Lía.

- A los hombres no les gusta cartearse -dijo Nefret con desdén-. Yo no le he dicho nada a Lía. Espero que no esté insinuando que le hemos contado todo a David en una carta, tía Amelia. La idea no me gusta nada.

- No estoy insinuando nada. Me preguntaba, únicamente, si David no habría dejado entrever en sus cartas que está al corriente de lo sucedido.

- A mí no me ha dicho nada que pueda hacer pensar en una cosa así -dijo Ramsés-. ¿Nefret?

- Lía me lo hubiera dicho -respondió Nefret categórica.

- Entonces, ¿qué creéis que debemos hacer? -preguntó Emerson-. Demonio, Ramsés, es muy fácil decir que tenemos que cambiar nuestra estrategia pero, a menos que se te haya ocurrido algo útil…

- Sugiero que nos dejemos de secretos, si se me permite expresarlo así -dijo Ramsés-. Tenemos que poner al corriente a Daoud y Selim. Si no hemos conseguido arreglar el asunto antes de que David y Lía estén de vuelta, tendremos que contárselo todo a él. Podríamos, asimismo, pedir consejo al señor Vandergelt. Su relación con el mundo de los coleccionistas y de los comerciantes legales es mucho más estrecha que la nuestra y, con toda probabilidad, ni tan siquiera nuestra ma… nadie sospecharía que él pudiera comerciar

con objetos falsos.

- No te preocupes, Ramsés -dije-. No me ofende que se me atribuya un cierto escepticismo realista. Creo que has tenido una buena idea. Katherine y Cyrus están fuera de toda sospecha y podemos contar con su discreción. Dado que pasarán las Navidades con nosotros y que no queda ya mucho tiempo para que éstas lleguen, sugiero que organicemos un auténtico consejo de guerra y que se lo digamos a Selim y a Daoud al mismo tiempo.

Fátima entró al trote para anunciar que la cena estaba lista; todos nos levantamos de nuestras sillas excepto Nefret, quien tuvo que quitarse a *Horus* de encima, una garra detrás de otra, antes de poderse mover.

- Asunto concluido, entonces -dijo Emerson-. Intenta tan sólo no meterte en líos hasta que llegue el momento, ¿de acuerdo, Peabody?

- No sé por qué me adviertes sólo a mí, Emerson, cuando todos nosotros deberíamos tener cuidado.

- Umm -dijo Emerson-. Se acabaron las visitas al *suk,* ¿está claro?

- ¿Por qué al *suk* -pregunté-. No fue en el *suk* donde me atacaron. Lo único que quieres es que no salga de tiendas. Todavía no he comprado los regalos de Navidad y hay…

- ¡Basta! -exclamó Emerson, cogiéndose el pelo-. Si tienes que ir iré contigo, y Ramsés, de una repugnante manera u otra, y Daoud y el resto de la banda. Deja de discutir y ven a cenar.

- Nuestro invitado todavía no ha llegado, Emerson.

- ¿Invitado, qué invitado? Al demonio con él, Peabody.

- Karl -dije, interrumpiendo las lamentaciones de Emerson con la habilidad que sólo puede dar una larga práctica-. Le invité esta mañana. Estará al caer.

- Visto que ahora nos ha dado por confiar en todos, ¿también le vas a contar a von Bork lo de las falsificaciones? -inquirió Emerson.

- He pensado que podría dejar caer el tema como si nada -admití-. Sólo para observar su reacción.

- Ah, vaya, eso soluciona el problema -dijo Emerson-. Cuando pronuncies esa palabra dejará caer su tenedor, empalidecerá y lo confesará todo.

Si Karl hubiera sido culpable, no me habría sorprendido que se comportase así. Para ser un buen criminal, era demasiado tímido y

sentía hacía mí un exagerado miedo reverencial. No obstante, ya fuera porque era en verdad inocente, o porque su carácter se había endurecido con el pasar del tiempo, cuando saqué la cuestión en la conversación no pude observar en él ninguna de las reacciones que Emerson había descrito. Sí que estaba, sin embargo, interesado en la cuestión, y nos dio una larga charla sobre algunos de los falsificadores que había conocido y sobre los métodos que empleaban.

Después de que se hubiera despedido de nosotros, nos reunimos junto a la fuente para bebemos la última taza de café; Emerson hizo notar con sarcasmo:

- Aquí se acaba tu última treta que, por otra parte, no parece haber funcionado demasiado bien, ¿o acaso crees que sí?

- Oh, Emerson, no seas estúpido. Ni por un momento se me pasó por la cabeza que Karl se fuera a echar a llorar y lo confesara todo. De todos modos, he de reconocer que sabe mucho sobre antigüedades falsas, ¿no?

* * *

Al ver que se aproximaban la llegada de nuestros huéspedes y las inevitables actividades sociales de la temporada, Emerson estaba decidido a hacernos trabajar todo lo posible. Cuando le dije que no había terminado con mis compras, trataba tan sólo de burlarme un poco de él. Buena parte de las compras estaban ya hechas, así que sentía de nuevo subir hasta mi pecho la fiebre por la arqueología. Con el corazón palpitante y el ánimo encendido por la esperanza me encontré finalmente una mañana ante la escalera recién puesta al descubierto y me dispuse a bajar a la infraestructura de la pirámide.

Emerson se negó a permitirlo.

- ¡Maldita sea, Peabody! -empezó, aunque tardó bastante en acabar cuanto tenía que decir.

La audiencia era considerable: Nefret y Ramsés estaban allí, por supuesto, y también nuestros hombres. Poco después llegaron también Maude y Jack Reynolds.

No era sorprendente ver a Jack por allí ya que en los últimos tiempos se había convertido en un asiduo visitante: venía a vernos prácticamente a diario y había demostrado ser, según Emerson reconocía de mala gana, de gran ayuda. Tampoco me sorprendió ver a Maude quien, en cambio, se estaba convirtiendo en una

auténtica molestia, al menos para mí. Si Ramsés sentía lo mismo era algo que no podía asegurar. No parecía darle muchos ánimos, pero siempre ha sido difícil saber lo que piensa Ramsés, mucho más aún lo que puede estar haciendo.

Sonriente, Maude se acercó a Ramsés y Nefret, quienes se habían mantenido a una discreta distancia mientras Emerson y yo hablábamos. Selim había hecho lo mismo y, en ese momento, canturreaba en voz baja a la vez que arrastraba los pies. El ritmo me resultaba familiar: un dos tres, un dos tres…

Jack no fue tan discreto como Selim.

- Vaya, amigos, ¿discutiendo de nuevo? -inquirió con una amplia sonrisa que dejaba sus dientes al descubierto.

- No estamos discutiendo -le expliqué.

- Sí, sí que lo estamos -dijo Emerson-. Y yo debería hacerlo mejor. Siempre se sale con la suya. Está bien, Peabody, puedes venir conmigo esta vez pero debes tratar de controlarte y no empujarme dentro del pozo o pisarme para pasar delante.

- Mira que te gusta tomarme el pelo, Emerson… -dije.

Jack me miró boquiabierto, enseñándome aún más sus dientes.

- Pero señora Emerson, ¿para qué quiere ir hasta allí bajo? El lugar está completamente vacío, oscuro, sucio y cerrado.

No me molesté en contestar a una observación tan necia, sino que me dispuse simplemente a seguir a Emerson, quien había empezado a bajar por las escaleras.

Esta palabra puede causar en el lector una impresión equivocada: los escalones estaban tan gastados y rotos que, más que una escalera, parecía una rampa, con una pendiente tan pronunciada, además, que cualquier avance podía resultar peligroso. Después de un cierto tiempo, el pasadizo entraba en la roca y la cuesta se hacía menos escarpada. No era un pasadizo muy largo, un poco más de treinta metros, pero la oscuridad que pronto nos envolvió hizo que nos pareciera mucho más de lo que realmente era. Me pregunté qué haría Emerson con la luz. Las velas que llevábamos eran las adecuadas para el limitado espacio del pasaje pero no era seguro que pudiéramos mantenerlas encendidas en un aire tan enrarecido como el de las zonas que se encontraban algo más abajo.

Y no es que hubiera mucho que ver precisamente. Los muros

eran regulares pero su superficie no era uniforme y no estaban enlucidos y, por si fuera poco, en el techo se podían ver algunas grietas. No era una buena señal; la roca era de mala calidad y en esos casos existe siempre el peligro de que se produzca un derrumbamiento. Este, sin embargo, no parecía probable por el momento; o, al menos, eso me dije a mí misma. Emerson se detuvo y alargó su brazo.

- Despacio -me dijo y su profunda voz retumbó en sepulcrales ecos-. Muy despacio, por favor, querida.

Su advertencia era innecesaria. Nunca me apresuro cuando me encuentro en el interior de una pirámide, y hubiera seguido sin hacerlo aunque no hubiera sabido que había un profundo pozo en la pirámide en la que nos encontrábamos en ese momento. De todos modos, habría estado atenta ante la posibilidad de que existiera una cosa así, dado que los que construyeron los monumentos solían colocar este tipo de trampas con la esperanza de frustrar las incursiones de los «ladrones de tumbas».

El musculoso brazo de Emerson constituía una barrera tan efectiva como un pasamano de acero. Se había detenido a unos cuantos metros del pozo. Por encima de nosotros, una abertura cuadrada se extendía hacia arriba, en medio de la más absoluta oscuridad. Sobre parte de la prolongación inferior del pozo se había tendido un puente con unos sólidos tablones. En la pared izquierda del mismo vi otra oscura abertura.

- El pasaje sigue por ahí -dijo Emerson, indicando la abertura lateral-. He echado ya un rápido vistazo…

- ¡Vaya, Emerson! Sabías perfectamente que estaba deseando explorar esta infraestructura. Podías haberme esperado.

Emerson soltó una risita que, en aquellas oscuras profundidades, resultó misteriosa.

- Tienes menos sentido común que un niño -dijo con cariño-. Mira hacia arriba, Peabody.

Me cogió por la cintura y me ayudó a colocarme sobre el tablón que atravesaba el pozo.

No había mucho que ver en el vacío que se abría sobre nuestras cabezas, incluso cuando Emerson levantó su vela a la altura del brazo. En ese momento descubrí una tosca escala apoyada contra el muro.

- ¿Has subido por ahí? -le pregunté.

- Selim me la sostuvo para que pudiera hacerlo -contestó Emerson con calma-. No recomiendo la subida, sin embargo. Hay una entrada a otro pasaje unos diez pies más arriba; da la impresión de que nunca se terminó. En lo que a mí concierne…

Se interrumpió con un gruñido de disgusto. Mirando hacia atrás distinguí el centelleo de varias velas. Los otros nos habían seguido.

Murmuré un ahogado «¡Maldita sea!» ya que, en mi opinión, explorar una nueva pirámide no es un acontecimiento social. La palabrota que soltó Emerson se pudo oír con mayor claridad.

- Ramsés -bramó-. Quedaos ahí detrás, no quiero que haya gente dándose codazos sobre el borde de una sima tan profunda.

Tras decir esto, me tendió su vela y me ayudó a volver sobre el rocoso suelo del pasaje.

- Quiero examinarlo, Emerson -le dije, indicándole la abertura de la izquierda.

- Estoy seguro de que quieres, Peabody. Espera tan sólo un minuto.

- Y abajo, en el pozo, también.

- Ni puedes ni te lo permito -Emerson se frotó la barbilla-. Como iba diciendo… ¡Demonios, Reynolds! Coja a su hermana y no la suelte. Ramsés, ¿cómo se te ocurrió dejarle venir hasta aquí abajo?

- No fue culpa suya -dijo Nefret.

- Sí, sí que lo fue. Él es el responsable cuando yo no estoy. En caso de que no se lo haya dejado bastante claro, Reynolds, se lo digo ahora.

- No fue culpa de Ramsés -insistió Maude-. Ni de Jack. Él me lo consiente todo. Los hermanos siempre lo hacen, ¿no es así, Nefret? ¡Dios mío, profesor! No es la primera vez que hago este tipo de cosas, ¿sabe? No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

Su envalentonamiento no tuvo ningún éxito. Había un claro temblor en la voz que pronunció aquellas valientes palabras. De todas las caras, que brillaban pálidamente en la oscuridad, la suya era la más blanca.

Con las manos sobre las caderas y balanceándose ligeramente en el borde del mismo abismo sobre el que había prevenido a los demás, Emerson observaba a la muchacha. «¿De verdad? Ven a echar un vistazo entonces.»

Asiéndola por el brazo, tiró de ella hasta ponerla a su altura. Una mirada a aquella sima, aparentemente insondable, bastó para poner punto y final a su insolencia. Maude dejó escapar un pequeño y jadeante chillido y se aferró a Emerson, quien la asía con una sola mano aparentemente despreocupado, aunque podría haber sostenido un peso mucho mayor que el de ella; fuerte como una roca, se la pasó a su hermano, que había saltado hacia ellos con un grito de alarma al verla perder el equilibrio.

- Esto es justo lo que trataba de decir -dijo Emerson con un tono levemente irritado-. Demasiada gente para un espacio tan reducido. Un tropezón o un resbalón, un mareo, y caería ahí dentro arrastrando a los demás con ella con toda probabilidad. El puente está suelto, un paso en falso podría hacerlo caer. Acompañe a su hermana hasta la superficie, señor Reynolds. No está hecha para este tipo de cosas.

- ¡Por supuesto que lo estoy! -asida por su hermano, Maude se sentía de nuevo segura y no tardó en recuperarse-. Nunca me había sucedido, ¡de verdad!

Emerson se había contenido mucho más tiempo de lo que yo había imaginado que haría. En ese preciso momento dejó de hacerlo. «¡Maldita sea!», rugió, y eso fue suficiente para dejar claros sus sentimientos; los Reynolds se retiraron sin perder tiempo y Ramsés, quien, sorprendentemente, no había abierto la boca, se unió a su padre junto al borde del pozo.

- Pobre muchacha -dije a Nefret-. Únicamente se puede admirar su coraje. Supongo que tan sólo quería superar su miedo a los sitios oscuros.

- Estaba tratando de impresionar a cierta persona -dijo Nefret-. O quizás planeaba desmayarse graciosamente entre sus brazos.

- Qué dura eres, querida.

- He pasado más tiempo que tú con la señorita Maude -dijo Nefret inflexible-. Mucho más tiempo del que me hubiera gustado, de hecho. Te aseguro, tía Amelia, que no siente el más mínimo interés ni por la arqueología ni por las pirámides.

Emerson y yo pasamos el resto de la mañana dentro de la pirámide. Fue delicioso. Una descripción detallada estaría fuera de lugar aquí, pero los lectores con capacidad intelectual superior pueden remitirse, como sin duda alguna será su deseo, al libro que

Emerson y *yo* escribimos al respecto y que ha sido publicado por la Oxford University Press. La infraestructura era bastante amplia y se encontraba en un delicioso estado de ruinas, ya que el techo había cedido en algunos puntos y teníamos que arrastrarnos por sitios bastante estrechos, que arañaban nuestros cuerpos, en particular el de Emerson, cuya constitución es bastante más ancha que la mía. La abertura lateral del pozo conducía a una galería horizontal que, tras continuar durante una cierta distancia y descender unos pocos escalones, iba a dar a una pequeña habitación que debía de haber sido la cámara funeraria. La luz que proporcionaban las velas era limitada; teníamos la sensación de caminar en una burbuja de luz que estuviese, a su vez, encerrada dentro de la oscuridad. La falta de luz constriñe también la mente; uno puede ver tan sólo series de pequeños segmentos separados y no el conjunto. El aire era caliente y sofocante. El cerebro no funciona como debe en esas condiciones.

De acuerdo con el plano que el señor Barsanti había publicado, una segunda galería conducía hasta un largo pasillo, paralelo al lado norte de la pirámide. El plano indicaba igualmente la existencia de nichos en el muro de este pasadizo. La extrema regularidad del mismo levantaba algunas sospechas; ¿realmente se había medido cada nicho con tanta precisión?, ¿de verdad eran las medidas de todos ellos tan regulares?, ¿cuál era su función?

Nuestra misión de aquella mañana consistía en encontrar la respuesta a estas preguntas. Selim me precedía, sosteniendo la luz, Emerson iba detrás, alargando una cinta métrica de acero. Con el cuaderno en la mano, apuntaba los números que Emerson me decía. Seguimos el pasillo, que cortaba el pasadizo hasta el final y después, volviendo sobre nuestros pasos, avanzamos por el hasta su otro extremo, tomando notas todo el tiempo.

- Los nichos son, con toda probabilidad, lugares de almacenamiento -dije, con el entusiasmo ni siquiera alterado por el hecho de que apenas podía respirar-. Mira aquí. No es…

Emerson me cogió por el cinturón y tiró de mí hacia atrás.

- Sal de ahí, Peabody, llevamos aquí dos horas. Estás jadeando.

Selim, que nos había acompañado, fue el primero en pisar de nuevo el tablón y, a pesar de que podía habérmelas arreglado bastante bien sin ayuda, él y Emerson insistieron en sujetarme por las manos mientras cruzaba. Acalorado y sudoroso, Emerson se

detuvo un momento para mirar hacia abajo, a la parte inferior del pozo.

- Es un arreglo algo torpe -observó con desaprobación, indicando la cuerda atada alrededor de la tabla-. Así es como hemos estado sacando los cascotes, subiendo los cestos llenos desde abajo. Tendremos que montar algo más resistente si queremos seguir adelante.

- Estoy contenta de que me obligaras a venir Emerson -dije-. Después de todo, ha resultado ser una pirámide interesante. Disculpa mis comentarios despreciativos sobre ella.

Nefret nos estaba esperando a la salida.

- ¡Por Dios, qué sucios estáis! Venid a la sombra y bebed algo. Habéis estado dentro tanto tiempo que empezaba a preocuparme.

- Es evidente que Ramsés no lo estaba -dije, al verlo llegar paseando tranquilamente con las manos en los bolsillos y el sombrero inclinado hacia atrás sobre su cabeza.

- ¿Se ha divertido, madre? -inquirió.

- Mucho, y me sorprende que no te unieras a nosotros.

- Cuando el oxígeno es limitado, lo mejor es que se quede dentro el menor número de personas posible. Imagino que allí abajo no hay nada para mí.

- Ninguna inscripción, si eso es lo que quieres decir -dijo su padre con la voz ronca-. Pero hay mucho que hacer.

- Lo más excitante -dije, mientras me quitaba el barro de la cara-, es que el pozo parece ser más profundo de lo que indica Barsanti. ¡Él no acabó de limpiarlo! ¡El suelo no es de piedra tallada sino que todavía se encuentra cubierto de cascotes y arena!

Emerson me dirigió una sonrisa de camaradería que hizo brillar sus dientes sobre la máscara de barro que era en aquellos momentos su rostro.

- Supongo que pretenderás que saque de allí todo el maldito material.

- ¿Cómo puedes dudarlo? -tomé la taza de té que me tendía Nefret y proseguí con creciente entusiasmo-. Debe de haber otros pasadizos que se abren algo más abajo y que conducen a la cámara funeraria *real.* Hasta tú deberías de encontrar semejante perspectiva excitante, Ramsés.

- Enormemente.

- No permitas que la fiebre arqueológica se apodere de ti, Peabody -me advirtió mi marido-. Es poco probable que ahí abajo haya algo más, aparte de los cascotes. No me importa dedicar dos o tres de nuestros hombres para acabar de limpiarlo todo, pero hay proyectos más importantes en los que seguir trabajando.

- Como los cementerios de los alrededores -dijo Ramsés-. Los he estado observando mientras estabais abajo. La zona norte promete. Creo que debe de haber, al menos, una gran mastaba que el señor Reisner no fue capaz de descubrir.

- ¿Sí? -Emerson se puso de pie de un salto-. Enséñamelo.

Lo así por la manga. Debido al sudor y al agua que se había echado por la cara, ésta estaba tan empapada como su camisa.

- Siéntate y descansa un poco antes, Emerson.

- Después, querida, después.

Sonriendo, vi cómo se alejaba a grandes zancadas a la vez que conversaba animadamente con Ramsés. Al menos Emerson estaba animado; mi hijo raramente lo estaba y yo deseaba que, al fin, pudiera encontrar algo que le interesara. Durante los últimos años se había comportado como un vagabundo erudito: estudiando en una ciudad, trabajando en otra y pasando, en definitiva, poco más de unos meses al año con nosotros. Emerson le echaba mucho de menos aunque, temeroso de que pudiera sonarle a reproche o exigencia, nunca se lo había confesado. «Tiene que seguir su camino», había reconocido mi marido con generosidad.

Ramsés era un hábil excavador, cualquier hombre entrenado por Emerson lo es, pero lo que de verdad le interesaba eran las diversas formas del lenguaje egipcio, y era muy poco probable que se pudieran encontrar inscripciones allí; ninguna de las primitivas pirámides las tenían y ésta era, sin lugar a dudas, una de ellas.

- Una bonita mastaba -murmuré-. Llena de fragmentos de vasijas con inscripciones.

DEL MANUSCRITO H:

- He llamado a la puerta -dijo Nefret recatada.

Ramsés levantó la vista de su libro.

- Yo no te he dicho que pudieras entrar.

- Cuando de verdad no quieras que entre cierras la puerta - parecía muy contenta: sus ojos brillaban, sus labios estaban entreabiertos y tenía las mejillas sonrosadas. El lazo de su pelo se

había desatado y tenía rastros de polvo en el rostro.

- Tengo una sorpresa para ti. ¡Ven y verás!

Dejando a un lado su libro, Ramsés se levantó.

- Espero que no hayas adoptado otro animal. Madre ha acabado por acostumbrarse a todo tipo de perros sarnosos, pero un camello o una familia de ratones huérfanos serían ya el colmo.

- Narmer será un estupendo perro guardián -insistió Nefret-. Tan pronto como le enseñe a no ladrar a los escorpiones y a las arañas. Deja a un lado el sarcasmo y ven, Ramsés.

Lo llevó hasta el ala opuesta de la casa y abrió de golpe una puerta.

- ¿Qué es esto? -preguntó Ramsés. La habitación estaba escasamente amueblada, al estilo egipcio. A lo largo de una de las paredes había un bajo y ancho diván cubierto con una tela de algodón estampado; encima, la pared llena de estantes con libros y grabados. Se habían dispuesto también algunas pocas sillas, al estilo europeo, para aquellos que las preferían y el suelo estaba cubierto por alfombras de intensas tonalidades de rojo carmesí y borgoña.

- Nuestra sala de estar. Ya te dije que le iba a pedir a la tía Amelia si podíamos tener nuestras propias habitaciones. La mía está a un lado y la tuya al otro; hay una puerta que las comunica.

Deseaba que su cara no traicionara sus sentimientos. Ya era bastante malo tenerla en la misma casa. Puertas que se comunicaban… «Siempre puedo cerrar y tirar la llave por la ventana», pensó con ironía.

En esa parte de la casa había estado el harén. Celosías de madera exquisitamente tallada cubrían las ventanas; el aire y la luz penetraban a través de los agujeros que formaban parte de la decoración. Ramsés metió varios dedos en aquellos orificios y sacudió una de ellas. Estaba firmemente sujeta por los dos lados.

- Esto no facilita las cosas -dijo.

- ¡Maldita sea!, no se me había ocurrido. Tienes razón, podríamos querer salir por la ventana.

- Seguramente Ibrahim podrá arreglarlas poniéndoles unas bisagras y unos tiradores. Sería una pena quitarlas todas, son bastante bonitas -Ramsés se alejó de la ventana-. Muy bien, mi niña. ¿Cómo lo conseguiste?

- Me ofrecí con generosidad a trasladarnos aquí y a ceder

nuestras agradables, limpias y amuebladas habitaciones a los Vandergelt. Después recluté a Kadija y a sus hijas para que limpiaran como torbellinos durante la noche. El suelo lo fregué yo misma. ¡De rodillas!

- Está muy limpio.

- ¡Qué cumplido tan efusivo!

- ¿Qué más puedo decir sobre un suelo? ¿Pintaste también las paredes?

- Creía que había conseguido quitarme toda la pintura de las manos -dijo, mientras se las inspeccionaba con ojo crítico.

- Bajo las uñas; no se nota mucho.

- Pero tú lo has notado, Sherlock -le sonrió divertida-. No hice todo yo sola. Geoff me ayudó.

- Geoff.

- Sí, ha sido muy amable. Ahora ven a ver tu habitación -abrió la siguiente puerta-. ¿No es bonita? También aquí ayudé a pintar las paredes. Espero que te guste el color. He comprado muebles nuevos para los dos, tu colchón tenía tantos nudos como un saco de carbón, deberías de haber pedido uno nuevo hace años, así que lo único que te queda por hacer es trasladar aquí tus libros, tu ropa y el resto de tus cosas.

Las paredes estaban pintadas de azul claro e inverosímiles flores, cuyos colores iban del magenta al rosa, componían el estampado de cortinas y colchas.

- Encantador -dijo Ramsés.

La cara de ella cambió de expresión.

- Lo odias.

- No querida, de verdad. Las flores son… vaya, encantadoras.

- Los hombres sois tan sosos -dijo Nefret-. Si de verdad no te gusta el estampado puedo conseguir otra cosa. Sin adornos o a rayas. Venga, ayúdame a trasladar tus cosas.

- ¿Ahora?

- Cuanto antes mejor. De todos modos, todavía no has desembalado tus libros.

Si Ramsés se lo hubiera permitido, Nefret habría llevado las cajas ella misma, llegando hasta a arrastrarlas si hubiera sido necesario. Al contemplarla tratando de empujar el escritorio, con la frente arrugada por el esfuerzo y la lengua fuera, Ramsés se echó a

reír sin poderlo evitar. Era lo único que podía hacer además de abrazarla como un hermano y eso era algo a lo que no se había atrevido durante años.

- Déjalo, Nefret, sacaré los cajones y vaciaré su contenido en el elegante escritorio que me has procurado.

- Creo que eso sería lo más razonable, ¿no? -mientras se apartaba los rizos mojados de la frente le sonrió-. Estoy tan emocionada que no consigo pensar como es debido. No obstante, insisto en ayudar; tú dale simplemente la vuelta a los cajones y vacíalos.

- Déjame llevarlos -Ramsés cogió el cajón, justo a tiempo para evitar que a ella se le cayera de las manos.

- ¿Qué demonios tienes aquí? -preguntó ella-. ¿Piedras? ¡Ah! Debería de habérmelo imaginado. ¡Fragmentos de vasijas! Vaya, Ramsés. Se están deshaciendo sobre tus corbatas. ¿Qué es esto?

El papel de seda que lo envolvía se desprendió y cayó cuando Nefret sacó el objeto del cajón.

Estatuillas muy parecidas a aquella, imágenes de dioses y diosas egipcios con cuerpos humanos y cabezas de animales se venden en las mejores tiendas de *souvenirs* del Musik y de los hoteles. Aquélla, en concreto, tenía aproximadamente unos treinta centímetros de altura y consistía en una cabeza de halcón sobre un cuerpo masculino vestido con una túnica larga hasta la rodilla y con un ancho collar adornado con piedras preciosas. La arcilla cocida había sido pintada con colores tan brillantes que casi hacían saltar las lágrimas: la túnica a rayas rojas y blancas y el collar de turquesa y naranja con toques de dorado. El pico del pájaro, las plumas que coronaban su cabeza y las sandalias que calzaban los pies humanos eran también dorados.

- ¡Por Dios! -dijo Nefret, con una mezcla de sorpresa y repugnancia-. Espero que no sea el regalo que piensas hacerme por Navidad.

- Es para mí, de parte de Maude -con el cajón a cuestas, Ramsés se dispuso a abandonar la habitación.

- ¿De verdad? -Nefret arrastraba las palabras-. Espera un minuto. Se supone que se trata de *Horus*. El joven *Horus*, defensor de su padre, adversario de Set, halcón dorado y todo lo demás. Muy apropiado.

- Apenas. Nuestro padre no es Osiris ni lleva camino de serlo y, por lo general, es él quien me rescata a mí y no lo contrario. Me gustaría mucho poder luchar a brazo partido con nuestro amigo Sethos pero, también en este caso, es nuestro padre el que se ocupa de ello. Menuda imaginación desbocada la tuya.

La crítica no la desvió de su propósito.

- ¿Cuándo te lo dio?

- La otra noche.

- Ah, así que la viste la otra noche…

- Me pidió que le hiciera una visita. -Mientras hablaba, Ramsés podía sentir los ojos de ella perforándole la parte posterior de su cuello. Volvió la cara: quizá pudieran resolver el problema discutiéndolo juntos.

- ¿Alguna pregunta más? -inquirió.

La mirada de Nefret pasó de Ramsés a la estatua y, de ésta, de nuevo a él.

- Os parecéis un poco.

- Especialmente en la cabeza.

Nefret dejó escapar una risita.

- Tu nariz es algo más ancha pero no se parece en nada a un pico. Me refería del cuello para abajo. El pecho y los hombros, en particular. No deberías pasearte por las excavaciones sin tu camisa, no es justo para la pobre muchacha. El otro día no podía quitarte los ojos de encima -Ramsés apretó los dientes para evitar que de su boca saliera algún improperio. En momentos como aquél sentía la tentación de sacudir a su amada hasta que sus dientes castañetearan. Sus ojos azules brillaban sin piedad y sonreía burlonamente.

No había sido capaz de encontrar una excusa razonable para rechazar la invitación de Maude, sobre todo cuando le lanzó aquella mirada suplicante y le contó que tenía un regalo para él. La pequeña estatua le había dejado casi sin palabras -no podía imaginarse de dónde podía haber sacado la idea de que aquella parodia podría gustarle-, pero se las arregló para agradecérselo con corrección. Ella se excusó entonces por el «mareo» de aquella mañana, mientras él se bebía el café que se había visto obligado a aceptar y trataba de encontrar una posible vía de escape.

No fue un auténtico *tete-a-tete,* la tía-acompañante (nunca

conseguía acordarse del nombre de la pobre, diminuta y anciana dama) estuvo sentada todo el tiempo en una esquina de la habitación, haciendo calceta, aunque cuando él se despidió, Maude le siguió hasta el jardín iluminado por las estrellas.

Nefret le había dicho más de una vez que no sabía nada sobre mujeres. En aquella ocasión no le hubiera faltado razón. Ramsés consideraba a Maude como una criatura consentida, acostumbrada a conseguir todo lo que quería y lo cierto es que lo era; pero ninguna mujer le hubiera dicho a nadie las cosas que ella le dijo a él a menos que su orgullo le trajera sin cuidado. Había sido terriblemente violento y algo patético y, cuando ella se echó a llorar…

Nefret había tenido siempre la extraordinaria facultad de poder leerle el pensamiento.

- ¿Se puso a llorar? -le preguntó con dulzura-. Y entonces, ¿la besaste? No deberías de haberlo hecho. Estoy segura de que tus intenciones eran buenas, pero besar a alguien por compasión es siempre un error.

- ¿Has acabado de divertirte? -preguntó Ramsés con el tono glacial que sabía que ella odiaba.

Nefret se ruborizó y bajó la mirada.

- La verdad es que consigues hacerme sentir como un gusano. Está bien, lo siento. Ella está enamorada de ti. Y eso no es divertido, ni para ella ni para ti. Has…

- ¡No!

- ¿Cómo sabías lo que iba a decir?

- La respuesta es no, no me importa lo que estuvieras a punto de decir. Según me han contado, se encapricha a menudo con las personas y mi principal atractivo es el hecho de ser nuevo en la escena. Le ha sucedido ya con la mayor parte de los oficiales y con todos los egiptólogos de edad adecuada. Encontrará un nuevo héroe el año que viene, si no lo hace el próximo mes.

Nefret envolvió de nuevo a *Horus*, defensor de su padre, y lo puso otra vez en el cajón.

- ¿Le has comprado un regalo?

- ¿Tengo que hacerlo? Demonios, supongo que sí pero no tengo ni idea de qué.

- Es un poco complicado -reflexionó Nefret-. Imagino que quieres

quedar bien con ella pero sin darle ánimos. Déjamelo a mí. Encontraré algo adecuado. Buscaré también algo para Jack, de parte de la familia. Eso lo hará aún más impersonal.

- Escucha, Nefret.
- ¿No te fías de mí?
- No.
- Por esta vez puedes, te lo prometo.

Capítulo 6

La experiencia ha demostrado que el oficial nativo no ha alcanzado ni el grado de desarrollo intelectual que le permitiría adoptar las decisiones oportunas ni el grado de valor moral necesario para hacer frente a las consecuencias de dichas decisiones.

CARTAS DE LA COLECCIÓN B:

Querida Lía:

Que me escribas tan a menudo no deja de ser una prueba de tu afecto, ya que puedo imaginarme que habrá muchas otras cosas que preferirías hacer. Adoro leer tus cartas; tu alegría hace que resplandezcan cada palabra, cada frase y hasta el mismo nombre de David cada vez que lo repites. (Sabes que lo mencionas con una cierta frecuencia, ¿no?)

Pero tu felicidad te hace llegar a conclusiones erróneas, querida, cuando dices que notas, ¿cómo lo describiste?, el florecer de nuevos intereses y afectos en mí. ¡Los enamorados pretenden siempre que los demás sientan lo mismo que ellos! A veces, me gustaría poder sentir eso por alguien; ¡de la cabeza a los pies, enajenada, loca, apasionadamente! Hubo ocasiones, en el pasado, en las que llegué a pensar que estaba empezando a sucumbir -recordarás a Sir Edward y Alain K, y a dos o tres más-pero todo murió sin que el capullo llegara a abrirse, continuando con tu metáfora hortícola. Dices que es impredecible e incontrolable, así que supongo que no puedo hacer nada para evitarlo ni tampoco para provocarlo. Espero tan sólo tener la fortuna de no enamorarme sin remedio de alguien como el señor Maspero o Mahmud, el cocinero, quien tiene ya dos mujeres (Mahmud, no el señor Maspero).

Por lo que respecta a mis admiradores actuales, como los llamas tú, déjame hacerte ahora el recuento: Jack Reynolds me ha hecho saber, sin

demasiadas sutilezas -la sutileza no es uno de sus rasgos característicos- que bastaría una señal por mi parte para que me pidiera que me casara con él. Me recuerda siempre a un perro muy grande y desgarbado que quiere hacerse amigo de un gato sin tener ni idea de lo que el gato quiere. ¿Se rascará o ronroneará el gato cuando él le acaricie con su pata grande y desgarbada? Al menos sé que Jack no es un cazador de fortunas. Tanto él como su hermana tienen una posición holgada. Su abuelo fabricaba algún esotérico pero esencial componente de lo que en América se conoce como «guardapolvos». Creo que te he hecho ya alguna alusión a sus ideas radicales sobre la superioridad masculina. El otro día hasta me llegó a decir que era una niñita muy guapa (¡!).

Por increíble que pueda parecer, él y Geoff Godwin son amigos; tan diferentes en carácter como en apariencia. ¡No, Geoff no es un afeminado! Lo conociste el año pasado, aunque no demasiado bien, según creo. Espero que no te dejaras engañar por sus rasgos delicados, por su fina complexión y por el hecho de que sea un amante de los animales y de las flores. Últimamente ha pillado un feo resfriado pero insiste en que no se trata de nada grave e, incluso, trabaja aún más duro desde que le manifesté mi preocupación. El otro día se derrumbó un muro en las excavaciones, y él fue el primero en acudir al lugar, en apartar las piedras y en cavar con sus propias manos hasta liberar a uno de los hombres que se había quedado enterrado bajo los escombros.

Me apresuro a añadir que la víctima no resultó seriamente herida, aparte de algunos cuantos chichones y cardenales. Ese tipo de cosas suceden continuamente, ya sabes. Si te lo he mencionado es porque quería probarte lo equivocada que estás respecto a Geoff. No estoy enamorada, ni mucho menos, pero siento un gran cariño por él y, también, una cierta lástima. Y no porque él se queje. Fue Jack el que me contó que la familia de Geoff ha sido extremadamente cruel con él. Son unos terratenientes a quienes sólo les preocupa la caza y la pesca; él es como un cisne en una familia de patitos feos, el único al que le interesan la lectura, la poesía y el arte.

Maude sigue siendo un engorro. Normalmente, Ramsés sabe manejar este tipo de situaciones por sí solo -me daría miedo preguntarle cómo- o, mejor dicho, cuando le pregunto, me dice simplemente que me meta en mis asuntos. Con las demás ha sido, sobre todo, su apariencia, y esa aura de… ¿cómo describirlo? ¿Seducción? Su aspecto es bastante atractivo, para quien le gusten flacos y morenos; y así es evidente que te

gusta, es el tipo de David.

Con Maude la cosa ha ido más lejos. Cuando él se encuentra en la habitación, ella le persigue con los ojos, como haría un perro con su amo; y así es, justo, cómo él la trata: amable, correcto y apenas un tanto irritado cuando ella se cruza en su camino. Creo que Ramsés es, como yo, de los que no perderá nunca la cabeza. Quizás algunas personas, simplemente, no tienen la capacidad de hacerlo.

No debería de haberte preocupado con el asunto de Percy. Es propio de ti el querer asumir parte de la culpa por lo sucedido, ¡pero no hubiera habido ningún mal en que tú me contaras la historia si no hubiera sido porque yo se la fui a revelar, precisamente, a la última persona que Ramsés hubiera querido que la supiera! Me avergüenzo de mí misma, pero no creo haber causado un daño irreparable con ello, ¿o sí? Después de todo, ¿cómo podría Percy causar algún daño a Ramsés?

Le planteé seriamente a Emerson la posibilidad de buscar una mastaba para Ramsés y me contestó que no hacía falta hacerlo; que había un sinfín de esas malditas cosas en aquel maldito lugar. Al insistir en el tema, me dijo que Ramsés podría excavar, en su momento, todas las mastabas que quisiera pero que antes teníamos que trazar un plano exacto del lugar.

- ¡Lo primero es lo primero, Peabody! El problema de muchos excavadores…

Por lo general, las pirámides reales suelen estar rodeadas de las tumbas de personas privadas que (se supone) creían que la proximidad con los restos del rey los ayudaría en su vida en el más allá.

Las mastabas se componían de dos partes: una superestructura de ladrillos de adobe en forma de bancos o mastabas, lo que les daba su nombre, rectangulares y con los laterales inclinados, y una infraestructura situada a una cierta profundidad por debajo de la roca subyacente donde se encontraba el verdadero enterramiento. Algunas de las mayores mastabas alrededor de las pirámides de Giza están hermosamente decoradas e inscritas. Como no podía ser de otro modo, el señor Reisner se las había reservado todas para él. No le culpo por ello, me limito tan sólo a hacer una constatación.

Alrededor de nuestra pirámide había cementerios con tumbas de

este tipo. El señor Reisner había excavado unas pocas el año anterior, descubriendo que su procedencia abarcaba un largo periodo en el tiempo: de la tosca sepultura excavada en el suelo, a los enterramientos, igualmente pobres, de dos mil años más tarde. Ésa era la razón de que nos los hubiera dejado; estaba, desde luego, en su derecho a hacerlo.

Reisner no había publicado nada sobre estas tumbas, así que debíamos arrancar (mediante un detallado e implacable interrogatorio) a Jack y a Geoffrey los resultados de sus (algo superficiales) excavaciones.

Los dos jóvenes soportaron la tiranía de Emerson por dos razones. En primer lugar, porque nadie osa contradecirlo. Física, profesional y vocalmente, domina cualquier grupo. Segundo, porque yo me esforzaba en hacer estos encuentros lo más agradables posibles, interrumpiendo las conferencias de Emerson con mis pequeñas bromas y animando a los otros a hablar.

El último de esos encuentros había tenido lugar una noche, en nuestro delicioso patio. Aunque yo había mandado invitaciones como si se tratara de una reunión social ordinaria, tanto Jack como Geoffrey sabían la verdadera razón de su presencia allí aquella noche, a pesar de lo cual no dejaron por ello de faltar a la cita. La presencia de Nefret, sonriente y silenciosamente comprensiva, contribuyó a ello. Ni silencioso ni comprensivo, Ramsés estaba asimismo presente. También había invitado a Maude ya que estaba segura de que vendría en cualquier caso, tanto si la invitaba como si no

El único otro huésped era Karl von Bork, quien por entonces nos rondaba como uno de los perros extraviados que Nefret insistía en aumentar. Apenas podía quitármelo de encima; era un viejo amigo y sabía que se sentía muy solo a causa de Mary y de los niños. Llegaba siempre con pequeños obsequios para mí que había adquirido en el bazar de Giza: una graciosa maceta redondeada, una pulsera de plata o un trozo de llamativo bordado.

Su habitual locuacidad parecía haberle abandonado aquella noche. Aunque la verdad es que le hubiera resultado difícil decir algo de todos modos, dado que Emerson inició su interrogatorio sin perder un segundo. Geoffrey resultó ser de más ayuda que Jack, quien se limitó a defender a Reisner de las críticas de Emerson y, el

resto del tiempo, a lanzar miradas llenas de sentimiento a Nefret.

- Lamento que no fuéramos capaces de hacer más en la zona oeste de la pirámide -dijo Geoffrey con su voz pausada y cortés-. Las tumbas eran del periodo de las primitivas dinastías y algunas no habían sido saqueadas. Una de ellas era la tumba de una mujer y contenía piezas de joyería de marfil y cornalina de una cierta delicadeza. Junto a ella se podían ver los minúsculos huesos de un recién nacido. Ese tipo de cosas hacen revivir el pasado.

- Umm -dijo Emerson, dando por finalizado el pequeño inciso sentimental-. ¿Entonces sugieres que empecemos con el cementerio del oeste?

- Depende tan sólo de usted, señor, por supuesto.

- No, depende de Ramsés -dijo Emerson-. La señora Emerson me ha estado importunando con el interior de la pirámide, así que lo más probable es que pasemos algún tiempo con ese proyecto…

- Vaya, Emerson -exclamé-. ¿Cómo te atreves a acusarme de importunarte? No lo hago nunca. Lo único que he dicho es que nos incumbe a nosotros excavar hacia abajo hasta el final del pozo, para descubrir si hay o no una entrada a un pasadizo inferior.

- Lo dudo mucho -dijo Jack Reynolds con una sonrisa de superioridad-. El pozo no puede ser mucho más hondo.

- Hasta ahora -dijo Emerson apacible-, hemos bajado otros cinco metros sin encontrar roca sólida.

- ¿Qué? Ah. En ese caso… ¿han encontrado algo?

- Pedazos y trozos -dijo Emerson-. Pedazos y trozos.

De hecho, era todo lo que habíamos encontrado, pedazos y trozos de cerámica por todas partes, fragmentos de cestería y pedacitos de madera, pero el tono enigmático y la mirada misteriosa de Emerson sugería cosas mucho más interesantes. Tras haber despertado la curiosidad de nuestros visitantes, cambió de tema.

- Por el momento, dejo los cementerios a Ramsés. Creo que tiene la intención de empezar hacia el norte. Y ahora, se está haciendo tarde -Emerson se levantó y dio unos golpecitos a su pipa para dejar caer la ceniza-. Es hora de que nos vayamos a la cama.

Los dos jóvenes se levantaron de un salto como si se tratara de soldados que cumplieran órdenes. Maude los siguió haciendo pucheros. Las miradas de Nefret y Ramsés se cruzaron, Nefret

carraspeó y enderezó los hombros.

- No es necesario que nos dejen tan pronto. Tan sólo nos retiramos… bueno, vamos a nuestra sala de estar donde no le molestaremos, profesor.

- ¿Qué? ¿Dónde? Ah -Mi mirada y la de Emerson se cruzaron, Emerson tosió y empezó a caminar, arrastrando sus pies-. Ah, sí.

Karl fue el único que rechazó la invitación. Era algo más mayor que los demás y creo que sentía el peso de la edad aquella noche, ya que incluso su bigote parecía alicaído cuando se inclinó para tomar mi mano y la de Nefret siguiendo la formal usanza alemana. Tras dar las buenas noches a todos, me llevé a Emerson de allí.

- ¿Cuándo sucedió?

- ¿Lo de la sala de estar? Vamos Emerson, estábamos de acuerdo en que tanto Nefret como Ramsés tenían derecho a una mayor independencia.

- Sí, pero…

- Nefret me preguntó hace algún tiempo si no podrían tener un lugar para ellos donde poder reunirse con sus amigos. Lo amuebló ella misma y ha quedado muy bonito.

- Sin duda, pero…

- Estamos en el siglo XX, Emerson. La vieja figura de la carabina empieza a estar pasada de moda y me parece una buena cosa. Espero que no te quepa duda alguna de que Nefret se comportará siempre como una dama.

- ¡Por supuesto! Pero…

- No tenemos más poder sobre ella que el del afecto, querido. E incluso sobre Ramsés, llegados a este punto. Si uno quiere mantener bajo control a unos jóvenes con tanta energía como ellos tiene que soltar las riendas un poco.

El ceño de Emerson se suavizó.

- Peabody, tus tonterías llegan a ser infernales de vez en cuando.

- Tu decisión de que Ramsés disponga de una bonita mastaba para él solo no deja de ser la misma cosa, Emerson. Queremos que esté feliz y contento para evitar que se marche de nuevo, a San Petersburgo, a Ciudad del Cabo o a Lhasa.

- Por qué tendría que marcharse… Ah. En cualquier caso, quería excavar en el cementerio de todos modos, Peabody; pero creo que tienes razón: ambos queremos que el muchacho sea feliz con

nosotros. Aunque tengo la impresión, sin embargo, de que hará falta algo más que una mastaba para tenerlo contento.

Los niños empezaron a trabajar en nuestro cementerio norte al día siguiente. Daoud y algunos de nuestros hombres mejor adiestrados fueron con ellos, mientras que Emerson se quedó con treinta trabajadores inexpertos y el mismo número de portadores de cestos. Según Jack, su grupo había excavado una gran mastaba en esa zona, en febrero del año anterior. No quedaba ni rastro de ella, sin embargo; la arena se había amontonado, cubriendo de nuevo el agujero. Si no fuera porque había asistido ya al mismo fenómeno muy a menudo, me hubiera costado dar crédito a la rapidez con que la mano de la naturaleza borra los débiles esfuerzos humanos. Me sorprendía que el señor Reisner no hubiera continuado sus excavaciones en aquella zona ya que de la mastaba se habían extraído fragmentos de hermosos recipientes de piedra en los que aparecía inscrito el nombre de un rey desconocido hasta la fecha. Pero, la verdad es que, todo aquel material resultaba insignificante cuando se lo comparaba con las tumbas elegantemente decoradas que estaba encontrando en Giza. Era impensable que cediera una cosa *así* a otro excavador.

Me dirigí en primer lugar al refugio que había hecho construir en los alrededores. Siempre intento arreglármelas para colocar una alfombra, unas pocas sillas, una mesa y otras insignificantes comodidades en un sitio sombreado donde podernos retirar para refrescarnos y descansar en alguna que otra ocasión. La incomodidad innecesaria es tonta a la vez que inútil. Por lo general, solía valerme de una tumba vacía o de una cueva, pero en esta ocasión el terreno era tan llano que me tuve que conformar con un toldo de lienzo. Me quité mi chaqueta y dejé a un lado la sombrilla, me remangué hasta el codo y me aflojé el cuello: dentro de las pirámides hace siempre mucho calor.

Encontré a Emerson junto a Nefret y Ramsés; las cabezas inclinadas sobre uno de los planos.

- Aquí entonces -decía Emerson, mientras clavaba la boquilla de su pipa en el plano-. Aseguraos de que…

- ¡Emerson! -dije, casi chillando.

Emerson se sobresaltó, dejó caer su pipa y soltó una palabrota.

- ¿Qué es lo que quieres? -preguntó.

- A ti. Dijiste que podría entrar hoy. Si tú no quieres acompañarme iré con Selim, creí tan sólo que debía informarte de que estaba a punto de…

- ¡Oh, maldita sea! -dijo Emerson-. Voy contigo. Quería tan sólo…

Me di media vuelta y me alejé de allí. Selim, quien había presenciado todo con una sonrisa, siguió mis pasos. Apenas habíamos caminado dos metros cuando Emerson se unió a nosotros mientras limpiaba el polvo de su pipa con el faldón de su camisa.

- Peabody… -empezó a decir con una voz que parecía un trueno.

- Deja solo a Ramsés, Emerson.

- Sólo quería…

- ¿Sirve para el trabajo?

- ¡Maldita sea, le he enseñado yo mismo a hacerlo!

- Entonces deja que lo haga.

Seguimos en silencio el uno junto al otro.

- ¿Te he dicho alguna vez que eres la luz de mi vida y la alegría de mi existencia? -dijo Emerson al cabo de un rato.

- ¿Te he mencionado yo alguna vez que eres el hombre más notable que conozco?

Emerson rió entre dientes.

- Entraremos en detalles sobre esas afirmaciones más tarde, querida. Por el momento, la mejor muestra de afecto que te puedo dar es entrar en la pirámide contigo.

Al llegar al pozo, sin embargo, nos encontramos con un inesperado y terrible contratiempo: nuestros hombres habían estado sacando los cestos a mano pero, a medida que el pozo se hacía más profundo, la tarea se complicaba cada vez más, de manera que Selim había decidido hacer uso de su talento como ingeniero y había construido un eficaz aparato. Una estructura de sólidas vigas soportaba toda una serie de poleas y un rodillo a los que se podía enrollar una cuerda por medio de una manivela. Atada a uno de los extremos de la cuerda había una especie de caja, abierta por arriba, que servía para colocar los cestos llenos de escombros o para que se subiera la gente. La presión de una palanca impedía que la cuerda se desenrollase inesperadamente. Selim me lo habría explicado todo con detalle; de hecho, pasé un mal rato intentando *evitar* que lo hiciera. Le había asegurado que tenía total confianza en él y que, si

él aseguraba que el aparato era completamente seguro, me fiaba de su palabra.

Pero ya no estaba allí. Maldiciendo con énfasis, Emerson se arrodilló junto a la sima y miró hacia abajo. Después miró hacia arriba.

- ¡Maldita sea! Que todo el mundo se aparte. Volved hacia atrás.

- ¿Qué ha pasado? -pregunté, aun a pesar de que creía saberlo; la respuesta de Emerson no hizo sino confirmar mis sospechas.

- Un desprendimiento -dijo Emerson, mientras me conducía por el inclinado pasadizo-. No entiendo, sin embargo, cómo demonios puede haberse producido; cuando examiné la parte superior del pozo el otro día el relleno parecía estar en buenas condiciones. Nadie volverá a bajar hasta que me asegure de que no hay peligro alguno.

Todavía me estremezco cuando recuerdo aquel día. La cabeza de Emerson había llegado a estar a tan sólo treinta centímetros del nivel más bajo de las piedras. Bastaba con que una sola cayera para que…

Volvimos a la superficie y nos retiramos a nuestro sombreado refugio donde humedecí un trapo y me quité la mayor parte del polvo de la cara y las manos. Las abluciones de Emerson fueron más rápidas y extensas: tras quitarse la camisa, se echó un jarro de agua por encima y se sacudió enérgicamente.

- Así está mejor -remarcó-. Vamos a ver, Peabody, te dejo para que lo anotes todo, ahora que lo sigues teniendo fresco en la memoria.

- ¿Qué vas a hacer? No estés al sol sin tu sombrero. Y tu camisa.

- Hace demasiado calor -dijo Emerson retirándose a toda prisa.

Mis advertencias eran puramente formales: sabía que no me haría caso. Mantener el sombrero de Emerson sobre su cabeza quedaba fuera de mi ámbito de poder; nunca he sido capaz de acabar con su costumbre de irse desprendiendo de sus prendas de vestir mientras trabaja. Un hombre cualquiera hubiera sufrido una insolación, se hubiera sentido debilitado por el calor o se hubiera quemado; pero Emerson no es un hombre cualquiera. Tras una semana en Egipto luce un bronceado uniforme, de una bonita tonalidad marrón y, en ningún momento parece molestarle el calor.

Sabía de sobra hacia dónde se encaminaba por lo que, apenas

terminé de asearme, le seguí.

Ramsés tampoco llevaba puestos ni su sombrero ni su camisa. Ambos se encontraban de pie, junto al borde de una zanja, mirando en su interior. La hendidura era, más o menos, de casi un metro de ancho y metro y medio de profundidad y Nefret estaba en el fondo. No podía ver nada más pues su cuerpo acurrucado tapaba el resto. Me sentí reconfortada al comprobar que llevaba puesto el salacot.

- Qué zanja tan bien proporcionada y profunda -dije-. Esto… ¿Nefret está ahí abajo?

- Le pareció haber visto una calavera -dijo Ramsés-. Ya sabe cómo es cuando se trata de huesos. No obstante, su observación es acertada, madre. Nefret, ahí abajo no hay sitio suficiente para trabajar. Sube y ensancharemos la zanja.

Nefret se enderezó. En una de sus manos sostenía un cepillo y pude distinguir una forma redondeada semienterrada a sus pies. La zanja era más profunda de lo que había pensado en un principio; su coronilla apenas sobresalía unas cuantas pulgadas por encima del borde superior. Nefret alzó las manos.

- ¡Lista!

Ramsés se inclinó hacia ella, asiéndola por el antebrazo, aseguró sus pies y la alzó hasta tierra firme.

Emerson se agachó para echar un vistazo a uno de los laterales de la zanja.

- Roca tallada -murmuró-. Cuánto…

- Un poco más de tres metros. Tomaré las medidas oportunas tan pronto como hayamos limpiado todo el recinto. Hasta ahora hemos localizado tres de las cuatro esquinas y creo que haré una zanja de prueba para…

- No necesitas explicármelo -dijo Emerson al levantarse-. Únicamente asegúrate de que… Eh, umm, sí Peabody. Es hora de comer, ¿no es así?

Al finalizar el día ya no nos cabía ninguna duda de que Ramsés parecía haber dado con algo interesante. La tumba era de un tamaño considerable, lo que indicaba que había pertenecido a una persona de una cierta importancia. El uso de piedra tallada en los muros exteriores era otra de las señales que indicaban la posición social del propietario. Las piedras de la techumbre, que se apoyaban sobre paredes internas de ladrillos de adobe y vigas de madera, se

habían derrumbado, cayendo al suelo en un revoltijo de bloques de piedra. Mezcladas con las piedras y la arena amontonada había un cierto número de recipientes de piedra, algunos de las cuales se habían roto en mil pedazos. En pocas palabras, el interior de la mastaba era un auténtico caos que Ramsés se había propuesto limpiar siguiendo el método acreditado: dividir el área en pequeñas secciones y explorar cada una de ellas de modo exhaustivo antes de pasar a la siguiente.

Permití que Emerson echara un vistazo -yo también sentía curiosidad- antes de que nos encamináramos hacia casa.

- Veo que has reforzado el muro -observó con una indiferencia un tanto exagerada.

- Sí, señor. Usted siempre me ha dicho que no hay que arriesgarse.

«Especialmente cuando se trata de Nefret», pensé. El muro se encontraba junto a los huesos desparramados, que ahora habían quedado a la vista, junto a unos pocos cacharros algo toscos y unos abalorios rotos. La parte inferior de los huesos y objetos seguía todavía hundida en el barro endurecido; Nefret trataba de sacar una fotografía del repugnante conjunto. Subido al muro, Selim sostenía un reflector de estaño bruñido con el que dirigía los inclinados rayos de sol hacia el interior de la zanja.

Emerson miraba con inquietud las vigas de apoyo: un tablón colocado diagonalmente a través del cuestionable corte, un trozo de madera pequeño, pero robusto, apuntalándolo, con su extremo afilado bien hundido en el suelo.

- Resistirá, Nefret -dijo-. Eh… ¿estás de acuerdo Ramsés?

- Sí, señor -dijo Ramsés inexpresivo.

Había invitado a Karl a cenar aquella noche. Emerson no pudo evitar hacer las usuales objeciones; a pesar de que le gustan las discusiones profesionales y de que no permite nunca que la presencia de invitados lo incomode en lo más mínimo, siempre pone reparos a la compañía como una cuestión de principios. No obstante, se comportó amablemente con Karl e insistió en que se tomara un whisky con soda mientras se dedicaba a hacer observaciones sobre él con su franqueza habitual.

- Pareces algo indispuesto, von Bork. ¿Remordimientos, tal vez?

- ¡Caramba, Emerson! -dije.

El bigote de Karl se erizó, lo que bien podía ser un amago de sonrisa.

- Conozco bien al profesor, *Frau* Emerson. Y la verdad es que, me remuerde haber dejado a Mary y a los niños solos durante tanto tiempo. Mi mujer me dice hoy en una carta que *meine kleine* María ha estado enferma…

- Espero que se trate tan sólo de un resfriado infantil -dije con afecto.

- Eso dice Mary en su carta, no querrá preocuparme -Karl suspiró- Cómo me gustaría poder tenerlos aquí conmigo, donde no hay nieve ni frías lluvias. Pero la Universidad no nos proporciona un alojamiento y mi habitación en el pueblo no es adecuada. Los que trabajan para el señor Reisner tienen la suerte de poder disponer de una casa bien cómoda.

El alojamiento permanente de la expedición del señor Reisner, situado detrás de una de las instituciones que apoyaban su trabajo, era, en verdad, modélico, pero dudaba mucho que *«Herr* Reisner» acogiera gustoso en él a la mujer y a los cuatro hijos de uno de sus subordinados.

El patio se había convertido en nuestro lugar favorito y allí nos dirigimos a tomar café después de la cena. Acabábamos de instalarnos cuando se produjo una auténtica explosión de ladridos.

- Visitantes -dijo Nefret con voz alegre-. Creo que ahora os daréis cuenta de lo útil que resulta Narmer.

- Ha dejado de ladrar a los escorpiones y a las arañas -admitió Ramsés-. Pero aúlla todavía a los demás perros, a los gatos, a los pájaros…

- ¿Quién es? -preguntó Emerson-. ¿Has invitado a alguien, Peabody? Maldita sea, tenemos que trabajar.

- Probablemente se trata de Geoff -dijo Nefret tranquila-. Se ofreció para ayudarme a revelar las fotografías esta noche. Nada que ver con usted, querido profesor.

- Umm -dijo Emerson.

Se trataba de Geoffrey, Jack y Maude. Ésta iba vestida, como Nefret vulgarmente solía decir, «hasta los dientes», con un vestido muy escotado, cuya falda era tan estrecha que apenas le permitía caminar, y con una pluma blanca de garza que, colocada en el mismo centro de un mechón de pelo, se erguía en el aire como una

bandera. Sus inesperadas visitas se estaban convirtiendo en un verdadero fastidio por lo que comprendí muy bien el ceño fruncido y los gruñidos de Emerson. Maude explicó que su intención no era la de molestarnos (como si no lo hubieran hecho ya); se habían detenido para dejar a Geoff allí y para preguntar a Ramsés si le gustaría ir con ellos a El Cairo, a un baile nocturno en el Hotel Semiramis.

Ramsés dudó unos momentos antes de negar con la cabeza.

- En otra ocasión, quizá. Como pueden ver, no voy adecuadamente vestido y no les quiero retrasar.

Después de volver de las excavaciones se había cambiado, por supuesto, pero, visto que su padre se negaba a vestirse para cenar, no podía obligarle a él a hacerlo. Su camisa sin cuello y sus pantalones sin planchar no eran, desde luego, lo más apropiado para un hotel de lujo.

- Tienes trabajo que hacer -dijo Emerson con firmeza.

- Mucho trabajo y poca diversión hicieron de Ramsés un muchacho aburrido -dijo Jack con una alegre risita.

- ¡Ojalá fuera así! -murmuré. Una afirmación tan aparentemente enigmática fue la causa de que Jack me mirara desconcertado y de que el individuo aludido esbozara una imperceptible sonrisa.

Finalmente, los Reynolds se marcharon, sin Ramsés. Nefret y Geoffrey, con Ramsés, se fueron al cuarto de revelado, en tanto que Emerson y Jack se sentaban con sus pipas para discutir sobre las mastabas de la Dinastía IV. No entendía la razón que había movido a Emerson a elegir un tema de conversación como aquél; nuestra mastaba pertenecía a un periodo muy anterior y, asimismo, mucho menos interesante que las elegantes tumbas que los alemanes y los americanos habían encontrado en Giza. Aquella noche me sentía extrañamente inquieta, así que preferí dejarlos a solas. Mientras me paseaba de un lado a otro de la columnata abovedada del patio oí como Emerson invitaba a Karl a venir a vernos al día siguiente y a echar un vistazo a nuestra mastaba, con tanto entusiasmo que parecía que hubiera encontrado algo que valiera la pena ver en ella. Como era de esperar, Karl aceptó. Pobre muchacho, se sentía tan solo que hubiera aceptado una invitación a ahorcarse con tal de poder estar con nosotros.

Al cruzar la puerta de la habitación oscura donde estaban

revelando las fotografías me tropecé con *Horus*, quien hasta ese momento había permanecido tumbado y acurrucado en el umbral, de mal humor, supongo que porque no lo habían dejado entrar.

Cuando bajé a desayunar a la mañana siguiente, Nefret me contó que Geoffrey le había preguntado si podía venir a ver nuestra mastaba.

- Con él ya van dos -dije-. Emerson ha invitado a Karl. ¿Se dejarán caer también el señor y la señorita Reynolds? Le diré a Fátima que añada algo más de comida y, por qué no, una botella de vino.

Emerson levantó la vista del plato.

- Querida Peabody, te encuentro un poco sarcástica. ¿Qué te sucede esta mañana?

- No he dormido bien.

- ¿De verdad? -Emerson cogió la mermelada.

- He estado despierta en la cama durante horas pero me tranquiliza comprobar que tú ni tan siquiera lo has notado.

Emerson apartó el tarro de mermelada, refunfuñó algo y abandonó la habitación con una cierta precipitación. Con toda probabilidad, era la decisión más sensata que podía tomar pero, al hacerlo, me había dejado sin nadie sobre quien descargar (admito que en modo poco razonable) mi irritación. Miré a Ramsés quien, a su vez, se levantó de un salto y abandonó la habitación con tanta prisa que, al salir, tropezó con *Horus*. Tras insultarse el uno al otro, *Horus* se acercó a Nefret, cojeando, en busca de algo de comprensión.

- No está herido -dije-. Creo que se cruza deliberadamente en el camino de la gente para poder tener algo de lo que quejarse.

Nefret apoyó la barbilla en sus manos y me miró con gravedad.

- Siento que no pudiera dormir bien. ¿Ha tenido una de sus famosas premoniciones?

- No -admití-. Ni tan siquiera una pesadilla como las que solías tener tú.

Había soñado con Abdullah, tal y como solía sucederme con una cierta frecuencia. En esas visiones había una escena que se repetía siempre. Amanecía y estábamos de pie sobre el cerro de Deir el Bahri, camino del Valle de los Reyes. Con el paso del tiempo, Abdullah y yo habíamos adquirido la costumbre de detenernos allí

después de haber subido por el escarpado sendero, para recuperar el aliento y, a la vez, para disfrutar con un panorama que él amaba, creo, tanto como yo. Re Harajte, el halcón de la mañana, se elevaba sobre los riscos del este y difundía la luz de sus alas sobre el río, los campos, el desierto arenoso y los rasgos del hombre que se encontraba a mi lado.

La primera vez que nos vimos, en la barba de Abdullah había ya algunas canas. En el sueño, sin embargo, pelo y barba eran negros sin una traza de gris, su rostro no tenía una arruga y su alta figura era gallarda y robusta. Los sueños tienen su lógica interna de manera que no me sorprendió verlo con una apariencia que no había tenido nunca en vida; me sentía, simplemente, feliz de poder estar de nuevo con él.

- La boda fue maravillosa -le dije, como si estuviera hablando con un amigo al que no había visto desde hacía tiempo-. Sentimos mucho que no pudieras estar presente.

- ¿Cómo sabe que no lo estaba? -los ojos de Abdullah resplandecieron como hacían siempre que se burlaba de mí, aunque su mirada no tardó en ensombrecerse-. Ha sido una bendición para ellos, *Sitt,* pero veo el mar embravecido en el horizonte.

- ¿Qué puedes saber tú del mar embravecido, Abdullah, si nunca has navegado por el océano?

- ¿No le enseña su fe que todos aquellos que han atravesado la puerta lo saben todo? Sea como sea, conozco la tempestad y he visto el cielo oscurecerse sobre ustedes.

- Me gustaría que no fueras tan endiabladamente literario, Abdullah. Si lo que quieres es prevenirme contra algún peligro, ¿no podrías ser algo más preciso? -Abdullah sonrió negando con la cabeza mientras yo proseguía-. Al menos podrías decirme si saldremos indemnes del peligro que nos amenaza.

- ¿Acaso ha habido alguna tormenta que no pudiera aguantar, *Sitt*? Esta vez, sin embargo, necesitará valor para afrontarla.

Me desperté con sus palabras de despedida resonando en la oscuridad.

- *Maasalama-Allah yibarekfiki.*

No tenía ninguna intención de repetir a Nefret esta conversación: habría pensado que era una fantasiosa y una supersticiosa, pero lo cierto es que me había turbado tanto que me

había impedido dormir el resto de la noche, a la vez que me hacía recordar la deuda que seguía teniendo con mi viejo amigo.

- Me sentiría mejor si hubiéramos progresado algo en el asunto de las falsificaciones -admití-. Así no vamos a ninguna parte.

- Quizá podamos sacar algo en claro de nuestro consejo de guerra, ¿cuándo llegan los Vandergelt?

- Mañana.

- A menos que ese maldito barco encalle -dijo una voz desde la habitación de al lado-. ¿Por qué no puede Vandergelt coger el tren como cualquier hombre prudente en lugar de aferrarse a su condenada *dahabiyya?*

- Porque él es el que decide.

- Umm -dijo la voz.

Aunque no tenía ganas de comerme otro huevo duro, rompí uno y empecé a pelarlo.

- ¿Ha sabido algo Ramsés del señor Wardani?

- No -al encontrarse con mi incisiva mirada, Nefret añadió-: Me… nos lo hubiera dicho.

- Espero que no haya estado saliendo de noche a hurtadillas. No me gusta, es demasiado peligroso.

- A mí tampoco me gusta. Me prometió que no lo haría. Tía Amelia, ¿está lista para salir? Creo que ya ha martirizado bastante al profesor.

Las fuertes pisadas y los improperios de Emerson se podían oír desde allí.

- No es bueno que un hombre llegue a estar demasiado seguro de su autoridad -le expliqué a la joven.

- Ya veo -dijo Nefret sonriendo.

Cuando llegamos a las excavaciones, Geoffrey estaba ya en ellas, hablando con Selim y Daoud.

- Practicando mi árabe -explicó, en tanto que daba la mano a todos-. Daoud me ha estado contando algunas de sus hazañas, profesor. ¡La verdad es que ha tenido usted una vida muy interesante!

Emerson miró con desconfianza a Daoud, quien se apresuró a apartar la vista.

- No creas una palabra de lo que dice. Daoud, deja de contar mentiras sobre mí y ponte a trabajar. ¿Dónde está Karl? ¿Dónde

están el resto de los trabajadores? Maldita sea, todos estos viajes arriba y abajo nos hacen perder demasiado tiempo. Tiendas. Eso es lo que necesitamos, unas pocas tiendas. Selim…

- ¡Emerson, cállate un momento! -exclamé.

- *Herr* von Bork fue a echar un vistazo a la mastaba -dijo Geoffrey.

Ramsés dio media vuelta y se alejó casi corriendo. Nefret se echó a reír.

- Tiene miedo de que alguien toque su preciosa basura sin su permiso. ¿Vienes Geoff?

Geoffrey la tomó del brazo. No había ninguna necesidad, pero ella se lo permitió y me pareció que incluso se reclinaba sobre él mientras se alejaban.

- Umm -dije-. Me pregunto…

- Yo también -dijo Emerson-. Pensé que estaría aquí. Hubiera jurado que estaba en esta libreta.

Había vaciado el contenido de su mochila sobre la mesa y en ese momento revolvía entre sus papeles. Tras enterarme de lo que estaba buscando, lo encontré metido entre las páginas de su cuaderno y me disponía a leerlo con orden y método, cuando oí el grito de una mujer acompañado de un estruendo. Ambos procedían del lado norte de la pirámide.

Emerson se encontraba ya a unos trescientos metros, corriendo a gran velocidad, antes de que el eco del estruendo se apagara. Le seguí lo más rápido que pude, temblando de miedo. Nefret no era muy dada a gritar.

Cuando llegué al lugar del suceso, no me resultó difícil adivinar la causa del desastre. Los puntales de madera debían de haberse deslizado o, quizá, roto, y el muro se había derrumbado haciendo caer piedras y tierra sobre una forma que yacía boca abajo e inmóvil sobre el suelo de la *zanja.* Supe enseguida que se trataba de Ramsés. Geoffrey se arrodilló a su lado, apartando la tierra con las manos. Nefret se revolvía entre los brazos de Daoud, quien lanzó un fuerte suspiro de alivio cuando vio a Emerson.

- *Effendi* me ordenó que no la dejara bajar -explicó.

- Bien hecho -dijo Emerson-. No hay sitio para más de una persona. No la sueltes, Daoud. Apártese de aquí, Godwin.

Para dar más énfasis a su orden, cogió a Geoffrey por la

chaqueta y arrastró su cuerpo fuera de la zanja. Dejándose caer con destreza en la fosa, comenzó a desenterrar a Ramsés con toda la fuerza y habilidad de la que era capaz. La mayor parte de los escombros cubrían tanto las piernas como la parte inferior de la espalda de Ramsés. Por una vez, éste llevaba puesto su salacot y observé que la cabeza estaba apoyada sobre sus brazos cruzados lo que dejaba abierta la posibilidad de que la boca y la nariz no estuvieran llenas de arena. Parecía inconsciente, sin embargo. Emerson palpó con ansiedad sus brazos y sus piernas antes de darle la vuelta para colocarlo sobre la espalda.

El casco de Ramsés cayó de inmediato: la correa estaba suelta. Había tan sólo un poco de sangre en su cara, que estaba mucho menos pálida que la de su padre, y pude ver que respiraba sin dificultad. A pesar de ello, Emerson perdió un poco la cabeza: deslizó los brazos bajo las rodillas y los hombros de Ramsés y, si no hubiera sido porque Nefret y yo le gritamos que se detuviera, su fuerza, poco menos que sobrenatural e intensificada por la preocupación paterna, hubiera sido más que suficiente para sacar el cuerpo del muchacho de la zanja.

- ¡No lo muevas todavía! -fue lo esencial de nuestros consejos.

Ramsés abrió los ojos. Miró a su padre, moviendo la cabeza después para inspeccionar a su alrededor.

- ¡Maldita sea, padre! -jadeó-. ¡Ha hecho añicos la vasija! ¡Era un perfecto ejemplo de los recipientes de cocina azules y marrones usados durante la Dinastía XVIII!

- Imposible -dijo Emerson-. ¿Qué estaría haciendo una cosa así aquí?

- Se trata de un enterramiento intruso. Yo lo fecharía más o menos…

- ¡Basta! -el rostro Nefret estaba de color carmesí-. Ramsés, maldito estúpido, ¿tienes algo roto? Profesor, ¡no le deje que se siente! Tía Amelia…

- Cálmate, querida -dije, viendo como Ramsés, ayudado por su padre, se levantaba con dificultad pero también con firmeza-. Y no hables de ese modo. No parece tener heridas de gravedad.

No las tenía. Una vez en el refugio, se sometió de mala gana a las atenciones de Nefret. La camisa estaba completamente echada a perder aunque ella no hubiera insistido en cortársela. Nefret era

casi tan destructiva con un par de tijeras como con un cuchillo. Al final tuvo que reconocer, creo que a regañadientes, que las heridas no iban mucho más allá de unos simples rasguños, arañazos y contusiones. Ramsés se negó a atribuirlo a la intervención divina; insistió, en cambio, en que, al ver cómo el puntal se rompía, había adoptado de inmediato la posición que pudiera ofrecer una mayor protección a las partes más vulnerables de su cuerpo. Sonaba tan presuntuoso que no pude enfadarme con Nefret cuando ésta le echó una botella de alcohol por la frente.

Ramsés estaba decidido a volver a la mastaba y yo no tenía modo alguno de impedírselo. Condescendió hasta el punto de aceptar un sorbo de coñac de la petaca que siempre llevo conmigo y se alejó caminando majestuoso, desnudo hasta la cintura y tratando de no cojear. A una señal de Emerson, Daoud y Selim salieron corriendo tras él. No me quedaba sino esperar que fueran capaces de impedir que hiciera alguna tontería.

- Le echaré una mano, ¿puedo? -Geoffrey, sentado hasta ese momento sobre una alfombra, se puso de pie.

- Veo que llevas puestos los guantes y eso me gusta -dije-. Jamás he podido conseguir que Emerson y Ramsés se los pongan y eso, aun a pesar de que tienen siempre algún dedo magullado o los nudillos llenos de arañazos. -Los guantes ofrecen protección, pero en el caso de Geoffrey había también algo de inofensiva vanidad. Sus manos eran finas y aristocráticas y sus uñas estaban siempre muy cuidadas.

- Estamos en deuda contigo, Geoffrey, reaccionaste sin perder tiempo e hiciste lo que era necesario.

- Me temo que no sirvió para mucho.

- Ni yo tampoco resulté muy útil -dijo Karl con gravedad. Se había dejado caer sobre la alfombra mientras se llevaba las manos a la cabeza-. *Ach Gott,* ha sido terrible presenciar una cosa así. Podía haber quedado totalmente aplastado. No pude hacer nada. Sucedió tan deprisa…

Emerson había sacado la pipa y se había puesto a fumar: solía decir que esta sucia costumbre aplacaba sus nervios y puede que tuviera razón. Tan sólo yo podía detectar el esfuerzo que estaba haciendo para permanecer sentado y hablar con sosiego.

- ¿Vio lo que sucedió? -preguntó.

Karl movió con fuerza sus manos.

- ¡Ocurrió tan deprisa! Acababa de bajar para ver la cerámica, cuando la señorita Nefret se puso a chillar… No vi nada más.

- Mmm -dijo Emerson-. Bien, mi querida Peabody, con tu permiso creo que dejaremos la pirámide para otro día. Creo que me limitaré a… vaya, a ir a ver si puedo ayudar a Ramsés.

- Faltaría más, querido -dije comprensiva-. Lo que tú digas.

Karl se excusó, dijo que estaba demasiado trastornado como para seguir trabajando aquel día y se marchó al trote sobre el pequeño burro que había alquilado. El resto de nosotros trabajamos hasta mediodía, y después nos fuimos también a casa. Geoffrey y Nefret cabalgaban delante; cuando Ramsés quiso unirse a ellos, Emerson le hizo volver atrás. Ibamos al paso, uno junto a otro. Yo permanecía callada, haciendo gala de mi tacto habitual, mientras me preguntaba quién sería el primero en romper el silencio.

Hablaron al unísono.

- Padre, yo…

- Ramsés, tú…

Se interrumpieron, evitando mirarse a los ojos y yo aproveché la ocasión para decir:

- ¡Caramba! Tú primero, Emerson.

- No fue culpa tuya -dijo Emerson con brusquedad.

- Estaba a punto de decir lo mismo, señor.

- Vaya, ¿de verdad?

- No niego con ello que la responsabilidad fundamental no sea mía. Esa ha sido siempre su actitud, señor, y yo la comparto. No obstante… -elevó el tono de voz-. ¡Que me aspen si entiendo dónde está el error!

- Si no fuiste tú, ¿qué fue lo que falló? -preguntó Emerson.

- Pueden haber sucedido varias cosas. Un leve temblor de tierra, un repentino hundimiento de la zona que se encuentra justo bajo el puntal, un movimiento imprudente de uno de los hombres… No se me ocurre nada más. Si bajé fue porque Nefret quería esos condenados huesos y yo quería estar completamente seguro de que…

- Entiendo -dijo Emerson-. Bien hecho. Umm…

- No estoy tratando de disculparme -insistió Ramsés-. Pero hemos de considerar la posibilidad de que no fuera de un accidente.

- Sobre todo -dijo Emerson frotándose la barbilla-, si tenemos en cuenta que se trata del segundo en un mismo día.

- ¿Te refieres a la roca que cayó en el pozo? -Ramsés consideró esa posibilidad- Eso reforzaría la teoría de que el responsable pudo ser un temblor de tierra. Ocurren de vez en cuando.

- Sí -dijo Emerson-. ¿Pero no resulta un poco extraño que el temblor se produjera tan sólo aquí?

* * *

Los Vandergelt llegaron puntuales. Nos habían mandado un telegrama desde Meydum, donde habían atracado la noche anterior, avisándonos de que llegarían aquella misma mañana, así que todos estábamos allí para recibirlos. Emerson, como no podía ser menos, dejó a Cyrus apenas el tiempo de almorzar antes de informarle de que debían visitar las excavaciones; Katherine aceptó de buen grado ya que, según dijo, tenía ganas de hacer un poco de ejercicio después de haber estado haraganeando en el barco durante diez días.

- ¿A quién más estáis esperando? -preguntó mientras cabalgábamos por la meseta.

- Howard Carter es el único que se queda en casa. Ha estado en el Delta buscando un nuevo emplazamiento para *Lord* Carnavon. Hemos invitado a un buen número de gente a pasar con nosotros el día de Navidad. Espero que conozcas a la mayoría.

- Sin duda. Cyrus es tan hospitalario que le gusta tener la casa a disposición de cualquier arqueólogo que visite Luxor. ¿Vendrán los Petrie? Nos han dicho que él ha estado en el hospital, espero que no se trate de nada serio.

- Lo han tenido que operar pero se está recuperando sin problemas. Su mujer dijo que no está en condiciones de asistir a una fiesta y que a ella, por su parte, no le parece oportuno venir a divertirse mientras él sigue enfermo. ¿Qué noticias hay de Luxor?

Mientras cotilleábamos un poco sobre nuestros amigos comunes Ramsés, bien porque había recordado con algo de retraso sus buenos modales, o porque su padre así se lo había indicado, se volvió hacia nosotras dispuesto a acompañarnos. A pesar de que le dije que no necesitábamos escolta, él se negó a marcharse, así que nos vimos obligadas a cambiar de tema. Un guiño de Katherine me confirmó que acabaría de contarme la historia del señor Davis y de

la duquesa algo más tarde.

Cuando alcanzamos a los demás, Emerson estaba discutiendo con Cyrus sobre la cronología de la pirámide.

- Reisner la mencionó cuando pasó por Luxor el año pasado, camino del sur -insistía Cyrus-. Dijo que era de la Dinastía II.

- ¡Bah! -dijo Emerson-. Demasiado pronto. ¿Conoces el plano de la pirámide escalonada? ¿Principios de la Dinastía III, no es así? Ésta es, sin duda alguna, posterior. Admito que se está cayendo a pedazos, pero el que la construcción sea de mala calidad se debe al hecho de que el faraón que la mandó construir, quienquiera que fuese, reinó menos tiempo que Zoser. Ven dentro y te enseñaré…

- No Emerson -dije con firmeza-. Cyrus no está vestido para una expedición así.

Ataviado con uno de los vestidos de lino blanco que había ordenado que le hicieran a medida, Cyrus se acarició su barba de chivo y sonrió.

- Gracias, Amelia, creo que dejaré la visita para algo más tarde. Sabes que el interior de las pirámides no me vuelve loco como a otros. ¿Qué hay de las tumbas privadas? A veces se encuentran cosas interesantes en ellas.

- ¿Cuándo abandonarás esa obsesión de aficionado por los objetos interesantes? -inquirió Emerson de buen humor (el buen humor de Emerson, claro está)-. Los únicos objetos que me importan son los que me permitirán identificar al constructor de la pirámide. Si lo que quieres son tumbas privadas, las tienes en el Cementerio del Oeste. Hasta ahora las sepulturas son de reducidas dimensiones y pobres, pero estoy decidido a despejar por completo la zona, a diferencia de otros excavadores que…

Se marcharon cogidos del brazo: Emerson conferenciando y Nefret andando a su lado. Tras preguntarnos si queríamos que se quedara con nosotras, a lo que le respondimos con una clara negativa, Ramsés fue detrás de ellos.

Al ver alejarse la figura alta y erguida de mi hijo dejé escapar un suspiro.

- Algo te preocupa -dijo Katherine, con la intuitiva comprensión propia de una amiga-. ¿Tiene que ver con Ramsés?

- No estoy preocupada, en absoluto. Pero me gustaría que sentara la cabeza. Parece como si no acabara de saber lo que quiere.

- ¡Mi querida Amelia! Ha conseguido ya mucho para su edad. El inicio de la gramática egipcia, los volúmenes sobre los templos de Tebas…

- Ése es justamente el problema, Katherine. Ha trabajado muy duro y no se ha cuidado lo suficiente.

- ¿No te estás contradiciendo? -preguntó Katherine con una sonrisa-. Lo único que quieres es que se quede en casa para poder controlar todos sus movimientos.

- Nunca he sido una madre empalagosa, Katherine, y tú lo sabes. La verdad es que Emerson le ha echado mucho de menos.

- ¿Emerson?

- Y también Nefret, por supuesto.

- Por supuesto.

- Está bien, no importa. Alá proveerá, como hubiera dicho el querido Abdullah. ¿Quieres entrar en la pirámide?

- Ni hoy ni nunca -su sonrisa divertida y afectuosa se ensombreció, al ponerse seria-. Ni tampoco Cyrus, si puedo evitarlo. Desde que os marchasteis se muestra siempre más aburrido e inquieto. Luxor no es lo mismo sin vosotros. Creo que Cyrus sería capaz de abandonar su amado castillo y de solicitar el permiso para excavar en la zona de El Cairo con tal de poder estar juntos. A mí también me gustaría, pero no quiero que Cyrus se dedique a arrastrarse por el interior de las pirámides. ¿No podéis encontrarle unas cuantas tumbas interesantes y poco arriesgadas?

Tomando la mano que me ofrecía, le di un ligero apretón: su declaración de afecto me había emocionado pero no podía evitar sonreír ante su ingenuidad. Aunque había aprendido mucho sobre egiptología desde su matrimonio con Cyrus, lo único que le interesaba de aquella disciplina era el modo en que ésta podía afectar a su marido.

- Mi querida Katherine, nada podría causarme más placer que la perspectiva de teneros de nuevo como vecinos. Si estuviera en mis manos, haría todo lo que fuera necesario pero, últimamente, no tenemos influencia alguna sobre el señor Maspero; como puedes ver, mi querido Emerson se ha visto obligado a aceptar insignificantes cementerios y pirámides inacabadas. No obstante, Cyrus está en mejores términos con el señor Maspero de lo que lo estamos nosotros. Quizás, adulándole de la forma apropiada… ¿Qué

tipo de tumbas te gustarían?

- Me da completamente igual, mi querida Amelia, con tal de que no tengan pozos profundos y túneles que se derrumben -inclinándose hacia mí, bajo la voz-. Cyrus preferiría morir antes que admitirlo, pero la verdad es que ya no es tan joven como lo fue una vez.

- Ninguno de nosotros lo es -dije-. Ni siquiera Ramsés y Nefret lo son.

- Es un tópico idiota, ¿no? Pero creo que entiendes lo que quiero decir. Tu entusiasmo por profundos pasadizos, oscuros como la boca del lobo y llenos de excrementos de murciélago y de momias enmohecidas es algo que nunca he podido entender.

- Bueno, en la variación está el gusto -dije alegremente-. Y no deja de ser una buena cosa también, Katherine, sino, nos pasaríamos la vida luchando como los gatos de Kilkenny* por las mismas cosas.

La cena de aquella noche fue muy divertida. Cyrus había traído varias botellas de champán e insistió en brindar por todo y por todos. Aprovechó el brindis final para hacernos un anuncio.

- Éste va por vosotros, mi gente, mis mejores amigos, mi familia más cercana. Os hemos echado tanto de menos que hemos decidido dejar nuestra casa en Luxor para venir a El Cairo, ¿no es así, Katherine? Voy a ir a ver al señor Maspero después de Navidad para pedirle un permiso de excavación para la próxima temporada.

Nuestras exclamaciones de entusiasmo y sorpresa hicieron que Cyrus sonriera contento y comenzara a preguntar a Emerson sobre posibles emplazamientos.

Mi participación en la conversación fue intermitente ya que estaba preocupada por el consejo de guerra que iba a tener lugar en breve. Habíamos decidido celebrarlo aquella misma noche: Howard llegaría al día siguiente y al otro era ya Navidad. Soy de la opinión de que las cosas desagradables hay que afrontarlas lo antes posible y, al menos, aquello iba a resultar desagradable. Pedimos a Daoud y a Selim que se unieran a nosotros después de cenar. Mientras abría la comitiva en dirección al patio, iluminado por la luz de los faroles, iba pensando sobre el mejor modo de conducir el asunto.

* Expresión proveniente de una fábula irlandesa, cuyo significado es batirse en duelo a muerte por una cosa. *(N.de la T.)*

Lo más importante era mantener la discusión bajo control sin permitir que el hilo de la misma se perdiera con inútiles demostraciones emotivas. Tenía mis buenas razones para pensar que Emerson no sería capaz de llevar a cabo una cosa así. Cree ser una persona racional y fría y se equivoca por completo.

Había, sin embargo, un individuo sobre cuya capacidad para reprimir sus impulsos se podía contar sobradamente así que, mientras los otros se acomodaban en sus sillas, lo llamé aparte.

- Ramsés, creo que el mejor modo de afrontarlo es contando simplemente a nuestros amigos cómo descubrimos el asunto de las falsificaciones y los pasos que hemos dado hasta ahora para resolverlo. Cuéntalo como si se tratara de una historia o de una declaración a la policía…

- ¿Quieres que sea *yo* el que lo haga? -preguntó Ramsés, frunciendo sus expresivas cejas negras.

No pensé que la pregunta fuera una negativa sino, más bien, una expresión de sorpresa.

- Sí, ¿por qué no? Has conseguido superar más o menos tu tendencia juvenil a la verborrea. Sé conciso y atente a los hechos. Incluye todos los detalles que consideres pertinentes pero deja a un lado los superfluos. Abstente de expresar tu opinión. Deja claro a nuestros amigos que, ni por un momento, hemos dudado de la integridad de David, pero no te extiendas demasiado sobre la intensidad de nuestros sentimientos y sobre nuestro compromiso de… -me interrumpí a mitad de la frase y le miré más de cerca. Aquel ángulo del patio estaba bastante oscuro. Me puse de puntillas para poder ver su cara con mayor claridad-. No estarás, por casualidad, rechinando los dientes, ¿verdad Ramsés?

- No, madre.

- Aprietas los labios como cuando estás exasperado.

- No estoy exasperado, madre. De hecho, es casi lo contrario. Pero -dijo, mirando por encima de mi cabeza-, aquí están Daoud y Selim. Dime cuándo quieres que empiece.

- Te haré una señal -le prometí.

Daoud, el hermoso Brummel* de la familia, se había vestido para la ocasión con ropa de seda y un asombroso turbante. Selim, con un vestido algo menos extravagante pero elegante, estaba muy guapo. Fátima sirvió el café mientras Emerson ofrecía el coñac. Yo

fui una de las que aceptó esta última bebida lo que hizo que Cyrus me lanzara una interrogante mirada.

- Está bien, amigos -dijo, a la manera lenta y bonachona de los americanos-. Me parece que aquí está pasando algo. De no ser así, debéis explicarme entonces qué hacemos sentados en círculo como si fuéramos un consejo de administración; Amelia bebe coñac en lugar de whisky con soda; Emerson se ha comido casi la mitad de la boquilla de su pipa; y la señorita Nefret, está tan nerviosa como un pájaro con un gato rondando alrededor de su nido. ¿Saben Daoud y Selim de lo que se trata o están también en la más absoluta ignorancia?

- No lo estarán por mucho tiempo -dije-. Ni tampoco vosotros. Tienes razón, Cyrus. Tenemos algo que contaros, a todos vosotros. Os ruego que -incluyendo a Daoud y Selim- contengáis vuestras demostraciones de sorpresa, pena o indignación hasta que hayamos acabado con la historia; sería una pérdida innecesaria de tiempo ponerse a comentar…

Ramsés carraspeó.

- Sí -dije-. Adelante, Ramsés.

Su relato fue bastante bueno y empezó con la visita del señor Renfrew con el escarabajo y sus acusaciones sobre David. Selim reaccionó limitándose a inspirar con fuerza. El honesto entrecejo de Daoud frunció la expresión del rostro; al verlo, Nefret, como si se tratara de un pájaro, fue a posarse sobre un cojín junto a su silla y le tomó la mano.

Nadie pronunció una palabra hasta que Ramsés acabó su narración con una declaración sobre los infructuosos resultados de nuestras visitas a los comerciantes de El Cairo.

- A pesar de todo, daremos con el hombre -dijo, mientras su mirada se encontraba con la oscura mirada de Selim.

- No está mal -me apresuré a decir.

Cyrus bajó su grandísima mano, apoyándola sobre su rodilla.

- ¡Vaya! ¡Esto sí que es de verdad una revelación! Me preguntaba cómo podría abordar el tema.

* George Brummel: Personaje inglés (1778-1840) llamado «arbitro de la elegancia» por su extrema exquisitez en el vestir. *(N de la T)*

- ¡Maldición! -dijo Emerson pacífico-. Compraste una de las

falsificaciones, Vandergelt, ¿no es así? ¿Por qué no lo mencionaste antes?

- No sabía que se trataba de una falsificación -protestó Cyrus-. Maldita sea, Emerson, todavía no me puedo creer que lo sea. Lo que me apuraba era el origen… creo que debería decir mejor el supuesto origen. Me parecía extraño que David estuviera vendiendo a extraños la colección de Abdullah, en lugar de ofrecérsela a amigos como… bueno, como yo. Habría obtenido un precio mejor y me habría hecho un favor.

- ¿Y eso no levantó tus sospechas? -preguntó Emerson-. La verdad, Vandergelt, un experto como tú debería de haberse dado cuenta antes.

- Sí, puede ser -Cyrus sacó uno de sus Cheroots y se entretuvo encendiéndolo. Después de esperar en vano a que diera más detalles, Emerson mostró sus dientes en una sonrisa carente por completo de humor.

- ¿Veis a lo que nos enfrentamos? -comentó, dirigiéndose a los presentes-. Vandergelt nos conoce bien; conocía y respetaba a Abdullah y, aun a pesar de ello, ha sido capaz de creerse lo de la colección falsa.

- Si Abdullah hubiera hecho una cosa así, no perdería por ello mi respeto -se defendió Cyrus-. Vamos, Emerson, admiro tus principios pero la verdad es que son impracticables. Podría entender que David se hubiera decidido a vender los objetos sin decirte nada: te habrías puesto hecho una furia.

Selim habló por primera vez, con una voz tan plana y afilada como la hoja de un cuchillo.

- Mi venerado padre no tenía una colección de antigüedades.

- ¿Estás seguro? -preguntó Cyrus. Los ojos del joven resplandecieron y Cyrus le tendió una mano conciliadora-. No dudo de tu palabra, Selim. Estoy tan sólo tratando de aclarar las cosas.

- Abdullah era un hombre de honor y también mi amigo -dijo Emerson-. No podría reprocharle el haber hecho lo que la mayor parte de los egipcios y de los ingleses hacen. No creo, sin embargo, que haya sido capaz de hacerlo a mis espaldas.

- No lo creo yo tampoco -dijo Selim-. Pero esta historia no tiene sentido, Padre de las Maldiciones. Usted asegura que los objetos son falsos. Si ello es así, y usted rara vez se equivoca en estas cosas, es

el honor de David, y no el de mi padre, el que se encuentra en entredicho. Coleccionar antigüedades no es un crimen; vender falsificaciones sí. ¿Iría David a la cárcel si se demuestra que es culpable?

Daoud dejó escapar un grito de alarma. La complejidad del problema que, desde un primer momento, había resultado clara para la rápida inteligencia de Selim, había confundido, en cambio, a nuestro sencillo amigo quien, a pesar de todo, había conseguido entender la última frase.

Nefret apretó su mano.

- No es culpable, Daoud, y lo probaremos, pero para ello necesitamos tu ayuda. Las falsificaciones son perfectas, mejores incluso que las que hacía el antiguo maestro de David, Abd el Hamed. ¿Has oído hablar de alguien como él?

Daoud sacudió su cabeza. Ser simple no es lo mismo que ser estúpido y el cerebro de Daoud funcionaba, su único problema era que lo hacía algo más lentamente que el de los demás.

- No se me ocurre nadie, ¿y a ti Selim?

- No en Gurneh -Selim parecía seguro de ello, y podía estarlo. Al igual que su padre, tenía una gran relación con los comerciantes de antigüedades de su ciudad natal-. Pero Egipto es largo. Asuán, Beni Hassan… cualquier pueblo puede dar un genio de ese tipo. ¿Dice que es mejor que Abd el Hamed? Eso resulta difícil de creer.

- Puedes verlo con tus propios ojos -dijo Ramsés-. Como ya he dicho, conseguimos comprar algunas. Las tengo aquí conmigo, ¿puedo, padre?

Emerson asintió.

- No creo que hayas traído contigo lo que compraste, Vandergelt. ¿De qué se trata?

- Lo he traído. No me quedaba otro remedio: lo compré en Berlín y pensé que el correo internacional no era el mejor modo de hacerlo llegar sano y salvo hasta casa.

Ramsés y Cyrus nos abandonaron durante unos minutos. La atmósfera había cambiado, y se podía percibir el mismo sentimiento de alivio que sigue a una violenta discusión familiar (un estado al que estoy bastante acostumbrada). ¡Era increíble lo bien que se habían tomado la noticia! Un refrescante sentimiento de renovado optimismo me invadió. ¡Con la ayuda de aquellos resueltos aliados

y queridos amigos, el caso estaba prácticamente resuelto!

Nefret, orgullosa de su habilidad para preparar el espeso y oscuro café turco, trajo otra jarra; Selim se recostó en su silla y encendió un cigarrillo; Daoud me dirigió una mirada interrogativa.

Ramsés volvió al poco tiempo, transportando la caja en la que había ido almacenando las falsificaciones; Emerson acercó una pequeña mesa y una de las lámparas. Tras desenvolver los objetos, los iba pasando de uno en uno a Selim, quien los examinaba cuidadosamente antes de ponerlos en manos de Daoud.

- Tiene razón, Padre de las Maldiciones -admitió Selim-. Son las mejores falsificaciones que he visto en mi vida. ¿No hay ningún error en la escritura?

- No -dijo Ramsés-. Pero… -al acercarse Cyrus a la mesa se interrumpió.

- Me costó un poco encontrarlo -explicó-. ¿Puedo verlos? -los inspeccionó con el mismo cuidado con que lo había hecho Selim-. Está bien, me rindo -dijo al final-. ¿Dónde está el error?

- En ninguna parte -dijo Ramsés, mientras los colocaba en hilera sobre la mesa: dos escarabajos y una figura masculina que llevaba una extraña prenda de vestir muy ajustada y un raro y pequeño casquete en la cabeza-. Éstas son las sobras -dijo-. Las mejores piezas fueron vendidas apenas salieron al mercado, lo que sucedió, según podemos determinar aproximadamente, a finales de la primavera del año pasado. Los escarabajos como el que nos robaron son de tayenza; en otras palabras, hechos a partir de una sustancia que no es difícil de producir: no se requiere un excesivo talento artístico para sacar el molde de una pieza conocida y añadirle ciertos detalles que aumenten su valor artístico.

- ¿Qué es lo que piensas tú, Ramsés? -pregunté.

- Tan sólo que los objetos en cuestión los puede haber hecho alguien que es un experto en historia y jeroglíficos pero que, no por ello, tiene que estar dotado de un talento artístico fuera de lo común. Podría ser el caso de esta figurita. Está tallada en alabastro, una piedra relativamente blanda y la simplicidad de las formas del vestido y del gorro, hacen de Ptah uno de los dioses, quizá, más fáciles de esculpir. Tanto la cara como las manos están convenientemente rayados y desgastados, como puede verse, y el cetro que lleva está roto.

- Ummm -dije-. Cyrus, me recuerdas al gato que acaba de comerse al canario, ¿qué pasa?

- Admiro tu razonamiento, joven amigo, y te aseguro que odio tenértelo que desmontar -dijo Cyrus-. Pero quizá sea mejor que eches una mirada a esto.

Con cuidado, fue apartando el algodón en rama que envolvía el objeto. A primera vista, no había nada particularmente impresionante: una figura sentada, pequeña y algo rechoncha, y tallada en un material marrón. Antes de que pudiera verla más de cerca, Emerson se la quitó a Cyrus de las manos.

- ¡Por todos los demonios! -remarcó mientras se la tendía, no a mí, como razonablemente había esperado, sino a Ramsés.

- ¡Déjame ver! -Nefret, que daba menos importancia a su dignidad que yo, se puso detrás de Ramsés y se inclinó sobre él para poder mirar por encima de su hombro-. No lo entiendo -dijo, con una mirada llena de asombro-. ¿Qué es lo que tiene de tan extraordinario?

- ¿Quieres verla, madre? -preguntó Ramsés, apartando con mucha delicadeza la pequeña mano que tenía sobre su hombro y se inclinaba hacia delante.

- ¿El comerciante dijo que pertenecía a la colección de Abdullah? -preguntó Emerson.

- Sí -sonrió Cyrus.

- Es de marfil -dijo Ramsés-. Se trata de la imagen de un faraón con la corona blanca y el ajustado manto que se ponían durante ciertas ceremonias.

- ¿Cuántos años tiene? -pregunté, intrigada-. O mejor dicho, ¿cuántos años se supone que tiene?

- No hay duda alguna sobre ello -dijo Ramsés-. Hay una hilera de jeroglíficos en la base. Sin *cartouche,* no los usaban todavía en aquella época, tan sólo un título real y un nombre. El de Horus Netcherkhet.

- Zoser -dijo Cyrus-. Dinastía II, constructor de la Pirámide Escalonada. De él hay tan sólo otra estatua conocida. ¿Y bien, Emerson, querido amigo?

Emerson alargó la mano para alcanzar su pipa.

- Vandergelt, lo siento. Esta me habría engañado a mí también. Los detalles del vestido y la técnica, incluso los jeroglíficos son

exactamente los de la época. El modo en el que envejecieron el marfil no lo sé; quizá la hicieran pasar a través de un camello. ¿Cuánto pagaste por él?

- Menos de lo que realmente valdría si fuera auténtico, demasiado si al final resulta no serlo -la sonrisa de Cyrus se desvaneció-. No quiero llamar a nadie mentiroso pero dejadme que os haga una pregunta, ¿ha hablado alguien con David de todo este asunto?

- No -Ramsés consideró que era a él a quien le correspondía responder-. Y a lo mejor deberíamos de haberlo hecho pero con la boda a menos de una semana…

- Puede que haya sido un error pero, en todo caso, la intención era buena -murmuró Katherine.

Nos estábamos desviando del tema, así que decidí intervenir.

- Todavía pareces dudar, Cyrus. Míralo de este modo: David no fue el que vendió estos objetos. Eso significa que el que lo hizo eligió a nuestro amigo como chivo expiatorio lo que significa, a su vez, que es un falsificador y un criminal. La lógica es evidente.

- Ah -dijo Cyrus.

- Y eso -intervino Emerson dogmático- significa que tu rey de marfil es una falsificación. El canal digestivo de un camello…

- Sí, por supuesto -dijo Cyrus-. Todo lo que queráis, mis queridos amigos. Aun así, creo que cuidaré con esmero este pequeño objeto hasta que tengamos con David la conversación pospuesta.

Capítulo 7

Carecen de la aptitud necesaria para el autogobierno pero, dirigidos por oficiales blancos, son hombres que saben luchar.

DEL MANUSCRITO H:

El mensaje llegó el día antes de Navidad. Se trataba de una escueta nota enviada por uno de los comerciantes de antigüedades de El Cairo, en la que nos comunicaba que tenía el obsequio que le habíamos pedido que buscara. Si la nota hubiera estado dirigida a su madre, Ramsés no habría encontrado nada raro en ella; sin embargo, el mensajero había insistido en dársela personalmente a él con instrucciones de esperar la respuesta.

Tras garabatear unas palabras en la parte posterior, Ramsés fue en busca de Nefret.

No sabía a ciencia cierta el modo en el que ésta y su madre habían convencido, intimidado o sobornado a Emerson para que interrumpiera las excavaciones durante unos días, pero sospechaba que Nefret le habría pintado la patética imagen de un Ramsés hermético y doliente que trataba de ocultar dos piernas y varias costillas rotas, cuando lo que en realidad querían era tiempo para poder preparar una sentimental Navidad a la inglesa. Misteriosos paquetes llenaban los armarios; el olor a especias escapaba de la cocina, y su madre y Nefret habían colgado faroles, lazos, ramas de palmera y otros objetos carentes de gusto por toda la casa. Encontró a Nefret en el patio, en precario equilibrio en lo alto de una escalera, colocando un poco de verde sobre uno de los arcos.

- ¿Dónde demonios has conseguido eso? -preguntó sorprendido-. No hay muérdago en Egipto.

Ramsés sujetó la escalera mientras Nefret bajaba por ella.

- En Alemania. Las bayas no paran de caerse, así que he puesto algo de pino para evitarlo. Deberíamos de inaugurarlo, ¿no crees? Diciendo esto, se puso sobre la punta de sus pies, inclinó su cabeza y le besó en la boca.

Como norma, él trataba de evitar esos generosos y dolorosos besos de hermana. Esta vez, sin embargo, fue tan rápida que apenas tuvo tiempo de apartar la cara. Sabiendo que no significaba nada para ella, hizo un esfuerzo para no devolvérselo, pero cuando ella retrocedió vio que sus ojos estaban llenos de asombro y sus mejillas algo más sonrosadas de lo habitual.

- Desde un punto de vista estético y hortícola, creo que falta algo -dijo, contemplando las hojas secas y las bayas ennegrecidas-. Pero supongo que es la intención lo que cuenta. Si has acabado de jugar a las casitas ven aquí donde nuestra madre no pueda oírnos, tengo algo que decirte.

Nefret llegó enseguida a la misma conclusión que él. El rubor de sus mejillas se hizo más intenso y la excitación hizo brillar sus ojos.

- Supongo que no le habrás pedido a Aslimi que encuentre una rara, bonita y carísima antigüedad como regalo de Navidad para mí o para la tía Amelia…

- Debería haberlo hecho, ¿no es así? -una cosa redonda y arrugada rebotó en su cabeza y cayó al suelo.

- No seas tonto. ¡Es una cita! ¿Cuándo?

- He vuelto a mandar el mensaje diciendo que iré enseguida.

- Solo no.

- No hay el menor riesgo.

- No veo por qué no puedo ir contigo. Vamos a ver al profesor -cogiendo su mano, lo empujó hacia las escaleras.

Emerson estaba en su estudio trabajando en sus notas. Cuando Nefret entró repentinamente, sin llamar, levantó la vista frunciendo el ceño. Su expresión era aún más hosca cuando ella acabó de explicarle todo.

Ramsés ya sabía que iba a resultar imposible salir sin Nefret. El problema era ahora evitar que su padre los acompañase. Si lo que sospechaba resultaba ser cierto, la presencia de Nefret sería un excelente camuflaje y no espantaría a su adversario, pero Emerson era otra cosa bien distinta. En el *suk* llamaría la atención como un león en medio de un rebaño de ciervos y no veía qué razón podía

haber para que Wardani confiara en él.

- ¿Qué es lo que te hace pensar que el mensaje es de Wardani? -preguntó Emerson-. Aslimi fue uno de los comerciantes a los que le preguntamos sobre las falsificaciones.

- ¿Por qué tendría Aslimi que dar tantos rodeos? Wardani me prometió que me haría saber si había descubierto alguna cosa; de ser así, tendría que hacerlo indirectamente, y éste podría ser un buen modo de no levantar sospechas; una inofensiva visita al *suk,* a la luz del día.

- Y resultará aún menos sospechoso si yo voy con Ramsés -añadió Nefret.

Emerson cedió, pero insistió en que nos lleváramos a dos de los hombres con nosotros. Ramsés no puso ninguna objeción; los egipcios no llamarían tanto la atención como su padre y siempre les podría ordenar que se mantuvieran a una cierta distancia.

- Intenta estar de vuelta antes de que tu madre se dé cuenta de tu ausencia -dijo Emerson con un suspiro-. Si me pregunta algo le diré dónde habéis ido; es posible que lo haya mencionado antes, pero aún así me gustaría deciros que la sinceridad absoluta entre marido y mujer es la única base posible de un buen matrimonio, aunque…

- Lo entendemos -Nefret le besó en la mejilla y se alejó dando brincos; a coger su sombrero, según dijo.

- Cuida de ella -murmuró Emerson.

- Sí, señor.

Nefret tenía un aire muy recatado, vestida con un sombrero adornado con flores, un largo sobretodo de lino, guantes blancos e impolutos y un par de frívolas babuchas con lazos. Mientras caminaban por la polvorienta carretera, bordeada por dos hileras de árboles, lo cogió del brazo y se le acercó. Ramsés moderó el paso para ajustarse al de ella.

- Gracias, mi niño.

- ¿Por qué?

- Por dejarme venir contigo, sin tener que reñir demasiado.

- Te pido tan sólo que no uses ese cuchillo a menos que debas hacerlo.

- ¿Cuchillo? ¿Qué cuchillo?

Él volvió la cabeza y la miró. Nefret sonrió.

- Sí, señor. ¿Qué es lo que entiendes por «deber»?

Ramsés trató de sopesar la respuesta.

- Cuando esté muriendo desangrado a tus pies y alguien tenga sus dos manos alrededor de tu cuello.

- Ah, está bien. En ese caso, me las arreglaré.

Ojo avizor y sin soltar el brazo de la joven, caminaron a través de las atestadas calles del *suk*. Hassan y Sayid habían recibido instrucciones de quedarse algo retrasados y de no entrar en la tienda. Aslimi estaba ocupado con un cliente, a quien estaba tratando de vender un amuleto descaradamente falso. Al verlos entrar, se sobresaltó y palideció, lo cual no indicaba nada especial; simplemente, que Aslimi era un miserable cobarde y un conspirador despreciable.

El pobre diablo se había quedado tan petrificado que Ramsés tuvo que llevar él solo el peso de la conversación.

- El objeto que encontraste. Ah, ¿en tu oficina? Pues vamos detrás y esperamos hasta que hayas acabado con ese caballero. Tómate todo el tiempo que quieras. No tenemos prisa.

Wardani estaba sentado en la mesa de Aslimi, con los pies sobre una silla. Tras ponerse en pie, le hizo una inclinación a Nefret y una señal con la cabeza a Ramsés.

- Echa el cerrojo a la puerta, por favor. Bienvenida, señorita Forth. No la esperaba, pero me alegro de tener el placer de conocerla finalmente.

- Estaba usted escuchando junto a la puerta -dijo Ramsés, pasando el cerrojo.

- Mirando por el agujero de la cerradura -corrigió Wardani, con un resplandor de dientes blancos. Vestía a la europea y llevaba puestas unas gafas con la montura de acero; la barba y el pelo eran de un gris polvoriento. Examinó a Nefret con un interés rayano en la insolencia, pero se mantuvo en su sitio y se limitó a ofrecerle una silla-. Siéntese, por favor, señorita Forth. Ha sido una buena idea traerla a ella también, amigo mío; debía de haberlo sugerido yo mismo. Ningún caballero permitiría que una dama lo acompañara si temiera que pudiera haber violencia.

Nefret se acomodó ruidosamente sobre la silla.

- Puedo ser tan violenta como Ramsés, señor Wardani, y fui yo la que insistió en acompañarlo a *él*. ¿Tiene noticias para nosotros?

- La mejor de las noticias, es decir, ninguna -dijo Wardani. Cogiendo una pesada caja de plata con cigarrillos, ofreció uno a Ramsés, quien se había colocado tras la silla de Nefret. Ni se le hubiera pasado por la cabeza ofrecérselo a una mujer. Ramsés miró divertido, como Nefret arrancaba de un tirón uno de los cigarrillos de la caja.

- Gracias -dijo.

- De nada -le respondió Wardani, sobreponiéndose con admirable aplomo-. Perdonen que no les ofrezca café. No me extenderé mucho. Se supone que Aslimi es uno de los nuestros, pero es tan cobarde que sería capaz de traicionarme por pura histeria.

- Arriesgarse a venir hasta aquí ha sido un gesto por su parte -dijo Ramsés.

Wardani sonrió y se quitó con delicadeza un trozo de tabaco del labio inferior.

- No podía permitir que me superara en osadía. Fue usted el que se arriesgó la última vez y al hacerlo sabía, creo, el peligro que corría. Escuche ahora. Tengo contactos en cada rincón y en cada tienda de esta ciudad. Siempre ha habido falsificadores de antigüedades; conozco sus nombres y su trabajo, lo mismo que usted. Ninguno de ellos puede ser el hombre que está usted buscando. Ningún comerciante de esta ciudad ha tratado con los objetos que pertenecieron a su *Rais.* La mayor parte de ellos conoce a David de vista; todos ellos conocen su nombre y ninguno de ellos le ha comprado antigüedades. No diría esto a menos que no fuera verdad.

- Le creo -dijo Ramsés.

Wardani no estaba tan tranquilo como aparentaba: ni por un momento dejó de mirar hacia la puerta.

- Así pues, les he dado ya su regalo de Navidad, ¿no es así? El falsificador que están buscando no es David. No es un egipcio. Es uno de ustedes: un *sahib.*

Su labio superior se torció al pronunciar esta palabra. Su cara adquirió un aspecto muy diferente, dejando entrever la crueldad tras las buenas maneras.

- Creo que eso es todo, si me entero de algo más, encontraré el modo de informarles.

Era, a todas luces, una despedida. Nefret se levantó y le tendió la

mano.

- Gracias, si hay algo que pueda hacer para devolverle el favor…

Wardani tomó su mano y, tras bajar el guante, apretó los labios contra su muñeca. Este gesto íntimo era, en realidad, una especie de prueba; como un niño travieso, trataba de averiguar hasta dónde podía llegar antes de provocar una airada respuesta.

«No mucho más lejos», pensó Ramsés.

La respuesta de Nefret fue perfecta: una risa suave y una perceptible pausa antes de retirar la mano de entre sus garras. Wardani esbozó una amplia sonrisa.

- Otra cosa más. No tiene nada que ver con su asunto pero podría ser de interés. Se lo ofrezco como un regalo más a una dama encantadora. Se rumorea que uno de ustedes ha invertido mucho dinero en el otro negocio del que estuvimos hablando. Es un *inglizi,* pero nadie sabe su nombre.

- Entiendo.

- Estoy seguro de ello. Yo saldré por aquí, por la parte de atrás. Esperen dos minutos y entonces pueden abrir la puerta. Y, no estaría de más, por otro lado, que le compraran algo al pobre Aslimi. -Otra sonrisa blanca y resplandeciente acompañó estas últimas palabras.

- Tendremos que comprar algo -dijo Nefret, después de que la cortina que se encontraba en la parte trasera de la habitación hubiera vuelto a su sitio-, para el caso de que la tía Amelia nos pregunte por qué vinimos a El Cairo.

- Creí que ya habías aprendido que es inútil tratar de esconder las cosas a nuestra madre. Sin embargo, y dado que estamos aquí, podría ver si Aslimi tiene algo raro, bonito y muy caro.

Aslimi se sobresaltó y se puso a chillar cuando los vio salir de la trastienda. Ramsés notó que se había mordido las uñas hasta dejarlas casi en carne viva. La perspectiva de la venta le dio nuevos bríos; cuando salieron de la tienda con las compras -ninguna de ellas del gusto de Nefret- era un hombre mucho más feliz.

- No le has creído, ¿verdad? -preguntó Nefret'-. Tratabais tan sólo de ser educados, ¿no es así?

- Le creo, sin embargo. ¡Menudo saltimbanqui!

- A mí me cae bien.

- A mí también. Supongo que entendiste lo que quiso decir con

el comentario que dejó caer al final.

- Imagino que se refería al tráfico de droga.

- Sí.

- Así que ha sido un modo indirecto de decirnos que le debes un favor. Dinero, en pocas palabras.

- Veo que lo vas comprendiendo.

- Yo siempre lo entiendo todo -Nefret le cogió del brazo y dio un pequeño salto, dando a entender a Ramsés que estaba yendo demasiado deprisa. Lo cierto es que no veía la hora de salir del *suk*. La multitud lo ponía nervioso, especialmente cuando se encontraba con Nefret-. Una simple transacción de negocios -continuó ella alegremente-. Información a cambio de información.

- Él quiere algo más que mera información -dijo Ramsés pensativo-. Si presenta por sí solo una acusación contra un inglés no conseguirá nada; viniendo de él lo más probable es que la ignoren o la rechacen. Sin embargo, sabe muy bien que yo sería capaz de hacerlo y que, en ese caso, mi acusación sería difícil de ignorar; sobre todo si contara con el apoyo de nuestro padre, y eso es algo de lo que no podemos dudar.

- Me disgusta pensar que un inglés se pueda ver envuelto en un asunto tan sucio.

- Mi querida niña, la moralidad no tiene nada que ver con los negocios. El comercio de opio ha enriquecido a un buen número de comerciantes ingleses. Hasta hicimos una guerra para obligar a los chinos a aceptar esa vil sustancia.

- Lo sé. ¿No sería estupendo que, al final, Percy resultara ser el criminal?

- Demasiado bonito para ser verdad, me temo -ambos se echaron a reír, pero un leve matiz en la voz de ella hizo que él se viera obligado a preguntarle-: ¿Te ha estado molestando?

- No es necesario que te vuelvas tan fraternal y protector; si me molesta, me las arreglaré yo sola con él.

¿Acaso era aquello una respuesta? Él pensó que no.

Nefret miró por encima de su hombro e hizo una seña. Los dos escoltas que, hasta ese momento, se habían quedado prudentemente rezagados, se apresuraron a reunirse con ellos. Formaban una bonita familia; el hijo de Daoud, Hassan, tenía los mismos afectuosos ojos marrones y la misma amplía sonrisa de su padre.

Mientras cogía los paquetes de Nefret, le preguntó:

- ¿Encontró un bonito regalo para *Sitt Hakim*.

- Creo que le gustará -dijo Nefret.

Emerson perjuraba que nunca había dicho que estuviera de acuerdo en asistir al baile del Shepheard aquella noche. La verdad es que no lo había hecho -no en modo tan explícito, al menos- pero no por ello dejaba de ser cierto que, cuando algunos días antes le había informado sobre el mismo, él no había dicho que *no*. Emerson hizo un llamamiento a Cyrus, sin éxito alguno. A Cyrus le gustaba la vida social y estaba deseando acompañar a su mujer al evento.

Aunque el baile no empezaba hasta medianoche, decidimos cenar antes en el hotel. Era necesario llevar vestido de gala. A pesar de que ni le había gustado, ni le gustaría nunca, Emerson aceptó. En esa ocasión, se embutió en su camisa almidonada sin apenas refunfuñar, aceptando la acostumbrada ayuda por mi parte.

En pago por ello, se vio obligado a abrocharme vestido y guantes. Ninguno de nosotros tenía a su servicio un asistente privado, y eso que a Emerson le vendría muy bien tener uno, aunque sólo fuera para encontrar la ropa que pierde o a la que da un puntapié, metiéndola bajo la cama; para coser los botones de las camisas que arranca a causa del impetuoso método que emplea para quitárselas; o para planchar las prendas de vestir que deja tiradas por el suelo; y para zurcir los agujeros que causan las chispas que se desprenden de su pipa; para quitar la sangre que mancha con tanta frecuencia sus camisas y, así, hasta el infinito, por decirlo de algún modo.

Como iba contando, antes de que la irritación propia de una esposa me interrumpiera, ni a Emerson ni a mí nos gustaba ser atendidos por terceras personas. Tener a Emerson arrodillado a mis pies para atarme las botas, sentir sus dedos moverse con delicadeza hacia abajo, por mi espalda, mientras desabrochaba los botones de mi vestido… Quizá sea mejor que no siga. Cualquier mujer con un poco de sensibilidad podrá entender la razón de que no quiera cambiar las atenciones de Emerson por las de la más eficiente de las doncellas: no tendría el mismo interés. Fátima y su personal, la mayoría relacionados con ella por sangre o por matrimonio,

arreglaban, limpiaban y lavaban la mayor parte de las cosas para la familia, y hubieran hecho aún más si se lo hubiéramos permitido.

Cuando estuve lista, fui a ver si Nefret necesitaba mi ayuda, pero la encontré ya vestida. Fátima se afanaba con su pelo mientras, a su lado, una de sus hijastras, hija de la segunda mujer de su marido, la observaba atentamente. Elia era una hermosa niña, de apenas catorce años, que aspiraba a convertirse en la doncella de Nefret, a quien admiraba enormemente. Nefret no era mucho más entusiasta que yo por este tipo de atenciones pero no quería desanimar a la niña, que era inteligente y ambiciosa y que asistía al colegio gracias a nuestra ayuda.

- No quiero meterte prisa, querida, pero los demás nos están esperando -dije, sonriendo a la cara resplandeciente que reflejaba el espejo.

- Estoy lista -Nefret se levantó de un salto del tocador-. Falta tan sólo mi abrigo… Oh, gracias, Elia. No me digas que Ramsés está esperando, tía Amelia, él nunca es puntual.

Sin embargo, Ramsés salió de su habitación al mismo tiempo que nosotras abandonábamos la de Nefret. Enderecé su corbata y cepillé algunos pelos de gato que tenía en la manga, operaciones que él soportó con su habitual hermetismo. Esplendorosos, nos dirigimos después hacia nuestros carruajes y, de ahí, al hotel.

Me habían dicho que el Shepheard no estaba ya considerado como el hotel de moda en la ciudad. La juventud elegante prefería el Semiramis o el Savoy, circunstancia en la que yo veía sólo ventajas, dado que así corríamos menos riesgos de encontrarnos con alguna de aquellas estúpidas criaturas. Mi sentido del humor ha sido muy elogiado y me gustan las bromas pequeñas e inocentes pero algunas de las travesuras que realizaban ciertos de aquellos oficiales de «clase alta», hubieran avergonzado a un colegial. Llevarse, por ejemplo, algunas de las hermosas estatuas de doncellas nubias que se encontraban al pie de la gran escalera y meterlas en la cama de la gente era una de sus «proezas» más inofensivas. Se enorgullecían de burlarse de la gente, especialmente de aquéllos cuyo acento, educación, nacionalidad o posición social era diferente de la suya.

El Shepheard había cambiado mucho desde mi primera visita -lo cierto es que había sido reconstruido por completo-, pero formaba

parte de la historia de El Cairo y era rico en recuerdos de grandes e infames personajes, con muchos de los cuales, incluyendo ambas categorías, había tenido una relación personal. Cada parte de su estructura conservaba aquellos maravillosos recuerdos: el grupo de habitaciones del tercer piso, sobre cuya alfombra de la sala de estar se había retorcido, lleno de convulsiones, el señor Shelmadine, tras habernos hablado sobre la tumba escondida de la reina Tetisheri; el magnífico hall de entrada, con sus columnas en forma de loto, pintadas de color albaricoque, bermejo y turquesa, donde Emerson me había rescatado de los brazos de un secuestrador; los rincones oscuros y los blandos divanes del Vestíbulo Moro, donde Nefret había pasado a solas un cuarto de hora con el arrojado y carente de principios, sir Edward Washington.

No creo exagerar mucho si afirmo que conocía a todas las personas relevantes de El Cairo. La mayoría no me gustaba, pero las conocía a todas. Para los europeos que vivían allí o que volvían cada invierno, El Cairo era como un pueblo de provincias estrecho de miras. Los diversos estratos sociales se superponían sin mezclarse nunca, llegando a ser tan rígidos como cualquier sistema de castas. Los oficiales del Ejército Egipcio se encontraban por debajo de los oficiales del Ejército Británico de Ocupación y, ambos, eran inferiores al personal de la Agencia Británica. Los celos, el cotilleo perverso, las camarillas y luchas para conseguir promoción y prestigio nos parecían completamente ridículas a los que teníamos la fortuna de quedar al margen.

Fuera de aquellos círculos, en algún lugar de la oscuridad exterior, se encontraban los egipcios, únicos dueños del país.

Cenamos maravillosamente y bebimos una buena cantidad de champán, después de lo cual nos encaminamos al salón de baile. Soy muy aficionada al arte de Terpsícore; tras haber bailado con Cyrus y Emerson, Ramsés me empujó, sumiso, hacia la pista de baile, luego, sumiso me devolvió a mi silla y, una vez hecho esto, desapareció. Pocos instantes más tarde, un caballero se aproximó hasta nosotros y pidió permiso para presentarse.

- Le hubiera pedido a su marido que lo hiciera -explicó-, pero no lo veo por ninguna parte. Mi nombre es Russell, señora Emerson, Thomas Russell.

Me moría de curiosidad. El señor Russell era el jefe de la policía

de Alejandría. Había oído hablar de él como de un oficial ejemplar y así se lo hice saber, añadiendo que mis diversos encuentros con los oficiales de policía de El Cairo no me habían dejado una gran opinión sobre ellos.

- Puedo entender por qué -dijo Russell, educado-. He estado deseando conocerlos durante mucho tiempo, señora Emerson, dado que tanto usted como su familia tienen una gran reputación por haber detenido a muchos criminales. Me trasladan a El Cairo, como ayudante del comisario, y espero llegar a merecer de usted la aprobación que mis colegas no han logrado conseguir.

Le felicité por su ascenso -El Cairo era el cuartel general para todo el país- y, como los músicos habían empezado a tocar de nuevo, él me invitó a bailar.

- Tendremos que considerar que hemos sido convenientemente presentados -dije, en broma-. Buscar a Emerson sería una pérdida de tiempo; probablemente estará fumando entre los arbustos, pensando en las musarañas.

Russell se echó a reír.

- Sí, conozco las costumbres del profesor. ¿Está también su hijo fumando entre los arbustos? Tampoco le veo.

- ¿Conoce a Ramsés?

- Tuve casi el honor de arrestarlo hace unos años -dijo Russell. La mirada que le dirigí, llena de sorpresa y disgusto, borró su sonrisa. Se apresuró a añadir-: Era tan sólo una broma, señora Emerson.

- Ah -dije distante.

- Déjeme que le explique.

- Le ruego que lo haga.

- No sabía de quién se trataba, ¿sabe? -dijo Russell-. Una tarde entré en un café de Alejandría y me encontré con un grupo de jóvenes, creí que todos ellos eran egipcios, que escuchaban a un orador que les hablaba sobre las injusticias de la ocupación británica, como la llamó él…

- ¿Es que acaso no es así?

- Bueno, no fue mucho después del suceso de Denshawai y teníamos los nervios de punta; cuando vi que la discusión empezaba a caldearse, les dije que se metieran en sus asuntos. Su hijo se negó: educado, en un árabe impecable, aunque decidido. Como todos los

demás, vestía ropa europea, pero la llevaba como un egipcio; creo que usted entenderá lo que quiero decir.

- Sí, lo sé muy bien.

- No estaba acostumbrado a que los egipcios me respondieran así, especialmente unos jóvenes alborotadores como aquéllos. Él parecía ser el líder, era el que hablaba, en cualquier caso, así que me identifiqué y le dije que, o se marchaba de allí, o me vería obligado a arrestarle. Entonces me dedicó una de las sonrisas más irritantes que he visto en mi vida y se identificó *a sí mismo,* ¡en un inglés tan impecable como lo había sido su árabe! En ese punto, el resto de la gente había desaparecido con la excepción de un tipo que Ramsés me presentó como David Todros. Ese joven demonio, perdóneme, señora, me invitó acto seguido y en el tono más relajado posible, a beber algo con ellos.

- Típico de Ramsés -admití-. Nunca me contó ese incidente, señor Russell. Ramsés es propenso a guardar silencio.

- Entiendo. Yo había oído hablar de él, todo el mundo en Egipto conoce a su familia, señora Emerson, y me había divertido su sangre fría, así que acepté su invitación. Hablamos durante un buen rato. Supongo que nunca se le habrá pasado por la cabeza aceptar un trabajo como policía. A decir verdad, alguien que se parece a un egipcio y que habla árabe como un nativo podría resultarme muy útil.

Evidentemente, el señor Russell desconocía por completo las aventuras de Ramsés bajo la apariencia de Alí *el Rata* y el resto de sus repugnantes personajes. Recé con devoción para que nunca llegara a saberlo y me limité a contestarle que mi hijo estaba destinado a hacer carrera en el campo de la egiptología. Cuando la música finalizó, el señor Russell me dio su brazo para acompañarme fuera de la pista.

- Una advertencia tan sólo, si me permite -dijo en voz baja y con un tono muy diferente-. Puede que se haya preguntado cómo es que recuerdo todavía el nombre del amigo de su hijo. La razón es que él mismo figura en los expedientes de la policía de El Cairo, señora Emerson. Si el joven Todros es todavía amigo…

- Su relación conmigo tiene que ver ahora con su matrimonio, señor Russell. Se casó con mi sobrina en noviembre.

- ¿Qué? ¿Casado?

Le sostuve la mirada y, apenas un momento después, me sonreía con ironía.

- Una razón de más para tener en cuenta mi advertencia, entonces. Intente mantener al muchacho alejado del conflicto. Kitchener no permitirá que los nacionalistas causen disturbios.

- Gracias por la advertencia.

- Gracias por el baile, señora. Si Ramsés cambia algún día de opinión sobre la egiptología, no dude en enviármelo.

DEL MANUSCRITO H:

Ramsés compartía con su padre la aversión por las cenas formales y los bailes. En cierto modo, estos acontecimientos le resultaban aún más difíciles de soportar que a Emerson, a quien no le importaba nada que no fuera la egiptología y que se negaba a aparentar lo contrario; que prefería la compañía de sus amigos egipcios a la de los ceremoniosos oficiales y «gente bien» y no tenía tampoco ningún problema en decirlo a las claras. Ramsés no había alcanzado el mismo grado de rudeza y dudaba que algún día llegara a hacerlo, no, al menos, mientras su madre estuviera cerca. Seguía dejándose caer de vez en cuando por el Turf Club y por los bares de los hoteles, casi como lo haría un explorador que investigase las extrañas costumbres de los masai o de las tribus del África occidental. Cada vez que lo hacía, no conseguía soportarlo mucho tiempo. Aquellos arrogantes forasteros le daban dentera: estaban demasiado convencidos de su superioridad sobre todas las demás naciones y sobre cualquier raza, persona o clase social.

La sala de baile se llenó enseguida. Ramsés se movía sin parar; la experiencia le había enseñado a evitar determinadas matronas que, acompañadas por jóvenes recién llegadas, se dedicaban a dar la lata a los hombres solteros. Muchas de aquellas jóvenes no habían conseguido encontrar marido en casa y se dirigían hacia la India donde, presumiblemente, los hombres tenían menos donde elegir; desde el momento en que su objetivo era el matrimonio y sus requisitos pocos, las damiselas estaban incluso dispuestas a probar primero suerte en El Cairo.

Ramsés bailó con su madre y con la señora Vandergelt y, observando que Nefret parecía tremendamente aburrida mientras hablaba con el ministro de Economía, escapó hacia el bar. Maude y «compañía» no se habían dejado ver, pero tenía el terrible

presentimiento de que lo harían tarde o temprano. Nefret había mencionado que la familia asistiría al baile y él no había podido dejar de notar la mirada que Maude le había dirigido. ¿O, acaso, se estaba convirtiendo en uno de esos imbéciles pagados de sí mismos que piensan que cada mujer que encuentran les persigue? Temía, sin embargo, que este caso fuera bien distinto. Maude era un auténtico estorbo y él no sabía qué hacer con ella. Uno no puede decirle a quemarropa a una inofensiva muchacha que es un fastidio y una lata, y pedirle que le deje en paz. Las mujeres lo tenían más fácil: cuando un hombre las molestaba, podían usar toda la rudeza que fuera necesaria.

Siempre y cuando se tratara de damas. Si no lo eran, constituían un objetivo legítimo para algo peor que una simple molestia. No, la verdad es que las mujeres no siempre lo tenían más fácil.

Con su vaso de whisky en la mano, meditaba tristemente y en silencio, cuando oyó el crujido de una falda; al levantar la vista vio que se trataba de Nefret.

- Pensé que estarías aquí -dijo-. Apártate.

Antes de que pudiera ponerse de pie, ella se había apretado contra él sobre el curvo taburete. Él descendió entonces del mismo, y alzó una mano para llamar al camarero. El desgraciado individuo lanzó una mirada frenética hacia el bar donde, lleno de arrogante esplendor, se encontraba Friedrich, el jefe de los camareros, quien se encogió de hombros y alzó la vista. A las mujeres no se les permitía el acceso al bar, excepto en la noche de Fin de Año, pero Nefret entraba cuando le parecía y poca gente tenía el valor suficiente para impedírselo. Friedrich no, desde luego. Ni tampoco Ramsés.

- ¿Qué es lo que te tiene tan pensativo? -le preguntó mientras se quitaba los guantes.

- Las mujeres.

- ¿Alguna en particular o las mujeres en general?

- ¿Qué quieres beber?

- Champán.

- Has bebido ya bastante durante.la cena.

- Y voy a beber algo más ahora.

- Está bien, una copa. Se supone que no deberías estar aquí, ya sabes; lo más probable es que algún remilgado *sahib* se queje y le

cree problemas a Friedrich -hizo una seña al camarero con la mano para que se alejase y la miró más de cerca. El rincón estaba oscuro, iluminado tan sólo por la luz de la vela que se encontraba sobre la mesa, pero podía leer sus sentimientos en la curva de su labio inferior o en el tamborileo de uno de sus dedos-. ¿Qué pasa Nefret?

- Nada malo… Qué es lo que te hace suponer… ¡Oh, maldita sea!

El oficial que se encontraba junto a la puerta llevaba el uniforme de gala: oro y carmesí, espada y charreteras. Parecía estar buscando a alguien.

Ramsés apartó la mesa y se levantó.

- ¿Qué estás haciendo? -siseó Nefret.

- ¿Qué es lo que ha hecho Percy para que intentes evitarlo de ese modo? No es propio de ti irte escondiendo por los rincones.

- ¡No me escondo por los rincones! -Nefret se puso de pie. No había contestado su pregunta y él se dio cuenta de que se aferraba a su brazo algo más de lo habitual mientras se dirigían a la entrada del bar.

Percy los saludó efusivamente.

- He visto al profesor y a la tía Amelia en la sala de baile así que he pensado que no podíais estar muy lejos. La señorita Reynolds te está buscando, Ramsés, viejo amigo. ¿Me concederá un baile, Nefret?

- He prometido bailar el próximo con el profesor -al decir esto tiró de Ramsés-. Me estará buscando.

Percy los acompañó al salón de baile. Emerson no estaba a la vista; lo más probable era que hubiera abandonado el hotel en busca de una compañía más de su agrado entre los vendedores callejeros y los mendigos.

Al ver a su madre bailar con Thomas Russell, de la policía de Alejandría, Ramsés pensó si ella no estaría sermoneándole, de acuerdo con una de sus viejas manías, sobre la inexplicable estrechez de miras de la policía que, hasta la fecha, se había negado a incluir mujeres entre sus empleados.

Vio también que Maude bailaba con Geoffrey y que ninguno de los dos parecía divertirse mucho: los ojos de Maude se paseaban por la habitación y era evidente que Geoffrey se aburría. Geoffrey no solía acompañar a los Reynolds en sus salidas nocturnas por lo que

Ramsés se preguntó cuál sería la razón que le había llevado hasta allí aquella noche. Aunque, bien pensado, la sabía de sobra. Cuando Geoff vio a Nefret, la expresión de su cara, antes distante, se iluminó. Apenas sonaron los últimos acordes se acercó al grupo con su compañera.

- No sabía que os conocíais -dijo Ramsés al ver que Percy daba un taconazo y besaba la mano de Maude. Daba la impresión de que Geoff quería besar a Nefret, pero no se atrevió.

- Oh, sí -dijo Maude-. Imagine mi sorpresa cuando el teniente Peabody se presentó y me dijo que era su primo. No se ven ustedes mucho, ¿no es así?

- Percy tiene sus obligaciones -dijo Ramsés-. Y nosotros nuestro trabajo. A él no le interesa la egiptología.

- Vamos, viejo amigo, sabes que no es verdad. He llegado a la conclusión de que puedo ser de más utilidad a mi país formando parte del ejército, pero lo cierto es que hubo una serie de motivos personales que me obligaron a abandonar el estudio de la egiptología -Percy suspiró-. Mis queridos tíos no se preocuparon mucho por mí.

- ¿De verdad? -exclamó Maude-. Vaya, siento haber dicho algo inoportuno. No era mi intención sacar un tema tan doloroso.

- Es doloroso para mí -dijo suavemente Percy-. Pero usted no lo podía saber, señorita Reynolds. Me temo que la tía Amelia nunca me ha perdonado ciertas travesuras que hice siendo un niño. Las madres son así. ¡Que Dios bendiga sus queridos y parciales corazones!

Nefret dejó escapar un sonido inarticulado, no exento de una cierta rudeza.

- Fue hace bastante tiempo -dijo Ramsés.

- Estaba seguro de que *tú* no me guardarías rencor, muchacho -Percy le dio una palmada en la espalda-. Están tocando un vals y no veo al tío Radcliffe por ninguna parte. ¿Nefret?

- Éste baile es mío -dijo Ramsés-. Perdónanos.

Dieron vueltas en silencio sobre la pista, siguiendo los empalagosos compases del vals de *La viuda alegre.* Nefret fue la primera en hablar.

- ¡Tío Radcliffe! No se atrevería a llamarlo así a la cara.

- ¿Estás segura de que no tienes nada que contarme?

- No entiendo lo que quieres decir.

- Estuvo sospechosamente educado conmigo y es evidente que hizo todo lo que pudo por conocer a Maude.

- Forman parte del mismo «grupo»: ociosos y superficiales snobs -apoyó su cabeza sobre el hombro de él-. Estoy cansada, ¿me llevas a casa?

- Por supuesto.

Cuando fueron a decirle a su madre que se marchaban se encontraron con que Emerson había ya expresado su intención de abandonar el lugar.

- Y si no vienes conmigo por las buenas, Peabody, te cogeré y te meteré en el carruaje. Carter llegará a alguna hora atroz de la madrugada y tendremos a dos docenas de personas para cenar. Y, además… Ah, ¿ya estás lista? Ah, vaya, ¿por qué demonios no lo has dicho antes?

Incluso el infatigable Vandergelt bostezaba, así que salieron todos al mismo tiempo. Mientras esperaban a que los sirvientes les trajeran sus sombreros y abrigos, Maude y su hermano los alcanzaron.

- ¡Eh, no se estarán ustedes marchando ya! -exclamó Jack-. La velada está a punto de concluir y todavía no me ha concedido ningún baile, Nefret.

Nefret se excusó. Maude no dijo nada. Se limitó a quedarse allí, de pie y con aire triste. De Percy no había ni rastro.

Howard llegó a tiempo para desayunar con nosotros la mañana de Navidad, tras lo cual nos sentamos todos alrededor del árbol, un tanto largo y delgado, de la sala de estar y abrimos nuestros regalos. Evelyn nos había enviado un paquete y lo mismo habían hecho Lía y David, así que nos entretuvimos un buen rato con ellos. No esperaba que Ramsés se mostrara entusiasta con mi regalo de Navidad -una docena de bonitas camisas, con los botones reforzados con mis propias manos- pero había que reconocer que cualquier cosa hubiera resultado igualmente insignificante al lado del que Howard le había traído.

Con toda certeza, el contenido de la caja no hubiera despertado el entusiasmo de mucha gente -dos tablas de madera rotas,

estropeadas y cubiertas por una capa de yeso en la que aparecía escrito un texto hierático-, pero Ramsés enrojeció de emoción al apartar el algodón en rama y quitar el papel que la envolvía.

- ¿Son las tablas que *Lord* Carnavon encontró hace unos años? ¿Quiere que yo…? ¿Me permitirá…?

- Quiere que usted las traduzca y las publique si le interesa -Howard lanzó una carcajada-. Supongo que la respuesta es sí. Vaya, vaya, ¡me siento como Papá Noel! Me gustaría poder hacer siempre felices a mis amigos con tanta facilidad.

- Imagino que las llama las Tablas de Carnavon -murmuró Emerson-. ¡Qué vanidad!

- De algún modo hay que llamarlas -dijo Howard tolerante-. No deja de ser una delicadeza dar al texto el nombre de la persona cuyo dinero financió el descubrimiento y puede que, incluso, sirva para que otros se animen a hacerlo.

Era una opinión muy sensata, así que no sé por qué me daría por recordar en aquel momento la noche, varios años antes, en la que habíamos cenado en el Mena House con un estudioso, muy joven y muy idealista, que nos dijo que no estaba interesado en trabajar para ricos diletantes.

- ¿De qué habla el texto? -pregunté.

- Procede del reinado de Kamose y, según parece, describe la guerra contra los Hyksos. Sabe muy bien de qué hablo, ¿eh, señora Emerson? La historia de Sekenenre y los hipopótamos que usted con tanta habilidad… interpretó, es tan sólo unos años anterior a los acontecimientos que narra este cuento. Quizá pueda usted escribir la continuación.

- No por el momento. Mi próxima tarea será la revisión de la historia de Sinuhé. No estoy completamente satisfecha con la anterior… interpretación.

Howard se echó a reír y aceptó un dulce de miel de la bandeja que Fátima le ofrecía.

- ¡Pobre y viejo Sinuhé! Pero, ¿qué es lo que no iba bien en la vieja, eh…, versión, señora Emerson?

No tenía intención de mencionarlo, por no parecer fanfarrona, pero ya que lo preguntaba…

- Un editor americano me acaba de ofrecer una considerable cantidad de dinero por mis pequeños cuentos de hadas -expliqué

con modestia-. Míos y de David, debería decir, porque estoy convencida de que sus dibujos fueron lo que de verdad le atrajo. Esbozó unos cuantos para *El cuento de los dos hermanos,* sólo para divertirse, y la reacción fue tan entusiasta que ¡hasta nos hemos hecho socios! Hace poco me mandó los dibujos para Sinuhé así que decidí sacar provecho de la ocasión y corregir algunas de mis versiones del mismo. Yo no creo que Sinuhé fuera culpable de…

- Estás equivocada, Peabody -dijo Emerson-. Pero -se apresuró a añadir-, me niego a discutir sobre eso ahora.

Éramos veinticuatro personas a cenar puesto que había invitado a todos nuestros conocidos del mundo de la arqueología que estaban lejos de casa y de las personas más queridas. Llegaron desde sitios tan lejanos como el Delta y El Fayum y entre ellos se incluía la tribu de los Petrie, como Emerson los llamaba; el señor Petrie estaba todavía en el hospital y, aunque no hubiera sido así, los Petrie no eran conocidos por su pródiga hospitalidad. Es muy fácil conseguir pavos en Egipto y Fátima había aprendido a hacer un excelente pudín de ciruelas así que había buena comida inglesa al estilo tradicional y el champán de Cyrus corría alegremente. Al contemplar a mí alrededor las caras sonrientes de todos nuestros amigos me sentí humildemente satisfecha de haber sido capaz de llevar a cabo un acto de bondad cristiana en un día como aquél.

El hecho de que algunos de los huéspedes se encontraran entre mis sospechosos no estropeó el gesto en lo más mínimo. Y no era tampoco el motivo que me empujaba a mantener las copas de vino siempre llenas. El primer brindis fue ofrecido por Howard, en mi honor, y mientras asentía en señal de gracioso reconocimiento deseé sinceramente que pudiera probar su inocencia.

Tras los usuales brindis, a la salud de las damas, los amigos ausentes, su Majestad y el presidente Taft, los jóvenes rivalizaron proponiendo otros más divertidos y conmovedores. Bebimos en honor de los puntos de sutura del señor Petrie, de las tablas de Carnavon y de *Horus* quien, encerrado en la habitación de Nefret aullaba en ese momento como una *banshee.* Jamás habíamos seguido la costumbre de que las damas se retiraran y dejaran a los caballeros a solas con el oporto y los puros, de manera que, cuando dimos por finalizada la cena, dirigí a toda la compañía hacia el patio. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para adornarlo

de la forma más festiva posible: con macizos de flores de Pascua en apretadas hileras y faroles de colores que colgaban de los arcos. Todavía quedaban algunas de las bayas del muérdago que había puesto Nefret.

La mayor parte de los invitados se conocían y como todos ellos parecían estar pasándoselo bien pensé que podía abandonar mis obligaciones como anfitriona por un momento y permitirme un poco de introspección detectivesca. Al retirarme a un ángulo oscuro, quedé algo desconcertada al ver que éste estaba ya ocupado. Las dos formas se separaron cuando tosí haciendo algo de ruido.

- Ofrece a la señorita Maude una taza de té, Ramsés -dije-. A menos que prefiera el café.

- Sí, madre.

Mientras él se encaminaba hacia la mesa del té, Maude me lanzaba una mirada poco amistosa; a pesar de todo, me había parecido notar cierto alivio en la voz de Ramsés. O, al menos, esperaba que así fuera. Y no porque tuviera nada en contra de la muchacha, simplemente consideraba que no se ajustaba a *mi* modelo de lo que debería ser una nuera. Egipto no parecía sentarle bien. Durante la cena apenas había probado bocado y la había notado algo distinta. Tal vez no le había gustado el regalo que Nefret le había hecho: un bonito pañuelo proveniente de Damasco, entretejido con hilos de oro y plata. Tal vez hubiera preferido algo más personal.

No era la primera vez que Ramsés vivía una historia con una joven y no sería, desde luego, la última. Estaba segura de que no siempre era *totalmente* culpa suya. Según había podido observar, no había dado a la muchacha el más mínimo aliento pero, claro está, yo no podía saber lo que hacía a mis espaldas.

Me dije a mí misma, tal y como había hecho ya tan a menudo en el pasado, que las cuestiones amorosas de nuestros hijos no eran asunto mío, tras lo cual me concentré en asuntos más importantes.

Las noticias que el señor Wardani había dado a conocer a los chicos no habían cambiado mucho la situación. Yo creía en sus palabras, y no porque tuviera mucha fe en su veracidad (había aprendido que las causas nobles tienen un efecto deplorable sobre la moralidad de las personas que las abrazan), sino porque sus

afirmaciones no hacían sino confirmar el resto de los indicios que habíamos encontrado nosotros.

Todo ello contribuía a que la situación resultase aún más misteriosa. En todo momento habíamos pensado que el culpable tenía que ser alguien que nosotros conocíamos: sino un amigo, por lo menos un colega o un conocido. A pesar de que no estábamos mucho más cerca de descubrir su identidad, él debía de pensar lo contrario ya que, de no ser así, no nos hubiera prestado tanta atención. Estaba segura de que el derrumbamiento de la mastaba no había sido un accidente. Al poner en relación este suceso con el ataque del que yo había sido víctima un poco antes, el supuesto accidente que sufrió Emerson el primer día que fuimos a las excavaciones adquirió un significado alarmante. El interesante fragmento de vasija podía haber sido colocado allí para desviar a mi marido en su descenso hacia una zona en particular y, a la vez, la piedra podía haber sido aflojada para provocar la caída.

El robo en Amarna House antes de que abandonáramos Inglaterra, era de naturaleza diferente. En aquella ocasión no intentaban causarnos daño alguno; el verdadero móvil era la recuperación del escarabajo falso. Se me ocurrían, sin embargo, dos preguntas: ¿cómo había sabido aquel tipo que el objeto en cuestión se encontraba en nuestras manos? y, ¿por qué estaba tan resuelto a recuperarlo a toda costa? La única respuesta posible a la última pregunta era que, de un modo u otro, en el objeto había algo que podía ayudarnos a identificar al falsificador.

Pensé que quizás no habíamos prestado suficiente atención a este incidente. Ramsés era el único que había inspeccionado el escarabajo más de cerca. De hecho… Sí, había dado muchos detalles sobre las fuentes, así que debía de haberlo traducido. Conociendo a Ramsés, y creo que podía asegurar que lo conocía bien, a través de la dolorosa experiencia que tan sólo una madre puede adquirir, lo más probable era que hubiera copiado el texto o que, por lo menos, hubiera tomado abundantes notas sobre el mismo. Tendríamos que echar un vistazo a aquella traducción. No me considero una experta en jeroglíficos, pero uno nunca sabe cuándo, y a través de quién, puede llegar la inspiración. Y la verdad es que, bastante a menudo, ésta llegaba a través de mí.

La fiebre detectivesca se había apoderado de mí, surgían nuevas

ideas y se abrían nuevas vías de investigación. Un grito de Emerson me recordó mis deberes como anfitriona que casi había olvidado por completo.

- ¡Peabody! ¿Dónde te has metido? ¿Qué…? ¡Ah! -mientras me buscaba como un perro de caza, había entrevisto mi forma. Acercándose hacia mí, preguntó-: ¿Qué haces escondida en la oscuridad? ¿Estás sola?

- Claro que lo estoy. ¿Qué es lo que quieres?

- Sólo tu compañía, querida -Emerson parecía un poco avergonzado. El profundo cariño que siente hacia mí lo vuelve excesivamente receloso; no de mí, de cuya fidelidad no duda nunca, sino de las hordas de individuos del sexo masculino a quienes atribuye intenciones amorosas. Tomando mi mano, me ayudó a levantarme y me dio un breve pero sincero beso en señal de disculpa antes de sacarme de mi tranquilo rincón.

Luego, me resultó imposible concentrarme en los asuntos serios ya que todo el mundo parecía disfrutar con la velada y yo me sentí obligada a divertirme un poco con los más jóvenes. El champán tiene la virtud de hacer perder a la gente su habitual reserva pero el efecto que tenía sobre Clarence Fisher, el segundo de a bordo del señor Reisner, un individuo al que siempre había encontrado algo remilgado y carente de sentido del humor, era sorprendente. Con las gafas torcidas y el pelo levantado a modo de cresta, se unió al juego de las sillas y acabó por tirar a Nefret fuera de la última de ellas con increíble *joie de vivre.* Incluso Karl dejó a un lado su solemnidad teutónica y permitió que le vendaran los ojos y le dieran vueltas para jugar a la gallina ciega. En un cierto punto, dejé que me cogiera ya que, de no hacerlo, corría el riesgo de que acabara cayéndose a la fuente; entonces, cogí a Emerson, quien se puso deliberadamente en mi camino, y él cogió a Nefret, que tiró de él hasta colocarlo bajo el muérdago, besándolo sonoramente después. Al cabo de un rato, tuve que intervenir para separarlos.

Nefret había bajado de mi estudio los dibujos de David sobre Sinuhé. Howard no fue el único que los admiró; algunos otros se agolparon a su alrededor mientras él los contemplaba, sosteniéndolos con la delicadeza propia de un artista.

- Divertido -dijo el pequeño señor Lawrence, de puntillas para poderlos ver bien-. ¿De qué habla la historia? No la conozco.

Pensando que podía ser un buen modo de hacerme publicidad, se la conté.

- El faraón fue asesinado mientras su hijo, el príncipe Senusert estaba luchando en Libia. Algunos de los hijos del rey habían conspirado para arrancar el trono a Senusert, pero un espía se lo contó al príncipe y éste abandonó el lugar donde se encontraba todo lo deprisa que pudo. «El halcón vuela, acompañado de sus sirvientes», tal y como David nos muestra aquí con gran hermosura, al menos en mi opinión: el fornido príncipe, que era la personificación de *Horus*, con el dios bajo la forma de un halcón volando sobre sus cabezas. El siguiente dibujo nos muestra a nuestro amigo Sinuhé inclinado junto a la tienda de los conspiradores que hablan del complot. Sinuhé escondido entre los arbustos…

Al volver la página, Howard se echó a reír.

- Ha acertado con la expresión del muchacho. No he visto nunca una cara más culpable.

- Ésa es, precisamente, una de las cuestiones que los eruditos han discutido -expliqué. Al ver la expresión de malhumor de Emerson empecé a pasar con rapidez el resto de los esbozos; no le gustaba nada que contase mis pequeñas historias egipcias-. Lo más probable es que Sinuhé fuera culpable de algo: tuvo que, huir de Egipto y casi se muere de sed en el desierto antes de ser rescatado por una tribu asiática, tal y como él mismo los llama. Una vez al servicio de su príncipe, se convirtió en una persona próspera y rica. Yo estoy muy encariñada con este dibujo, que lo representa con su mujer, la hija mayor del príncipe, y sus innumerables hijos. ¿No es cierto que parece un presumido padre victoriano disfrazado?

Emerson carraspeó y yo me apresuré a seguir hablando:

- Pero, a medida que envejecía, aumentaba la nostalgia por su país, así que mandó un conmovedor mensaje al faraón quien le contestó diciendo que todo estaba perdonado y pidiéndole que regresara del exilio. De vuelta en Egipto, se le vistió con ropas de delicado lino y se le ungió con exquisitos aceites; construyeron una tumba para él y le procuraron una casa y un jardín donde vivió feliz hasta el día de su muerte.

- ¿Qué fue de la esposa asiática y de los niños? -preguntó Katherine.

- Los abandonó -dijo Ramsés-. Era un sinvergüenza, un calavera y un esnob terrible.

- No fue un gesto muy bonito por su parte -convino Nefret mientras contemplaba el último dibujo, delicadamente pintado, que mostraba al anciano sentado a la sombra de verdes árboles junto a un estanque azul donde flotaban flores de loto. En la distancia se vislumbraba la pirámide del rey, junto a la que había sido construida la del propio Sinuhé. Su arrugada cara transmitía una paz que resultaba conmovedora.

- Aunque, en cierto modo, no es difícil entender cómo se sentía -continuó-. A pesar del éxito y la felicidad que había obtenido, seguía siendo un exiliado que tan sólo quería volver a casa.

- De todos modos, era un canalla -dijo Ramsés.

Nefret se echó a reír y el señor Lawrence miró con desdén a Ramsés. Creo que se había dado cuenta del tono de ironía que se desprendía de sus palabras, de una palabra en especial.

Siguiendo nuestra costumbre, acabamos la velada con un villancico. La alegría había dado paso al sentimentalismo, y a algunos de nuestros huéspedes les temblaba la voz al entonar aquellas familiares y amadas canciones. Karl rompió a llorar cuando trataba de interpretar *Stille Nacht;* Jack Reynolds, comprensivo, rodeó sus hombros con un brazo, le ofreció su propio pañuelo y siguió cantando con un acento alemán bastante bueno. Era bonito ver cómo la bondad del día había conseguido suavizar la actitud del americano hacia un hombre con el que apenas había hablado antes. Me di cuenta, además, de que Jack sabía hablar alemán. Aunque supongo que me emociono tan fácilmente como cualquier persona, no dejo por ello que los sentimientos se mezclen con mi capacidad de raciocinio.

A pesar de que Emerson cantaba más fuerte que ninguno, los demás nos las arreglábamos como podíamos para ahogar su voz. Se estaba divirtiendo mucho.

Los invitados de más edad empezaban a abandonarnos lentamente, como empujados por la corriente. Nefret seguía junto al piano, tocando fragmentos de melodías y canturreando suavemente para sus adentros. Me dirigí con Karl hacia la puerta y le pedí a la señora Fisher, que se marchaba también en aquel mismo momento, que lo condujera a casa sano y salvo. Éste insistía en expresarme la

profunda admiración que sentía por mí y trataba de besarme la mano.

- Cuando desee que muera por usted, *Frau* Emerson, no tiene más que decírmelo -declaró-. Se ha comportado usted como una auténtica amiga con este hombre solitario y ha perdonado a este pecador por un crimen que, él mismo, nunca conseguirá perdonarse. Su magnánimo…

Al ver cómo se enredaba con las sílabas sin poderse detener, lo empujé con delicadeza entre las garras de la señora Fisher y deseé buenas noches a los dos. Se marcharon cogidos del brazo y cantando. La señora Fisher interpretaba *The Holly and the Ivy* y Karl *Vom HimmelHoch.* Ambos desentonaban.

Cuando volví a la sala de estar, Nefret estaba intentando convencer a Ramsés para que cantara. Mi hijo tenía una bonita voz y era muy agradable oírlos cantar juntos, pero él se negaba a hacerlo delante de extraños. Supongo que lo consideraba indigno de él. Geoffrey se ofreció a ocupar su puesto gracias a lo cual, al final, pudimos disfrutar de un estupendo concierto con todas las canciones que eran o habían sido famosas en los teatros de variedades. *When I ivas Twenty One and You We're Sweet Sixteen* era muy popular aquel año; a la suave luz de la lámpara y con los rizos cayéndole en cascada sobre las cejas, Geoffrey daba la impresión de no tener más de dieciséis años, y eso que, para mi sorpresa, su voz era la de un robusto barítono. Recuerdo que ejecutó una de las canciones escocesas de Harry Lauder con un brío tan asombroso y un acento tan exagerado, que nos hizo reír a todos. Nunca lo había visto disfrutar tanto.

CARTAS DE LA COLECCIÓN B:

Querida Lia:

Te estoy acribillando con mis cartas, ¿no es así? Lo cierto es que no podía por menos que responder inmediatamente a la última de las tuyas, ya que me pareció notar en ella un cierto tono de reproche. Mi querida Lía, nadie ocupará jamás tu lugar como confidente y menos aún, ¡alguien como Maude Reynolds! Si la he mencionado tan a menudo es porque la condenada muchacha ¡está siempre aquí! O, al menos, así me lo parece. Ya te he contado la razón. Jamás podremos ser amigas, no tenemos nada en común; pero siento a la vez tanta lástima por ella que no soy capaz de evitarla por completo. Está perdidamente enamorada,

Lía, es uno de los peores casos que he visto en mi vida. Tiene el sentido común suficiente como para entender que él prefiere a las mujeres inteligentes y con agallas, ¡pero sus desesperados esfuerzos por impresionarlo son tan lamentablemente inútiles! Te he contado ya lo que sucedió cuando descendió con nosotros al interior de la pirámide; le hizo falta mucho valor porque estaba absolutamente petrificada a causa del miedo, pero, como suele ocurrir en estos casos, el tiro le salió por la culata. Cuando vio a Ramsés montando sobre Risha insistió en que quería montar también e hizo un completo ridículo, saltando arriba y abajo, tiesa como un palo. Es imposible caerse de Risha, a menos que ello desee, pero lo cierto es que estuvo muy cerca de hacerlo.

Ramsés lo está llevando muy bien -¡no le falta experiencia!-pero no por ello odia menos todo este asunto. Bajo esa apariencia glacial hay una persona muy sensible, ya lo sabes. Y, convendrás conmigo, que ésta es una cualidad que gusta mucho a las mujeres. Sobre todo si el hombre en cuestión es también alto, fuerte y atractivo.

Pero quería hablarte sobre las Navidades. Os echamos mucho de menos, queridos. La tía Amelia y yo hicimos lo que pudimos pero nuestras habilidades decorativas no están a la altura de las de David. Tu paquete llegó a tiempo, algo maltrecho, pero intacto; no deberías de haberte molestado, querida, aunque he de confesar que los pendientes griegos me gustaron mucho… (Se omiten varios párrafos de chismes variados.)

Las únicas otras dos noticias de relativo interés son que he recibido dos propuestas de matrimonio; tres, incluyendo la de Percy que es, por descontado, la que más aprecio. Sí, Jack Reynolds se lanzó finalmente y no me cabe duda alguna de que lo hizo envalentonado por el champán del señor Vandergelt. Lo rechacé alegre y afectuosa y él me informó, alegre y afectuoso, que lo volvería a intentar. ¿Por qué un hombre no puede aceptar nunca un no como respuesta? En cualquier caso, se comportó como un perfecto caballero por lo que le permití besarme, en la mejilla.

No me burlaré de Geoffrey, ni siquiera contigo. En realidad la suya no fue una auténtica propuesta ya que, según me dijo, sabía que yo no lo aceptaría y, por otra parte, tampoco debía hacerlo: él no era lo bastante bueno para mí, nadie lo era… Ya sabes cómo son ese tipo de cosas. Las he escuchado antes. Sin embargo, en él había algo que me turbó: en su voz suave y educada, en su cara pálida y controlada. «Tan

sólo quiero que sepa» dijo, «que si alguna vez me necesita, por alguna razón, en cualquier momento, será para mí un gran honor y un placer ayudarla». Me emocionó tanto que le permití que me besara y, esta vez, no en la mejilla. Fue muy dulce.

Al día siguiente, tuvimos una larga y amena charla con Howard. Estaba muy orgulloso de la nueva casa que había construido junto a la entrada del Valle de los Reyes, y me enseñó innumerables fotografías: una casa pequeña y agradable, con un vestíbulo central abovedado. Todo apuntaba a que su intención era la de continuar con sus trabajos en la zona de Tebas. Cuando se lo pregunté, admitió que tanto él como *Lord* Carnavon no habían abandonado la esperanza de obtener un día el permiso para el Valle de los Reyes. El señor Davis, en cambio, había perdido parte de su entusiasmo y pensaba que el Valle estaba agotado.

- No es verdad -dijo Emerson.

- ¿Está usted pensando en volver a Tebas? -preguntó Howard.

Emerson sacudió la cabeza.

- No mientras Weigall siga siendo inspector en esa zona. No puedo soportar a ese tipo.

- Tampoco ha sido muy amable conmigo -dijo Howard-. Pero, ¿qué podemos hacer?

No sabiendo qué responder, Emerson se sumergió en un melancólico silencio, lo que me permitió desviar la conversación en la dirección que deseaba.

- Según parece, el señor Weigall ha protestado vivamente contra la venta de antigüedades -dije con astucia.

El afilado rostro de Howard se alargó aún más.

- ¡Es difícil de creer pero, *me* acusó de negligencia! Ese tipo desprecia a todos, incluso al señor Maspero, que ha sido tan atento con él.

- No obstante, yo comparto algunos de sus puntos de vista -continué-. Es una lástima que esos hermosos objetos acaben en manos de coleccionistas privados.

Había tocado un tema delicado: Howard se había convertido en todo un experto en la adquisición de valiosas antigüedades para ricos coleccionistas, uno de los cuales era su habitual patrón.

Aunque parecía un poco disgustado, se defendió con energía.

- Todo eso está muy bien, señora Emerson, en principio estamos de acuerdo, pero lo que también es cierto es que se carece de los efectivos necesarios para llevar a cabo una supervisión adecuada y Weigall lo sabe. De sus manos se han escapado muchas más piezas de valor incalculable que cuando *yo* era inspector del Alto Egipto.

Howard se enjugó el sudor de sus cejas, sonrió como excusándose y dejó caer la bomba.

- Hablando de antigüedades, ¿qué hay de lo que se dice sobre la colección de Abdullah?

Se me cayó el té, Emerson soltó una maldición y Ramsés dijo:

- ¿Qué es lo que ha oído usted, señor Carter?

- Que se estaba vendiendo a través de comerciantes europeos -su mirada pasó de mi rostro al de Ramsés y, al no encontrar nada en aquel rostro enigmático que pudiera serle de ayuda, se dirigió entonces al rostro de Emerson, donde las emociones se podían leer con gran claridad.

- Veo que he hablado a destiempo. ¿Se supone que debería mantenerse en secreto? Sin embargo, no veo cómo.

Ramsés se abstuvo de recordarnos que nos lo había advertido y eso, aún a pesar de que la tentación de hacerlo debía ser muy fuerte. Mirando a su padre, dijo:

- Teníamos la intención de contárselo, señor Howard.

- Maldita sea, lo hubiéramos hecho desde luego -refunfuñó Emerson-. Saldrá a la luz, de todos modos. Abdullah no tenía una colección, Carter. Los objetos que supuestamente le pertenecían, son falsos. El hombre que los vendió se hizo pasar por David, pero no era él.

Ese modo de hablar era típico de Emerson: los hechos desnudos, sin detalles ni explicaciones, producían el mismo efecto que una serie de martillazos. Por eso me encargué de añadir algunas palabras que describieran el modo en el que nos habíamos visto mezclados en aquel asunto y todo lo que habíamos hecho hasta entonces para resolverlo.

Como era de esperar, Emerson me interrumpió cuando me encontraba tan sólo a mitad de mi relato.

- Es suficiente, Amelia. Bien Carter, ahora puedes manifestar tu escepticismo y hacernos las habituales preguntas idiotas. ¿Estamos

seguros de que los objetos son falsos? ¿Cómo sabemos que el vendedor no fue David? ¿Hemos…?

- No, señor -dijo Howard con firmeza-. Si usted dice que son falsificaciones, me fío de su palabra. La verdad es que quería únicamente saber algo más. Conocía bien a Abdullah, no tan bien como ustedes, quizá, pero si él hubiera estado realmente involucrado en el negocio de las antigüedades lo hubiera sabido. Y jamás tuve indicio alguno de que lo estuviera; de no ser así me habría enterado.

Me levanté de mi silla y di un afectuoso abrazo a Howard.

- Gracias.

Howard enrojeció de placer y palideció de miedo: conocía demasiado bien el temperamento celoso de mi marido pero en esta ocasión, Emerson se limitó a murmurar.

En realidad, yo nunca había llegado a sospechar de Howard y me sentí muy feliz de poder contar con su ayuda. Sus teorías no resultaron particularmente útiles, pero nos mostraron su excelente corazón.

Se marchó después de cenar, reiterándonos de nuevo su apoyo y afecto y con la promesa de hacernos una visita algo más larga más adelante. Después de pasar una tranquila velada con nuestros amigos más queridos, nos separamos para pasar la noche, completamente ajenos a la tragedia que se cernía sobre nosotros.

* * *

Habiendo «desperdiciado» tres días, Emerson no veía la hora de volver a las excavaciones y nos despertó al romper el alba. Cyrus y Katherine querían pasar el día en El Cairo, así que los dejamos dormir, aunque puede que los gritos que daba Emerson para que nos apresuráramos acabaran por despertarlos. Partimos poco después de la salida del sol. Había disfrutado mucho con aquel intervalo de afables relaciones e intercambio social con nuestros amigos pero ahora sentía un absoluto placer al encontrarme de nuevo fuera y sentir el aire fresco de la mañana. Tomamos el camino que atravesaba los campos cultivados (Emerson se negó a que nos acercáramos más a las pirámides de Giza); el reflejo del amanecer teñía de rosa las suaves ondas del río y las aves acuáticas chapoteaban en las acequias. Nefret necesitaba desfogar su alegría, así que retó a Ramsés a una carrera y ambos salieron corriendo.

Nuestro paso era ligeramente más relajado, tan sólo ligeramente; yo montaba la adorable yegua de David, *Asfur* y ésta se movía como el pájaro que le había dado el nombre.

La perspectiva de una nueva visita al interior de la pirámide aumentaba mi placer. Bajo la dirección de Emerson, los hombres habían asegurado las piedras que se encontraban en el pozo, por encima del pasadizo. De hecho, casi podía asegurar que Emerson había llevado a cabo esta arriesgada tarea con sus propias manos puesto que, un día, había llegado a casa con un pulgar machacado que intentó ocultarme sin conseguirlo. Estaba impaciente por probar su último juguete, una nueva y potente linterna eléctrica que los Vandergelt le habían regalado, junto a varias cosas más. (La sinceridad me obliga a admitir que la linterna había sido fabricada en América.)

Llegamos tan temprano que nuestros hombres no se encontraban todavía allí, lo que hizo que Emerson refunfuñara y volviera a amenazar con la idea de acampar en las excavaciones. Le aseguré que reflexionaría seriamente sobre ello. (Lo había hecho ya.) Nefret dijo que le gustaría echar una mirada abajo, ya que Ramsés no le había encontrado más huesos por el momento. Mi hijo se ofreció entonces a acompañarnos y nos hubiera precedido, si no llega a ser porque yo le pedí que me dejara apoyarme en su brazo.

- Tu padre es bastante capaz de cuidar de Nefret en el caso de que haya una emergencia -dije-. ¿Tienes alguna razón para pensar que puede suceder algún accidente?

- Tan sólo el hecho de que se han producido ya varios en el pasado. Las excavaciones han estado sin vigilancia -dudó un momento antes de proseguir-: Hay huellas que indican la presencia de un caballo. Huellas frescas.

- Imagino que no se trata de huellas de cascos sobre esta arena.

- No.

- Ah. Bien, no puedo imaginarme que exista un enemigo capaz de poner una trampa que tu padre no pueda descubrir inmediatamente.

El pasadizo que se abría ante nosotros parecía sumergido en una tormenta de luz, ya que Emerson proyectaba con energía su nueva linterna de un lado a otro. Cuando llegamos hasta donde se encontraban él y Nefret, me miró con una cara radiante.

- Excelente. Tenemos que conseguir una docena más de ellas, ¿eh? Me pregunto si el haz de luz resistirá la bajada hasta el final del pozo. Son casi veintiún metros.

Selim había reemplazado el torno que había sido destruido por el derrumbamiento y la jaula de madera colgaba ahora, vacía, de las cuerdas que la sostenían. Emerson se asomó al borde del pozo e iluminó el fondo con su linterna.

La vista de Ramsés era tan aguda como su oído. Dejando escapar tan sólo una palabra y, antes de que los demás pudiéramos movernos, dio una patada a la palanca que tenía a su lado y saltó dentro de la jaula que descendió, con Ramsés dentro de ella, como si fuera plomo.

La razón me dijo que no se estrellaría contra el fondo ya que la cuerda había sido cuidadosamente medida. La razón, sin embargo, no impidió que dejara escapar un involuntario grito. Emerson, por su parte, dejó fluir todo un torrente de palabras malsonantes a la vez que se colocaba de un salto junto a la manivela del torno. Usando una fuerza colosal, consiguió evitar que la cuerda siguiera desenrollándose pero, para entonces, la mayor parte se encontraba en el interior del pozo y Ramsés en el fondo.

Abajo se vislumbraba la luz que provenía de la vela que Ramsés llevaba en el bolsillo, y que iluminaba el armazón de una silla y una forma acurrucada e informe junto a él.

Estaba claro que la forma era la de un cuerpo humano o de restos humanos. Si el individuo se había precipitado desde lo alto del pozo, era poco probable que hubiera sobrevivido a la caída, pero yo me aferraba todavía a la esperanza de que lo hubiera hecho. Creía -¿cómo podía imaginar otra cosa?- que algún pobre e iluso aldeano, fiel a la costumbre de sus antepasados, había penetrado en la cripta del faraón de noche, en busca del tesoro.

No recuerdo exactamente cuándo empezamos a entrever la verdad. Quizá fue la rigidez de la pose que mantenía Ramsés mientras permanecía arrodillado junto al cuerpo encogido. Había colocado la vela en el suelo junto a él pero, a pesar de ello, no podíamos ver su cuerpo ya que el resplandor iluminaba tan sólo sus manos inmóviles. Cuando habló, el tono de su voz era grave. Por el agujero del pozo ascendieron retahilas de lamentos, con largas pausas entre las palabras.

- Conseguid algo… para taparla. La… subiré.

- Ella -repitió Emerson-. Ramsés. Quién…

- Está muerta -nos dijo.

- ¿Estás seguro? -pregunté.

- Sí, Dios mío, sí.

- Avísanos cuando estés preparado -dijo Emerson pasándome la linterna y asiendo la manivela del torno.

Ramsés se quitó su chaqueta y envolvió el cuerpo con ella. Nefret corría ya por el inclinado pasaje que conducía a la superficie.

La muchacha era, había sido, alta y delgada, pero sólo una fuerza fenomenal como la de Emerson hubiera sido capaz de alzar su peso y el de Ramsés. Cuando me acerqué a él para ayudarlo me gruñó que me quitara de en medio. Nefret regresaba en ese momento cargada con una de las mantas del refugio. Alargando una mano para asegurar la jaula y su cargamento, consiguió que Ramsés pudiera alcanzar el nivel del suelo.

La chaqueta de Ramsés ocultaba la cabeza y la parte superior del cuerpo pero no era lo bastante larga como para tapar la falda rasgada y las pequeñas botas llenas de arañazos. Fue Ramsés quien alzó el cuerpo medio cubierto para colocarlo sobre la manta, plegando ésta sobre el cadáver para taparlo pero, llegado el momento de levantar el patético fardo, Emerson le puso con firmeza una mano sobre el hombro.

- A partir de ahora me ocupo yo de ella -dijo malhumorado-. ¡Maldita sea, muchacho, eres tan sólo un ser humano!

Ramsés volvió la cara hacia la pared. Desenganché la petaca de coñac y se la tendí a Nefret. Los dejamos solos, con el brazo de ella alrededor de sus hombros encogidos.

Capítulo 8

Yo era objeto de interés para las mujeres de las tribus, quienes parecían fascinadas por mi pelo rubio y por mi piel blanca…

No permanecieron abajo durante mucho tiempo. Una vez sobrepuesto, el rostro de Ramsés no era mucho más expresivo que el de la Esfinge, pero cuando vio que me arrodillaba junto a la manta enrollada me cogió por los hombros y me apartó de allí.

- No, madre. No lo haga. Aquí no, ahora no.

- Y tú no, tía Amelia -dijo Nefret.

Ramsés la miró.

- Ni tú tampoco, Nefret. ¿Qué es lo que estás intentando demostrar, que eres sobrehumana?

- He hecho ya unas cuantas autopsias y disecciones -dijo Nefret con firmeza-. ¿Cómo murió?

- Elige lo que quieras. Fractura de cráneo, espina dorsal destrozada, cuello roto, costillas…

Emerson soltó una retahila de maldiciones.

- ¿La cara? -dije yo.

- Es mejor que no la veas.

- Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de su identidad?

Después de un largo momento Ramsés dijo:

- Estaba seguro de que pensaría en ello, madre, aunque me temo que no queda mucho margen para la duda. El pelo y la ropa son idénticos.

- Las botas, en particular -dijo Nefret con una voz fría y seca mientras que observaba el pie que yo había dejado a la vista-. Las hicieron especialmente para ella en Londres. No creo que muchas mujeres pudieran ponérselas; *yo,* por descontado, no. Estaba muy

orgullosa de sus diminutos pies.

Habíamos dejado de estar solos: Selim, Daoud, Alí y Hassan acababan de unirse a nosotros; a una cierta distancia, apretados uno junto a otro y mirando en silencio, se encontraba el resto de los empleados.

- Basta con esto -dijo Emerson con el suave tono de voz que nadie ignoraba o desobedecía-. Selim, como puedes ver, ha ocurrido un lamentable accidente.

Selim, con sus grandes y oscuros ojos, miraba fijamente la pequeña bota que yo había dejado al descubierto antes de que Ramsés me apartara.

- ¿Es la joven americana? ¡Dios mío! ¿Cómo ha ocurrido? ¿Qué hacía ella allí dentro?

- Fue un accidente -repitió Emerson-. No hubo negligencia ni por tu parte ni por la de nadie más. Hay que ir a buscar a su hermano y nosotros hemos de tomar las disposiciones necesarias para llevarnos el… para llevárnosla. ¿Puedes buscar un carro, o un carretón, Selim? No resultará muy digno pero…

- Pero es siempre mejor que algunos de los medios alternativos de transporte -dijo Ramsés con tranquilidad-. En lo que respecta a Jack, creo que no será necesario que vayamos a buscarlo. Él se ha adelantado. Interesante. Me pregunto por qué. No puede estar al tanto de lo que ha sucedido.

Nefret lanzó un grito ahogado.

- ¡Llévatelo de aquí, por Dios! No debe verla.

Nefret corrió hacia el jinete que se aproximaba hacia nosotros. Tras cubrir la pequeña bota con la manta la seguí. Había que darle a conocer la noticia poco a poco y evitar que el pobre muchacho la viera antes de que hubiera llegado a asimilar la verdad.

Estábamos allí, esperándolo, cuando vimos que Jack tiraba de las riendas, obligando al pobre animal a ponerse sobre sus ancas; deslizándose de la silla, apartó a Nefret de su camino y asió a Ramsés por la pechera de su camisa.

- ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con ella?

A pesar de ser algunos centímetros más bajo que Ramsés era, no obstante, más corpulento y estaba muy enfadado. Ramsés no se movió. Contemplando, por debajo de su nariz, el rostro rojo y alterado de Jack le dijo:

- Será mejor que expliques lo que quieres decir.

- ¡Se ha marchado, eso es lo que quiero decir! ¡Ayer por la noche! Y tú tienes las malditas agallas de quedarte ahí como si tú no… ¿Qué demonios le has hecho? ¿Por qué la abandonaste?

Ramsés se libró de las garras del otro con un ligero movimiento de su mano.

- Contrólate -le dijo tajante-. No sé de dónde has sacado la idea de que Maude y yo estuvimos juntos la pasada noche; no es verdad, aunque ahora esto carezca ya de importancia. Hay malas noticias, Reynolds. De las peores.

- ¿De las peores? No entiendo -su mirada perpleja pasó de Ramsés a la cara cubierta de lágrimas de Nefret-. ¿Quieres decir… quieres decir que está muerta?

- Lo siento -dijo Ramsés.

Supongo que sólo los hombres se comprenden entre sí. Yo nunca me hubiera podido imaginar que un hermano afligido y emocionado pudiera desahogar sus sentimientos de modo tan vulgar y violento, pero Ramsés se anticipó a su movimiento; echándose a un lado, consiguió esquivar el golpe que Jack había dirigido hacia su cara, logrando que éste apenas le rozara. Emerson se abalanzó con una sonora maldición pero el combate, si es que se puede llamar así, acabó del mismo modo repentino que había iniciado. El segundo y enérgico golpe de Jack proporcionó a Ramsés la oportunidad que estaba esperando. Moviendo sus manos con precisión clínica, dobló hacia detrás los brazos de Jack y lo obligó a ponerse de rodillas.

- Ahora, señor Reynolds, creo que es suficiente -dije duramente-. Una trágica obligación yace ante sus ojos, ¡afróntela como un hombre!

Mi reprimenda tuvo el efecto deseado; el tono firme, aunque afectuoso, le ayudó a recordar cuál era su deber. Jack relajó sus corpulentos hombros.

- Sí, señora -murmuró.

El delirio de la incredulidad había cesado, dando paso a la fría calma de la resignación. El mayor sufrimiento llegaría más tarde; por el momento, Jack se movía y hablaba como un autómata. Preguntó si podía ver a su hermana, aceptando mi enfática negativa con apenas una triste mirada. Mientras distribuía sorbos del coñac de mi petaca vi cómo se aproximaba hacia nosotros una persona,

montada, esta vez, a lomos de un burro. Era Karl von Bork, que venía, tal y como nos explicó, a ver lo que estábamos haciendo y a echarnos una mano en caso de que fuera necesario.

- *Aber*-continuó, pero su alegre sonrisa pronto se ensombreció al ver a Jack mudo, pálido y tambaleándose, y la seriedad de nuestros rostros- *Aber,* ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

De modo que tuve que explicarlo de nuevo. Empezaba a parecerse a una violenta historia de ficción yhasta yo misma empezaba a dudar de que fuera cierta. Karl era un sentimental con un gran corazón; se mostró tan afectado por la noticia que no se le ocurrió hacer preguntas inoportunas como qué era lo que la muchacha estaba naciendo allí o cuál era el motivo que había empujado a su hermano a seguirla. Las lágrimas se deslizaban de sus dulces ojos marrones y mojaban su bigote. Cuando me disponía a ofrecerle un trago de coñac, descubrí que Jack había vaciado el frasco.

- No podré soportar esto durante mucho más tiempo -observó Emerson-. Von Bork, deja de lloriquear y compórtate como un hombre. Necesitamos tu ayuda.

Karl se enjugó los ojos con el reverso de su mano y prestó atención. Pensé que nos iba a saludar pero no lo hizo.

- *Ja, Herr Professor! Entschuldigen Sie, Frau Professor!* Estoy a sus órdenes, como siempre.

Fui capaz de arreglar las cosas del modo más conveniente y afortunado posible. Nefret y yo colocamos el cuerpo en una posición más decorosa, dado que había detectado en éste los primeros signos de rigor mortis. Ello quería decir que la muerte había tenido lugar a primera hora de la mañana. No era posible saber más y, por otra parte, este dato no tenía particular relevancia. No nos demoramos mucho con esta desagradable tarea y, poco tiempo después, el carro que consiguió Selim, tirado por un burro, emprendió la marcha camino de Giza, escoltado por algunos de nuestros hombres. Jack cabalgaba detrás; Karl trotaba a su lado, algo ridículo sobre su pequeño burro, pero lleno de compasión y del deseo de resultar útil. Con el modo exagerado que tienen los alemanes, me aseguró que no abandonaría *meinen Freund Jack* hasta que alguien le tomara el relevo.

Nefret había insistido en ir con ellos. Tenía experiencia en

medicina y era una mujer; cualidades ambas que, según dijo, podían ser de utilidad y, por otra parte, ¿quién era yo para negárselo? Les prometí que me uniría a ellos lo antes posible.

Una vez de vuelta en el refugio, Emerson dijo:

- Otro día perdido, ¡maldita sea! Ninguno de esos tipos querrá continuar hoy con el trabajo.

Se refería a los hombres de la localidad que habíamos empleado: agrupados a una cierta distancia, en ese momento fumaban y hablaban en voz baja. Las miradas que nos dirigían apoyaban la pesimista apreciación de Emerson.

Aunque sabía que, en realidad, aquel modo brusco de comportarse era un modo de ocultar sus verdaderos sentimientos, sentí que debía manifestar una ligera protesta.

- ¿Crees en serio que cualquiera de nosotros puede continuar trabajando, Emerson? Demostraría una falta completa de sensibilidad.

- Umm -dijo Emerson. Sus ojos azules se suavizaron al mirar a su hijo-. Eh, ¿estás bien, muchacho?

- Bastante bien, señor. Gracias.

Ramsés no apartaba la vista del suelo, ahora vacío, donde la arena seguía removida y algo manchada de sangre.

- Había poca sangre -dijo, con una voz ausente.

- ¡Maldición! -refunfuñó Emerson-. Eso era precisamente lo que me temía. -Su voz se alzó en un grito reverberante-. ¡Selim! Manda a los hombres a casa y venid aquí, tú y Daoud.

- Por favor -dije.

- Por favor, ¡maldita sea! -bramó Emerson.

Selim se unió a nosotros, con Daoud pegado a sus talones. El corazón de Daoud era tan grande como su cuerpo: Maude no había respondido nunca a sus gestos de amistad, pero Daoud amaba a todas las pequeñas criaturas de cualquier especie por lo que su franco rostro era una máscara de tristeza. A una señal de Emerson, se sentaron en la posición que les resultó más cómoda sobre la alfombra que se encontraba junto a nosotros; tras lo cual, Selim dijo seriamente:

- Los hombres están preocupados, Padre de las Maldiciones; se preguntan cómo puede haber ocurrido una cosa así.

- Eso es lo que nos gustaría saber, Selim. Debe de haber sucedido

la pasada noche. Aunque su hermano no es el más concienzudo de los guardianes, habría notado su ausencia si no hubiera estado en casa por la tarde. Me pregunto qué es lo que estaría haciendo ella sola en la oscuridad.

- Oh, Emerson, no perdamos tiempo discutiendo sobre teorías improbables, por no decir imposibles -exclamé-. Hay tan sólo una explicación razonable.

Emerson llenaba su pipa; tras colocarla sobre la mesa (sembrando tabaco por toda su superficie), tomó mi mano.

- Por una vez, querida, no te reñiré por sacar conclusiones precipitadas; me temo que tienes razón.

- De todos modos -dijo Ramsés-, lo mejor será que examinemos las otras posibilidades, aunque sólo sea con el fin de rechazarlas. Puedes estar seguro de que otras personas lo harán.

- Un accidente -dijo Selim, sin mucha esperanza.

- Es posible, ya saben. El resultado de una apuesta o de un desafío -Ramsés sacó una pitillera del bolsillo.

Que se olvidara de pedirme permiso para fumar era indicativo de su estado mental. Continuó-: Hace algunas semanas, Maude y su grupo se entretuvieron una noche con un juego de este tipo: desafiándose los unos a los otros a hacer diversas cosas, todas ellas arriesgadas y sin sentido. Si Geoffrey y yo no lo hubiéramos detenido, Jack, que había bebido bastante, habría intentado, a oscuras y sin ayuda, escalar la Gran Pirámide con el fin de colocar una bandera americana en la cima. Un agente que investigara el caso podría llegar a la conclusión de que Maude vino hasta aquí para probar sus «agallas», especialmente después de…

Se paró un momento para encenderse un cigarrillo y yo le dije, tratando de ayudar:

- Especialmente después de que ella… ¿cómo se dice en argot? ¡No lo recuerdo nunca!… se rajara la última vez.

- ¿En medio de la noche, sola? -preguntó Emerson.

- Estoy de acuerdo en que parece imposible -dijo Ramsés-. Pero un accidente es un veredicto socialmente más aceptable que un suicidio.

- ¿Suicidio? -repitió Emerson, incrédulo-. Pero, por Dios, ¿qué razón podía tener una chica joven, sana y rica como ella para desear poner fin a su vida?

- Ninguna -dije-. Una enfermiza inestabilidad mental podría conducir a otro individuo igualmente sano a cometer un acto de ese tipo, pero ella no era así. No habría considerado la idea ni por un momento. Fue un asesinato. Estaba ya muerta cuando la echaron dentro del pozo. Una caída de esas características debería haber causado una fractura de cráneo, el cuello roto o cualquier otro tipo de herida mortal. Ramsés dijo que había muy poca sangre.

- Es la única respuesta posible -dijo Emerson, tocándose el hoyuelo de la barbilla con el dedo-, Y explica por qué la trajeron hasta aquí.

- No del todo -dijo Ramsés. Dando un respingo, dejó caer su cigarrillo; se había quemado los dedos-. Aprecio sus esfuerzos por ayudarme a salir de este problema pero será mejor que afrontemos los hechos. Si el único motivo del asesino era ocultar la verdadera naturaleza de la herida que la mató, podía haberla arrojado desde cualquier otra altura del altiplano. Al traerla hasta este lugar apartado, lo que pretendía era involucrarnos; involucrarme, para ser más precisos. No importa cuál sea el veredicto, mi nombre se verá mezclado en él. Si fue un accidente, puede que sucediera porque ella quería superar su miedo hacia este lugar con el fin de mejorar mi opinión sobre ella. Si fue un suicidio, algunos pensarán que lo hizo movida por la desesperación del rechazo o, incluso, por… -Había hecho lo posible por mantenerse tranquilo y desapasionado, pero no pudo con esto. Sus oscuros ojos, que, tan a menudo, estaban semivelados por los párpados y las largas pestañas, se encontraron, directos y suplicantes, con los míos- No es verdad, madre -dijo, desesperado-. Ha escuchado lo que dijo Jack: sabe de lo que me acusa. No me importa lo que él piense con tal de que usted me crea.

Había dirigido su ruego a *mí.* Era *mi* comprensión la que buscaba. Otras madres se habrían acercado a él, le habrían abrazado, le habrían murmurado afectuosas, ¡e inútiles!, palabras de consuelo. Con toda franqueza, he de admitir que me sentí fuertemente tentada de hacerlo, pero sabía que a Ramsés no le gustaría.

- Te creo, querido. Incluso en el caso de que fuera verdad -yo sé que no lo es, pero en el caso de que lo fuera- cualquier mujer lo suficientemente loca como para poner fin a su vida por un hombre,

debería culparse tan sólo a sí misma.

- ¡Oh, madre! -una rara e indefensa sonrisa iluminó su rostro-. Tiene usted un aforismo para cada ocasión.

Emerson carraspeó ruidosamente y cogió su pipa.

- Todo esto no es sino una maldita pérdida de tiempo -refunfuñó-. Nadie puede sospechar…

- Algunos de ellos lo harán, sin embargo -dijo Ramsés-. Todos los viejos gatos de El Cairo, de ambos sexos, están dispuestos a creer lo peor de una mujer como Maude: joven, amante del placer, indisciplinada. No importa que el veredicto sea asesinato, suicidio o accidente; en cualquier caso, se dará por descontado que el responsable fue un hombre.

- Conociendo a los viejos gatos de El Cairo como los conozco, me temo que tienes razón -dije con un suspiro-. Pero no adelantemos acontecimientos. Tenemos que volver a casa: le dije a Nefret que lo haría lo antes posible. Selim, ¿regresáis tú y Daoud con nosotros? Podríais resultar de ayuda.

- *Aywa, Sitt Hakim,* iremos con ustedes y les ayudaremos en lo que podamos. Es un asunto muy triste.

- Ramsés -dijo su padre-, ¿cómo sabías que ella estaba allí abajo? Oh, maldita sea, no quería que sonara de ese modo. Me preguntaba tan sólo qué fue lo que te empujó a bajar por la cuerda. Yo no podía ver nada.

Ramsés se metió la mano en su bolsillo y sacó de él un trozo de tela. Era un tejido dorado, delicado como la gasa.

- Estaba enredado en la punta de una roca; es un trozo, desgarrado, del pañuelo que le regalamos.

Tal y como había predicho, la investigación de la muerte de Maude fue una parodia. ¿Por qué hacer pasar a los afectados por el tormento de una autopsia, cuando la causa de la muerte estaba clara?

Ésta fue la pregunta que me hizo el cónsul americano, el señor Gordon, cuando me dirigí a él para protestar por el procedimiento o, más bien, por la ausencia del mismo. Cuando le contesté que, quizá, podría resultar útil saber si la joven había estado bajo la influencia de drogas o de alcohol, o si algunas de las magulladuras podían haber sido causadas por manos humanas, o si…

Me interrumpió con una exclamación de indignación antes de

que pudiera seguir adelante, lo que, tal vez, no estaba de más, ya que lo que iba a sugerir podía haberle indignado aún más. Un examen médico exhaustivo habría despejado las dudas sobre la reputación de la pobre muchacha. Yo no creía que Maude estuviera embarazada, pero la mitad de la sociedad de El Cairo lo pensaba; los viejos gatos, como los había llamado Ramsés. Hubiera sido inútil hacerles ver que los viejos modos de comportarse de su juventud habían pasado de moda y estaban cambiando; ¡gracias a Dios!, en mi opinión. No era probable que una mujer moderna y rica se quitara la vida empujada por la deshonra o porque no hubiera otros medios de resolver aquel particular dilema.

De este modo, El Cairo cotilleó y murmuró durante una semana. Los escándalos no solían durar mucho más: siempre había nuevas fuentes de entretenimiento. Los restos de Maude descansaron en el cementerio protestante del Viejo Cairo. Era un bonito lugar, rodeado de muros, lleno de árboles y de arbustos importados, que recordaba el jardín de la iglesia de un pueblo inglés. Al funeral asistió mucha gente y Jack era la viva imagen de la fortaleza masculina en el momento de arrojar el primer puñado de tierra sobre la sepultura.

El veredicto fue muerte accidental.

Para los vivos, el dolor no había hecho más que empezar. No podía asegurar si Jack estaba o no al corriente de lo que se decía sobre su hermana. Hubiera sido inútil que lo negara dado que ni tan siquiera el peor de los chismosos se habría atrevido a decírselo a la cara. Superado el estupor que le había causado su dolor, se encontraba sumido en un peligroso estado mental: se había encerrado en su casa y, según me habían dicho, bebía mucho.

Sus amigos, entre los cuales me contaba, nos sentimos aliviados al saber que Geoffrey se había trasladado a la casa para estar con él. Pocos días después del funeral, el joven inglés me mandó un mensaje en el que me preguntaba si podía verme. Como estaba deseando ser útil, le contesté enseguida, invitándole a tomar el té aquella misma tarde.

Tras regresar de las excavaciones, me apresuré a mandar preparar algunos aperitivos especiales y traté de conseguir que el ambiente fuera lo más agradable posible, ya que tenía la intuición de que el muchacho podría necesitar algo de consuelo. Fui tan

correcta como lo suelo ser. Yo sería la primera en admitir que el instinto maternal no es una de mis virtudes más notables, pero me atrevería a afirmar que cualquier mujer se habría conmovido al verlo. En sus delicados rasgos se apreciaba la huella del cansancio y su piel morena dejaba entrever una cierta palidez. Hundiéndose en una silla, dejó caer su cabeza hacia atrás, apoyándola contra los almohadones.

- Qué amable ha sido usted al recibirme, señora Emerson. Con sólo estar aquí, ya me siento mejor. Ha conseguido hacer de esta casa un verdadero hogar.

- Su encanto se lo debemos en buena parte a usted, Geoffrey. Siempre digo que no hay nada como un jardín para hacer reposar el alma. Sus plantas están floreciendo, como puede ver. Fue un gesto particularmente considerado que nunca olvidaré. ¿Cómo toma usted el té?

- Solo, gracias -se inclinó hacia delante para recibir la taza de mis manos. Su mirada recorrió el recinto; me imaginé que no eran, precisamente, las plantas en flor o la parra trepadora lo que llamaban su atención.

- Nefret llegará de un momento a otro -dije.

Sus mejillas adquirieron un tono más cálido.

- No se le escapa nada, señora Emerson. Aunque no sea la razón principal por la que le pedí que me recibiera, quizá podría aprovechar este momento para asegurarle que no es mi intención aprovecharme de la señorita Forth.

Tratando de ocultar la hilaridad que me producía su formalidad, le aseguré que nunca había abrigado tales sospechas.

- Y no lo digo porque haya tenido la oportunidad de hacerlo -dijo, con una sonrisa triste-. Me gusta mucho, señora Emerson. A pesar de que su belleza atraería a cualquier hombre, mis sentimientos han llegado a ser lo que son tras haber aprendido a conocerla y a valorar las extraordinarias cualidades de su mente y de su espíritu. Si pensara que ella me corresponde, le pediría permiso al profesor para hacerle la corte.

- ¿Cree usted que no le corresponde?

- Creo que me considera como a un amigo, lo que no deja de ser un honor que aprecio en lo que vale. Le he dicho que estoy dispuesto a servirla cuándo y cómo me necesite sin pedir nada a

cambio; me basta con que tenga un buen concepto de mi persona. Espero más, por supuesto, y nunca abandonaré la esperanza, sin que esto signifique que pretenda ejercer presión alguna sobre ella.

- En el caso de Nefret constituiría un grave error -dije-. Sus sentimientos y su comportamiento le honran, Geoffrey.

Nefret no tardó en llegar. Al observar su cálido pero distraído saludo, concluí que Geoffrey (y yo) habíamos acertado al valorar sus sentimientos.

Tal y como me había figurado, lo que había traído a Geoffrey hasta allí aquel día era su preocupación por Jack Reynolds.

- No sé qué hacer -confesó, retirando un mechón de pelo rubio que le caía sobre la ceja-. Es natural que se sienta afligido por Maude, su relación era muy estrecha, pero esperaba que pasado algún tiempo empezara a mostrar algún signo de mejoría. Por el contrario, se muestra cada vez más deprimido y desesperado. El señor Fisher habla de empezar a trabajar en serio la próxima semana y el señor Reisner estará de vuelta antes de que finalice el mes, y espera que nosotros hayamos adelantado ya mucho y… y si Jack continúa como hasta ahora, no estará listo para ningún tipo de trabajo y, mucho menos, para el programa tan severo que el señor Reisner exige a su gente.

- El señor Reisner no es un monstruo -dije-. Entenderá perfectamente que Jack necesita tiempo para recuperarse de la pérdida que acaba de sufrir.

- ¿Pero cuánto? El trabajo duro es el mejor remedio para el dolor; estoy seguro de que comparte esta opinión, señora Emerson, y esperaba que Jack sintiera lo mismo. Parece otro. Ha sido siempre muy fuerte. No puedo dejar de preguntarme…

Se interrumpió.

- ¿Hay algo más que le atormente? -apunté-. ¿Algún sentimiento más triste y profundo que la simple pena?

Geoffrey me miró con respetuosa sorpresa.

- ¿Cómo lo sabe?

- La tía Amelia lo sabe todo -dijo Nefret-. Es muy difícil que se escandalice o se sorprenda, así que será mejor que se deje de rodeos. Ha estado con Jack todo este tiempo, no es posible que no haya dejado caer alguna indirecta.

- Es tan absurdo, tan injusto…

- No acaba de creerse que la muerte de Maude fuera un accidente -dijo Nefret-. Eso no tiene nada de absurdo, nosotros tampoco lo acabamos de creer. ¿Sospecha Jack de alguien en particular?

El joven dejó caer los hombros.

- Sí. Ésa es la verdadera razón por la que quise venir hasta aquí, creo que habría que advertir a Ramsés…

- ¿Qué? -ninguna de nosotras había formulado la pregunta, fue Ramsés el que la hizo, tras haberse prácticamente materializado, emergiendo del aire trasparente, en ese extraño modo suyo que le era característico. Llevaba la camisa remangada, por lo que me imaginé que había estado en el campo de trabajo lavando fragmentos de cerámica-. No sabía que estabas aquí, Godwin -continuó, mientras cogía una silla-. No te he vuelto a ver desde el funeral. ¿Advertirme sobre qué?

- No intentes hacernos creer que no estabas escuchando la conversación -dije, sirviendo el té.

- No pude evitar oír algo. ¿Qué es lo que Jack dice sobre mí? -tras tomar la taza de mis manos se sentó, cruzando las piernas.

- Está fuera de sí -murmuró Geoffrey-. No es consciente de lo que hace.

- Quieres decir que está borracho la mayor parte del tiempo -le corrigió Ramsés-. *In vino ventas:* lo que él considera que es la *ventas,* en cualquier caso. ¿Sigue creyendo que yo seduje a su hermana a sangre fría y… y entonces, qué?

- ¡Y la asesinaste! -tan pronto estas palabras salieron de la boca de Geoffrey, éste parecía ya ansioso por retirarlas. La aparente insensibilidad de Ramsés lo había hecho enfadar (quizá fuera ésta la intención de mi hijo). Movido por un impulso, se volvió hacia mí y exclamó-: ¡Perdóneme, señora Emerson! No quería decirlo de esa manera. El dolor y el sentimiento de culpabilidad han hecho enloquecer a Jack. Cuando está en su sano juicio lo ve de otra manera, pero cuando no lo está, tengo miedo de que haga algo que luego podría lamentar.

- ¿Algo que yo también lamentaría? -preguntó Ramsés-. ¿Ha proferido amenazas contra mí?

- Peor que eso -Geoffrey se pasó una mano temblorosa por la cara-. Una noche, la semana pasada, sacó ese par de pistolas de las

que se siente tan orgulloso y, después, las limpió y las cargó.

- Revólveres -dijo Ramsés pensativo-. Los cok.

- Si usted lo dice. No me interesan esas cosas; odio las armas de fuego. Casi me puse enfermo al ver cómo frotaba y bruñía, casi acariciándolas, aquellas malditas cosas. Finalmente, los enfundó decidido en su cinturón y se dirigió hacia la puerta. No puedo repetir sus palabras, no, al menos, en presencia de unas damas pero, en esencia, dijo que iba en busca del canalla que había asesinado a su hermana. A pesar de que es mucho más fuerte que yo y de que, en ese momento, estaba fuera de sí, me precipité hacia la puerta, adelantándome a él, e hice girar la llave quitándola de la cerradura.

- Qué tremendo valor -dijo Ramsés. Nefret le dirigió una mirada de reproche.

Geoffrey se encogió de hombros.

- No tanto; sabía que no sería capaz de usar el arma contra mí. Si hubiera podido acercarse lo suficiente, me habría tirado al suelo, pero me aseguré de que no lo hiciera. Fue una escena patética y ridícula: yo saltaba arriba y abajo mientras Jack avanzaba detrás de mí, con la pesadez de un oso grande y torpe. Cuando, al cabo de un rato, cayó exhausto, pude quitarle las armas. Lo hice tanto por su bien como por el de ustedes.

- Sí, por supuesto. Bueno -dijo Ramsés lentamente-, tendré que hacer algo. Por el bien de Jack.

- Deja de hablar como un idiota, Ramsés -le dije, tajante-. Si lo que estás pensando es ir hasta allí y enfrentarte con él, será mejor que abandones la idea. Lo más importante es que deje de beber. Déjamelo a mí.

- ¿Ahora? -los ojos de Geoffrey se abrieron como platos cuando me vio coger el sombrero y la sombrilla del gancho que había al lado de la puerta-. ¿Sola? -añadió, abriendo aún más los ojos al ver que los demás no se movían de sus sillas.

- Claro que sí. No me llevará mucho tiempo.

Me gusta solucionar los problemas tan pronto como se me presentan: aplazarlos no resuelve nada y en este caso, además, era aconsejable actuar inmediatamente. Todavía era bastante temprano, así que Jack no podía haber tenido tiempo de beber tanto como para llegar a perder la razón. Para evitar que se negara a verme, me dirigí directamente y sin presentar mi tarjeta de visita a la sala de

estar, donde el sirviente me había dicho que podía encontrar a su amo.

El estado de la habitación, que una vez había sido luminosa y alegre, confirmaba la descripción pesimista que nos había hecho Geoffrey. La casa estaba sin ama; la pobre, diminuta y anciana tía (cuyo nombre nunca conseguí llegar a aprender) había sido incapaz de superar la tragedia, por lo que Jack la había mandado de vuelta a casa. La naturaleza humana es como es: la servidumbre no suele hacer mucho más de lo que se le pide y, era evidente, que Jack les pedía bien poco. La arena y el polvo cubrían todos los muebles, el suelo no lo habían barrido desde hacía varios días y un extraño y desagradable olor flotaba por la habitación. Jack no se había quitado la ropa de trabajo. Estaba sentado, hundido en una silla, con sus botas polvorientas apoyadas sobre la mesa, un vaso en la mano y una botella sobre la mesa cercana a sus botas. Al verme, se movió con tanta brusquedad, que hizo volcar la botella.

- Empezamos bien -dije, recogiéndola. Aunque se había derramado líquido suficiente como para formar un charco maloliente, todavía quedaba bastante en la botella de manera que, llevándola hasta la ventana, vertí el resto del contenido fuera, sobre la tierra.

No aburriré al lector con la descripción de lo que hice a continuación. No me llevó mucho tiempo recorrer el resto de la casa y confiscar algunas botellas más, con Jack detrás de mí, poniendo pegas y protestando por ello. Sabía de sobra que no las encontraría todas y por otro lado, él podía hacerse con más sin ningún problema: lo que contaba era el impacto dramático. Mi gesto había conseguido captar su atención; tras sentarme con él en el salón, le hablé del modo afectuoso y firme que su propia madre hubiera empleado.

Conseguí que se le saltaran las lágrimas: inclinando la cabeza, escondió la cara entre las manos. Tras darle unos golpecitos en la espalda para infundirle valor, me dispuse a marcharme. Me preguntaba si sería capaz de confiscarle también las armas, tal y como había hecho con el whisky: cogiendo el asa de la caja donde las guardaba, tiré de ella; estaba cerrada con llave.

Jack levantó la mirada y yo le dije, con calma:

- Me alegra ver que guarda sus armas en lugar seguro, Jack.

Espero que no haya dejado la llave tirada en cualquier rincón.

- No. No, señora. Desde que me robaron una de ellas, he sido muy cuidadoso con eso. Fue uno de los cok, calibre cuarenta y cinco…

- Está bien, entonces -dije, ya que no tenía ganas de escuchar una conferencia sobre armas. Lo que quería saber era dónde guardaba la llave pero ni un gesto, ni una palabra suya me indicaron dónde estaba-. Adiós, entonces, por ahora -continué-. Espero que cumpla su promesa de reformarse, Jack. Es usted una persona demasiado exquisita como para dejarse arrastrar por este tipo de debilidades. Cuando sienta la tentación de beber, recuerde que su ángel de la guarda vela por usted; aunque también puede venir a verme si, por el contrario, lo que necesita es consuelo terrenal.

O, simplemente, palabras que hagan las veces.

Estaba casi segura de que había hecho comprender a Jack lo injusto de sus sospechas sobre Ramsés. Con el resto de la gente no iba a resultar tan fácil. Las historias sobre las relaciones de Maude con diversos jóvenes surgían como la mala hierba y, una y otra vez, el nombre que más se repetía era el de mi hijo. A todas luces, la pobre Maude debía de haber proclamado a los cuatro vientos su enamoramiento. Como suelen hacer las muchachas, se lo habría contado a sus amigas quienes, a su vez, se lo tenían que haber contado a sus hermanos, a sus novios y a sus madres.

No supe nada de todo esto de primera mano. Mis contactos con los oficiales británicos y con sus mujeres eran escasos e incluso el más venenoso de ellos no se habría atrevido a mencionarme el asunto a *mí*. Fue Nefret quien me contó lo que se decía y eso, después de que la tuviera que obligar a hacerlo. Sucedió en el patio, una tarde en la que ella acababa de volver de un almuerzo: ver su rostro airado me bastó para comprenderlo todo, así que la detuve cuando se iba camino de su habitación y la hice venir a sentarse conmigo.

Era una de esas muchachas cuya hermosura aumenta cuando están enfadadas; sus ojos centelleaban y sus mejillas se habían sonrojado, adquiriendo un tono rosa salvaje, que entonaba con el vestido que llevaba puesto aquella tarde y con las rosas de seda que adornaban su elegante sombrero. La única nota discordante eran sus

manos sin guantes y los arañazos en los nudillos de la derecha. Al darse cuenta de que los miraba, intentó ocultarlos en su amplia falda.

- Querida -dije-. ¿Cómo te has hecho eso?

- Yo… mmm… ¿me creerías si te digo que me pillé la mano con la puerta del carruaje?

- No.

Nefret soltó una carcajada y me dio un rápido abrazo.

- Sin embargo, es así. ¿Me consideras tan poco femenina como para ser capaz de golpear a una damisela en la mandíbula?

- Sí.

- La verdad es que he estado tentada a hacerlo. ¿Por qué supones que quise asistir a esa tonta fiestecilla de mujeres tontas? Sabía que algunas de ellas no podrían resistir la tentación de torturarme; ¡se creen tan *inteligentes,* con sus insinuaciones, sus taimadas indirectas, su modo de fruncir los labios y sus miradas de reojo! Conseguí controlarme hasta que Alice Framington-French dijo que admiraba *taaaanto* a Ramsés por mantener la calma después de sufrir una *trágica pérdida* como aquella, y yo le dije que todos echábamos de menos a Maude, que sentíamos por ella un gran cariño y ella dijo que sí, pero que este caso era algo *diferente,* no es así, y si, *realmente,* no podía convencer a Ramsés de que era hora de sentar la cabeza y de dejar de ir por ahí rompiendo corazones, una hermana estaba para eso, no es verdad… ah, había olvidado que él no es tu *verdadero* hermano, verdad, y, entonces ella y Silvia Gorst intercambiaron una de *aquellas* miradas…

Paró para tomar aliento. Aquel modo de hablar en cursiva que tenía Nefret se intensificaba a medida que su cólera iba en aumento. Nadie tiene una imaginación tan sucia como una dama bien educada, y uno debe aprender a ignorar lo que esa gente piensa o dice, ya que, de otro modo, corre el riesgo de vivir en un estado de agitación permanente.

Le dije todo esto a Nefret, quien asintió con la cabeza, taciturna. Tras retirar los alfileres que sujetaban su sombrero, empezó a abanicarse enérgicamente con él.

- No la golpeé. Me limité a esbozar una sonrisa y a decir que sí, que era una pena que *ella* no hubiera sido capaz de cazar a Ramsés a finales el año pasado, seguramente había hecho todo lo posible,

aunque, de todos modos, no tanto como *Sylvia,* y entonces les di las gracias por el *encantador* almuerzo y salí con paso airado, y cuando subía al coche de caballos me pillé la mano con la puerta.

Oímos un ruido como el del disparo de un cañón procedente del exterior. No acabaría nunca de acostumbrarme al volumen y a la espontaneidad de los ladridos de Narmer. Tenía una voz sorprendente para un animal de su tamaño que evocaba imágenes de páramos solitarios y perros espectrales.

- Llega alguien -dijo Nefret, a pesar de que no era necesario. Mientras me limpiaba el té que había derramado sobre mi zapato, trató de convencerme sobre lo útil que resultaba Narmer como perro guardián.

- Los Vandergelt vienen a cenar -contesté-. Ve y dile a ese perro que se comporte como es debido, Nefret; tú y Ramsés sois los únicos a los que hace caso. La última vez que vinieron los Vandergelt se abalanzó sobre Katherine e hizo que se le cayera el sombrero.

Nefret se apresuró a obedecerme pero mi preocupación era innecesaria: los ladridos cesaron de golpe y los Vandergelt entraron acompañados de Ramsés.

- Nos encontramos con Ramsés en la estación y lo trajimos hasta aquí-explicó Katherine.

Mi atención se dirigió a mi hijo ya que, hasta aquel momento, no había notado que se hubiera ausentado de la casa.

- ¿Has ido a El Cairo esta tarde?

- Sí. Tenía que hacer un recado. Señora Vandergelt, siéntese en esta silla; no tiene tantos pelos de gato como las otras.

- ¿Dónde está *Horus*? -preguntó Cyrus. Y no porque sus relaciones con él fueran mejores que las de los demás; su interés se debía exclusivamente al hecho de que *Horus* era el padre de los cachorros de la gata de los Vandergelt*, Sekhmet*, quien, tiempo atrás, nos había pertenecido y que ahora disfrutaba de una vida regalada en el Castillo.

- En mi habitación -dijo Nefret-. Iré a ver si sigue allí, y así aprovecharé para cambiarme el vestido.

- ¿Puedes entrar un momento en la habitación de Emerson y decirle que nuestros invitados están ya aquí? -le pedí.

Nefret regresó vistiendo el vestido de seda tornasolada en tonos azul y té, que se había comprado en París y cuyo precio me había

hecho parpadear. Lo cierto es que podía permitirse tantos vestidos caros como quisiera y, había que reconocer, que aquél le favorecía en particular: daba una mayor profundidad a sus ojos azules y tenía un corte que sólo consiguen los diseñadores de primera clase. Aquella noche, sin embargo, el cuerpo voluminoso de *Horus*, colgado de su hombro y con sus enormes cuartos traseros descansando cómodamente sobre la curva de su brazo, echaba a perder el efecto.

Cuando, poco tiempo después, Emerson se unió a nosotros nos acomodamos para contarnos las últimas noticias. No había nadie con quien nos encontráramos tan a gusto como con los Vandergelt: apenas unos momentos después, Emerson fumaba ya su pipa y Cyrus su Cheroot, mientras los muebles de la habitación aparecían cubiertos por diversas prendas de vestir masculinas, dejadas caer aquí y allá. Ramsés se había desprendido de chaqueta, corbata y cuello y Cyrus había sido persuadido de hacer lo propio. No hace falta que diga que Emerson no llevaba puestas ninguna de estas prendas por lo que difícilmente podía quitárselas como ellos. Nefret, desoyendo sus protestas, había colocado a *Horus* en el suelo, junto al sofá, con el fin de poder sentarse con las piernas cruzadas, su posición preferida.

Los Vandergelt acababan de regresar de un viaje en *dahabyya* a Medum y Dashur. En aquella ocasión, habían decidido permanecer a bordo en lugar de quedarse con nosotros y yo no tuve nada que objetar: soy la primera en reconocer que donde uno se encuentra mejor es en su propia casa. Emerson quería hablar sobre Dashur pero no le dejé hacerlo; era imposible que nos concedieran aquel lugar por lo que seguir discutiendo sobre ello era como echar, inútilmente, más leña al fuego. Sabía que Katherine estaba ansiosa por hablar de la tragedia; había abandonado El Cairo un día después de nuestro terrible descubrimiento y por ello, no había podido asistir al funeral.

- Me sentí culpable por no poder hacerlo -dijo-. Pero la verdad es que apenas conocíamos a la pobre muchacha y habíamos hecho ya todos los preparativos para navegar.

- ¿Por qué deberías de sentirte culpable? -preguntó Emerson-. Los funerales son una pérdida de tiempo. Espero que no os molestéis en venir al mío, me traerá completamente sin cuidado que

lo hagáis o no.

- ¿Cómo sabes que será así? -preguntó Cyrus.

A Emerson no le importaba que Cyrus le tomara el pelo, ambos eran muy amigos, pero a mí sí que me molestaba tener que escuchar de nuevo las opiniones nada ortodoxas de mi marido sobre religión: lo había tenido que hacer demasiadas veces. Sus ojos brillaron perversos y sus labios se entreabrieron…

- Nadie notó vuestra ausencia -dije, interrumpiendo a Emerson con la experiencia que da una larga práctica-. Asistió mucha gente.

- Todos mirando y dándose codazos, como los turistas cuando visitan un monumento -gruñó Emerson-. La mayor parte de la gente ni tan siquiera conocía a la muchacha. ¡Demonios!

Katherine dejó de mirarme para clavar sus ojos en Nefret quien, en ese momento, contemplaba al gato; poco después, su mirada se posó sobre Ramsés, quien se encontraba apoyado sobre el borde de la fuente.

- Si no queréis hablar sobre ello lo entenderé -dijo-. Pero, sabéis, es justo para eso para lo que están los amigos: para escuchar y para, quizá, ofrecer algún que otro útil consejo.

- ¡Maldita sea! -exclamó Cyrus-. Ambos nos sentiremos muy ofendidos si no nos contáis las cosas como habéis hecho siempre. La muerte de esa pobre muchacha no fue un accidente, no me digáis que lo fue, y vosotros, amigos, os encontráis en dificultad a causa de ello, no lo neguéis. ¿Cómo podemos ayudaros?

Emerson lanzó un suspiro tan fuerte que hizo saltar uno de los botones de su camisa; Nefret lo miró con una sonrisa y yo dije:

- Ramsés, ¡sé amable y pasa el whisky!

Puse al corriente a nuestros amigos de las circunstancias que habían rodeado la muerte de Maude y de lo que había sucedido después. No se mostraron tan indignados como lo había estado yo, cuando supieron que no se había llevado a cabo una autopsia.

- De cualquier modo, probablemente no habrían encontrado nada que probara que se trató de un asesinato -dijo Cyrus, perspicaz-. Incluso el agujero de una bala o la herida de un cuchillo serían difíciles de detectar en un caso como éste, en el que los daños eran tan abundantes.

- La muerte fue causada probablemente por el golpe que tenía en la parte posterior de su cabeza -dijo Ramsés-. Hubiera sido difícil

precisar si lo produjo un instrumento contundente tradicional o un golpe contra las paredes del pozo.

- Eso no nos lo habías dicho -exclamó Nefret-. ¿Cómo lo has sabido?

- No estoy seguro, pero he estado pensando sobre ello, tratando de recordar los detalles. Ya os dije que apenas había sangre en su ropa y en la superficie de la roca. Eso podría indicar que cuando fue arrojada al interior del pozo, llevaba ya muerta algún tiempo. El único punto donde había mucha sangre era en la parte posterior de su cabeza, el pelo estaba empapado.

- Entonces la golpearon por detrás -dije-. Afortunadamente, debió de ser rápido y es probable que ni tan siquiera sufriera. ¿Tiene sentido pensar que si el asesino pudo golpearle por la espalda fue porque era alguien que ella conocía y en el que confiaba? -contesté a mi propia pregunta antes de que Ramsés o Emerson tuvieran tiempo de hacerlo-. No necesariamente. También es posible que estuviera escondido y que la cogieran de improviso.

- Pero también es cierto que tan sólo una persona que ella conocía bien podía haberla persuadido a abandonar la casa a altas horas de la noche -dijo Katherine-. Lo más probable es que el ataque no tuviera lugar en su habitación. Su hermano se habría dado cuenta de la… evidencia.

- Muy bien pensado, señora Vandergelt -dijo Ramsés-. Según lo que Jack nos ha contado, ella cenó con él aquella noche y se retiró a su hora habitual. No fue hasta la mañana siguiente cuando él se dio cuenta de que ella no estaba y de que no había dormido en su cama. Una de las puertas estaba desatrancada y abierta. O alguien la había despertado, o bien ella tenía una cita; lo más probable es que se tratase de lo segundo ya que se había cambiado su traje de noche por su ropa de montar y no se había metido en la cama.

- Así que cuando el señor Reynolds no la encontró salió en su búsqueda -dijo Katherine-. ¿Por qué? No me mires así, Amelia, se trata únicamente de una reflexión. La dama en cuestión debía tener muchos admiradores: era joven, atractiva y rica. Esta temporada parecía haberse encaprichado con Ramsés. No intento ponerte en un aprieto, Ramsés, querido…

- No -dijo Ramsés-. Es, bueno, sé dónde quiere llegar señora Vandergelt y, ¡uf!…

- ¿Crees que no he pensado en ello? -sonrió ella con afecto-. Te conozco, ¿sabes? Y no he dudado ni por un momento que tu comportamiento, tanto privado como público, fuera ejemplar. ¿Por qué tendría su hermano que sospechar inmediatamente que fuiste *tú* el que la convenció para que se escapara… con el fin de seducirla, supongo?

Emerson tragó saliva.

- Dios mío, Katherine, qué cínica eres. ¿Crees que alguien le metió a Reynolds esa idea en la cabeza?

- Según creo, como cabeza es bastante lenta, ¿no es así? -dijo Katherine, tranquila-. Ni tiene mucha imaginación ni es muy original. Y, además, el guión tiene tan poco que ver con un personaje como el de Ramsés que a cualquier persona inteligente no se le ocurriría ni por un momento que pudiera tratarse de él.

- Gracias -dijo Ramsés con gran calma.

- A ninguno de nosotros se nos ha ocurrido -le aseguré-. Ha sido muy amable por tu parte tranquilizar a Ramsés, Katherine, pero, con todo el respeto por tu indudable perspicacia, no veo adonde nos lleva todo esto. A menos que trates de sugerir que fue su anterior amante el que la mató y que, para inculpar al hombre que lo había sustituido en el afecto de Maude, arrastrara el cuerpo de ésta durante todo aquel trayecto… Umm.

- Controla tu terrible imaginación, Amelia -exclamó Emerson-. Si la muerte de la muchacha se tratase de un incidente aislado, podría muy bien haber otro motivo, pero ha habido… ¿cuántos? Tres o cuatro accidentes similares. Maldita sea, deben de estar relacionados con nuestras investigaciones sobre el falsificador. Ella sabía algo… o pensaba que sabía…

- Accidentes -interrumpió Cyrus-. ¿Qué accidentes?

- Imagino -dije distraída-, que los disparos sobre mí iban dirigidos a otra persona. O a otra cosa. No creo que se tratara de un juego…

- Disparos -jadeó Cyrus, al mismo tiempo que empezaba a tirar, agitado, de su barba de chivo-. Debería de haberme acostumbrado hace tiempo a ti, Amelia, pero lo cierto es que sigues dejándome helado de vez en cuando. ¿Qué disparos? ¿Cuándo? ¿Cuántos de esos divertidos «pequeños» accidentes se han producido hasta la fecha?

Emerson no se mostraba muy propenso a admitir que uno de aquellos accidentes había tenido lugar el día en el que casi se cayó de la pirámide, pero acabamos por convencerlo: el llamativo fragmento de cerámica debía de haber sido colocado allí a propósito, con la intención de hacerle dar un paso en falso.

- Lo más enloquecedor de todo -dije-, es que no sabemos por qué ese malvado nos persigue. Si le estuviéramos pisando los talones, entendería que quisiera tratar de distraernos o de destruirnos, pero ni tan siquiera tenemos una condenada pista sobre su identidad, y él debe saberlo. Un criminal prudente (si es que existe alguno) no osaría provocarnos.

Katherine y su marido se miraron. Cyrus sacudió la cabeza y Katherine se encogió de hombros.

- ¿Estás pensando lo mismo que yo? -preguntó Cyrus a su mujer.

- No me cabe duda alguna, Cyrus.

- ¿De qué estáis hablando? -inquirí.

- No entiendo cómo has podido pasarlo por alto -Katherine se volvió hacia mí-¿Podemos estar equivocados, Cyrus?

- Que me aspen si entiendo cómo, Katherine.

- ¡Maldita sea! -gritó Emerson-. Vandergelt, ¿estás tratando de distraer mi atención con todas esas enigmáticas indirectas y preguntas sin respuesta? Me recuerdas a mi mujer.

- Está bien, viejo amigo -dijo Cyrus con una sonrisa-. Estáis muy equivocados y ahora os diré por qué**.** Esos accidentes no tienen absolutamente nada que ver con las falsificaciones. Por el contrario, tienen un solo y único objeto: alguien está tratando de alejaros de Zawaiet el'Aryan.

Tras un intervalo, que pareció mucho más largo de lo que realmente fue, Emerson dijo:

- Peabody, si ahora me dices que tú ya habías llegado a esta conclusión nunca más… nunca más te volveré a dejar entrar en una pirámide.

- Entonces no te lo diré, Emerson.

- Pero, señora Vandergelt, ¡eso es absolutamente genial! -exclamó Nefret. Aplaudió y se puso de pie de un salto y al hacerlo, dio un pisotón a la cola de *Horus* quien, estoy convencida, se había extendido ocupando el mayor espacio posible con la esperanza de que alguien tropezara con él y le diera una excusa para quejarse. Lo

hizo, vociferante, y atacó la cola de la falda de Nefret con sus garras. Nefret, al tratar de alzar los dos pies al mismo tiempo, se enredó con los volantes y cayó en brazos de Ramsés, que se había levantado en su ayuda poniéndola fuera del alcance del gato. *Horus*, al ver a Nefret maldecir por los desgarrones que se había hecho en la falda, entendió que no podía esperar de ella comprensión alguna y abandonó rabioso la habitación; haciendo caer deliberadamente una mesita y un escabel. Ramsés se reía: los enfrentamientos con *Horus* generalmente le ponían de buen humor.

- Bueno, la verdad es que una no puede resistirse -susurró Katherine-. Cielos, Amelia, el chico es absolutamente seductor cuando sonríe.

- Umm -dije-. He de decir en su favor que no presume mucho de su físico. Por favor no lo animes. Ramsés, bájala.

- Sí, madre.

Y se apresuró a dejar a Nefret sobre un sofá, al mismo tiempo que Emerson decía con acritud:

- Al menos uno puede siempre contar con un poco de diversión en esta casa.

- Podía haber sido peor -comentó Nefret, mientras examinaba sus tobillos-. Fuiste rápido como un gato, Ramsés. Gracias.

- No es muy difícil ser más rápido que ese gato -dijo Ramsés-. Si sigue engordando tendremos que alquilarle un carro tirado por un burro -al darse cuenta de la mirada reprobatoria que le dirigía su padre se calmó-. Debe pensar que somos unos auténticos idiotas, señora Vandergelt.

- Creo -dijo Katherine-, que habéis estado muy preocupados a causa del afecto que sentís por David y Abdullah. Os habéis concentrado tanto en el asunto de las falsificaciones que no habéis sido capaces de ver nada más.

- Hubo un robo en Amarna House -dije.

Cyrus sacudió la cabeza.

- No puedes relacionarlo con los ataques que sufriste, Amelia. Su objetivo era el de recuperar el escarabajo. Si Ramsés no se hubiera metido por medio, habrían abandonado la casa sin haceros ni tan siquiera un rasguño.

- ¡Maldita sea! -exclamé-. Katherine, has tirado por tierra todas mis teorías. Había eliminado a varios de nuestros sospechosos

porque tenían coartadas para uno u otro de los ataques. Howard estaba en el Delta, Geoffrey estaba encima… bueno, estaba conmigo cuando una persona que no pudimos ver me disparó. Es evidente que intentaban alejarnos de las excavaciones y que todo ello no tiene nada que ver con el falsificador. ¡Tendremos que empezar de nuevo!

Fátima llegó en ese momento para anunciarnos que la cena estaba servida. Mientras nos encaminábamos hacia el comedor, Emerson dijo:

- Ya va siendo hora de que hagamos regresar a David. Maldita sea, lleva ya demasiado tiempo holgazaneando por Creta.

- Sabes perfectamente que si apenas hubiéramos insinuado que uno de nosotros podía estar en peligro, habrían zarpado en el primer barco -dije-. ¿Qué decía Lía en su última carta, Nefret?

- Me acusaba de estar escondiéndole algo -dijo Nefret en tono sombrío-. No me mires de esa forma tan dura, tía Amelia, no le he revelado nada y, créeme, ha sido condenadamente… ¡perdón!, ha sido muy difícil charlar alegremente sobre cosas sin importancia mientras trataba de no mencionar nada que pudiera levantar sus sospechas.

- Hablando del robo en Amarna House… -empecé a decir.

- No estábamos hablando de eso -dijo Emerson. Al retirarle Fátima el cuenco de sopa vacío se dirigió a ella, afable-. Excelente sopa, Fátima.

- Hablábamos de eso antes -insistí, decidida a que no me distrajera-. Quiero preguntar algo y se me olvida todo el tiempo… han sucedido tantas otras cosas. La sopa estaba excelente, Fátima. Díselo a Mahmud.

- Sí, *Sitt Hakim.* Gracias.

- El robo -dijo Cyrus-. Me alegro mucho de que lo mencionaras, Amelia, porque también ha despertado mi curiosidad. ¿Por qué ese tipo se arriesgó tanto para recuperar el escarabajo? Es evidente que no había nada en él que pudiera daros una pista sobre su identidad o, de otro modo, no estaríais todavía a oscuras.

El resto de nosotros miró con expectación a Ramsés, a quien no le gustó toda aquella atención.

- No tengo la respuesta a eso -se limitó a decir.

- Es una pena que no fotografiáramos esa maldita cosa -

reflexioné-. Pero no nos podíamos imaginar que la íbamos a perder tan pronto. ¿Tienes una copia de tu traducción aquí, Ramsés?

- No la escribí, madre -al coger el cuchillo y empezar a cortar la porción de pollo que le habían servido, frunció las cejas. Era una fruslería, sin embargo: los pollos egipcios a menudo lo son.

- Supongo que lo leerías de cabo a rabo como si se tratara de un texto en inglés -dijo Cyrus con una sonrisa irónica y sacudiendo la cabeza.

- Sí, señor. Sin embargo -añadió Ramsés tras una larga pausa- hice una copia de la inscripción jeroglífica. ¿Le gustaría verla?

- ¿Quién, yo? -Cyrus se echó a reír-. De ningún modo, apenas podría leer más de unas palabras.

- A mí sí que me gustaría verla -dije- ¿Por qué no dijiste antes que tenías una copia?

- Nadie me lo preguntó -contestó Ramsés.

Nefret le tiró un panecillo.

- Echémosle un vistazo, entonces -dijo Emerson, mientras Ramsés cogía el panecillo y se lo devolvía cortésmente a Nefret.

- ¿Ahora? -preguntó Ramsés.

- Cuando hayamos acabado de cenar -dije-. Si tú y Nefret dejáis esos juegos de niños, ¡y en presencia de invitados, por si fuera poco!, no tardaremos mucho en hacerlo.

- Perdone, tía Amelia -murmuró Nefret, a pesar de lo cual se giró un poco para sonreír a Ramsés; los labios de él se curvaron ligeramente hacia arriba en señal de respuesta.

Mientras Fátima quitaba la mesa, Ramsés fue a buscar la copia del texto. Juntamos nuestras sillas al mismo tiempo que él extendía las arrugadas hojas de papel. Al contrario de lo que sucede con su caligrafía habitual, que se parece a los amorfos garabatos taquigráficos, propios de la escritura demótica egipcia, la escritura jeroglífica de Ramsés es clara y fácil de leer (suponiendo, claro está, que uno sea capaz de leer egipcio antiguo). No me atrevería a afirmar que mi conocimiento de esta lengua sea el de un experto, pero las primeras palabras del texto formaban parte de una fórmula familiar.

- «Imyre»… mmm -leí en voz alta-. El inspector de barcos, príncipe heredero y conde, único compañero. Son los títulos del alto oficial que compuso el texto, Cyrus.

- Bastante bien, querida -dijo Emerson, su voz dejaba a las claras que se estaba divirtiendo. Puso su mano sobre la mía-. Quizá podemos dejar que Ramsés traduzca el texto entero… sin interrupciones.

Se trataba de un documento sorprendente. Los egipcios eran unos excelentes constructores de barcos y sabían algo de astronomía. No era descabellado pensar que, siguiendo la línea de la costa y atracando de cuando en cuando para reponer provisiones, un capitán que gozara del favor de todos los dioses en un panteón tan enormemente extenso como el suyo, pudiera haber llevado a cabo aquella hazaña. Yo no lo creía, sin embargo; y, de acuerdo con los comentarios que iba haciendo Ramsés a medida que leía el texto, resultaba evidente que la práctica totalidad de las descripciones que contenía el mismo habían sido copiadas de fuentes muy posteriores. El hombre que las había juntado estaba muy familiarizado tanto con ellas como con el lenguaje egipcio.

- Hay algunas anomalías, sin embargo -dijo Ramsés-. En primer lugar, el texto empieza con los títulos y el nombre del hombre que, a todas luces, lo compuso. El protocolo de entonces exigía que la fecha, los nombres y los títulos del faraón precedieran al suyo. Éstos aparecen en el texto, pero detrás de los títulos del oficial que, por otra parte, no guardan el orden que deberían respetar.

- Veo dónde quieres llegar -exclamó Emerson-. Nuestro amigo era príncipe, conde y único compañero y todo lo demás; ¿por qué mencionar, entonces, su cargo de inspector de barcos antes que los otros títulos de mayor rango? ¿Es significativo?

- Sí lo es, el significado se me escapa -dijo Ramsés bruscamente. A pesar de no ser presumido, odiaba tener que admitir que sus conocimientos sobre el egipcio podían tener algunas lagunas, incluso en un caso como aquél.

- Entonces -dije-, la pista que debería de proporcionarnos más información no se encontraba en el interior del texto.

Ramsés dijo que había llegado a la misma conclusión, pero que a pesar de todo, el indicio, o bien era minúsculo, o bien podía estar escondido con una habilidad tan diabólica que le hubiera resultado imposible verlo. Añadió que desde el momento en que ya no disponíamos de la condenada (perdonen, madre y señora Vandergelt), de la maldita cosa, seguir con aquellas especulaciones

era una pérdida de tiempo. No pude por menos que estar de acuerdo con esta última observación.

Visto que al día siguiente era viernes, el día de descanso de nuestros hombres, Emerson había aceptado escoltarme hasta El Cairo y pasar la noche en el Shepheard. En realidad no le apetecía nada hacerlo, nunca le apetece, así que ahora intentaba valerse de una excusa para no tener que ir.

- Na me gusta la idea de dejar solos a los niños, Peabody -dijo con mojigatería-. La idea de Vandergelt de que alguien está tratando de impedir que excavemos en Zawaiet…

- No ha cambiado para nada la situación, Emerson -le expliqué-. No se encuentran por ello en mayor peligro del que ya estaban y creo que podemos confiar en su prudencia.

- Bastante -dijo el «niño» enérgico, mientras la «niña» apretaba los labios y alzaba la vista.

- Umm -dijo Emerson-. Veamos. Esto… Nefret, tengo una infinidad de notas que habría que transcribir. Probablemente te llevará la mayor parte del día.

- Ramsés y yo habíamos planeado ir a Atiyah -protestó Nefret-. Kadija me está esperando.

- Lo puedes hacer en otra ocasión. Regresaremos a primera hora del sábado por la mañana listos para volver al trabajo -al ver su expresión malhumorada cambió de táctica-: Ya sé que piensas que soy demasiado precavido, querida, pero te pido como favor que me des tu palabra de que mañana no te alejarás de la casa. Al menos, aquí no te puede suceder nada.

Capítulo 9

Desnudos hasta la cintura y con los sables en la mano, nos enfrentamos. Ahmed era un hombretón, con el cuerpo cosido por las cicatrices fruto de sus muchos encuentros, y unos brazos mucho más largos que los míos. Mi única esperanza era agotarlo con mi gran agilidad y mis habilidades defensivas. Llorosa, la muchacha me lanzó un grito…

Cartas de la colección B:

Querida Lía:

No sé si algún día llegarás a recibir esta carta; pero tengo que contárselo a alguien ahora, en este momento; tengo que hablar de él con alguien; y aquí no hay nadie a excepción de Horus, quien no es precisamente un oyente muy comprensivo, sobre todo porque la pasada noche lo dejamos fuera de la habitación, y el profesor y la tía Amelia no han regresado todavía y, en cualquier caso, le prometí que le esperaría para decírselo a los dos juntos. Hace menos de una hora que me dejó. Parecen días. ¿Cómo podías soportar todos aquellos días y meses en los que tú y David estabais separados? ¿Sobre todo en aquellos terribles momentos en los que llegasteis a temer que nunca podríais estar juntos?

¿Da la impresión de que me he vuelto completamente loca? ¡Lo estoy! ¡De los pies a la cabeza, perdida y apasionadamente loca! Tal vez, escribiendo, consiga poner un poco de orden en mi cabeza. Sólo espero que consigas leerlo. Mi mano es, en estos momentos, tan poco firme como mi corazón.

Todo ha sucedido gracias a Percy. ¿No es extraño? ¿Nunca habrías imaginado que un hombre al que detesto tanto como a él pudiera ser el responsable de que ahora yo me sienta tan maravillosamente feliz!

Percy se presentó en casa ayer por la tarde cuando me encontraba a

solas en la sala de estar. La tía Amelia y el profesor se habían ido a pasar la noche a El Cairo -ella para darse el lujo de asistir a un «amigable encuentro social» en el Shepheard y el profesor para consultar con alguien del Instituto Alemán- mientras que Ramsés había salido rumbo a Atiyah para hablar con Selim sobre algunos suministros que necesitaba el profesor. Percy no esperó a que lo anunciaran y entró directamente con Fátima revoloteando a su alrededor. Un enérgico golpe fue mi única advertencia. Al verlo, plantado junto al umbral de la puerta con la pobre Fátima detrás, discutiendo con él al mismo tiempo que intentaba excusarse conmigo, sentí la tentación de arrojarle un bote de tinta.

¿Por qué no lo hice? Porque fui una cobarde y una idiota. Una cobarde porque temía lo que diría Ramsés en el caso de que llegara a saber que lo había traicionado, y una idiota porque creí que Percy tendría alguno de los instintos propios de un caballero. Siempre que me lo había encontrado me había lanzado miradas significativas, pequeñas señales de entendimiento y, en general, un ambiente de confianza mutua: bastante nauseabundo e inquietante pero no temible. No creía que Percy fuera verdaderamente capaz de decir la verdad y avergonzar hasta al mismo diablo (él sin ir más lejos); y, por otra parte, considerar la posibilidad de que amenazara con revelarlo todo para chantajearme me parecía demasiado ridículo.

Así que, le dije a Fátima que se podía marchar y ofrecí asiento a Percy. Con gesto majestuoso él me indicó que me podía sentar en el sofá. Iba vestido con ese exceso de elegancia que, sin saber por qué, resulta inapropiado; no hay nada malo en los detalles, es el conjunto lo que resulta excesivo.

Permanecí de pie.

- Lo cierto es que estoy algo ocupada, Percy. ¿Qué es lo que quieres?

- Una pequeña y agradable charla -me sonrió con afectación y entonces me di cuenta de que estaba borracho. No lo suficiente como para tambalearse o trabarse al hablar pero si lo bastante como para tener su cerebro aún más debilitado.

Eché mano de mi colección de frases hechas.

- No está en condiciones de estar en compañía de una dama.

- Un poco del valor que da la bebida -musitó Percy-. No se enfade, Nefret. He mantenido mi parte del trato, ¿no es así?

- No recuerdo haber cerrado ninguno con usted. Será mejor que se

vaya antes de que regrese Ramsés. Le espero de un momento a otro.

Otra equivocación por mi parte pero, honestamente, ¿quién se iba a imaginar que iba a ser lo bastante estúpido como para cometer el mismo error dos veces? Tras referirse a Ramsés en modo grosero, arremetió contra mí. Antes de que pudiera echarme a un lado, me había cubierto con un desgarbado pero temporalmente efectivo abrazo de oso.

- Déjeme -le dije irritada.

- En realidad, no es eso lo que quiere. Una mujer llena de brío como usted lo que verdaderamente desea es un hombre que la domine.

Conseguí evitar sus torpes intentos de besarme al mismo tiempo que liberaba uno de mis brazos y cambiaba mi peso apoyándome sobre la pierna izquierda. Mientras decidía qué parte de Percy golpear en primer lugar, se abrió la puerta de la sala de estar.

Había mentido a Percy: en realidad no esperaba que Ramsés estuviera de vuelta tan pronto. La visión de éste me dejó paralizada, circunstancia que aprovechó Percy para darme un beso en la boca. Lo siguiente que recuerdo es que se produjo una especie de explosión silenciosa que levantó a Percy directamente por los pies y lo lanzó volando sobre una silla y contra la pared; yo di un traspié y hubiera perdido el equilibrio si Ramsés no me hubiera cogido por el cuello de la camisa.

Entonces pude ver bien su cara.

Me apreté contra su cuerpo y me colgué de él con las dos manos. Durante uno o dos segundos tuve miedo de que estuviera demasiado furioso y no se preocupara por si podía herirme o no. Los dedos que me habían asido por las costillas se relajaron y dijo: «Levántate y salgamos. No sé cuánto tiempo más voy a poder resistir aquí dentro».

No sabía cuánto tiempo lo iba a poder resistir yo. No me había dejado engañar por la tranquilidad que denotaba su voz. Me así con más fuerza a su camisa y me incliné con decisión sobre él. Ni tan siquiera me atrevía a levantar mi cabeza, que apretaba contra su hombro; tenía la sensación de que, si la aflojaba en lo más mínimo, él me apartaría como si fuera un mueble, impersonal y eficiente, y, en ese caso, temía pensar lo que sería capaz de hacerle a Percy. Le oía gemir y respirar con dificultad, pero sabía que sus heridas no eran graves; cuando finalmente se movió, lo hizo al trote; sus pasos se perdieron en el silencio.

Ramsés me levantó por los aires, separando mis pies del suelo… y de

los suyos, sobre los que había estado hasta ese momento. Sosteniéndome con un brazo, caminó hacia la puerta y la cerró de un portazo.

- Suéltame -dijo-. No te molestes en intentar hacerme creer que estás a punto de desmayarte. Me has roto la camisa y creo que esas marcas afiladas sobre mi cuello son las de tus dientes.

- Déjame bajar, entonces.

- Oh, lo siento -me dejó en el suelo.

- No, no es verdad que lo sientes -levantando la cabeza, le examiné la garganta-. No hay sangre.

- ¿Te gustaría volver a intentarlo?

- ¡Basta! -con mis manos sobre sus hombros, quise sacudirlo-. ¿No puedes admitir por una vez en tu vida que eres un ser humano, con emociones humanas? Querías matarlo. Lo hubieras hecho. Y yo lo tuve que evitar, de la mejor forma que pude.

- ¿Por qué?

La pregunta me cortó la respiración. Yo manejaba mis sentimientos con la misma torpeza con la que un sirviente desmañado revolvería en el cajón de un escritorio. Cuando lo entendí, o creí que lo había entendido, di un paso hacia atrás e intenté golpearle. Mi muñeca fue a dar contra su mano alzada.

- Supongo que debo considerar esto como una respuesta -deslizó su mirada por mi cara, deteniéndose en mi cuello. Mi camisa estaba abierta, casi a la altura del pecho. No me había dado cuenta-. ¿Fue Percy quien te hizo eso? -preguntó.

- Lo hiciste tú, creo. Cuando nos separaste -podía haber sucedido muy bien así…

- Lo siento.

- Por favor, no lo hagas.

- ¿Excusarme? -enarcó las cejas al mismo tiempo que curvaba las comisuras de la boca-. Lo que tú digas.

Todavía pareces algo agitada. Siéntate y te daré una copa de coñac.

- Todavía no. Quiero decir… -no podía soportar seguir mirándolo. Aquella parodia de sonrisa me ponía enferma. Intenté abrocharme la camisa-. ¿Te quedarás aquí? No te vayas.

- Me quedaré aquí. -Se dirigió hacia la ventana y se quedó junto a ella, dándome la espalda.

Sabes muy bien cómo nuestros ojos son capaces de engañarnos algunas veces; cómo un grupo de formas y sombras pueden presentarse

bajo cierto aspecto para, poco tiempo después, hacerlo con otro bien distinto. No fue exactamente así; no se había producido ningún cambio físico en él, era el mismo de siempre. Yo conocía cada línea de su esbelto cuerpo y cada rizo de su cabeza morena y despeinada. Sólo que, hasta ese momento, no lo había visto a él. Sabes lo que quiero decir, ¿no? El cambio se produce en el corazón.

Es probable que emitiera algún sonido: un grito ahogado, un mudo suspiro. Al darse la vuelta, le tuve de nuevo frente a mí. Aquellos rasgos que conocía mejor que los míos eran los mismos, pero ahora podía ver la ternura que la firmeza de sus labios trataba de ocultar con tenacidad y el fino modelado de sus sienes y de sus pómulos y sus ojos abiertos de par en par y, por una vez, sin protección. Había abandonado toda defensa.

Permaneció inmóvil durante unos segundos, mirándome. Entonces alargó su mano. «Ven aquí», dijo.

No me podía mover. Me sentía como si alguien me hubiera puesto del revés; el mundo parecía haberse vuelto loco.

- Sabes que es demasiado tarde -dijo, con la misma voz apagada-. Demasiado tarde para mí, sea lo que sea lo que tú decidas. ¿Podrías, al menos, tratar de salirme al encuentro?

No recuerdo que se produjera ningún intervalo entre esta desgarradora pregunta y el momento en que sus brazos me estrecharon y sus labios rozaron los míos.

¿Por qué no lo había imaginado antes? ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Por qué nadie me lo había dicho? Se rió de mí cuando le dije todo esto. Adoro verlo reír, Lía. Su cara cambia por completo, sus ojos resplandecen, su boca se suaviza y… te dije que estaba fuera de mí.

No me di cuenta del tiempo que había pasado hasta que Fátima empezó a rascar la puerta y nos preguntó cuándo queríamos cenar. Estábamos sentados en la oscuridad. Me besó de nuevo y me apartó con delicadeza.

- Le diré que en diez minutos, ¿será suficiente?

- Si. No. Dile… Dile que no queremos cenar. Dile que se vaya.

Dejé de escribir porque oí ladrar a Narmer y esperaba que… Pero no era él. No puedo estar aquí dentro más tiempo; saldré a esperarlo a la puerta. Un poco más cerca, un poco antes… meteré esta carta en un sobre y la dejaré sobre la mesa con el resto del correo.

Espero que no pienses que si te dejo ahora, en este preciso e

interesante momento, es porque busco un cierto efecto literario o porque me avergüenzo de lo sucedido. No siento vergüenza alguna. ¡La verdad es que no sabía que se podía ser tan feliz! A menos que os hayáis embarcado ya, os perderéis la boda; no esperaré ni un día más, mi querida amiga. Y no porque me preocupen los convencionalismos, pero el profesor se escandalizaría y la tía Amelia nos echaría un sermón; ellos no lo pueden entender, viven en otro mundo; y mi pobre y querido Ramsés siente un temor tan reverencial por ellos que sería capaz de encerrarse bajo llave en su habitación sin querer abrir la puerta. ¡Y entonces tendría que trepar para entrar por su ventana! Y, además, quiero estar con él. ¡Gracias a Dios, cuento con la ayuda de Ibrahim para poder abrir las celosías!

Él no lo pudo evitar la otra noche, fui yo… fui yo la que… Cuando lo recuerdo, siento que hasta mis huesos se derriten. No es la única razón por la que le amo tanto, Lía. Aunque parezca despreciar el código de los caballeros de su clase, es todo aquello que ellos pretender ser y raramente son: delicado, fuerte, valeroso, honrado.

DEL MANUSCRITO H:

A Ramsés no le hizo falta preguntar a Alí quién era el visitante. El caballo sudaba y tenía los ojos casi fuera de sus órbitas. Los caballos de Percy tenían siempre el aspecto de haber sido montados hasta la extenuación y tratados con torpeza. Se demoró lo justo para pedir al encargado del establo que le diera algo de agua y que lo secara con una toalla. Casi corría al doblar el pasillo, camino de las habitaciones. Incluso cuando eran niños, había algo en Percy que le hacía sentir una sensación más fuerte que el mero disgusto y más extraña que el aborrecimiento. Lo que había sabido de su primo unas semanas antes hacía que la simple idea de que se encontrara a solas con Nefret le resultara intolerable.

No dudaba que sería capaz de cuidar de sí misma, pero cuando la vio, presa del desgarbado abrazo de Percy, una auténtica rabia asesina barrió de su mente cualquier otro pensamiento o sensación.

Fue maravilloso.

La presión del cuerpo de ella contra el suyo y de sus uñas arañando su piel le hicieron recuperar el sentido. Ella tenía el rostro de un color gris ceniza. Despacio y con cuidado, apartó las manos

de su cintura. Esperaba no haberle hecho daño. No era su intención.

Percy había golpeado la pared con tanta fuerza que había hecho caer algunas fotografías de un estante cercano y ahora se encontraba de rodillas tratando de recuperar el equilibrio. Unas pocas palabras cuidadosamente escogidas le ayudaron a ponerse de pie y a abandonar la habitación. Tenía el suficiente sentido común como para no articular palabra, pero la mirada que dirigió a Ramsés fue bastante elocuente. Ramsés pensó que ambos componían una bonita escena: la muchacha desmayada y abrazada a su salvador, con su dorada cabeza apoyada contra su pecho, y el brazo masculino de él sujetándola. Probablemente, Percy no estaba en condiciones de darse cuenta de que el brazo que rodeaba su cintura no la abrazaba, sino que simplemente la sostenía. Ella estaba de pie sobre los pies de él.

En cualquier caso, Nefret había conseguido lo que quería: evitar que le rompiera el cuello a Percy. Lo que, quizá, era una buena cosa. Sabía que era propenso a excitarse cuando se trataba de matar gente y asesinar a un miembro de la familia habría sido desagradable para todos.

Así que, después de todo, había sido un detalle por su parte. Ahora, sin embargo, hubiera querido que se marchara y dejara de hablar, y dejara de tocarlo, y le diera la oportunidad de recuperar el control de sí mismo… Ella le dijo que no quería coñac; le pidió que la esperara mientras se cambiaba. Estaba despeinada, sus labios temblaban y su vestido estaba hecho pedazos. Un nuevo impulso de furia asesina le turbó la vista por lo que, incapaz de mirarla, se acercó a la ventana.

Entonces creyó oír un ligero y extraño sonido, mitad chillido, mitad sollozo, y se volvió. Cuando vio su cara se le cortó la respiración. No había error posible en aquella mirada que él había esperado durante tanto tiempo. Sabía que si se le acercaba, ella caería irresistiblemente en sus brazos, pero se contuvo. El siguiente paso, el último, debía de darlo ella. Debía elegir, debía desearlo tanto como él.

Cuando finalmente se movió, lo hizo con una precipitación tal que le hizo tropezar. Se encontraron a mitad de camino.

En la tranquila oscuridad que precede al alba, y mientras ella yacía en sus brazos, sintió la humedad de una gota sobre su hombro

y le preguntó por qué estaba llorando.

- Me siento como Sinuhé.

El se echó a reír y la estrechó aún más en sus brazos.

- A mí no me lo parece.

El dulce viento de su risa le contestó, caldeándole la piel.

- Ya sabes lo que quiero decir.

- Creo que sí, pero me gustaría que fueras tú la que lo dijera.

- Como el desterrado que vuelve finalmente a su hogar.

Se durmió entonces, mientras él permaneció despierto, sosteniéndola entre sus brazos, hasta que la luz del amanecer se hizo más intensa y ella se despertó y le sonrió.

Cuando Emerson y yo volvimos a casa aquella mañana, nos estaban esperando fuera de la puerta: un viejo y una mujer con velo y con una niña muy sucia entre sus brazos. Pensé que la mujer debía de ser una de las que Nefret tenía a su cargo ya que, aunque estaba decentemente cubierta por una raída toga azul oscuro (sin el cual, ninguna mujer, sin importar su clase social, se habría atrevido a aparecer en público), los ojos negros que se entreveían sobre el velo estaban muy pintados con kohl y los adornos baratos, que colgaban de los velos que ocultaban su cara y su cabeza, delataban su profesión. El hombre, cuya barba gris y polvorienta apestaba a aceite perfumado, vestía un caftán de seda, a rayas de llamativos colores, y ceñido por un chal igualmente llamativo. O bien no tenían el valor de preguntar por Nefret, o bien Alí les había impedido que entraran, lo cual no dejaba de ser comprensible.

Emerson se dirigió al viejo por su nombre cuando yo estaba a punto de ponerme a hablar con la mujer.

- ¿Cómo te atreves a ensuciar mi entrada, Ahmed Kalaan? Ya sabes dónde está la clínica, llévala allí.

La mujer retrocedió. El hombre la cogió por el brazo.

- No, Padre de las Maldiciones, no. Y no me envíe a la cocina como si fuera un sirviente. He venido en calidad de amigo, para evitarle la molestia.

- Grrr -dijo Emerson-. Tú, viejo vil y despreciable…

Aunque las palabras parecían fallarle, estaba segura de que no podía ser así, ya que no era nada frecuente que ocurriera; lo que

sucedía era que aquéllas que le habría gustado emplear resultaban demasiado incendiarias para mis oídos y, aún más, para los de una niña. Kalaan no estaba dispuesto a arriesgarse a sufrir la cólera del Padre de las Maldiciones por un exceso de arrogancia. Murmurando un juramento, trató de arrebatar a la niña, que se escondía contra el hombro de la mujer. A pesar de que se aferraba desesperadamente a su madre -supuse que la mujer lo era- las manos como garfios de Kalaan consiguieron arrancarla y la sostuvieron para que pudiéramos ver su cara. Tenía la piel tostada, el pelo negro y rizado, los rasgos delicados aunque, en aquel momento, casi paralizados a causa del miedo. Era una típica niña egipcia… excepto por una cosa.

- ¡Mira… mira! -dijo atropelladamente Kalaan.

- ¡Cielos! -dijo Emerson con voz entrecortada. Me miró-. Peabody… qué…

Se me había quedado helado el corazón pero, aun así, reaccioné con rapidez como, por otra parte, suelo hacer en los momentos de crisis. Y aquél era, sin duda, uno de ellos. Dije:

- No podemos tratar el asunto en la calle. Llévalos dentro. Alí, abre la puerta.

Kalaan sonrió de oreja a oreja. Devolvió la niña a su madre y me siguió pavoneándose. Fátima, que estaba en el patio, lanzó un grito de protesta cuando vio al trío.

- *Sitt Hakim* ¿adonde los lleva? Si lo que quieren es ver a *Nur Misur,* ella está aquí y le gustaría verla a usted y al Padre de las Maldiciones…

- ¿Está Ramsés en casa? -preguntó Emerson.

- *Aywa.* Llegó un poco antes que ustedes y se fue con *Nur Misur* a su habitación. Quieren…

- No, ahora no, Fátima -dije, cerrando la puerta de la sala de estar casi en las narices de la mujer.

Kalaan eligió la silla más confortable y se instaló en ella, tras lo cual me miró con insolencia. Controlaba la situación y lo sabía. A una señal suya, la mujer se acercó a él encogiéndose como un perro que espera que lo golpeen. El velo se había caído cuando la niña, frenética, se había agarrado a él. Era más joven de lo que había pensado en un principio; quizá, más joven incluso de lo que parecía, ya que la vida que llevaba hacía envejecer a las mujeres muy

deprisa.

- Siéntate, querida -me dijo Emerson. Se estaba conteniendo tanto que temí por su salud. Antes de que pudiera decir nada, la puerta de la sala de estar se abrió.

Nefret no se había molestado en llamar. Raramente lo hacía y, en aquel momento, no tenía razón alguna para pensar que no quisiéramos ser molestados. Iba cogida de la mano de Ramsés y tiraba de ella como solía hacer cuando algo la emocionaba y quería compartirlo con nosotros. Ambos sonreían.

El viejo arrancó de nuevo a la niña de los brazos de su madre y la puso de pie, sosteniéndola de modo que Ramsés pudiera verle la cara.

- *Asalamu Alaikum,* Hermano de los Demonios. Mira, te he traído a tu hija. ¿La aceptas?

Ramsés negó con su cabeza.

- No -dijo con voz ronca.

Su cara le traicionaba. El color la había abandonado, dejándola blanca bajo el intenso bronceado.

La chiquilla se soltó de la mano del viejo y corrió hacia Ramsés con los brazos en alto y llamándolo con una voz aguda y temblorosa. Era muy pequeña todavía para hablar con claridad de modo que tan sólo entendí una cosa: el equivalente en árabe de la palabra padre.

El involuntario retroceso de Ramsés la detuvo con más brutalidad de lo que lo hubiera hecho una bofetada. Se llevó a la cara unas manos regordetas y sucias y se encogió como haría un animal asustado que tratara de hacerse más pequeño. Pero antes de que la niña pudiera ocultarse, Nefret pudo ver lo que nosotros habíamos visto antes: unos ojos grises grandes y oscuros, de una tonalidad y de una forma inusuales; de una tonalidad y una forma iguales a las mías.

Hasta ese momento, Nefret había permanecido inmóvil y sin habla. El sonido que salió de sus labios abiertos era ininteligible: el grito agudo de un animal herido. Sus ojos azules se movieron, posándose primero sobre los raídos vestidos de la mujer y, después, de nuevo sobre la niña. No sólo soltó la mano de Ramsés; la arrojó lejos de sí y abandonó la habitación corriendo y dando traspiés.

- ¡Nefret, espera! -Ramsés se volvió.

La niña debía de haberlo estado observando a través de sus dedos y dejó escapar un gemido.

Aunque no soy una mujer con un gran instinto maternal, no pude soportarlo más tiempo. Si Emerson no me hubiera retenido, me habría puesto de pie de un brinco. Sus ojos imperturbables miraban fijamente a Ramsés.

- ¿Lo ven? -se carcajeaba el viejo-. Dicen que no pero, ¿quién los iba a creer al ver su cara? Por una cierta cantidad de dinero, una cantidad ínfima, le encontraré un hogar entre su propia gente donde será amada y querida y al abrigo para siempre de las miradas de los *inglizi*.

Tal vez la chiquilla no entendió la indecible promesa que hizo aquella voz maliciosa -rogué porque no lo hubiera hecho-, pero resultó muy clara para todos los demás. Pensaba que Ramsés no sería capaz de palidecer aún más, pero me equivocaba. Dejándose caer sobre una rodilla, tomó las manos de la niña entre las suyas. Su voz fue más firme de lo que hubiera sido la mía en las mismas circunstancias.

- No llores, pajarito. No debes temer nada. No dejaré que se quede contigo.

La pequeña se colgó entonces de su cuello, enterrando la cara en su hombro. Con ella en brazos, Ramsés se puso de pie.

- La reclamo -dijo, muy formal-. Es mía. Sal de aquí, Kalaan, aún estás a tiempo.

Kalaan se relamió los labios.

- ¿Qué dice? ¿Sabe lo que está diciendo? Ha deshonrado a esta mujer, mi… uf… mi pobre hija. Deme el dinero y yo…

- No -dijo Emerson con calma-. Creo que si empiezas ahora y te mueves con la suficiente rapidez, puedes estar fuera de esta habitación antes de que yo pierda la paciencia.

El malvado viejo conocía aquella voz susurrante. Huyó hacia la puerta tratando de evitar a Ramsés. La mujer salió con cautela tras él. Después de que se hubieran marchado, Ramsés dijo:

- Padre, madre, perdónenme. Vuelvo enseguida.

Tras decir esto, abandonó la habitación con la niña colgada de él como si fuera un monito. Emerson se sentó junto a mí, cogió mi mano y empezó a acariciarla; ninguno de los dos habló hasta que Ramsés estuvo de vuelta.

- La he dejado con Fátima pero le prometí que volvería a tiempo para tranquilizarla mientras se baña -explicó-. ¿Qué queréis saber?

- No es tuya -dijo Emerson.

- No.

- Entonces quién… -no acabé la pregunta. Tan sólo había otro hombre en Egipto de quien la niña podía haber heredado los ojos de mi padre-. Quizá no lo sabe -continué-. ¿Debemos decírselo?

Ramsés se dejó caer sobre una silla y cogió un cigarrillo.

- No tiene responsabilidad legal alguna, ¿supones que aceptaría otra de cualquier tipo?

- Umm -dijo Emerson-. Peabody, querida, deja que te sirva un poco de whisky con soda.

- No, es demasiado pronto. Pero me gustaría probar uno de esos cigarrillos. He oído decir que calman los nervios.

Ramsés enarcó las cejas, pero me dio un cigarrillo y me lo encendió. Al menos, me serviría para distraerme.

Tras aprender a manejarlo y dejar de toser, me sentí lista para escuchar la explicación de Ramsés.

- Se aproximó a mí un día en el *suk,* tirando de mi chaqueta y pidiendo *bacshish.* Al bajar los ojos y verla… Ustedes también la han visto. Impresionante, ¿no es así? Cuando me recuperé le pedí que me llevara hasta su casa. Pensó que quería… -su voz, imperturbable hasta entonces, se quebró. Momentos después, continuó-: Su madre se llevó la misma impresión. Tras desengañarla, pudimos hablar. Ella aseguraba no saber quién era el padre. Puede que dijera la verdad: sus clientes no suelen darle a conocer sus nombres.

- Dios mío -susurré.

- Dios no tiene nada que ver con todo esto -dijo Ramsés, ofreciéndome otro cigarrillo-. El lugar era indescriptible: una sola habitación, llena de basura hasta los tobillos, plagada de moscas y otros insectos. No podía dejarla allí. Las trasladé a un lugar más sano de los alrededores y pagué a Rashida una cierta cantidad de dinero cada semana con la condición de que se retirara. Solía dejarme caer por allí de vez en cuando con el fin de averiguar si ella mantenía su promesa. Cuando Sennia empezó a llamarme padre no tuve el valor de impedírselo. Los niños con los que jugaba tenían uno; ella conocía la palabra y era demasiado pequeña para comprender y…

- Te encariñaste con ella -dije.

- No soy totalmente insensible a la ternura, madre. Tras aprender a confiar en mí, había veces en las que hacía un gesto o se reía de un modo que me recordaba… a alguien. -Me sonrió y, al hacerlo, su cara parecía tan joven y vulnerable que me entraron ganas de llorar.

- ¿Por qué no nos lo dijiste? -pregunté.

- ¿Debería correr a contarle a mi madre todos mis problemas? Oh, quizá os lo habría contado pero teníais ya bastante de qué preocuparos y, en este caso, no era vuestra responsabilidad sino la mía.

«Lo raro hubiera sido que se comportara de otra manera», pensé. No tenía por costumbre pedir ayuda.

- Me pregunto qué es lo que tiene que ver Kalaan en todo esto -dijo Emerson reflexivo.

- No es más abuelo de Sennia de lo que lo puedas ser tú -dijo Ramsés-. Ya sabes lo que es: un viejo y astuto canalla que ha sabido montar la escena a la perfección. Cambió la ropa que yo le había regalado por los andrajos que llevaba puestos hoy, y no la había visto tan sucia desde hacía semanas. Lo que pretendía ganar con todo esto…

- Dinero, por supuesto -dije-. Estoy segura de que pensaba que querríamos ocultar el asunto. Pero que alguien, incluso un… un ser tan vil como Kalaan… pueda suponer que abandonaríamos a esa niña… a cualquier niña… a…

- Está bien, querida -dijo Emerson, cogiéndome la mano.

Ramsés apagó su cigarrillo y se levantó.

- Debo volver con ella. Cuando la dejé trataba de contener el llanto pero me di cuenta de que estaba asustada.

- Iré contigo -dije-. La presencia de una mujer tranquilizará a esa pobre cosita.

Ramsés miró a su padre, quien se apresuró a decir:

- ¿Dónde ha ido Nefret? Tiene mucha mano con los niños y estoy seguro de que, cuando sepa la verdad, querrá excusarse contigo por haberte juzgado tan mal.

- Ustedes tampoco sabían la verdad -dijo Ramsés; su rostro se había endurecido y el tono de su voz resultaba nuevo para mí-, pero tuvieron la suficiente fe en mí como para creer, antes incluso de que

se lo explicara, que yo no era un mentiroso o un cobarde o… Gracias. Significa mucho para mí.

Sin esperar una respuesta, abandonó la habitación a grandes zancadas.

- Oh, querido -dije-. Emerson, ve a buscar a Nefret. Se alegrará cuando sepa que estaba equivocada y no verá la hora de hacerse perdonar.

Me dirigí con premura hacia el cuarto de baño, de donde provenían gritos de angustia. Fátima había desistido; de pie y con una amplia sonrisa, observaba cómo Ramsés trataba en vano de convencer a la niña de que la dejara meterla en el baño. El agua caía gota a gota de su barbilla, formando oscuras manchas en su ropa.

- Se ha bañado otras veces -explicó en su defensa-. Debe ser el tamaño de la bañera lo que la asusta. Mira, pajarito, es sólo agua, ¿ves?, meteré sólo el pie… ¿No? No -se secó la cara con la manga-. Madre, ¿se le ocurre alguna idea?

- Veamos, ¿qué pasa aquí? -Emerson estaba en la puerta, con las manos en las caderas y mirándonos con severidad-. ¡Qué bramidos! ¿Hay acaso un león en los alrededores? ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde?

Al decir esto, empezó a abrir las puertas de los armarios y a arrojar las toallas al suelo; la niña lo contemplaba con los ojos bien abiertos, fascinada.

Es inexplicable que a los niños pequeños les pueda gustar un hombre como Emerson. Una voz tan profunda y un cuerpo tan grande como el suyo deberían aterrorizarlos, pero lo cierto es que, pocos minutos después, la niña se reía al ver a mi marido arrasar el cuarto de baño mientras trataba de encontrar un león imaginario. No obstante, cuando llegó el momento de meterse en el agua, se volvió de nuevo hacia Ramsés. Con mi ayuda, Emerson persiguió al león hasta hacerlo salir fuera de la habitación, cerrando la puerta tras de sí para impedir que volviera a entrar.

* * *

- Mi querida niña -dijo al tomarme entre sus brazos.

- No voy a gritar, Emerson. Sabes que no soy una sentimental, pero al ver cómo cuidaba de ella y cómo ella se abrazaba a él… oh, querido.

Emerson se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo. Le sorprendió y le agradó tanto encontrarlo en el sitio preciso donde debía de estar, que ambos nos echamos a reír, con algo de emoción, en mi caso.

- Vaya, vaya -dijo Emerson-, encontraremos sitio para esa cosita, ¿no es así? No causará ningún problema.

Yo imaginaba, en cambio, que lo causaría y que sería considerable, como sucede con todos los niños pequeños, pero me limité a decir:

- Por supuesto, Emerson. Creo que ambos sabemos que las amenazas de ese viejo desalmado dieron en el blanco. Aunque lo neguemos, nadie creerá que no es la hija de Ramsés.

- ¿Y por qué demonios tendríamos que negarlo? -preguntó Emerson, alzando su barbilla-. Nosotros sabemos la verdad. Ellos dicen… ¿quién lo dice? ¡Que digan lo que quieran!

- Todo eso está muy bien, Emerson, pero este asunto no hará ningún bien a la reputación de Ramsés; y no será la primera vez que se ve dañada injustamente.

- Algunos hombres se enorgullecerían de tener una reputación como ésa.

- Por desgracia, tienes razón, pero nuestro hijo no es uno de ellos. No lo mostrará, nunca lo hace, pero la sospecha lo herirá en lo más profundo. Y Nefret… ¿Dónde está? ¿Fuiste a buscarla?

- Todavía no, ¿crees que debería de hacerlo ahora?

Nefret se había marchado. Mientras nos encontrábamos en su sala de estar leyendo el mensaje que nos había dejado, Ramsés se unió a nosotros.

- Dice que se ha ido a casa de unos amigos por unos días -les comuniqué-. Debe referirse a los Vandergelt. Ramsés, no te enfades con ella; si hubiera tenido tiempo de reflexionar lo habría visto con claridad, pero todo esto le llegó de golpe. ¿No quieres ir a buscarla?

Ramsés se quedó mirando la nota que retorcía entre sus dedos.

- Ir a buscarla -repitió-. ¡Dios mío!

- ¿Qué pasa? -preguntó Emerson.

- Debería de haberme dado cuenta antes… Ir a buscarla. Sí, debo hacerlo. Y espero que no sea ya demasiado tarde.

DEL MANUSCRITO H:

La casa a la que Ramsés había trasladado a Rashida y a la niña

se encontraba en Maadi, a cierta distancia de la vieja guarida de la mujer y, esperaba, del proveedor de hachís más cercano. Había sido uno de los refugios que David y él habían usado cuando rondaban los *suks* exóticamente disfrazados y con propósitos ilícitos. (Por aquel entonces eran muy jóvenes; aunque quizá ésta no sea razón suficiente para excusar alguna de sus pasadas actividades.)

La anciana propietaria del lugar, gracias, en parte, al apoyo económico de Ramsés, era medio ciega e indiferente por completo a sus idas y venidas. Aunque a su manera, un tanto distraída, era bondadosa y Ramsés le había pagado una pequeña suma adicional de dinero para asegurarse de que la niña estuviera bien cuidada. La vida que había llevado hasta entonces había deformado el instinto maternal de Rashida: a su modo, sentía un gran cariño por su hija, pero no siempre se podía contar con ella para que llevara a cabo las cosas que él quería que hiciera. Sabía que, antes o después, su madre acabaría por conocer a Sennia y pensaba que la chiquilla sería mejor aceptada una vez que se hubiera acostumbrado a bañarse, vestirse y comportarse mejor en la mesa.

Una vez más, había subestimado a su madre. Debería de haber sabido que ella sería capaz de aceptarlo todo; por la niña y por él.

La anciana estaba sentada en un banco, a la puerta de la casa, parpadeando a la luz del sol. Le dijo que Rashida y la niña habían salido pronto aquella mañana y que no habían regresado todavía. Por descontado que podía echar un vistazo a sus habitaciones. Le pagaba para eso, ¿no?

Rashida no era lo que se dice una buena ama de casa, pero una mirada a la habitación en la que dormían le bastó para entender que aquel desorden era significativo: la mujer no tenía intención de regresar. La caja tallada en la que guardaba sus pocos tesoros había desaparecido, al igual que los botes de kohl, la pintura de labios y la henna. Sobre la cama había un trozo arrugado de tela rosa: uno de los vestidos que había comprado a la niña. Lo cogió y lo alisó con las manos. Había sido un loco al creer en las palabras de gratitud y en las promesas de reformarse que le había hecho Rashida, ¡pero le había parecido tan feliz al haber encontrado una salida para ella y para su hija, de la vida que habían llevado hasta entonces!

Registró a fondo la habitación. Medio enterradas entre las

cenizas del brasero había unas pocas colillas marrones que emanaban un tenue e inequívoco olor.

Esperó durante una hora, paseándose preocupado por la estancia, repitiéndose a sí mismo que no había motivo alguno para sus temores. Kalaan era uno de los rufianes más conocidos de El Cairo. Podía haber averiguado el paradero de la mujer y haberla obligado a volver a su lado, con el único fin de *encourager les autres*. Y ella habría aceptado todo; había estado en su poder demasiado tiempo como para ser capaz de rechazar sus exigencias o la droga de la que había estado alejada durante todo aquel periodo. La mente pragmática y sucia de Kalaan debía de haber visto enseguida la posibilidad de chantajear al protector de la mujer. Aunque también podía ser que ella hubiera estado de acuerdo en acompañarlo con la esperanza de que los *inglizi* salvaran a su hija. Ramsés prefería pensar que era esto último lo que había sucedido.

De ser así, conseguiría hacerla regresar y pondría fin, de un modo u otro, a las actividades de Kalaan. Ella había vuelto a caer en sus manos por su culpa; si no hubiera sido tan terco, le habría contado la verdad a sus padres enseguida, evitando el desastre.

Era lo más probable. El único consuelo, débil, por otra parte, era que, si sus peores sospechas resultaban ciertas, le habría resultado imposible prever una cosa así. Tampoco había modo de probar nada, a menos que la encontrara antes…

Sólo quedaba otro sitio donde mirar. Llegó a El Cairo a primera hora de la tarde; las malolientes avenidas del Was'a humeaban con el calor y estaban llenas de gente. Dos mujeres ocupaban ahora el tugurio en el que habían vivido la mujer y la niña. Al principio lo tomaron por un cliente; los términos con los que corrigió esta presunción asustaron a las mujeres, quienes se refugiaron en un rincón, obligándolo a perder algo más de tiempo tratando de tranquilizarlas. Ambas dijeron que no conocían a Rashida.

El sol empezaba a ocultarse cuando se dio por vencido. Aunque lo cierto era que si no llega a ser porque, con algo de retraso, se dio cuenta de que tenía otra responsabilidad que atender, quizá no habría abandonado la búsqueda tan pronto.

La primera indicación de lo correcta que había sido su presunción se la dio Alí, el portero. Lo encontró fuera, en el camino, mirando con ansiedad arriba y abajo y, al ver a Ramsés, salió

corriendo hacia él, levantando una polvareda con sus sandalias. «¡Alá sea alabado!, finalmente llegó. Deprisa, deprisa.»

Aunque conocía a Alí lo suficiente como para saber que la emergencia no debía ser terrible, lo que se encontró al entrar en el patio, seguido por los ladridos de Narmer, lo cogió algo desprevenido. Su madre, su padre y Fátima estaban allí. Su madre sostenía un vaso de whisky. Sobre las rodillas de su padre había un pequeño fardo envuelto en *tweed.* Una cabeza sobresalía del mismo o, quizá sería mejor decir, una mata de pelo negro, un puño y un par de ojos enormes y grises como nubes de tormenta.

- ¡Gracias a Dios! -exclamó su padre.

- No maldigas -refunfuñó su madre.

- No estaba maldiciendo. Rezaba con el corazón. Ves -Emerson continuó en árabe-, ¿te dije o no que regresaría? ¡No cuento mentiras! Aquí está.

- No quería irse a la cama -dijo su madre. Nunca la había oído tan desesperada-. Tuvimos que envolverla en tu chaqueta para que dejara de llorar. Haz algo, Ramsés.

Ramsés sintió un repentino y loco deseo de echarse a reír. Tenía miedo, estaba terriblemente preocupado y ni tan siquiera se atrevía a pensar en ciertas cosas; pero, por alguna extraña razón, se sentía mejor. El fardo culebreó y de él emergió un brazo que trataba de alcanzarlo.

- No te puedo tocar hasta que me lave -dijo Ramsés al recordar dónde había estado ese día.

La niña se sacó el dedo gordo de la boca y dijo algo.

- ¿Qué? Ah… ¿lavarse? Sí. Por supuesto. Enseguida -añadió Ramsés.

No tenía tiempo para darse un baño -la situación era, obviamente, desesperada-así que tuvo que contentarse con lavarse manos, brazos y cara y con poderse cambiar su ropa europea por una *galabiyya.* Al verlo entrar de nuevo, la niña se revolvió y abandonó la chaqueta y la rodilla de Emerson, corriendo hacia él. Con la excepción del trozo de tela que envolvía sus caderas, su pequeño cuerpo moreno estaba desnudo. Ramsés la cogió mientras se preguntaba cómo se habría hecho con aquella pieza de ropa; dondequiera que estuvieran, los niños de las clases más pobres solían apropiarse de las cosas. En su cuerpo no había señal alguna,

aparte de los arañazos y los chichones propios de un niño de su edad. Se había asegurado de que así fuera mientras Fátima la bañaba.

Tras arroparla con su chaqueta, la sostuvo hasta que ella se acurrucó en la curva de su brazo y se metió de nuevo el pulgar en la boca.

- Es hora de dormir -dijo él-. Ahora estás en un lugar seguro. Algunas veces tendré que marcharme pero regresaré siempre y, cuando yo esté ausente, ellos cuidarán de ti. ¿Sabes quiénes son? Son mi madre y mi padre. Tienes que obedecerles.

Su madre tosió.

- Y -dijo Ramsés apresuradamente-, además, ¡son unos magos muy poderosos! Ahora que ellos son tus amigos, nadie podrá hacerte daño. Fátima es también tu amiga, ve con ella.

Fátima alargó los brazos y, en esa ocasión, la niña se fue con ella sin protestar y haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

- Lo siento -dijo Ramsés, sin demasiada sinceridad. Inexplicablemente, le encantaba la idea de que ella lo quisiera tanto.

- Ja -dijo su padre-. Me parece que la niña ha heredado otra de las características familiares: la testarudez, ¿te apetece un whisky, muchacho? Por tu aspecto se diría que lo necesitas. ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿No estaba Nefret con los Vandergelt?

- Nefret -repitió Ramsés. La única cosa buena de la búsqueda frenética que había efectuado aquella tarde era el hecho de que, al menos, le había impedido pensar en ella. No quería hacerlo: le resultaba demasiado doloroso.

- No estaba buscando a Nefret.

- Ah -exclamó su padre, cogiendo su pipa-. ¿La encontraste… cómo es que se llama?

- Rashida. No, no la encontré.

Su madre dejó su vaso sobre la mesa. Había bebido hasta la última gota, pero tanto su barbilla como sus hombros permanecían firmes.

- Ha sido -dijo-, un día particular. Me excuso por no haberme dado cuenta antes de que debía interesarme por el bienestar de la muchacha. No se le puede culpar por no haber contradicho las mentiras del viejo canalla; una mujer en su posición no se puede

permitir el lujo de la moralidad.

- Bien dicho, Peabody -aprobó Emerson, relajando los músculos de la cara-. La encontraremos, Ramsés, y yo mismo me ocuparé personalmente de descuartizar a Kalaan y de ir colgando trozos de su cuerpo por todo el Was'a. Me gustaría poder hacer lo mismo con todos los rufianes de El Cairo pero lo cierto es que, mientras siga habiendo hombres tan despreciables como los que recurren a esas mujeres, seguirán existiendo también hombres que las exploten. Probablemente se habrá escondido en alguna parte. Podría llevarnos algún tiempo encontrarla. ¿Dónde la buscaste?

Fátima había bajado las escaleras. Con una sonrisa y un leve gesto de la cabeza, tranquilizó a Ramsés y, deslizándose silenciosa por el patio, empezó a encender las luces. El carmesí y el naranja de las flores de hibisco y el verde de sus hojas, brillaban en la luz suave; el contraste entre la belleza apacible y susurrante de la casa y los lugares que había visitado aquella tarde le resultaba difícil de soportar. De repente, se sentía tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos.

- Las habitaciones que había dispuesto para ellas están en Maadi -musitó-. No ha ido por allí. La estuve esperando alrededor de una hora; la anciana propietaria de la casa me prometió que me haría saber si Rashida regresaba. Entonces fui a la casa donde ella vivía antes…

- ¿Desde cuándo no has comido? -le preguntó su madre-. No has almorzado o, al menos, no lo has hecho aquí y apostaría que ni se te habrá pasado por la cabeza hacerlo.

- No me acuerdo.

- Fátima, por favor, dile al cocinero que disponga la cena sobre la mesa.

- Sí, *Sitt.* Está lista.

Su madre tenía razón. (Siempre era así.) La sopa caliente le reanimó y, llegados al plato principal, casi se había recuperado por completo.

- ¿Has pensado en la clínica de Nefret? -le preguntó su madre, ya que no habían dejado de discurrir sobre el posible paradero de Rashida-. ¿Ha estado alguna vez allí?

- No -dijo Ramsés-. Sabía que existía pero me dijo que Kalaan había prohibido a sus muchachas que la visitaran. La verdad es que

no sé muy bien dónde buscar ahora.

- Lo más probable es que siga escondida durante algún tiempo -dijo su padre-. ¡Maldición! Debía haber estrangulado a esa vieja carroña esta mañana cuando la tenía a mi alcance. No importa: le cogeremos y le obligaremos a decirnos qué es lo que ha hecho con ella.

- Eso espero -dijo Ramsés.

- ¿Qué es lo que te preocupa? -le preguntó su madre-. Ya sé que es odioso darse cuenta del poder de un hombre como él, pero lo cierto es que tanto ella como muchas otras han estado antes en la misma situación. ¿Crees que puede hacerle daño?

Era inútil tratar de evitar a su madre.

- Creo que puede estar en peligro -admitió.

Fátima dejó escapar un silbido de angustia. Desde su viaje a Inglaterra se había liberado hasta el punto de quitarse el velo en presencia de mi marido y mi hijo -después de todo, formaba ya parte de la familia- y ahora, su rolliza y agradable cara daba muestras de preocupación. Ramsés acarició la mano tostada que le alcanzaba el plato.

- Todo se solucionará, Fátima.

- Es una mala mujer -murmuró Fátima-. Pero es muy joven, Rameses.

Le había llevado mucho tiempo convencerla para que lo llamase por su nombre; no lo hacía muy a menudo y, cuando finalmente se decidía, lo pronunciaba de aquel extraño modo, con ese particular acento. En ocasiones, al dejar volar su imaginación, se preguntaba si sería así como sonaba en el siglo XII antes de Cristo.

- No es mala mujer, Fátima, es tan sólo desafortunada, infeliz y muy joven. No hubiera sido capaz de hacer una cosa así por sí sola -continuó-. Carece de la astucia y la malicia necesarias para ello. Alguien la obligó a hacerlo: alguien a quien teme más de lo que puede haber llegado a confiar en mí.

- Estoy de acuerdo -asintió Emerson-. De una forma u otra, Kalaan se enteró de que fuiste a su casa aquel día. La idea del chantaje tuvo que ocurrírsele en aquel momento. No hay buena acción que no reciba su castigo, muchacho; no lo olvides nunca. Caramba, puede que incluso fuera él quien le enseñó a la chiquilla a llamarte padre.

- Alguien debe de haberlo hecho.

- Creo que te preocupas innecesariamente -dijo su madre-. Kalaan no obtuvo el dinero que esperaba de nosotros, pero no tiene razón alguna para estar enfadado con ella. A fin de cuentas, esa mujer hizo lo que le pidió. ¿Por qué iba a destruir una mercancía de tan alto valor?

Ramsés apartó su plato medio vacío. Sus padres lo miraron con ansiedad, la preocupación se leía en sus caras. Si les decía lo que realmente temía, pensarían que había perdido el juicio. Quizá fuera así.

El día siguiente trajo una buena noticia: un telegrama de David anunciando que llegaban el miércoles.

Lo trajo Alí mientras Emerson y yo desayunábamos. Aunque me había aplicado con mi habitual eficiencia a solucionar las innumerables alteraciones de nuestro programa que habían ocasionado los acontecimientos del día anterior, aún quedaban unas cuantas cosas por resolver. Ramsés todavía no había llegado pero yo sabía dónde estaba; nada más levantarme, había ido a ver cómo había pasado la noche nuestra pequeña responsabilidad. Me la encontré despierta y preguntando por su *abu.*

- Tendremos que poner fin a esa costumbre -le dije a Fátima, que había dejado que la niña durmiera con ella-. ¿Cómo es que le ha llamado?

Fátima no sabía qué decir. Sí que tenía, en cambio, su propia opinión sobre otras cuestiones referentes a los niños; mientras discutíamos sobre ellas, entró Ramsés. Tras dejar a solas a los tres, me fui a desayunar. Emerson, sentado a la mesa y bebiendo su café, se había despertado casi por completo y se encontraba en un estado quejumbroso.

- ¿Qué es lo que hacen todos en el cuarto? -preguntó-. Creí que la traerías aquí abajo contigo. Estará hambrienta. ¿Dónde está Ramsés?

Le expliqué entonces que ningún niño, cualquiera que sea su nacionalidad, resulta un agradable compañero en la mesa, le recordé que a Ramsés no le permitimos comer con nosotros hasta los seis años, añadiendo además que la niña no tenía nada que

ponerse y que Fátima se encargaría de que desayunara como debía. La llegada de Alí con el telegrama contribuyó a que olvidara los lamentos que, con toda probabilidad, estaba a punto de proferir.

- ¡Por fin! -exclamó-. Se lo han tomado con calma. Ahora sí que podremos avanzar con el trabajo. Quiero salir para las excavaciones lo antes posible. Acaba tu desayuno, Peabody.

- No creo que hoy pueda ir contigo, Emerson -dije-. Debo comprar algunas cosas. La niña no tiene nada de ropa, ni una cama apropiada, ni un cepillo para el pelo o cualquier cosa que un niño necesita. Tendremos que prepararle un cuarto y encontrarle una niñera; Fátima no puede ocuparse de ella y, al mismo tiempo, cumplir con todas sus obligaciones. Debo asegurarme también de que la *dahabiyya* esté lista para cuando lleguen Lía y David y no puedo llevarme a Fátima conmigo, ahora que la niña parece estar acostumbrándose a ella, así que…

- No sigas, Peabody -gruñó Emerson-. Ah, aquí está Ramsés. ¿Todo en orden, estás bien, muchacho?

Daba la impresión de no haber pegado ojo en toda la noche. Le tendí el telegrama y tuve el placer de ver cómo se iluminaba su ojerosa cara.

- Será estupendo verlos de nuevo -dijo.

- Será estupendo tenerlos en las excavaciones -dijo Emerson-. Todas estas interrupciones han causado estragos en mi programa. Ayer no hicimos absolutamente nada, tu madre está planeando pasar el día entero en El Cairo, Nefret está en paradero desconocido y… confío en que tú no tengas también otros planes, ¿no, Ramsés?

- No, señor.

Ramsés no dijo nada más. La preocupación paterna, no la impaciencia, hizo que Emerson frunciera el ceño, lo que le resultaba más fácil que expresar lo que pensaba abiertamente. En lugar de eso probó a cambiar de tema.

- Tengo un nuevo plan -anunció.

Yo no dije nada, Ramsés, en cambio, le contestó: «Sí, señor» con la misma voz, cortés y distraída.

- Si la hipótesis de los Vandergelt es correcta, alguien debe de estar tratando de apartarnos de las excavaciones. Lo que significa, lo que debe significar, que hay algo en Zawaiet el'Aryan que ese tipo no quiere que encontremos. Así que -prosiguió Emerson

triunfante-, lo encontraremos. ¡Y no excavando al azar o inventando teorías sin fundamento, sino excavando metódicamente hasta que hayamos rastreado el lugar hasta la última pulgada, de arriba a abajo! ¿Y bien? ¿Qué decís?

- No llevará mucho tiempo -dijo Ramsés, algo más atento.

- Emplearemos todos los hombres que sean necesarios. Con nosotros cuatro, David y Lía y Selim y Daoud, avanzaremos rápidamente.

- Excelente, Emerson -dije, frunciendo el ceño al estudiar la lista que había preparado, antes de añadirle un nuevo punto.

Emerson miró por encima de mi hombro y leyó en alto lo que había escrito: "Barreño pequeño esmaltado". Umm, el problema de tu madre, Ramsés, es que carece de instinto maternal digno de mención.

No me importaba ser el blanco de las burlas de Emerson ya que éstas, al menos, habían devuelto la sonrisa a la cara de Ramsés. Metiéndose el último trozo de tostada en la boca y haciendo señas a su hijo para que lo siguiera, Emerson abandonó la habitación. Ramsés se paró junto a mi silla, inclinó su alta figura y trató de darme un rápido beso en la mejilla pero su torpeza hizo que éste acabara sobre mi oreja. Cuando me volví hacia él retrocedió, avergonzado.

- Cuida de tu padre -dije en voz baja-. Sin entrometerte, por supuesto. Aunque no le importe lo más mínimo su propia seguridad, el plan que ha propuesto es peligroso.

- Lo sé. Haré lo que pueda, madre.

- Y cuida también de ti mismo. Atento. No hagas tonterías.

- Sí, madre. Gracias, madre.

- Ramsés.

- ¿Sí, madre?

- No te preocupes por Nefret. Me acercaré a casa de los Vandergelt y la traeré de vuelta.

- No estoy preocupado por ella -dijo Ramsés-. Es libre y hará lo que quiera.

* * *

Estaba un poco enfadada con Nefret. Aunque compartía sus sentimientos sobre los hombres que se aprovechaban de las mujeres a las que ella trataba de ayudar, no dejaba de pensar, sin embargo,

que se había comportado de un modo algo teatral. Lo cierto es que había tenido tiempo suficiente para reconsiderar el tema y para sentirse avergonzada por haber sacado conclusiones demasiado precipitadas sobre su hermano. No me importaba nada hacerla sentirse aún más avergonzada. Visitando a los Vandergelt, mataba en realidad dos pájaros de un tiro, ya que no veía la hora de contarles a nuestros amigos todo lo sucedido.

Cyrus había hecho llevar el *Valle de los Reyes* al puerto cercano a Giza. Aunque me hubiera llevado tan sólo un corto paseo llegar hasta allí a pie, acepté la oferta de Alí de conseguirme un taxi, pues tenía la intención de ir a El Cairo con Katherine y Nefret. Pasaríamos la mañana haciendo compras para la niña antes de volver a casa para almorzar. Cyrus podía elegir entre encontrarse con nosotras allí o ir a las excavaciones.

Lo planeé todo durante los cinco minutos de trayecto hasta el puerto. Uno de los ferris estaba desembarcando, por lo que tuve que abrirme paso entre el tropel de turistas mientras me dirigía hacia la sección sur, donde estaba atracada la *dahabiyya.* Uno de los hombres de la tripulación, que se encontraba ganduleando en ese momento en la proa del barco, me reconoció de inmediato al verme llegar y se apresuró a colocar la pasarela al mismo tiempo que lanzaba un grito que hizo que Cyrus saliera a cubierta.

- Vaya, no esperaba verte tan pronto -exclamó-. Os imaginaba camino de Zawaiet el'Aryan.

- Espero no estar *de trop,* Cyrus.

- Tú nunca lo estás, Amelia. Ven a tomarte un café con nosotros, estábamos acabando de desayunar.

Cyrus vivía como un príncipe: la mesa estaba dispuesta con objetos de cristal y plata y el mobiliario era de la mejor calidad. Las cortinas de damasco dorado habían sido corridas y a través de las largas ventanas del salón entraba un torrente de luz que hacía brillar los maravillosos colores de las alfombras persas que cubrían el suelo. Katherine saltó de su silla y me abrazó.

- Qué alegría verte de nuevo, Amelia. Habíamos pensado ir a visitaros esta noche, hace varios días que no sabíamos nada de vosotros.

- Hemos tenido algún problema que otro, Katherine. Pero estoy segura de que Nefret te habrá contado ya lo que pasó ayer. ¿Dónde

está?

- Caramba, Amelia, no tengo ni idea -la sonrisa de Katherine se borró-. ¿Por qué pensabas que estaba aquí? ¿Qué ha sucedido?

- Oh, querida -dije, sintiendo que me quedaba sin respiración-. ¿No la habéis visto?

- Ahora calma, queridas -dijo Cyrus con su modo dulce y pausado de hablar-. Aclaremos primero la situación y, entonces, decidiremos lo que tenemos que hacer. Lo primero es lo primero. ¿Dijo la señorita Nefret que venía a vernos, Amelia?

- No, no. Lo que dijo es que se iba a pasar unos días con unos amigos y entonces yo supuse que…

- Está claro. Pero nosotros no somos sus únicos amigos y, tal vez, una joven como ella prefiere la compañía de gente de su propia edad. ¿Eso fue ayer? Bueno, la encontraremos, no te preocupes. Pero ahora cuéntanos lo que ha pasado.

Tal y como Cyrus me confesó más tarde, lo primero que pensó era que se trataba de «uno más de los habituales líos en los que soléis meteros». A pesar de ello, me escuchó con el interés de un amigo y con alguna que otra exclamación de sorpresa y, al acabar, me preguntó:

- ¿Ningún muerto, herido o secuestrado? ¡Qué sorpresa tan agradable! Me siento aliviado al ver que no se trata de nada serio.

Como mujer, Katherine lo entendió mejor.

- Lo siento, querida Amelia. Lo siento también por Ramsés. Al querer ahorraros el problema, ha conseguido tan sólo empeorar las cosas, pero estoy segura de que lo hizo con la mejor de las intenciones.

- ¿Ahorrarme el qué? No pienses ni por un momento, Katherine, que dudo de su palabra. Es incapaz de hacer una cosa así y en el supuesto de que lo hubiera hecho, lo que es imposible, ¡asumiría sus responsabilidades como un hombre! ¡Su nobleza y su generosidad lo empujarían a rescatar a esa pobre niña! Y ahora -añadí, mientras Katherine intentaba mostrarse conciliadora y Cyrus me daba golpecitos en el hombro-, ahora sufrirá por ello. Si *vosotros* sospecháis de él…

- ¡Claro que no, querida! Nos has entendido mal. Ramsés sería tan capaz de hacer una cosa así como… como Cyrus. ¿Crees que ese sobrino tuyo es el padre de la niña?

- Debe de serlo. Ya verás cuando la conozcas, Katherine. El parecido es sorprendente.

Katherine me había servido algo de café, lomé un sorbo.

- Excelente café -dije-. Me disponía a ir a El Cairo a comprar algunas cosas para la niña, Katherine. Pensé que quizás querrías venir conmigo. Cyrus, Emerson ha ido con Ramsés a Zawaiet; cree que tu idea era correcta y está decidido a rastrear el lugar a fondo.

- Típico de Emerson -exclamó Cyurs-. Si le dijera que hay una serpiente de cascabel en los arbustos se abalanzaría sobre ellos sin pensárselo dos veces. Creo que lo mejor será que me pase por allí y que me siente sobre una roca con un rifle. Cat, querida, ¿vas a ir con Amelia?

- Me encantará. Será delicioso volver a comprar cosas para un niño. ¿Qué edad tiene, Amelia?

- Discutiremos los detalles por el camino -dije, acabando mi café-. Creo que lo mejor será que comamos en El Cairo, es más tarde de lo que pensaba. Espero que los dos cenéis con nosotros esta noche. Tenemos muchas cosas de qué hablar.

- Puedes estar segura de que lo haremos -murmuró Cyrus-. Voy a por mi chaqueta y salgo para allí.

- Y yo voy a buscar mi sombrero y mi bolso -dijo Katherine. Sus verdes ojos, serenos y compasivos, se detuvieron en mi rostro-. Amelia…

- Más tarde, Katherine. Las dos tenemos también mucho de que hablar.

Los hombres cumplen muy bien su cometido e incluso, en algunos aspectos, llegan a ser más útiles que las mujeres; lo que sucede es que son, simplemente, incapaces de entender algunas cosas. El largo trayecto hasta El Cairo me dio la oportunidad de hablar en privado con una mujer en cuyo inteligente consejo confiaba plenamente. No me había dado cuenta hasta entonces de cómo necesitaba desesperadamente confiar en una amiga. Cuando llegamos al Muski casi me había quedado sin voz.

- Perdóname, Katherine -dije, con algo de embarazo-. No era mi intención hablar tanto.

- No podías hacerme mejor cumplido, Amelia. Eres mi mejor amiga; te debo mi felicidad. Tan sólo me gustaría resultar de mayor ayuda. Es muy duro ver sufrir al propio hijo y no poder hacer nada

por ayudarle.

- Ya no son unos niños: son lo suficientemente mayores como para poder resolver sus propios problemas. Lamento que Ramsés sea tan reservado; ha sido siempre así e imagino que siempre lo será; pero, entre tú y yo, Katherine, estoy muy orgullosa de él. Es con Nefret con quien estoy enfadada en este momento. La verdad es que mi vida era mucho más sencilla cuando tan sólo me las tenía que ver con asesinos y ladrones.

Puede que los hombres se mofen, como de hecho lo hacen, pero ir de compras tiene un efecto saludable. Nefret tenía ya trece años cuando la encontramos de modo que nunca había tenido ocasión de comprar ropa para una niña pequeña, y he de decir que resultó ser una cosa extremadamente agradable. Katherine tan sólo intervino amablemente en una o dos ocasiones, haciéndome notar la inutilidad de algunas de las prendas que había tomado en consideración y dándome a conocer algunos aspectos prácticos que no se me habían ocurrido. A pesar de que había ordenado que me mandaran algunos artículos a casa, cuando volvimos al taxi íbamos cargadas de paquetes.

Mientras almorzábamos en el Shepheard, Katherine se dio cuenta de que mis ojos no conseguían quedarse quietos.

- Estás buscando a Nefret, ¿no es así?

- Tonta de mí -confesé-. Pensé que, tal vez, podría venir por aquí. Ya sabes que no tiene muchos amigos. Ella, Ramsés y David han sido siempre autosuficientes; demasiado, quizás. Será un gran alivio tener de nuevo a Lía con nosotros. Sé que Nefret se confía a ella mucho más de lo que lo hace conmigo.

- Es natural -dijo Katherine.

- Sí.

- Entonces, ¿no vas a llamar a sus amigos esta tarde?

- Es una cuestión delicada, Katherine. ¿Cómo supones que puedo ir por ahí preguntando si alguien la ha visto, sin admitir que se ha escapado y que no sabemos dónde demonios se encuentra? Maldita muchacha, no tenía motivo alguno para inquietarnos de este modo. Y no es que esté preocupada, en absoluto. Caramba, mira qué hora es. Todavía tenemos que pasar por el *Amelia*.

Y fue hacia allí donde nos encaminamos. Algunas de las sobrinas de Fátima, entre las que estaba la maligna Karima, trabajaban ya

duramente en el barco. Sabía que Fátima insistiría en inspeccionarlo todo antes de darle su toque final: capullos de rosa en las palanganas y pétalos secos entre las sábanas. Ni tan siquiera Emerson se habría atrevido a oponerse a estos procedimientos (de hecho, pienso que incluso le gustan, a pesar de que sería incapaz de admitirlo).

Dejé a Katherine en el *Valle de los Reyes* para que pudiera tomar un baño y cambiarse antes de venir a cenar con nosotros. Ramsés y Emerson no habían vuelto todavía, pero nuestra casa estaba llena de gente: mujeres en su totalidad. Una de ellas era Kadija, la esposa de Daoud. Las otras, sentadas dócilmente en fila en la cocina, debían de ser las candidatas al puesto de niñera.

Fue una bendición que los hombres se retrasaran; sin duda alguna habrían protestado por la innecesaria bulla que siguió a continuación mientras inspeccionaba y aprobaba las habitaciones que Fátima había seleccionado para la niña y su ama, descargaba y desenvolvía mis compras, entrevistaba a las niñeras y daba la bienvenida a Kadija. Ésta era una mujer muy grande, de piel oscura y silenciosa. Cuando estaba conmigo, al menos, solía permanecer en silencio. Nefret aseguraba que tenía un mordaz sentido del humor y que era capaz de contar historias extremadamente divertidas. Kadija tenía sangre nubia por parte de madre; las mujeres de su familia materna le habían enseñado la receta de un ungüento mágico que Daoud y ella untaban sobre todo aquél que necesitara curación. Nefret estaba completamente convencida de su eficacia, así que yo había dejado de ponerle reparos, aun a pesar de que la piel del que lo usaba solía adquirir una horrenda tonalidad verdosa.

Estaba segura de que la niña no había vuelto a poner los pies en el suelo después de que yo saliera de casa. Kadija la llevaba en brazos cuando llegué y tan sólo accedió a bajarla cuando insistí en que se probara algunas de las prendas que le había comprado.

Sennia no quiso ponerse el vestido y, menos aún, calzarse las minúsculas babuchas que le había traído. El barreño esmaltado, en cambio, fue bien recibido ya que salpicar de agua la habitación suele ser una de las ocupaciones favoritas de los más pequeños. También parecieron gustarle algunas de las chucherías que había adquirido para ella. Mientras estábamos sentadas -Kadija, Fátima, yo y Basima, la orgullosa vencedora de la contienda por convertirse

en niñera- en el suelo de la nueva habitación de los niños mirando cómo Sennia jugaba, se oyeron voces en el piso de abajo. Al oírlas, la niña fue directa hacia la puerta.

- ¡Cógela Kadija, no va vestida! -exclamé.

Kadija interceptó a la fugitiva y la sostuvo con fuerza.

- Ahora que vives con los *inglizi* tienes que vestirte -le explicó-. Ponte un bonito vestido. Quieres que esté orgulloso de ti, ¿no es así?

Tal y como había imaginado, lo primero que hizo Ramsés al llegar a casa fue venir a ver a la pequeña. La indicación de Kadija había funcionado; apenas tuvimos tiempo de meter a la agitada chiquilla en uno de sus nuevos vestidos antes de que Ramsés se asomara a la puerta. Después de que él alabara el resultado, la pequeña insistió en enseñarle todas sus nuevas posesiones una a una. Cada vestido, cada prenda de ropa interior, cada lazo y cada juguete tuvieron que ser inspeccionados y aprobados. Ramsés estaba lleno de polvo y manchado de sudor pero las marcas de cansancio de su cara se iban borrando a medida que trotaba arriba y abajo; cuando la niña le metió la muñeca en su regazo, se echó a reír.

- ¿Cómo se le ha ocurrido, madre? Es casi tan grande como ella.

- No he podido encontrar ni tan siquiera una con el pelo oscuro -dije, en tono de desaprobación-. Es una auténtica vergüenza; como si los rizos rubios y los ojos azules fueran la única apariencia aceptable. Ve a cambiarte, Ramsés. Me imagino que, ahora que te ha visto, dejará que se ausentes por un rato.

Después de que hubiera salido fuera de la habitación, tuve una breve charla con Fátima, quien quería saber cómo iba «la tonta de Karima» con la limpieza de la *dahabiyya* y me aseguró que se ocuparía personalmente de supervisar los últimos preparativos. Dándome cuenta de que también a mí me vendría bien asearme un poco, me retiré a mi habitación; Emerson había acabado de lavarse y se encontraba ya camino del patio. Cuando me uní a él, me ofreció inmediatamente un whisky con soda y me acompañó hasta el sofá. Teníamos muchas cosas que contarnos pero, por alguna razón, ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Emerson cogió un almohadón y apoyó sobre él mis pies, calzados con unas babuchas. Se sentó entonces a mi lado y me rodeó con su brazo. Cualquiera

que fueran las dificultades que tuviéramos por delante -que seguramente eran muchas- las encararíamos juntos mano con mano, codo con codo y hombro con hombro.

Cuando se lo dije a Emerson, me contestó:

- De nuevo mezclas tus metáforas, Peabody, pero estoy completamente de acuerdo contigo en lo que respecta al sentimiento. Vandergelt me dijo que Nefret no estaba con ellos y supongo que tú tampoco la has encontrado.

- Digamos más bien que ni tan siquiera la he buscado. No sabía ni por dónde empezar. Emerson, no hay la más mínima posibilidad de que se encuentre en peligro, ¿no es así?

- La verdad es que fue ella la que decidió marcharse -Emerson sacó la pipa del bolsillo-. Alí, el portero, dijo que llevaba una pequeña maleta. Le preguntó si quería un taxi, pero ella le dijo que no; se marchó a pie y en dirección a la estación de tranvías. Si no vuelve a casa esta noche, mañana empezaremos a buscarla, aunque no creo que se encuentre en peligro. O, quizás -añadió melancólico- no lo creería si, al menos, fuera capaz de entender lo que está sucediendo.

Los ladridos de Narmer anunciaron la llegada de nuestros amigos. Katherine no perdió ni un minuto.

- ¿Le quedaban bien los vestidos? ¿Le gustó la muñeca? ¿Puedo verla?

- Vosotras, las mujeres -gruñó Emerson-. ¿Es que acaso no podéis pensar en otra cosa que no sean vestidos, juguetes y niños? Está bien, supongo que lo mejor será que vaya a buscarla.

Le persuadí de que, en lugar de ello, sirviera las bebidas a nuestros invitados. Poco tiempo después, Ramsés bajaba las escaleras acompañado de la niña. La pequeña llevaba puesta una de las prendas que le había comprado, un delicado vestido blanco con, apenas, un toque de bordado inglés en el cuello, y las babuchas de cuero rojo. Al ver a tanta gente, trató de esconderse en el hombro de Ramsés.

Me senté con Katherine y Cyrus, quienes se habían colocado discretamente a una cierta distancia, dejando que Emerson hiciera el tonto al tratar de convencer a Sennia para que hablara con él. Su profundo vozarrón contrastaba con las lacónicas y agudas respuestas de la niña, que parecía un pajarito. Al final, accedió a

sentarse sobre las rodillas de Emerson, ocasión que éste aprovechó para darle trocitos de galleta.

Sólo entonces pudo Katherine verle bien la cara, lo que casi la deja sin respiración.

- Empiezo a entender a Nefret -susurró-. El parecido es extraordinario, Amelia. Hasta la barbilla es idéntica a la tuya.

- Me temo que, para su desgracia, un día lo será, pobre niña. Emerson, deja de darle ya galletas: le quitarás el apetito.

- ¿Qué vais a hacer con ella? -preguntó Cyrus.

- No tenemos muchas alternativas, Cyrus. Incluso en el caso de que Percy admitiera su responsabilidad, no es, seguramente, la persona más adecuada para ocuparse de un niño. Lo más probable es que la dejara con cualquier familia egipcia seleccionada al azar, a la que pagaría una pequeña cantidad de dinero, antes de desaparecer.

- Tal vez sería mejor que se quedara a cargo de una familia egipcia -indicó Cyrus-. Creo que, con toda confianza, podríais dejar que Selim, Daoud o cualquiera de ellos la adoptara.

- Ellos formarán parte de su familia, al igual que ahora lo son de la mía, Cyrus. Kadija no dudaría ni un segundo en ocuparse de ella. Pero la niña es mitad inglesa y, además, no seré yo quien le haga sufrir la cruel irresponsabilidad que muchos ingleses del sexo masculino demuestran hacia las víctimas infantiles de sus breves encuentros. Es una cuestión de principios.

Cyrus levantó su vaso *in salute.* Sus ojos resplandecían.

- ¿Y de un cierto grado de cabezonería? ¿Pensáis hacer frente a todos los rumores y mandarlos a todos al infierno? Nosotros estaremos siempre de vuestro lado, Amelia, pero… bueno… ¿no resultará demasiado duro para Ramsés?

- He reflexionado mucho sobre ello, por supuesto. Sé que Ramsés está de acuerdo conmigo; es aún más cabezota… bueno, más decidido que yo. La existencia de la niña ha dejado de ser un secreto y sea lo que sea lo que hagamos, no podremos evitar los chismes. Cyrus, ¿puedes servirme otro whisky con soda? Gracias. Emerson, ¡te dije que basta, con las galletas! No es correcto tratar de sobornar a un niño con dulces. Es hora de que la niña se vaya a la cama. Los niños necesitan dormir mucho para crecer. No Ramsés, no la lleves tú, tiene que acostumbrarse a ir con Basima.

Mi decisión fue muy discutida. Las protestas se acabaron cuando Emerson le pasó una galleta a Basima quien, como el burro con la zanahoria, se la fue mostrando a la niña a medida que se la llevaba de la habitación. Yo, por mi parte, pensé que lo mejor era hacer como que no me daba cuenta.

Katherine dijo con una risita:

- Tiene su carácter, ¿no es así? Extraordinario, en una niña que ha vivido como ella lo ha hecho. ¿Que sucederá con la madre, Amelia?

- Ése es el problema -admití-. La pobre criatura parece haber desaparecido; Ramsés la ha estado buscando, sin conseguir nada por el momento. Si la encontramos, ten por seguro que la protegeremos y la ayudaremos pero… no me atrevo a imaginar lo que esa niña tiene que haber vivido, visto y oído. ¿Será posible borrar esos recuerdos?

- Los niños de su edad aprenden rápidamente y olvidan con facilidad, Amelia. Tengo la impresión de que le han protegido de lo peor. Una madre puede hacerlo o, al menos… tratar de hacerlo.

El primer marido de Katherine había sido un borracho que la había maltratado. No me cabía duda alguna de que sabía muy bien de lo que estaba hablando.

Durante la cena se me ocurrió una idea y sentí la necesidad urgente de investigarla. Dado que podía estar equivocada, creí que lo mejor sería no explicársela a Emerson, así que me limité a decirle que no había visto a Jack Reynolds durante varios días y que pensaba que no debía descuidarlo tanto.

- Va mejor, pero los hombres suelen recaer cuando no tienen a nadie que los apoye -le expliqué-. Katherine vendrá conmigo, ¿quieres, Katherine?

Los caballeros se ofrecieron a acompañarnos pero nosotras declinamos su invitación: tenía miedo de que Jack estuviera borracho y de que se comportara groseramente al recordar su viejo motivo de rencor hacia nosotros. Escoltadas por dos de nuestros hombres equipados con linternas, nos pusimos en camino. Era una noche preciosa y tanto Katherine como yo dijimos que nos parecía perfecta para hacer un poco de ejercicio.

Encontramos a Jack solo y completamente sobrio. Estaba en su estudio, de donde salió para saludarnos llevando en las manos el

libro que había estado leyendo. Me sentí reconfortada al ver que no se trataba de una novelucha cualquiera sino del primer tomo de la *Historia* de Emerson. La sala de estar estaba algo más limpia que la primera vez que lo visité, pero todavía quedaba polvo y apenas un ligero rastro de aquel extraño olor.

Jack debía de estar contento de vernos, ya que se mostró extremadamente educado al ofrecernos asiento y algo para beber. Katherine y yo aceptamos las sillas, pero declinamos el refresco.

- Salimos a dar un paseo y decidimos pasar a verte un momento -le expliqué.

Unos pocos días alejado del alcohol habían devuelto al joven su habitual aspecto saludable y su inteligencia.

- Han venido para comprobar si seguía bebiendo o no -dijo con franqueza-. He empezado ya con el tratamiento y les aseguro que no lo abandonaré. Tal y como usted me recordó, debo de hacer frente a ciertas obligaciones -al decir esto, levantó su barbilla y mostró sus dientes de tal modo que casi me pareció ver al señor Roosevelt dirigiendo el ataque sobre San Juan.

- Me alegra oírlo -dije, esperando que estuviera diciendo la verdad-. No le entretendremos más, entonces. ¿Geoffrey está aquí?

- Ya no necesito una niñera, señora Emerson.

- No me ha entendido bien, señor Reynolds. He preguntado por Geoffrey como lo haría por cualquier amigo.

- Siendo así, le diré que no está aquí. Se fue ayer, no sé dónde. Dejó un mensaje diciendo que se marchaba unos días. Yo no estaba en casa.

- Ya veo. Buenas noches, entonces.

Insistió en acompañarnos hasta la puerta y, cuando le di la mano para despedirme, la retuvo entre las suyas.

- Si he sido brusco o descortés, señora Emerson, espero que me lo podrá perdonar. Le estaré siempre agradecido por su ayuda.

- ¿Qué significa todo esto? -preguntó Katherine llena de curiosidad, camino de casa-. Su comportamiento me ha parecido muy extraño, Amelia

- Los hombres son muy extraños, Katherine. No te puedo decir con seguridad lo que le pasa en este momento por la cabeza. Me ha parecido notar algo de resentimiento contra Geoffrey, pero no sabría decir si ello se debe a que su amigo le ha abandonado o al

hecho de que fuera el primero en acudir en su ayuda. Estas pobres criaturas detestan tener que admitir que dependen también de la ayuda de los demás. Si he de serte sincera, la razón principal que me empujó a venir aquí esta noche no fue mi preocupación por Jack.

- ¿Pensabas que Nefret podía estar con él?

- Con Geoffrey, mas bien. Nefret tiene más amigos entre los muchachos que entre las jóvenes damiselas de la alta sociedad de El Cairo, lo cual no me extraña, ya que son todas unas bobas con la cabeza hueca. No es una simple coincidencia que Geoffrey se marchara dejando un mensaje tan vago. Si ella estuviera en un apuro, como de hecho creo que lo ha estado, estoy segura de que él se ofrecería a escoltarla a… bueno, adonde ella quisiera ir. Y tampoco habría revelado a Jack su secreto. Sí, eso es lo que debe de haber pasado. La verdad es que me produce cierto alivio saber que no se encuentra sola.

- Supongo que no es el tipo de hombre que intenta aprovecharse.

- ¿De Nefret? -se me escapó la risa sin querer-. Él es un perfecto caballero y ella no es el tipo de mujer del que uno se pueda aprovechar fácilmente. Confío en que tendremos noticias suyas muy pronto.

Y las tuvimos, la noche siguiente. Un mensajero trajo la carta, escrita a mano. *«Espero que no os hayáis preocupado por mí. Geoffrey y yo estaremos de vuelta en casa dentro de unos días. Nos hemos casado esta mañana.»*

Capítulo 10

¡Ah, qué maravilla aquellas frías noches del desierto! Cuan a menudo, tendido y envuelto apenas en una manta, he contemplado la bóveda celeste llena de estrellas y he pensado en Él, que las creó. El hombre cuyos pensamientos y acciones no se ennoblecen con estas experiencias no alcanzará nunca la redención.

DEL MANUSCRITO H:

La pasarela del *Amelia* estaba fuera y David se encontraba en cubierta, apoyado en la barandilla, fumando su pipa. Su rostro, delgado y bronceado, se ensanchó con una sonrisa al ver a Ramsés y se acercó a él a grandes zancadas.

- Esperaba verte esta tarde -dijo-. No estabas en la estación esta mañana.

- Lo siento, pero tenía otra cosa que hacer -apretó la mano que David le tendía-Te he echado de menos.

- Yo, en cambio, no puedo decirte que haya estado pensando en ti todo el tiempo.

Ramsés se rió.

- De ser así habría dudado de tu cordura. Entonces…

- Entonces, deja de comportarte como un caballero inglés -David abrió los brazos-. Abrázame como lo haría un hermano.

El desembarcadero solía ser utilizado por los barcos de vapor que traían a los turistas de El Cairo; gracias, tan sólo, al prestigio de Emerson (Ramsés sospechaba que también una sensata aplicación de la *bacshish* por parte del *Rais* Hassan), habíamos conseguido el permiso de usarlo. El lugar se encontraba a poca distancia de la casa, comodidad que nos compensaba de las multitudes que atiborraban la zona varias veces al día. Algunos de ellos miraron y

murmuraron al ver a dos hombres, vestidos a la europea, abrazarse.

- Al infierno con ellos, como diría el profesor -dijo David, esbozando una parodia impertinente de un *Asalamu* ante una mujer que se le había quedado mirando. Ramsés pensó que tenía buen aspecto, su cara estaba algo más llena y había una nueva firmeza en el correcto trazo de sus labios. Había deseado que llegara este momento durante semanas. Ahora tenía tantas cosas que contarle que no sabía por dónde empezar.

David se le adelantó.

- La tía Amelia me ha contado lo de Nefret. ¿Quieres que hablemos sobre ello?

- No. ¿Qué hacemos aquí de pie? Todavía no he saludado a Lía.

- Ella puede esperar -dijo el joven marido-. Por el amor del cielo, Ramsés, no trates de disimular, no conmigo. ¿Qué ha sucedido?

- ¿Nuestra madre te contó lo de la niña?

- Sí. No es necesario que te pregunte por qué no me escribiste acerca de ella: ¡nunca me cuentas nada! Debe de haber sido un golpe terrible verla aparecer inesperadamente con ese sucio canalla de Kalaan. Pero tiene que haber algo más. Nefret no hubiera huido y se hubiera casado a menos que…

- A menos que lo amara.

- ¿Lo crees de verdad?

- Lo que yo pueda creer es irrelevante. Lo hecho, hecho está -el deseo de manifestar su rabia y su perplejidad a la única persona que sabía casi toda la verdad era arrollador y, sin embargo, no lo podía hacer. Ni siquiera a David podía contarle lo que había sucedido entre él y Nefret. Imaginaba que un hombre al que le acabaran de amputar un brazo o una pierna debía de sentir lo mismo: una herida abierta e incapaz de soportar el mínimo roce.

- Kalaan demostró ser muy inteligente al dirigirse a ti y no a Percy -dijo David pensativo-. Intentar chantajear a Percy hubiera sido una pérdida de tiempo. Y, además, quién no conoce en El Cairo a tus padres de vista, sabe quiénes son gracias a su reputación.

- Es la explicación más lógica -dijo Ramsés-. Siendo lo suficientemente comprensivo, uno podría hasta llegar a pensar, incluso, que Kalaan desconocía la verdad.

- Pero la mujer lo debe saber. La tía Amelia dice que la has estado buscando.

- No para obligarla a confesar públicamente, si eso es lo que supones. Nadie la creería, de todos modos. El daño está hecho -la indignación hizo fruncir el ceño a David, pero Ramsés lo interrumpió antes de que pudiera hacer alguna objeción-. Está hecho, he dicho. Y ahora tenemos otros problemas algo más urgentes que solucionar. Me gustaría que tanto tú como Lía pudierais estar tranquilos durante algún tiempo más, ¡pero ya conoces a la familia! ¿Qué más te contó nuestra madre?

- Bastante -David sabía cuándo debía dejar de contestar. Con la mano apoyada sobre el hombro de Ramsés, ambos regresaron al barco-. ¿Qué demonios ha sucedido? Asesinato, violencia…

- Lo habitual -murmuró Ramsés.

- Sí, bastante. ¿Como lo de las falsificaciones?

- ¿También te contó eso?

David sonrió de mala gana.

- Cuando paró para respirar, el profesor empezó a hablar. ¡Me sentí como el boxeador que se tambalea a causa de unos duros golpes en la mandíbula!

- Bueno, ya sabes cómo es nuestra madre -se detuvo un momento para saludar a *Rais* Hassan, y volvió enseguida-. Cuando por fin se decide a confiar en alguien, se lo cuenta todo de una vez.

- Prefiero eso a su vieja costumbre de no decirnos nada.

Ramsés no había vuelto a estar en el *Amelia* desde que se mudaron. El salón le resultó extraño sin las montañas de libros y papeles en desorden que normalmente lo atestaban. David no había tenido tiempo de desparramar por él su material de dibujo y sus libros de consulta; el lugar estaba demasiado limpio como para resultar confortable.

Lía estaba sentada en el ancho diván que había bajo las ventanas; el sol, en su ocaso, enmarcaba su cabellera dorada como si se tratara de una aureola. Uno de los sirvientes debía de haberle llevado todos los mensajes y cartas que habían recibido durante las últimas semanas; había una pila de sobres junto a ella en el sofá, y su cabeza se inclinaba en ese momento sobre la carta que tenía en su mano. Ramsés observó, se había acostumbrado a observarlo todo, que la carta tenía varias páginas y que su contenido la tenía tan absorbida que ni tan siquiera notó su presencia hasta que él hubo entrado en la habitación. Tras meter la misiva en el bolsillo de

su camisa, corrió a su encuentro. Cuando se liberó de su caluroso abrazo, Ramsés vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Me alegra que puedas quedarte con nosotros un rato -dijo, cogiéndole la mano y llevándolo hasta el sofá-. Aunque cenaremos con el resto de la familia esta noche, me puedo imaginar lo que nos espera: ¡todos tratarán de hablar al mismo tiempo!

- Me temo que tendréis que soportar algunos días de agotadoras celebraciones -dijo Ramsés, contento-. Selim ha preparado una fiesta a la que está invitada todo el pueblo y nuestra madre habló de organizar un baile o una cena en vuestro honor.

- Que se lo quite de la cabeza -dijo Lía con énfasis-. Me niego… ¿qué es lo que te resulta tan divertido?

- Te pareces a la tía Evelyn cuando se enfada: un lindo gatito doméstico que intenta hacerse pasar por un tigre.

- Ella no intenta nada -dijo David. La mirada que dirigió a su mujer hizo que Ramsés deseara estar muerto.

- Lo que quiero decir -continuó Lía-, es que no tenemos tiempo para bailes o cenas y, menos aún, interés en frecuentar la alta sociedad de El Cairo. Apenas puedo perdonarte por no habernos contado nada, Ramsés.

- ¿Sobre qué?

- ¡Nada! -Lía hizo un ademán lleno de énfasis-. Fue ya bastante malo que nos ocultaras el asunto de las falsificaciones pero, por lo menos, podías habérnoslo mencionado cuando la gente empezó a disparar sobre ti.

- Fue madre -dijo Ramsés con docilidad-. Sobre mí no, sobre nuestra madre.

- ¡Ah, vaya, entonces, todo arreglado!

- Lo siento.

Lía se volvió hacia él y le tomó las manos.

- No, la que lo siento soy yo. No debería regañarte; tienes ya bastantes problemas. ¿De verdad cree la gente que eres tú el responsable de la muerte de esa muchacha?

Ramsés parpadeó. Lía siempre lo cogía por sorpresa. Al igual que su madre, parecía suave, dulce e ingenua pero ambas tenían el mismo talento para ir directamente al grano, sin importarles si, con ello, resultaban poco diplomáticas.

- La recuerdo del año pasado -continuó Lía-. Aunque no llegué a

conocerla bien ni tampoco me gustaba mucho, lo cierto es que no merecía morir de ese modo, y a manos… Oh, Karima. Sí, gracias, tomaremos el té ahora.

Les llevó un cierto tiempo disponer las bandejas y platos para el té del modo que Karima consideraba completamente satisfactorio. Cuando la sirvienta les dejó, Lía retomó el hilo de la conversación en el mismo punto en que lo había dejado.

- A manos de alguien que ella conocía y en quien confiaba.

- ¿Nuestra madre te dijo eso? -preguntó Ramsés-. La verdad es que no lo sabemos con certeza.

- ¡Es obvio! Puede que fuera una frívola y una mujer excesivamente confiada pero no era tan estúpida como para pasearse sola de noche. Tenía una cita con alguien, y ese alguien no era su amante.

- Me da miedo preguntarte cómo has podido llegar a esa conclusión -murmuró Ramsés.

- Ella estaba enamorada de ti -dijo Lía con tranquilidad-. Y no fue contigo con quien estuvo aquella noche. Sin embargo…

- ¡Lía! -exclamó David.

- Es verdad, ¿no es cierto? ¡No puedo entender por qué los hombres encuentran estos asuntos tan embarazosos! Sólo hay dos cosas que podían hacer salir a Maude de la casa aquella noche: la invitación de un hombre al que ella amaba o las amenazas de uno que la dominaba.

- ¡Cielos! -dijo Ramsés con impotencia. Le ardía la cara. Quizá hubiera sido su madre la que le hubiera contado a Lía que la pobre Maude estaba enamorada, aunque temía que su prima hubiera conseguido la información, aderezada con una plétora de comentarios indiscretos, directamente de Nefret-. Yo… no sé que decir.

- Espero que sea algo sensato -dijo su primo-. Tú no hiciste nada para alentarla, ¿no es cierto? Creo que no. Entonces, ¿por qué te sientes culpable? ¿Es mi silogismo correcto o no?

- ¿Era eso un silogismo? -Ramsés se dominó-. Está bien, veo dónde quieres ir a parar. Sin embargo, me parece que has pasado algo por alto. ¿Y si ella recibió un mensaje cuyo autor, al menos en apariencia, era yo?

- Totalmente improbable -dijo Lía, sacudiendo su cabeza con

tanta decisión, que sus brillantes rizos resplandecieron con la luz del sol-. Os veíais mucho, de día y de noche. Si lo que querías era concertar una cita con ella, te hubiera bastado con susurrárselo al oído. Tenía que ser realmente estúpida para responder a un mensaje escrito. En cualquier caso -Lía siguió hablando, antes que cualquiera de los dos hombres pudiera objetar algo a su dudosa generalización-, han ocurrido demasiados incidentes desagradables como para que no haya relación alguna entre ellos. Pienso que ella debía de saber algo sobre ellos y sobre quien los perpetró. Tal vez temía desenmascararlo. A lo mejor él se dio cuenta de que su lealtad se había debilitado al enamorarse de otro hombre… un hombre al que él había ya atacado.

- ¿Lealtad hacia quién? -preguntó David-. ¡No te estarás refiriendo a su hermano!

- ¿Por qué no? -al volverse hacia Ramsés, entrecerró los ojos-. ¿A ti también se te ha ocurrido, no es así?

Ramsés dejó su taza en el plato y se recostó de nuevo en la silla.

- Permíteme que te elogie por tener una mente casi tan recelosa como la mía. Yo sospecho de todo el mundo, también de Jack. Ni tan siquiera necesitaba convencerla para que abandonase la casa. Podría haberla matado en su propia habitación, o en el patio. Nadie buscó las manchas de sangre. Los sirvientes no dormían en la casa y la tía no se habría dado cuenta ni del estallido de una guerra en gran escala. Tuvo toda la noche para deshacerse del cuerpo y volver a casa.

- Eso significa que fue Jack el que disparó sobre la tía Amelia y el que organizó los otros accidentes -dijo David pensativo-. ¿Alguna razón?

- El señor Vandergelt sugirió un posible motivo -comentó Ramsés-, dijo que los accidentes podían ir encaminados a alejarnos de Zawaiet el'Aryan. Es una pura cuestión de suerte que todos hayamos salido ilesos. Si uno de nosotros hubiera muerto o hubiera resultado seriamente herido, nuestro padre habría cancelado las excavaciones.

- Lo que indica que hay algo en ellas que esa persona no quiere que encontremos. ¿Una tumba?

- Zawaiet no se puede comparar con el Valle de los Reyes, ni tan siquiera con Giza, David. Es uno de los lugares menos prometedores

que he explorado en mi vida; allí no hay nada más que una pirámide vacía a punto de derrumbarse y unos cuantos cementerios cuyas tumbas son poco menos que una miseria. ¿Acaso las huellas de un crimen? Nuestra madre tiene un don especial para encontrar cadáveres. «Todos los años un nuevo muerto», como Abdullah solía decir.

La cara de Lía se dulcificó.

- Querido Abdullah. A la tía Amelia le importa más su reputación que la del propio David.

- Últimamente no nos hemos ocupado mucho de ese tema -admitió Ramsés-. Todavía no estoy totalmente convencido de que los ataques que hemos sufrido no estén relacionados de algún modo con las falsificaciones, pero que me aspen si entiendo de qué modo. Nuestras investigaciones no nos llevan a ninguna parte. Lo más significativo de Zawaiet es que Jack trabajó allí durante varios meses el año pasado, por lo que es una de las personas con más probabilidades de haber encontrado algo allí, o de haber enterrado a alguien o… ¡o Dios sabe qué!

- Pero no estaba solo -señaló David-. El señor Reisner y todo su equipo se encontraban también allí.

- El señor Reisner no está aquí. Jack sí. Tan sólo otras dos personas del equipo están actualmente en Giza: el señor Fisher y Geoffrey, el… -era la primera vez que lo llamaba así-… el marido de Nefret.

- Estoy en deuda contigo y con Cyrus por querer acompañarnos esta noche -le dije a Katherine-. Me temo que será un poco violento.

Estábamos solas en el patio. Todo estaba preparado: las mesas para la cena, las flores. Cyrus se encontraba con Emerson en su estudio. No tenía ni idea de dónde podía estar Ramsés. Durante los últimos días, había pasado todas sus horas libres en los inmundos callejones de El Cairo, tratando de encontrar a la desgraciada muchacha cuyo silencio no había hecho sino sostener las falsas acusaciones contra él. Ni siquiera nos había acompañado a la estación a recibir a David y Lía: uno de sus informadores le había hecho llegar el rumor de que Rashida había sido vista la noche anterior, así que se dispuso inmediatamente a llevar a cabo sus

averiguaciones. Cuando aquel día regresamos a la casa, algo más tarde, se limitó a decirnos que su informador se había equivocado. Desde entonces no lo había vuelto a ver.

- Estoy segura de que te preocupas innecesariamente -dijo Katherine con ese modo suyo de hacer, que siempre resultaba el más adecuado-. Me has dicho que habías visto a Nefret esta mañana y que le habías contado lo de la niña, ¿es cierto?

- Le había escrito ya. Sabía que ella y Geoffrey se alojaban en el Shepheard; debería de haberla llamado antes pero elegí la vía más cobarde: escribirle.

- Seguías enfadada con ella.

- Sí -admití-. Y no sólo por Ramsés. Siempre pensé que estábamos muy unidas, Katherine; ¿por qué me ocultó que se había prometido con Geoffrey?

- ¿Estaban prometidos?

- Deben de haber llegado a un acuerdo, ya que no a un compromiso formal. Una mujer no le pide ayuda a un extraño cuando se encuentra en dificultades.

- No a menos que los cimientos de su mundo se hayan visto arrasados -murmuró Katherine.

- ¿Qué quieres decir?

- Creo que ni yo misma lo sé; ha sido tan sólo una ocurrencia pasajera -se acomodó un poco, antes de retomar el tema-. Puede que el acuerdo sea reciente. Ella no puso en duda tus explicaciones, ¿no es cierto?-No; dijo que debería de haberlo adivinado, que esperaba que él la pudiera perdonar y… Eso fue lo extraño. No mencionó su nombre… el de Ramsés, quiero decir. Repetía «él» y «a él» una y otra vez. Geoffrey no estaba allí. Lo cierto es que no sé si se comportaba de ese modo llevada por el deseo de ser delicada o por el temor de tener que enfrentarse conmigo.

- ¿El muchacho no te disgusta, verdad?

- Más bien lo contrario. Es de buena familia -¡aunque ese tipo de cosas me importen muy poco!-, bien educado, culto y está considerado como un arqueólogo de primera clase. Y eso cuenta, ya sabes, especialmente para Emerson. Contribuirá a que las cosas funcionen del mejor modo posible, de eso no me cabe duda. Pero, por el momento, aún nos quedan algunas cosas por decidir. Geoffrey está comprometido con el señor Reisner para el resto de la

temporada y puedes estar segura de que Emerson no permitirá que Nefret eluda sus obligaciones por algo tan intrascendente como una luna de miel. Y, además, ¿dónde vivirán? Harvard Camp es para solteros y tampoco me gusta la idea de que se queden con Jack Reynolds. Lo mejor será que vengan aquí con nosotros.

- Deberías esperar a ver qué es lo que piensan ellos al respecto -dijo Katherine con una sonrisa.

Un agudo pero ineficaz ladrido de Narmer me ayudó a identificar a la persona que llegaba en aquel momento. Tan sólo Ramsés y Nefret conseguían hacer callar al condenado perro y, normalmente, a ella le llevaba algo más de tiempo que a él.

Como de costumbre, mis deducciones eran correctas. Al ver a Katherine, Ramsés se llevó la mano a la cabeza pero, al comprobar que no llevaba sombrero, la volvió a bajar.

- David y Lía llegarán dentro de pocos minutos -anunció-. Ella no sabía qué sombrero ponerse. A mí me parecen todos iguales.

- Ah, ¿es ahí donde estabas? ¿Tomaste el té con ellos?

- Sí. ¿Le apetece lo de siempre, madre, o prefiere esperar a papá y a los demás?

- Esperaré, gracias.

- ¿Señora Vandergelt?

- Gracias, Ramsés. Acabaré mi té.

Lo observé mientras se encaminaba hacia el aparador. Exceptuando su pelo, que el viento había despeinado, su aspecto, elegante traje de *tweed* y corbata, era bastante pulcro y aseado. No obstante, no era propio de él empezar a beber tan pronto.

- Será mejor que vayas arriba a ver a Sennia -le dije-. Si no lo haces, será ella la que querrá venir a verte.

- Por supuesto -tras dejar su copa, se dispuso a subir las escaleras.

- Condenado perro -dijo Emerson. Salió fuera de la casa y pude oír cómo él y Narmer se ladraban el uno al otro. El perro parecía tomarse los gritos de Emerson como una tentativa de amigable conversación. Los ladridos se transformaron en gañidos de frustración cuando Emerson hizo entrar a David y a Lía, cerrando la puerta tras él.

Lía se echó a reír mientras sacudía las marcas de polvo que las patas del animal habían dejado sobre su vestido.

- Es bonito estar de vuelta en casa -declaró, abrazando después a todo el mundo.

Esperaba que Emerson tratara de arrastrarlos hasta su estudio para mostrarles los planos de las excavaciones y para explicarles, de manera aburrida y extensa, lo que pretendía hacer; pero lo cierto es que no parecía el mismo. Aquella mañana no me había acompañado al hotel, así que ésta iba a ser la primera vez que se encontraba, desde que se produjo su precipitado matrimonio, con la muchacha que amaba como si fuera una hija. Me pregunté si se sentiría herido… no, *sabía* que lo que le había molestado era el hecho de que ella no le hubiera hecho partícipe de sus sentimientos. Nunca lo confesaría, sin embargo. Yo esperaba, tan sólo, que fuera capaz de comportarse y que no la tomara con Geoffrey.

Él y Nefret llegaron casi al mismo tiempo que David y Lía, tanto es así, que me pregunté si no habrían estado esperando a que nos encontráramos todos reunidos antes de hacer su aparición. Ambos tenían buenas razones para esperar todo tipo de recriminaciones y de manifestaciones de resentimiento y, ya se sabe, la unión hace la fuerza. Nefret se arrojó en brazos de Lía, dejando que el resto de nosotros nos aproximáramos al desafortunado joven con el que se había casado. Tengo que decir que éste salió bastante airoso de la prueba. La mía fue la primera mano que estrechó, pero fue a Emerson a quien se dirigió en primer lugar, reconociendo con valentía su error.

- Espero que podrá perdonarme, señor. Debería de haber hablado antes con usted y con la señora Emerson; tendría que haber dejado pasar un intervalo decente. Mi única excusa es el gran amor que siento por ella.

- Bien, mmm -dijo Emerson.

Fue una respuesta más clemente de lo que me esperaba.

Todos trataban de comportarse con normalidad. Yo no podía apartar la vista de Geoffrey quien, con gran delicadeza, felicitó a la otra pareja de recién casados a la vez que me trataba como lo haría un hijo afectuoso. Mientras, lleno de ternura, me ayudaba a sentarme en una silla y me ofrecía innecesarios escabeles y almohadones, casi llegué a desear que no mostrara tanta consideración hacia mi avanzada edad y hacia mi fragilidad femenina. Luego pensé que, quizás, necesitaría algún tiempo antes

de llegar a sentirse cómodo en mi presencia.

Tras acomodarnos alrededor de la fuente, el personal de la casa apareció trayendo comida y bebida. Todos ellos estaban emparentados con David de un modo u otro y habían estado esperando con impaciencia que llegara el momento de poder felicitar a los nuevos esposos. Fue divertido observar la mirada de Geoffrey cuando David cogió la bandeja de emparedados de manos de Fátima para que ésta pudiera abrazar a Lía. David dio la vuelta al corro de sonrisas, besando en ambas mejillas a sus primos y estrechando las manos de los parientes más lejanos; cuando hubieron acabado, Fátima se apresuró a hacerlos salir, dirigiendo una última mirada llena de afecto hacia David.

- La fiesta es pasado mañana -dije-. Se me olvidó decírtelo, Nefret. Espero que tú, y Geoffrey, claro, podáis venir.

Pensé que quizá algún día sería capaz de unir con naturalidad sus nombres, sin tener que pensar en ello de antemano.

- Por supuesto -dijo Nefret, sonriéndome.

Nunca la había visto tan encantadora. Llevaba puesto un vestido nuevo y sus mejillas resplandecían.

Ramsés no se había dejado ver y yo empezaba a preguntarme si no estaría de malhumor o si se habría escapado por una de las ventanas traseras. Estaba muy equivocada. Rehuir los problemas no era propio de él, al contrario: se había limitado a esperar el momento más adecuado que le permitiera ser el centro de atención.

Con gran parsimonia y con la niña en brazos, bajó las escaleras.

La única palabra que se me ocurre para describirla es «engalanada». El vestido más recargado, un enorme lazo para el pelo, unas lujosas babuchas color dorado y varios collares de brillantes abalorios adornaban su pequeño cuerpecito. Parecía una rosa en todo su esplendor.

Incluso para una niña con un dominio de sí misma tan sorprendente como el suyo, cuatro caras nuevas eran demasiadas, así que trató de ocultarse tras el hombro de Ramsés aferrándose a su cuello, aunque no sin que antes los demás tuvieran tiempo de poder ver su cara.

- ¡Dios mío! -dijo Geoffrey en voz baja. Estaba sentado junto a mí en el sofá, así que fui la única que lo oyó. Ramsés emitió algunos ruidos, fingiendo que alguien intentaba estrangularlo; Sennia soltó

una risita y aflojó un poco su abrazo.

- Es algo tímida cuando no conoce -dijo Ramsés contento-. Basta ignorarla hasta que se acostumbra. Aquí está el león, pajarito -continuó en árabe-. Quiere hablar contigo.

Después de lo cual el profesor Radcliffe Emerson, Padre de las Maldiciones, poseedor de numerosos títulos *honoris causa,* azote de los bajos fondos y el mejor egiptólogo de todos los tiempos, rugió e hizo cosquillas a la niña en la nuca.

Era imposible ignorarle, pero hicimos lo que pudimos. Los ojos de Lía brillaban con lágrimas de emoción. Nefret se colocó, lentamente, a sus pies. Nunca sabré lo que pretendía hacer porque, en ese mismo momento, con la terrible fatalidad del presagio enviado por una deidad adversa, el cuerpo voluminoso y lleno de manchas de *Horus* surgió de detrás de una maceta, dando latigazos con la cola y enseñando los dientes.

No lo habíamos visto durante tres días. Había desaparecido la mañana en que Nefret abandonó la casa y no me importa reconocer que no había perdido mucho tiempo preguntándome qué era lo que podía haberle sucedido. Mientras se dirigía resuelto hacia Nefret, los agudos gorjeos de la niña llamaron su atención. Emerson había conseguido convencerla para que se quedara con él y en ese momento investigaba en el interior de sus bolsillos, ya que había aprendido con gran rapidez, que en ellos solía haber siempre algo para ella. Su mirada y la del gato se cruzaron.

No sé si la mandíbula de un gato puede llegar a caerse, lo único que sé es que la de *Horus* lo hizo. Se paró en seco y se quedó mirándola fijamente.

Todos en la habitación conocíamos el infame carácter del gato, incluido Geoffrey, a quien aún le quedaban marcas de los arañazos que le había hecho al intentar convertirse en su amigo. Varios de nosotros nos movimos al unísono. Ramsés se puso de pie de un salto, yo cogí un jarro de agua, Emerson protegió a la niña, envolviéndola con sus musculosos brazos, mientras Nefret arremetía contra *Horus*. La escena que siguió' a continuación fue la de un completo pandemónium ya que nuestros frenéticos esfuerzos por interceptar a la bestia eran contradictorios; *Horus* se deslizaba entre las manos de Nefret, mordía el pulgar de Ramsés, se sacudía el agua de su lomo (la mayor parte había ido a parar al suelo), y se sentaba

bruscamente a los pies de Emerson sin dejar de clavar la mirada en la niña. Ésta participaba en la confusión revolviéndose y pidiendo que la dejaran bajar para hablar con el pequeño león.

- Calma -imploré-. Que todo el mundo se calme. No lo excitéis. Emerson, sujétala. Ramsés, puedes…

- Lo intentaré -dijo Ramsés. Quitándose la chaqueta, la levantó y se dirigió con cautela hacia el gato.

- No hará daño a la niña -dijo Nefret. Todavía de rodillas, empezó a avanzar poco a poco hacia él mientras le hablaba en tono arrullador-. Ven con Nefret, gato malo. ¿Me has echado de menos? Yo sí. Ven a saludarme. Sé un niño bueno, *Horus*…

La miserable bestia ni tan siquiera volvió la cabeza. Se produjo entonces otro sonido, lo suficientemente fuerte como para que se pudiera oír por encima de las palabras cariñosas de Nefret. Era un sonido desagradable, como el que se produce al raspar una lima oxidada, aunque lo cierto es que se trataba del mejor intento de ronroneo de *Horus*.

- ¡Por Dios! -dije.

- ¡Por Dios! -repitió Emerson-. Peabody, crees que…

Horus se tumbó sobre su lomo y empezó a mover las patas. Resultaba completamente ridículo.

- Es una treta -murmuró Ramsés-. Un truco para hacernos bajar la guardia. Nefret, quítate de en medio.

- No, no lo hagas -apartando la chaqueta que él sostenía en alto, cogió al gato. *Horus* demostró ser tan insensible y tan pesado como una roca cuando ella lo alzó, haciendo girar tan sólo la cabeza hasta alcanzar un ángulo imposible que le permitía, sin embargo, seguir mirando a Sennia.

- No hará daño a la niña, hacedme caso. Lo único que quiere es hacerse su amigo.

- Ja! -dijo Emerson.

- Lo tengo -le aseguró Nefret, asiendo con firmeza al gato por las patas delanteras. Sólo entonces, por primera vez, miró a la niña y le sonrió-. Saca tu manita, pajarito. Acaricia al león. Dulcemente, dulcemente.

Fue un momento conmovedor y lo hubiera sido aún más si Sennia, lanzando pequeños gritos de placer, no hubiera agarrado una de las prominentes orejas de *Horus* y se hubiera puesto a tirar

de ella.

- Dulcemente -dijo Nefret, mientras el resto de nosotros se quedaba petrificado, temiéndose lo peor. Nefret soltó sus deditos y los puso sobre la cabeza inmóvil del gato-. Así.

Al ver cómo el animal se sometía dócilmente a sus caricias algo bruscas y a sus dedos punzantes sentí, por primera vez desde que lo conocía, un cierto afecto hacia él. Mientras trataba de guiar las manitas de la niña, Nefret le explicaba a Emerson que *Horus* tan sólo se comportaba cruelmente con los animales adultos, incluidos (yo más bien diría que especialmente) los humanos. Aun cuando tiraran de su cola o saltaran sobre su lomo, jamás clavaría una garra o un diente a uno de sus gatitos.

Me volví a Ramsés, quien contemplaba la escena tan inexpresivo como de costumbre.

- Está goteando sangre sobre la alfombra -le hice notar- supongo que tendrás la chaqueta empapada.

La tenía.

Horus no sólo había conseguido romper el hielo, lo había derretido. Su extraordinario comportamiento se convirtió en el tema principal de conversación. Con algo de dificultad, se llevaron a Sennia a su habitación; con mayor dificultad aún, conseguimos impedir que *Horus* la siguiera hasta allí. Al final, tuvimos que dejarlo tumbado en el umbral ya que, cada vez que intentábamos apartarlo de allí, gruñía y bufaba, incluso a Nefret.

- Me parece que tendré que conseguir otro gato -observó ésta-. Acabo de perder a *Horus*.

- Con franqueza, no puedo decir que lo lamente -dijo Geoffrey riéndose-. Sabes, querida, no te privaría de nada de lo que deseas, pero la idea de compartir alojamiento con *Horus* no me atraía en absoluto. Me odia.

- Odia a todo el mundo -dijo Ramsés, cambiando de mano la cuchara sopera y cogiéndola con la izquierda. *Horus* había mordido su pulgar derecho hasta llegar al hueso y tuve que vendarlo tanto, que ahora saltaba a la vista. Sabía que Ramsés se quitaría el vendaje tan pronto como se encontrara fuera de mi vista pero, al menos, yo había cumplido con mi obligación-. O a casi todo -continuó-. No es necesario que renuncies a él, Nefret; tú y Geoffrey vais a vivir aquí, ¿no es así?

- No lo he pensado todavía -dijo ella.

- Bueno, creo que deberíais -declaró Emerson-. Necesito que vuelvas conmigo a las excavaciones, Nefret. Hemos encontrado bastantes huesos y llevamos muchos días de retraso con la fotografía.

- Lía y yo nos encargaremos de eso -dijo David-. Estamos listos para empezar tan pronto como quieras. Me siento culpable por haber estado ausente durante tanto tiempo.

- Mañana, entonces -empezó a decir Emerson.

- Emerson, ¡no seas ridículo! -exclamé-. Acaban de llegar. La fiesta tendrá lugar pasado mañana por la noche; Selim y los demás la han estado preparando durante semanas.

- Estoy deseando ir -afirmó Cyrus-. He asistido a algunas en Luxor, va a ser una cosa estrepitosa.

- Nada de champán, Cyrus -le recordé.

- Ya, ya lo sé. Pero no hay nada que nos impida beber unas copas por adelantado, ¿o sí? -preguntó con ojos brillantes.

Nos retiramos antes de lo que a Emerson le hubiera gustado; mi marido estaba deseando enseñarle a David el estudio fotográfico y estoy segura de que lo hubiera retenido durante horas, contándole sus proyectos sobre las excavaciones, si no hubiera sido porque yo le hice notar que había sido un día muy largo para David y Lía. Nefret y Geoffrey se retiraron al mismo tiempo. Emerson y yo nos quedamos en la puerta (con Narmer ladrando como un maníaco) contemplando como Lía y Nefret, cogidas del brazo, se alejaban por la carretera polvorienta, con los dos hombres detrás de ellas. Me resultó extraño ver a alguien, que no era Ramsés, formando parte de aquel grupo.

Éste no nos había acompañado hasta la puerta. Emerson rodeó mi cintura con su brazo y gritó a Narmer quien, respondiendo a sus voces, le ladró alegremente.

- Todavía es pronto, Peabody, ¿qué me dices de un último whisky con soda?

- Lo necesitas, ¿no es así?

- ¿Necesitarlo? ¡Claro que no! No obstante -me dijo Emerson algo malhumorado, mientras tiraba de mí hacia el interior de la casa-, he de confesar que me he sentido algo raro al verlos marchar. Están abandonando el nido, Peabody. Supongo que Ramsés será el

siguiente. Me gustaría hablar contigo sobre él, Peabody. ¿Crees que…? Ah, mmm, estás ahí, muchacho. Creí que te habías retirado.

- No, señor. ¿No dijo usted que quería hablar conmigo?

- No te quedes ahí en posición de firme como si fueras algún maldito y estúpido militar -refunfuñó Emerson-. Siéntate. Es una orden -añadió, irritado.

Ramsés sonrió y obedeció. Se había quitado la chaqueta y la corbata; Emerson imitó su ejemplo mientras se encaminaba a grandes zancadas hacia el aparador, arrojando su bonita chaqueta hacia cualquier silla y errando el tiro, tal y como era de esperar.

Regresó momentos después, con tres whiskys en la mano.

- Quería hablar contigo -dijo-. ¿Habéis hecho las paces Nefret y tú?

- Por qué… sí, señor, claro que sí. Ya sabe el genio que tiene. Se excusó amablemente.

- ¿Ah sí? ¿Cuándo fue eso?

- Justo después de cenar, cuando felicité oficialmente a Geoffrey. No había tenido oportunidad de hacerlo antes. Ella estuvo encantadora con Sennia, ¿no creen?

Emerson frunció el ceño. Aunque no es un hombre muy sensible (excepto conmigo), hasta él notó algo de frialdad en aquella voz imperturbable, carente de emoción.

- No te vayas por las ramas -gruñó-. ¿No te importaría, entonces, que se quedaran aquí con nosotros?

- ¿Por qué debería importarme? Yo mismo lo sugerí durante la cena y se lo volví a repetir a Geoffrey algo más tarde. Las habitaciones que Nefret decoró con tanto gusto son ideales para ellos. Él aceptó y me dio las gracias… esperando, por supuesto, que ustedes lo aprueben.

- ¿Y qué hay de la aprobación de Nefret? -inquirí.

- Ella no puso objeción alguna. De hecho, tenía pensado volver a colocar mis cosas en mi vieja habitación esta misma noche, así que, si me perdonan…

- Una cosa más -dijo Emerson-. ¿Todavía no la has encontrado?

Ramsés apenas había tocado su whisky. Al intentar coger el vaso de nuevo, éste se tambaleó y cayó al suelo.

- ¡Maldita sea! -gruñó Ramsés, mirándose furiosamente el pulgar-. Perdone, madre. Pero es que no es sólo una cosa, padre,

son demasiadas malditas…

- No te excuses otra vez -le dije, hastiada-. Son demasiadas malditas cosas, ¿no es verdad? ¿Has hablado con David sobre las falsificaciones?

- Ambos hemos hablado con él, pero ninguno de nosotros le ha dado la oportunidad de decir lo que piensa. Luego, está también la muerte de Maude, y la teoría del señor Vandergelt sobre los accidentes y mi visita a Wardani, creo que a David no le gustará mi intromisión, en absoluto, pero se lo tendré que decir de todos modos; y luego la infructuosa búsqueda de Rashida… Se ha ido, madre. Si estuviera en algún lugar de El Cairo, la habría encontrado ya, viva.

- Si estuviera muerta, habrían encontrado el cuerpo -dije.

- No. Las muertes como la suya no se denuncian. Probablemente la habrán barrido y la habrán tirado con el resto de la basura que hay en las calles.

Al mirar por encima de su cabeza inclinada, me encontré con los ojos de Emerson y, en las profundidades del azul glacial, vi la confirmación de las amargas palabras de Ramsés.

- ¿Qué hay de Kalaan? -preguntó.

- He averiguado dónde vive y he de decir que no fue fácil. Ninguna de sus mujeres sabía dónde se encontraba, y él, además, no da a conocer su paradero. La casa está en Heliópolis, un lugar bastante elegante. Allí no había nadie; estaba cerrada y abandonada.

- ¿Qué hiciste entonces, forzar la puerta?

- Bueno, digámoslo así. Por la cantidad de polvo que había allí, yo diría que la abandonó hace más o menos una semana y, por otra parte, el que se encuentre casi vacía, aparte de algún que otro mueble, me hace pensar que no piensa volver a ella.

Emerson puso su mano sobre el hombro de Ramsés.

- Lo encontraremos. Hasta ahora no nos han vencido nunca y no será ésta la primera vez que lo hagan. Además, ¿cómo podemos perder teniendo a tu madre y a su mortal sombrilla de nuestra parte?

- Totalmente de acuerdo -dije, enérgica, dando unas palmaditas sobre el otro hombro de Ramsés-. Vete a la cama ahora, verás las cosas más claras por la mañana. Todo parece más negro durante la

noche.

Ramsés dejó escapar un ruido ahogado que bien podía ser una risa o una maldición velada y se puso lentamente de pie.

- Sí, madre.

- Me pregunto si Nefret le habrá contado todo a Geoffrey-dije-. Tendremos que revelarle nuestro secreto.

- Por supuesto -dijo Ramsés-. Ahora es uno más de la familia, ¿no?

* * *

A la mañana siguiente, Ramsés bajó con Sennia a desayunar sin consultármelo. La visión de la niña animó a Emerson, normalmente de malhumor, reduciéndolo a un estado de necia afectuosidad que no había visto en él a esa hora de la mañana desde hacía muchos años. *Horus* llegó también con ellos. Se sentó en el suelo, lo más cerca de la niña que pudo y sin apartar los ojos de ella. Poco después llegaron Lía y David; según dijo Lía, su marido no podía seguir soportando la ausencia más tiempo. Era casi como en los viejos tiempos: todos hablaban y reían a la vez; David quería contarle a Emerson lo que había hecho en Creta, Lía quería ver la casa, los dos ofrecían sin parar golosinas a Sennia, mientras Fátima revoloteaba alrededor de la mesa como un genio benévolo *y* la nueva niñera permanecía tímidamente junto a la puerta, temerosa, por un lado, de acercarse a nosotros, pero poco dispuesta, por otro, a delegar su responsabilidad en los demás. Al final, Sennia se puso tan pringosa de mermelada que incluso Emerson no se opuso cuando ordené que se la llevaran de allí. Su niñera se apresuró a hacerlo, con aire de triunfo. *Horus* se levantó y salió tras ellas.

- No te preocupes, madre -dijo Ramsés, acertando al leer mi expresión-. Tuve que rescatarlo esta mañana; la niña le había cogido la cola con ambas manos e intentaba comérsela. Ni tan siquiera me arañó cuando lo separé de ella.

- ¿Cuánto tiempo esperaste para separarlos? -preguntó David, quien tampoco había sentido nunca un gran cariño hacia *Horus*.

- Algo más de lo estrictamente necesario -sonrió Ramsés. Me sentí aliviada al verlo bronceado y más relajado. Le sentaba bien que David se encontrara de nuevo junto a él.

Emerson había tratado de limpiarse, sin éxito alguno, las manchas de mermelada de la camisa que recordaban, en modo

inquietante, a las de sangre fresca.

- Será mejor que te cambies -dije.

- No importa -gruñó-. Creí que íbamos a salir un poco a caballo y, eh…

- ¿Echar un vistazo a las excavaciones? Emerson, te dije…

- Será agradable dar un paseo a caballo -dijo David-. Todavía no he saludado a *Asfur* y a *Risha*. ¿Qué dices, Lía?

Lía debía de haberlo previsto: iba vestida para montar, y no con las prendas absurdas que eran de rigor para las damas amazonas, sino con la corta falda pantalón y las elegantes botas que ambas muchachas usaban también cuando iban a las excavaciones, y se apresuró a asentir, lo que me dejó claro que estaba deseando volver a la vida atareada que había aprendido a amar tanto como nosotros.

- ¿Dijo Nefret… y Geoffrey, si tenían la intención de pasarse hoy por aquí? -pregunté mientras atravesábamos el jardín, camino de los establos.

- Creo que piensan hacerlo -contestó Lía-. ¿Están ellos realmente… es verdad que vendrán a vivir aquí con vosotros?

- Dios mío, Lía, parece como si no lo aprobaras.

- No, en absoluto, tía Amelia. Quiero decir, no, no quería dar a entender eso. ¿Son estos los establos? ¡Qué bonito está el jardín! Estoy contenta de poder ver de nuevo a los caballos.

- Selim los ha cuidado maravillosamente -dijo Ramsés, mientras David rodeaba el cuello de *Asfur* con los brazos y la yegua le correspondía, acariciándole la camisa con el hocico-. ¿Los sacamos, entonces? Madre, quizá usted prefiera no…

- Si vais todos, voy yo también -dije-. La yegua que Selim alquiló para mí en lugar de ese horrible animal se comporta muy bien.

A través de la puerta abierta llegó hasta nosotros un murmullo de sonidos procedente del fondo del establo: chillidos, graznidos y el crujir de la paja.

- Veo que Nefret sigue teniendo su habitual colección de pacientes del reino animal -comentó Lía mirando hacia dentro-. ¿Qué demonios hay en esa jaula grande, por qué está tapada?

- Oh, querida -dije-. Lo había olvidado. Espero que Mohammed…

- Está perfectamente -dijo Ramsés, detrás de mí-. Basta con encapucharlo o cubrirlo para que no se haga ninguna herida al

tratar de volar.

Al levantar Ramsés la tela que cubría la jaula, Lía dejó escapar un grito de entusiasmo y admiración. El pájaro era un ejemplar macho de halcón peregrino, la misma especie que, en la escritura jeroglífica, se usaba para representar el nombre del dios *Horus*. Encorvado e inmóvil, sus grandes garras asían la percha sobre la que estaba posado.

- ¿Quién se ha ocupado de alimentarlo? -pregunté, con algo de sentimiento de culpabilidad. No había pensado demasiado en las mascotas de Nefret; sabía que podía contar con Mohammed para cuidar de las otras, pero también sabía que éste sentía un miedo supersticioso hacia el gran pájaro de presa. Conocía la respuesta, sin embargo. Al igual que Nefret, Ramsés tenía un modo poco menos que misterioso de aproximarse a los animales; incluso cuando se trataba de fieras a las que pocas personas habrían osado acercarse. Abrió la jaula y metió la mano dentro. El pájaro se movió inquieto cuando los largos y tostados dedos de Ramsés se cerraron alrededor de su cuerpo y se deslizaron con delicadeza por sus alas pero, a pesar de todo, no opuso resistencia.

- El ala se ha curado -explicó-. Nefret quería que descansara algunos días más antes de liberarlo.

- Siempre ha odiado tenerlos que soltar -dijo Lía dulcemente-. Imagino que le habrá puesto un nombre.

- Harajte -respondió Ramsés-. No podía llamarlo *Horus* ya que ese repelente gato se había apropiado de ese nombre.

- Significa *Horus* del Horizonte -expliqué-. *Horus* era una deidad solar y el hijo de Osiris. Tras haber superado los peligros del infierno, salió por la puerta del amanecer hacia el nuevo día.

- Gracias, tía Amelia -dijo Lía.

Las contraventanas se cerraban siempre por la noche para evitar que entraran los animales de rapiña. Tras abrir el pestillo, Ramsés tiró de una de ellas hacia detrás. El halcón dejó escapar una especie de maullido y se movió, alzando el lomo y las alas antes de volverlas a dejar caer de nuevo. La luz del sol hizo resaltar el delicado trazo de sus plumas negras y la ferocidad de su pico curvado. Ramsés se metió la mano en el bolsillo; antes de reunirse con nosotros debía de haber pasado por la cocina ya que el bulto que sacó estaba todo despachurrado y, a pesar del papel que lo

envolvía, empezaba a gotear misteriosamente.

- Me temo que no tiene muy buen aspecto -le dijo a Lía mientras ésta desenvolvía el untuoso papel-. A los halcones les gusta que su comida esté fresca y llena de sangre. Espero que seré capaz de engatusarlo para que se lo coma. Él es…

Se interrumpió y yo me volví, siguiendo la dirección de su mirada, hasta que vislumbré a Nefret en el umbral.

- Buenos días -dijo-. ¿Cómo está?

- Puedes verlo tú misma. ¿Quieres hacerlo tú? -Ramsés alargó su mano. Los repugnantes trozos, ahora completamente a la vista, apestaban a sangre fresca.

Se encontraban el uno frente al otro, a ambos lados de la jaula, y a mí se me ocurrió (dado que soy una *connoisseur* en bellas artes) que la escena hubiera constituido un espléndido tema para uno de los pintores prerrafaelitas, como Holman Hunt o Dante Gabriel Rossetti. A un lado la doncella, coronada de dorados tirabuzones; al otro, el joven, alto y de pelo oscuro, con la mano extendida y teñida de carmesí por la sangre del sacrificio; en medio de ellos, el dios, el halcón del amanecer, enjaulado en la oscuridad. ¡Qué rico simbolismo, qué insinuaciones evocadoras del mito y la leyenda! La luz del sol enmarcaría las figuras con el *gesso* dorado tan profusamente empleado por esa escuela de pintura. Probablemente, Rossetti vestiría a la muchacha de terciopelo verde-bosque…

- Tira esa porquería -dijo la doncella justo en ese preciso momento.

- Sería una pena desperdiciarla -murmuró Ramsés. Volviendo a rehacer el revoltijo en el papel, lo dejó sobre la mesa.

- No te limpies las manos en los pantalones, Ramsés -le supliqué, demasiado tarde.

Los otros acababan de llegar para ver lo que estaba pasando.

- Quedaos fuera -ordenó Nefret.

Geoffrey, a la cabeza del grupo, le dirigió una mirada de dolorosa sorpresa.

- ¿Qué estás haciendo, mi amor? ¿Puedo ayudarte?

- Voy a dejarlo en libertad. Apartaos de mi camino. Ramsés, abre la puerta trasera.

Ramsés le cogió las manos cuando estaba a punto de meterlas en la jaula.

- Sin los guantes no.

Los gruesos guantes estaban muy desgastados y cubiertos de excrementos. Ramsés se los dio a Nefret y ésta se los puso. Una vez en el patio del establo, colocó al pájaro sobre su antebrazo; éste no era todavía muy grande y ella no era tampoco una delicada flor de clase acomodada, pero, a pesar de todo, no veía cómo iba a ser capaz de hacer el esfuerzo muscular que requería lo que intentaba hacer. Pensé por un momento que Ramsés se ofrecería a hacerlo por ella o que, tal vez, le sugeriría un método, sino menos teatral, sí más práctico llevar a cabo pero, cuando ella se volvió hacia él para mirarlo, mi hijo cerró la puerta de golpe.

Estuvo quieta por un momento, acariciando con la mano que le quedaba libre su penacho y hubiera jurado que susurrando cosas a la criatura. Ambos se movieron entonces al unísono, empleando la misma espléndida fuerza. El animal abrió las alas al alzar el vuelo; ascendió por sí mismo y remontó, haciendo círculos y subiendo siempre más alto. Ella lo contemplaba, con la cabeza hacia atrás, hasta que un gran grito de triunfo y liberación descendió flotando del cielo de la mañana. Después, Nefret se dio la vuelta y entró de nuevo en el establo.

Geoffrey se encontraba a mi lado.

- ¡Magnífico! -me susurró, con los ojos resplandecientes-. ¡Es como una diosa! ¿Qué he hecho yo para merecer una mujer así?

- Te aseguro que no tengo ni idea -le contesté, sonriendo cuando él me dirigió una mirada llena de reproche-. Era sólo una de mis pequeñas bromas, Geoffrey. Te acostumbrarás a ellas con el tiempo. No, no la sigas todavía. Le duele siempre tenerlos que dejar de nuevo en libertad.

Nos pusimos en marcha al cabo de un rato y, dado que todos parecían tener ganas de montar a caballo, no vi ningún inconveniente en que visitáramos las excavaciones. A fin de cuentas, era una corta distancia para aquellos hermosos animales.

Los hombres no trabajaban aquel día. Daoud y Selim se estaban preparando para la fiesta que, según nos habían dicho, sería la más extraordinaria que jamás se había celebrado en Egipto; el lugar aparecía, pues, árido y solitario bajo los rayos del sol de mediodía. Una brisa seca levantaba nubes de polvo sobre la meseta. Nefret se había cubierto la cara con un fino pañuelo, similar al velo de una

dama musulmana.

Después de dar una vuelta por los alrededores e inspeccionar la escarpada escalera de la entrada, nos retiramos a mi humilde refugio a beber unos sorbos del té frío que había traído conmigo. David hizo lo que pudo para demostrar algo de entusiasmo por la maltrecha pirámide y las hileras de miserables sepulturas, pero tanto Emerson como yo nos dimos cuenta de que todo aquello no conseguía despertar mínimamente su interés.

- Estamos mal acostumbrados, ése es nuestro problema -declaró, con melancolía-. No te olvides, David, que esto es, precisamente, la arqueología: trabajo laborioso y paciente investigación, nada de oro y tesoros.

- No me maravilla que esté mal acostumbrado después de haber descubierto la tumba de Tetisheri -observó Geoffrey-. ¡Cómo le envidio esa experiencia! Hemos vivido cosas muy interesantes en Giza, pero nada que se pueda comparar con eso.

Al no haber bastantes sillas y taburetes para todos, se había tendido con elegancia a los pies de Nefret. La tonalidad de su piel era aún más clara que la de Lía y el sol blanqueaba su pelo hasta volverlo, casi, del color de la plata; la regularidad de sus rasgos daba a su rostro una apariencia remota, que tan sólo perdía cuando lo animaba el entusiasmo, como era el caso.

- He estado pensando -continuó, con un encantador aire de desafío-. Espero que no crea que soy un presuntuoso por sugerirle, profesor… es sólo una sugerencia…

- ¿Y bien? -preguntó Emerson.

- Conozco un poco este lugar, señor, lo bastante, quizás, para ahorrarle a usted algo de tiempo y dificultades así que me gustaría mucho poder formar parte de su equipo.

- ¿Ahora? -Emerson se quitó la pipa de la boca-. Por supuesto que me encantaría poder contar contigo, pero no creo que Reisner me perdonara si lo dejase falto de personal.

Geoffrey se sentó, abrazándose a las rodillas.

- No sólo le perdonaría, señor, es más, quedaría en deuda con usted si permitiera que alguien me sustituyera: alguien cuyas aptitudes son superiores a las mías -añadió con una sonrisa juvenil-. No es tan escrupuloso como usted, profesor. Admítelo, Ramsés, Reisner ha intentado convencerte en varias ocasiones para que

trabajes con él.

Los ojos de Emerson echaban chispas.

- ¡Lo sospechaba! ¡Grrr! ¡Maldita sea, los excavadores son todos iguales, la mayor parte de ellos carecen de moral! ¿Es verdad, Ramsés?

- Sí, señor. Creo que el año pasado, después del periodo que pasé con él en Samaría, le mencioné que Reisner me había ofrecido formar parte del equipo que trabaja para él en Giza. No hizo ningún misterio de ello, señor.

- Tampoco tenía por qué -intervine, viendo cómo enrojecía la cara de Emerson-Siempre has dicho, querido, que Ramsés es libre de trabajar para quien quiera.

- Bueno, sí, pero… -dijo Emerson-. Mmm.

- No me interesa trabajar para otros, señor -afirmó Ramsés.

- Por otra parte, es cierto que tu talento se desperdicia en un sitio como éste -murmuró Emerson-. No creo que encontremos muchas inscripciones. Esas mastabas de la Dinastía IV en Giza…

Geoffrey miró consternado el rostro inexpresivo de Ramsés.

- No quería causar ningún problema -dijo de todo corazón-. Puede que abandonar al señor Reisner no sea, profesionalmente, muy acertado, pero hay otras consideraciones que tienen mayor peso. ¿Supone, señor, que no soy consciente de los peligros a los que se enfrentan, yo, que me encontraba presente en el momento en que la señora Emerson fue atacada por un pistolero desconocido? Puede que no resulte muy útil, pero mi puesto en un momento tan arriesgado como éste se encuentra al lado de mi mujer.

Cogiendo la mano de Nefret, se la puso sobre su mejilla.

- Mmm -dijo Emerson-. Entonces, fuiste tú la que le dio la idea, ¿no es así, Nefret?

- No era necesario que lo hiciera -dijo Geoffrey, indignado-. Aun cuando no esté muy familiarizado con su pasado, no soy tan tonto como para pasar por alto todos esos indicios. Se han producido demasiados accidentes sospechosos; la muerte de la pobre Maude fue uno más. No sé lo que hay detrás de todo esto y, si deciden ocultármelo, no seré yo quien se lo pregunte. Lo único que les pido es que me dejen ayudarlos del mejor modo en que mi torpeza lo permita.

- Es una generosa oferta -dijo Ramsés-. No veo cómo podemos

rechazarla.

La atmósfera emocional era tan intensa que, cuando David carraspeó, todos nos sobresaltamos y lo miramos con sorpresa. Solía permanecer callado cuando estábamos juntos; todos hablaban más alto y más deprisa que él y su carácter apacible le impedía mostrarse descortés al interrumpir. Ahora, sin embargo, dijo con suavidad:

- Estoy de acuerdo. Lo mínimo que podemos hacer es contarle todo a Geoffrey. ¿O le has hablado ya del asunto de las falsificaciones, Nefret?

- No, creí… No hemos tenido tiempo.

Ramsés, sentado sobre la alfombra con las piernas cruzadas, cambió ligeramente de posición. Nefret lo miró apenas unos instantes, apartando la vista de él casi de inmediato.

- Querías evitar que me sintiera mal -dijo David, con una sonrisa afectuosa-. Fue muy amable por tu parte, querida, pero no era necesario.

Aquella mañana le había contado a David la mayor parte de la historia y ahora éste se la repetía a Geoffrey, quien lo escuchaba con la sorpresa pintada sobre su ingenuo rostro.

- Pero entonces -tartamudeó-. Entonces… eso explica los ataques que han sufrido. Esa persona teme ser desenmascarada. ¡Será capaz de matar con tal de evitarlo!

- No explica nada, maldita sea -dijo Emerson-. O, para ser más preciso, no resuelve nuestro problema. No hemos progresado nada en la búsqueda de ese canalla. Podría tratarse de cualquiera, podría estar en cualquier sitio.

- En cualquier sitio de los alrededores de El Cairo -le corregí-. A menos que contratara a otros criminales para que perpetrasen los últimos actos de violencia, en cuyo caso, estoy de acuerdo, podría encontrarse en cualquier sitio. Si pudiéramos capturar a uno de ellos la próxima vez que nos ataquen…

David levantó la mano.

- Perdona, tía Amelia. Ya sé que esperar el ataque es tu método preferido de capturar criminales, pero me pregunto si no sería mejor intentar algo menos peligroso. Habéis sido tan delicados con mis sentimientos y mi reputación que os habéis olvidado del paso que hay que dar a continuación. Lo cierto es que es el único que un

hombre de honor podría considerar.

- ¿Qué quieres decir? -pregunté temerosa. Cuando los hombres empiezan a hablar de honor, hay problema a la vista.

- Lo que pretendo es escribir a todos los comerciantes por los que pasaron los objetos falsificados, informándoles de que mi abuelo no tenía una colección de antigüedades y que, por tanto, el individuo que se los vendió era un impostor. Supongo que me podréis dar una lista de ellos.

Durante algún tiempo, los únicos sonidos que rompieron el silencio fueron el silbido de la arena arrastrada por el viento y el zumbido de las moscas. Como era previsible, Ramsés fue el primero en hablar.

- Yo tengo una, pero está incompleta.

- Por algo se empieza -dijo David-. De este modo, se correrá la voz, lo que muy bien podría proporcionarnos la información que nos permita identificar al hombre que buscamos; no obstante, esto no es lo más importante.

La pipa de Emerson se había apagado. Lenta y deliberadamente, se la quitó de la boca, la golpeó para hacer caer la ceniza, y se la metió en el bolsillo. Después, se levantó y tendió una mano a David.

- Soy un condenado idiota -observó-. Esto demuestra que uno no debería permitir jamás que el sentimiento se mezcle con el sentido común.

- En absoluto, señor. Es culpa mía, por casarme y por no prestarles la debida atención.

Se reía mientras sus ojos ascendían por la impresionante y altísima figura que tenía frente a él. ¡Qué muchacho tan elegante y apuesto! El matrimonio le había hecho madurar, proporcionándole mayor seguridad en sí mismo; suponía (yo también tengo mis momentos sentimentales) que su abuelo debía de parecérsele cuando tenía la misma edad, mucho antes de que yo lo conociera. Abdullah había sido un hombre de porte distinguido hasta el día de su muerte. Estaba muy orgulloso de David y lo hubiera estado aún más si ese día hubiera podido escuchar sus palabras.

* * *

La separación de sexos, que tanta indignación despierta entre los visitantes extranjeros, no es tan estricta en los pueblos egipcios. Los harenes separados o las habitaciones destinadas exclusivamente a

las mujeres, se pueden ver tan sólo en las villas de la gente acomodada y únicamente un hombre rico puede permitirse mantener a una mujer que no contribuya en nada al mantenimiento de la casa. Una mujer así es un mero objeto decorativo que sólo sirve para mostrar el éxito masculino. Quizá no debería sacar aquí a colación el incómodo paralelismo existente con nuestra propia sociedad; pero, para el caso de que el lector sea muy obtuso o se encuentre cegado por los prejuicios, le recordaré, a él o a ella, que las damas inglesas de clase alta hacen poco más que vestirse de modo exquisito para salir en sus carruajes a visitar a otras damas vestidas con la misma exquisitez.

Las mujeres egipcias de la clase *fellahin* trabajan duro y, en mi opinión, han mejorado mucho gracias a ello. En muchos aspectos, su situación sigue siendo injusta, aunque también es cierto que tienen derechos de los que algunas mujeres inglesas carecen todavía. Pueden disponer de sus propiedades como quieran y, en caso de divorcio o de muerte del marido, la ley les da derecho a parte de sus propiedades. Las ancianas que han sobrevivido a varios maridos se cuentan entre los ciudadanos más ricos del país y prestan dinero a intereses de usura (disfrutando, sin duda, del poder que ello les reporta).

Pero vayamos al grano. Atiyah, la aldea donde nuestros hombres vivían con sus familias, era un pueblo modélico. No sólo estaba siempre inusualmente limpio sino que, además, hacía alarde de toda una serie de comodidades poco frecuentes en un lugar tan pequeño. Abdullah y su familia habían pedido (y merecido) salarios más altos y, casi me atrevería a decir, la larga relación que habían mantenido con nosotros había cambiado un tanto su visión de las cosas. Egipto estaba transformándose, lentamente y no siempre para bien, pero había que reconocer que los jóvenes como Selim se mostraban mucho más abiertos a las nuevas ideas de lo que jamás lo habían estado sus padres.

Hacía ya cinco años que Abdullah nos había dejado pero siempre que llegaba al pueblo mis ojos buscaban, sin poderlo evitar, la majestuosa figura que en tiempos pasados salía a recibirnos. Ahora era Selim, el hijo y sucesor de su padre, quien se acercaba a dar la bienvenida a nuestro grupo. La aldea estaba decorada con banderas y estandartes y el ruido era ensordecedor: el ladrido de los

perros, el retumbar de los tambores, los gritos de los niños y, por encima de todo ello, el fuerte y agudo ulular de las mujeres. Un guardia de honor nos escoltó hasta la casa de Selim donde, antes de la fantasía, iba a celebrarse un banquete.

Alfombras y almohadones cubrían el suelo de la habitación principal de la casa y fuimos invitados a sentarnos sobre ellos. Yo insistí en hacerlo junto a Geoffrey ya que pensé que, quizá, agradecería algunas discretas indicaciones sobre cómo debía comportarse. Aunque los egiptólogos suelen ser mucho más tolerantes que el resto de los no-egipcios, la mayor parte de ellos no se mezcla con sus trabajadores e, incluso, algunos de ellos no han probado nunca la comida de este país.

Las personas ignorantes, al hablar del modo de comer de los egipcios, los describen agachados alrededor de una bandeja y llenándose la boca con ambas manos. Lo cierto es que el procedimiento, a su manera, resulta elegante y refinado. Una vez sentados alrededor de la gran bandeja de cobre que hacía las veces de mesa, colocamos nuestras manos sobre una jofaina con la cubierta horadada y los sirvientes vertieron agua sobre ellas, tras lo cual nos las secamos con la toalla *(footah)* que nos habían dado. En voz baja y solemne Selim entonó la bendición -*Bismilá*-, en nombre de Dios, invitándonos a participar. Como platos se utilizan unos panes redondos y aplastados y como cubierto, un utensilio doblado y dividido en dos, y que sirve para coger rápidamente trocitos de comida. Se necesita algo de práctica para aprender a usarlo correctamente pero, ¡lo mismo sucede con el tenedor y el cuchillo! Sin embargo no era necesario; la comida consistía en *yakhnee,* una especie de estofado de carne con cebolla y otros alimentos que podían ser cogidos con delicadeza, usando el pulgar y los dedos índice y medio. Se utiliza tan sólo la mano derecha, por supuesto, así que cuando hay que descuartizar un pollo asado, por ejemplo, en ocasiones es necesario hacerlo entre dos personas que se valen, exclusivamente, de esta mano.

No describiré los platos con detalle; me limitaré a decir que algunos de ellos se encontraban entre mis favoritos, como el *bamtyeh,* vaina de hibisco ligeramente cocida y salpicada de zumo de lima. Cada fuente iba seguida de otras muchas y la temperatura se iba elevando; la pálida cara de Geoffrey enrojecía hasta que,

llegado un momento, éste se dejó caer sobre los almohadones con un tenue gemido.

- No quiero dejarles en mal lugar, señora Emerson -susurró-. Pero no creo que pueda seguir adelante durante mucho tiempo. ¡No había comido tanto en mi vida!

- Te has comportado con nobleza -le aseguré-. Tan sólo un mordisco.

Cuando abandonamos la casa para dirigirnos a la plaza del pueblo donde iba a tener lugar la fiesta, estábamos atiborrados de comida. Habían dispuesto unas sillas para nosotros (vi que Geoffrey se animaba al comprobar que no tenía que seguir de rodillas) y había linternas de colores colgadas alrededor del lugar.

La música y el baile son las principales formas de entretenimiento en ese tipo de celebraciones. A los egipcios les gusta mucho la música; es una tradición que se remonta a tiempos muy antiguos. En un primer momento, las modernas canciones egipcias resultan algo difíciles para los oídos occidentales. Sin embargo, yo había acabado por encontrarlas muy hermosas cuando estaban bien ejecutadas, lo que esperaba que fuera el caso de aquella noche.

Los músicos templaron los tambores, tinajas de cerámica de diversos tamaños cuyas anchas bocas se hallaban cubiertas con pieles de animales de las que se había tirado fuertemente hasta tensarlas, y se produjo un suave redoble. Era maravilloso contemplar los movimientos de sus largos dedos y de sus flexibles muñecas; mucho más maravilloso aún escuchar la variedad de tono y volumen de la que era capaz su habilidad. El redoble aumentó su velocidad y se hizo más fuerte a la vez que otros instrumentos se unían a ellos: caramillos y flautas, laudes y salterios y el *kemengeh,* un instrumento de cuerda de extraña apariencia que se toca con un arco, como la viola.

La *piece de résistence* corría a cargo del cantante más famoso de la región quien, como concesión particular, había consentido abandonar su retiro para aquella ocasión. A pesar de que tenía ya cierta edad, cuando, haciendo bocina con las manos alrededor de su boca, dejó oír su voz, ésta era tan hermosa que los otros músicos guardaron silencio para que ni tan siquiera un ligero golpe de tambor pudiera interrumpir aquellas notas de oro.

Acróbatas y malabaristas, bailes de hombres y mujeres (por separado), un famoso narrador de historias… aquello no parecía acabarse nunca y es que no sólo se estaba celebrando un matrimonio, se celebraba también la formalización de relaciones entre dos grupos de gente que ahora habían quedado unidos tanto por la ley como por los lazos de afecto. Habría querido decir algo al respecto pero Emerson me había advertido que, si intentaba hablar, él haría todo lo posible por detenerme de algún modo. Él *sí* que habló, en cambio, en su árabe más florido, saludando a las dos parejas de recién casados y citando algunos versos poéticos, menos vulgares de lo que yo me había temido. Su intervención fue muy bien recibida, sobre todo la poesía.

La velada acabó con unos fuegos artificiales por los que se había pagado, según Selim nos explicó con orgullo, un alto precio. Mientras volvíamos a casa, los últimos chispazos de los buscapiés y las palabras de despedida de nuestros amigos se desvanecieron en el silencio. Volver a casa en los coches de caballos descubiertos resultó largo pero muy bonito: las estrellas brillaban como joyas y la brisa de la noche refrescaba nuestras caras acaloradas con el placer y la excitación. Emerson me envolvió con ternura en un chal. Si su intención era la de ir más lejos, la presencia de Ramsés se lo impidió; según nos explicó, con su lógica incontrovertible, cinco personas eran demasiadas para el otro coche.

Capítulo 11

Un inglés que se «convierte en nativo» traiciona al resto de sus compatriotas que se encuentran en Oriente. Aprender algo de su lengua es necesario para evitar que nos engañen; vestir ropa indígena puede ser en ocasiones adecuado y cómodo; pero aceptar los niveles de corrupción moral de los árabes disminuye nuestro prestigio. Las mujeres, por ejemplo…

DEL MANUSCRITO H:

Emerson los hizo salir al amanecer a pesar de que se habían acostado tarde la noche anterior. Siempre había sido capaz de pasar varios días sin dormir y pretendía que sus colaboradores estuvieran a su altura. Ramsés prefería caer rendido antes que admitir que no podía; pero la combinación de cansancio físico y confusión mental empezaba a ejercer sus efectos, así que, cuando su madre anunció que dejarían de trabajar pronto aquel día, sintió deseos de gritar, presa del entusiasmo. Su madre decretó luego que no se aceptarían invitaciones sociales durante unos días, a excepción de las que se pudieran hacer entre ellos, por supuesto, y esto también era una buena noticia. Según les explicó, tenían que ponerse al día en muchas cosas.

Lo que realmente pretendía era que Geoffrey y Nefret permanecieran con ella durante algún tiempo, el suficiente para averiguar los sentimientos de la muchacha y conseguir dominar por completo a su marido. A él no le iba a faltar compañía.

Cuando Lía le pidió a Ramsés que fuera a cenar con ellos en el *Amelia,* los tres solos, añadiendo que podría incluso quedarse a pasar la noche en el caso de que se quedaran hablando hasta tarde, al joven le pareció como si alguien le hubiera ofrecido su ayuda

para salir de un horno en llamas. No lo estaba llevando tan bien como había esperado. Al regresar de la fiesta, había abandonado la casa con la excusa de dar un paseo aunque el verdadero motivo era que no quería tener que presenciar cómo Nefret y su marido se dirigían por el pasillo hacia sus habitaciones. A pesar de que volvió tarde, no consiguió dormir mucho aquella noche.

De cualquier forma, tenía muchas cosas que discutir con David y se apresuró a mencionar las más urgentes tan pronto como pudo. Estaban sentados en la cubierta de arriba. Era el sitio preferido de su madre y apenas había cambiado: los amplios y cómodos sofás algo gastados por el uso; los cojines con sus descoloridas fundas de zarzahán, el toldo ondeando sobre sus cabezas y el servicio de té preparado sobre una mesa baja. Lía había insistido en que se quitara la chaqueta y pusiera los pies en alto. Buena parte de su cansancio se debía exclusivamente a los nervios, pero no se había dado cuenta hasta ese momento, en que lo sentía fluir fuera de él.

- Eres un encanto -le dijo con una sonrisa.

Lía le sacó la lengua.

- Para ser un hombre, tú sí que eres un encanto -añadió, empleando el tono de la tía Amelia.

David sonrió alegremente a los dos.

- Es bonito estar de vuelta y de nuevo en el trabajo. Aunque tenías razón, Ramsés, ¡este sitio es condenadamente aburrido! Tengo la sensación de estar fotografiando la misma tumba una y otra vez: unos pocos huesos, unas pocas tinajas rotas, algún que otro fragmento de madera o de piedra. Sólo al profesor se le podía ocurrir que registráramos una basura como ésa.

- Geoffrey fue hoy de gran ayuda -dijo Lía-. Su árabe no es muy bueno, pero es un excavador de primera clase, incluso para el nivel del profesor. Lento y meticuloso. Ramsés, ¿vas a intercambiar el puesto con él como ha sugerido?

- Quería consultarlo con vosotros dos -Lía le alcanzó una taza de té y él la cogió con un gesto de agradecimiento-. Fue una sugerencia desafortunada e impropia de él. Y no por la idea en sí, sino por el hecho de que la propusiera sin haberse molestado en consultarla antes con el profesor o con el señor Reisner; o conmigo, llegados a este punto.

- Sí, pero quizás sea la mejor forma de tratar con el profesor -

dijo David con los ojos resplandecientes-. Es una de las personas más imponentes que he conocido nunca; si uno no se enfrenta a él desde el principio, se condena al silencio perpetuo y a la esclavitud.

- Como tú -le dijo su mujer con una sonrisa llena de afecto.

- Bueno, me llevó algún tiempo -admitió David-. Bastante, quizás. Puede que Geoffrey haya ido demasiado lejos, Ramsés, lo admito, pero su sugerencia no deja por ello de tener su lógica. No se le puede culpar por querer estar con Nefret.

- ¿O por querer quitarme de en medio?

Esperaba no tener que explicárselo. A menos que ellos lo entendieran como él, tendría que admitir, aunque sólo fuera a sí mismo, que había perdido el sentido de la proporción. Antes de que Lía hablara de nuevo, se produjo un largo y tenso silencio.

- Seguís sospechando de él, ¿no es así? No habéis cambiado de idea. Y, la verdad es que sí, si es el hombre que buscáis y no ha renunciado a su *vendetta,* se sentirá más libre si tú no estás allí. ¡Eres alguien a tener en cuenta!

- Soy tan sólo uno más pero, considerándolo desde el punto de vista de un posible enemigo, cuantos menos mejor, desde luego.

- ¡Vosotros dos me estáis poniendo nervioso! -exclamó David-. ¡Ahora os pondréis a sospechar de Nefret! ¿No tenía Geoffrey una coartada para uno de los incidentes? Según me dijo la tía Amelia, estaba con ella cuando se produjeron los disparos.

- Eso es verdad -dijo Ramsés-. Tan sólo intento dar con la historia más plausible, como me enseñó a hacer mi querida madre. El señor Reisner no volverá de Sudán antes de finales de mes, aunque Fisher empezará a trabajar dentro de poco. Creo que me dejaré caer mañana por Harvard Camp para preguntarle si le gustaría que me uniera a ellos.

- ¡Estaba seguro de que ibas a decir eso! -dijo David, pasándose la mano por el pelo-. ¿Por qué te molestas en pedir nuestra opinión cuando has tomado ya una decisión?

- Yo me opongo -dijo Lía decidida-. Eso supondría trabajar con Jack Reynolds. ¡Por el amor de Dios, Ramsés, ha amenazado con dispararte!

- Ésa es una de las razones -dijo Ramsés, echándose a reír al ver su mirada de indignación-. No el hecho de que amenazara con dispararme, estaba muy borracho en ese momento y ahora parece

haberse recuperado, sino que él también resulte sospechoso; trabajar con él me permitirá hacer de Sherlock Holmes del modo mal intencionado e inteligente que me ha dado la fama. Además, hay otro hombre trabajando en Giza que resultaría un sospechoso aún más lógico: Karl von Bork.

- Sí, la tía Amelia lo mencionó -dijo David-. Pero, si dejamos aparte el hecho de que su mujer es una artista…

- Ésa es, precisamente, una de las pequeñas ideas de nuestra madre -dijo Ramsés-. Él no involucraría a Mary aunque hay que reconocer que las razones contra él son de peso. Ha pasado mucho tiempo en Egipto, quizá no de manera ininterrumpida pero sí lo bastante a menudo como para poder relacionarse con un habilidoso falsificador de antigüedades. Es un buen filólogo. Es pobre y siente devoción por su extensa familia. Es alemán y nuestro impostor vendió algunos objetos a varios comerciantes de ese país. Von Bork nos conoce y conocía también a Abdullah. Y lo que es innegable es que ha traicionado ya en una ocasión a nuestros padres por dinero. Su mujer estaba seriamente enferma y aunque él no se dio cuenta de la gravedad del asunto, demuestra hasta dónde es capaz de llegar cuando cree que su familia lo necesita.

Lía respiró hondo.

- Es irrecusable, estoy de acuerdo. Yo diría que podría ser nuestro sospechoso número uno.

- Lo que en una obra de ficción bastaría para demostrar su inocencia -sonrió Ramsés-. No obstante, no le hemos prestado todavía bastante atención y creo que ya va siendo hora de que lo hagamos.

El último barco de vapor del día lanzó una serie de toques de advertencia haciendo que Lía se llevara las manos a los oídos.

- Creo que iré a hablar con Karima sobre la cena y después a descansar un poco. Así os dejaré a solas para poder hablar -su ligero vestido se henchía sobre su pequeña y delicada figura mientras se encaminaba hacia la parte superior de la escalera, donde se detuvo un momento para decir:

- Le diré a Karima que prepare la cama en tu antigua habitación, Ramsés. Será tuya siempre que la necesites y por todo el tiempo que quieras.

Su cabeza resplandeciente se fue hundiendo hasta desaparecer.

Ramsés se volvió entonces hacia su amigo, mirándolo con una expresión bien distinta. David hizo un gesto negativo con la cabeza.

- No, hermano. No he revelado tu secreto. Pero… bueno… ya sabes cómo son las mujeres.

- Creo que no.

- Son muy románticas -explicó David con un aire de sabiduría que habría divertido a Ramsés en circunstancias algo distintas-. Casamenteras empedernidas. Nosotros cuatro hemos estado tan unidos y vosotros dos parecíais tan perfectamente hechos el uno para el otro… Lía lo mencionó, eso es todo. Pero sólo como algo que le gustaría que sucediese.

- No ha sucedido. ¿Podemos cambiar de tema?

- Una cosa más -David se inclinó hacia delante. El afecto y la preocupación prestaban calidez a sus dulces ojos marrones-. No volveré a mencionar el tema hasta que lo hagas tú pero, por el amor de Dios, no tenses demasiado la cuerda. Tienes la mala costumbre de hacerlo. ¿Crees que no lo sé? Puedes venir siempre que quieras. Ve a trabajar para Reisner y así no tendrás que estar con ellos todo el día, todos los días. Y, cuando estés preparado, hablaremos.

Pensaba que Ramsés había dejado de buscar a Rashida hasta que, una tarde, me preguntó si lo podía acompañar a la clínica de Nefret. Me sentí muy halagada de que me lo pidiera y así se lo dije:

- Hacía ya tiempo que deseaba visitarla, pero tu padre protestaba tanto cada vez que lo sugería que pensé que era mejor no insistir. Decía siempre que, por mucho que le molestara el hecho de que Nefret la visitara, al menos ésta tenía una razón legítima para hacerlo, pero que una curiosidad frívola como la mía no era excusa suficiente. Ahora ya sabes, Ramsés…

- Nunca se ha dejado llevar usted por la frívola curiosidad -dijo mi hijo muy serio-. En esta ocasión, su presencia es necesaria. La doctora Sophia me conoce, pero estoy seguro de que me recibirá mejor si me acompaña usted. Temo que la esperanza que me empuja resulte algo remota, pero siento que es mi deber hacerlo. Si me permite, le invitaré después a tomar un té en el Shepheard.

- No digas más -exclamé-. ¡Voy contigo! O, al menos, lo haré tan pronto me ponga el sombrero y encuentre mi sombrilla.

He visitado buena parte de las zonas más deprimidas de El Cairo pero, a pesar de que el Was'a y el Shepheard se encuentran tan próximos que casi resulta vergonzoso, nunca había estado allí. Aunque había oído hablar de ese barrio, demostró ser peor de lo que me había imaginado (y eso que, según Emerson, mi imaginación es ya de por sí, bastante tremebunda). A medida que se acercaba la noche, las casas se iban preparando para abrir sus puertas. Era reconfortante comprobar cómo mi presencia parecía tener un efecto calmante tanto sobre las mujeres como sobre sus posibles clientes. Cuando me veían corrían a esconderse detrás de las cortinas o desaparecían tras las esquinas, a la vez que dejaban de escucharse las obscenidades que solían gritarse.

- A lo mejor debería darme una vuelta por aquí todas las noches -observé, escondiendo mi horror y repugnancia bajo una máscara de ligereza.

- Olvido siempre lo terrible que es -murmuró Ramsés-. Mi padre me matará si descubre que la he traído hasta aquí.

- Entonces será mejor que no se lo digamos.

Ramsés había anunciado su visita, así que nos estaban esperando. Quedé impresionada con el luminoso y alegre interior de la casa que se encontraba, asimismo, admirablemente limpia. La doctora era una cristiana proveniente de Siria; las mujeres de esa región gozaban entonces de mayor libertad que sus coetáneas egipcias y se encontraban a la cabeza del movimiento femenino.

Sofía nos llevó hasta su oficina donde Ramsés se apresuró a explicarle la razón de nuestra visita. Debía de haber preparado antes lo que quería decir ya que se limitó a contarle los hechos sin entrar en detalles tan importantes como el impresionante parecido que la niña guardaba conmigo o el nombre del presunto padre.

- Fue un intento de chantaje -dijo, al acabar su relato- que fracasó. Hemos intentado encontrar a la muchacha, ya que estoy convencido de que participó involuntariamente en la intriga. Es posible que, en el caso de que Kalaan intente descargar su furia sobre ella, Rashida trate de buscar refugio aquí.

Sophia fue lo suficientemente educada como para simular que no sabía nada del asunto, pero no pude dejar de darme cuenta de que debía de haber oído alguna versión y de que ésta debía ser, con toda probabilidad, la más maliciosa e insultante de todas. También

entendí la razón que había movido a Ramsés a pedirme que lo acompañara. Hasta entonces se había mostrado tan dura y formal con nosotros, que yo había llegado a pensar que aquél debía ser su modo normal de comportarse; sin embargo, pasado un rato, su austero rostro se relajó. A fin de cuentas, mi presencia confirmaba las explicaciones de Ramsés que, de otro modo, no habrían sido aceptadas.

- Ya veo. No recuerdo a nadie que responda a esa descripción. En el caso de que se acerque por aquí, se lo comunicaré inmediatamente, pero me temo que no es muy probable que eso suceda. Lamento ser de tan poca ayuda.

Nos quedamos charlando un rato más. Le habían contado que Nefret se había casado y me pidió que le transmitiese sus mejores deseos añadiendo, con una sonrisa y una mirada maliciosa, que ahora entendía por qué no había pasado últimamente mucho tiempo en la clínica. Cuando le expresé mi admiración por el trabajo que estaba llevando a cabo, sacudió su cabeza con aire triste.

- Soy tan sólo una ginecóloga, señora Emerson, y lo que nosotros necesitamos es un cirujano pero, ¿dónde encontrarlo? Aunque llegáramos a encontrar un hombre dispuesto a prestarnos sus servicios, lo más probable es que tuviéramos problemas con las autoridades religiosas. Y, por otra parte, apenas hay mujeres especialistas en este campo.

Cuando estábamos a punto de marcharnos añadió:

- Quizá no debería preguntarlo pero ustedes dijeron que el padre de la niña es un inglés: me pregunto si él no sería capaz de ayudarles a encontrar a la muchacha.

- Era un turista -dije-. Imagino que se trató de una relación bastante breve.

- He aquí su famosa ironía, señora Emerson. Me temo que esas irresponsables criaturas seguirán haciéndolo.

- Creo que la que se muestra irónica ahora es usted -dije-. «Irresponsables» es decir poco de ellos. Cuestiones morales aparte, se arriesgan a contraer alguna enfermedad particularmente desagradable.

- ¿Cuántos hombres, y mujeres, se dejan guiar en sus acciones por la seguridad y el sentido común? -fue la pregunta-. Si son

cuidadosos adoptan las habituales precauciones -al decir esto dudó y su agradable rostro adoptó una expresión más severa cuando añadió-: Los más cuidadosos recurren tan sólo a muchachas que… que siguen intactas.

Cuando salimos de la casa, Ramsés me cogió del brazo.

- Lo siento, madre, creí que lo sabía.

- Sabía que estas cosas sucedían. Me había dado cuenta de que ella era muy joven… -fui incapaz de continuar.

- No debería de haberla traído aquí. Perdóneme.

Sacudí ligeramente la cabeza.

- Eres tú el que tiene que perdonarme. No suelo ceder a la debilidad, o, al menos, eso creo, pero una cosa es considerar un acto tan despreciable en abstracto y otra muy diferente saber que quien lo ha cometido es un hombre que una conoce… un hombre al que se le ha dado la mano.

- Sí -dijo Ramsés-. Lo entiendo.

Como solía ser habitual a la hora del té, la terraza del Shepheard estaba abarrotada, pero yo no me preocupé: nunca tenía problemas para encontrar sitio. El señor Baehler era ahora el propietario del hotel y su sucesor en la dirección, Freddy, era tan servicial como lo había sido él. De hecho, cuando volví de refrescarme un poco, me esperaba para mostrarme el camino hacia la mesa que había elegido junto a la barandilla. Ramsés tardaba en llegar. Supuse que se habría encontrado con algún conocido, así que me entretuve en observar a la gente que pasaba; no tardé mucho en darme cuenta que una de aquellas personas me estudiaba atentamente.

Percy no iba de uniforme, por lo que no le reconocí hasta que no estuvo casi a mi lado. Cogida por sorpresa, fui incapaz de esconder el disgusto y la repugnancia que sentí, aunque creo que, de haberlo querido hacer, me habría resultado imposible de todos modos. Al comprender la expresión de mi rostro se apresuró a hablar.

- ¡Tía Amelia! He estado rondando por el Shepheard toda la semana pasada con la esperanza de verla. ¿Puedo invitarle a un té?

- No. Y lo mejor será que desaparezcas de mi vista antes de que diga lo que pienso de ti lo suficientemente alto como para que me puedan oír todos los que se encuentran en este momento en la terraza.

- Ah -su rostro adoptó la expresión del que sufre en silencio-.

Entonces los rumores que he oído…

- No sé lo que habrás oído. Pero aunque sé que acusan a mi hijo de uno de los crímenes más despreciables que un hombre puede cometer, puedo asegurarte que todo es mentira. Si tuvieras un mínimo de decencia te apresurarías a proclamar la inocencia de Ramsés y evitarías la compañía de todos aquellos que sabemos la verdad.

- ¡Pero si eso es precisamente lo que quiero hacer! -exclamó Percy con vehemencia-. Probarle mi inocencia como sea. ¿No quiere escuchar mi versión de las cosas? Usted siempre ha sido muy justa.

Descaradamente, consulté el reloj que llevaba sobre la solapa.

- Tienes sesenta segundos.

Se había quedado de pie y seguía sin atreverse a sentarse pero, apoyándose con las dos manos sobre el respaldo de una silla, se inclinó hacia delante y bajó la voz.

- La niña podría ser mía, no niego esa posibilidad. ¡No… por favor, déjeme acabar! La última vez que estuve en El Cairo era joven, estúpido y fácilmente manejable pero el… el acto que condujo al presente problema fue una simple aberración y algo de lo que me avergüenzo amargamente. Haría lo que estuviera en mi mano por poder arreglarlo. Dinero… la cantidad que usted considere más adecuada…

Se interrumpió, lanzando un grito ahogado y se incorporó, a la vez que clavaba la vista en algo por encima de mi hombro. Yo sabía perfectamente lo que era, antes incluso de volver la cabeza.

- Las mesas están muy juntas, Ramsés -dije-. Si lo golpeas caerá sobre una de ellas hiriendo a alguien inocente. Percy, te lo advertí hace tan sólo un minuto. Deberías de haber seguido mi consejo.

Ramsés aflojó los puños pero, aun así y para estar más segura, creí que lo mejor sería cogerlo por el brazo; Percy había retrocedido todo lo que había podido, apenas uno o dos pasos, pero, por lo visto estaba decidido a añadir algunas palabras más.

- Hablaba en serio, tía Amelia. ¿Cree que he dicho la verdad?

- No me importa que la hayas dicho o no -dije-. Lo que hiciste es inexcusable y tus intentos de disculparte por ello no han hecho sino empeorar las cosas. No creo que pueda contener a Ramsés durante mucho más tiempo, Percy, y tampoco estoy muy segura de querer hacerlo. Márchate y espero que no se te ocurra volver nunca por

aquí.

- Como quiera -se inclinó y retrocedió algunos pasos más, mirando detrás de él para evitar tropezar con un turista-. Quería llamar a Nefret para felicitarla, pero… Fue entonces cuando estuve a punto de perder el control sobre Ramsés. Percy emprendió una rápida retirada serpenteando por entre las mesas, muy juntas y atestadas de turistas, con una agilidad fruto de su fuerte instinto de conservación.

- Siéntate -dije-. Una escena en público no haría sino echar más leña a las habladurías. Recuerdo que una vez me pediste permiso para moler a golpes a Percy. Ahora lamento no habértelo dejado hacer entonces.

- No debería de haber mostrado mis sentimientos de ese modo -murmuró Ramsés-. Ahora sabe lo que antes sólo sospechaba.

- Oh, estoy segura de que ya antes debía saber hasta qué punto lo detestas.

- ¿Qué es lo que dijo antes de que yo llegara? -las mejillas de Ramsés perdían poco a poco el color que les había prestado la rabia.

- Admitió que la niña podría ser suya. Según él, fue una simple aberración que le ocurrió cuando era joven y fácilmente manejable.

- Es muy hábil -dijo Ramsés, admirándolo muy a su pesar-. Admite la verdad cuando se encuentra acorralado y entonces, aprovecha para darle la vuelta y sacar de ella el máximo provecho.

- Bueno, querido, al menos podemos estar seguros de que evitará encontrarse con nosotros en el futuro. Creo que le dejé muy claro cuáles son mis sentimientos. ¿Pedimos ahora? Una agradable taza de té me vendrá muy bien.

* * *

Dos días más tarde, apareció el cuerpo de una joven, atrapado entre los juncos a orillas del río, justo encima de la presa. Las incesantes preguntas de Ramsés habían dado a entender a la policía de El Cairo que un descubrimiento de tales características podría interesarnos; de no ser por ello, no nos hubiéramos enterado jamás. Fue el ayudante del comisario, el señor Russell, el encargado de informarnos; o de informar a Ramsés, para ser más precisos. Ramsés nos lo ocultó hasta que pudo ver los restos. El cuerpo había permanecido en el agua durante varios días, por lo que una identificación exacta resultaba imposible; a pesar de ello, la

descripción general coincidía con la de Rashida y alrededor de su cuello había un collar barato de cuentas, similar a uno de los que aquélla solía llevar. Había sido apuñalada repetidas veces. La policía atribuía el asesinato a *has-hashin* pues se conocían otros casos parecidos; el uso excesivo de drogas puede conducir al delirio asesino.

Fue imposible dar con el paradero de Kalaan. Emerson pensaba que había abandonado El Cairo y que debía de estar escondido en alguna parte. Ramsés, en cambio, parecía haber perdido el interés. «Hay demasiados como él», se había limitado a decir, encogiéndose de hombros.

Durante las siguientes semanas no sucedió nada de particular y ese hecho me tenía muy alarmada. Emerson se burlaba de mí cuando le contaba mis corazonadas (siempre se burla de ellas) pero, tal y como le hice notar, las posibilidades de librarnos de un enemigo que había perpetrado violentos ataques en el pasado, llegando incluso al asesinato, eran bastante remotas. Mi constatación provocó una nueva y ruda observación de Emerson acerca de mezclar las metáforas, pero yo sabía muy bien lo que había querido decir, y él también.

Cuando afirmo que no sucedía nada, no quiero decir con ello que no estuvieran ocurriendo un sinfín de cosas. En aquel periodo habíamos intercambiado unas cuantas cenas con los Vandergelt; yo, además, ofrecí una serie de tranquilas pero elegantes veladas para dar la bienvenida a David y Lía y en honor de la otra joven pareja de recién casados. Los cuatro, sin mencionar a Emerson, se habían opuesto a mi original idea de organizar una gran recepción en alguno de los hoteles, por lo que tuve que abandonar mi proyecto. No me gustan particularmente ese tipo de acontecimientos sociales pero quería hacer frente a los rumores. Entre una cosa y otra, aquella temporada habíamos procurado al mundo pequeño y estrecho de miras de la sociedad de El Cairo una buena cantidad de temas de chismorreo y estaba segura de que, en aquel momento, «ellos» se dedicaban a especular maliciosamente sobre la repentina boda de Nefret. Cuando se lo comenté a Emerson, me lanzó una de las miradas más frías que me había dirigido nunca.

- ¿Qué tipo de especulaciones? -preguntó.

- Ya sabes, Emerson. Estarán contando los días.

- ¿Para qué?

- No me mires con ese ceño y no intentes hacerme creer que no entiendes lo que quiero decir.

- Vaya si lo entiendo -gruñó Emerson-. ¡Maldita sea, Peabody! ¿Son todas las mujeres tan maliciosas y criticonas como ellas?

- Sí, creo que sí. Se mostraron encantadas de poder creer «lo peor» sobre la pobre Maude Reynolds, y en sus minúsculas mentes llenas de prejuicios tan sólo puede haber una razón para que una joven renuncie a una sofisticada boda por la iglesia con su alboroto de asistentes y su ceremonia. Ya sabes que yo no lo creo en absoluto, Emerson, sólo quería…

- Lo sé -la expresión severa de su rostro se dulcificó-. Querías dejar bien claro que la quieres y que la apoyas y decirle a esas chismosas que se vayan al infierno. No te preocupes, Peabody. A Nefret no le importa en lo más mínimo la opinión de esa gente y lo mismo deberíamos hacer nosotros.

De modo que, al final, mandé algunas invitaciones y durante los días sucesivos recibimos casi a la totalidad de arqueólogos de la zona de El Cairo, y a algunos llegados de más lejos. Los Petrie no se encontraban entre ellos. Lo cierto es que yo no me llevaba muy bien con la señora Petrie aunque, desde luego, no tan mal como Emerson con su marido. Desde el momento en que las mujeres solemos ser más educadas que los hombres (una fuente que no mencionaré asegura que más hipócritas), Hilda Petrie y yo manifestábamos nuestra recíproca antipatía mostrándonos glacialmente educadas cuando nos veíamos obligadas a encontrarnos, e inventando falsas excusas para hacerlo lo menos posible. Cuando la invitaba, ella me contestaba diciendo que estaba un poco acatarrada, que se había hecho una ligera torcedura o que no tenía nada adecuado que ponerse. De este modo, conseguíamos guardar las formas en beneficio de todos.

El señor Maspero también declinó mi invitación. Yo sabía muy bien la razón de que *él* nos estuviera evitando. ¡Simple y pura vergüenza! Ver cómo se desperdiciaba el magnífico talento de Emerson en un sitio tan aburrido como Zawaiet, mientras él seguía reteniendo egoístamente las pirámides y los cementerios de Dashur para hombres de menor categoría, debería de haber hecho estremecer hasta al soberbio *sang froid* francés del señor Maspero.

Por si fuera poco, la distribución de los cementerios de Giza era todavía objeto de debate. En un principio, habían sido divididos en tres secciones que se adjudicaron, respectivamente, a los alemanes, a los italianos y al señor Reisner; algunos años más tarde, sin embargo, el señor Schiaparelli del Museo de Turín abandonó la concesión italiana. En teoría, ésta quedaba dividida en dos a partir de aquel momento, pero lo cierto es que aquél era un asunto que todavía no había quedado claro. La solución más obvia -asignar al menos parte del área italiana al excavador más eminente de todos los tiempos- fue ignorada por todos aquellos a quienes concernía de un modo u otro. Emerson se negó en redondo a mencionar el asunto al señor Maspero y me amenazó con el divorcio si osaba hacerlo por mi cuenta.

La pérdida temporal de su hijo no había, desde luego, mejorado el estado de ánimo de mi marido. Durante los últimos quince días, Ramsés había estado trabajando en Giza ocupando el puesto de Geoffrey. Nuestro hijo había anunciado a Emerson sus intenciones con gran corrección y la naturaleza generosa de mi marido le había impedido oponerse a sus proyectos. Quizá hubiera también un toque de vil orgullo en todo ello; Emerson era incapaz de reconocer que iba a echar de menos a Ramsés por razones que iban más allá de la mera habilidad profesional. De hecho, Emerson esperaba en su fuero interno que el señor Fisher, encargado de Giza hasta el regreso del señor Reisner, se negara a aceptar aquellos arreglos tan poco ortodoxos sin consultar a su superior. Desgraciadamente, Fisher conocía la gran opinión que el señor Reisner tenía de mi hijo por lo que aceptó el cambio de programa con descarado entusiasmo. Escribió inmediatamente al señor Reisner, quien se encontraba en aquel momento perdiendo el tiempo en Egipto central, recibió su aprobación cuando Ramsés se encontraba ya trabajando en Giza desde hacía una semana.

Saber que la expedición Harvard-Boston estaba excavando en un área donde se habían encontrado cosas maravillosas no fue, tampoco, un consuelo para mi marido. Poco tiempo después de que Ramsés empezara a trabajar con ellos, los americanos hallaron una nueva tumba con escenas hermosamente pintadas y talladas, una delicada estatua de piedra caliza y otros objetos interesantes. Todo ello era más que suficiente para que a mi marido se le hiciera la

boca agua, sobre todo cuando cada mañana tenía que volver a los huesos dispersos aquí y allá y a los recipientes rotos. Sabía que los motivos que habían empujado a Ramsés a abandonarnos no eran egoístas pero no por ello dejaba de envidiarlo.

Uno de los resultados prácticos de aquel arreglo fue, por lo menos, el restablecimiento de relaciones con Jack Reynolds. Aunque sus problemas se habían resuelto (gracias, en parte, a una pequeña ayuda por mi parte), había tratado de evitarnos durante todo aquel tiempo. Es difícil trabajar junto a un hombre que le había acusado de asesinar a su hermana; no temía por la seguridad de Ramsés, sabía que era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo pero, aun así, quise saber cuanto antes cómo iban las cosas entre él y Jack Reynolds. A pesar de que me aseguró que se había comportado de un modo muy atento y servicial, quise comprobarlo por mí misma, invitando a Jack a una de nuestras pequeñas cenas.

Llegó puntual, convenientemente vestido y, a primera vista, sobrio. Había traído dos enormes ramos de flores que ofreció a las dos recién casadas con los oportunos y floridos discursos. Como de costumbre, había más hombres que mujeres aquella noche: Howard Carter, que por entonces se encontraba en la ciudad y el joven señor Lawrence, quien había estado trabajando para el señor Petrie y que no escatimaba elogios hacia su anterior jefe. He de decir que el tacto no era uno de los puntos fuertes del muchacho. Elogiar en público al principal rival de nuestro anfitrión no le iba a granjear, desde luego, sus simpatías pero es que, además, cometió un segundo *fattxpas* al insultar a los trabajadores egipcios que había conocido. Tan sólo pude oír algunas palabras, «… tremendamente feos, torpes, faltos de energía, malhablados y aduladores…» antes de que Ramsés lo interrumpiera con una cortés pregunta sobre la salud del señor Petrie.

Jack, a quien había colocado frente a mí en la mesa con el fin de poder observarlo más de cerca, daba también muestras de haber escuchado demasiado.

- Ése no es, en modo alguno, el caso de nuestra gente -declaró-. Quizá tenga que ver con la forma de actuar de la persona que está al mando. Las relaciones del señor Reisner con sus trabajadores han sido siempre inmejorables.

No pude por menos que dirigirle una sonrisa de aprobación.

- Es cierto. Nunca ha habido problemas con el robo de antigüedades, ¿no es así?

- Siempre hay problemas con eso -gruñó Emerson-. Especialmente cuando Maspero se niega a denunciar a sus favoritos. Ese desgraciado asunto en Sakkara…

Al estar sentado justo al otro extremo de la mesa, me resultaba imposible propinarle una pequeña patada así que elevé mi tono de voz hasta que se volvió particularmente penetrante y retomé, sin más, el hilo de la conversación lo que, he de reconocer, resultó algo violento.

- Supongo que también habrán oído hablar de la venta de antigüedades que tuvo lugar el pasado verano y que, supuestamente, pertenecían a la colección de nuestro anterior *Rais* Abdullah. Puede que algunos de ustedes no sepan todavía que esos objetos son falsos y que fueron vendidos por un hombre que se hizo pasar por David.

La primera vez que di esta noticia durante el transcurso de una de nuestras cenas, Emerson se atragantó con un trozo de comida y yo tuve que correr hasta su lugar en la mesa para golpearle en la espalda. Cuando se lamentó algo más tarde de que no le hubiera advertido antes, le contesté que lo habría hecho si hubiera sabido con anterioridad lo que iba a hacer. La verdad es que la idea se me había ocurrido de repente, como suele ocurrir con todas las ideas inteligentes, y me había limitado a aprovechar el momento que creí más oportuno para hablar.

La decisión de David de hacer público el asunto de las falsificaciones había cortado el nudo gordiano de la cuestión o, lo que es lo mismo, cómo seguir adelante con nuestras investigaciones tratando de ocultar al mismo tiempo su verdadero objeto. Aquello había tenido sentido tiempo atrás, cuando David todavía podía esperar que le contestaran a las cartas que había escrito, pero ahora no había razón alguna para seguir guardando la reserva con nuestros compañeros de profesión. Algunos podían proporcionarnos, además, alguna que otra información de utilidad; quizá hasta alguno de ellos, sorprendido por mi candor, se traicionara a sí mismo al sobresaltarse o al mirar de modo inequívocamente culpable.

Nadie hasta entonces había llegado tan lejos. En aquella ocasión

todos parecían sorprendidos, pero ninguno de ellos daba muestras de sentirse culpable. Mi afirmación de que Abdullah no había coleccionado antigüedades fue lo que causó la sorpresa. Lo cierto es que algunos de nuestros amigos lamentaban que no lo hubiera hecho: buena parte de ellos, ya fuera por cuenta propia o en nombre de diferentes instituciones, eran unos coleccionistas entusiastas. Todos estaban de acuerdo, sin embargo, en que había que poner fin a las excavaciones ilegales aunque se mostraran pesimistas sobre las posibilidades de llegar a hacerlo.

El señor Lawrence, con la falta de discreción de la que había hecho gala hasta entonces, fue el primero en expresar en voz alta lo que todos estaban pensando.

- ¡No puede tratarse de un inglés! Tiene que ser un egipcio… puede que educado en el extranjero y con un ligero conocimiento del negocio de las antigüedades. No hay tantas personas que respondan a esa descripción, de modo que no debería ser tan difícil de identificar.

- Lo sería en el caso de que sus presunciones fueran correctas -le contesté-. Pero no lo son. Si quiere tener éxito en su profesión, señor Lawrence, debería aprender cuanto antes a no sacar conclusiones apresuradas.

* * *

El trabajo en nuestros cementerios seguía adelante. Aunque las tumbas eran pequeñas y con apenas objetos en las sepulturas, no por ello habían dejado de ser saqueadas en el pasado y los huesos de sus ocupantes aparecían desperdigados aquí y allá. Era tremendamente aburrido y a Cyrus empezaba también a pesarle aquella rutina, así que no tardó mucho en anunciarnos que, dado que hasta el momento no había sucedido ninguna fatalidad, él y Katherine habían pensado que podían arriesgarse a dejarnos el tiempo justo de hacer una rápida visita a Luxor. Emerson apoyó la decisión: nunca había considerado que la protección de Cyrus fuera necesaria. Y así fue como los vimos marcharse, y regresar de nuevo al poco tiempo, a nuestros montones de basura.

Una tarde, mientras empaquetábamos algunos fragmentos para llevarlos a casa, me permití a mí misma expresar en voz alta mi creciente sentimiento de frustración.

- Emerson, como tenga que juntar tan sólo un jarro predinástico

de cerveza más, creo que me pondré a gritar. ¿Por qué no investigamos en el interior de la pirámide?

Geoffrey levantó la vista para mirarnos desde la caja en la que estaba empaquetando los fragmentos de cerámica. Su pelo rubio estaba empapado de sudor; tras esconderlo bajo su salacot, dijo sonriendo:

- Su inclinación por el interior de las pirámides es famosa, señora Emerson, pero explorar ésta podría resultar una auténtica pérdida de tiempo.

- Seré yo el que decida lo que hay que considerar o no una pérdida de tiempo -gruñó Emerson. Tras decir esto, se sentó sobre una roca y sacó su pipa. Como de costumbre, había extraviado su sombrero y el sol caía ahora implacable sobre su morena cabeza.

- Volvamos al refugio para beber algo -dije-. Y será mejor que el resto hagáis lo mismo, parecéis verdaderamente acalorados.

Así pues, nos retiramos a la sombra, dejando que Selim acabara de empaquetar y yo me ocupé de que todos bebieran un vaso de té.

Nefret se quitó su sombrero y se secó la frente.

- Estoy de acuerdo -dijo.

- ¿Con qué? -los pensamientos de Emerson se encontraban todavía lejos de allí.

- Con que deberíamos de cambiar de emplazamiento. ¿No nos enseñaron ustedes que debíamos dejar algo a los futuros excavadores cuyas técnicas tal vez lleguen a ser un día más avanzadas? Hemos hecho ya lo suficiente como para saber que este cementerio pertenece en su totalidad al periodo predinástico. Quedan algunas tumbas algo más tardías en los alrededores, que quizá podrían ayudarnos a identificar al constructor de la pirámide.

- Ya sabemos quién fue, querida -dijo Geoffrey-. Sobre los jarrones que encontramos en la mastaba el año pasado figuraba el nombre del faraón Khaba.

- Quienquiera que fuera -dijo Nefret con aire de no tomar muy en serio esa posibilidad- no aparece mencionado en ninguna de las listas de faraones. De todos modos, no se puede atribuir una pirámide a un faraón basándose tan sólo en los objetos encontrados en una tumba cercana.

- A veces es la única indicación de que se dispone, amor mío -dijo Geoffrey con dulzura-. En las pirámides de las Dinastías III y IV

no hay inscripciones y ésta es, con toda probabilidad, aún más antigua. El señor Reisner cree…

- Pero tan sólo excavasteis en una mastaba. Hay otras en el lado norte.

Geoffrey se puso en cuclillas y se abrazó las piernas. Unas pocas semanas de trabajo con Emerson habían bastado para endurecer al muchacho; sus antebrazos desnudos estaban ligeramente bronceados y su camisa sudada dejaba entrever una espalda bien formada.

- Estás en lo cierto, querida. Siempre y cuando no se produzcan más accidentes como el que estuvo a punto de herir a Ramsés. Cuando pienso que tú también podías haberte encontrado allí abajo, se me hiela la sangre.

Nefret apretó los labios. La preocupación de Geoffrey era natural en un recién casado pero, a pesar de ello, debería de haber aprendido ya que ella no toleraba que se la tratase como una frágil y delicada flor. Al ver que empezaban a formarse nubes de tormenta en el horizonte, intervine.

- Te aseguro, Geoffrey, que Emerson no suele arriesgarse innecesariamente ni tampoco permite que su gente lo haga. Fue un desgraciado accidente que todavía no consigo explicarme.

Mi marido dio por concluidas todas aquellas cuestiones de menor importancia.

- Me gustaría resolver la cuestión de la atribución de una vez por todas -admitió-. Y, quizás, encontrar también algún indicio que nos explique por qué no hay signos de enterramiento en la pirámide. Deben de haber enterrado a ese pillo en alguna parte y si no es en la pirámide, ¿dónde entonces?

- Bien, señor… -empezó a decir Geoffrey.

Emerson le lanzó una de sus aceradas miradas haciéndole callar. El resto de nosotros sabía que la cuestión era puramente retórica. Emerson estaba a punto de darnos una conferencia sobre el tema y odiaba que le interrumpieran cuando se hallaba en uno de aquellos momentos.

- La otra pirámide, por llamarla de algún modo, que se encuentra en Zawaiet el'Aryan está también vacía. Es evidente que nunca acabó de construirse ya que no hay rastro alguno de una maldita superestructura. No obstante, hay una cripta con un

sarcófago al final de una galería cuyo acceso ha sido laboriosamente cubierto por enormes bloques de piedra. La tapa del sarcófago está todavía en su sitio y no hay ni un rasguño sobre él, lo que nos conduce de nuevo a la misma pregunta: ¿Dónde está el bas… la momia del faraón?

- ¿Cuál es tu teoría, querido? -le pregunté, sabiendo que nos la diría de todos modos.

- No tengo una teoría -dijo Emerson irritado-. Pero te diré una cosa, Peabody, todavía no he acabado con esa pirámide.

- Oh, Emerson -exclamé, llevándome las manos al pecho-. ¿Crees que esa cripta puede ser un subterfugio… y que hay pasadizos y cámaras que todavía no han sido descubiertos?

- Contrólate, Peabody-me dijo mi afectuoso marido-. Siempre estás deseando encontrarte con ese tipo de cosas: lees demasiada literatura fantástica. Ese tipo de estratagemas no existen en la vida real -se volvió hacia Geoffrey, que parecía algo nervioso-. ¿No fue usted uno de los que entró en ella el año pasado?

- Eché una mirada. Todos lo hicimos. Pero yo estaba encargado del cementerio. Fueron Jack y el señor Reisner los que exploraron la pirámide.

- Mmm -dijo Emerson-. Seguiremos excavando en las tumbas privadas. También quiero que observemos más de cerca el exterior de la estructura. No puedo creer que no haya un revestimiento por alguna parte, a pesar de que usted dice que no encontraron ni rastro. Hay algo que sobresale por encima del séptimo escalón…

Los muchachos escucharon con aparente interés la subsiguiente exposición de Emerson sobre técnicas constructivas. Lía miraba a David con la ternura que a uno le gusta hallar en la cara de una joven esposa. Nefret no miraba a nadie. Con la cabeza inclinada y el ceño fruncido, tenía la vista clavada sobre la punta de sus desgastadas botas. Me pregunté si estaría pensando en aquellas otras pequeñas botas y en la muchacha que las había llevado. A Emerson no le gustaba ser considerado un sentimental, así que era difícil que admitiera que una de las razones por las que habíamos pospuesto la vuelta al interior de la pirámide era, precisamente, la aversión que le producía regresar a un lugar que le traía tan dolorosos recuerdos. ¿Cómo sería entonces para Nefret? Pensé que tenía que preguntar a Emerson si se habían borrado todos los

rastros de la tragedia. Ramsés dijo que no había mucha sangre. No mencionó, sin embargo, si había algo más.

DEL MANUSCRITO H:

Ramsés le había contado a David que había visto a Wardani en repetidas ocasiones. A David no le había gustado lo más mínimo.

La conversación tuvo lugar en la cubierta superior del *Amelia*. No era muy tarde pero Lía se había acostado ya, y hacía un buen rato que los últimos turistas habían abandonado el lugar. Tan sólo las estrellas, una delgada luna creciente y el resplandor carmesí de la pipa de David quebraban la oscuridad.

- Te concedo el derecho a meterte en mis asuntos dentro de unos límites -dijo David, después de haberse calmado-. Pero no es necesario que cuides de mí, Ramsés. No hasta ese punto.

- Ya sé que no necesitas de mis cuidados pero, ¿no podrías dar tu apoyo a alguna organización menos radical? Tienes una esposa…

- No la metas en esto. ¿Permitirías que una mujer, o un hombre, te alejaran de aquello que consideras tu deber?

Ramsés suspiró.

- David, sé cómo te sientes…

- No, no lo sabes. ¡Lo intentas pero no lo puedes saber! Nunca has estado en peligro, o encarcelado, o golpeado casi hasta la muerte por haberte limitado a expresar opiniones del todo impopulares. Tu nacionalidad y tu clase te hacen sacrosanto. ¿Has visto azotar a un hombre, como sucedió en Denshawai?

- Una vez.

Se produjo entonces un largo y violento silencio.

- Si lo que te estás preguntando es por qué no lo impedí -continuó Ramsés, tajante-, te diré que fue porque me encontraba atado, esperando mi turno.

David no cometió el error de excusarse.

- Nunca me lo habías contado. ¿Qué sucedió?

Ramsés cogió un cigarrillo y lo encendió.

- Bueno, nuestro padre llegó echando chispas como hace siempre, ya sabes -la oscuridad no le impedía ver la tristeza de David. Imprimiendo a su voz un tono algo más afectuoso, continuó-: Aquel verano estabas en París. El asunto fue silenciado. Como diría un diplomático, era una cuestión algo delicada.

- Estabas en Palestina. Así que es por eso que tú…

- No, ésa no es la razón de que estuviera enfermo el año pasado. Como te dije, nuestro padre intervino antes de que ellos tuvieran tiempo de hacerme algo. Sin embargo, el incidente me hizo perder algo de tolerancia hacia el Imperio Otomano. Wardani simpatiza con él y eso es muy comprensible, son sus correligionarios y todas esas cosas, pero se puede aprender una lección terrible de los jóvenes turcos. Ellos también empezaron como reformadores y revolucionarios, y ahora que llevan algo de tiempo en el poder, se han vuelto tan corruptos como lo eran sus antecesores del antiguo régimen. Por si fuera poco, el sistema penal en las provincias, el *Kurbash,* no ha cambiado en lo más mínimo: las ejecuciones se llevan a cabo sin que haya un proceso previo y los magistrados locales, algunos de los cuales tienen costumbres verdaderamente terribles, detentan el poder absoluto. No quiero ver cómo sucede eso aquí, David, no si lo puedo evitar. Inglaterra tiene muchas cosas de las que responder, pero no tantas como el sultán.

Había también otra cosa que la experiencia le había enseñado, pero no podía reconocerla, ni tan siquiera ante David. Ver golpear a un hombre hasta la muerte por un experto verdugo que cumplía con su deber con fría habilidad fue una experiencia nueva para él. El suceso se había producido años atrás, y ellos se habían asegurado de que él presenciara todos y cada uno de los golpes de la *Kurbash* y que pudiera oír los alaridos. Cuando eliminaron los rastros de sangre y lo ataron en su sitio, estuvo a punto de gritar y de suplicar perdón, y lo hubiera hecho si su padre no hubiera llegado en ese preciso momento. Decir que la *Kurbash* era lo único que temía no hubiera sido cierto; le atemorizaban también muchas otras cosas. Era, simplemente, la única cosa a la que temía más que la muerte.

- Estoy seguro de que no hay peligro de… -empezó David.

- ¿De qué Egipto se convierta de nuevo en una provincia del Imperio Otomano? Sabes de sobra que, legalmente, lo es todavía. ¿Por qué crees sino que lo llaman el protectorado *encubierto?* Inglaterra no se ha anexionado nunca formalmente el país; los títulos de Cromer eran los de Agente Consular y Ministro Plenipotenciario, a pesar de que fue el máximo poder del país durante treinta años. Ahora Kitchener se encuentra en la misma posición. Se ha propuesto aplastar a los nacionalistas y hay que decir que está llevando a cabo un buen trabajo. Wardani es el único

líder que no se encuentra en prisión o en el exilio, y no podrá seguir escapando a la autoridad por mucho tiempo. Si sucumbe a la tentación de asesinar a alguien ni tan siquiera irá a la cárcel, lo ejecutarán directamente. Y lo mismo sucederá contigo si te das a conocer como uno de sus lugartenientes.

Ramsés había elevado el tono de voz casi hasta quedarse sin aire; se detuvo, haciendo esfuerzos por recuperarse.

- No lo había considerado desde ese punto de vista -dijo David, con su voz tranquila y amable-. Sabía que tu preocupación por mí te había llevado a buscar a Wardani…

- No del todo. Nuestra esperanza es la de poder utilizarnos el uno al otro para conseguir nuestros fines -Ramsés esbozó una cínica sonrisa-. Con el asunto de las falsificaciones tan sólo ha podido ayudarnos negativamente lo que no deja de ser algo.

Sabía de sobra cuál era la pregunta que venía a continuación, así que, bostezando y levantándose de su asiento, dio por terminada la conversación.

- Lía se enfadará conmigo si te entretengo más tiempo y aún me quedan algunas notas por escribir antes de irme a la cama. Buenas noches.

No escribió nada aquella noche; tenía otras cosas que hacer. Era casi de día cuando entró de nuevo en su habitación a través de la ventana que había dejado abierta.

Había estado trabajando en aquel asunto durante una semana antes de que Némesis, personificada en Wardani, le saliera al encuentro. Al volver de Giza aquella tarde, había encontrado una encantadora nota de Lía invitándole a cenar. «David dice que si no te presentas, te traerá a la fuerza.»

Le hubiera gustado dormir algunas horas antes de volver a salir, pero sabía que era mejor no rechazar la invitación. El mensaje era claro. Lo único que todavía desconocía era cuáles, en concreto, eran las malas noticias que David quería discutir con él.

David no le dejó en la duda durante mucho tiempo. Ramsés había pedido café en lugar de té, con la esperanza de que lo ayudara a mantenerse despierto, y Lía había salido para decírselo a Karima, dejándoles solos en la cubierta de arriba. El sol se ponía en el oeste, enmarcando de oro las pirámides de Giza.

- He recibido un mensaje de mi amigo -dijo David-. Nos tenemos

que encontrar con él a las once en el Café Oriental.

- ¿Nosotros?

- Dice que debes acompañarme.

- Esas palabras parecen propias de él.

- ¿Vendrás?

- Imagino que *tengo que.* ¿Qué le has dicho a Lía?

- Todo lo que sé, y no es mucho. No me dijo por qué quiere vernos, tan sólo que es importante. A ella no le ha gustado mucho la idea, pero dice que se siente más tranquila si vienes conmigo.

- Pequeña ingenua -dijo Ramsés-. ¿Acaso no sabe que yo he sido la causa de la mayor parte de los problemas?

Lía subió las escaleras a tiempo de oír sus últimas palabras.

- David tiene tanta culpa como tú -dijo-. Pero no sucederá nada malo esta noche, ¿no es así?

Resultaba tan dulce y parecía estar tan inquieta que Ramsés lamentó no tener poderes malignos con los que hechizar a Wardani, mandándolo a Tombuctú, y convertir a David en un erudito sedentario y tranquilo.

- No hay ninguna posibilidad -dijo con firmeza-. Por el amor de Dios, Lía, ese tipo no es un asesino, es… mmm, poco más que un amigo. El Café Oriental es un lugar respetable y para llegar no hay que atravesar calles oscuras o callejuelas.

En cualquier caso, las dos últimas frases eran correctas. El Café se encontraba en el Muski, en el barrio europeo. De acuerdo con lo que les habían dicho, tenían que sentarse en su interior, en el rincón más oscuro que pudieran encontrar. Lo cierto es que el lugar estaba casi por completo a oscuras, iluminado apenas por unas lámparas que colgaban aquí y allá, y la atmósfera resultaba pesada, caliente y nebulosa a causa del humo. Después de haber esperado durante casi una hora, las innumerables tazas de café que Ramsés se había bebido empezaban a revelarse insuficientes; su cabeza se ladeaba como si estuviera a punto de desprenderse de su cuerpo y tenía el estómago revuelto. Debería de haberse imaginado que aquel bastardo los haría esperar.

El hombre que se les acercó vestía el uniforme de sargento del Ejército Egipcio y lo hacía pavoneándose, con el *tarbush* en lo alto de su cabeza y las botas relucientes.

- Un poco exagerado, ¿no cree? -le preguntó Ramsés.

- ¿El *panaché?* -Wardani se sentó sobre una silla-. Si leéis mi insignia veréis que me encuentro algo lejos de mi regimiento. De permiso, por supuesto.

Tras decir esto, estrechó las manos de David entre las suyas.

- Acepta mi felicitación y mi saludo de bienvenida, hermano. Si hubiera dependido de tu amigo aquí presente, quizá no nos hubiéramos vuelto a ver. -Me lo ha contado -dijo David.

- ¿Lo hizo? -Wardani parecía sorprendido, lo que hizo sonreír a Ramsés.

- Nosotros también somos hermanos -dijo David.

- Entonces te gustará saber que ha sido precisamente en consideración hacia él que os he convocado aquí esta noche -chasqueó los dedos y pidió un café al camarero.

Ramsés permaneció en silencio; fue David quien preguntó:

- ¿Qué quieres decir?

Wardani esperó a que el camarero retirase concienzudamente los vasos de agua y las tres pequeñas tazas de café turco antes de clavar su mirada en Ramsés.

- Se le ha visto últimamente en compañía de Thomas Russell.

- Y con toda seguridad habrá organizado usted ya el pelotón de fusilamiento -dijo Ramsés, tratando de ocultar su desazón. No se había dado cuenta de que aquel día le habían seguido-. ¿Porqué no debería verlo? Es un amigo de la familia.

- Apenas un conocido -corrigió Wardani-. Y un policía.

- Pero Russell está destinado en Alejandría -dijo David.

- Ha sido transferido a El Cairo… ayudante del comisario.

- Y pueden dar gracias a Dios por ello -dijo Ramsés. Tras beber un sorbo de café, deseó no haberlo hecho-. Es un hombre honrado y un buen policía, todo lo contrario de su superior; Harvey Pasha es un idiota arrogante. Sabía que era inútil ponerle al corriente de la historia que usted me contó. Si le hubiera dicho que puede que haya un *sahib* involucrado en un asunto de droga, se habría burlado de mí. Russell no lo hizo. Nuestra madre me contó que le había ofrecido un trabajo para mí. Ella pensó que bromeaba pero no era así. Es agradable tener tantas ofertas. Todo el mundo me quiere. Reisner, Fisher, nuestro padre, Russell… Casi todo el mundo.

David le puso una mano en el hombro y lo sacudió.

- Contrólate. ¿Quieres decir que estás trabajando para Russell…

como espía de policía?

- Llámalo como quieras, haré lo que sea necesario para encontrar a ese miserable y para detenerlo -la mano de David seguía extrañamente firme. Tras respirar profundamente, trató de concentrarse en la delgada cara oscura que había bajo el *tarbush*-. Si usted sabe ya que me reuní con Russell, sabrá también por qué lo hice. Si todo sale como espero, se enterará también. ¿Por qué demonios me arrastró usted hasta aquí esta noche cuando podría estarme dedicando a asuntos algo más útiles?

- Bueno, pensé que precisamente ésa podía ser la razón -dijo Wardani con calma-. Pero algunos de los míos dudan. Ten cuidado, Ramsés. Creo que he conseguido convencer a mis amigos de que no tratas de hacernos daño pero algunos de esos tipos tienen la sangre caliente y a otros no les importaría ver cómo te quitan de en medio.

- Me sorprende -dijo Ramsés-. ¿Podemos volvernos ya a casa?

- ¡No! -David mantuvo bajo el tono de su voz-. No hasta que sepamos algo más de todo esto. ¿De qué otros estás hablando?

- Del hombre que está buscando, por mencionar tan sólo uno de ellos -Wardani se encendió otro cigarrillo-. Es un *Effendi* y un miembro de vuestra propia casta superior. Puede que se trate de alguien que conocéis. De ser así, él también sabrá quién eres tú, Ramsés. Imagino que estarás pensando en infiltrarte en una de las bandas disfrazado de algo. Todo lo que puedo decir es que espero que se trate de un disfraz muy bueno.

- ¿De qué otros estabas hablando? -repitió David, inflexible.

- Del hombre que mató a la muchacha… o, tal vez debería decir, del hombre que mató a las dos muchachas -Wardani sonrió desagradablemente-. Bastaría tan sólo con mencionarlas juntas para que mucha gente se sintiera ofendida, ¿no es así? Puede que a la fulana la matara su chulo o uno de sus clientes, pero la muchacha americana no saltó dentro del pozo por su propio pie. Si no fuerais…

- Es suficiente -dijo David.

- Mi querido amigo, ¡tan sólo quiero ayudar! -Wardani abrió los ojos desmesuradamente- Pero será mejor que me vaya. Volverás a tener noticias mías, David. Preséntale mis respetos a tu mujer. Y a la adorable señorita Forth… quien, según me han contado, ha dejado de ser señorita. Su marido es un hombre afortunado.

David apretó el hombro de Ramsés con la mano. -Haremos llegar tus felicitaciones.

- Oh, por supuesto -asintió Ramsés.

- Será mejor que no se las hagáis llegar al Honorable Señor Godwin -dijo Wardani. Parecía muy satisfecho de sí mismo, como el estudiante que acaba de encontrar la respuesta correcta en contra de lo que su profesor esperaba-. Es una especie de *sahib,* ¿no es cierto? Se sorprendería si supiera que os relacionáis con un réprobo como yo -al levantarse, se limpió, quisquilloso, la túnica-. No podemos salir juntos. Quedaos aquí media hora más bebiendo café.

- Si me bebo otro café me pondré enfermo -murmuró Ramsés, mientras la esbelta y erguida figura se dirigía lentamente hacia la puerta-. Maldito sea ese tipo, y sus insinuaciones, y su arrogancia y su…

- ¿Tomamos entonces té o narguile? -David chasqueó los dedos.

- O un poco de hachís. En los dulces resulta muy sabroso. Se coge una cierta cantidad de miel…

- ¡Basta! -la voz de David era suave pero restalló como un látigo-. ¿Por qué no me lo dijiste?

- ¿Decirte el qué? Wardani ha abordado un buen número de temas en un corto espacio de tiempo. Normalmente es más prolijo. Creo que me voy a poner enfermo -añadió, dejando caer la cabeza sobre sus brazos cruzados.

- Bébete el té -le ordenó David-. Después te llevaré al *Amelia* y Lía y yo te meteremos en la cama.

- Sí, estupendo -murmuró Ramsés, lejano. Una mano se deslizó bajo su frente y le levantó la cabeza.

- No estás borracho -dijo David, observándolo atentamente-. Ni tienes fiebre. Estás muerto de cansancio, eso es todo lo que te pasa. Era de esperar, trabajando todo el día y rondando por la calle durante la noche… ¿o debería decir los muelles y las carreteras del desierto? ¡Quién fue a hablar de arrogancia! ¿Cuánto tiempo pensabas que ibas a poder resistirlo? Venga, bébete esto.

El té estaba tan caliente que podía sentir cómo se le levantaban ampollas en la lengua.

- Así está mejor -dijo, con una ligera sorpresa.

- Salgamos de aquí -David colocó una mano bajo su brazo y lo puso de pie-. Quizá lo único que necesitas es un trago. Iremos hasta

el Shepheard y cogeremos un taxi allí. Y, durante el trayecto hasta el *Amelia,* me explicarás exactamente lo que has hecho, de modo que podamos decidir los que vamos a hacer a continuación.

La vida nocturna de El Cairo duraba hasta altas horas de la madrugada, por lo que las calles de la parte europea de la ciudad brillaban llenas de vida. Las luces resplandecían en la arboleda de los Ezbekich Gardens.

- No quiero un trago -protestó Ramsés-. Vamos a casa.

- Está bien -David hizo una señal a una de las *barouches* abiertas y entró-. ¿Y bien?

- ¿Y bien qué?

David le abofeteó en la cara, lo justo para obtener de él una respuesta.

- ¡Despierta! Todavía no estoy enfadado, Ramsés, pero lo estaré muy pronto si sigues ocultándome las cosas de ese modo. ¿Por qué aceptaste trabajar para Russell? Han asesinado a una muchacha, han atacado a tu madre, la familia entera puede estar en peligro y tú te estás matando, tratando de encontrar a un hombre que no tiene nada que ver con… ¡Oh, Dios mío! Es él, ¿no? Debería de habérmelo imaginado. ¡Háblame, maldita sea!

- No me golpees más -refunfuñó Ramsés-. Hablaré. Iba a hacerlo pero tú no has dejado de chillarme. Sí, quería, sí, lo es. Es el mismo hombre, David. El *«sahib»* está usando también tu nombre.

Capítulo 12

En Oriente, un inglés debe estar dispuesto a morir antes que a mostrar el más mínimo asomo de cobardía El valor de un solo individuo aumenta el prestigio de todos, de igual forma que basta la cobardía de uno para desprestigiar al resto. Yo siempre traté, a mi humilde manera, de estar a la altura de estos valores.

Me encontraba sentada en la pequeña habitación que había dispuesto como despacho, contemplando cómo el jardín empezaba a recuperar su antigua belleza, y no pude evitar un cierto, y excusable, sentimiento de complacencia al comprobar lo bien que nos estábamos instalando. En un primer momento, a Emerson no le convencía el tamaño de la casa pero lo cierto es que, al final, habíamos acabado por ocupar todo aquel espacio. Nuestra pequeña «responsabilidad» infantil necesitaba (según mi experta opinión) varias habitaciones, incluyendo una para la niñera. Los sótanos, que habíamos destinado a almacenar objetos, se llenaron con gran rapidez aunque, por desgracia, no con estatuas y con estelas como los que había hallado el señor Reisner, sino con huesos y fragmentos de recipientes de piedra y de cerámica.

Nefret y Geoffrey ocupaban por completo la zona de la casa donde, en su día, había estado el harén. De este modo, podían tener su propia intimidad, al igual que la que tenía la otra pareja de jóvenes; si bien es cierto que últimamente Ramsés pasaba la mayor parte del tiempo con ellos. En los últimos días, había pasado más noches en la *dababiyya* que en casa. Si a ellos les parecía bien, no iba a ser yo, desde luego, la que me metiera en sus asuntos.

La puerta que daba al pasillo principal de la casa estaba entreabierta de modo que oí perfectamente el ruido que hacían los

tacones de Nefret al aproximarse. Cuando la vi pasar por delante de la puerta la llamé; de no haberlo hecho, creo que ella no se habría parado. Sintiéndose, en cambio, obligada a hacerlo, se asomó y dijo:

- No quiero molestarte, tía Amelia.

- Entra -dije y me recosté en la silla.

- Es casi la hora del té. Iba a…

- Si me esperas un momento, iré contigo. ¿Dónde está Geoffrey?

Al darse cuenta de que no tenía escapatoria, se dirigió hacia a la ventana y se detuvo allí, mirando a través de ella. En ese lado de la casa no había *masharabiyya;* los postigos de madera estaban abiertos, dejando pasar el aire cálido de la tarde. Dándome la espalda, dijo:

- Se fue a ver a Jack, dice que está preocupado por él.

- ¿Por qué? Ramsés dice que se comporta con normalidad.

Nefret se giró.

- Ramsés es un maldito mentiroso.

- Ramsés no miente nunca. Sin embargo -admití-, es un experto en dar respuestas poco claras. ¿Qué es lo que te hace pensar que nos está… bueno, que nos está engañando con respecto a Jack?

- Jack se está comportando de nuevo de un modo extraño. Rechazó tu última invitación y está tratando de evitar al resto de la gente. Geoffrey dice que pasa la mayor parte de su tiempo libre dando vueltas por las colinas con una pistola. Cuando no encuentra otra cosa, dispara a los chacales.

- ¿Borracho?

La joven se encogió de hombros.

- Será mejor que vaya y lo compruebe por mí misma -dije, mientras apilaba metódicamente mis papeles y me levantaba de la silla.

- Tenía miedo de que dijeras precisamente eso. Por favor, tía Amelia, no te precipites. Geoffrey me dijo que trataría de traer a Jack hasta aquí para tomar el té con nosotros.

- Muy bien, entonces esperaré a ver si viene.

Nefret se acercó hasta mi mesa; cogió una hoja de papel y la examinó.

- ¿Vendrá también Ramsés?

- No lo sé; ahora suele tomar el té con David y Lía. De hecho, creo que hoy salió antes para la *dahabiyya,* poco después de haber

regresado de Giza.

- La verdad es que últimamente no los hemos visto mucho.

- Los ves a diario en las excavaciones -le señalé-. Es muy probable que quieran pasar más tiempo solos. Ya sabes, Nefret, que si tú y Geoffrey prefirierais tomar el té o comer en vuestras habitaciones, lo entendería perfectamente.

- Gracias, pero a ambos nos gustan las cosas tal y como están.

- Nefret…

- ¿Sí? -al mirarme con aquella decisión, las palabras que habían subido hasta mi boca murieron en ella. Era como si, detrás de sus ojos, una puerta se hubiera cerrado con fuerza-. He estado revisando mi pequeño cuento de hadas -le dije, refiriéndome al papel que ella sostenía en aquel momento entre sus manos-. ¿Qué te parece?

- No soy una experta, tía Amelia -tras decir esto miró a la página; tuve la impresión de que no lo había hecho realmente hasta entonces.

- ¿En egipcio? Tampoco lo soy yo. Me refería al examen de los motivos de Sinuhé: para analizarlo se necesita no sólo un profundo conocimiento de la naturaleza humana, sino también una cierta familiaridad con el modo, un tanto indirecto en ocasiones, que los antiguos egipcios tenían de expresarse.

Todo el mundo considera que formaba parte de la conspiración organizada contra el legítimo heredero; de no ser así, su fuga y su temor de regresar a Egipto carecen de sentido. Pero Sinuhé asegura que él se enteró del complot al oír por casualidad a uno de los conspiradores hablar sobre él, al menos, ése es el modo en el que yo interpreto un pasaje bastante enigmático, y que, al hacerlo, sintió tanto miedo y consternación que no pudo por menos que huir. Si esta versión es correcta, a Sinuhé tan sólo se le podría culpar de cobardía.

- Es obvio que no fue así -dijo Nefret-. Ésa es la versión oficial: la mentira diplomática. Yo creo que estaba metido en la conspiración hasta el cuello y que lo que oyó por casualidad fueron las declaraciones de uno de los que apoyaban a Senusert, afirmando que el faraón se encontraba de camino para reclamar el trono, que estaba al corriente del complot y que la parte del ejército que le había permanecido fiel se disponía a arrestar a los culpables.

- Mmm -dije-. Ésa es también mi interpretación de las cosas. Y, cuando años más tarde, suplicó el perdón…

- *Ella* le perdonó -dijo Nefret. Cogió entonces el dibujo que, yo sabía, era su favorito: el anciano sentado pacíficamente en su jardín, contemplando los símbolos de vida eterna-. Había estado al servicio de la princesa, ¿no es así? Para entonces se había convertido ya en reina. Ella lo perdonó porque lo amaba y porque sabía hasta qué punto deseaba regresar a casa.

Tan sólo el gorjeo de los gorriones que se encontraban sobre el árbol de tamarisco del jardín interrumpió el silencio que vino a continuación… hasta que los repentinos y espantosos aullidos de Narmer hicieron que Nefret se echara a reír y que yo soltara algún que otro improperio (en voz baja, por supuesto).

Dejando a un lado mi trabajo, salimos al patio. Era Geoffrey el que acababa de llegar; estaba solo y se había sentado ya a la mesa, preparada para el té.

- ¿No conseguiste traerlo contigo? -pregunté.

- ¿Traer a quién? -inquirió Emerson, quien entraba en ese momento.

Se lo expliqué. Geoffrey nos contó después que no había sido capaz de convencer a Jack de que viniera a vernos.

- Von Bork se dejó caer por allí mientras estaba con él -añadió-. Supongo que Jack pensó que no podía abandonar a su huésped.

- Deberías de haber invitado también a Karl -le dije.

- Bueno, no podía tomarme la libertad de hacer una cosa así.

Sin embargo, se había tomado la libertad de invitar a Jack. Me recordé a mí misma que la situación era completamente diferente y le hice una seña a Nefret para que empezara a servir el té. Levantándose de un salto, Geoffrey tomó la taza de manos de Nefret y me la acercó.

- Aquí tiene usted, señora Emerson.

- Gracias. Creo que podrías empezar a llamarme tía Amelia. Si no te importa.

- ¿Puedo? -su cara se iluminó-. Pensé que podía pero no quería…

- Tomarte la libertad -dijo Emerson, con la pipa en la boca. Lo hizo, sin embargo, con una cierta afabilidad, por lo que Geoffrey pareció aún más contento. Supuse que le habían advertido que era mejor no dirigirse a Emerson llamándolo tío Radcliffe.

- ¿Entonces, cómo está Jack? -pregunté-. Debería llamarlo, ¿no crees?

- Ha vuelto a beber -contestó Geoffrey-. No demasiado, por lo menos, pero los signos no dejan lugar a dudas, ya saben. Yo diría que sufre todavía de melancolía.

- El término psicológico moderno es depresión -observé.

- Peabody -me regañó Emerson, con un gruñido amenazador.

- Sí, querido, perdona. No hace falta que me digas lo que piensas de la psicología. Llamadlo como queráis, pero Jack no está bien. ¡Tenemos que ayudarlo a salir de ese estado!

- Estoy de acuerdo -dijo Geoffrey con énfasis-. Traté de convencerlo para que viniera con nosotros a la recepción que esta noche se da en la Agencia, pero me dijo que estaba ya comprometido.

- Yo no voy a ir a la Agencia -dijo Emerson, con el mismo tono con el que podía haber anunciado que el sol estaba obligado a salir por el este al día siguiente.

- Oh no, señor, nunca supuse que lo haría.

Nefret permanecía sentada, sin moverse, con la taza en una mano.

- ¿Supones que yo iría? -preguntó con gran amabilidad.

- ¡Pero, querida, dijiste que lo harías! -Geoffrey se volvió con ímpetu hacia ella-Ayer. ¿No te acuerdas? *Sir* John Maxwell estará allí y ya sabes la influencia que tiene en el Departamento de Antigüedades. Una sola palabra, especialmente si proviene de ti, podría ser milagrosa para el profesor.

- Ah -Nefret puso su taza sobre la mesa-. Me temo que no he prestado atención. ¿Estás seguro de que te sientes con fuerzas para ir?

- ¿Qué pasa Geoffrey? -le pregunté.

- Nada, señora. De verdad. Le dije a Nefret que no debía preocuparse.

Dirigió entonces una dulce mirada de reproche hacia su mujer, quien enrojeció.

- Está bien.

- Ponte tu nuevo vestido -le apremió Geoffrey-. El que tiene todos los colores del mar del sur de Grecia. Hace que tus ojos brillen como si fueran aguamarinas. Eh… ¿le gustaría venir con

nosotros señora… tía Amelia?

- Supongo que no necesitáis una carabina -le hice notar secamente-. ¿Le dijiste a Fátima que no cenaríais en casa?

- ¡Dios mío, lo olvidé! -dijo Geoffrey, con el aire de quien lo lamenta profundamente.

Fátima, que nos ofrecía en ese momento una bandeja de sándwiches de pepino, se apresuró a asegurarle que no tenía importancia alguna. Emerson seguía refunfuñando para sus adentros.

- No quiero que nadie le haga la pelota a la gente del Departamento de Antigüedades en mi favor -declaró en voz alta.

- Es mejor que alguien lo haga -le informé-. Sobre todo si sigues enemistado con el señor Maspero y no dejas que yo…

Como era de esperar, me interrumpió y, a continuación, tuvimos una pequeña pero refrescante discusión.

Después de tomar el té, Nefret y Geoffrey fueron a cambiarse, mientras nosotros nos fuimos a ver a la niña a su habitación. Me había visto obligada a prohibir que Sennia se uniera a nosotros a la hora del té hasta que Emerson aprendiera a comportarse. No sólo le permitía que se comiera todas las galletas que había en el plato sino que, además, se dedicaba al contrabando de dulces que previamente robaba de la cocina y con los que posteriormente llenaba sus bolsillos. A pesar de que la niña no dejó de preguntar por Ramsés y Emerson tuvo que hacer de león para tranquilizarla, pasamos un buen rato con ella.

Más tarde, a la hora de cenar, éramos los únicos comensales. La situación era tan inusual que no podíamos dejar de mirarnos desconcertados.

Emerson soltó una carcajada.

- ¡Por fin solos! Caramba, Peabody, ¿así que se reduce a esto? ¿Qué demonios haremos cuando todos nos hayan dejado?

- Estoy segura de que se te ocurrirá algo, Emerson.

- Tienes razón, amor mío -me lanzó un beso desde el otro extremo de la mesa. Fátima sonrió, sentimental, haciendo que mi marido se sintiera avergonzado-. Bueno… mmm, iba a decir que, es un placer tenerte toda para mí. Tenemos muchas cosas de las que hablar, Peabody. ¿Qué es esto? -al decirlo, miraba con desconfianza el plato que Fátima acababa de ponerle delante.

- Ternera picante -le contesté-. Rose le dio a Fátima algunas de sus recetas y ésta se las ha enseñado a Mahmud.

- Mmm -refunfuñó Emerson. Fátima no se movió hasta que mi marido expresó su aprobación y, sólo entonces, salió al trote para referir el éxito a Mahmud.

- No está tan mal -dijo Emerson, masticando-. Un poco más pasada que la de Rose.

- Supongo que se trata de otra variedad de carne. -Supongo - Emerson se inclinó hacia detrás y me dirigió una mirada solemne-. Las cosas se están complicando mucho, Peabody.

- Suele ocurrir, Emerson.

- Es cierto. Esta vez, sin embargo, hay demasiadas cosas que no encajan. Tengo la intención de arreglar una de ellas esta misma noche -se quitó el reloj-. No saldrán hasta dentro de un rato. Acaba tu cena, querida, y luego tomaremos café con ellos.

La terrible premonición que tuve en ese momento me resultaba tan familiar que casi me sentí a gusto con ella.

- ¡Dios mío! -exclamé-. Estás hablando de Ramsés, ¿no? De Ramsés y de David. ¿Salir adonde? ¿Qué es lo que se llevan ahora entre manos? ¡Debía de habérmelo imaginado! ¿Por qué no nos lo han dicho?

- Lo sabré todo esta noche -dijo Emerson con calma-. Aunque tú también debes de haber sospechado algo o, si no, no habrías adivinado la respuesta tan deprisa. Gracias, Fátima, estaba riquísimo.

Tras observar cómo se hacían ese tipo de cosas en Inglaterra, Fátima estaba tratando de adiestrar a uno de sus sobrinos como mayordomo, pero éste no había alcanzado todavía el grado de habilidad que ella consideraba imprescindible. Yo dudaba de que lo alcanzara alguna vez; fuera como fuese, ella disfrutaba quedándose allí con nosotros y escuchando nuestra conversación.

Cuando nos sirvió el siguiente plato, tuve que hacer auténticos esfuerzos para probar bocado, tal era el estado de nervios que me producía la preocupación

- Claro que sospechaba algo -dije-. Ramsés ha hecho lo posible por ocultármelo, pero las señales no dejaban lugar a dudas; con esas ojeras me recuerda a un búho, o a ese halcón que Nefret liberó hace poco. David tampoco parece el mismo. ¡Así que se dedican a rondar

de nuevo! ¡De noche, en la ciudad vieja, con sus asquerosos disfraces! ¿Crees que han encontrado alguna pista sobre el falsificador?

Fátima no había escuchado mi primera alusión a David. Al oír ésta, lanzó un grito de alarma. Yo me apresuré a tranquilizarla (una tarea nada fácil, dado que yo misma necesitaba urgentemente que hicieran lo propio conmigo) y a advertirle de que no se lo contara a nadie más.

- Veis las cosas de un modo excesivamente melodramático -desaprobó Emerson-. Supongo que han vuelto a comenzar de nuevo con sus habituales rondas (no entiendo por qué esta palabra os parece tan terrible). Esa es la razón de que Ramsés haya pasado sus noches en la *dahabiyya*.

- Entonces Lía debe de estar al corriente de lo que están haciendo.

- Probablemente David le habrá hecho jurar que lo mantendrá en secreto. Y alguien más debe haber hecho lo mismo con Ramsés y David.

Le miré consternada.

- ¿Wardani?

- Tiene sentido, ¿no? Creo que si estuvieran tras la pista del falsificador nos lo hubieran dicho.

- Pero Emerson, ¡eso podría ser un desastre! Russell me advirtió que la policía estaba tratando de dar con Wardani y si David figura en la lista de… -me detuve: Fátima se encontraba en el umbral de la puerta, con los ojos abiertos como platos; el cuenco que sostenía entre sus manos temblando violentamente-. Ponlo en algún sitio antes de que se te caiga, Fátima -dije-. Te acabo de decir que no hay razón alguna para preocuparse. No tardaremos en ver a David sano y salvo. Confías en nosotros, ¿no?

- *Aywa.* Sí, *Sitt Hakim.*

Apoyó con cuidado el cuenco sobre la mesa. Aquello parecía ser la versión exótica de un bizcocho poco firme, con natillas, crema, gelatina y con trozos de fruta sin identificar que sobresalían de la superficie.

- No creo que pueda comer eso, Emerson -dije entre dientes.

- Lo llevaremos con nosotros -dijo entonces Emerson-. Empaquételo, Fátima.

- Empaquetarlo…

- Póngalo en una bolsa o en una caja o en lo que quiera -insistió mi marido-. Les gustará a los niños.

Casi tenía ganas de ver a Emerson descender a grandes zancadas hasta el muelle con la fuente de dulce oculta bajo su brazo. Lo hubiera hecho de no haber sido por Fátima, a quien la sola idea le hizo palidecer de horror e insistió para que Alí viniera con nosotros y cargara con la caja donde, a duras penas, había logrado meter la fuente. El pobre muchacho tenía que correr para poder seguir a Emerson, quien andaba a paso de gigante, y durante todo el trayecto hasta el *Amelia* no dejó de proferir pequeños gritos ahogados y chillidos mientras hacía juegos malabares para evitar que se le cayera aquel estorbo.

Emerson suele decir que nuestra familia tiene siempre un lado cómico que resulta muy consolador.

No se puede decir que nos acercáramos sigilosamente y sin previo aviso al lugar de la conspiración: al vernos llegar, el guardia que vigilaba la embarcación nos saludó a voz en grito. Cuando entramos en el salón, estaban acabando de cenar; los dos muchachos se encontraban de pie y en las caras de los tres se dibujaron unas sonrisas poco sinceras de bienvenida. La apertura del paquete con el dulce ocasionó no pocas risas: una buena parte se había derramado por los laterales de la fuente. Karima dispuso el resto sobre unos platos y, cumpliendo con nuestro deber, aún pudimos comernos algo.

El nerviosismo de Emerson iba en aumento: no es un hombre paciente y las ideas se le agolpaban en la cabeza. Como no quería que Karima y los otros sirvientes oyeran nuestra conversación, me esforcé, entre guiños y codazos, para que se centrara en asuntos sin importancia hasta que nos retiramos a la cubierta de arriba y Karima nos dejó solos.

Lía se había mostrado encantada de vernos, «tan inesperadamente», y yo me había excusado por haberme saltado mi propia norma de no ir nunca a casa de nadie sin haber sido previamente invitada. Estaba segura de que los tres sabían que había un motivo para nuestra visita; me preguntaba, sin embargo, si Ramsés confesaría antes de que su padre lo acusase.

En cualquier caso, Emerson no le dejó tiempo para hacerlo.

«¿Qué demonios se supone que os lleváis entre manos?», preguntó.

Desgraciadamente, no podíamos ver sus rostros con claridad. Las velas, repartidas en cuencos de cerámica, daban una luz suave, pero demasiado tenue. Tan sólo pude ver las manos de Ramsés cuando colocó su taza sobre la mesa más cercana. Como de costumbre, estaban llenas de arañazos y rasguños ya que, al igual que su padre, se olvidaba siempre de ponerse los guantes para excavar.

- Supongo que debería excusarme por no haber confiado en usted y en nuestra madre -dijo-. Di mi palabra de que no lo haría.

- Maldito seas por ello -protestó Emerson.

- Sí, señor.

- ¿Fue Wardani el que te hizo jurar que guardarías el secreto?

- No, señor.

- Será mejor que confesemos -dijo David, alzando la voz por encima de los sonidos que Emerson profería en voz baja y que presagiaban una explosión inminente.

- Me gustaría que lo hicierais -murmuró Lía-. Odio tener que guardar secretos, especialmente cuando se trata de la tía Amelia y del profesor.

- ¡Ja! -se mofó Emerson-. ¿Y bien, Ramsés?

Tuve la sensación de que, una vez que se había decidido a hablar, no veía la hora de desahogarse (o, quizá, quería tan sólo acabar lo antes posible para poder seguir adelante con lo que tenía planeado para aquella noche).

- He estado trabajando para el señor Russell, quien intenta acabar con el tráfico de droga; parece ser que hay un inglés involucrado. David y yo hemos tratado de infiltrarnos en una de las bandas para averiguar quién es, pero hasta ahora…

No me pude contener por más tiempo.

- ¿Has dicho el señor Russell? ¡Maldito hombre, le dejé bien claro que tú no podías ser policía!

- Espía de la policía -me corrigió Ramsés-. ¿Para qué andarnos con remilgos? Tal vez ahora entiendan por qué no dije nada. No tiene mucho sentido ser espía cuando todo el mundo lo sabe.

- Nosotros no somos todo el mundo -dijo su padre, a quien la amargura en la voz de Ramsés le había dejado impasible; o, por lo menos, eso creía hasta que añadió-: Y, además, no hay motivo alguno de vergüenza en espiar cuando se hace por una buena causa.

¿De dónde has sacado la idea de que hay un inglés involucrado?

- Wardani. Llegué a pensar que podía habérselo inventado, aunque sólo fuera por hacer daño, es muy capaz de ello, pero el rumor está en la calle y ha llegado también hasta nosotros -volviéndose hacia mí, continuó muy serio-: Ya sabe que cuando el río suena, agua lleva.

Sin duda alguna, confesarse es bueno para el alma aunque todo dependa, claro está, de quién sea la persona que lo hace y a quién. Ramsés se arrellanó en su silla y encendió un cigarrillo; su padre se sacó la pipa de la boca; Lía sirvió café; David dejó escapar un largo suspiro.

- Tengo que reconocer que estoy contento de haberlo contado de una vez -declaró con espontaneidad.

- Mmm -dijo Emerson, chupando su pipa-. Aún os queda algo de camino por recorrer. Contadme ahora los pasos que habéis dado.

En un principio, el señor Russell se había concentrado en la costa, tratando de confiscarlos cargamentos que se descargaban en aquella zona. Tal y como Ramsés nos había explicado, aquella resultó ser una tarea inútil dado que el área en cuestión era demasiado extensa.

- En mi opinión -continuó Ramsés-, tenía más sentido tratar de interceptar el material cuando éste entraba en El Cairo, por tierra o a través de uno de los brazos del Nilo. De todas formas, iba a parar a un almacén, a un cobertizo o a cualquier otro lugar semejante, a la espera de que los traficantes lo distribuyeran.

- Supongo que disponían de más de un local para el almacenamiento -dijo Emerson, quien escuchaba con gran interés-. El sentido común los habrá hecho cambiar de lugar con una cierta frecuencia.

- No, si nada los podía hacer pensar que se encontraban bajo sospecha -arguyó Ramsés-. Pero incluso en ese caso, dar con uno de esos locales resulta muy difícil, de modo que empecé por el otro extremo: los traficantes locales. Me las arreglé para introducirme en una de las guaridas de hachís…

- ¿Cómo lo conseguiste? -preguntó Emerson con curiosidad.

- Provoqué una pelea. No fue difícil; algunos de esos tipos se vuelven agresivos a medida que transcurre la noche. Después de haber arrojado a mi víctima fuera del callejón, regresé al local y me

disculpé por las molestias, el dueño me ofreció entonces un trabajo como vigilante. No me llevó mucho tiempo hacerme una idea del modo en que se llevaban a cabo las entregas e identificar a las personas encargadas de hacerlo. Resumiendo, fui escalando puestos en el escalafón hasta que me aceptaron como uno de los trabajadores que salen al encuentro de los que introducen la droga en la ciudad.

- Entonces, ¿localizaste el almacén? -inquirió Emerson. Su voz delataba una cierta envidia.

- Uno de ellos. Pero en realidad no era lo que yo iba buscando; a mi torpe inteligencia le llevó algo de tiempo darse cuenta, finalmente, de que de ese modo nunca iba a llegar muy lejos. Entre la gente que trafica y la que financia el negocio hay abierta una gran brecha, con pocos puntos de contacto entre ambos lados. Mientras me devanaba el cerebro tratando de encontrar el modo de tender un puente entre ellos, David descubrió lo que estaba haciendo.

- Estoy en deuda con Wardani por haberme informado -dijo David-. Tú nunca me lo hubieras dicho.

- No es necesario que hablemos de eso ahora -dijo Ramsés-. Fue David el que tuvo la brillante idea de organizar una emboscada de la policía, de modo que pudiéramos salvar el envío y convertirnos en héroes. Russell aprobó el plan y David, recomendado por mí, se incorporó entonces al grupo. Cuando tuvo lugar el ataque, nos entregamos en cuerpo y alma. Habíamos planeado con gran detalle lo que haríamos y todo se desarrolló de acuerdo con lo previsto: entre el ruido infernal y la oscuridad, hubiera sido difícil decir quién pegaba a quién. Al final, David, yo y nuestro superior inmediato fuimos los únicos que quedamos en pie y nos apresuramos a abandonar el lugar con el hachís, sangrando abundantemente y llenos de magulladuras.

Emerson se rió entre dientes. Ramsés cogió una de las pequeñas lámparas de cerámica y se encendió un cigarrillo con ella. El resplandor iluminó su cara y la de David; ambos parecían estarse divirtiendo tanto con el recuerdo de lo sucedido aquella noche, que me entraron ganas de sacudirlos. Me hubiera gustado también hacer lo proprio con Emerson, por reírse. A veces los hombres me resultan incomprensibles.

- Bueno -dijo Emerson-, ¿y ahora qué viene?

- Ahora viene el momento de escuchar -dijo su hijo-. No nos admitirán nunca en sus consejos internos pero, gracias a nuestro extraordinario heroísmo confían completamente en nosotros: la gente empieza a irse un poco de la lengua en nuestra presencia. Esta noche hay una reunión a la que debemos asistir; no estamos invitados, pero nos dejaremos caer por allí con la esperanza de oír algo interesante. Nos llevará algo de tiempo encontrar el lugar, así que si nos perdonan…

- No, todavía no -dijo Emerson, con lentitud y cuidando de pronunciar claramente lo que decía-. Hay algo más, ¿no es así? No, no me lo digáis, yo *os* lo diré. Tanto tú como David no desperdiciaríais vuestro tiempo con los asuntos de la policía a menos que ellos tuvieran algo que ver con los nuestros. Se trata del mismo hombre, ¿no es verdad? ¿Está también usando el nombre de David?

Ramsés le contestó tras una breve pausa.

- Sí a ambas cosas. Señor…

- Maldito seas, Ramsés, ¿no te das cuenta que al dejarme a oscuras no sólo pierdes el tiempo sino que, además, nos colocas a todos en una situación endiabladamente peligrosa? Si insisto en saber la verdad es por tu bien, muchacho.

Lo que había empezado como un discurso airado había acabado en una súplica que, estoy segura, no dejó indiferente a Ramsés; inclinando su cabeza murmuró:

- Sí señor, lo sé. Perdone.

- Está bien, no importa -gruñó Emerson-. Desde luego, ¡ésta *es* una situación muy desagradable! Ese bastardo parece decidido a incriminar a David como sea y no creo que se trate de una *vendetta* personal; David no tiene enemigos en este mundo. Aunque, bueno… ¿los tienes, David?

- No, señor. Yo creo que la idea de usar mi nombre se le debió ocurrir cuando empezó a vender los objetos falsificados; tenía que darles una procedencia verosímil y éste era un modo sencillo de hacerlo. Así que, ¿por qué no utilizarlo también en sus otros negocios? No creo que el tipo me odie por una razón en especial: yo era, simplemente, una cabeza de turco perfecta a causa de mi nacionalidad y de mi pasado, eso es todo.

- ¿Tan sencillo como eso? -exclamé.

- Tan sencillo y tan aburrido -respondió Ramsés-. Estamos acostumbrados a tratar con enemigos que nos odian por razones personales. Es la primera vez que nos encontramos con un motivo como ése y que nos enfrentamos con un enemigo así. Creo que David tiene razón: ese bas…, ese hombre lo escogió como víctima sin considerar *quién* es David, sino lo *que* representa, un miembro de la raza «inferior» que, además de tener la osadía de demostrar su superioridad intelectual, ha violado las normas que prohíben los matrimonios entre razas. Lo que hace que esa aberración mental sea aún más peligrosa es que todos aquellos que, en su día, podrían juzgar a David la comparten… si es que alguna vez se llega a ese extremo.

El gruñido de Emerson salió de lo más profundo de su garganta.

- Eso no llegará a pasar.

- A mí no me preocupa -dijo David con firmeza, mientras tomaba la mano que Lía le había tendido-. Jamás un sospechoso tuvo a sus aliados dispuestos para la batalla de un modo tan impresionante.

- Exacto -dije-. Encontraremos al bas…, a ese canalla, no temas.

- Una cosa más -Emerson se volvió hacia David-. ¿Has tenido noticias de alguno de los comerciantes europeos a los que escribiste?

- Lo cierto es que sí. Si lo recuerda, había pedido una descripción de los objetos en cuestión y hoy, precisamente, he recibido una carta del señor Dubois en París; me parece que está algo inquieto.

- Puedo imaginármelo -gruñó Emerson-. Supongo que insiste en que el artículo es auténtico.

- Así es. Dice que, a pesar de que el vendedor y el origen puedan ser falsos, eso no significa que el objeto lo sea. Manda una fotografía.

- ¿Sí? ¿De qué se trata?

- Será mejor que lo vea usted mismo, señor. Pensaba enseñársela mañana pero ya que está usted aquí…

David se puso de pie. Emerson lo siguió.

- Vayamos al salón, la luz es mejor allí. De todos modos, ya es hora de volver a casa.

El salón estaba más ordenado de lo que solía estar cuando lo ocupábamos nosotros; tal vez porque ahora había tan sólo un hombre que se ocupaba de ponerlo patas arriba. Exceptuando los dos escritorios, lo habían vaciado por completo, dejando espacio suficiente para una mesa de comedor. Lía había cambiado también algunas de las cortinas. Al darse cuenta de que las miraba me dijo algo nerviosa:

- Espero que no le importe, tía Amelia; algunas de ellas tenían agujeros bastante grandes.

- Causados por la pipa de Emerson -dije, asintiendo con la cabeza-. Mi querida niña, ésta es tu casa ahora. Puedes cambiar todo lo que quieras.

David había encontrado la fotografía. Emerson la cogió, tratando de acallar una palabrota.

- Déjame ver -le dije, arrancándola de sus manos.

En un primer momento, no podía entender de qué se trataba. Había cuatro y su tamaño era indeterminado ya que no había escala. Emerson dijo:

- Patas de animales talladas… patas de toro, ¿marfil?

- Eso es lo que dice el señor Dubois. La fotografía no lo deja muy claro.

- Una peana -murmuró Emerson, mientras sus dedos dibujaban el contorno de la base oval-. Maldita sea, no puede ser…

- Oro y lapislázuli. ¿Has visto antes una cosa parecida?

- Sí, -dijo Emerson ensimismado-. Oh, sí. ¿Puedo llevármelo?

- Faltaría más, señor.

Emerson se irguió con la fotografía en las manos. Sus ojos se encontraron con los de Ramsés.

- Id a resolver vuestros asuntos -dijo malhumorado-. Si no estáis aquí mañana por la mañana iré a El Cairo a hacer unas cuantas preguntas… pero, ¿a quién?

Ramsés le dijo un nombre que yo no había oído nunca. Emerson, en cambio, pareció reconocerlo y asintió con la cabeza.

- Así que es uno de ellos; no me sorprende. Buenas noches. Y buena suerte.

La noche presagiaba lluvia y un viento húmedo tiraba de mi falda. Emerson no parecía tener prisa: con la pipa en una mano y mi mano en la otra, paseaba con calma; cuando llegamos a casa señaló

el banco que se encontraba fuera de la puerta.

- Siéntate un momento, Peabody, quiero discutir algo contigo.

- ¿El castigo más adecuado para el señor Thomas Russell? La verdad, Emerson, cuando pienso que lo ha hecho todo a mis espaldas…

- ¡Peabody, Peabody! Ramsés no necesita tu autorización para aceptar un puesto de trabajo. Ni tampoco la mía -añadió Emerson pesimista-. Todo esto me gusta tan poco como a ti pero, por piedad, no avergüences a Ramsés riñendo a Russell como si fueran colegiales traviesos y Russell lo hubiera empujado a hacer una diablura. Aunque esto no es todo lo que quería decirte.

- La fotografía.

- Sí. Tengo una teoría, Peabody.

- ¿Sobre las falsificaciones?

- En cierto modo sí.

- La verdad, Emerson, es que hay momentos en los que me gustaría matarte -exclamé, tan fuerte que la reja de la puerta se abrió con un chirrido y la cara alarmada de Alí se asomó entre los barrotes. Accediendo a mis insistentes ruegos cerró la puerta de nuevo y yo pude volver a mis quejas-. ¿Vas a decirme cuál es tu teoría o te vas a dedicar a ir dejando caer indicios misteriosos hasta que pierda la paciencia?

- Indicios misteriosos, por supuesto -dijo Emerson riéndose entre dientes-. Quiero ver lo que eres capaz de hacer con ellos, ¿eh? No obstante, jugaré limpio contigo y te diré lo que me recuerdan los objetos de la fotografía. Lechos, tanto domésticos como funerarios; se montaban a menudo sobre patas de animales talladas. Obviamente, únicamente la gente acomodada podía permitirse ese tipo de cosas, y los materiales usados en esos objetos eran poco frecuentes y caros. En Abydos, en una de las tumbas reales de la Dinastía II, encontraron un grupo similar de patas talladas en marfil.

Hizo una pausa, como animándome a hablar, pero yo no dije nada. Se me había ocurrido una idea pero, antes que contársela, hubiera preferido que me partiera un rayo. Emerson siempre se burla de mis teorías… hasta que se demuestra que son correctas.

- Indicio misterioso número dos -dijo Emerson-. Creo que la hipótesis de Vandergelt es correcta: hay algo en Zawaiet que se

supone que no debemos encontrar. Últimamente, todo ha estado sospechosamente tranquilo…

- ¡Porque estamos excavando en el sitio equivocado! -Las palabras habían entrado de sopetón en mi cabeza yendo a parar directamente a los labios antes de que las pudiera detener. Me tapé la boca con la mano. Emerson soltó una gran carcajada y me pasó un brazo sobre los hombros.

- Es una posibilidad -dijo-. ¿Te importaría seguir adelante o prefieres que juguemos al concurso del crimen? Con sobres sellados y todo lo demás.

- ¿Me estás queriendo decir que sabes el nombre de la persona que causó los accidentes?

- ¿Y el asesinato de Maude Reynolds? No, no lo sé. Y si tienes la maldita osadía de pretender que tú sí…

- No -admití-. Distingo algún que otro rayo de luz que antes no podía ver y que explica algo de lo sucedido, pero sigo sin saber la identidad del criminal.

- Con todo, Peabody, creo que meteré un mensaje en uno de esos pequeños sobres. Por si acaso.

Me volví hacia él, cogiéndolo por la chaqueta. La lámpara encendida junto a la puerta arrojaba la suficiente luz como para que pudiera ver sus labios sonrientes y la firmeza de su barbilla.

- ¿Para el caso de que te suceda algo? ¿Qué es lo que estás planeando?

- Bueno, lo que voy a hacer es excavar en otros puntos del emplazamiento, eso es todo.

- ¿Qué? ¿A jugar a frío y a caliente como si fuéramos niños, con la posibilidad de morir asesinado como señal de que estás a punto de encontrar el escondite? No debes hacerlo, Emerson, al menos no hasta que no hayamos agrupado a todas nuestras fuerzas.

- Si te refieres a Ramsés creo que tiene ya bastantes cosas en la cabeza, sin necesidad de tener que preocuparse por mí. Qué demonios, Peabody, nos las hemos arreglado siempre muy bien solos, tú y yo. Bueno… casi siempre.

- No he dudado ni por un momento de que pudiéramos hacerlo -dije con resolución-. Son Ramsés y David los que me preocupan. Ramsés acaba siempre metiéndose en líos y David es incapaz de controlarlo.

- No mucho más de lo que yo te controlo a ti -Emerson me dio un afectuoso apretón en el hombro-. ¡Quién esté libre de culpa que tire la primera piedra, Peabody! La única forma en que podemos ayudar a los muchachos es no contando a nadie sus actividades. Quiero que me prometas que no dirás una palabra sobre ellos a alma viviente alguna.

- ¿Incluida Nefret?

- Ella no puede hacer nada y tan sólo conseguirías preocuparla.

Puede que fuera verdad, pero, desde luego, no era ésa la auténtica razón. Era muy probable que una recién casada todavía inexperta le confiara todo a su marido, y nosotros no conocíamos a Geoffrey lo suficiente como para estar seguros de su discreción.

* * *

Me desperté antes del amanecer y no pude volver a dormir. Al lector no le costará mucho imaginarse por qué. Los niños (no puedo evitar seguir pensando en ellos como si lo fueran) habían estado involucrados en su arriesgada y desagradable búsqueda durante, al menos, una semana. Antes de saberlo, podía dormir sin problemas, pero ahora que me habían puesto al corriente creía que iba a ser incapaz de hacerlo hasta que volvieran sanos y salvos a casa.

Aparté la fina sábana con la mayor precaución pero, cuando estaba a punto de deslazarme silenciosamente fuera de la cama, un brazo me envolvió y me devolvió de nuevo a ella.

- Si lo que intentas es ir corriendo hasta el *Amelia,* te aconsejo que no lo hagas -me dijo Emerson al oído-. Dentro de poco amanecerá y, si no han vuelto todavía, Lía se acercará hasta aquí.

- Si tú lo dices -le contesté secamente, deseando que no hubiera hablado tan cerca de mi pabellón auditivo: los susurros de Emerson taladran los oídos.

- Lo digo -su otro brazo me aprisionó con más fuerza, atrayéndome hacia él.

- Creí que estabas dormido.

- Es evidente que no lo estaba.

Era evidente que no lo estaba.

Si lo que trataba era de distraer mis pensamientos de los muchachos lo consiguió, aunque sólo fuera por poco tiempo. Cuando finalmente me levanté, estaba amaneciendo pero, por una vez, la salida del sol no iba acompañada del habitual rosa nacarado.

Como si quisiera estar en sintonía con mi estado de ánimo, aquél era un amanecer gris y húmedo. Una bruma blanca velaba las ventanas. Sabía que el sol disiparía aquella niebla en pocas horas pero su visión intensificó la inquietud que había vuelto a sentir cuando se acabaron las encantadoras atenciones de Emerson. Como la oscuridad, la niebla ampara a los asesinos.

Cuando bajamos a desayunar, me sentí aliviada al comprobar que Lía se encontraba ya allí. También Nefret pero, en un primer momento, tan sólo tuve ojos para mi sobrina, cuyo saludo me indicó que mis temores habían sido innecesarios.

- David llegará enseguida, él y Ramsés han estado hablando hasta altas horas de la madrugada.

- Ah -exclamé-. ¿Ramsés viene con él?

- Se fue directamente a Harvard Camp -Lía sonrió con afecto-. No te preocupes, tía Amelia, me aseguré de que Ramsés comiera algo antes de salir.

- Mmm -murmuró Emerson. Miró a Nefret, cuyo desayuno estaba todavía intacto-. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

- No, señor -se habría limitado a decir esas palabras si no hubiera sido porque la penetrante mirada de Emerson resulta bastante difícil de ignorar-. No he dormido muy bien -admitió.

- ¿Uno de tus sueños? -inquirí.

- Sí -cogiendo el tenedor, tomó un poco de huevo revuelto.

Sabía que no diría nada más: nunca hablaría de aquellas pesadillas que la habían afligido durante años. Eran poco frecuentes, pero muy perturbadoras y, según decía, no recordaba nunca su contenido. Yo no acababa de creérmelo pero mis esfuerzos por convencerla para que hablara de ello, conmigo o con un médico, no habían servido para nada.

Los demás no tardaron en llegar; primero David y, pocos minutos después, Geoffrey. Fátima se sentía en el séptimo cielo, con toda aquella gente a la que atiborrar de comida; nos estuvo presionando para que aceptáramos sus dulces y no dejó ni por un momento de servir comida recién hecha sobre nuestros platos. Hicimos lo que pudimos para comérnoslo todo pero, al mirar alrededor de la mesa, pensé que nunca había visto antes tantas caras ojerosas y tantos párpados caídos. Los únicos que parecían encontrarse bien eran Geoffrey y Emerson. No pude por menos que

preguntarme cómo era posible que aquel muchacho hubiera dormido tan bien mientras su mujer sufría las punzadas de la pesadilla… Y, entonces, deseché la conjetura que, repentinamente, acababa de pasar por mi mente.

Al sentir mi mirada clavada en él, Geoffrey levantó la vista del plato y me dirigió una alegre sonrisa.

- Debería de haber venido con nosotros ayer por la noche, tía Amelia. Tuve una conversación muy interesante con *Sir* John.

- No quiero oírla -manifestó Emerson-. Es hora de ponernos en marcha.

Emerson, interpretando erróneamente mis motivos, vetó mi propuesta de atravesar la meseta de Giza camino de las excavaciones, en términos que no dejaban lugar alguno a la discusión. La velocidad a la que caminaba tampoco dejaba lugar a ella. A nuestra llegada al emplazamiento, nos convocó a todos a una conferencia, Selim y Daoud incluidos.

- Por el momento he acabado con los cementerios -anunció-. Hoy limpiaremos el pozo, desde arriba.

Una decisión tan abrupta y arbitraria como aquella fue aceptada sin rechistar por aquellos que lo conocían bien. Al observar que Geoffrey tenía los ojos abiertos como platos y que estaba a punto de decir algo, me vi en la obligación de intervenir para ahorrar al muchacho la reprimenda que su pregunta le hubiera ocasionado con toda seguridad.

- No pretendo poner en duda la naturaleza dictatorial de tus decretos, Emerson -dije-, pero quizás podrías condescender a explicarnos las razones que te mueven a proceder de este modo y qué es lo que esperas conseguir…

Emerson suspiró profundamente, como haría un sabio paciente al tener que vérselas con un niño algo torpe.

- Creí que resultaría obvio pero, ya que insistes. ¿Dónde está el plano de Barsanti? -empezó a tirar papeles a su alrededor-. Ah, aquí está.

Tras reunimos alrededor de la mesa, Emerson nos explicó su idea, usando la boquilla de su pipa como puntero.

- Esta larga escalera en descenso y este pasadizo constituyen la entrada a la infraestructura. ¿Por qué construir entonces un pozo que sube directamente hasta la superficie desde el final del primer

pasadizo?

- Quizá lo construyeran los ladrones de tumbas -sugirió Selim.

Emerson lanzó un bufido.

- Conoces perfectamente los túneles que hacía esa gente, Selim. Este pozo fue construido por albañiles que conocían su oficio y no por ladrones apresurados que no quieren ser descubiertos. Puede tratarse de una construcción posterior. Quiero comprobar qué es lo que hay dentro si es que, efectivamente, hay algo. ¿Contesta esto a tu pregunta, Peabody?

- Sólo en parte. ¿Tienes entonces la intención de concentrarte en la infraestructura?

- Lo que pretendo es despejar el lugar -la atractiva cara de Emerson adoptó una expresión de demoniaco placer-. Conseguí que Reisner admitiera que no hizo nada ahí abajo el año pasado. Las excavaciones de Barsanti no siguieron el método adecuado. Quiero proceder lenta y metódicamente, tomando todas las precauciones que sean necesarias. Por eso quiero que el pozo esté completamente limpio antes de que entremos en la infraestructura.

De no haber tenido otras cosas rodándome por la cabeza, el nuevo plan de Emerson me habría encantado ya que era, ni más ni menos, lo que había estado deseando. No le faltaba razón al querer despejar el pozo antes de proceder a las investigaciones en la infraestructura: si aquello que lo obstruía se desprendía, varias toneladas de piedra y arena caerían directamente en los pasillos que se encontraban más abajo.

La ligera depresión del terreno que indicaba la entrada superior del pozo era, en apariencia, igual a las restantes que cubrían aquella escabrosa zona pero, como no podía ser menos, nosotros habíamos establecido su precisa localización al trazar nuestros planos. Emerson puso a los hombres a trabajar, indicándoles una zona que ya habíamos excavado pensando que se trataba de un depósito. Poco tiempo después, la arena desaparecía rápidamente mientras los porteadores de cestos iban y venían al trote, muy ocupados y acompañando su tediosa tarea con una especie de canturreo. Al menos aparentemente, habían superado el miedo supersticioso por aquel lugar que les había provocado el descubrimiento del cuerpo de Maude.

Al expresar mi optimismo a Emerson, este sacudió la cabeza.

- Están al aire libre y a una cierta distancia del punto donde fue encontrado el cuerpo. No será tan fácil persuadirlos de que entren en la pirámide.

- Esperemos que no suceda nada más.

Emerson alzó su mandíbula.

- Me aseguraré de que no.

Con las manos sobre las caderas, absorto, no dejaba de observar con sus penetrantes ojos a los hombres que se encontraban en la hondonada llenando los cestos. Sabía que estaba a la espera de que se produjera el más leve movimiento bajo sus pies desnudos y sus atareadas manos, preparado para apresurarse a rescatarlos en cuanto se produjese el hundimiento. Yo, por mi parte, me quedé a su lado, preparada para rescatarle si era necesario.

Selim y él vieron el objeto al mismo tiempo; sus gritos hicieron que aquéllos que cavaban en ese momento detuvieran su actividad. Antes de que pudiera detenerlo, Emerson se encaminó precipitadamente hacia allí. Le seguí.

Se trataba de un hueso, demasiado grande para ser humano; había también otros, medio enterrados por una capa de fina arena, dispuestos a su alrededor, cubriendo una área aproximada de un metro cuadrado.

Emerson le bastó una sola mirada para identificar aquel depósito.

- Enterramientos de animales -murmuró-. Fueron momificados: esto es un trozo de lino. Está bien, Selim, quita con un cepillo la arena pero no muevas nada hasta que no saquemos unas fotografías.

Había varios estratos de huesos y cuernos de carneros, cabras, gacelas, bueyes, separados los unos de los otros por capas de arena fina. A pesar de que todos nuestros esfuerzos se concentraron en esa zona, los progresos eran lentos ya que Emerson insistía en seguir el procedimiento paso por paso.

De modo que seguimos desenterrando huesos hasta que yo ordené que hiciéramos una pausa. En ocasiones me veía obligada a hacerlo dado que, de lo contrario, Emerson hubiera seguido adelante hasta que se hubiera hecho de noche o hasta que uno de nosotros hubiese caído redondo. Me preocupaba el modo algo torpe y lento con el que se movía David. Geoffrey se había estado

burlando de su apariencia un tanto soñolienta hasta que mi cortante mirada puso fin a sus bromas sobre los recién casados.

No había conseguido que alguien me diera algo de información en todo el día. Mis intentos por atraer a David habían sido inútiles. Lía no se separó de él ni por un momento y, cuando le insinué que se fuera a cualquier otro sitio a hacer alguna otra cosa, me ignoró por completo. Estaba claro que David sabía algo que no quería que *yo* supiera y que tanto Lía como Emerson habían conspirado con él para que yo no me enterara.

Nunca consiento ese tipo de situaciones; por ello le pedí a Emerson que me acompañara en el camino de vuelta a casa, y mantuve el caballo al paso durante todo el trayecto.

- ¿Qué sucedió la noche pasada? -pregunté- ¿Fueron capaces de identificar al hombre que buscaban? ¿Qué es lo que van a hacer ahora?

- No lo sé -dijo Emerson.

- ¡Maldita sea, Emerson! Sabes que no me gusta que se me oculten las cosas. Si no me lo dices…

- ¡No grites! -bramó Emerson. Geoffrey que iba a caballo delante de nosotros con Nefret, volvió su cabeza y nos miró.

- Mira lo que has hecho -dije.

- ¡Yo no he hecho nada, maldita sea! Está acostumbrado a que nos gritemos, lo hacemos todo el tiempo -a pesar de todo, moderó el tono de su voz-. No he tenido oportunidad de hablar tranquilamente con David. Tan sólo me ha dicho que tuvieron una pequeña dificultad la pasada noche pero que no hubo daños. Quieren volver a intentarlo esta noche y, en el caso de que fracasen de nuevo, tendremos que estudiar el asunto con más detenimiento.

- Supongo que debería contentarme con eso.

- Ya lo creo que deberías. Y yo también -su forma de apretar los labios y el blanco en los nudillos de la mano que asía las riendas traicionaron una frustración que yo también compartía. Al cabo de un rato añadió-: ¿Crees acaso que no me gustaría ir con ellos? Pero es mejor que no lo haga: mi presencia no haría sino aumentar el riesgo. No hay nada que yo pueda hacer para ayudarlos excepto, quizá, proporcionar un motivo de distracción.

- Así que por eso has anunciado que ibas a investigar en la infraestructura.

- Ésa fue una de las razones -dijo Emerson sonriente-. También quiero comprobar qué es lo que hay ahí abajo.

Lía y David no se quedaban a tomar el té con nosotros. Ramsés tenía que encontrarse con ellos en la *dahabiyya* y quizá, según dijo Lía de manera despreocupada, se quedaría a pasar con ellos la noche. De hecho, había dejado allí artículos de aseo y ropa para cambiarse.

- Tráelo mañana a desayunar -le dije.

Fue una orden y no un ruego: la única respuesta posible era «sí» y ésa fue, precisamente, la respuesta que Lía me dio.

Tras dejar los caballos, siguieron a pie con los brazos entrelazados mientras los otros iban a cambiarse. Nefret, que se había quedado rezagada, me detuvo.

- Geoffrey se pregunta si Ramsés está tratando de evitarlo -me dijo-. Le prometí que hablaría contigo.

- No entiendo qué es lo que le puede hacer pensar una cosa así -le dije, algo confundida.

Ella no me contestó pero se quedó mirándome con una particular ausencia en la expresión. Me dije a mí misma que quizá había aprendido ese pequeño truco de mí: es un modo más fácil de conseguir una respuesta que el de insistir en hacer preguntas.

- Disfruta con la compañía de David -dije al final-. Ya sabes lo unidos que están. Él, bueno, no me cabe duda alguna de que también intenta ser delicado con vosotros dos.

Esperaba que no me preguntara qué era lo que había querido decir porque ni tan siquiera yo lo sabía. Aparentemente al menos, aceptó mis explicaciones ya que, tras asentir con la cabeza, se marchó.

Durante la cena, la conversación versó únicamente sobre arqueología y se mantuvo casi por completo entre Emerson y Geoffrey. Este último parecía muy interesado en nuestros huesos (en los que habíamos encontrado, claro está).

- ¿No se tratará, tal vez, de sacrificios en honor al faraón muerto? -preguntó.

- No cavaron el pozo para enterrar en él animales muertos -respondió Emerson-. Éstos son de fecha posterior. Imagino que te habrás dado cuenta de que el hoyo en el que se encuentran es más pequeño que el mismo pozo.

Me temo que no les presté toda la atención que se merecían. Supongo que al lector no le resultará difícil imaginar el lugar por dónde vagaban mis pensamientos.

Tras una noche insomne (por mi parte), nos levantamos temprano. De nuevo la bruma velaba las ventanas y de nuevo me precipité al piso de abajo. Nefret y Geoffrey se encontraban ya allí y Fátima les sirvió antes de que, finalmente, llegaran los demás. Verlos de nuevo me produjo un alivio inexplicable, pero un segundo vistazo a Ramsés puso en mis labios una exclamación que sin perder tiempo me apresuré a reprimir.

Aunque, para ser más exacta, debería decir que fue Emerson el que la reprimió colocando su servilleta con firmeza sobre mi boca.

- Tienes algo de mantequilla en la barbilla, querida -dijo-. Déjame que te la quite.

Mi querido Emerson y yo nos comunicamos sin necesidad de palabras, y a él tampoco se le habían escapado los signos de agotamiento que mostraba la cara de su hijo. No pasó mucho tiempo antes de que su aguda inteligencia y su afectuoso interés paternal determinaran el modo en que había que proceder.

- Que todo el mundo me preste atención -dijo-. Es necesario hacer algunos cambios en nuestro programa. Ramsés, necesito que dejes a Reisner por un par de días. Geoffrey puede ocupar tu lugar.

Geoffrey se atragantó con el café y tuvo que ocultarse tras su servilleta.

- ¡No puedes llevar y traer a la gente de aquí para allá como si se tratara de picos y palas! -exclamé-. ¿Has hablado ya con el señor Reisner sobre ello?

Geoffrey carraspeó y dijo:

- Me temo que no estará de acuerdo, señor.

Emerson dejó caer el puño sobre la mesa.

- ¡Reisner no es Dios Nuestro Señor! Tendrá que estar de acuerdo porque soy yo el que lo digo. Necesito que Ramsés revise las pruebas de uno de los volúmenes de mi historia. Ayer recibí otra carta de la maldita Oxford University Press diciéndome que, a menos que reciban las pruebas antes de finales de febrero, tendrán que retrasar la publicación del texto seis meses más. Respeto tus conocimientos de la lengua, Geoffrey, pero espero que no te ofendas si te digo que no se pueden comparar con los de Ramsés. Además, él

ya conoce el material.

Emerson no suele condescender a dar ningún tipo de explicaciones, por eso no dejaba de resultar sospechoso que aquella hubiera sido tan detallada. Estaba segura de saber el motivo real de todo aquello y he de decir que me dejó admirada por su espontaneidad.

- ¿Alguna objeción más? -inquirió Emerson, mostrando su ceño a todos y cada uno de nosotros-. Umm. Me detendré un momento en Harvard Camp, camino de las excavaciones, y pondré al corriente a Reisner sobre lo que he decidido. Será mejor que vengas a caballo conmigo, Geoffrey, y que te quedes en Giza por si te necesitan. Ramsés, ven a mi estudio y te enseñaré lo que tienes que hacer antes de que me marche. El resto de vosotros, preparaos para salir.

- Sí, señor -dijo Ramsés, mientras acompañaba a Emerson fuera de la habitación.

Tras esperar cinco minutos, les seguí. Emerson abandonaba en ese momento su estudio. A través de la puerta abierta pude ver a Ramsés dormido sobre el sofá, inmóvil como la efigie de un caballero sobre una lápida; sus manos caídas a ambos lados de su cuerpo y sus largas pestañas apoyadas contra sus mejillas le daban un aire de extraordinaria inocencia. Emerson cerró la puerta.

- No podía esperar -le expliqué-. ¿Tuvieron suerte anoche? Esto… está bien, ¿no es así?

Emerson me dio un rápido beso.

- Lo único que necesita es dormir. Era el único modo que tenía para explicar su ausencia del trabajo.

- Un modo muy inteligente, Emerson.

- Mmm -Emerson se llevó los dedos al hoyuelo de la barbilla, como hacía siempre que se ensimismaba en sus pensamientos-. Nunca lo he visto tan agotado, Peabody, y es algo más que puro cansancio físico, hay también algo de agotamiento nervioso. ¿Estaba enamorado de esa chica?

- ¿De Maude? Oh, no.

- Y se supone que tú deberías saberlo -cogiéndome del brazo, me condujo hacia la entrada de la casa-. Caramba, parecemos un par de cotillas de la alta sociedad. Sobre lo que pasó ayer por la noche podrás, y no me cabe duda de que lo harás, interrogar a David una vez consigas tenerlo todo para ti. Arreglaré las cosas de modo que

hoy pueda descansar algunas horas.

- ¿Van a salir de nuevo?

- No lo sé. Ramsés casi se queda dormido de pie y yo no quería hacer esperar a los demás.

* * *

Aunque la bruma comenzaba a alzarse, sobre la meseta de Giza era todavía muy densa; cuando Geoffrey y Emerson tomaron uno de los caminos laterales, la blanca niebla se adhirió a ellos, envolviendo gradualmente sus siluetas. El resto de nosotros siguió adelante por el camino principal, abarrotado por el tráfico habitual de la mañana, de camellos a ciclistas. Cabalgar los cuatro alineados no hubiera sido muy cortés (o seguro, teniendo en cuenta el temperamento de los camellos) de manera que dije a las muchachas que nos adelantaran. Era también un modo para quedarme a solas con David y poder sacarle toda la información que me fuera posible. Como método, elegí el ataque directo.

- ¿Qué le ha pasado a Ramsés en las manos?

- ¿En las manos? -la mirada de sorpresa de David no hubiera conseguido engañar a un niño.

- Estaban todas verdes.

- Oh, Señor. Creí que habíamos conseguido quitarnos esa cosa.

- He visto el ungüento de Kadija demasiado a menudo como para no reconocerlo, incluso en una mañana nublada como ésta y mientras el que lo lleva hace lo que puede para ocultar sus palmas. No es fácil de quitar con agua y jabón. ¿Qué ha sucedido?

- Apenas unas quemaduras producidas por una cuerda -dijo David-. Estaba colgado y tuvo que descender lo más rápido que pudo de una de ellas.

- ¿Porque le estaban disparando?

- Por Dios, no -David trataba de reírse-. Intentaban tan sólo…, mmm…, cortar la cuerda. Fue una caída considerable, sabe. Sobre un suelo de piedra.

Me dio la sensación de que parecía un poco nervioso, así que seguí presionándole.

- ¿Cuándo fue eso?

- Anteanoche.

- Por eso trataba de evitarme ayer -dije pensativa-. ¿Pudieron verlo?

- Cree que no.

- Crees que no -repetí-. ¿Y a ti?

- No, yo estaba debajo.

- ¿Y qué fue lo que sucedió ayer por la noche?

- Nada -David cogió su pañuelo y se secó las cejas con él-. Algo salió mal. ¡Oh, qué demonios! Más vale que se lo cuente.

- Más vale que lo hagas.

- Bien, veamos, una de las cosas que Ramsés escuchó antes de que a alguien se le ocurriera acercarse a la ventana fue que Failani estaba a punto de encontrarse con, bueno, con el *Effendi* ayer por la noche. Por desgracia, no mencionaron el lugar de la cita. Lo único que podíamos hacer era seguir a Failani y así hicimos, durante seis malditas, perdóneme, tía Amelia, durante seis horas. En todo ese tiempo visitó varios sitios bastante interesantes pero no pudimos llegar a saber si tuvo lugar el encuentro. Deberíamos de haberlo hecho pero no pudimos entrar con él… en ciertos lugares.

Decidí no insistir demasiado en ese tema.

- Bueno, la noche anterior se habían percatado de la presencia de Ramsés, aunque no fueran capaces de reconocerlo. ¿No se os ha ocurrido pensar que, quizá, Failani se imaginó que lo seguirían y trató de despistaros en lugar de asistir a la cita? Puede que incluso os haya hecho seguir a *vosotros.*

- Sí, señora -dijo David con aire desdichado-. Se nos ocurrió. Al cabo de un cierto tiempo.

- David, todo esto está empezando a resultar muy peligroso. Debéis de dejarlo.

- No depende de mí -dijo David, amable pero firme-. Dondequiera que vaya mi hermano, allí iré yo también.

Emerson llegó a las excavaciones poco tiempo después que nosotros. Cuando le pregunté qué era lo que el señor Reisner había dicho pareció sorprendido.

- No dijo nada. ¿Qué era lo que tenía que decir? -tras inspeccionar varias veces a David de pies a cabeza, frunció el ceño-. David, creo que no te necesitaré durante unas cuantas horas. Ve a la zona sur y saca algunas fotografías de la zona que se encuentra al pie de la pirámide. Debe haber algún tipo de revestimiento, maldita sea. ¿Selim? Dónde demonios estás… Ah. Volvamos de nuevo al pozo.

- ¿Quiere que ayude a David con las fotografías? -preguntó Nefret.

- No, Lía puede echarle una mano. -Intentaba no mirarla mientras hablaba con ella y eso me entristeció. Tanto Emerson como yo habíamos ocultado en ocasiones nuestros planes a los niños, pero hasta entonces nunca habíamos tratado a Nefret como si fuera una extraña. Sin embargo, en cierto sentido lo era. Ahora debía lealtad a otro y, aunque Geoffrey no resultara ser al final el malvado que íbamos buscando, no podíamos confiar, de todos modos, en su reserva y comprensión. En lo relativo a las actividades de Ramsés y David, la situación resultaba extremadamente delicada.

Pensando en ello, me di cuenta de lo estrechamente unido que nuestro grupo había estado durante todos aquellos años. Estaba segura de que, con el paso del tiempo, Geoffrey entraría también a formar parte de él. A la gente corriente le costaba un poco acostumbrarse a nosotros.

Lía y David se marcharon, no a sacar fotografías, sino a robar algunas horas de sueño mientras los demás volvíamos al pozo. Las dimensiones de la fosa de los animales se hacían más evidentes a medida que se hacía más profunda. Era más estrecha que el pozo y la hipótesis de Emerson según la cual debía ser también de fecha posterior se vio confirmada con el descubrimiento de algunos amuletos de porcelana y algunas figuras de animales de madera junto a los huesos. David y Lía se unieron de nuevo a nosotros para comer; el muchacho parecía mucho más reposado, tanto es así que, cuando volvimos al trabajo en el pozo, quiso acompañarnos. Mientras seguíamos desenterrando huesos, la repentina desaparición del sol del atardecer tras un banco de nubes arrojó una sombra crepuscular sobre la escena.

- ¡Maldita sea! -exclamó David, quien en ese momento trataba de hacer una exposición fotográfica.

Emerson lanzó una iracunda mirada al banco de nubes. Bordeado por los rayos del sol que había ocultado, colgaba sobre el cielo del oeste como una cortina color púrpura, guarnecida de oro. «Maldita sea», repitió.

No le preocupaban las dificultades para sacar fotografías, sino las posibles consecuencias de un aguacero así que empezó a gritar y a dar órdenes: «Nefret, deja de clasificar esos huesos y colócalos en

los cestos. Selim, Daoud, traed el toldo del refugio y colocadlo sobre la fosa. Necesitamos piedras grandes para sujetar las esquinas. David, empaqueta las cámaras. Peabody, Lía…».

Yo me encontraba ya camino del refugio, dispuesta a recoger nuestras notas y papeles y a envolver los restos de comida. Era alentador ver cómo todo el mundo se dispersaba rápidamente, cada uno a cumplir con su específica tarea, con la eficacia conseguida tras los largos años de experiencia. La lluvia se retrasaba, pero el cielo se oscureció y se levantó un fuerte viento que tiraba del lienzo de tal modo, que nos costó Dios y ayuda colocarlo en su sitio y conseguir que permaneciera allí.

Los trabajadores habían escapado, corriendo en dirección a su pueblo; tan sólo se habían quedado nuestros hombres más fieles, quienes ahora seguían trabajando con un empeño igual al nuestro.

Me tumbé sobre una parte del lienzo para sujetarlo hasta que Daoud pudiera fijarlo con otra piedra, a la vez que admiraba aquella inusual manifestación atmosférica. El cielo de poniente se había aclarado pero la extraordinaria sombra arrojaba una luz misteriosa sobre los cultivos. Hacia el norte, el negro perfil de las pirámides contrastaba contra el carmesí de una rasgadura en las nubes. Otra forma apareció ante nuestros ojos en aquel momento: caballo y jinete acercándose al paso. El elegante perfil de *Risha* no dejaba lugar a dudas aunque, más bien, quizá debería decir el perfil de Ramsés. Alguien había afirmado alguna vez que mi hijo cabalgaba como un centauro y lo cierto es que, en ese momento, recordaba a uno de ellos: las formas de ambos, hombre y caballo, se armonizaban en una única silueta.

Se encontraban todavía a una cierta distancia cuando un repentino estallido hizo que me sobresaltara y que alzara la vista. El nuevo estallido me hizo comprender lo que debería de haber sabido ya al oír el primero: aquello no era un trueno sino el disparo de un rifle. Mientras me ponía de pie con un salto, pude oír el tercer disparo y ver cómo Ramsés caía sobre el cuello del caballo.

A pesar de ello, se mantuvo sobre el animal, y cuando *Risha* finalmente se detuvo, volvió a incorporarse y a contemplar con un cierto desdén al agitado grupo que los había rodeado. Todos habíamos corrido como una exhalación y lo mismo había hecho *Risha*, dirigiéndose directamente hacia nosotros. Tras entregar a su

jinete, volvió su cabeza y lanzó un resoplido interrogativo al brazo de Ramsés quien me miró, enarcando las cejas.

- Guarde su pistola, madre. ¿Puedo preguntarle a quién pretendía disparar?

Inconsciente de haberla sacado del bolsillo, la miré sorprendida. Emerson asió mi mano.

- No te apuntes a la cara, Peabody, ¡maldita sea! Ramsés, ¿estás herido?

- No.

- Entonces, ¿por qué parece que te vayas a desmayar? -le dije, enfadada y en tanto que Emerson me cogía la pistola.

- Me pareció oportuno ofrecer un blanco más reducido.

- Hay sangre en tu camisa -dijo Nefret.

- Mermelada -dijo Ramsés-. He tomado el té con Sennia.

Capítulo 13

Mis heridas eran de poca consideración, pero la doncella insistió en vendarlas con las bandas de tela que había arrancado de su diáfano vestido…

Propuse que nos separáramos para buscar al asesino, pero mi sugerencia fue unánimemente rechazada. Ramsés afirmó que no podía asegurar de dónde habían provenido los tiros; Nefret declaró que ese modo de proceder era extremadamente temerario; Lía señaló que la creciente oscuridad contribuiría a que nuestra búsqueda resultara en vano. David no tuvo ocasión de decir nada y, en cuanto a los feroces comentarios de Emerson, creo que no se pueden reproducir en estas páginas.

Cuando acabamos de empaquetar todo, nos encaminamos hacia casa. Al llegar, la lluvia caía con fuerza, salpicando en la fuente y formando charcos en el suelo embaldosado del patio. Fátima había visto llegar la tormenta y había puesto los muebles tapizados y los almohadones a cubierto.

Tan pronto como Emerson hubo colocado sus preciosas cajas de huesos y fragmentos en un lugar seguro, se dirigió hacia el patio a través de la puerta de entrada. Esto era, precisamente, lo que me había imaginado así que tuve tiempo de interceptarlo a la altura de la *takhtabosh,* donde el portero se había guarecido de la lluvia, sentándose en uno de los bancos.

- ¿Dónde se supone que vas? -le pregunté-. Estás empapado hasta los huesos. Cámbiate de ropa inmediatamente.

- ¿Para qué? Me volveré a mojar de nuevo -dijo Emerson.

La puerta de la calle se abrió, dando paso a Ramsés y David, que venían de los establos de dejar los caballos.

- ¿Qué sucede? -preguntó David.

Comprendo que lo preguntara: la imagen que dábamos en aquel momento resultaba un tanto belicosa.

- Estoy tratando de impedir que corra a casa del señor Reynolds y le acuse de intento de asesinato -le expliqué, asiendo con fuerza la manga de la camisa de mi impulsivo marido-. Ahí te dirigías, ¿no es así, Emerson?

- Quiero cogerlo antes de que tenga tiempo de esconder las pruebas -gruñó Emerson-. Apártate de mi camino, Peabody.

- Ya es demasiado tarde para eso -dijo Ramsés-. Suponiendo que hubiera alguna prueba que esconder.

- Tienes razón -asentí-. Lo que necesitamos ahora es pensar con calma las cosas y no actuar de manera precipitada. Id a cambiaros y luego nos reuniremos en la sala de estar para celebrar un consejo de guerra.

Dado que, antes de atender a mis propias necesidades, tuve que asegurarme de que Emerson cumpliera lo que le había dicho, fui la última en unirme al grupo. La sala de estar resultaba muy acogedora con las lámparas encendidas y el suave murmullo de la lluvia, que caía fuera, entrando por las ventanas abiertas. Nefret había dado a Lía ropa para que David pudiera cambiarse de modo que éste llevaba puesta una de las *galabiyyas* de Ramsés y Geoffrey…

¡Lo había olvidado por completo! El sentimiento de culpa hizo que lo saludara con mayor efusión de la que el momento realmente requería. Respondiendo a mi pregunta, me explicó que había vuelto a casa aquella tarde con la intención de descansar unos minutos pero que, en cambio, se había quedado profundamente dormido. Llegado a ese punto de su relato, un repentino ataque de tos le impidió seguir adelante.

- Esa tos está empeorando -le dije-. Deberías de dejar que yo, bueno, dejar que Nefret…

- Quizá él te lo permita -dijo Nefret, sonriendo ante mi inadvertido *fatuo pas,* a pesar de que tenía el ceño fruncido, y eso arrugaba la suave superficie de su ceja-. Se niega a ver a un médico y tampoco me permite que lo examine.

- Es sólo el polvo -protestó Geoffrey.

- Tómate un whisky con soda -dijo Emerson, quien tiene muy

poca paciencia para las enfermedades, ajenas o propias-, y después trataremos nuestro asunto. ¿Te ha contado Nefret la última aberración de tu amigo Reynolds?

- Sí, señor -dijo Geoffrey en voz baja-. Creí que estaba mejor.

- Me parece -intervino Ramsés-, que estáis ignorando uno de los principios básicos de la ley británica: no tenemos prueba alguna de que haya sido Jack Reynolds el que disparó esos tiros.

- Estaba intentando conseguir esa prueba cuando tu madre me lo impidió -contestó Emerson, mientras me pasaba el whisky con soda y me dirigía una mirada poco amistosa.

Ramsés se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas.

- Todo eso está muy bien, señor, y estoy de acuerdo con usted en que alguien debería de ir a visitar a Jack; pero antes debemos considerar qué es lo que esperamos averiguar. Ha tenido tiempo más que suficiente para limpiar y volver a colocar el arma en su sitio. Si tiene una coartada para el momento crítico, mejor que mejor; si no la tiene, seguimos sin tener una prueba definitiva de su culpabilidad.

- Mmm -dijo Emerson-. Preguntar no puede causar daño alguno, ¿no es así? ¿Tengo vuestro permiso para ir a ver al señor Reynolds y pedirle que me cuente, con el tacto y la delicadeza más absolutos, dónde estaba y qué era lo que estaba haciendo esta tarde aproximadamente a… qué hora era?

Estas palabras fueron seguidas por otra breve discusión que no nos llevó a ninguna parte. A ninguno de nosotros parecía preocuparnos demasiado el tiempo. Fue Emerson quien declaró al cabo de un rato que habíamos hablado demasiado y que su intención era la de ponerse en marcha en ese mismo momento. Solo.

Creo que no hará falta que diga que lo acompañé. Casi había dejado de llover y el aire de la noche era refrescante. Emerson llevaba su linterna y yo mi paraguas. Mi marido se negaba a ponerse bajo él o a caminar pegado a mí, ya que aseguraba que las varillas le golpeaban en la cara, así que caminamos, chapoteando en los charcos y en el barro, como dos extraños yendo en la misma dirección.

Iba ensimismada en mis pensamientos, y Emerson -estaba

segura- en los suyos. Había conseguido convencer a Lía para que ella y David se quedaran a cenar con nosotros, sabiendo de antemano que se marcharían cuando hubiéramos acabado, acompañados de Ramsés, y que apenas poco tiempo después, él y David se encontrarían camino de El Cairo para enfrentarse a sólo Dios sabe qué terribles peligros. Llegué a desear que Ramsés hubiera resultado herido por una bala, sin que ésta le tocara un órgano vital pero sí en un punto que lo tuviera inmovilizado durante unos pocos días. La pequeña casa que, una vez, había estado llena de alegría e inofensivo placer, ahora se encontraba desolada y abandonada. Apenas sí se veía alguna luz. Las gotas de lluvia caían, en triste melodía, de los árboles que se encontraban a nuestro alrededor. El portero se había retirado, así que tuvimos que aporrear la puerta y llamar al timbre durante varios minutos antes de conseguir una respuesta y, cuando ésta llegó, no fue precisamente cordial.

- Váyanse -gritó una voz en árabe-. El *Effendi* no está en casa.

Emerson le respondió gritando. Su voz es inconfundible: antes de que hubiera pronunciado no mucho más que unas pocas palabras, el portón se abrió de golpe y un rastrero sirviente nos introdujo en la casa. Tras enviarlo a anunciar nuestra llegada, traté de persuadir a Emerson de que se secara los pies.

- ¿Para qué molestarse? -inquirió, mirando con ojo crítico el desorden que había en el hall de entrada.

Tuvimos que esperar bastante rato y, sólo cuando mi marido estaba ya a punto de perder la paciencia, alguien se acercó a nosotros. Creo que el lector podrá entender la sorpresa que me llevé al darme cuenta de que se trataba de Karl von Bork. No debería de haberme sorprendido tanto, sin embargo, ya que recordaba haber oído decir que Karl últimamente solía pasar la mayor parte del tiempo con su amigo Jack; lo que ambos podían tener en común, al margen de su mutuo interés por la egiptología, era algo que no podía concebir. Tan sólo cuando nos invitó a entrar con una inclinación en la sala de estar, pude observarlo con atención.

Era evidente que tanto él como Jack estaban disfrutando de una confortable velada masculina en casa. Para un hombre, estar cómodo significa, ante todo, ir lo más desastrado posible. Karl debía de haberse puesto su chaqueta con algo de prisa ya que la llevaba

mal abotonada y el intento de peinarse con las manos había resultado también un fracaso. Tenía la cara roja y la mirada perdida. Trató de excusar a Jack quien, según explicó, no se encontraba muy bien.

- ¿Quieres decir que está intoxicado? -inquirí-. Me entristece comprobar, Karl, que has apoyado su debilidad, bebiendo con él.

- Bebiendo no -dijo Emerson. Su nariz se arrugó. Con una zancada alcanzó la puerta e hizo girar el picaporte.

Despeinado y en mangas de camisa, Jack se encontraba arrellanado sobre un sillón, mirando hacia la puerta con ojos legañosos. Los almohadones del sofá estaban en desorden, cada uno a su manera, lo que me hizo suponer que el joven debía de estar tumbado sobre esa pieza del mobiliario cuando el sirviente acudió a llamarlo. Encima de una mesa cercana se podían ver un cenicero, una pipa y un plato de galletas de almendra, una de las cuales estaba mordida. Jack sostenía la pipa en la mano con dejadez. El humo que se arremolinaba por la habitación no olía a tabaco. Era el mismo extraño olor que en una ocasión yo había confundido con el de la podredumbre. Su origen era ahora cierto.

Me volví hacia Karl.

- ¡Qué vergüenza! -grité-. Oh, Karl, ¿cómo has podido? ¿Qué diría Mary?

Con los ojos llenos de lágrimas, Karl levantó el brazo para taparse la cara.

- Me sentía tan solo sin ella -dijo con voz entrecortada-. *Undfur die Kinder. Ach, Gott, ich habe* arruinado a mí mismo… traicionado *meine Geliebte…*

Los sollozos le ahogaban y lo que decía resultaba cada vez más incoherente. Distraída, le di unos golpecitos en la espalda. Emerson le quitó a Jack la pipa de las manos y lo sacudió con fuerza. La única respuesta fue una sonrisa casi imperceptible.

- Ha ido demasiado lejos -dijo Emerson-. Serán necesarias unas cuantas horas para que se le pasen los efectos. ¿Cuánto tiempo has estado aquí con él, Von Bork?

El tono duro de su voz devolvió a Karl alguna apariencia de hombría: se enjugó los ojos con el dorso de la mano.

- *Ich weiss nicht, Herr Professor* -murmuró-. Bastante tiempo.

Le ofrecí mi pañuelo.

- Serénate, Karl. Es de vital importancia que nos hagas un relato coherente de lo sucedido.

- Dudo que sea posible -dijo Emerson secamente.

Sometiéndole a un interrogatorio directo, conseguimos sonsacarle algunos retazos de información. Había estado en El Cairo, en el Instituto, y no en Giza. El sol brillaba todavía cuando llegó a su casa… O, al menos, eso creía. Jack llegó poco tiempo después. No, por desgracia no podía recordar cuánto tiempo después. De repente, había empezado a llover… Jack y él habían estado juntos desde entonces. En cuanto a lo del hachís, no era la primera vez que se abandonaban a él. Era Jack el que se procuraba la inmunda sustancia. No sabía dónde lo había adquirido.

El abatimiento había paralizado a nuestro amigo, de un modo tan profundo que hasta le impedía dejar correr sus lágrimas. No tardamos mucho en darnos cuenta de que no obtendríamos nada más de él aquella noche… en el caso de que volviéramos a obtener algo.

Emerson finalizó su interrogatorio y se dirigió hacia la caja donde se guardaban las armas de fuego. La llave estaba en la cerradura, y haciéndola girar, abrió la tapa.

- Lo único que veo son los famosos coks.

- Jack mencionó hace unos días que le habían robado una de las armas.

- Eso es precisamente lo que diría si tuviera la intención de usarla con propósitos homicidas -señaló Emerson-. Sin embargo, lo que usaron esta tarde no era un revólver.

Sacando las armas de su sitio, las examinó.

- No -dijo, volviendo a colocar la última de ellas-. Si uno de ellos fue usado, lo limpiaron posteriormente, quitando todos los restos de municiones. Al menos tiene bastante sentido como para no dejar un arma cargada dentro de la caja. Creo que hemos acabado, Peabody.

- ¿No deberíamos interrogar a los sirvientes, Emerson?

- Sería inútil -dijo Emerson-. Se limitarán a decirnos lo que les dijeron que tenían que decir o lo que creen que nosotros queremos oír. Von Bork, volveré a hablar contigo mañana.

Aquella masa informe dejó escapar un murmullo casi inaudible: *«Ja, Herr Professor»*. El rostro severo de Emerson se dulcificó ligeramente.

- No hagas ninguna estupidez -le advirtió.

Dejar aquella casa fue como salir de la cárcel: un calabozo en el que dos hombres se encontraban retenidos por grillos más difíciles de romper que cualquier otra cadena material. Emerson inspiró profundamente el aire limpio de la noche.

- No abras ese maldito paraguas, Peabody, ha dejado de llover. ¿No es cierto que resulta algo extraño que, de nuevo, sea Von Bork el que procure una coartada a un sospechoso de asesinato?

- No puedo creer que mintiera deliberadamente, Emerson. Estaba tan arrepentido la otra vez; tan agradecido por nuestro perdón. Puede que Jack lo haya engañado. La droga tiene extraños efectos.

- Eres irremediablemente compasiva, querida, pero te equivocas sobre los efectos impredecibles del hachís: dependen, sobre todo, de la constitución del que lo consume y de la pureza del mismo. La euforia es la reacción más común y también la razón por la que tanta gente consume esa maldita sustancia, pero junto a ella hay otras, y la mayor parte se pueden fingir.

Las nubes se abrían y las estrellas brillaban en el cielo de El Cairo. Emerson aflojó el paso. Sacó su pipa y yo me solté de su brazo para que pudiera llenarla, admitiendo que pudiera sentir la necesidad de su apoyo favorito en los momentos de reflexión.

- ¿Quieres decir que los remordimientos de Karl no eran ciertos, Emerson? ¿Que estuvo fingiendo todo el tiempo?

- Es una posibilidad.

- Pero eso querría decir… ¡Dios mío, eso querría decir que Karl es el hombre que andamos buscando! Proporcionó la droga a Jack, hizo como si fumara con él, se aprovechó del estado de Jack para salir sin que nadie se diera cuenta y seguir a Ramsés… Su coartada con Jack no era muy sólida, ya sabes. Fue demasiado vago con el tiempo.

La luz de una cerilla resplandeció. Emerson se rió entre dientes.

- Te precipitas en tus conclusiones de nuevo, Peabody. En esa historia hay un buen número de puntos oscuros. Poco a poco nos vamos acercando a la verdad, pero todavía estamos muy lejos de entender cómo encajan todas las piezas: los accidentes de Zawaiet el'Aryan, el tráfico de droga, las falsificaciones y la muerte de Maude Reynolds.

- ¿Crees que todos ellos tienen un denominador común?

- Tienen que tenerlo. Si no lo tuvieran, no sería juego limpio.

- Dios no siempre juega limpio -le hice notar.

- Por eso es por lo que no creo en él. Una deidad decente debería comportarse mejor que las criaturas que sacó del lodo.

Prefiero evitar las discusiones teológicas con Emerson. Sus opiniones son tan poco ortodoxas que pueden llegar a resultar dolorosas aunque, en ocasiones, me inquiete constatar lo cercanas que se encuentran a mis propias reflexiones.

Una vez en casa, el portero estaba en su sitio, preparado para abrirnos la puerta. Tuve un estremecimiento.

- Emerson, ¿no podemos evitar que los muchachos vayan a El Cairo esta noche?

- Has tenido uno de tus presentimientos, ¿no es así, Peabody?

- No necesito una premonición para saber que será peligroso. David me ha contado lo que pasó ayer por la noche. Es tremendamente sospechoso.

- Todo te parece tremendamente sospechoso -dijo Emerson con simpatía- Pero sé lo que quieres decir, hablaremos de nuevo con los chicos después de cenar.

Era mucho más tarde de lo que pensábamos, así que nos dirigimos directamente al comedor. Sin perder tiempo, Emerson agasajó a los demás con la descripción de lo que nos habíamos encontrado en casa de Jack. No era la conversación más apropiada para una cena pero, de todos modos, la mayor parte de nuestras conversaciones tampoco lo eran.

Geoffrey fue el que más se inquietó.

- ¡Hachís! Eso es peor de lo que me temía. ¿Dónde puede haberlo conseguido Jack?

- Dado que es ilegal, se habrá tenido que mover con discreción para adquirirlo -contestó Ramsés-. Pero, aparte de eso, no le habrá resultado difícil.

- Karl también -murmuró Nefret. Sabía que estaba pensando en Mary y los niños.

- No perdamos tiempo con lamentaciones inútiles -dije, enérgica-. En lugar de eso deberíamos de emplear nuestra inteligencia para responder a las cuestiones que plantea un descubrimiento como éste.

Todos se mostraron de acuerdo pero hubo pocas respuestas; parte de la dificultad se debía al hecho de que había que evitar la otra «conexión hachís», tal y como yo la llamaba. Era comprensible que Ramsés insistiera en no decirle nada a Nefret al respecto, pero omitir cualquier mención al asunto hacía condenadamente difícil la discusión sobre lo que habíamos averiguado aquella noche. En varias ocasiones sentí que estaba a punto de que se me escapara alguna cosa, pero allí estaba Ramsés, sentado y cerniéndose como un ave de presa, listo para prevenir cualquier error y para precipitarse sobre el culpable cuando llegara el momento.

- Le prometí a Von Bork que volveríamos a tener otra pequeña charla mañana -concluyó Emerson-. Interrogaré a Reynolds al mismo tiempo. Puede que no consiga nada más pero, al menos, le meteré el miedo a Dios en el cuerpo.

- El miedo a Emerson, más bien -dije-. ¿No puedes quitarle las pistolas?

- Bien pensado -admitió Emerson, frotándose la barbilla-. Ese arsenal resulta demasiado accesible, tanto para Reynolds como para todo aquel que se quiera servir de él. Tengo entendido que ya se ha producido un robo. ¿Sabes qué fue lo que se llevaron, Geoffrey?

- No, señor -el joven torció los labios en un gesto de disgusto-. Ya le dije que aborrezco las armas de fuego. No sabría distinguir una de otra.

- Has mencionado los cok dijo Ramsés-. Había dos: nuevos y en perfecto estado, calibre cuarenta y cinco. También tiene, o tenía cuando vi la colección el primer día que almorzamos con los Reynolds, un Winchester con tambor de doce pulgadas; dos fusiles, un Springfield y un Mauser Gewehr y una pistola Luger.

Al ver la mirada de escepticismo de Geoffrey le expliqué:

- A Ramsés rara vez le falla la memoria, Geoffrey. ¿Y bien, Emerson? ¿Faltaba alguno de ellos?

- Tan sólo uno de los colt. Reynolds no es el único hombre en El Cairo que posee un fusil pero… Mmm, sí. Creo que mañana me haré cargo de esa colección.

Visto que había cesado de llover, nos dirigimos al patio a tomar el café. Estaba decidida a no permitir que Ramsés se marchase sin haber hablado antes con él, o, como él hubiera dicho, sin que le hubiera echado un sermón, y mientras pensaba en el mejor modo de

hacerlo, Nefret y su marido se retiraron. Geoffrey había sufrido continuos ataques de tos durante la velada y noté que ella estaba preocupada por él. Se marcharon cogidos del brazo. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, me volví hacia mi hijo.

- Confío en que, después de que ayer fracasara vuestro plan y de que esta tarde te hayan atacado, no pensaras salir de nuevo esta noche.

- ¡Chsss! -dijo Emerson, mirando inquieto por encima de su hombro.

- Haces más ruido tú cuando susurras que yo cuando hablo normalmente -le contesté muy seca-. Nadie puede oírnos. ¡Dios mío, qué desagradable es tener que esconderse de personas tan próximas y tan queridas! Ramsés, quiero tu promesa.

- La tienes.

- Sería una absoluta temeridad… Oh.

Emerson se inclinó hacia delante y David acercó su silla. Debíamos de parecer una banda de conspiradores, con las cabezas juntas y bisbisando los unos a los otros.

- ¿Qué os ha hecho cambiar de idea? -pregunté, mientras mi nariz tocaba la de Ramsés-. No me puedo creer que haya sido la preocupación por los sentimientos de vuestra madre la que os haya movido a hacerlo.

- Pura lógica -dijo Ramsés, negándose a tragar el anzuelo-. Ayer por la noche nos siguieron. Me di cuenta demasiado tarde y luego no fue tan fácil librarse de aquellos tipos. Lo que no sé es cómo llegaron a sospechar de nosotros.

- ¿Tal vez al verte colgar de la cuerda fuera de la ventana? -sugirió Emerson sarcástico.

- Esa es una posibilidad. Aunque, lo que de verdad importa en este momento es que no podemos seguir fingiendo y, por otra parte, intentar adentrarnos en la organización de cualquier otro modo nos llevaría demasiado tiempo. Ahora que sabemos que el hombre que buscábamos es también el falsificador, quizá podríamos recurrir a otros métodos.

- Ese pequeño granuja parece haber estado muy ocupado -dijo Emerson con su habitual tono de voz que yo me apresuré a acallar. Maldiciendo entre dientes, se inclinó y se acercó un poco más a nosotros-. Tráfico de drogas, falsificación de objetos, excavaciones

en monumentos antiguos; sin mencionar el asesinato y la organización de todos los accidentes que hemos sufrido. Y todavía desconocemos el motivo que hay detrás de todo ello.

- Seguramente todos los incidentes están encaminados a alejarnos del emplazamiento -murmuró David-. El ataque del que hoy ha sido víctima Ramsés no puede ser consecuencia de nuestras investigaciones en el asunto de la droga. Era imposible que supieran quiénes éramos realmente.

- Puede que les informara alguien de la policía.

Ramsés negó con la cabeza.

- Russell es el único que conoce nuestra verdadera identidad y es un policía demasiado bueno como para que se le escape una información así. El ataque de hoy es similar a los anteriores accidentes, lo que sugiere que el motivo podría ser el que en su día señaló el señor Vandergelt.

- Sí pero que… -Emerson se detuvo. «¡Maldita sea!»

- Silencio -dijo Ramsés-. ¿No es terrible tener que susurrar y conspirar de este modo? Creo, sin embargo, que nuestro amigo empieza a ponerse nervioso. Le hemos estado presionando por diversos lados y deberíamos de seguir haciéndolo. ¿Quiere que mañana vuelva con usted al trabajo, padre? Dadas las circunstancias creo que lo mejor será concentrar nuestras fuerzas.

- Al señor Reisner no le gustará -comenté-. Sobre todo si Geoffrey se queda con nosotros tal y como ha dicho que quiere hacer.

- Tendrá que resignarse -dijo Emerson.

DEL MANUSCRITO H:

Las pisadas, al salir, debían de haber sido tan ligeras como las de un niño, ya que lo que despertó a Ramsés fue el tenue clic del picaporte cuando cerraron la puerta. Ofuscado por el sueño, su cerebro tardó algo en reaccionar, por lo que necesitó algunos segundos para darse cuenta de que estaba acostado sobre el sofá del estudio de su padre. Sus labios se curvaron en una soñolienta sonrisa al recordar: Emerson había ordenado a los demás que se fueran a las excavaciones y a él que se quedara a descansar. Debía de haber dormido profundamente durante varias horas: la luz era ya la del atardecer.

Se levantó, estirándose y bostezando, y salió de la habitación.

Sennia estaba en el patio con Basima pendiente de ella; la niña correteaba junto a la fuente con un cubito en la mano, con el que regaba las plantas, el suelo y a *Horus*. Cuando vio a Ramsés dejó caer el cubo y echó a correr hacia él, lanzando pequeños gritos agudos de alegría.

- Está muy mojada -le advirtió Basima.

- Ya veo. No importa, Basima -añadió, mientras un par de brazos mojados rodeaban su cuello y un cuerpo que chorreaba empapaba su camisa-. Tengo que cambiarme de ropa, de todos modos.

- No hasta que haya comido -dijo Fátima, apareciendo en la arcada-. El Padre de las Maldiciones dijo que usted estaba trabajando y que no debíamos molestarlo pero no es bueno pasar tanto tiempo sin comer. Le traeré algo de sopa, cordero frío, ensalada, pan y…

- No, no te molestes. Sennia y yo tomaremos hoy el té algo más temprano. ¿Te gustaría, pajarito?

- Mermelada -dijo Sennia.

Su inglés mejoraba rápidamente a pesar de que su lenguaje siguiera siendo una mezcla desconcertante de ambos idiomas. Sentada sobre la rodilla de Ramsés, le explicaba que las flores necesitaban mucha agua y que las estaba ayudando a que fueran más bonitas.

- ¿Crees que *Horus* parecerá también más bonito cuando lo riegues? -preguntó Ramsés, recibiendo una agria mirada del gato como respuesta.

Mientras respondía al parloteo de la niña, sin embargo, no podía dejar de pensar en el ruido que le había despertado. ¿Si no era Fátima la que había entrado para ver si quería algo para comer o beber, quién había sido? ¿O aquel pequeño ruido, silencioso y tenue, habría sido tan sólo producto de su imaginación?

Cuando Fátima regresó con algo de té, comida y leche para la niña aprovechó para decirle, con aire despreocupado:

- Supongo que los demás están todavía en las excavaciones.

- Todos menos Geoffrey *Effendi.* Dijo que no se encontraba bien y se fue a su habitación a descansar. Espero que no sea nada grave, no es un hombre muy fuerte.

- Es más fuerte de lo que parece -dijo Ramsés-. No, pajarito, a los gatos no les gusta la mermelada; y no te la comas con la misma

cuchara que has metido en la boca de *Horus*.

La niña era una distracción y un encanto; la causa inocente de su sufrimiento y, a la vez, una de las pocas cosas que le permitían olvidarlo aunque sólo fuera por un momento. Probablemente, su madre sería capaz de componer un aforismo a partir de aquella paradoja.

Después de que Sennia se hubiera marchado a tomar un baño y a cambiarse de ropa, Ramsés se sentía demasiado agitado como para permanecer quieto en la silla, así que se dirigió hacia el establo. Sin una razón en particular, se adentró en el desierto; el gran espacio vacío entre la arena y el cielo siempre le había ayudado a pensar con mayor claridad. Aquella vez, sin embargo, casi deseaba no hacerlo con tanta lucidez, hubiera preferido que la rabia y los celos le cegaran; pero la evidencia era cada vez mayor y todo apuntaba hacia el mismo hombre. De todas las soluciones posibles a sus problemas personales, ésta era sin duda la peor.

Dejó que *Risha* siguiera su propio paso mientras seguía absorto en sus reflexiones, hasta que un viento fresco levantó el mechón que le caía sobre la frente y el repentino crepúsculo tiñó el aire de gris. Al levantar la vista, vio acercarse la tormenta; todavía estaba algo lejos pero parecía ser una de las fuertes. Abandonado a su propio albedrío, *Risha* se había encaminado hacia el mismo sitio donde habían estado ya tantas otras veces: se encontraban a menos de una milla de Zawaiet el'Aryan. Ramsés pensó ir hasta allí para echarles una mano, esperando que no se hubieran marchado todavía. Conociendo a su padre, era muy probable que así fuera.

Acababa de vislumbrar al pequeño grupo cuando el primer disparo le pasó rozando, tan cerca que hubiera jurado que oyó su silbido. Asió las riendas, pero *Risha*, con más sentido común que él, se había estirado ya, echando a correr en un largo y suave galope. Cuando su familia, presa de la agitación, dejó por fin de discutir, de interrogarle y de inspeccionarlo buscando agujeros de bala, no tenía ya sentido intentar encontrar al autor de los disparos.

David y él llevaron los caballos al establo y ayudaron a secarlos. Lo que hasta entonces no había sido más que una mera suposición, era ahora una certeza. A pesar de todo, se dijo a sí mismo que todavía no era una prueba definitiva. Aparentemente, nadie más compartía sus sospechas; de hecho, su padre habría salido sin

perder más tiempo a la caza de Reynolds si no hubiera sido porque su madre se lo había impedido. Obedeciendo las órdenes de aquélla, David y él habían ido a su habitación a quitarse la ropa mojada.

- Tiene que haber sido Jack Reynolds -dijo David, mientras Ramsés hurgaba en el guardarropa buscando algo de ropa seca.

- Los rumores hablan de un inglés.

- Eso significa muy poco, por no decir nada. Wardani usa palabras como *sahib, effendi o inglizi* sin diferenciar una de otra; con ellas se refiere a una clase social y no a una nacionalidad en particular.

- Parece que no hay camisas limpias -refunfuñó Ramsés.

- La mayor parte de tus cosas están en el *Amelia* -dejando la ropa mojada sobre el suelo, David se acercó hasta su amigo para ayudarlo a buscar; tras tirar del cajón de una cómoda, metió la mano en él-. ¿Qué es esto?

Acababa de encontrar la pequeña estatua de *Horus*.

- Me la dio Maude -dijo Ramsés-. Fue un regalo de Navidad. Supongo que la compró en el *suk*.

- Encantadora ingenuidad occidental -dijo David.

- ¿Qué quieres decir?

- ¿No es así como los europeos describen las obras de arte egipcias? ¿Primitivas, ingenuas? Lo que significa que, o no las entienden, o no se molestan en entenderlas. Ningún egipcio pudo hacer esto.

Ramsés le tiró la *galabiyya* que acababa de sacar de un armario, subiéndose a una silla, y se dirigió hacia él.

- ¿Cómo lo sabes?

- Es difícil de explicar. La hechura es bastante buena, pero la musculatura del pecho y de los brazos y las facciones… bueno, no son egipcias, eso es todo. Han sido realizadas siguiendo la tradición occidental, a pesar de que el artista trató de imitar el estilo antiguo. Ella debe de haber…

Su voz se debilitaba a medida que se daba cuenta de las implicaciones de su análisis.

- ¿Crees que la hizo ella? -Ramsés acabó la frase.

- ¿Por qué no me la enseñaste antes? -preguntó David.

- Mis instintos caballerescos me lo impidieron -dijo Ramsés disgustado-. Me parecía indecente enseñarte el regalo de la

muchacha sobre todo después de que Nefret lo ridiculizara tan despiadadamente. La idea no se me pasó nunca por la cabeza; no tengo tu ojo y, además, Maude nunca nos habló de su afición ni nos enseñó muestras de su trabajo…

- Y él se aseguraría de que ella no lo hiciera -dijo David-. Especialmente después de saber que le seguíais la pista. Todos los indicios lo señalan, ya sabes. Se asustó cuando Nefret se refirió a las falsificaciones y al vendedor de Londres; ¿quién si no podía saber que el profesor tenía el escarabajo? Tuvo que matar a Maude porque ésta estaba a punto de contarte la verdad.

- Concuerda -admitió Ramsés-. Ella no podía entender los auténticos motivos de su hermano o la gravedad que tiene vender antigüedades falsas; probablemente pensó que se trataba de una alegre e inocente broma a un grupo de solemnes eruditos. Sin embargo, hay algo que todavía se nos escapa. ¿Por qué quiso recuperar el escarabajo?

David daba vueltas a la figura en sus manos.

- Porque ella firmaba su trabajo -dijo-. Formaba parte de la broma. Mira aquí, ¿estás seguro que esto no estaba también en el escarabajo?

Sobre la lisa base de la estatua había grabados dos minúsculos signos jeroglíficos. Uno representaba una lechuza, la M del antiguo egipcio; el otro se encontraba bajo el primero y era el signo alfabético de la letra R. Uniéndolos, no sólo se obtenían las iniciales de Maude sino que, además, se componía una palabra egipcia.

A pesar de que Ramsés se había esforzado por adiestrar su memoria visual, tuvo que cerrar los ojos y concentrarse para recordar esta parte de la inscripción.

- Claro que estaba -dijo-. Es un título, la palabra que significa inspector o superintendente. Ésa fue, precisamente, una de las anomalías que noté: el hecho de que la inscripción *empezara* con los títulos del oficial que la compuso. ¡El muy bastardo me la restregó por las narices y yo no me di cuenta!

- Ya empiezas de nuevo a culparte por no saberlo todo. ¿Cómo podías hacerlo? -David se deslizó la *galabiyya* sobre la cabeza-. Creo -continuó-, que se asustó innecesariamente cuando se dio cuenta de que podíais tener el escarabajo. Entrar en la casa era muy arriesgado.

- No arriesgaba nada. Los hombres que contrató no sabían nada sobre él y él no dejó rastro alguno que pudiera llevar de nuevo hasta su persona.

- Será mejor que se lo enseñemos al profesor -dijo David-. ¿Estás preparado?

- Nuestra madre diría que no -iba tan sólo ataviado con unos pantalones y con un par de botas, Ramsés cerró el cajón del escritorio y regresó al armario-. Por aquí no hay una maldita camisa… Ah. Ahí, en el estante de arriba.

Su tono de indignación hizo que David se echara a reír.

- Ahí es donde se supone que deben estar.

- ¿Sí? ¿Por qué las mujeres tienen que abotonar estas malditas cosas antes de ponerlas en su sitio? Lo único que consiguen es que tengamos que desabrocharlas de nuevo. David, no quiero que esta noche mencionemos esto a nuestro padre ni a nuestra madre.

- Es la prueba más importante que hemos encontrado hasta ahora, Ramsés. No podemos ocultársela.

- El último clavo en el ataúd de Jack Reynolds -gruñó Ramsés-. No David. Es demasiado fácil.

David apartó un montón de papeles que había sobre una silla y se sentó en ella.

- Dejémoslo estar, entonces. Si no es Jack, entonces tiene que ser Geoffrey tu sospechoso. Escucha, Ramsés…

- No es lo que piensas -Ramsés se puso la camisa.

- No quería decir…

- Sí, lo estabas haciendo y te equivocas. ¿Supones que deseo que sea *él* el culpable? ¡Piensa en lo que eso supondría para Nefret! Aunque quizá sería peor ocultar su culpabilidad por ella; si es el hombre que buscamos, se trata de alguien que carece por completo de principios, y es tan peligroso como una serpiente. Esta tarde cogió uno de los caballos y no volvió hasta el preciso momento en que estaba empezando a llover… ya oíste lo que dijo Mohammed. Puede que aquel día siguiera a nuestra madre con la única intención de procurarse una coartada; ¿por qué demonios la tenía que seguir si no? Podía haber dispuesto unos cuantos petardos sin demasiadas dificultades para que estallaran después de que él se hubiera presentado galantemente a rescatarla. Durante todo este tiempo ha tenido acceso a las armas de Jack, a su pobre e ingenua mente y a

su hermana…

Un fuerte respingo de David lo interrumpió. Ramsés se encogió de hombros.

- Eres muy libre de decirme si he pasado algo por alto. Dios sabe cómo me gustaría que fuera así.

- No falta detalle -murmuró David.

- Lo sé. Dame otro día antes de dar a conocer las últimas noticias. Esta noche me quedaré en casa y lo vigilaré muy de cerca. Puede que haga algo, o que deje de hacer algo, que nos permita concluir el asunto.

Lo que sus padres les contaron aquella noche durante la cena podía muy bien haber constituido un nuevo clavo en el ataúd de Reynolds. Para Ramsés era un punto a su favor. Los hombres importantes en el negocio de la droga rara vez hacen uso de ellas, tienen más sentido común.

De modo que pasó las primeras horas de la noche en el jardín, vigilando una ventana en particular. Bastante tiempo después de que anocheciera, una forma se deslizó sigilosamente en la oscuridad, dirigiéndose hacia el lugar que Ramsés había esperado. Narmer no puso objeción; Ramsés había ordenado que encerraran al perro durante la noche cuando empezó a trabajar para Russell.

Lentamente, Ramsés se acercó a la ventana de la que, tiempo atrás, había sido su habitación. A pesar de que no creía que ella pudiera estar allí, se aseguró de que nada se moviera o respirara en su interior antes de trepar por el alféizar. No le llevó mucho tiempo encontrar lo que buscaba. Antes de volver a colocar el arma bajo el colchón, extrajo todas las balas.

Hasta ese momento se las había arreglado para no pensar en nada que no fuera lo que se llevaba entre manos pero, al incorporarse, una serie de imágenes atravesaron su mente como centellas, tan intensas y dolorosas que tuvo que cerrar los ojos, como si eso pudiera dejarlas fuera. Dios mío, ¿cómo iba a contárselo a Nefret?

Por regla general, me levanto antes que Emerson, que duerme profundamente y no suele estar de muy buen humor por la mañana. El lector entenderá por eso mi sorpresa cuando, al abrir los ojos, vi

un pequeño círculo rojo incandescente y una forma escultural recortada contra la ventana e iluminada por la luz de las estrellas. Se trataba de Emerson: despierto, vestido y fumando su pipa.

Me senté de un salto y grité.

- ¿Qué ha sucedido?

- Nada todavía -fue su serena respuesta-. No obstante, van a suceder unas cuantas cosas. Tengo que ver a Reynolds y a Von Bork y hacer una llamada de cortesía a Reisner, antes de que empecemos a trabajar. ¿Quieres venir conmigo?

- Sin duda alguna.

- Estaba seguro de que dirías eso. ¿No necesitas ayuda con los botones?

- No, gracias. Probablemente me vestiré más deprisa sin tu ayuda.

Emerson soltó una risita.

- Fátima no se ha levantado todavía. Iré a la cocina y te prepararé un café, querida.

Suponiendo que hubiera necesitado algún tipo de estímulo para vestirme sin perder tiempo, aquel generoso ofrecimiento podría haber servido. Aunque las intenciones de Emerson eran buenas lo más probable era que, en el caso de que no le prendiera fuego a la cocina directamente, Fátima tuviera que pasarse una hora limpiando después.

Como era de esperar, lo encontré maldiciendo y curándose la mano que se acababa de quemar. Había roto una taza en mil pedazos y la cafetera se le había caído. Sobre la mesa yacía un ratón muerto: supuse que se trataba de una de las ofrendas de *Horus*. Mientras preparaba el café y barría los trozos de la taza rota, Emerson se deshizo del ratón.

- Me parece que va a ser un buen día -comentó, sentándose conmigo a la mesa.

- ¿Para qué? -le pregunté enojada. (Me había cortado un dedo con un trozo de taza.)

- Entre otras cosas -dijo Emerson-, para excavar. Tengo ya resuelto parte del complot: sé lo que hay detrás de las falsificaciones y, también, aquello que se supone que no debemos encontrar en Zawaiet.

- Imagino que no me lo vas a querer decir.

- Te daré una pista. Dos de los objetos que vendió el falsificador eran poco comunes: la pequeña estatua de marfil y las patas del diván. Ambos pertenecen a una dinastía primitiva. Extrañamente, la cronología coincide con la de nuestra pirámide. Por otra extraña coincidencia, además, alguien está tratando de evitar que excavemos en ella -se detuvo, con aire provocador.

- ¡Dios mío! -dije, tomando aliento-. Es… quiero decir… sí, por supuesto. Las patas de un lecho funerario, ricamente decorado con oro; la imagen de un rey, el padre o el abuelo de un rey… ¡Un enterramiento real!

- O un escondrijo -corrigió Emerson-. Supongamos que nuestro amigo lo encontró el año pasado y decidió quedarse con el tesoro. ¿Cómo disponer de él sin levantar sospechas? Haciendo creer, simplemente, que los objetos auténticos formaban parte de una colección mucho más grande y cuyo origen no dejaba lugar a dudas.

- ¡Brillante, Emerson! Probablemente no tuvo tiempo de vaciar todo el enterramiento o, de otro modo, no estaría tratando de alejarnos del lugar. ¡Puede que parte del ajuar funerario se encuentre todavía allí!

- Ése parece ser el caso -dijo Emerson-. Puede que la temporada anterior pensara que no era urgente retirar todos los objetos; el sitio forma parte de la concesión de Reisner y éste no tiene ninguna intención de volver al mismo. Nadie podía imaginarse que me lo ofrecerían a mí.

- Y también es posible que él, el falsificador, no lo haya sabido hasta hace bien poco. Reisner no tenía razón alguna para mencionarlo, excepto al señor Maspero, y tú tienes la costumbre de mantener tus planes en secreto hasta el último momento…

- Ese bastardo tuvo que llevarse un buen susto -asintió Emerson-. Hace que se me parta el corazón.

La aparición de Fátima, que se quedó con la boca abierta al vernos ya allí, puso punto final a la conversación. Yo, por mi parte, tuve que poner punto final a sus excusas, excusándome a mi vez por el desorden.

La luz del patio apenas era suficiente para que pudiéramos distinguir los contornos informes de los muebles y de la fuente. El cielo tenía una tonalidad pálida, casi incolora todavía, pero ya se adivinaba que iba a ser un buen día. Aún así, cogí mi paraguas:

además de la lluvia, me protege de muchas otras cosas.

- ¿Crees que debemos dejar un mensaje a los otros? -pregunté en tanto que el soñoliento portero desatrancaba el portón.

- Estaremos de vuelta antes de que nos hayan echado de menos -dijo Emerson-No nos llevará mucho tiempo.

Sus suposiciones resultaron erróneas: cuando llegamos a casa de Jack Reynolds, el pájaro había volado.

Uno de ellos, al menos. Tras habernos asegurado que Jack no estaba en la casa y de que ninguno de los sirvientes sabía dónde se encontraba, Emerson irrumpió en la habitación de invitados donde dormía Von Bork, y lo sacudió hasta despertarlo. El brusco despertar y la visión del rostro congestionado de Emerson a unas pocas pulgadas de él, habría reducido a la incoherencia a un hombre con menos peso sobre su conciencia que Karl. Me llevó algo de tiempo calmarlo lo suficiente como para conseguir que nos contara algo, y lo que nos dijo no nos ayudó mucho. Se había dejado caer en la cama después de nuestra partida, mientras que Jack permanecía solo en el estudio. Desde entonces no lo había vuelto a ver. No había oído nada, no había visto nada, no sabía nada; excepto que él era el más vil de los gusanos, la criatura más despreciable de la tierra, que no merecía ni nuestra amistad ni el amor de Mary.

Eso era verdad, aunque no sirviera de mucho, así que lo dejé, retorciendo las manos y llorando.

Emerson había vuelto al estudio de Jack. Cuando entré en él, acababa de abrir la caja de las armas. «Falta uno de los fusiles», anunció. La furia había dado paso a una calma glacial, por lo que se ocupó del asunto con la espantosa eficiencia que hace de Emerson una persona formidable. De regreso en la habitación de invitados, se dispuso a registrarla, incluido el cuerpo encogido de Karl von Bork, sin encontrar rastro alguno del arma. Entonces nos precipitamos hacia el establo donde comprobamos, tal y como habíamos imaginado, que el caballo de Jack había desaparecido. El encargado de los establos dijo que no lo había visto; de hecho, la mayor parte de los sirvientes se habían despertado con los gritos de Emerson y habían huido.

La penúltima acción de Emerson fue vaciar la caja de las armas de todo su contenido. Tras meter las pistolas en su cinturón y el

resto bajo el brazo, se detuvo tan sólo el tiempo suficiente para hablar una vez más con Karl.

- Ve al trabajo y no le digas nada a nadie, empezando por Junker -le aleccionó-. Si eres inocente, quizá podamos todavía librarte de todo esto. De todos modos, culpable o inocente, el peor error que puedes cometer ahora es tratar de escapar.

Volvimos a casa lo más rápidamente posible. Al oír el saludo del portero, todos se apresuraron a salir de la habitación donde se encontraban desayunando, incluidos Lía y David, que acababan de llegar. Emerson les puso al corriente de la situación con unas cuantas frases lacónicas.

- Así que acabad de desayunar -concluyó-. Creo que yo también me tomaré otra taza de café. Peabody, no has comido nada; date prisa querida, tenemos que salir.

- ¡Salir! -exclamó Geoffrey-. ¿A las excavaciones? Pero señor, ¿No deberíamos de intentar encontrar a Jack? Si está en algún lugar ahí fuera con un fusil, ¡puede ser peligroso!

- ¿Y dónde podríamos buscarlo? -preguntó Ramsés dado que la mirada de exasperación de Emerson dejaba muy claro que no tenía la más mínima intención de perder tiempo explicando lo que resultaba obvio.

- Al menos irán armados -insistió Geoffrey.

- ¿Armados? -Emerson pareció darse cuenta en ese momento de que llevaba consigo las armas de Jack y las dejó caer con gran estruendo-. No hay ninguna cargada.

- Yo sé dónde guarda la munición -dijo Geoffrey ansioso-. Dejen que vaya y…

- En el escritorio -le interrumpió Emerson-… Ese condenado idiota ni tan siquiera cerraba con llave los cajones. Yo no llevo armas de fuego, Geoffrey. La señora Emerson, en cambio, sí, y yo no tengo nada que objetar ya que, según tengo entendido, todavía no ha disparado a nadie. Por favor, deja de discutir y haz lo que te digo.

Nadie más se opuso: lo conocían mejor. Aunque, como ninguno de nosotros puede pasar mucho tiempo sin conversar, al sentarnos a la mesa nos sumergimos de nuevo en todo tipo de especulaciones.

- Tal vez ha ido sólo a cazar -sugirió Lía-. A los deportistas les suele gustar salir temprano.

Parecía tan dulce y preocupada que nadie se atrevió a disipar sus optimistas fantasías. Ramsés, que apenas había abierto la boca desde nuestro regreso, le dedicó una sonrisa.

- Podría tratarse muy bien de eso.

Emerson dio por finalizada la conversación ordenando que nos fuéramos a trabajar. No suelo hacer caso de las pequeñas manías de mi marido, así que iba armada hasta los dientes: la pistola, el cuchillo, el cinturón de las herramientas, todo se encontraba en su sitio. Al salir cogí, además, mi sombrilla del lugar donde suelo colgarla.

Cuando llegamos a Zawaiet, los hombres se encontraban ya allí. Bajo la dirección de Selim, algunos de ellos retiraban en ese momento el toldo que habíamos colocado sobre la entrada del pozo y Emerson se apresuró a controlar que no hubiera daños. Había caído algo de agua en su interior, aunque no demasiada.

No puedo decir que en aquellos momentos me encontrara totalmente concentrada en el trabajo. Hasta entonces el terreno me había parecido bastante llano y así era, comparado con los abruptos despeñaderos y el contorno irregular de las montañas de Tebas donde habíamos trabajado con anterioridad, pero, a pesar de ello, había a nuestro alrededor montículos suficientes como para dar protección a un buen número de resueltos asesinos. Hice un aparte con Selim: su cara se alargaba a la vez que su expresión se hacía cada vez más severa, a medida que escuchaba lo que le decía. No pasó mucho tiempo antes de que hubiera hombres apostados en varios puntos estratégicos alrededor de la pirámide y uno en lo alto de ella.

A media mañana, un nuevo estrato de huesos de animales había sido fotografiado antes de que procediéramos a su extracción. Mezclados con ellos había también unos fragmentos de papiro sobre los que Ramsés se arrojó sin perder tiempo.

- Demótico -anunció tras una rápida mirada-. Tenías razón sobre la última fecha del depósito, padre. Aquí aparece el nombre de Amasis II.

La fosa tenía ya unos dos metros de profundidad y, según parecía, habíamos alcanzado el fondo. No había más huesos, tan sólo una gruesa capa de arena. Emerson, inmóvil sobre el borde del declive, ordenó repentinamente a los hombres que se encontraban

más abajo que dejaran de cavar y que subieran.

- ¿Sucede algo? -le pregunté, tras correr a su lado-. ¿Alguna señal que indique un inminente derrumbamiento?

- Los derrumbamientos inminentes no suelen avisar -dijo Emerson sarcástico, frotándose la barbilla-. Hemos llegado al fondo de la fosa. Si miras más de cerca, podrás ver la parte superior de uno de los bloques originales de relleno del pozo. Apenas quedarán unos cuantos estratos; hemos descendido ya unos dos o tres metros y, de acuerdo con mis cálculos, la parte inferior del relleno debe encontrarse a unos cuatro metros de la superficie.

- Necesitaremos cuerdas -dijo Selim-. Para sacar las piedras.

- Quiero que los hombres se aten también -dijo Emerson-. Y que allí abajo no haya más de tres al mismo tiempo. Pondremos dos hombres para sujetar cada una de las cuerdas y puedes advertirles ya que, si las dejan caer, les romperé los brazos.

Emerson podía haber sido uno de los tres hombres que se disponían a descender el pozo, si no hubiera sido porque conseguí convencerlo de que su fuerza y su habilidad resultarían más útiles en cualquier otro sitio. De este modo, empezamos con el trabajo, lenta y cuidadosamente. A pesar de que no se trataba de los bloques macizos de piedra que se habían empleado en Giza, cada una de aquellas rocas debía de pesar varios cientos de kilos, por lo que los hombres tardaban bastante en alzarlas, lo suficiente como para poder pasar una cuerda por debajo. Emerson les había ordenado que subieran antes de que cada piedra fuera acarreada hasta la superficie y arrastrada lejos del borde de la fosa.

- A este paso, nos llevará todo el día -dije, asomándome a la cavidad.

- Hasta una semana, si es necesario -dijo Emerson, mientras se secaba la frente con la manga de la camisa.

- Por supuesto. Dado que entonces no hay tanta prisa, ¿podemos parar a comer un poco?

Emerson asintió a regañadientes. En tanto que nosotros nos dirigíamos al refugio, los hombres se dispusieron a fumarse un cigarrillo y a descansar. No había pasado mucho tiempo cuando vi acercarse un hombre a caballo por el norte y avisé a los demás. Nadie reaccionó: dejando aparte el hecho de que un asesino no se aproximaría tan abiertamente, hubiera sido imposible confundir la

fina y agraciada figura del jinete con la del corpulento americano. Se trataba de Geoffrey, a quien Emerson había enviado a Giza para comprobar si Jack se había presentado a trabajar.

- ¡No está allí! -fueron las primeras palabras del joven mientras se acercaba deprisa hacia nosotros-. No ha acudido esta mañana y tampoco está en casa. También estuve allí.

- Mmm -dijo Emerson. Y siguió comiendo.

- Siéntate, Geoffrey -le invité-, y bébete una taza de té. Pareces muy acalorado.

Sonriente y negando con la cabeza, Geoffrey dio un beso a su mujer y se dejó caer sobre sus pies.

- Su tranquilidad me sorprende, señora… tía Amelia, a pesar de que debería de haberme acostumbrado ya a ella.

- Nos limitamos a demostrar las cualidades que otorgan su superioridad a nuestra casta -dijo Ramsés lentamente, arrastrando las palabras-. Flema británica, *noblesse oblige,* frialdad en las situaciones explosivas… ¿Me dejo algo?

- No seas odioso -le dijo Nefret con brusquedad.

- Ésa era la parte que faltaba -dijo Ramsés-. El odio. ¿Puedo comerme otro sándwich?

- ¿Qué dijo el señor Reisner? -inquirí.

- No parecía muy contento -admitió Geoffrey-. Le dije que teníamos problemas…

- ¡Qué! -exclamó Emerson en un tono terrible.

- Bueno, no le di más detalles, señor, se lo aseguro. No fue necesario. Dijo que ustedes siempre tienen problemas y que, tan pronto como hayamos resuelto el asunto, le gustaría poder disponer, al menos, de parte de su personal.

Emerson dejó escapar una risita pero Geoffrey continuó ansioso:

- Imagino que tampoco hay rastro de Jack por aquí. De verdad que no quiero parecer alarmista pero, ¿cómo pueden seguir trabajando sabiendo que él se encuentra en algún lugar, observándoles?

- Al acecho -sugirió Ramsés.

- Jamás he permitido que un criminal interfiriera en mis excavaciones -declaró Emerson-. Estamos a punto de hacer un gran descubrimiento. No dejaría de ser una gran sorpresa si… ¡Oh, maldita sea! No sucederá, ¿no es así? ¡Ramsés!

- No iba a decir nada -protestó su hijo.

- He visto cómo os mirabais David y tú. Así que se os ha ocurrido también a vosotros, ¿no es así?

- ¿La tumba de la Dinastía III? Sí, señor. A la vista de la información que hemos conseguido, era una conclusión lógica. Pero -se apresuró a añadir Ramsés-, ninguno de los dos sabría decir dónde puede encontrarse. ¿Cree usted que en el pozo, señor?

- No -dijo Emerson, en cierto modo satisfecho con esa falsa admisión de falibilidad-. El lugar tiene que ser de fácil acceso dado que, de otro modo, nuestro amigo no hubiera podido entrar sin que los otros lo supieran. Los depósitos del interior del pozo han permanecido intactos durante milenios. Sólo hay dos posibilidades: o ahí abajo hay una entrada oculta a la cripta real, o el faraón fue enterrado en una de las tumbas de los cementerios. Yo estoy a favor de lo primero porque…

Me sentí obligada a interrumpirlo.

- Geoffrey, ¿te encuentras bien? Tienes una tos muy fea; toma un pequeño sorbo de té, si puedes.

- Me encuentro mejor ahora -dijo enderezándose, jadeante y sonriendo a Nefret, quien le había pasado el brazo alrededor de los hombros-. Ha sido sólo… sólo la sorpresa.

- Siga, padre -dijo Ramsés- ¿Qué es lo que le hace pensar que el sepulcro se encuentra en el interior de la pirámide?

- ¿Qué? Oh. Bueno, tengo una razón: si la tumba se encontrara en uno de los cementerios, resultaría demasiado accesible tanto para nosotros como para posibles saqueadores. El tesoro debe de encontrarse en el interior de la pirámide, bajo el suelo de uno de los pasillos, de alguno de los depósitos, o de la misma cripta falsa, pero no mandaré a nuestros hombres ahí abajo hasta que no hayamos acabado de despejar el pozo. ¿De acuerdo? -sin esperar la respuesta, se puso de pie de un salto-. Siendo así, volvamos al trabajo.

Los otros le siguieron, dejándome a solas con Geoffrey y con Nefret.

- Deja que se quede aquí un rato -le dije a Nefret, refiriéndome a su marido.

- Sí, tía Amelia -no añadió nada más. Al ver sus labios apretados y su expresión distante, sentí una punzada causada por un sentimiento de pérdida, no de remordimiento. ¿Volveríamos a ser

alguna vez lo que en su día fuimos la una para la otra?

A medida que pasaba el día, me iba relajando. De Jack no había el mínimo rastro. Mi optimismo me llevó a pensar que quizá se hubiera dado a la fuga. Emerson gruñó cuando se lo comenté: estaba concentrado en el trabajo.

Estoy convencida de que, al igual que a mí me sucede con el crimen, mi marido tiene un sexto sentido para la arqueología. Siempre ha sabido interpretar signos que pocos excavadores hubieran sido capaces de detectar; cuando la catástrofe se produjo, era el único de nosotros que se encontraba preparado para ella.

Los hombres habían sacado cuatro de los bloques de piedra, dejando a la luz la capa que se encontraba debajo. Era una tarea dura y lenta, y las cuerdas que Emerson había insistido que se ataran alrededor de sus cuerpos no dejaban de enredarse, de manera que una buena dosis de maldiciones y quejas acompañaba sus actividades. Al final, la quinta piedra estuvo lista para ser levantada. Después de sacar al hombre que se encontraba en la fosa, empezó su ascensión. Cuando se encontraba a mitad de camino de la superficie, algo que no pude ver sucedió: o la cuerda se rompió o los nudos se soltaron. Lo que sí que vi con claridad fue cómo caía aquella cosa. Cuando una de sus esquinas golpeó en el fondo, el impacto hizo que la infraestructura entera se abriera, con un estruendo que resonó como una explosión de dinamita. Una nube de polvo y arena se elevó desde el pozo mientras Emerson se arrojaba sobre uno de los hombres atados a las cuerdas, quien había tropezado y en ese momento se arrastraba inexorablemente hacia la abertura de la fosa.

Todos se aproximaron corriendo. Cuando el polvo se desvaneció, Emerson se sentó, contó las cabezas y lanzó un suspiro de alivio.

- No hay daños -anunció, a la vez que se limpiaba la boca con la palma de la mano, lo que no mejoró mucho la cosa, ya que manos y cara estaban igualmente sucios. El gemido del hombre que acababa de salvar atrajo su atención; incorporándolo, lo examinó, le quitó el polvo y se lo entregó a dos de sus amigos-. No hay daños -repitió.

- Esto pone fin al desalojo del pozo -dijo Ramsés, asomándose al vacío.

- Aléjate de aquí, Ramsés -le ordené-. Y tú también, Geoffrey. Dios mío, ahora debe tener una profundidad de unos veinte metros.

- Mmm, sí -dijo Emerson-. Sacar las piedras a través de las escaleras nos llevará más tiempo, pero no será tan peligroso. Me temo que esto haya acabado con otro de tus cabrestantes, Selim.

- Me basta con que no se trate de una persona, Padre de las Maldiciones.

- Bien dicho -Emerson le dio unas palmaditas en la espalda-. Vamos a echar un vistazo ahí abajo.

- ¿No podéis esperar hasta mañana? -pregunté.

- ¿Por qué esperar? Todavía quedan unas cuantas horas de luz.

Apenas había recorrido la mitad de la distancia que separaba la boca del pozo de la entrada con los escalones en descenso cuando se detuvo, por una excelente razón: Jack Reynolds no se encontraba al acecho en los alrededores. Había estado allí todo el tiempo, ocultándose de nosotros a los pies de los toscos escalones y en ese momento emergía, polvoriento, con la cara encendida y ojos de loco y con un fusil apoyado sobre el hombro. Apuntaba a Emerson.

Capítulo 14

Se nace sahib, no se llega a serlo. El código que gobierna nuestra clase es claro: honestidad inquebrantable, decidido coraje, respeto hacia las mujeres y demás criaturas desvalidas y ese delicado sentido del honor que sólo un anglosajón puede entender por completo.

- ¡No lo hagas, Emerson! -grité. Había visto cómo tensaba los músculos y sabía que esto significaba ataque inmediato-. ¡Intenta razonar con él!

Emerson dijo algo que yo no pude oír, sin duda alguna debía de tratarse de una maldición; pero, respondiendo al gesto de Jack, retrocedió muy despacio a medida que el joven avanzaba hacia él. Al final, Jack se detuvo.

- Así está mejor, profesor. Lo suficientemente cerca como para que no tengamos que gritarnos. Tengo la garganta seca: se me acabó el agua hace un buen rato.

Su voz resultaba áspera a causa de la sed, pero lo que decía parecía bastante coherente. Recobrando el ánimo le dije:

- Tengo una cantimplora, Jack. Si me permites…

- No gracias, señora. No hasta que haya ajustado cuentas con Ramsés.

- ¿Ramsés? -repetí-. No seas insensato, Jack. Todos sabemos ya lo del tesoro y, con tu absurdo comportamiento, no haces sino confirmar nuestra teoría sobre el lugar donde se encuentra. Es inútil tratar de defenderlo ahora: no puedes matarnos a todos.

- Te agradecería que dejaras de meter ideas en su cabeza, Peabody -dijo Emerson.

- No sé de qué me habla, señora Emerson -dijo Jack frunciendo el ceño-. Que ninguno se acerque… tú tampoco, Nefret. Es a Ramsés

a quien estoy buscando. No quiero herir a nadie más.

- Ninguno de nosotros se va a quedar quieto contemplando cómo disparas sobre él, Jack-empezó a decir Nefret-. Por favor…

- ¿Disparar? -su voz se quebró-. ¿Me crees capaz de disparar sobre un hombre desarmado? Lo único que quiero es llegar a un acuerdo.

Un atisbo de verdad empezó a asomar en mi mente, pero era tan espantoso que mi cerebro se negó a dejarlo entrar. Emerson fue el primero en responder.

- Si no pretendes disparar a nadie, ¿por qué me apuntas entonces con el fusil? Bájalo y hablaremos.

- Tan pronto como me prometan no interferir. Hagámoslo en buena lid, sin que todo el mundo salte sobre mí al mismo tiempo.

- Espere un minuto, padre -dijo Ramsés al ver que Emerson, farfullando de ira, trataba de articular una respuesta-. ¿Qué es exactamente lo que quiere, Reynolds? Si debo considerarlo como un reto, me toca a mí elegir las armas.

- Al infierno con las armas -gruñó Jack-. Los puños me bastan.

- Y a mí también -dijo Ramsés rápidamente.

- Jack no! -gritó Geoffrey-. No podrás ganarle ¡No pelea como un caballero!

- No te metas en esto, Geoff -Jack se pasó la manga por la frente empapada de sudor-. Asesinó a Maude y ahora quiere culparme a mí de ello; lo mataré si puedo, pero lo haré sin armas y en una pelea limpia. Si me mata… bueno, ¿qué razón me queda para seguir viviendo? Maude ha muerto, tú has conseguido a la mujer que yo quería y ahora él ha reunido tantas pruebas contra mí que bastarían para mandarme a la horca. Pero, aun así, no dispararé a un hombre a sangre fría.

La honestidad, la honestidad de un hombre decente y algo estúpido, resonaba en cada una de las palabras que pronunció. Si había dicho la verdad, y sobre eso no cabía duda, significaba que los indicios contra *él* habían sido fabricados, y que sus acciones y opiniones habían sido sutilmente manipuladas por otro. La lista de sospechosos había quedado reducida a una persona.

Y ahora esa persona acababa de ver fracasar sus planes por no haber sido capaz de entender los límites más allá de los cuales no se puede empujar a un hombre de honor. No podía permitir que se

produjera aquel intercambio de puñetazos: Ramsés *no* lucharía como un caballero, Jack perdería la pelea y al ser interrogado (del modo en que Emerson suele hacerlo) señalaría con el dedo al verdadero culpable.

Había, pues, que actuar sin perder tiempo y eso fue precisamente lo que hizo. Tenía las manos metidas en los bolsillos; sacó la pistola de uno de ellos, y disparó sobre el único hombre armado allí presente con la misma frialdad con la que se había comportado siempre. La bala fue a dar en el muslo del pobre Jack, a quien la sorpresa había dejado con la boca abierta; tirando el fusil, cayó, retorciéndose sobre la arena. Ramsés se adelantó con un salto pero se detuvo en seco al ver cómo la pistola se volvía hacia mí.

- No se moleste en buscar su insignificante cerbatana, tía Amelia -dijo Geoffrey-. Y los demás, será mejor que no os atreváis a dar un paso. Antes de que alguno llegara a alcanzarme, podría matar al menos a tres de vosotros, empezando por ella.

- Tendrás que disparar antes sobre mí -dijo Nefret, con voz fina y clara-. Voy a ver qué puedo hacer por Jack.

- Tú misma -dijo su marido con indiferencia-. Pero no te atrevas a tocar el fusil.

- Tiene el suficiente sentido como para no hacerlo -dijo Ramsés-. Podrías disparar, y lo harías, antes de que ella alcanzara el arma. Acabas de demostrar que sabes tirar y que tus remilgos hacia las pistolas no eran sino parte de la fachada que presentabas, ante nosotros y el resto del mundo. Ha sido una actuación digna de un maestro.

- Viniendo de ti lo consideraré un auténtico cumplido -dijo Geoffrey-. Me han contado muchas historias sobre tus habilidades para disfrazarte. Ya lo sabías, ¿no es cierto? ¿Quitaste tú anoche las balas al cok mientras trataba de convencer a Jack para que se escapara? No estuvo nada mal, pero me subestimaste al pensar que no examinaría el arma. Cuando estuve en la casa esta mañana volví a cargarla, usando la munición de Jack.

Hice un pequeño inventario de la situación que no era, precisamente, alentadora. Nefret se encontraba arrodillada junto a Jack, a medio camino entre nosotros y la entrada de la pirámide. Emerson, con los puños apretados y el ceño fulminante, estaba casi a la misma distancia, tres metros más allá, con Lía y David detrás de

él. El único que se encontraba lo suficientemente cerca de Emerson como para representar un peligro para Geoffrey era mi hijo quien, por otra parte, no se atrevía a moverse a causa de la amenaza que pesaba sobre mí. Sabía que, oculto tras su máscara, calculaba fríamente las posibilidades y trataba de encontrar el modo de que éstas jugaran a nuestro favor. Tras mirar a su padre, volvió a clavar la vista en Geoffrey.

- Te subestimé -admitió.

- Lo que demuestra lo engañosa que puede ser la apariencia física -dijo Geoffrey, con aquella dulce sonrisa infantil-. Parezco un esteta, ¿no es así? Cuando era joven trataba de estar a la altura de lo que mi familia esperaba de mí pero, a pesar de que con el tiempo llegué a cazar, a disparar o a montar con gran habilidad, los más viejos continuaban burlándose de mis hazañas y de mi cara afeminada. Así que decidí seguir mi camino y hacer que mis defectos jugaran a mi favor. Todo iba bastante bien hasta que os cruzasteis en mi camino. Creo que entenderéis entonces por qué voy a disfrutar acabando con la mayor parte de vosotros antes de que me capturen.

- Eso es absurdo -dije, con aire de desaprobación-. Por el momento nadie te ha condenado y si no causas daño a nadie las posibilidades de escapar a la justicia…

- Peabody, ¿puedes dejar de hacer sugerencias? -gritó Emerson.

- Emerson, ¿quieres estarte quieto, por favor?

Nefret se puso lentamente de pie.

- Geoffrey, sabes que permaneceré a tu lado si no hieres a nadie más. En lo bueno y en lo malo, ¿recuerdas? Dale a tía Amelia… No, dale a Ramsés el arma.

La cara de Geoffrey se dulcificó y sus ojos se volvieron hacia ella.

Era el momento que había estado esperando mi marido. Gritando, «Abajo, Peabody», saltó hacia delante.

Tuvo que pasar algún tiempo antes de que pudiera valorar en su justa medida la heroicidad de aquel gesto. Fue un intento, deliberado y calculado, de alejar el tiro de Geoffrey de mi persona y de la de su hijo. Emerson sabía que Ramsés habría atacado antes de permitir que me dispararan a sangre fría y también que, a esa distancia, Geoffrey no hubiera fallado.

El resto de nosotros reaccionó del modo en que mi valiente esposo había esperado. La bala me pasó rozando por encima de la cabeza, al mismo tiempo que yo me ponía a cuatro patas; oí el gruñido de Emerson y el chillido de Nefret y vi cómo Ramsés se arrojaba hacia delante, arrancando el arma de manos de Geoffrey y golpeándole al mismo tiempo y con fuerza en la barbilla.

Geoffrey se tambaleó hacia atrás. Se encontraba peligrosamente cerca del borde del pozo; el último paso lo hizo caer dentro. Por un momento vislumbré una cara, la boca abierta en un silencioso grito de terror, y un par de brazos que se debatían. Ramsés se tiró al suelo, alargando los brazos para alcanzarlo.

El tiempo parecía haberse detenido. Cuando la nube de polvo y arena se desvaneció sobre la negra cabeza de Ramsés y sobre su camisa empapada de sudor, pude ver cómo sus brazos y la mitad de su cuerpo, casi hasta la cintura, se encontraban dentro de la sima. Asía con fuerza la muñeca derecha de Geoffrey. Aferrarse de aquel modo era lo único que salvaba a aquella malévola criatura de una muerte terrible; los lados del pozo eran demasiado lisos y era imposible apoyar allí los pies. Parecía haberse desmayado: colgaba sin fuerza como un peso muerto y tenía la cabeza inclinada.

Oír maldecir a Emerson disipó mi temor principal pero aún me quedaba otro, igualmente intenso: Ramsés carecía del equilibrio necesario para poder echarse hacia atrás, mucho menos para poder tirar de él y de Geoffrey a la vez. Tras agarrarlo por el cinturón, grité para pedir ayuda.

No estaba muy lejos. Medio ciega a causa de la arena y víctima de un terrible estado de nervios, no había visto a David y a Selim correr hacia mí. Con un grito de alarma, nuestro joven *Rais* asió a Ramsés por las piernas y trató de tirarlo hacia atrás. David se había tumbado y alargaba los brazos en el interior del pozo. «Geoffrey, dame la otra mano», gritó.

Geoffrey alzó la cabeza. No se había desmayado: al contrario, estaba perfectamente consciente. Su seguridad dependía de que se siguiera aferrando a ellos. El hombre que había tratado de asesinar lo sostenía ahora con fuerza y la mano de aquél que había suplantado se extendía hacia él, ofreciéndole su ayuda.

Curvó sus delicados labios en una sonrisa. Alzó la mano que le quedaba libre pero, en lugar de aferrar la de David, clavó

cruelmente las uñas en los blancos nudillos de Ramsés y se giró sobre sí mismo, libre ya de su asidero. El oscuro pozo se lo tragó, como si se tratara de la garganta de un monstruo y su alarido acabó en un horrible crujido.

Me puse de rodillas con un estremecimiento. De haber sido una mujer más débil, habría permanecido en aquella posición dando gracias al Todopoderoso, pero lo cierto es que no suelo perder tiempo con oraciones cuando hay cosas más urgentes que resolver. Me apresuré a acercarme a Emerson. La sangre manaba de su costado, pero se había puesto de pie mientras Nefret trataba de servirle de apoyo. Él la apartó con delicadeza.

- Es tan sólo un rasguño, Peabody. Me derribó, sin embargo, maldita sea. Está Ramsés…

- Ileso -contestó su hijo. David y él se habían unido a nosotros. Ambos estaban pálidos, aunque no tanto como Nefret, quien se balanceó y hubiera caído a los pies de Emerson si éste no la hubiera cogido entre sus brazos.

- Desmayada -dijo, cuando su dorada cabeza se apoyó sobre su pecho para reposar-. No me sorprende.

Al volver a mirar hacia el lugar de la tragedia, vi cómo Selim corría hacia la entrada de la pirámide. Sabía lo que estaba haciendo y le bendije por haber tomado la iniciativa, pero alguien debía ocuparse de los restos. Jack estaba todavía inconsciente, Ramsés parecía que iba a desmayarse de un momento a otro, la camisa de Emerson estaba pringosa de sangre y… y, en pocas palabras, la situación era tan mala que iba a requerir un gran esfuerzo por mi parte. La única otra persona presente que podía comprender la naturaleza de la última emergencia era Lía; inclinada sobre Nefret, exclamó:

- ¡Tía Amelia! Ella…

- Sí, Lía, lo sé. Daoud, llévate a Nefret de nuevo a casa, lo más rápida y delicadamente que puedas. Lía, ve con ellos. Busca a Kadija, ella sabrá qué hacer. Emerson, quítate la camisa y deja que te eche un vistazo.

Pero mi marido no iba a permitir que nadie lo alejara de su hija. La preocupación que mi voz dejaba traslucir le había puesto sobre aviso; Emerson sabía que estaba sucediendo algo. Decidido a no perder más tiempo con preguntas, se alejó a grandes zancadas; la

firmeza de sus movimientos me tranquilizó sobre la posible gravedad de sus heridas.

- ¿Qué quieres que haga, tía Amelia? -preguntó David.

- Ve con ellos -dijo Ramsés, antes de que pudiera contestar-. Dile a nuestro padre que coja a *Risha*.

Fue una sugerencia acertada: la fuerza y la velocidad del semental eran superiores y el paso del animal, el más suave. David parecía dudar, dividido entre dos deberes contradictorios. Ramsés le dijo, impaciente:

- Date prisa, maldita sea. Llevaré a nuestra madre conmigo sobre *Moonlight*.

David se alejó corriendo, dirigiéndome una última mirada suplicante que yo no necesitaba en absoluto. Saqué el frasco de coñac de mi cinturón.

- No quiero coñac -dijo Ramsés.

- No pretendo que te lo bebas. Extiende las manos. Dejando aparte los dientes, no hay nada tan sucio como las uñas humanas.

- ¡Por el amor de Dios, madre!

- Admito que maldigáis de vez en cuando pero no toleraré blasfemias -le dije con severidad-. Extiende las manos.

- Nuestro padre estaba herido -murmuró Ramsés, sin arredrarse cuando el alcohol cayó sobre las heridas en carne viva que tenía sobre la palma de la mano-. Creí que tan sólo se había producido un disparo. ¿Qué le sucede a Nefret?

- Nada que no tenga remedio -le dije, esperando que fuera verdad-. Déjame que les diga unas palabras a Selim y Daoud. Luego, tendremos que darnos prisa.

No me llevé una sorpresa cuando Selim me dijo que Geoffrey estaba muerto y espero que no se me acusará de crueldad, si confieso que había deseado que así fuera. Después de dar a Selim las instrucciones necesarias, fui a ver a Jack, quien para entonces había vuelto a recuperar el conocimiento. Nefret había hecho un buen trabajo vendándole la herida pero, en mi opinión, se encontraba demasiado débil para montar a caballo así que, le di un sorbo de coñac y le dije que se quedara donde estaba hasta que Selim pudiera encontrar otro medio de transporte más adecuado. Entonces regresé apresuradamente junto a Ramsés, quien seguía exactamente en el mismo punto donde lo había dejado, mirando

absorto hacia el Norte. Por una vez, hizo lo que se le había dicho sin discutir: tras ayudarme a subir sobre *Moonlight*, montó sobre el caballo de Geoffrey. Volvimos a casa lo más rápido que pudimos.

* * *

Cuando entré en la sala de estar, me estaban esperando: Emerson, Ramsés y David. Yo me sentía demasiado cansada y afligida como para andarme con remilgos y lo cierto es que tampoco hubiera sido amable por mi parte mantenerlos en la incógnita.

- Ha abortado -dije-. Ya pasó todo; está fuera de peligro. Lía y Kadija están con ella.

Ramsés se sentó casi a la manera de la reina Victoria, quien nunca se aseguraba de que hubiera una silla lista para recibirla. Por fortuna para él, mi hijo se encontraba delante del sofá.

- No te pongas así -exclamé-. Se encuentra perfectamente. Este tipo de cosas son… no son tan inusuales.

- Pero, entonces, es aún peor de lo que imaginaba, ¿no le parece? -inquirió Ramsés-. Primero su marido y ahora su…

- Todo eso es malsano y excesivo -le dije tajante-. Ese miserable era un asesino y tú arriesgaste tu vida tratando de salvar la suya.

- ¿Lo sabe ella? Cayó en el pozo a causa del golpe que le asesté. Ella no vio lo que sucedió después.

- Lo debe saber y, si no lo sabe, se lo contaré yo. Y en cuanto… Y en cuanto a lo otro, ni tan siquiera era… Ella estaba sólo… Hablo de semanas y no de meses.

Ramsés se puso de píe.

- Excusadme. Estaré en mi habitación si me necesitáis.

David salió detrás de él. Ramsés se volvió hacia su amigo con el ceño fruncido y mostrando sus dientes. Nunca se había parecido tanto a su padre.

- ¡Por el amor de Dios, déjame solo!

- Oh, querido -dije -. ¡Oh, querido! David…

- No importa tía Amelia, lo entiendo. Me quedaré cerca por si me necesita -diciendo esto, siguió a Ramsés fuera de la habitación.

Emerson me cogió la mano.

- Siéntate, querida. ¿Estás segura de que Nefret se encuentra a salvo?

- Oh, sí -dije cansada-. Es joven y fuerte; volverá a ser la misma

en pocos días. Es Ramsés quien me preocupa. Parece estar echándose la culpa de lo sucedido y no es justo, Emerson, no lo es en absoluto; fue Geoffrey el causante de todo, de principio a fin. Tengo que ir junto a Ramsés, Emerson, y decirle…

- No, amor mío. No ahora.

- Ven y siéntate a mi lado, Emerson. Me gustaría que me abrazaras, si no te importa.

- ¡Querida! -estrechándome contra él, me meció dulcemente como hubiera hecho con un niño-. Todo se arreglará, Peabody. Afrontaremos este problema como hemos hecho ya otras veces. Podía haber sido peor y tú lo sabes.

- Podía serlo y lo ha sido -asentí, sintiendo cómo su cercanía y su fuerza me devolvían los ánimos-. ¿Te duele la herida, querido? Quizás debería volver a echarle una mirada. Tenía mucha prisa cuando…

- No -dijo Emerson con énfasis-. Me siento ya casi como una momia.

- Cuando pienso en el terrible daño que ese miserable ha causado, casi lamento que su muerte haya sido tan rápida -dije, furiosa-. Tan sólo le importaba el dinero, ¿no es así? Ningún crimen era demasiado infame siempre y cuando sirviera para enriquecerlo: traficar con droga, saquear tumbas, vender objetos falsificados… incluso casarse con Nefret.

Emerson negó, sacudiendo la cabeza.

- Su fortuna fue, desde luego, un aliciente pero sabes perfectamente, Peabody, que Nefret la controla por completo. Creo que la amaba todo lo que era capaz de amar a alguien. A su extraña manera.

- Y tanto que extraña. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegos, Emerson? Todos los indicios que me hacían sospechar de Jack me podían haber hecho sospechar igualmente de Geoffrey, una vez que me di cuenta de que había sido el amante de la pobre Maude. No alcanzo a imaginar por qué esa posibilidad no se me pasó antes por la cabeza.

- Tampoco yo -dijo Emerson.

- A Jack nunca se le hubiera ocurrido falsificar objetos con el fin de ocultar la venta ilegal de antigüedades -continué-. Confiaba en Geoffrey: jamás hubiera podido imaginar que su amigo había

seducido a su hermana y se valía de ella para alcanzar sus perversos objetivos. La manipulaba como quería hasta que ella se enamoró de otro y quiso ganarse su estima traicionando a Geoffrey.

- Bueno, lo cierto, Peabody, es que eso es realmente increíble -comentó Emerson con un tono de voz casi normal-. Era una pobre y tonta criatura pero, ¿de verdad era tan estúpida como para creer que podía ganarse el afecto de Ramsés con una simple confesión? ¿Y cómo pudo Geoffrey llegar a saber cuáles eran sus intenciones a tiempo de detenerlas?

- Ella lo amenazó, por supuesto -dije con algo de hastío-. A una muchacha romántica y tonta como ella debía de parecerle la cosa más honorable que podía hacer. Nunca se dio cuenta de lo despiadado que era su amante. Cuando hay un hombre en juego, las mujeres pueden llegar a comportarse como unas auténticas idiotas.

- Vaya, querida. Creo que es la primera vez que te oigo ofender, generalizando, a tu propio sexo.

- Es muy amable por tu parte tratar de animarme con tus bromas, Emerson -tras separarme de él, empecé a alisarme el pelo.

- No era una broma -dijo, pero sus ojos azules brillaban con una mezcla de diversión y ternura, mientras me pasaba el brazo por la cintura-. ¿Qué pasa, Peabody? ¿Qué es lo que te preocupa? Acabamos de salir relativamente ilesos de otro mal momento y el final, aunque espantoso, ha sido al menos… un final.

- Gracias a Dios fue breve y definitivo -asentí-. Incluso el… el otro asunto… Por cruel que pueda sonarte, creo que deberíamos considerar el triste acontecimiento como una bendición enmascarada.

- ¿Lo considera ella así?

- ¡No se lo he dicho, Emerson! ¿Por qué tipo de torpe idiota me tomas? Lloró mucho. Y oh, Emerson… -no podía contener las lágrimas. Balbuceando incoherentes palabras de afecto, Emerson me tomó y me sentó en su regazo-. Ella no me quiere -resoplé contra su hombro-. En cuanto me mira se vuelve a echar a llorar.

* * *

Una semana más tarde recibía el tren de la mañana, proveniente de Luxor, y saludaba a mi querido y viejo amigo, el doctor Willoughby. Mi telegrama se limitaba a decirle que lo necesitaba, pero, aun así, se había apresurado a abandonar su clínica y sus

pacientes para poder llegar lo antes posible, demostrando con ello lo buena persona que era. Yo confiaba plenamente en su discreción y en su larga experiencia en trastornos nerviosos de manera que, mientras íbamos montados en el coche de caballos, camino de casa, le conté toda la historia sin ocultarle nada.

- Físicamente se ha recuperado por completo, doctor, e intenta comer, hacer ejercicio y todo cuanto le pido. La verdad es que se me parte el corazón cuando veo el empeño que pone al hacerlo; al ver los esfuerzos que hace por sonreír y por mostrarse contenta de verme. ¡No quiere verme, doctor Willoughby! No quiere saber nada de nosotros. Se pasa la mayor parte del tiempo acostada, inmóvil y sin hablar, y, cuando cree que nadie la observa, empieza a llorar de nuevo.

- Querida señora Emerson, eso no tiene nada de sorprendente - dijo el buen doctor tratando de consolarme-. He oído pocas historias tan trágicas como ésa. Esposa y viuda en el intervalo de pocas semanas descubriendo, entre un acontecimiento y otro, que su joven y amado esposo es un monstruo de maldad y viéndolo morir de ese modo terrible y, por si fuera poco, ver al mismo tiempo destrozadas las esperanzas de maternidad. No puede pretender que se recupere emocionalmente de una cosa así en tan poco tiempo. No se disculpe por haberme hecho llamar: me hubiera sentido ofendido si no lo hubiera hecho.

No le había dicho cuál era mi mayor preocupación. Aunque tratara de ocultárnoslo, Nefret nos rehuía a mí y a Emerson; le bastaba vernos para que los ojos se le llenaran de lágrimas y esto no era lo peor, lo peor era que no quería ver en modo alguno a Ramsés y que éste, por su parte, no hacía tampoco ningún esfuerzo por encontrarse con ella. Era imposible, me decía a mí misma, que fuera tan injusta como para culparlo de lo sucedido pero ésta era, sin embargo, la única razón que se me ocurría y, por otra parte, no me atrevía a preguntárselo a bocajarro mientras siguiera en ese estado. Pensaba que Lía podría aclararme las cosas, mas ésta o no podía o no quería hacerlo. Aseguraba, y no tenía motivo alguno para no creerla, que Nefret tampoco quería hablar con ella. Lo cierto es que, si no hubiera tenido cosas más urgentes en la cabeza, me habría preocupado también por Lía: en los últimos tiempos vagaba silenciosa por la casa como si fuera la sombra de sí misma, lo único

que parecía consolarla era la compañía de su marido. Yo creía entender la causa de su aflicción; a fin de cuentas, ¿no nos sucedía a todos lo mismo?

El doctor Willoughby se quedó con nosotros durante dos días. Visitó a Nefret en tres ocasiones y sólo después de verla por última vez, discutió con nosotros su diagnóstico. Todos lo esperábamos en el patio aquella tarde; cuando finalmente llegó, Emerson se puso de pie de un salto y sirvió whisky y soda a todos los presentes, incluida Lía, quien no solía beberlo. Willoughby cogió su vaso e hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

- No me andaré con rodeos, amigos míos -dijo muy serio-. La situación es más grave de lo que pensaba. Creo que me he ganado su confianza hasta cierto punto, pero hay algo que le obsesiona y de lo que no quiere hablar ni tan siquiera conmigo -sus cansados y afectuosos ojos grises, los ojos de un hombre que ha visto mucha tristeza recorrieron el círculo de ansiosos rostros-. Hay una cosa que tienen que entender y que puede que les ayude a tranquilizarse. Ella no hace a nadie responsable de lo sucedido, excepto a sí misma. La causa de su actual enfermedad no es, como suponía, el dolor, sino el sentimiento de culpa.

- ¡Culpa! -grité-. ¿Por qué, por el amor de Dios? Eso es ridículo, doctor Willoughby. Nadie la culpa de nada, ¿cómo podríamos hacerlo? Se lo haré saber.

- Si fuera tan sencillo… -el doctor Willoughby suspiró y sacudió la cabeza-. No soy un seguidor de las nuevas escuelas de teoría psicológica, señora Emerson, pero los años de experiencia me han enseñado que uno no puede afrontar las causas de la enfermedad mental con la razón. No se puede curar a un individuo que sufre de melancolía diciéndole, simplemente, que tiene muchos motivos para ser feliz. Para ayudar a Nefret a superar su sentimiento de culpa no basta con decirle que es infundado. Es ella la que tiene que encontrar el modo de afrontarlo.

Mi propia experiencia me decía que tenía razón, a pesar de lo cual insistí:

- ¿Pero, y si conseguimos descubrir qué es lo que le hace sentirse culpable?

- Ésa es tarea de un experto -contestó Willoughby-. Ni mía ni suya, especialmente suya, señora Emerson, si me permite la osadía

de decirlo. El poder del amor es enorme, pero éste no puede igualarse a la objetividad clínica necesaria para la diagnosis y la curación.

- En otras palabras -dijo Emerson con contundencia-, lo que nos está diciendo es que nos quitemos de en medio.

- Yo no lo hubiera dicho de ese modo -Willoughby sonrió-. Tengan confianza, amigos míos, primero les he dado las malas noticias. La buena es que estoy seguro de que ella se recuperará totalmente cuando llegue el momento.

- ¿Alguna sugerencia en particular? -inquirió Emerson.

- Al principio pensé proponerles que la trajeran a mi clínica de Luxor. Ahora creo que sería aconsejable apartarla por completo de todo aquello que pueda recordarle la tragedia.

- ¿Incluidos nosotros? -preguntó Ramsés. Era la primera vez que decía algo.

- No lo sé -admitió Willoughby con algo de cansancio-. Podemos contratar una enfermera para que la acompañe; hay un sanatorio privado en Suiza especializado en este tipo de casos.

- Las acompañaré -dije, muy firme-. Sin que Nefret se entere y si usted cree que puede ser conveniente.

Willoughby me sonrió.

- Sabía que diría eso. Lo antes posible, entonces.

Pusimos en marcha los preparativos inmediatamente. Asistida por el doctor, me dispuse a decirle a Nefret lo que habíamos planeado.

Hacía vanos días que no me había aventurado a visitarla. Temía, pues, aquella entrevista y, al mismo tiempo, suspiraba por ella, y creo que al comprensivo lector no le resultará difícil entender la razón de que me encontrara dividida entre dos sentimientos tan contradictorios.

Cuando entramos, Nefret estaba junto a la ventana y llevaba puesto uno de sus bonitos vestidos; Kadija, que se encontraba con ella, salió fuera de la habitación al verme llegar y yo imaginé que había sido esta silenciosa y adorable mujer la que le había ayudado a vestirse y a cepillarse el pelo. «Su aspecto ha mejorado» pensé, mientras ella esbozaba una débil sonrisa de bienvenida.

- ¿Te ha dicho el doctor Willoughby que te vamos a mandar a Suiza? -le pregunté, aproximando mi silla a la de ella.

- Sí. Siento estar causando tantas molestias.

La languidez de su voz se me clavó en el corazón haciéndome perder mi habitual control. Tomando su mano le dije:

- ¿Acaso no sabes que haríamos lo que fuera por ti… por la, a quien queremos como si fueras nuestra hija?

Nefret retrocedió como si la hubiera golpeado. Los dedos de la mano que tenía entre la mía se retorcieron, pero no la rechazaron, al contrario, la aferraron si cabe con más fuerza.

- No sabe lo que he hecho.

- Sea lo que sea, eso no disminuirá mi amor por ti.

Las lágrimas asomaron a sus ojos pero hizo lo que pudo por contenerse.

- Me pondré mejor enseguida, lo prometo.

- De eso estoy segura. ¿Quieres… me permites que vaya contigo a Suiza?

Se quedó en silencio por un momento. Después murmuró, como si se dirigiera únicamente a sí misma:

- Tengo que empezar de nuevo. Así lo único que hago es herirlos más.

Sentí el dolor que me producía la lástima, y también la curiosidad, he de reconocerlo, pero no me atreví a preguntarle. Me limité a esperar, sosteniendo su mano en la mía, hasta que asintió con la cabeza.

- Me gustaría que viniera conmigo.

- Gracias -le dije afectuosa- ¿Qué hay… de los demás? Emerson ha estado tan preocupado por ti que no podrá resistirlo más. Y yo creo que no podré soportar sus accesos de ira durante mucho más tiempo.

Mis palabras provocaron una nueva sonrisa.

- Bendito sea. ¿Dejaría entonces su trabajo?

- Sería capaz de abandonar la tumba más rica de Egipto con tal de estar contigo.

Le temblaron los labios.

- Si eso es lo que quiere…

Decidí que era mejor no tentar a la suerte preguntando por Ramsés. Me apresuré, en cambio, a referir a Emerson las buenas noticias y, al ver cómo se iluminaba su cara ojerosa, casi me eché a llorar.

Hacía una semana que Emerson no había vuelto a trabajar en las excavaciones: ni tan siquiera había empezado a remover las piedras que bloqueaban el pasadizo. El cielo es testigo de que habíamos estado muy ocupados telegrafiando a la familia de Geoffrey y haciendo los preparativos necesarios para el sencillo funeral que queríamos celebrar en la intimidad, para lo cual habíamos tenido que hablar con los oficiales de los correspondientes gobiernos y con el señor Russell de la policía. (Aproveché para dejarle bien claro que Ramsés no sería nunca uno de ellos.) El pobre Jack Reynolds tuvo que ser consolado y asistido y a Karl von Bork le sermoneamos para que volviera al buen camino. Los Vandergelt se habían apresurado a regresar de El Cairo tan pronto como tuvieron noticia de la tragedia y Katherine me ayudó mucho con los dos; fue ella la que sugirió que diéramos a Karl la responsabilidad de cuidar de Jack, y la verdad es que, al oír la respuesta de nuestro amigo alemán, pensé que, tal vez, ésta podría ser la salvación de ambos.

No hablaré del funeral de Geoffrey. Si asistí a él fue porque pensaba que debía hacerlo. El único miembro de la familia que me acompañó fue Ramsés. A pesar de que le dije que no viniera, él quiso hacerlo de todos modos.

Yo no sabía qué hacer con él. «Déjalo solo», fue el consejo de Emerson. «Déjame solo», fue el mudo mensaje que recibí, alto y claro, del mismo Ramsés.

Ahora que Nefret había dejado de preocuparle, Emerson quiso seguir investigando en la infraestructura de la pirámide. En privado me explicó que lo hacía con la única esperanza de «levantar el ánimo a nuestro hijo» y yo no puse en duda sus motivos; al menos, no de viva voz.

Cuando aquella mañana salimos para Zawaiet, el tiempo era perfecto; el amanecer se extendía sobre el cielo de oriente como el rubor en las mejillas de una doncella. Una suave brisa despeinaba la cabellera de Lía. Todos estábamos presentes, con la excepción de Nefret, claro está, y en las excavaciones nos esperaban media docena de nuestros hombres de mayor confianza. No quedaba rastro de la tragedia; incluso las manchas de sangre habían sido cubiertas por la arena que el viento llevaba de aquí para allá.

Cuando Selim salió a nuestro encuentro, su mirada delataba una agitación que apenas podía contener: comprendí que tenía noticias

para nosotros.

- ¿Y bien? -le preguntó mi esposo.

- Todo está preparado, Padre de las Maldiciones. Hemos sacado los escombros del pasillo y hemos traído escobas.

- ¡Emerson! -exclamé indignada-. ¿Cómo puedes…?

- A ver, Peabody -empezó a decir Emerson.

Los demás se pusieron a hablar muy deprisa. Incluso Ramsés se había animado un poco y eso me alegró. «¿Qué fue lo que viste, padre?», dijo. «¿Escobas, por qué escobas?», dijo Lía. David exclamó: «Creí que el pasaje estaba totalmente bloqueado».

Emerson me miró algo cohibido.

- En realidad, ha sido Selim el que lo ha hecho todo. Fue él quien descubrió que, apartando algunas de las piedras que se habían precipitado hasta la parte inferior del pozo, podía arrastrarse por encima de ellas y acceder al otro lado del pasadizo de entrada. Le pedí que observara más de cerca la sección del pasillo que se encuentra fuera de la cámara funeraria; había notado que el suelo era poco uniforme en aquella zona. La superficie estaba llena de polvo y cascotes y tan oscura que resultaba difícil ver con claridad y yo… bueno, mmm.

- ¿Por qué no me lo dijiste? -le pregunté indignada.

- Porque habrías salido como un rayo a comprobarlo por ti misma -contestó Emerson bruscamente-. Y hubieras muerto aplastada por alguna piedra o enterrada viva. Quería vaciar el pozo antes de seguir adelante y entonces… bueno, ya sabes lo que sucedió. Todavía no estamos seguros de haber encontrado el sitio correcto.

- Entonces deja que comprobemos si lo es o no -grité, dirigiéndome hacia las escaleras.

Como no podía ser de otro modo, Emerson insistió en ir delante de mí. Selim había hecho mucho más que mover unas cuantas piedras; el camino estaba despejado, gracias a lo cual pudimos seguir sin contratiempos por el pasillo hasta llegar a la *soi-disant* cámara funeraria. Tan pronto como llegamos al lugar me di cuenta de lo que había atraído la experimentada mirada de Emerson. Resultaba obvio que los restos milenarios habían sido parcialmente retirados: una zona del suelo se encontraba ligeramente hundida y delimitada en parte por las huellas de unos golpes cuya regularidad

no dejaba de resultar sospechosa.

- ¡Dame una escoba! -grité, arrancándosela a Selim.

Mi primer asalto a aquella superficie estuvo lleno de entusiasmo, provocando una nube de polvo tal que los otros se vieron obligados a retroceder y yo sufrí un violento acceso de estornudos. De acuerdo con el profano consejo de mi marido, moderé mis esfuerzos. No pasó mucho tiempo antes de que la suposición de Emerson se viera confirmada. Una sección de la piedra había sido recortada y astutamente reemplazada por bloques unidos con argamasa. En un principio debía de ser imposible distinguirlos de la piedra originaria pero el paso del tiempo había causado que la argamasa se deshiciera en algunas zonas.

- Ésta es la que levantó -dijo Ramsés, indicando uno de los bloques-. Ni tan siquiera se molestó en reemplazar la argamasa. Padre, ¿puedo…?

- Cuidado con los dedos -gruñó Emerson, tendiéndole un pequeño cincel.

Ver esta demostración de afecto paternal, hizo que se me saltaran las lágrimas; o, quizá, sería mejor decir que añadió algunas lágrimas más a las que ya tenía en los ojos: la irritación causada por el polvo nos estaba haciendo llorar a todos como plañideras en un funeral.

Ramsés levantó la piedra con relativa rapidez. Mi marido hizo gala de su soberbio, yo diría casi divino, dominio de sí mismo. En circunstancias ordinarias nos hubiera apartado uno a uno, incluida yo misma, para poder ser el primero en contemplar un descubrimiento semejante. En esta ocasión, sin embargo, se limitó a sostener la linterna a Ramsés mientras permanecía algo rezagado.

Tumbado boca abajo, mi hijo apuntó hacia abajo con la linterna.

- ¿Y bien? -grité.

Ramsés levantó la vista para mirarme. El polvo y el sudor habían formado una masa pegajosa sobre sus rasgos que se agrietaba ligeramente alrededor de su boca.

- Mire usted misma, madre. Tiene bastante sitio aquí, junto a mí.

Mientras me tumbaba sobre el suelo y me asomaba a la cavidad, Ramsés mantuvo firme la linterna. En un primer momento tan sólo pude ver un caótico desorden de formas, angulosas y redondas, lisas y rugosas. Poco después, mis asombrados ojos empezaron a

distinguir algo. En el interior de un extraño armazón de madera casi desecha, y de estera -un lecho, patas arriba e inclinado hacia un lado- se podían entrever recipientes de alabastro y granito. Debajo había otra superficie de madera: pensé que se podía tratar de un sarcófago, aunque era difícil asegurarlo. Alrededor del mismo había más objetos desparramados.

En silencio, impresionada por lo que acababa de ver, dejé que Emerson me ayudara a ponerme de pie y ocupara mi lugar. Después de que todos se hubieran asomado por turnos, incluido Selim, Emerson habló; estaba ronco de emoción, o quizá se tratara tan sólo del polvo, pero su tono moderado era el de un conferenciante.

- Observaréis que no hay objetos que se puedan transportar al alcance de la mano. Ello es debido a que tenía poco tiempo y no se atrevió a levantar más de una piedra así que, cogió todo lo que pudo con las manos, incluidas las patas del lecho funerario, pensando que podría terminar su labor esta temporada.

Evitaba mencionar el nombre de Geoffrey, y nosotros hicimos lo mismo.

- Se limitó a coger todo lo que pudo, ¿no es así? -dijo Lía-. Lo ha dejado en un estado de confusión terrible.

- De todos modos, no debía estar particularmente ordenado -dijo Ramsés-. Sin lugar a dudas, se trata de un ulterior enterramiento que fue efectuado con premura. Los ladrones que saquearon el enterramiento primitivo debieron ser sorprendidos antes de que pudieran finalizar con su inhumana tarea y el devoto sucesor del faraón Khaba, si es que ése era su nombre, decidió ocultar los restos del ajuar funerario en un lugar más seguro. ¿Eh, está de acuerdo, padre?

- Bastante, muchacho, bastante. Permaneció así, es seguro, durante miles de años, exceptuando los procesos naturales de decadencia. Por aquel entonces solían usar vigas de cedro para construir el techo de la cripta y para sostener los bloques de piedra, pero la madera del lecho y del sarcófago no era tan dura de modo que, tanto éstos como el resto de los objetos de madera que se encuentran ahí abajo se desharán apenas los toquemos.

Lía tuvo un repentino ataque de tos y David la rodeó con su brazo.

- Nosotros vamos afuera, profesor, si no tiene inconveniente.

- Saldremos todos -dijo Emerson-. Ven conmigo, Peabody.

Cuando salimos a la luz del día me sentí como si hubiera atravesado, no sólo los cientos de metros que nos separaban de la superficie sino, también, cuarenta y cinco siglos en el tiempo. El hallazgo era único; hasta la fecha no se había encontrado una tumba real tan antigua; aunque incompleta, ayudaría a resolver las dudas sobre el propietario de la pirámide, arrojaría nueva luz sobre las costumbres artísticas y sociales de aquel periodo y contribuiría, además, a que el nombre del mayor egiptólogo de todos los tiempos brillara si cabe con más fuerza.

Gracias a que Selim, siempre eficiente, había traído unas jarras de agua, nos pudimos asear un poco. Emerson reunió a nuestros hombres. Antes incluso de que hiciera su anuncio, yo ya sabía lo que iba a decir.

- Selim, quiero que seas tú el que vuelva a colocar la piedra en su sitio y el que se ocupe de ocultarla. Sé que puedo confiar en que llevarás a cabo esta tarea tan bien como lo hubiera hecho tu padre y, asimismo, en que ninguno de vosotros revelará lo que hoy hemos encontrado.

El rostro de Selim traslucía el orgullo que aquella confianza le producía pero, a pesar de ello, se limitó a decir:

- Sí, Padre de las Maldiciones. Sus deseos son órdenes. Aunque la espera será dura.

- Será dura para todos nosotros -dijo Ramsés mirando a Emerson, quien mordía ferozmente la boquilla de su pipa. Habló en árabe, al igual que había hecho su padre-. Aquí hay, por lo menos, para toda una temporada de trabajo si las cosas se hacen tal y como quiere el Padre de las Maldiciones y queda menos de una semana para que concluya la presente.

- Lo entiendo. Mantendremos el secreto y la tumba permanecerá aquí, segura y sin que nadie la toque, esperando su regreso.

* * *

De este modo se resolvieron las cosas. Sabía que podía dejar que Selim y Fátima se ocuparan de cerrar la casa y de almacenar todas nuestras pertenencias. Dudaba mucho que algún día regresáramos a ella: los recuerdos que guardaba eran demasiado tristes.

Hacía tiempo que no había vuelto a pensar sobre lo que debíamos hacer con Sennia. Tendría que venir con nosotros, y no

sólo porque mi cobardía me hacía temer la explosión que se produciría si trataba de apartar a Ramsés de ella, sino también porque éste dudaba que la niña se encontrara totalmente a salvo en Egipto, incluso en las devotas manos de Daoud y Kadija. Aunque me parecía improbable que Kalaan intentara hacer daño a la niña (seguía en paradero desconocido y no se arriesgaría a sufrir la cólera de Emerson), no traté de disuadir a Ramsés. Sennia era la única persona capaz de hacerle reír.

Días antes de salir para Port Said nos reunimos por última vez en el patio con Cyrus y Katherine, quienes se habían acercado a la casa para despedirse. Emerson y David fumaban sus pipas mientras Ramsés, sentado en el borde de la fuente, contemplaba el agua.

- ¿Estás seguro de que no quieres que haga algo en la pirámide? -preguntó Cyrus, sin grandes esperanzas.

- Bah -dijo Emerson afectuoso.

- Imaginé que dirías que no. Bueno, parece que el señor Maspero podría darme parte de Abusir el año próximo así que, amigos, si volvéis a Zawaiet, seremos vecinos.

- Brindemos por eso -proclamé al mismo tiempo que Emerson empezaba a pasar, el whisky.

No sé por qué Ramsés tuvo que retrasar su anuncio hasta aquella precisa noche. Hubiera sido difícil posponerlo durante mucho más tiempo.

- No volveré con vosotros.

- ¿Qué has dicho? -le pregunté, en tanto que observaba a Emerson, quien había clavado la vista en una maceta. Era evidente que la noticia no era nueva para él.

- Trabajaré para el señor Reisner durante otro mes, más o menos -dijo Ramsés-. Tras la pérdida de dos de sus hombres se ha quedado algo corto de personal.

- ¡Tonterías! -exclamé-. No le debemos nada, te prohibo en absoluto que…

- Será una experiencia excelente -intervino Emerson dirigiéndome una significativa mirada.

Volvimos a hablar sobre ello cuando nos quedamos a solas y tuve que admitir que no podía hacer que Ramsés cambiara de idea. Nunca he sido capaz de hacerlo. Sennia se quedaría con él en el *Amelia,* atendida por todas las mujeres de la familia. Más tarde, a

principios de abril, regresaría con él y Basima. Hasta entonces… ¿quién sabe lo que podía suceder hasta entonces? Por una vez, ni tan siquiera yo tenía la respuesta.

DEL MANUSCRITO H:

Ramsés tampoco había puesto al corriente a David de su decisión. Sabía que si lo hacía discutirían, aunque nunca se hubiera imaginado que podría llegar a perder la discusión.

- No podrás evitar que me quede -recalcó David con calma furibunda y exactitud aún más furibunda-. ¡Qué lástima que no seas el auténtico Ramsés el Grande!; podrías atarme con cadenas y hacer que la guardia real me llevase a bordo del barco.

En teoría, se habían retirado a la habitación de Ramsés después de cenar para hacer las maletas pero lo cierto es que, mientras la ropa seguía esparcida por toda la habitación, los dos se encontraban sentados en el suelo, mirándose con ferocidad.

- El matrimonio no ha mejorado tus maneras -le dijo Ramsés con rudeza-. O tu sentido del humor. ¿Qué diría Lía de todo esto?

- Ella se queda también, por supuesto. Está de acuerdo en que no podemos dejarte solo.

- ¡Oh, por el amor de Dios! Soy bastante capaz… -la divertida mirada de David, entre burlona y afectuosa, le hizo reír sin demasiado entusiasmo-. Lo soy, ¿no es cierto? No necesitas recordarme todas las veces que me has salvado de una situación algo comprometida; pero ahora no hay nadie que quiera asesinarme, David.

- ¿Estás seguro?

Tras una breve y tensa pausa, Ramsés dijo:

- ¿Hasta dónde sabes? ¿Cómo te enteraste?

- ¿Lo de tu primo? No se necesita una gran inteligencia para comprender que fue él el que hizo aparecer a Sennia y a su madre en el momento oportuno. Trataba de humillarte y de herirte y lo consiguió, ¿no es así?

- Mucho más de lo que se esperaba.

- Podrías contármelo todo. No tienes idea -añadió David-, de cómo disfruto al pronunciar estas palabras en lugar de oír a tía Amelia hacerlo.

- Si tú también lo ves, entonces no se trata tan sólo de mi imaginación. Empezaba a preguntarme si no me estaría volviendo

loco, David, no sabes cuánto yo… no hace falta que te lo diga, ¿verdad?

- No. Eres demasiado inglés para hacerlo -dijo David sonriendo.

Ramsés se quedó en silencio durante un rato, intentando poner en orden sus ideas. Resultaba irónico que sus conclusiones se basaran casi por completo en algo que su madre hubiera denominado intuición. En esta ocasión, su mente trataba de conocer el carácter de un hombre. Éste suele dejar un rastro tras de sí. En el caso de Percy, la huella era como la de un caracol: babosa y pegajosa.

- No sé cómo descubrió Percy la existencia de Sennia, pero lo más probable es que se dejara caer de nuevo por los burdeles tan pronto como estuvo de vuelta en El Cairo. Son su hábitat natural. La vista de la niña debió de divertirle sobremanera: la imagen reducida de nuestra madre, creciendo en los barrios bajos de El Cairo y destinada a llevar la misma vida de Rashida…

El inarticulado murmullo de repulsa de David le interrumpió y le hizo torcer los labios.

- Odia a nuestra madre casi tanto como a mí. Fue ella la que, hace ya muchos años, supo ver más allá de sus tretas infantiles y la que le dijo con toda claridad lo que pensaba de él. Percy organizó aquel encuentro en el *suk,* de eso no me cabe la menor duda. Lo que sucedió después fue ya, única y exclusivamente, culpa mía. Debería de habérselo contado a nuestros padres pero pensé que sería mejor…

- Yo hubiera hecho lo mismo.

- No, tú no. No eres tan testarudo como yo ni estás tan acostumbrado a hacer lo que quieres. Sin pretenderlo, di ventaja a Percy. Lo cierto es que en aquel momento no tenía la más mínima sospecha de que él supiera de la existencia de Sennia o algún indicio que me permitiera prever lo que haría cuando llegara a saberlo. Fue sólo más tarde, al volver a pensar sobre ello, cuando fui capaz de recomponer el puzle. Nadie lo sabe, David; ni tan siquiera nuestra madre sospecha algo y no veo motivo alguno para decírselo. Además, no hay peligro de que la vuelva a engañar, ella lo desprecia ya bastante como es.

David asintió con gravedad.

- ¿Cómo lo supo Kalaan?

- Esas chicas le pertenecen, como el rebaño al pastor. Si no fue Rashida la que le dijo que los *inglizi* venían a verla con más frecuencia de la habitual, tuvo que ser una de las otras. Kalaan debió pensar que podía sacar partido de todo aquello pero, en el caso de que intentara chantajear a Percy, tuvo que llevarse una triste desilusión. Al rufián de El Cairo y al refinado caballero inglés les unía una fuerte simpatía, así que llegaron a un acuerdo: Rashida no se hubiera atrevido jamás a abordar sola a nuestros padres; Percy necesitaba a Kalaan para ello y, ni que decir tiene, Kalaan imaginó que podría obtener algún dinero de nosotros.

- Lo que fue un serio error de cálculo por su parte.

- Y, tal vez, también por parte de Percy. Y no porque ello le importara: no le preocupaba lo más mínimo lo que sucediera con Sennia, lo que pretendía era avergonzarme a los ojos de nuestros padres y de Nefret. Sabía lo que ésta pensaba acerca de los hombres que abusan de mujeres como Rashida; la mañana en que nos encontramos con él en el Was'a ella… Ya sabes lo que pasó, ¿no? Nefret tuvo que contárselo a Lía en una de sus cartas.

David asintió con la cabeza pero, al hacerlo, trataba de evitar la mirada de Ramsés, quien le preguntó:

- ¿Qué más le contó a Lía?

- Bueno, mmm, algunas otras cosas. Sigue, Ramsés, te interrumpiré cuando se trate de algo que… bueno, de algo que me resulte familiar.

- ¿Le contó Nefret a Lía que Percy la pretendía? Si, claro que lo hizo. Nunca *me* lo dirá, siempre ha creído que puede manejar las cosas por sí sola, pero lo más probable es que se produjeran varios encuentros.

- Puede que ella no te lo dijera porque tenía miedo de tu reacción -murmuró David.

- Es posible. En cualquier caso, las cosas llegaron a su punto álgido el día en que, al volver a casa, encontré a Percy con Nefret -Ramsés, que observaba a David muy de cerca, conocía demasiado a su amigo como para no reconocer las muestras de embarazo-. Puedes interrumpirme si piensas que estoy entrando en terreno conocido -le dijo suavemente.

David hizo un gesto negativo con la cabeza. Parecía tan abatido que Ramsés tuvo lástima de él; la lealtad a dos bandos resulta muy

desagradable, y David debía de haberle jurado a Lía que mantendría el secreto. ¿Sobre qué? Nefret no le confesaría, ni tan siquiera a su mejor amiga, que se había entregado a un hombre al que no amaba; y, en el caso de que así fuera, Lía no le contaría a nadie una confesión personal tan dolorosa, ni tan siquiera a su marido…

De todas maneras, *él* no tenía derecho alguno a hablar sobre ello. Eligiendo con cuidado sus palabras, Ramsés prosiguió:

- Bueno, sabes, ahí estaban ellos. Cuando entré, él la tenía abrazada e intentaba besarla. En cualquier circunstancia me hubiera molestado ver a alguien tratando de aprovecharse de una muchacha pero, en aquel caso, sabiendo lo que sabía sobre las costumbres de Percy, casi pierdo la cabeza. Empecé a golpearlo por toda la habitación hasta que Nefret me cogió y se colgó de mí. Era el único medio que tenía para impedir que matara a ese bastardo, pero él no lo entendió así, sino que dio por sentado que ella y yo estábamos…

David esperó a que continuase. Al ver que no lo hacía dijo:

- Ésa no deja de ser una deducción lógica, ¿no?

- Para Percy sí: es incapaz de entender la amistad o el afecto desinteresado. Puedes imaginarte el efecto de una escena tan conmovedora sobre un hombre tan vanidoso y egocéntrico como él. Tuvo que regresar junto a Kalaan hecho una furia y organizar el encuentro para el día Siguiente. Es una pena que te lo perdieras; esta familia tiene aptitudes para el melodrama y aquélla fue una actuación estelar.

David no se dejaba engañar por su tono burlón.

- Si tienes ánimo suficiente para ello, puedes contármelo.- ¿Nuestra madre no lo ha hecho ya, palabra por palabra? -no podía seguir fingiendo; al ir a coger un cigarrillo, se sintió avergonzado al comprobar que su mano temblaba-. David, ella se comportó maravillosamente, y también nuestro padre: me creyeron. ¡Y sólo Dios sabe cómo pudieron hacerlo! Debía de parecer el más infame de los culpables cuando vi a Sennia y Kalaan anunció, como si nada, que se trataba de mi hija. El enorme parecido hubiera bastado por sí sólo para convencerlos pero, por si fuera poco, esa cosita echó a correr hacia mí, con los brazos abiertos y llamándome padre y yo… -arrojando a un lado el cigarrillo todavía apagado, escondió la cara entre las manos-. Ahora sé lo que ese pobre y viejo cobarde de San Pedro debió de haber sentido -dijo con voz apenas perceptible.

David le puso una mano sobre el hombro intentando consolarlo.

- ¿Negaste que fuera tu hija? A fin de cuentas, era la verdad.

- Sí, pero ella confiaba en mí, ¿sabes?, y yo… Al menos tan sólo he renegado de ella una vez -pasándose la mano por los ojos, trató de sonreír-. Quizá algún día me lo podré perdonar. Nefret no lo hará nunca: fue la negativa, mucho más que la acusación, lo que hizo que me despreciara.

- Pero, hermano…

- Déjame que acabe, por favor. Para mantenerla alejada de Kalaan, tuve que reclamar a Sennia; tan sólo un pariente masculino podía hacerlo. Incluso entonces, nuestros padres nunca dudaron de mí.

- Pero Nefret sí. ¿Y tú nunca *le* vas a perdonar por ello?

Ramsés no contestó. Un momento después, David continuó:

- Si cometió algún error, ha pagado ya bastante caro por ello. Quizá, por alguna razón en concreto, a ella le resultó más penoso que a tus padres.

- No sabría decirlo. Ella siempre me dijo que yo no entendía a las mujeres. Nadie habla de perdón: ¿cómo podría culparla de algo viéndola tan infeliz como es ahora? Se lo diré si me deja que lo haga. Ni tan siquiera la culpo por no querer verme. De algún modo, yo fui responsable de la muerte de Geoffrey y ella lo amaba.

- No lo creo -dijo David-. Sentía cariño y lástima por él y estaba furiosa contigo. Y Percy…

- No, eso es ir demasiado lejos -Ramsés sacudió la cabeza con vehemencia-. No dudo que, no pudiendo conseguirla, para Percy hubiera sido una satisfacción menor el poder apartarla de mí, pero era imposible que supiera que Geoffrey podía tener alguna posibilidad con Nefret. Ninguno de nosotros lo sabía.

- ¿Y qué hay de la muerte de Rashida?

- También tú te preguntas por ella, ¿no es así? -Ramsés se puso de pie y empezó a pasearse preocupado-. He sondeado las profundidades de la cenagosa mente de Percy, ya hablo como nuestra madre, ¿verdad?, y me he equivocado siempre. Ni tan siquiera me había dado cuenta de que me odiase tanto o de que fuera capaz de esforzarse tanto por hacerme daño. El asunto de Sennia requirió semanas de gestación; tuvo que empezar a planearlo mucho antes de que yo y Nefret lo encontráramos aquella tarde.

¿Qué fue lo que le metió la idea en su cabeza? ¿Hubo algo que le enfureció… algo que desconozco?

- Ramsés. Hermano… -David estaba de pie, las manos extendidas, la cara alterada por la emoción.

- Está bien -se apresuró a decir Ramsés-. No te inquietes. Fue una pregunta retórica: no puedes comprender los motivos de Percy mejor que yo -acercándose a la ventana, se puso a mirar a través de ella-. La verdad es que tengo miedo de él, David. Tiene una mente tan enrevesada y sucia que me resulta imposible predecir lo que hará a continuación. Sin embargo, no me arriesgaré con Sennia; Kalaan no se atrevería a herir a alguien que se encuentra bajo la protección de nuestro padre, pero Percy…

Su padre, esta palabra se le presentaba con una nueva y dolorosa intensidad; no sólo a causa de la niña, que le había dado el amor que su padre natural rechazaba o no merecía. El repentino anuncio que había hecho su madre sobre la condición de Nefret le había dejado de piedra. Una bendición encubierta, la había llamado… «Supongo que nunca lo sabré con certeza», pensó Ramsés. «Quizá sea mejor así.»

Aunque le alegró que David no pudiera ver su cara.

No suelo molestar al Todopoderoso con mis súplicas, ya que estoy convencida de que hay otros que necesitan mucho más que yo la ayuda sobrenatural. Sin embargo, aquella noche, mientras me encontraba tendida junto al cuerpo dormido de mi marido, recé. La presencia de Emerson me reconfortaba como siempre, pero mi dolorido corazón necesitaba adicionales promesas tranquilizadoras: la esperanza de que el futuro sería más luminoso que el triste presente.

No hubo respuesta a mis silenciosos ruegos pero no tardé mucho en quedarme dormida y soñar.

- Bueno Abdullah -dije-. Me advertiste de que había temporal en el horizonte. Si hubiera sabido lo terrible que iba a resultar, tal vez no habría sido capaz de afrontarlo y tampoco estoy segura de poder hacerlo ahora.

El sol del amanecer iluminaba sus atractivos rasgos, similares a los de un halcón, y sus fuertes y blancos dientes brillaban,

contrastando con la negrura de su barba.

- ¿Recuerda al Serpiente, *Sitt Hakim?* ¿Aquél que secuestró a Emerson y lo retuvo prisionero, sin que pudiéramos saber si se encontraba vivo o no?

- Lo recuerdo. Al igual que recuerdo que fuiste tú quien lo salvó, Abdullah.

- En aquella ocasión no se desanimó.

- Oh, sí que lo hice -dije, recordando la noche en la que había llorado sin poderme controlar, acurrucada en el suelo y apretando una toalla contra mi cara para evitar que nadie pudiera oírme.

- Pero entonces, después de aquella noche de llanto y tras acercarse a la ventana, pudo contemplar el amanecer.

- ¿Así que también sabes eso? La verdad, Abdullah, es que no estoy segura de apreciar tu omnisciencia. ¿Hay algo sobre mí que no sepas?

- Muy poco-sus negros ojos centellearon al reírse

- Mmm. ¿Qué puedo hacer para ayudarlos?'

Abdullah sacudió la cabeza.

- ¿Cómo puede ser una mujer tan sabia y tan ciega al mismo tiempo? Tal vez sea mejor que no lo sepa todo tratando de ayudarles, podría cometer un terrible error *Sitt.* Usted no siempre se deja guiar por la prudencia.

Era reconfortante volver a escuchar sus viejas quejas burlonas y ver aquel destello en sus ojos. Tomó mi mano en la suya; era tan cálida y tan firme como la de un hombre vivo.

- Todavía está por llegar lo peor del temporal, *Sitt.* Necesitará de todo su valor para sobrevivir, pero su corazón no le fallará y, al final, las nubes se disiparán de nuevo, y el halcón volverá a atravesar volando la puerta del amanecer.

Fin

Glosario

Afrif: Demonio maligno

Asalamu Alatkum: La paz sea contigo

Aywa: Sí.

Bacshish: Propina.

Banshee: Espíritu femenino del folklore céltico que acompaña a las antiguas familias y emite lamentos en vísperas de una muerte.

Bismilá: Bendición.

Dahabiyya: Barca de recreo o vivienda, en forma de media luna, cuya proa y popa no se sumergen en el agua.

Deir: Monasterio o convento.

Dilk: Especie de abrigo

Effendi: Señor.

Fahddle: Chismorrear.

Fellah (Pl. *fellahin):* Campesino.

Falúa: Barco de vela del Nilo.

Galabyya: Túnica suelta que usan los hombres.

Gebel: Colina o montaña.

Hakim: Doctor.

Hagga: Una persona que visita la Meca.

Inglizy: Ingleses.

Inshaalá: Ojalá.

La tlah lia Alá: No hay más dios que Dios.

Lebbak: Tipo de árbol característico de Egipto.

Maasalama: Adiós

Marhaban: Bienvenido.

Mashrabiyya: Celosía.

Misur: Nombre popular de Egipto, y El Cairo.

Narguüe: Pipa de agua.

Nur Misur: Luz de Egipto.

Pilaf: Plato oriental a base de arroz.

Rais: Capitán, capataz.

Sufrayi: Camarero.

Sitt: Señora.

Suk: Mercado.

Tarbush: Fez o gorro similar.

Telh Montón de escombros y tierra que cubre un asentamiento antiguo.

Ushabti: Estatuilla.

Wadi: Valle o paso de agua (por lo general seco).

Yakm: Igual que en la palabra anterior.

Glosario de dioses

Dios Bes: Dios o genio del Antiguo Egipto, representado como un enano deforme. Deidad benigna, protectora del sueño contra los malos espíritus nocturnos, de los riesgos del parto y de los animales feroces.

Diosa Bastet: Hija del dios solar Ra, representada en un principio con la fisonomía de un felino sin identificar (quizá un leopardo).

Posteriormente, hacia el año 1000 a.C se pasará a representarla con cabeza de gata sin que por ello pierda su carácter terrible que lo acerca más a una fiera salvaje que a un animal doméstico. Precisamente, la domesticación de este animal la llevaron a cabo los campesinos egipcios.

Diosa Hathor: Diosa del amor, de la música y de la danza. Se la representa con una corona consistente en dos cuernos de vaca alrededor de la esfera solar.

Dios Horus: Hijo de Osiris, mató a su tío Set después de que éste hubiera asesinado a su padre. Heredero de Osiris, se convertirá en rey de Egipto; todos los soberanos «históricos» serán considerados como sus «hijos». Se le representa con un halcón o con una figura humana con cabeza de halcón.

Dios Anubis: Dios de las prácticas funerarias (su nombre, quizá deriva, del término «putrefacción»), inventa la técnica del embalsamiento. Se le representa con figura humana y cabeza de chacal.

Diosa Sejmet: Su nombre quiere decir «poderosa», se la considera

hija del dios Ra. Puede ser destructiva, representando el poder del rey de destruir a sus enemigos, aunque también benéfica al ayudar a vencer las enfermedades. Figura humana con cabeza de leona. Esposa de Path y madre de Nefertum.

Dios Path: Dios creador, señor de la ciudad de Menfis. Representado por un hombre enfundado en una vestimenta ceñida, tocado con un gorro y sosteniendo un cetro. Esposo de Sejmet y padre de Nefertum. Considerado el demiurgo, engendra el mundo concibiéndolo en su corazón antes de materializarlo a través del verbo. Creador también del hombre a partir del barro. Patrón de los artesanos.

Dios Set: Mítica figura de la religión egipcia. Hermano y rival de Osiris, mata a éste siendo posteriormente asesinado por *Horus*. En la sucesión al trono egipcio, el faraón muerto era identificado con Osiris y el sucesor con *Horus*.

Némesis: Diosa griega de la venganza y de la justicia distributiva.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

09/03/2010